



historia

Arriba los pobres del mundo

Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile
entre democracia y dictadura. 1965-1990

ROLANDO ÁLVAREZ V.





historia

Arriba los pobres del mundo

Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile
entre democracia y dictadura. 1965-1990

ROLANDO ÁLVAREZ V.



Rolando Eugenio Álvarez Vallejos

Arriba los pobres del mundo

Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile
entre democracia y dictadura. 1965-1990



LOM

EDICIONES

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

© LOM Ediciones

Primera edición, 2011

ISBN: 978-956-00-0288-4

Diseño, Composición y Diagramación

LOM Ediciones. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 • Fax: (56-2) 696 63 88

www.lom.cl

lom@lom.cl

Agradecimientos

Este libro es fruto de un largo proceso de investigación, a través del cual conté con la ayuda y respaldo de numerosas personas e instituciones. En primer lugar, quiero agradecer a la Universidad de Santiago de Chile (USACH), específicamente al Departamento de Historia y a su Programa de Magíster. En ese espacio fue donde me formé como investigador y realicé mi primera indagación en profundidad sobre la historia del Partido Comunista de Chile, cuyo fruto fue el libro *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista, 1973-1980*, publicado por Lom Ediciones el año 2003. El presente libro es una “vuelta de tuerca”, que abarca un periodo de tiempo mayor e intenta recoger las críticas que se realizaron a ese primer trabajo. Pero sin la formación previa en el Programa de Magíster, este libro sencillamente no existiría. Especial reconocimiento para el doctor Julio Pinto Vallejos, actual director del Departamento de Historia, por sus enseñanzas y orientaciones tanto durante aquellos años como en la actualidad.

Parte importante de este libro fue escrito con el respaldo de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), que por medio de su programa FONDECYT, financió el proyecto N° 10400003, dirigido por la doctora Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, denominado “Izquierdas y derechas; una historia inversa, 1965-1988”, del cual fui co-investigador responsable. Agradezco a mis colegas en ese proyecto, los profesores Karen Donoso y Sebastián Leiva.

Debo hacer un punto aparte para agradecer a la doctora Verónica Valdivia Ortiz de Zárate. Gran parte de mi formación en el quehacer historiográfico se lo debo a ella, aunque por cierto todos mis posibles defectos corren solo por cuenta mía. Le agradezco su generosidad intelectual, lo que ha permitido que, con su trabajo y dedicación con la gente junto a la que labora, esté “haciendo escuela” sobre la manera de abordar la historia reciente de Chile. Por ello, me siento orgulloso de ser parte de su escuela. En el caso del presente texto, su revisión de la primera

versión me llevó a hacer importantes transformaciones, cuyo resultado final fue este libro. Colega y amiga indispensable.

También quiero agradecer al Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago, mi actual lugar de trabajo. Aunque el grueso de este libro estaba escrito cuando llegué al IDEA, de todas maneras este me brindó el espacio y tiempo necesario para hacer los importantes ajustes que realicé al primer borrador de este libro. En particular, agradezco a la doctora Olga Ulianova, directora del IDEA, quien depositó su confianza en mí. Espero no decepcionarla.

Muy importante en el proceso de elaboración de este libro fueron mis felices años en el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL), donde laboré durante casi un lustro. No exagero al señalar que de no haber estado allí, este trabajo no lo hubiera podido ni comenzar. Agradezco en particular a Daniel Núñez Arancibia, director de ICAL en los años que trabajé allí.

Quiero agradecer a la Escuela de Historia de la Universidad ARCIS, donde trabajé durante la redacción de este texto. Allí tuve a dos directores inolvidables, la doctora María Angélica Illanes y el doctor (c) Pedro Rosas, que me dejaron grandes recuerdos de mi paso en dicha casa de estudios.

Debo mencionar al Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile, especialmente a su Programa de Doctorado en Historia, pues el presente texto es una versión remozada de la tesis que me condujo a obtener el grado de doctor en ese programa. Una mención especial para la doctora María Elisa Fernández, quien fue mi directora de tesis.

También quiero agradecer a la Universidad Diego Portales, especialmente a su Escuela de Historia, dirigida por el doctor Claudio Barrientos, quienes han

confiado en mi trabajo. Mis años trabajando en la Escuela me han permitido madurar y desarrollar mi faceta como académico.

Comparto con los doctores Olga Ulianova, Augusto Samaniego, Alfredo Riquelme y Cristina Moyano el interés por el estudio sobre la historia de la izquierda chilena. Les agradezco las conversaciones que hemos tenido, especialmente a Olga y Alfredo, quienes, aunque discrepan con varios de los planteamientos que se desarrollan en este libro, siempre me han alentado a seguir explorando en la historia del comunismo chileno.

Parte de la investigación que dio forma a este trabajo la realicé en la Biblioteca Nacional, específicamente en la sección periódicos. Quiero agradecer especialmente a los funcionarios Danilo Vásquez, Aladino Guzmán, Roberto Zúñiga y Hugo Navarrete por su esmero y compromiso con esta querida sección.

Una mención especial para todas las personas que entrevisté para esta investigación. Cada uno de ellos es un personaje en sí mismo, que daría para un libro entero. Varios se encuentran alejados del Partido Comunista de Chile, pero sin duda forman parte de esa heterogénea comunidad comunista chilena, conformada por militantes y ex militantes.

En todo este tiempo, mi familia siempre ha sido mi sostén. Rolando y Rosa, mis padres, nunca me han fallado y les estaré toda la vida agradecido por la paciencia que han tenido conmigo. A mis hermanas Rosa y Alejandra, gracias por darme una familia tan especial como la nuestra.

Mis palabras finales son para las personas más importantes en mi vida: mis hijos Imara, Rolando y Fernando, que son mi principal razón para enfrentar los desafíos de cada día, y Patricia Gajardo Díaz, que es la persona que alegra mis días, llena mis planes futuros y me enseña a tratar de ser mejor persona cada día.

...La vida ha demostrado la justeza de nuestra política. Teníamos razón al propiciar la unión de todas las fuerzas de izquierda. Estábamos en lo cierto al sostener la posibilidad real de conquistar el Gobierno por una vía no armada. No fue precisamente equivocado el enfoque que hicimos del “tacnazo” y de los puntos que calzaba su principal protagonista. Nuestro constante combate ideológico contra las posiciones de derecha y de la ultraizquierda fue elemento sustancial en la lucha por la unidad del pueblo...

Del Informe al pleno del Comité Central

del Partido Comunista, 26 de noviembre de 1970

...La vida nos ha golpeado, nos ha enseñado. Los partidos comunistas están muy afectados por toda la necesaria renovación que tenemos que hacer. Creo que antes éramos muy dogmáticos... Éramos un partido hacia adentro, cerrado. Entonces la crisis es grande, porque cuando pasamos de una etapa así a una discusión abierta salen muchas cosas que durante mucho tiempo estuvieron encerradas...

Gladys Marín Millie, dirigente del PC, agosto de 1990

Introducción

La caída del muro de Berlín en 1989 cerró un ciclo histórico del proyecto comunista en el siglo XX. Producto de esa conciencia de fin de ciclo, las primeras evaluaciones globales de la “idea comunista” la realizaron quienes fueron sus adversarios políticos, los que declararon la muerte definitiva de sus planteamientos y/o denunciaron los crímenes políticos cometidos bajo los “socialismos reales”. Asimismo, homologaron todas las experiencias del comunismo como partes de una supuesta misma matriz totalitaria. Así, desde Stalin a Santiago Carrillo, de Mao Tsé-Tung a Antonio Gramsci, de Pol Pot a Salvador Allende, la trayectoria de la izquierda habría sido una sola. Recientemente, en un intento de romper esta mirada unívoca sobre el comunismo, se ha planteado que este tenía, desde su origen, dos manifestaciones: una romántica y otra modernizadora-autoritaria. Estas habrían coexistido durante el siglo XX, con predominio de la segunda, expresada en el modelo soviético.¹ Por otra parte, una respuesta a la visión que clausuraba y/o denunciaba el futuro y la historia del comunismo, fue articulada en torno a la evolución histórica del comunismo europeo, reivindicando el aporte democrático y de defensa de los trabajadores realizado por los partidos comunistas en dicho continente, aunque sin desconocer las atrocidades cometidas en su nombre.² Para el caso de América Latina, si bien existe una extraordinaria riqueza testimonial, documental y de reflexión política, es apenas incipiente el trabajo de reconstrucción histórica de la trayectoria de las izquierdas en el continente. Al igual como ocurre en Europa, ex izquierdistas han elaborado ensayos fuertemente críticos de su pasado. En todo caso, recientemente se ha articulado para el caso de América Latina una respuesta basada en un enfoque que rescata críticamente la experiencia del comunismo, abordando pasajes de sus historias nacionales en diversos países del continente.³

En esta línea, en Chile solo en los últimos años se ha iniciado una revisión de la trayectoria de la izquierda chilena y en particular del comunismo. Ese libro se inscribe dentro de estos esfuerzos de examinar este pasado, para reconstruir, reformular y completar su aún incompleta historia. Asimismo, a través del caso chileno intentaremos aportar al debate no solo nacional, sino también

latinoamericano, sobre el papel del comunismo chileno durante el siglo XX en la historia de América Latina y Mundial. Perseguido, proscrito y demonizado por décadas, la trayectoria del Partido Comunista de Chile no encaja en los moldes dicotómicos actualmente en boga en Europa para analizar al comunismo. Ni utópicos soñadores lejos del poder, ni burócratas totalitarios cuanto estuvieron en él, el pasado del comunismo chileno deja de manifiesto el papel democratizador de la izquierda en el continente, como también los esfuerzos y dificultades teóricos y políticos para terminar de cristalizar una concepción propia de socialismo.

El planteamiento central del libro se relaciona con la evolución de la forma de ser comunista en Chile, situación que estuvo caracterizada por la tensión entre las tradiciones partidarias y las fuerzas que intentaban modificarlas. Para realizar este examen, se ha seleccionado el período 1965-1990, veinticinco años en donde se resumen los mejores y peores momentos de la historia del PC. La periodización se fundamenta porque, desde nuestra óptica, luego de la derrota presidencial de Salvador Allende en 1964, que puso en tela de juicio entre amplios sectores de la izquierda chilena la viabilidad de la “vía pacífica al socialismo”, el PC reafirmó su línea política basada en dicha premisa. Así, a partir de esa fecha se inició la fase de mayor apogeo del comunismo en Chile, con una influencia no solo política, sino que cultural y social, alcanzando hacia 1973 sus cotas máximas de influencia al interior de la sociedad chilena. En aquellos años, los comunistas superaron su tradicional “obrerismo”, ingresando a sus filas sectores profesionales, artísticos e intelectuales. En tanto el principal partido político que impulsó la “Vía Chilena al Socialismo”, su accionar político fue un factor fundamental para el triunfo de Salvador Allende en 1970. Tras el golpe de Estado, el histórico rechazo comunista a las estrategias insurreccionales se modificó cuando en 1980 asumió la tesis de la “Rebelión Popular de Masas”, que implicaba un protagonismo de los aspectos armados y militares en el desarrollo de su línea política.

A lo largo de las siguientes páginas, analizaremos esta trayectoria histórica desde la óptica de la evolución y cambios de la identidad y cultura política comunista, comparando sus configuraciones y características entre el período previo y posterior al golpe militar de 1973. Entenderemos por cultura política comunista

un cierto modo de vivir la militancia política. En el caso de los comunistas chilenos, con efectos sobre su modo de ver la vida pública y privada, generando una peculiar forma de ser, que los diferenció a lo largo del siglo XX de otras culturas políticas del país. Por su parte, la identidad política comunista se componía de los aspectos ideológicos, históricos y valóricos que alimentaban el “alma partidaria”. De acuerdo con nuestra perspectiva, durante la fase que abarca este libro, la identidad y la cultura política de comunismo chileno fueron sometidas a traumáticas experiencias, provocando profundas transformaciones a la forma de ser comunista en Chile.

Las investigaciones historiográficas sobre la izquierda en general y el Partido Comunista ofrecen una amplia variedad de miradas. Desde el punto de vista metodológico y temático, una de las principales innovaciones sobre el comunismo chileno se relaciona con una interpretación desde la perspectiva de la historia mundial. El PC sería el actor que internacionalizó a la política chilena a partir del periodo de entreguerras y especialmente durante la Guerra Fría.⁴ Asimismo, se ha combinado la historia social con la política para intentar entender la magnitud y el impacto del comunismo en la sociedad chilena. Así, la historia de los comunistas no se articula solo a partir de su palabra y discusiones políticas, sino de su accionar político concreto.⁵

Numerosas obras han abordado el papel del PC en el período previo al golpe de estado de 1973. En síntesis, se ha insistido en el dogmatismo teórico del PC, que le impidió construir su propio modelo de socialismo para Chile, aunque se rescata su aporte decisivo al triunfo de la Unidad Popular y su compromiso con la “Vía Chilena al socialismo”, a pesar de los reveses electorales anteriores.⁶ En este sentido, se ha explicado que el PC desarrolló un “pragmatismo iluminado”, que le permitió desenvolverse exitosamente en la política chilena de la época.⁷ Por otra parte, se han desarrollado investigaciones que abordan la inserción social de los comunistas desde mediados de la década de los '50, especialmente entre los pobladores, trabajadores sindicalizados, campesinos y mapuche.⁸ También se ha hecho referencia al aumento de la influencia política y social del PC hacia finales de los '60 y principios de los '70. Así, en las elecciones municipales de 1971 el PC lograba su máxima votación histórica, Además, aumentó su influencia a nivel local, a través de una mayor representatividad a

nivel de las municipalidades, tanto en números de alcaldes como de regidores.⁹ Esto se vinculaba con el aumento explosivo de su militancia desde 1965, que se duplicó entre esa fecha y 1969, dando forma a una militancia menos “obrerista” y más heterogénea, al incorporarse al PC sectores medios (estudiantes, profesionales y artistas). Estos dieron prestigio e influencia cultural al PC.¹⁰ En esta línea, se ha examinado el papel de las mujeres militantes comunistas y el fuerte resabio masculinizante en el PC.¹¹

Por su parte, el origen y desarrollo de la nueva política del Partido Comunista, conocida con el nombre de “Rebelión Popular de Masas”, ha sido ampliamente investigado. Desde una perspectiva general, se ha señalado que las formas armadas de lucha fueron funcionales al régimen militar, al impedir la unidad de la oposición y justificar la represión contra esta. Es decir, estas formas de lucha habrían sido cuestión de minorías ajenas al resto de la población.¹² Por su parte, las investigaciones que han abordado las expresiones más radicales de resistencia contra la dictadura, por lo general no conectan las organizaciones populares de base que las llevaban a cabo con los grupos armados de izquierda.¹³

En particular sobre los trabajos que específicamente se concentran en el cambio de la línea del PC a partir de 1980, es posible agruparlos desde distintas ópticas. Por una parte, los que desde un ángulo que criminaliza esta experiencia, relacionándolo con la intervención de países socialistas (Cuba, la República Democrática Alemana, la Unión Soviética) en los asuntos internos del país. En estos trabajos, los comunistas son simples peones de estos operadores mayores.¹⁴ Desde un punto de vista distinto, pero que comparte la visión sobre la importancia de las dependencias ideológicas del PC chileno, se ha enfatizado la influencia de los factores internacionales. Las críticas del Movimiento Comunista Internacional, en particular la que realizó públicamente el Partido Comunista de la Unión Soviética por no haber previsto el factor militar como elemento que podría ser decisivo en la suerte que correría el proceso de la Unidad Popular; el rol de la Revolución Cubana, en donde a partir de 1975 se comenzarían a formar militantes comunistas como militares de carrera, junto con el impacto de la oleada revolucionaria en Centroamérica (Nicaragua y El Salvador), han sido señalados como hitos decisivos para el giro armado del PC chileno.¹⁵ Otra mirada sobre el cambio de línea del PC enfatiza el impacto del

fracaso de constituir una alianza con la Democracia Cristiana y la “institucionalización” del régimen en 1980.¹⁶ También se ha debatido sobre el papel de grupos conspirativos “secretos” creados en el exilio en la génesis de la nueva política, pasando desde el desconocimiento de su influencia,¹⁷ el fracaso de su experiencia,¹⁸ hasta quienes le asignan un papel fundamental.¹⁹ Asimismo, se les ha evaluado como entidades ideológicamente homogéneas.²⁰ También se han aclarado sus diferencias y funciones.²¹

Por su parte, se ha señalado que la Política de Rebelión Popular fue una regresión a una ortodoxia teórica, la que hasta 1973 había sido evitada por los comunistas a través del “pragmatismo iluminado”. Según esta visión, la influencia de masas del PC hasta el golpe de Estado radicaba en que su accionar concreto era heterodoxo del marxismo-leninismo de corte pro-soviético sostenido en esa época. Así, con la “rebelión popular”, la ortodoxia sería tanto teórica como práctica, decretando el fin de la influencia de masas del PC.²² En esta misma línea de análisis, se ha propuesto que la marginalidad política de los comunistas en la década de los ‘90, se relacionó con el dogmatismo teórico que generó la política de Rebelión Popular, aferrado al “marxismo-leninismo” de raíz soviética. Esto habría generado una “ceguera política”, que los privó de su antiguo papel de referentes obligados de las posiciones de la izquierda chilena.²³ Respondiendo a algunas de estas ópticas, se ha realzado la importancia de la elaboración teórica del PC en el exterior, en el contexto de los movimientos revolucionarios de los setenta.²⁴ Por otra parte, se ha destacado la importancia de la subjetividad en la política del PC como un factor para explicar la incorporación de lo militar en la teoría y praxis comunista. El impacto del golpe de Estado y la experiencia de la represión habrían motivado que la militancia al interior del país haya radicalizado la política del Partido. Esto no habría significado un quiebre total con la tradición política del PC, ya que el típico énfasis en la lucha de masas comunista hasta 1973 se habría conectado en la década de los ochenta con las nuevas prácticas vinculadas a la política insurreccional.²⁵ Por otra parte, hemos caracterizado la cultura política comunista historizando el denominado “recabarrenismo” del PC chileno. Asimismo, hemos planteado su reconfiguración durante la década de los ‘80 en las nuevas horneadas de jóvenes militantes comunistas.²⁶ Asimismo, hemos intentado explicar el origen y desarrollo de la política de rebelión popular, incluida la del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), desde la perspectiva de la experiencia de la militancia, también apelando a una historia social de las

organizaciones políticas.²⁷ En una línea similar, se ha propuesto que para indagar en el origen de la nueva política comunista, es necesario entender que la subjetividad militante del PC se enmarcó en un marco estructural de instalación del nuevo patrón capitalista de acumulación en Chile (“neoliberalismo”), lo que ayudó a determinar en parte el curso de la dirección de la crisis teórica y política que vivió el PC luego del golpe de 1973.²⁸ Asimismo, investigaciones periodísticas han aportado miradas novedosas sobre las trayectorias militantes de los integrantes del PC y la Juventud Comunista que posteriormente conformaron el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.²⁹ Abriendo nuevas áreas de investigación, se ha indagado sobre el papel y significado de las publicaciones periódicas del PC y el FPMR durante la década de los ochenta.³⁰ Otras investigaciones se concentran en rescatar los testimonios orales de sus integrantes, aproximándose a la perspectiva de trabajos de “memoria histórica” y/o “historia militante”, o a realzar solo la discusión política en la que se desarrollaron, planteando que el fracaso de la política de Rebelión Popular fue responsabilidad de la dirección del PC, reacio de llevarla a cabo hasta las últimas consecuencias. Con todo, son textos que ayudan a comprender las profundas diferencias internas que la nueva línea política generó al interior del PC.³¹

Por su parte, es importante para este libro indagar en el origen de las tradiciones del comunismo chileno, estrechamente vinculadas al activismo político y social de Luis Emilio Recabarren durante las primeras décadas del siglo XX. Algunos trabajos resaltan sus estrategias para obtener adhesión popular en el Norte Grande y su participación en la reconfiguración de la identidad de los sujetos populares.³² Otros han insistido en que la figura de Luis Emilio Recabarren no sería un mero “precursor” del comunismo criollo, sino que representó una alternativa al modelo de dominación, basado en la autonomía popular ante el Estado. En esta línea, la izquierda chilena, de vocación estatalista, habría abandonado el legado de Recabarren.³³ Desde otro punto de vista, se ha planteado que el imaginario político del fundador del PC tuvo diversas fuentes ideológicas, rescatando la tradición mutualista y anarquista, junto a la socialista, como constituyente de la cultura política del movimiento popular chileno.³⁴ También se ha dicho que el líder obrero promovió una visión del socialismo basada en la obtención de la felicidad humana. Este fin se lograría a través de un proyecto político democrático inspirado en los principios de la democracia directa.³⁵ Por su parte, en el contexto en que se produjo en 1907 la masacre de la Escuela de Santa María de Iquique, se ha propuesto que la disputa entre las

organizaciones populares, en las semanas previas al conflicto, representó el germen de la futura vocación institucionalista y negociadora de la izquierda chilena y el inicio del agotamiento de la estrategia radicalizada del anarquismo.³⁶ También se ha remarcado el carácter moderado e ilustrado de los orígenes del movimiento popular chileno.³⁷

Por último, existe una numerosa producción de memorias militantes. Algunas describen la cultura política comunista en diversas etapas de su historia.³⁸ Varios connotados dirigentes dejaron de manifiesto públicamente la dura disputa interna que generó la nueva política de “Rebelión Popular”.³⁹ Además existen libros testimoniales sobre algunos destacados comunistas integrantes del FPMR, como textos gráficos de los primeros comunistas que se formaron como oficiales militares en Cuba durante la segunda mitad de la década de los setenta.⁴⁰ Asimismo, existen novelas que también dan cuenta de la cultura política del Partido Comunista en distintos momentos de su historia.⁴¹

Desde el punto de vista teórico, las configuraciones de identidades a lo largo de la historia constituyen un proceso que puede ser abordado desde perspectivas teóricas muy diversas. En el caso de Chile, la historiografía conservadora ha sido señera en plantear la existencia de una identidad chilena. Desde esta óptica, se ha planteado que los chilenos se definen en función de la fundante descendencia hispánica, por la matriz cristiana o por sus prolongados y constantes conflictos bélicos internos y externos.⁴² El punto en común de estas visiones es que se basan en un sustento teórico que define por una vez y para siempre a la identidad. Es una mirada metafísica, que desconoce la posibilidad de transformación o adaptabilidad de la identidad a lo largo del devenir histórico. Otra perspectiva para entender la problemática de la identidad se basa en una mirada constructivista. Esta se basa en el supuesto de que la identidad se desarrolla a lo largo de la historia, reconfigurándose de acuerdo con las coyunturas de cada época. Se ha afirmado la centralidad de la pregunta sobre la identidad, visualizándola como la fuente de sentido de la existencia humana. Para el logro de esta tarea, los grupos e individuos seleccionan algunos hechos de la realidad social por sobre otras para hacer posible la constitución de su identidad.⁴³ Colocados dentro de este marco, existen dos formas de visualizar la conformación de la identidad. Desde la psicología, se resalta su formación

individual, planteando que el sujeto busca diferenciarse del colectivo. En esta óptica, la historia de vida, la búsqueda de la coherencia personal y el tiempo histórico que se vive, son considerados factores decisivos para la constitución de la identidad.⁴⁴ Este modelo ha sido aplicado para el caso de los líderes de izquierda chilenos surgidos en la década de los años sesenta. Según se ha señalado, la experiencia temprana de estos líderes, basada en su relación con las estructuras socio-económicas del país, sus instituciones y el conocimiento al que accedieron en su fase formativa como dirigentes políticos, determinó la constitución de su identidad política. De esta manera, quienes se forjaron en relación a la experiencia de la clase obrera y sus organizaciones sindicales, sostienen una identidad política que hoy los mantiene alejados de los centros de toma de decisión en el actual desarrollo político chileno. En cambio, quienes se constituyeron de la mano de la formación universitaria, relaciones sociales y la búsqueda de coaliciones políticas con voluntad de poder, juegan un papel decisivo en el Chile actual. Así, las identidades políticas serían transversales a los partidos políticos, apareciendo cuatro tipos de identidades: las basadas en la lealtad a la organización, en la lealtad a un líder, los teóricos políticos y el político empresario. Aspectos como las relaciones familiares y el nivel educacional de los militantes fueron decisivos para la conformación de la identidad política de los líderes de izquierda conformada en la década de los sesenta.⁴⁵ Desde una óptica que evita el determinismo del origen de la identidad, historizando su proceso de construcción, se ha propuesto una visión dialéctica de la identidad. En su constitución acudirían las experiencias cotidianas de las personas y grupos sociales, así como también los factores externos que los circundan. Las “miradas del otro” pueden ser decisivas en la autopercepción de los grupos sociales. De esta manera, por medio de la “identización”, el actor social se diferencia del resto de la comunidad, y paralelamente, a través del proceso de “identificación”, se produce su integración al resto de la comunidad, tendiendo a fundirse con él.⁴⁶ Para el caso de nuestro objeto de estudio, el carácter construido y cambiante de las identidades políticas es un factor fundamental de tener en cuenta, porque el devenir histórico del país fue fundamental para la reconfiguración de la identidad comunista.

Por su parte, la producción teórica sobre cultura política no se ha caracterizado por ser unívoca. Por el contrario, destaca la diversidad de definiciones que existen sobre ella. Desde la antropología, se ha analizado la cultura política de los partidos de centro en Chile, enfatizando las redes sociales y los sistemas

simbólicos que sustentan su cultura política. Así, producto de la diversidad de redes sociales y fundamentos ético-religiosos distintos, la cultura política de partidos de centro, que supuestamente deberían ser similares por el espacio político común que utilizan, resultan diametralmente distintas.⁴⁷ Desde otra perspectiva, se ha destacado la importancia que tiene para definir a la cultura política el estilo político, es decir la manera de llevar a cabo la práctica política cotidiana. En este sentido, para definirla, resultan fundamentales no solo los imaginarios o las ópticas antropológicas, sino que el contexto histórico en el que se desenvuelve esta práctica política.⁴⁸ Profundizando esta misma óptica, se ha planteado que el sentido común de la cultura popular, enriquecida al fragor de las luchas reivindicativas y políticas, es un factor decisivo en la toma de conciencia de la realidad que la rodea. Por esta razón, no solo es el partido político ni el intelectual orgánico quien define el estilo y formas de hacer política, sino que también lo hace el sentido común de los sectores populares.⁴⁹ También se ha destacado la importancia de no desestimar la acción social en la conformación de los imaginarios. En este sentido, la generación de estos imaginarios siempre estaría vinculada no a la generación de subculturas políticas, sino, por el contrario, a la producción de visiones totalizantes que dan cuenta de una comprensión global de la sociedad. Es decir, las acciones sociales específicas, por lo general diversas y fragmentarias entre sí, finalmente coinciden en la obtención de un imaginario compartido con el resto de la comunidad.⁵⁰ También se ha propuesto que la relación entre la subjetividad de los individuos y la política, influye en las visiones de los imaginarios de las colectividades sociales.⁵¹ Aplicando esta mirada que une imaginarios con acción política, se ha propuesto que la novedad que el MAPU trajo a la política de la izquierda chilena a fines de los 60 y principios de los 70 fue el surgimiento de una cultura política distinta a la que tradicionalmente este sector había desarrollado.⁵² Finalmente, para comprender la articulación entre los imaginarios y la praxis humana, se ha planteado que los procesos históricos se articulan entre lo instituido-material y lo imaginario-instituyente. Es decir, lo social es lo que llena las instituciones, les da sus formas y sus características fundamentales, lo que significa escapar del determinismo de lo social a partir de las instituciones. Por eso, los procesos social-históricos serían producto de la unión entre lo instituyente y lo instituido, entre la historia hecha y la que se está haciendo.⁵³ Desde el punto de vista de la historiografía del comunismo, su cultura política ha sido examinada en varios países fuera de Chile. Desde una perspectiva que privilegia los aspectos psicológicos de ésta, se ha planteado que los comunistas, en tanto parte de un movimiento internacional, representaron una “pasión revolucionaria”, basada en la certeza de conformar un solo gran movimiento a nivel mundial cuya “misión

histórica” era construir la sociedad del futuro.⁵⁴ Investigadores de distintos signos ideológicos han coincidido en asimilar la cultura comunista a una religión laica, basada en el supuesto carácter científico de sus planteamientos, la superioridad del socialismo sobre el capitalismo y del papel que debía jugar la “clase obrera” como redentora de los oprimidos del mundo.⁵⁵

Basados en estos enfoques, este libro abordará el concepto de cultura política enfatizando la relación dialéctica entre lo que la institución partidaria quería construir y la influencia que la experiencia cotidiana de sus militantes tenía sobre ésta. Esto significa poner en tensión las formulaciones idealizadas generadas por la liturgia partidaria, en torno a las que se construyó la identidad comunista y fueron la base del estilo político comunista y la cambiante realidad chilena durante el período que abarca el libro. Estimamos que las transformaciones que esta tensión generó en el modo de ser comunista en Chile tuvo efectos en las formulaciones políticas del PC.

Este libro pretende indagar sobre la historia del Partido Comunista de Chile desde ángulos historiográficos e instrumentos metodológicos que no han sido aplicados antes para su examen. Abarcando un periodo de tiempo que comprende su “fulgor y crisis” (1965-1990), basados en fuentes escritas abiertas y otras reservadas, así como en testimonios orales, analizaremos los cambios en la línea política del PC, el papel de los sujetos en la historia partidaria y la influencia internacional en este proceso, para desmontar la mitología sobre el “monolitismo” de este partido. Desde el punto de vista de su desarrollo ideológico, intentaremos demostrar que no existió un solo proceso de “renovación” en la izquierda chilena durante los años de la dictadura. Al contrario de lo que se ha señalado respecto al dogmatismo teórico comunista, los años de dictadura vieron la génesis de un proyecto de renovación teórica y política cristalizado en la línea del PC en los ochenta.

La hipótesis que cruza a este libro parte de la premisa que la metamorfosis de la identidad y la cultura política comunista durante el periodo comprendido entre 1965 a 1990, provocó que el Partido Comunista de Chile, luego del golpe de

Estado de 1973, desarrollara su propio proceso de renovación política e ideológica, distinto en contenidos y conclusiones al de sus aliados del Partido Socialista. Desde nuestra perspectiva, estimamos que aunque la línea de “Rebelión Popular de Masas” implicó rupturas con la cultura política comunista previa al golpe, es posible detectar importantes líneas de continuidad entre estos dos momentos históricos. La crisis de su línea política generada por el golpe de Estado, junto a factores nacionales e internacionales, permitió generar inéditos espacios de discusión política al interior del PC, abriéndose camino la renovación comunista, que originó la nueva y radical línea política de la rebelión popular.

Desde un punto de vista metodológico, es importante aclarar que las fuentes que se utilizaron para construir este trabajo fueron múltiples. Para la primera parte, que aborda el periodo anterior al golpe de Estado, las fuentes son escritas, fundamentalmente El Siglo, la revista Principios y documentos y folletines editados por el PC. Así también se incluyó prensa no partidaria, como El Mercurio y El Diario Ilustrado, para evitar una mirada autorreferente del objeto de estudio. La pesquisa en la prensa partidaria, junto con recoger los tradicionales discursos y documentos políticos, se concentró en aspectos normalmente ignorados por las investigaciones de historia política, como las visiones entregadas sobre el papel de la familia, la mujer y los hombres en la sociedad; las experiencias de vida, por medio de las frecuentes notas necrológicas; las referencias a la historia de Chile y las actividades propias del activismo político del PC durante la época. Esto nos permitió dibujar “el alma partidaria” de ese entonces y cómo ésta se expresaba en la vida diaria. En particular, la estrategia que seguimos para escudriñar la construcción de la identidad fue examinar las notas necrológicas y los discursos funerarios de los dirigentes y militantes fallecidos en el período en estudio. Por medio de ellos, pudimos rescatar dos aspectos fundamentales para comprender a cabalidad la identidad comunista. Primero, cuáles eran los aspectos valóricos y prácticos que se destacaban de los militantes comunistas; segundo, examinar el grado de influencia que tenían en la identidad los factores culturales externos a la “Gran familia” comunista. Es decir, evaluaremos cómo sus concepciones de género, familia, los hijos, etc., estaban cruzados por la cultura de la época y no propiamente por una “moral pura de la clase obrera”, como decía el PC a través de sus organismos de prensa. Además, analizaremos entrevistas y escritos de dirigentes comunistas, la extracción de clase de los militantes destacados que

recibieron condecoraciones y de los candidatos a parlamentarios y regidores. Esto nos ayudará a revelar quiénes eran y de dónde venían los hombres y mujeres que encarnaban la identidad comunista, los que ciertamente influyeron en la forma que adquirió el “ser comunista” durante estos años. En la segunda parte acudimos a nuevos testimonios orales. Para el caso de quienes participaron en el interior, pudimos contactar a tres altos dirigentes de los equipos que sobrevivieron a la represión de la DINA, Sergio Ovalle, Ramón Vargas y Jorge Texier. Este último, a cambio de la entrevista en profundidad, redactó su testimonio especialmente para este trabajo. Para el exilio, fundamental en la elaboración teórica de las nuevas sendas del PC, entrevistamos al núcleo que protagonizó este proceso. Aclaramos que los testimonios los utilizamos como fuente de información, ya que no era nuestro objetivo realizar un trabajo de memoria histórica. Uno de los entrevistados solicitó que su nombre no fuera revelado. Aunque reacios a esta práctica, finalmente decidimos incluir su testimonio porque estimamos importante tanto la información proporcionada como el papel jugado por este militante. Queremos resaltar que la información de las entrevistas, en la medida de lo posible, fue contrastada tanto con fuentes escritas como con la que provenía de otros testimonios, concientes de los problemas de la oralidad y la memoria, de por sí selectivas y reconstruidas por la experiencia presente. Por ello, los testimonios orales fueron utilizados en la reconstrucción de momentos y circunstancias imposibles de conocer si no es por esta vía. Por este motivo, si bien varios de los entrevistados jugaron papeles protagónicos en la crisis de fines de los ochenta y principios de los noventa, omitimos sus testimonios orales ante la gran cantidad de fuentes escritas existentes para ese período.

El otro tipo de fuente que utilizamos en la segunda parte proviene de la documentación interna del Partido Comunista. En efecto, en un hecho al parecer inédito en la historia de la izquierda chilena, la Dirección del PC en el exilio compiló durante casi 15 años –desde el golpe hasta 1988, cuando terminó el exilio– su documentación interna. Trasladado al país a principios de 1990, este invaluable archivo de la historia reciente de Chile aún permanece sin clasificar y guardado de una manera que no lo hace de fácil acceso. Sin embargo, tuvimos acceso a parte de él, lo que fue definitivamente fundamental para poder repensar la historia del PC durante la dictadura. La documentación es muy variada, desde cartas personales, comunicación interior-exterior y viceversa; documentos políticos sobre los más variados tópicos, conversaciones con otros partidos, etc.

Así, gracias a este archivo, pudimos complementar nuestro anterior texto sobre el período 1973-1980, pues es muy rico en documentación que permite apreciar que las relaciones políticas entre los partidos ilegalizados por la dictadura en esos años, a pesar de la represión, se continuaron produciendo frecuentemente. Esto obliga a repensar la historia de los partidos políticos durante los primeros años del régimen militar, incluido por cierto el Comunista. Asimismo, para la fase 1980-1990 pudimos acceder a información nueva y desconocida sobre la historia del PC chileno. Al momento de examinarla, la documentación contenida en este archivo no tenía ningún tipo de clasificación, por lo que optamos por citarlo poniendo el título del documento, su fecha y la sigla AIPC (Archivo Interno Partido Comunista), para así diferenciarlo de las fuentes que no provienen de este archivo. Los documentos internos citados que no vayan acompañados de esta sigla han sido recopilados por el autor a lo largo de los años que lleva investigando la historia del Partido Comunista de Chile. Además, durante gran parte de la dictadura se publicó el Boletín del Exterior del PC, del que existen un poco más de 90 ediciones, contando en nuestro poder casi sesenta ejemplares. Finalmente, para la última parte, que concuerda temporalmente con el fin del régimen militar, se pudo utilizar prensa abierta (periódicos y revistas) junto a la documentación interna y los folletines emitidos durante esa época.

La obra se estructura cronológicamente de la siguiente manera: en los dos primeros capítulos se aborda el periodo 1965-1973, etapa de máxima influencia política y social en la historia del PC, centrándose en su identidad y cultura política. Se evalúa cómo ésta era funcional al desarrollo del Partido dentro del sistema de partidos chileno de esa época. El enfoque analítico pretende resaltar la relación entre la teoría y la práctica comunista como eje del éxito de la izquierda histórica durante este período. En los capítulos tres, cuatro y cinco, analizamos la reconfiguración de la identidad y la cultura política comunista ocurridas durante los años del régimen militar del general Pinochet. En particular, se indaga sobre la línea del “Frente Antifascista” en clandestinidad, la experiencia del exilio en los setenta y la fase 1980-1988, durante la cual se produjo el enfrentamiento entre el sector conservador y los renovadores al interior de la Dirección del PC y que se cierra con el fracaso de la perspectiva insurreccional enunciada a principios de los ochenta. Finalmente, a modo de epílogo, el último capítulo del libro repasa la crisis de fines de esa década e inicios de los noventa, en la que se manifestó el carácter del proceso de la renovación comunista.

1 François Furet, El pasado de una ilusión. Historia de la idea comunista en el siglo XX (Fondo de Cultura Económica, 1997) y Stéphane Courtois, El libro negro del comunismo (Espasa Calpe, 1998) y Robert Service, Camaradas (Ediciones B S.A., 2009); David Priestland, Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo (Editorial Crítica, 2010).

2 Michel Dreyfus, Bruno Groppo; Claudio Ingerflom; Roland Lew; Claude Penetier; Bernard Pudal; Serge Wolikow (coords), Le siècle des communismes (Les Editions de L'Atelier, 2000).

3 José Rodríguez Elizondo, Crisis y renovación de las izquierdas. De la Revolución Cubana a Chiapas, pasando por “el caso chileno” (Andrés Bello, 1995) y Jorge Castañeda, La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina (Ariel, 1993); Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo. Otras miradas desde América Latina (UNAM, 2007).

4 Olga Ulianova, “Algunas reflexiones sobre la Guerra Fría desde el Fin del Mundo”, en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (editores), Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global (Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile-RIL Editores, 2009) y Olga Ulianova, “El comunismo chileno a través de los archivos soviéticos”, en Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals, El Partido Comunista en Chile. Una historia presente (Editorial Catalonia, 2010); “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”, en Historia n° 41, 2008. Un ejemplo de la importancia asignada al aspecto internacional para entender lo nacional, “Cuando los archivos hablaron (Evolución de la estructura organizativa, de la doctrina y línea política del Komintern a partir de sus archivos)”, en Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931 (LOM/DIBAM, 2005).

5 Olga Ulianova, “Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y Komintern: 1922-1927”, en Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931. op. cit.; “De la caída de Ibáñez al levantamiento de la Marinería y su análisis kominterniano (julio-diciembre 1931)”, “República socialista y soviets en Chile. Seguimiento y evaluación de una ocasión revolucionaria perdida”, “Ranquil: campesinos e indígenas en el comunismo

chileno al final del Tercer Período”, en Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935. op. cit.; “Entre el auge revolucionario y los abismos del sectarismo: el PC chileno y el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista en 1932-1933”, en Rolando Álvarez, Augusto Samaniego y Hernán Venegas, Fragmentos de una Historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad, rebelión (1912-1994).

6 Carmelo Furci, El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo (Ariadna, 2008); Tomás Moulian, Democracia y socialismo en Chile (FLACSO, 1983); Sofía Correa et al. Historia del siglo XX chileno (Sudamericana, 2002); Julio Faúndez, Izquierdas y Democracia en Chile, 1932-1973 (Bat Ediciones, 1992); Luis Corvalán Márquez, Del anticapitalismo al neoliberalismo: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales. 1950-2000 (Sudamericana, 2002); Tomás Moulian, Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973) (Lom, 2006); Tomás Moulian, “La vía chilena al socialismo: Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular”, en Julio Pinto Vallejos (editor), Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular (Lom, 2005); Julio Pinto, “Hacer la revolución en Chile”, en Julio Pinto Vallejos (editor), Ibid.; Pedro Milos, Historia y memoria. 2 de abril de 1957 (Lom, 2007) y Marcelo Casals, El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”. 1956-1970 (Lom, 2010); Jorge Vergara “El pensamiento de la Izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación”, en Varas, El Partido Comunista en Chile., Augusto Samaniego, “Origen de una larga política. Informe de Carlos Contreras Labarca al X Congreso del Partido Comunista de Chile, 1938”, en Loyola y Rojas (compiladores), Por un rojo amanecer; Hernán Venegas, “El Partido Comunista de Chile: antecedentes ideológicos de su estrategia hacia la Unidad Popular (1961-1970). Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII, volumen 2, 2003. Alonso Daire, “La política del Partido Comunista desde la post guerra a la Unidad Popular”, en Varas (compilador), El Partido Comunista en Chile.; Elisa de Campos Borges, “O prometo da via chilena ao socialismo do Partido Comunista Chileno: “Nem revisionismo, nem evolucionismo, nem reformismo, nem copia mecanicas”. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia Social en la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, 2005. Sobre las rebeliones internas que tuvo que soportar la línea “gradualista” del PC, María Soledad Gómez, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile”, en Varas, El Partido Comunista en Chile; Manuel Loyola, “Los destructores del Partido”: notas sobre el reinosismo en el Partido

Comunista de Chile”, en www.izquierdas.cl y Ernst Halperin, Nationalism and Communism in Chile (The Massachusetts Institute of Technology Press, 1965).

7 Eduardo Sabrovsky, Hegemonía y racionalidad política. Contribución a una teoría democrática del cambio (Ornitorrinco, 1988).

8 Alan Angell, Partidos políticos y movimiento obrero en Chile (Editorial Era, 1974); Mario Garcés, Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970 (Lom, 2002) y Rolando Álvarez “¿Reforma o revolución?: lucha de masas y la vía no armada al socialismo. El PC chileno 1965-1973”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo, otras miradas desde América Latina (UNAM, Ciudad de México, 2007); Sebastián Leiva, “El Partido Comunista de Chile y el levantamiento de Ranquil”, www.cyberhumanitatis.cl n° 28, 2003; Augusto Samaniego y Carlos Ruiz, Mentalidades y política wingka: pueblo Mapuche entre golpe y golpe (de Ibáñez a Pinochet) (Consejo Superior de Investigación Científica, Madrid, España, 2007) y Augusto Samaniego, “Comunidad agraria y autonomías para el pueblo mapuche. Lipschutz y el hombre progresista: ¿un marxismo liberal o innovador?”, en Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII. Vol. 2, 2003.

9 Luis Durán, “Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973” en Varas, El Partido Comunista en Chile y Faúndez, Izquierdas y democracia en Chile y Ricardo Yocelovsky, Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura. 1970-1990 (F.C.E., 2002).

10 Arrate y Rojas, Memoria de la izquierda chilena. Tomo II y Furci, op. cit.

11 Yazmín Lecourt Kendall, “Relaciones de género y liderazgo de mujeres en el Partido Comunista de Chile”. Tesis para optar al grado de magíster en Estudios de género y cultura, Universidad de Chile, 2005 y Carolina Fernández-Niño, “La muchacha se incorpora a la lucha. La militancia femenina comunista. Una aproximación a la cultura política del Partido Comunista de Chile.1965-1973”. Tesis para optar al grado de licenciado en historia, USACH, 2009.

12 Carlos Huneeus, El régimen de Pinochet, (Sudamericana, 2000); Enrique Cañas Kirby, El proceso político en Chile. 1973-1990 (Editorial Andrés Bello, 1997) y Manuel Antonio Garretón, “La oposición política y el sistema partidario en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición” en

Paul Drake e Iván Jaksic (Editores), El difícil camino a la democracia en Chile 1982-1990.

13 Por ejemplo Guillermo Campero Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago (ILET, 1987); Varios autores, Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile (Seminario CLACSO-UNU, 1985); Eduardo Valenzuela, La rebelión de los jóvenes (un estudio de anomia social) (Ediciones SUR, 1984) y José Weinstein, Los jóvenes pobladores en las Protestas Nacionales (1983-1984). Una visión sociopolítica (CIDE, 1989).

14 Javier Ortega, “La historia inédita de los años verde olivo”. Publicado en La Tercera, junio-agosto de 2000. Una mirada marcadamente hostil, Luis Heinecke Scott, Verdad y justicia en caso arsenales y atentado presidencial. Operaciones subversivas político-militares. Chile-1986 (Centro de Estudios Nacionales del Como Sur, s/f) y Paula Afani, Carrizal, veinte años después (Editorial Maye, 2006).

15 Versiones de esta hipótesis se encuentran en el libro compilado por Augusto Varas El Partido Comunista en Chile.

16 Furci, op. cit., y Moulian, Chile Actual: Anatomía de un mito (Lom Ediciones, 1997).

17 Samaniego, op. cit.; Martínez, op. cit.

18 Javier Ortega, “La historia inédita de los años verde olivo”. Capítulo IV. La Tercera 13/05/2001, p. 8.

19 Genaro Arriagada, Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet (Ed.Sudamericana, 1998), p. 136.

20 Katherine Hite, When the romance end. Leaders of the Chilean left, 1968-1998 (Columbia University Press, New York, 2000) y Kenneth Roberts, “Renovation in the revolution? Dictatorship, democracy, and political change in the chilean left”. Working Paper 203. March 1994.

21 Viviana Bravo Vargas, Con la razón y la fuerza, venceremos. La Rebelión Popular y la subjetividad comunista en los '80 (Ariadna Ediciones, 2010).

22 Como ya dijimos, esta tesis fue expuesta por Eduardo Sabrovsky en

Hegemonía y racionalidad política. Más tarde la repitió Luis Corvalán Márquez en “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70” en Loyola y Rojas (Compiladores), Por un rojo amanecer: Hacia una Historia de los comunistas chilenos. También Hernán Venegas, “Trayectoria del Partido Comunista de Chile. De la crisis de la unidad popular a la política de rebelión popular de masas” en Universum N° 24 Vol. 2, II Semestre 2009. Un argumento similar, en Carlos Bascuñan, La Izquierda sin Allende (Planeta, 1990) y Roberts, op. cit.

23 Alfredo Riquelme Segovia, Un rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia (Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009). Una mirada similar, pero que reevalúa esta tesis a partir del acuerdo parlamentario de 2009 entre el PC y la Concertación de Partidos por la Democracia, en Alfredo Riquelme y Marcelo Casals, “El Partido Comunista y la transición interminable (1986-2000)”, en Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals, El Partido Comunista en Chile. Una historia presente (Editorial Catalonia, 2010).

24 Augusto Samaniego, “Lo militar en la política: Lecturas sobre el cambio estratégico en el PC. Chile. 1973-1983”. www.palimpsestousach.cl; Luis Martínez, “Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: Orígenes y desarrollo”, en Alternativa n° 23, 2005 y Viviana Bravo Vargas, “Moscú-La Habana-Berlín: Los caminos de la Rebelión. El caso del Partido Comunista de Chile. 1973-1986”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coordinadores), op. cit.

25 Rolando Álvarez, Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista. Chile 1973-1980 (Lom ediciones, 2003). El primero en plantear la idea de la continuidad entre los períodos, Tomás Moulian e Isabel Torres, “¿Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile?”, en El Partido Comunista en Chile... op. cit.

26 Rolando Álvarez Vallejos, “¡Viva la patria y la revolución. Partido Comunista y nacionalismo (1921-1926)” en Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII. Vol. 2, 2003; “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile: Visiones de un heredero y un camarada del “Maestro. Los casos de Orlando Millas y Salvador Barra Woll”, en Fragmentos de una historia. El Partido Comunista en la historia de Chile. Democratización, clandestinidad y rebelión (1912-1994) (Ediciones ICAL, 2008) (editor junto a Augusto

Samaniego y Hernán Venegas); “La Unidad Popular y las elecciones presidenciales de 1970 en Chile: la batalla electoral como vía revolucionaria”, en Observatorio Social de América Latina n° 28, octubre 2010; “El Partido Comunista de Chile: un caso de renovación política de la izquierda en América Latina (1965-1990), en Olga Ulianova (editora), Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta (Ariadna-USACH, 2009); “Movimiento estudiantil secundario bajo dictadura y las Juventudes Comunistas. Un caso de radicalización política de masas en Chile. 1983-1988”. Movimientos Sociales n° 1, Universidad Bolivariana, 2007. También ha explorado en la cultura política comunista Manuel Loyola, “El mandato sacrificial y la cultura política del comunismo chileno”, en www.izquierdas.cl.

27 “Clandestinos. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. Chile 1973-1990”, en Cristián Gazmuri y Rafael Sagredo Historia de la privada en Chile vol. III (Editorial Taurus, 2007); “¿La noche del exilio? Los orígenes de la rebelión popular en el Partido Comunista de Chile”, en Su revolución contra nuestra revolución Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet. Lom ediciones, 2006 (Junto a Verónica Valdivia y Julio Pinto); “Aun tenemos patria ciudadanos”. El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988), en Su revolución contra nuestra revolución. Tomo II: Gremialistas versus marxistas. Junto a Verónica Valdivia, Julio Pinto, Sebastián Leiva y Karen Donoso) (Lom ediciones, 2008).

28 Viviana Bravo Vargas, “El tiempo de los audaces: la Política de Rebelión Popular de Masas y el debate que sacudió al Partido Comunista de Chile (1973-1986)”, en Alvarez, et al., Fragmentos de una historia... op. cit., y Bravo Vargas, op. cit.

29 Cristóbal Peña, Los fusileros. Crónica secreta de una guerrilla en Chile (Editorial Debate, 2007).

30 Claudio Pérez, “Violencia política en las publicaciones clandestinas bajo Pinochet: la palabra armada en el FPMR. Chile, 1983-1987”, en Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año XII, volumen 2, 2008.

31 Ejemplo de trabajos que enfatizan el testimonio oral son los de Verónica Huerta, “Los veteranos de los años 80. Desde fuera, en contra y a pesar de la institucionalidad”; Mariano Idini Flores, “Detrás de cada combatiente, un sujeto cotidiano: motivaciones, afectos y emociones en el proyecto rodriguista”.

Informe de Seminario de grado para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2005; Catalina Olea, “La cultura rebelde: soportes, construcción y continuidad de la rebeldía (MIR y FPMR, 1983-1993)”. Informe de Seminario de grado para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2005. Entre los centrados en la discusión política Hernán Vidal, Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El tabú del conflicto armado en Chile (Mosquito editores, 1995); María Antonieta Mendizábal, “La política de Rebelión Popular en la década de los 80. Debate interno del Partido Comunista”. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 1999; Francisco Herreros, Del Gobierno de pueblo a la Rebelión Popular. Historia del Partido Comunista 1970-1990 (Editorial Siglo XXI, Santiago de Chile, 2003) e Iván Ljubetic Vargas, De la historia del PC de Chile. La crisis que comenzó en los años ochenta (Imprenta Latingráfica, 2002).

32 Julio Pinto y Verónica Valdivia, ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (Lom, 2001) y Julio Pinto, Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923) (Lom, 2007).

33 Gabriel Salazar, “Luis Emilio Recabarren y el municipio en Chile (1900-1925) en Revista de Sociología n° 9, 1994 y “Luis Emilio Recabarren: pensador político, educador social, tejedor de soberanía popular”, en Sergio Micco (editor), Patriotas y ciudadanos (CED, 2005).

34 Jaime Massardo, La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad chilena (Lom, 2008). Ver además del mismo autor Los tiempos de Recabarren. Una breve incursión en su vida, su formación cultural y su herencia política (Publicaciones Usach, 2010).

35 Manuel Loyola, La felicidad y la política en Luis Emilio Recabarren. Ensayo de interpretación de su pensamiento (Ariadna Ediciones, 2007).

36 Pablo Artaza Barrios, Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912 (Escaparate Ediciones, 2006).

37 Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico” Mapocho n° 30, 1991.

38 Elías Lafferte, Vida de un comunista (Editorial Austral, 1972); José Miguel

Varas, Chacón (Editorial Austral, 1971) y La novela de Galvarino y Elena (Lom ediciones, 1995); Víctor Contreras Tapia, Campesino y proletario (Agencia de Prensa Nòvosti, 1981); Orlando Millas, La alborada democrática en Chile. Memorias. Vol. I En tiempos del Frente Popular. Años 1932-1947 (CESOC-Ediciones ChileAmérca, 1993); Luis Corvalán Lepez, Lo vivido y lo peleado (Lom ediciones, 1997); Carlos Toro, La guardia muere, pero no se rinde mierda. Memorias de Carlos Toro (Editado por el Partido Comunista de Chile, 2007); Ferte Arriagada Jerez, Cuando las ideas y el pensamiento vuelan (s/e, 2007); Patricio Poblete, La roja cadena de nuestros sueños. A la memoria de Patricio Poblete (s/e, 2008); Miguel Canales Morales, Junto a mi sombra (Talleres gráficos del Centro Almendral, 2009) y Eliana Aranibar, El árbol florido (Edición Independiente, 2009).

39 Orlando Millas, Una digresión 1957-1991. Memorias (CESOC-Ediciones ChileAmérica, 1996); Gladys Marín, Regreso a la esperanza. Derrota de la Operación Cóndor (Ediciones ICAL, 1999); Gladys Marín. Entrevista de Claudia Korol (Ediciones América Libre, 1999) y Gladys Marín, La vida es hoy (Salesiana, 2002).

40 Judith “Tita” Friedmann, Mi hijo Raúl Pellegrin. Comandante José Miguel (Lom ediciones, 2008); Pascale Bonnefoy, Claudio Pérez y Ángel Spotorno, Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista (Editorial Latinoamericana, 2009). Adriana Pohorecky, Ignacio Valenzuela. Fundador del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (Santiago, 1995).

41 Volodia Teitelboim, Pisagua. La semilla en la arena (Re-edición Lom, 2002); Ricardo Palma Salamanca, Una larga cola de acero: Historias del FPMR, 1984-1988 (Lom, 2001) y Galvarino Melo Sepúlveda, Galvarino, Piel de lluvia (Mago Editores, 2005). En una perspectiva crítica, Carlos Cerda, Morir en Berlín (Alfaguara, 1993) y Roberto Ampuero, Nuestros años verde olivo (Planeta 1999).

42 Al respecto ver Jorge Larraín, Identidad chilena (Lom editores, 2001).

43 Manuel Castells, La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad (Siglo XXI editores, 1999).

44 Eric Erikson, Identity and life cycle (Norton, 1980).

45 Katherine Hite, When the romance end. Leaders of the chilean left, 1968-

1998 (Columbia University Press, 2000).

46 Pierre Tap, “Introduction” del libro compilado por él, Identités collectives et changements sociaux (Toulouse, 1986). Citado en Pedro Milos, «Los movimientos sociales de abril de 1957 en Chile. Un ejercicio de confrontación de fuentes» (Tesis inédita de doctorado en Ciencias Históricas, Universidad Católica de Lovaina, Lovaina la Nueva, 1996). Este planteamiento ha sido aplicado para el caso chileno en la formación de la identidad pampina en los tiempos del ciclo del salitre. Específicamente, se ha planteado que el nacionalismo (“identificación”) y la pertenencia de clase (“identización”) fueron elementos decisivos en la constitución de dicha identidad. Ver Julio Pinto; Verónica Valdivia; Pablo Artaza, “Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890). Historia Vol. 36, 2003. En esta misma línea de análisis, ver Luis Alberto Romero, “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en Propositiones n° 19, 1990.

47 Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica (F.C.E., 1998).

48 Norbert Lechner, “Presentación”, incluida en el libro compilado por él, Cultura política y democratización (CLACSO, FLACSO, ICI, 1987).

49 José Nun, “Gramsci y sentido común”, en Lechner, Cultura política y democratización.

50 Benjamín Arditi, “Una gramática postmoderna para pensar lo social”, en Lechner, Cultura política y democratización.

51 Norbert Lechner, Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política (F.C.E., 1988).

52 Cristina Moyano, MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973) (Ediciones Alberto Hurtado, 2009).

53 Cornelius Castoriadis, La institución imaginaria de la sociedad. 2 volúmenes (Tusquets Editores, 1983).

54 Furet, op. cit.

55 Una descripción crítica de la cultura política comunista en Phillippe Ariès y George Duby, Historia de la vida privada. Tomo 10: El Siglo XX.: Diversidades culturales (Taurus, 1991) y Annie Kriegel, Los comunistas franceses (Editorial Villalar, Colección Zimmerwald, 1978). Sobre el comunismo como religión, por ejemplo Morton A. Kaplan (editor), Diversas facetas del comunismo (N.O.E.M.A Editores, México, 1982) y Ernst Nolte, La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas (Ediciones Península, 1971). Una mirada de la cultura política comunista “desde dentro” la ofrece Eric J. Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el Siglo XX (Crítica, 2003).

Capítulo 1.

Ser comunista en Chile.

Identidad y cultura política en tiempos de pasión revolucionaria (1965-1973)

La historia político-social de Chile de los años sesenta y principios de los setenta ha sido generalmente interpretada como la era de los “proyectos excluyentes” o como dijera Mario Góngora, de las “planificaciones globales”. Con esto se quiere enfatizar la radicalización política y social de la sociedad chilena durante aquella época, que desencadenó el golpe de Estado de septiembre de 1973. En este contexto, la historiografía nacionalista conservadora ha realzado el protagonismo anti-sistémico de la llamada izquierda “guevarista” o “revolucionaria” como uno de los factores decisivos que explican (y justifican) el 11 de septiembre de 1973.¹ Otros, en cambio, han remarcado la responsabilidad del gobierno de Eduardo Frei Montalva en la desestructuración del orden social chileno, al promover la realización de la reforma agraria.² En una perspectiva distinta a las anteriores, se ha planteado que los gobiernos de la época solo se habrían rotado el poder, amordazando la expresión ciudadana “desde abajo”, que cada vez más pugnaba por expresarse, independiente de los partidos políticos y gobiernos de turno.³

Sin embargo, al detenerse en los actores políticos de la época, estas ópticas soslayan que el Partido Comunista de Chile (PC), una de las organizaciones más influyentes del periodo, tuvo un carácter eminentemente moderado. ¿Cómo se explica que en una fase histórica en que existe consenso en señalarla como de progresiva radicalización social y política, el comunismo chileno, reconocido por su moderación, haya vivido su periodo de mayor influencia política, social y cultural de su historia?

Durante este periodo, los comunistas se convirtieron en la primera fuerza política entre los obreros organizados, tuvieron importante presencia en el movimiento estudiantil, le disputaron a la Democracia Cristiana el movimiento de pobladores y campesinos y ampliaron su espectro de influencia al mundo de las artes y la cultura chilena. Esto último dio prestigio e influencia nacional al PC. Figuras como el director teatral y músico Víctor Jara (integrante del Comité Central de las Juventudes Comunistas para el golpe de Estado de 1973); los conjuntos musicales Inti-Illimani y Quilapayún, compuestos por militantes de las Juventudes Comunistas; pintores como José Balmes o poetas como Juvencio Valle, ratifican esta idea. Sin embargo, la principal figura del PC en este campo fue el vate Pablo Neruda, integrante de su Comité Central, pre-candidato a la presidencia de Chile en 1969 y generoso mecenas de la organización. La obtención del Premio Nobel en 1971 marca un hito en la historia del PC chileno, al beneficiarse su imagen gracias al prestigio mundial del poeta. Finalmente, el PC era un partido organizado a lo largo de todo el país, con un diario que lograba competir en circulación incluso con la prensa comercial, poseía una red nacional de emisoras y una empresa editorial propia.

De esta manera, es posible afirmar que entre 1965 y 1973, el comunismo criollo conoció el máximo apogeo de su larga trayectoria histórica. Como lo plantea Carmelo Furci, la persistencia en su línea política fue un factor del éxito comunista en este periodo. Tras la dolorosa derrota en las elecciones presidenciales de 1964 a manos del candidato demócratacristiano, integrantes del Partido Socialista e incluso algunos militantes comunistas, cuestionaron el camino “pacífico” al socialismo que propugnaba el PC. La conformación en 1965 del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fue el principal símbolo de la crítica al llamado “reformismo” comunista. Sin embargo, a principios de 1965, pocos meses después de la derrota en la elección presidencial, el PC nuevamente se embarcaba entusiasta en una nueva elección. Este hecho simboliza la porfía comunista, basada en su convicción “científica” respecto a la corrección de su línea. Ni la frustración por la derrota, ni las tensiones internas, ni la radicalización de su principal aliado, sacaron al PC de su camino de construir el socialismo “sin un baño de sangre”, como solía afirmar en la prensa partidaria uno de sus principales líderes, el abogado y escritor Volodia Teitelboim.

Desde nuestra óptica, la explicación de los éxitos comunistas en la coyuntura democratizadora de 1965-1973 se relaciona con factores tanto de orden estructural como subjetivos. Según recientes investigaciones, estos años coinciden con la única época en donde realmente existió y se desarrolló un régimen democrático en Chile. El exterminio del latifundio a partir de la aplicación de la Reforma Agraria, afectando el principio del derecho a la propiedad, significó, según esta visión, un momento de inflexión para las mayorías y la democracia en Chile.⁴ De esta manera, sobre la cresta de la ola democratizadora de aquellos años, el PC cobró una indesmentible influencia política.

Aunque a primera vista resulte paradójal que en una época radicalizada un partido tradicionalmente moderado como el comunista haya vivido su mejor momento histórico, no lo es tanto al buscar la explicación de este fenómeno en la cultura política de la época. Esta se caracterizaba por un espíritu de insatisfacción con el orden social existente y el consiguiente ánimo de construir uno mejor. El sentimiento anti-capitalista del periodo cristalizó en lo que se ha denominado la “revolución ética”, en referencia a los deseos de la población de terminar con las injusticias al interior de la sociedad chilena.⁵ Acorde con ese ambiente, a partir de 1965 la línea política del PC sufrió un desplazamiento hacia la izquierda, en torno a lo que se denominó la “vía no-armada”, en reconocimiento a que el camino hacia el socialismo en Chile no sería “pacífico”, sino que implicaría grados diversos de “violencia social”. Con esto nos referimos a que es necesario evitar las caricaturizaciones del accionar comunista en estos años, en el sentido de que no se dedicó a una política de salón, meramente reformista, sino que acompañó y promovió luchas sociales radicalizadas, como las ocupaciones de predios en el campo o de terrenos en la ciudad. Pero de acuerdo con nuestro punto de vista, eso no significó que se apostara a la ruptura institucional o a una concepción de “asalto” o “toma del poder”, ya que la opción fue construir una sociedad alternativa al capitalismo construyendo una fuerza político-social hegemónica por medio de una política de masas, en donde lo electoral ocupaba un papel preponderante.

El éxito del PC chileno debe relacionarse con el hecho de que el comunismo del siglo XX fue más que una idea o una pasión. Como plantean Groppo y Pudal, la historia de los comunismos es “una realidad múltiple y controversial”, con múltiples dimensiones políticas, sociales y culturales, siendo necesario entender el fenómeno comunista en plural. Así, las historias de los PC dependerán de las variables nacionales, del grado de desarrollo económico del país, de la cultura y tradiciones democráticas de estos, por hitos históricos que marcaron su trayectoria, por las razones que explican las motivaciones de sus integrantes para hacerse parte del partido, en fin, el papel de los intelectuales y otros sectores sociales.⁶

Con todo, para comprender la identidad y la cultura política comunista, es imprescindible ubicar la “idea comunista” al interior de la historia del siglo XX en el mundo. La gran esperanza de la “libertad, igualdad y la confraternidad” de la Europa capitalista decimonónica terminó en el cataclismo de la Gran Guerra de 1914. Haciendo patente, en palabras de Hobsbawm, “que la sociedad y la civilización creadas por y para la burguesía liberal occidental representaban no la forma permanente del mundo industrial moderno, sino tan solo una fase de su desarrollo inicial”.⁷ En medio del conflicto y de millones de muertos, una segunda gran promesa, en reemplazo de la liberal, inauguraba el nuevo siglo: el comunismo. Como ha sido señalado, la pasión inicial de esta nueva gran esperanza radicó en que apareció como la posibilidad de superar los males que habían desencadenado el hasta entonces peor conflicto armado de la historia humana. Según François Furet, el sentido de la historia, la confianza científica en que la acción política de los hombres transformaría el mundo, caracterizaron las ideologías del siglo XX, cambiando la creencia cristiana por una verdadera religión laica. La idea comunista hizo “las veces de religión entre quienes no la tienen y que por tanto es tan difícil y hasta doloroso abandonar”.⁸ Compartimos con el historiador galo que sin comprender a cabalidad este punto, no es posible entender el siglo XX; esta “pasión revolucionaria” representada por el marxismo fue la característica del siglo XX, era la promesa de la emancipación humana universal a través de la revolución proletaria, la que reemplazó a Dios como instrumento de la salvación humana.

El recabarrenismo comunista y la “hechura partidaria”

En este marco global, el comunismo en Chile tuvo sus propias singularidades, provenientes de una variada gama de circunstancias históricas. En primer lugar, su origen en el norte grande, cuna del proletariado del país y ariete del desarrollo capitalista moderno, que explica el marcado obrerismo de la militancia comunista. Su líder fundador, Luis Emilio Recabarren, a diferencia del caso del comunismo ruso, no fue un intelectual, sino un trabajador autodidacta. Por esto la primera tradición histórica de los comunistas chilenos proviene de la “cultura obrera ilustrada” del movimiento obrero chileno.⁹ La relativa estabilidad democrática del país, con avances y retrocesos durante el siglo XX, por otra parte, favoreció su inserción dentro del sistema político, convirtiéndose en un partido intrasistémico, de obligada referencia dentro el sistema democrático del país.¹⁰ En tercer lugar, formar parte del movimiento comunista internacional lo hizo compartir con aquel un mismo proyecto histórico universal –encabezado por la Unión Soviética– que inevitablemente se impondría en el planeta.¹¹ Por último, su origen nacional y parte constituyente de la génesis del moderno sistema de partidos chilenos en el siglo XX explica en parte su carácter de masas. De esta manera, el comunismo chileno tenía sus singularidades que lo diferenciaron del resto de sus congéneres del continente y del resto del movimiento comunista internacional. Es decir una identidad y cultura política propia.

Esta cultura política es lo que Orlando Millas llamó “estilo recabarrenista” de trabajo de los comunistas, el que alcanzó en los ’60 sus máximas cotas de desarrollo. De acuerdo con Millas, la militancia comunista heredó de su fundador un estilo político caracterizado por el fomento de la lucha de masas, la búsqueda de la unidad de la clase obrera, el rechazo al “aventurerismo” y el “putchismo” de corte anarquista, en fin, una forma de hacer política junto a las masas, alejado del voluntarismo y la acción directa.¹² Desde nuestro punto de vista, más allá del evidente “constructivismo” del planteamiento de Millas, generado por la necesidad de polemizar con la llamada “ultraizquierda”, estimamos que efectivamente existió una cultura política propia de los comunistas, tal y como lo propone Millas. El origen de ésta hunde sus raíces en el desarrollo de una identidad política singular, elaborada tanto por la producción teórica de intelectuales orgánicos el PC como por la propia realidad histórica que vivía el país en esa época.

Planteamos que el “estilo recabarrenista”, es decir, la cultura política del PC, se amoldó a unos tiempos históricos que eran ideales para un estilo político que levantaba a la “lucha de masas” (es decir, la participación política de la sociedad) como la herramienta decisiva para avanzar hacia la “revolución chilena”. Era una época en donde “la política era vivenciada, por lo menos para ciertos actores, como ‘praxis’, como forma privilegiada de la acción humana, cuyo objetivo último era una emancipación, concebida de una forma muy cercana a la realización terrena de la salvación”.¹³ En este contexto, la identidad comunista y su cultura política eran un llamado a la acción, una invitación a los chilenos y chilenas a convertirse en sujetos políticos constructores del nuevo Chile. Desde esta óptica, su éxito en la fase 1965-1973 también puede enfocarse desde los imaginarios políticos de la época, de la identidad y su poderosa capacidad para movilizar a cientos de miles; de la cultura política entendida no solo como una visión de mundo, sino como un factor asociado indisolublemente a una praxis, a un estilo de vida, a una forma de organizarse, a una manera de relacionarse con el otro. En definitiva, el “estilo recabarrenista”, surgido a partir de la identidad política de los comunistas, implicaba un modo de entender y vivenciar todas las facetas del desarrollo humano, desde la familia, el colegio, la relación entre géneros, la crianza de los hijos, en fin, hasta la postergación de los proyectos personales, para subsumirlos en los proyectos colectivos.

Como el propio Furet lo señala, fue en los países que no vivieron el “socialismo real” en los que la pasión revolucionaria de la que hablamos en la introducción tuvo mayor duración en el tiempo, pues la distancia permitía que el mito fundador de la pasión revolucionaria –el éxito de la Unión Soviética y sus aliados sobre el capitalismo– siguiera funcionando. En el caso del comunismo chileno, la pasión revolucionaria fue el telón de fondo de su identidad y cultura política. La certeza de sentirse constructores y dueños del futuro, aunque fuera en beneficio de las futuras generaciones, fue la base de la identidad y la cultura comunista, el llamado “recabarrenismo” del PC. De acuerdo con nuestro planteamiento, no era posible “ser comunista en Chile” sin asumir esta caracterización de “religión laica”.

Las singularidades del “recabarrenismo” estuvieron constituidas por dos conjuntos de aspectos, unos discursivos y otros prácticos. En el plano discursivo, el entrecruce de tópicos provenientes del marxismo-leninismo en uso en la época (internacionalismo, autopercepción revolucionaria, análisis científico de la realidad) con otros generados por la especificidad del caso chileno (tradiciones históricas del movimiento obrero chileno, nacionalismo) caracterizaron el discurso político comunista. Por otra parte, la praxis política se caracterizaba por lo que el PC llamaba “lucha de masas”. Esta categoría implicaba que la primera tarea política del militante comunista era promover la movilización de los sujetos (pobladores, trabajadores o estudiantes), en función de dos niveles: mejorar sus condiciones de vida y avanzar en el camino de la construcción de una sociedad no capitalista en Chile. Con todo, igualmente importantes eran las prácticas “reformistas”, relacionadas con la preocupación por la solución de los problemas cotidianos de las personas. En este ámbito, la acción parlamentaria y la gestión municipal (y por ende las campañas electorales) cobraban un papel fundamental dentro de la praxis comunista.

De esta manera, la “lucha de masas” se convirtió en la categoría articuladora entre lo discursivo y lo práctico, entre el hablar y el hacer. Sintetizaba la esencia del “estilo recabarrenista” de los comunistas: una mezcla entre un discurso que mezclaba ortodoxia y heterodoxia teóricas a la luz del marxismo-leninismo en uso y una práctica política que también utilizaba esta fórmula “mestiza”. Es así como la “lucha de masas” podía expresarse solidarizando con el aplastamiento de la “Primavera de Praga” en 1968 (ortodoxia), en la interpelación nacionalista para justificar la estatización de las riquezas mineras (heterodoxia); en la lucha estudiantil callejera o la promoción de tomas de terrenos (práctica rupturista-revolucionaria) o en la aprobación de una ley en el Parlamento, una campaña electoral o la participación como regidor en una comuna (prácticas reformistas).

La identidad comunista fue producto de una evolución histórica compleja, que tuvo protagonistas e inspiraciones teóricas y prácticas diversas. Factores internos como externos jugaron su papel en su proceso de cristalización hacia la década de los años sesenta. Por un lado, la identidad comunista tuvo una vertiente que provenía de los intelectuales orgánicos del PC. Tomás Moulian ha planteado que el papel de éstos se habría reducido a ser meros “aclimatadores” de un marxismo

vulgarmente ortodoxo, hacia el cual había una adhesión fideísta, siendo incapaces de avanzar hacia una reflexión crítica del marxismo soviético, convirtiéndolos en simples difusores de una especie de religión laica. Sin embargo, esta manera de entender y divulgar el marxismo constituyó una poderosa arma de influencia cultural y de constitución de identidad. Los símbolos de la “fe” marxista-leninista permitió a la izquierda histórica hacer que sus adherentes se sintieran parte del “pueblo”, conscientes del rol histórico de clase escogida por la historia para hacer y dirigir la revolución.¹⁴ Es decir, el dogmatismo teórico comunista, que no le permitió conjugar en la teoría la dupla democracia y socialismo, sí le permitió a corto y mediano plazo formar un sólido equipo de militantes cuya pasión revolucionaria se convirtió en un factor importantísimo para el activismo de base comunista.

No obstante, desde nuestro punto de vista, la labor de los intelectuales orgánicos fue más amplia, pues la identidad política de la izquierda histórica se apoyó no solo en lo que Moulian llama un “marxismo cultural”, sino en otros aspectos igualmente importantes. Uno de ellos fue la reconstrucción historiográfica. En el caso del PC, las sistemáticas y permanentes referencias a Luis Emilio Recabarren y las primeras luchas del movimiento obrero ocuparon un rol estratégico. Por medio de ellas, los comunistas se sentían los legítimos herederos y verdaderos representantes de las mejores tradiciones de lucha y organización del pueblo chileno. En la formación política de los comunistas, la historia ocupaba un rol central, ya que ésta los hacía sentirse parte de un movimiento histórico que avanzaba inevitablemente hacia la liquidación del capitalismo. En ese sentido, los comunistas se consideraban “recabarrenistas”.¹⁵

Por otra parte, estimamos que los intelectuales orgánicos del PC tuvieron éxito al construir un discurso historiográfico y político que unía la “tradición recabarrenista” con la coyuntura de los años sesenta y setenta. De esta manera, la inteligentzia comunista logró que los militantes se identificaran como parte de LA vanguardia de la clase obrera, armados de un “marxismo cultural” que le entregaba la seguridad del triunfo de la causa de “las mayorías” y ser parte de una “comunidad imaginada” especial, escogida para dirigir y protagonizar los cambios revolucionarios en Chile.¹⁶

A partir de la construcción de estas tradiciones, se conformó una “forma de ser” comunista. Esta era “un deber ser”, que se relacionaba con ciertas conductas, con una visión sobre el sentido de la vida, sobre cómo debían criarse los hijos, qué características debían observar las relaciones de pareja, cómo manejarse en la vida personal, por ejemplo frente al consumo de alcohol y drogas, entre otros aspectos. En el caso de la juventud, determinó cómo debía ser su rendimiento escolar y académico, cómo relacionarse con sus mayores, etc. De esta manera, elevando la “vida y obra” de Recabarren, elevándolo a la altura de apóstol del Movimiento Obrero, se fue armando la identidad comunista.

Una tercera herramienta creada por la intelectualidad comunista para construir identidad fue la implementación de un discurso nacionalista, posible de encontrar desde los primeros tiempos del comunismo criollo.¹⁷ Conscientes de los efectos adversos que producían en los sectores populares las constantes acusaciones de “antipatriotas”, los comunistas articularon un discurso que los instalaba como el partido más patriota y auténticamente chileno del país. Este discurso, muy conectado con el referido a la tradición histórica recabarrenista del PC, tuvo continuidad a lo largo de toda su trayectoria y ciertamente es posible encontrarlo en la coyuntura 1965-1973. En resumen, la identidad política comunista se nutrió de la figura de Recabarren, la historia y el nacionalismo. Estas ideas encuentran una forma especial en los '60.

De este modo, la cultura política comunista no fue resultado de un plan previamente articulado, sino que se fue constantemente articulando entre lo que se “quería ser” y lo que la realidad social imponía como tal. Identidad y cultura política se entrelazaron y determinaron mutuamente entre las objetivaciones de la política y filosofía partidaria y la subjetividad del entorno social.¹⁸ En este contexto, para los comunistas la acción concreta era un elemento decisivo en la configuración de su cultura política. Les permitía a sus militantes empaparse de una subjetividad activista-agitativa-educadora, que los hacía sentirse no solo constructores de la sociedad del mañana, sino que en verdaderos agentes revolucionarios. Para los comunistas, su práctica política era la demostración empírica de que ellos eran “revolucionarios”, más allá de las acusaciones

provenientes desde otros sectores de izquierda. Teniendo en cuenta la importancia de la acción para comprender a cabalidad a los comunistas chilenos, es posible apreciar la centralidad estratégica del concepto “lucha de masas”. Como muchas categorías integrantes de su discurso, la lucha de masas era una consigna de larga data en la endojerga comunista. Pero en el contexto de una década radicalizada, como la de los sesenta, el llamado a esta cobró un nuevo protagonismo y significado.

A través de ella se articulaba en un mismo eje la identidad comunista con su cultura política. Es decir, la identidad comunista era, en última instancia, una construcción relacional (inventada por intelectuales orgánicos y “contaminada” a su vez por la subjetividad cotidiana de los comunistas), cuya expresión era un “hacer”, un llamado a la acción. Un comunista no podía ser un hombre o mujer sin acción, sin contacto con la realidad, sin conocimiento directo de las problemáticas del pueblo. La lucha de masas, por tanto, era la interpelación a la militancia a ponerse en movimiento.

En términos operacionales, la lucha de masas era multifacética. En la década de los sesenta, podía significar una ocupación ilegal de tierras, con el objetivo de presionar al gobierno y al Parlamento una pronta aprobación de la ley de reforma agraria; una toma de terrenos baldíos, en el contexto de la lucha por una vivienda donde vivir; o una huelga ilegal que pugnaba por salarios y condiciones más justos. Pero otras expresiones de la lucha de masas consistían en disputar en el Parlamento la aprobación de la reforma agraria, redactar proyectos de ley para viviendas populares o una negociación con la autoridad para subir los sueldos. Estas acciones, corrientemente consideradas como reformistas, eran valoradas por el PC, pero siempre que fueran acompañadas por la “lucha de masas” (tomas, huelgas, paros estudiantiles, etc). En este sentido, y a contrapelo de las miradas que han enfatizado las expresiones reformistas de los comunistas, éstos no tuvieron problemas en fomentar acciones fuera de la ley, si estas tenían un carácter de “masas”. La cuestión numérica era fundamental para definir lo correcto o lo incorrecto de una acción política. Si eran miles los partidarios de una acción radical, los comunistas debían estar “conduciendo” dicho movimiento, en tanto su causa era justa. Con el triunfo de la Unidad Popular, la lucha de masas viró hacia la importancia de apoyar al gobierno, constituyéndose

en uno de los símbolos de aquella época la enorme movilización social que los partidos de izquierda, y por supuesto entre ellos el PC, promovieron en aquel tiempo.

Por ello, hacia mediados de los '60 el PC dejó de hablar de “vía pacífica al socialismo”, reemplazando esta consigna por el de “vía no armada”. El fundamento de este matiz radicaba en el reconocimiento de la inevitabilidad de ciertos grados de violencia y parte constituyente en el proceso de extinción del capitalismo. Este matiz tuvo su origen no solo en las críticas de cierta izquierda, sino que en la propia experiencia de la lucha de masas, fuertemente reprimida en los últimos años de la administración de Frei Montalva. Luego del triunfo de Allende, la política del PC se volcó en lograr la consolidación del nuevo gobierno. Las tareas de la lucha de masas, ahora abocada a la tarea de construir “poder popular” tenían como objetivo organizarse para enfrentar las maniobras desestabilizadoras de la oposición.

Nos parece necesario aclarar que si bien existe una aparente dualidad detrás del concepto de lucha de masas (revolucionario y reformista), estimamos que esta división es solo metodológica, como una manera de exponerla en el relato, porque en la práctica era una sola. Es decir, un comunista podía hoy estar resistiendo el desalojo de carabineros en una toma de terrenos, mañana hacer un “casa a casa” por su candidato a diputado, más tarde ir a la reunión del sindicato y el fin de semana participar en las actividades de la junta de vecinos. Así de variada y multifacética era la lucha de masas y en el imaginario de los militantes comunistas no significaba que una acción fuera más revolucionaria que otra, sino que eran distintas tareas que conducían al objetivo final: la revolución chilena.

Por otra parte, para comprender a cabalidad lo que implicaba ser comunista en Chile, es necesario detenerse en las características orgánicas y teóricas del PC. Como es sabido, la forma de organizarse provenía de la concepción leninista de partido. Esta se basaba en una estructura fuertemente cohesionada en torno al “centralismo democrático”, cuyo principal lema era “libertad en la acción y unidad en la acción”. Es decir, la minoría debía acatar y sumarse a las

resoluciones de la mayoría. En 1921, con Lenin a la cabeza, los bolcheviques prohibieron la oposición en el régimen de los soviets, proscribiendo a los social-revolucionarios y consagrando el régimen de partido único. Paralelamente a lo que ocurría en el país de los Soviets, en el resto del mundo la conversión de las “secciones” de la Internacional Comunista en verdaderos partidos comunistas exigía cumplir las 21 medidas establecidas en su II Congreso, las que dieron origen a la llamada “bolchevización” de los primeros PC. En la práctica, esta significó la preponderancia del centralismo por sobre la democracia, acabando con las disidencias internas. El desarrollo ulterior de las orgánicas comunistas solo ratificó el carácter verticalista de los PC.¹⁹

Para el caso chileno, es necesario detenerse en dos planos de análisis: uno ideal y otro real. De acuerdo con el primero, el PC era el partido más democrático del mundo, en donde las estructuras inferiores determinaban las superiores, en medio de la más amplia libertad de discusión. Pero en términos reales, la comunista constituía una organización en donde el centralismo se imponía sobre la democracia. La bolchevización implicó la creación de un aparato dirigente permanente. Eran lo que el propio Lenin llamó “profesionales” de la revolución: individuos, mayoritariamente hombres, dedicados las 24 horas del día al trabajo partidario. En el caso chileno, este profesional de la revolución era denominado “funcionario”, el que por lo general se veía perjudicado en el aspecto pecuniario (los bajos salarios eran lo tónica en el partido) y recompensado por el poder que su condición le dispensaba al interior de la organización. Así, ser “funcionario” significaba “entrar a una vida en la que ya no había horarios, ni horas disponibles, llena de ocupaciones predominantemente intelectuales: leer, escribir, hablar; enriquecida y provocada por el contacto con gentes y cosas...”.²⁰

La principal tarea del “funcionario” era convertirse en el difusor de la línea del partido, defensor de sus tradiciones y velar por la estabilidad partidaria. Convertidos en casta burocrática, los “funcionarios” ocupaban lugares preeminentes en los organismos de dirección, tanto a nivel central como regional e incluso local. Esto explica la centralidad que tenía la red de “funcionarios” en la conservación de la disciplina interna. Para entender plenamente esto, es necesario comprender los mecanismos de reproducción de los dirigentes internos.

La célula era el organismo de base del PC, integrada por un número variable de militantes (3 a 20 o más). En ellas es quizás en donde la democracia era más respetada, producto de relaciones de igualdad entre los pares, el cual permitía un intercambio horizontal. Sobre la célula estaban los comités locales, que agrupaban a un conjunto de éstas. A su vez, los comités regionales conducían las actividades de varios comités locales. Así se llegaba al comité central, cuyos integrantes eran los dirigentes nacionales del partido, quienes tenían la responsabilidad de dirigir al conjunto de la estructura. Su organismo ejecutivo era la comisión política, verdadero ente rector de la vida partidaria. Allí se concentraba la labor de su máxima autoridad (secretario general) y los principales dirigentes partidarios. Era en ese lugar en donde ocurrían los debates y la política era analizada, ya que el resto de la militancia se remitía a aplicar sus resoluciones.²¹

Los dirigentes de estos organismos eran elegidos en Conferencias y Congresos. Sin embargo la “elección” era solo nominal, porque los organismos superiores vigilaban tanto la selección de los candidatos como la de los delegados con derecho a voto que participaban en estos eventos. Pero como anota Annie Kriegel:

No se comprendería nada de la práctica real si no se tomaran en cuenta las numerosas consultas, incluso a los militantes de base, que realizan los “cuadros” cuando preparan sus “dossiers”. Como en toda estructura autoritaria, el jefe se impone mucho más fácilmente si su designación “por arriba” ha sido precedida de discretos sondeos entre sus eventuales subordinados.²²

Con todo, en la medida que más “arriba” correspondía elegir, menor era la posibilidad de salirse de la “propuesta” del organismo superior. Solo excepcionalmente podía ocurrir que un candidato no previamente estudiado desde arriba pudiera ocupar un cargo dirigente, especialmente en los entes superiores. Las listas o “propuestas oficiales” lograban que fueran elegidos sino todos, la inmensa mayoría de los nombres presentados. De estos, un número

determinante pertenecía al aparato partidario (“funcionarios”), asegurándose así la disciplina y la estabilidad interna. De esta forma se construyó uno de los mitos fundamentales del PC: el referido al “monolitismo” del Partido, basado en su férrea burocracia interna, tras la cual se presentaba la “opinión del Partido”, ente abstracto y omnipresente que parecía saberlo todo y tomar siempre las decisiones correctas, incluso las más aberrantes.²³

Pero la hechura partidaria del comunismo chileno iba acompañada de cinco preceptos que conformaban el credo de la pasión revolucionaria comunista.²⁴ Primero, la teoría marxista era entendida como algo acabado, cuyas polémicas y contradicciones se encontraban fuera de su intocable e incuestionable núcleo. La filosofía marxista-leninista se convertía en una metafísica que ya no se podía seguir desarrollando en base a la crítica, a la discusión y al movimiento real de la lucha de clases. En tanto teoría acabada, el papel de los dirigentes y los intelectuales del partido se remitía a ser meros aplicadores de la verdad revelada, por lo cual debían trabajar en función de demostrar día a día cómo esa verdad preexistente se confirmaba como cierta. Su labor teórica no era la crítica hasta las últimas consecuencias de la teoría ni analizar nuevos fenómenos o tendencias políticos-sociales, sino difundir la verdad oficial. Así como el marxismo era una teoría terminada por ser la verdad definitiva, la línea del partido, emanada producto supuestamente de la aplicación de ésta en la realidad chilena, tampoco debía cambiar. Por este motivo, las posibilidades de hacer una crítica de fondo a la línea del PC no solo implicaba un punto de vista distinto sobre la coyuntura política –como ocurría en otros partidos políticos–, sino un ataque sobre uno de los pilares del credo comunista: el Partido finalmente siempre tenía la razón. Asimismo, se creía que no existían contradicciones entre los dirigentes, lo que explica que el PC se convirtiera en una especie de monarquía, ya que los secretarios generales eran reemplazados solo cuando morían.²⁵ No eran reemplazados porque representaban a un partido que nunca se equivocaba y con una línea que nunca cambiaba. Las deficiencias y errores cometidos se relacionaban con que los dirigentes y militantes no habían aplicado correctamente la línea o que no se habían entregado todas las fuerzas necesarias para imponerla. Un verdadero comunista debía jugarse por entero por la “unidad del partido”. No cumplir este requisito hacía incompatible la propia posibilidad de ser comunista. Como lo dijera Luis Corvalán, “prefiero ver al Partido derrotado pero no verlo dividido”.²⁶ Es decir, para los comunistas la defensa del carácter “monolítico” del Partido hacía preferible estar unidos en el error que

separados por la verdad. Este último componente del credo constituyente de la hechura partidaria era la base que sostenía los anteriores, ya que funcionaba como la razón última para restringir las críticas de fondo a la línea política definida por la Dirección del Partido.

De esta forma, el tema de la unidad partidaria actuaba como el eje articulador de la cultura política comunista. Los argumentos para defender al “Movimiento Comunista Internacional” (es decir la URSS y los PC pro-soviéticos) eran los mismos para defender la unidad del partido en Chile. “Las discrepancias en el movimiento comunista, al debilitar su cohesión, causan daño al movimiento liberador mundial, causan daño a la causa del comunismo”. Por este motivo, la principal tarea de los comunistas en el mundo y en Chile debía ser luchar “en defensa de la pureza de nuestra doctrina, de nuestra unidad, la meticulosa labor cotidiana para fortalecer la unidad...”.²⁷ Así, se seguía la lógica partidaria instaurada por Stalin luego de la muerte de Lenin: “¿qué significa declarar la guerra al aparato del Partido? Significa destruir al Partido. ¿Qué significa enfrentar a la juventud con los cuadros? Significa descomponer al Partido ¿Qué significa la libertad de grupos? Significa querer destrozarse el Partido, querer destrozarse su unidad”.²⁸ Desde este punto de arranque, el culto a la personalidad y el endiosamiento de los dirigentes no debe extrañar. Los espacios de discusión quedaban así delimitados dentro de los márgenes establecidos por la “unidad del Partido”.

Teniendo en cuenta la inflexibilidad de estos mitos que estructuraban el alma partidaria, cabe preguntarse: ¿cómo un partido impregnado de sectarismo proveniente de la rigidez de sus principios pudo tener arraigo de masas? Como ha sido planteado, el “pragmatismo iluminado” caracterizó el accionar comunista. Es decir, el pesado fardo de dogmatismo y creencias de raigambre religiosa que componían la hechura partidaria del PC estuvo acompañado de un pragmatismo que les permitió adecuarse a las particularidades de la arena política chilena. Es decir, en el caso de Chile, tras el discurso marxista-leninista típico de todos los PC pro soviéticos en el mundo, se escondía un pragmatismo que les permitió la inserción de masas.²⁹ Esto significaba que detrás de un discurso acentuadamente doctrinario y rígido, la práctica partidaria era concreta, tolerante, que se basaba fuertemente en la realidad y necesidades locales. Pero a

diferencia de lo planteado por Eduardo Sabrovsky, consideramos que el pragmatismo iluminado no se expresó solo a nivel de la práctica política, sino que también en la cultura política comunista. Así, dentro de los márgenes de su hechura partidaria, el “recabarrenismo” del comunismo chileno amalgamó sus dogmas de fe a la idiosincrasia nacional, conectando la historia y tradiciones del movimiento popular chileno con la del comunismo mundial. En el fondo, la “chilenización” de la doxa marxista la consideramos una variable para explicar el carácter de masas que tuvo el PC chileno, algo que sus pares de la región no lograron.

La férrea disciplina interna unida a la pasión revolucionaria de sus militantes fueron el caldo de cultivo de la imagen que al resto de la sociedad difundió el PC: el de ser un partido orgullosamente monolítico y altamente organizado, pero a la vez visualizado por muchos como sectario y dogmático hasta el fanatismo. Bajo el techo de esta aceiteada “hechura partidaria”, plagada de creencias y ritos litúrgicos, se desarrolló el modo de ser y la cultura política del PC chileno, partido que se convirtió en un actor político ineludible de la historia política chilena durante el siglo XX.

La identidad política comunista chilena

El proceso de construcción de la identidad comunista implicó un largo y complejo camino que entremezcló factores internos y externos a la organización. Temas como el origen histórico, la extracción de clase de sus militantes, sus formas de comportamiento de acuerdo con un marco axiológico ético-moral, sus definiciones sobre la patria y la nación, bañado por la ideología marxista-leninista que cruzaba todas estas materias, unido a factores culturales externos, fueron los componentes de un producto que nosotros encuadramos en el concepto “identidad comunista”. Ser comunista en Chile implicaba cuestiones como su origen e influencias históricas; cuáles eran sus motivaciones político-ideológicas y cuáles debían ser sus consideraciones éticas ante la vida en general. Así, estimamos que la identidad comunista estaba compuesta por cuatro grandes vertientes: la Historia (rescate de la herencia y enseñanzas de

Recabarren y otros líderes históricos del PC, como Elías Lafferte o Ricardo Fonseca); unas normas ético-morales; el marxismo-leninismo (teoría política) y, conectado con lo anterior, un fuerte nacionalismo.

¿Quiénes eran los militantes comunistas? ¿Qué personas de carne y hueso incorporaban en Chile una doctrina que no dejaba indiferente a nadie en esa época? El único dato concreto que se tiene sobre la composición social del PC fue entregado por Luis Corvalán López en el Informe Central al XIV Congreso del PC, realizado en 1969. Como ya lo hemos dicho, si bien históricamente el comunismo chileno tuvo una composición mayoritaria de origen obrero, ya en la fecha de ese Congreso, se estaba iniciando un proceso de crecimiento explosivo de la militancia. Este aumento, aunque no descartó sectores tradicionales de inserción del PC (trabajadores), abarcó a intelectuales, estudiantes y artistas, gracias a lo cual la militancia comunista dejó de ser solamente “obrerista”, por lo menos en cuanto a sus integrantes. Como veremos, su imaginario continuó teniendo ese carácter. En 1969, el 67,6% de la militancia era de extracción obrera, “sin considerar a aquellos que tienen la categoría jurídica de empleados. El 9,5% son campesinos sin incluir a los obreros agrícolas. En el 22,9% restante se incluyen artesanos, pequeños comerciantes e industriales, empleados, y desde luego, nuestros intelectuales y profesionales”.³⁰

Aunque hoy día es imposible desagregar en detalle estas estadísticas, porque luego del golpe de Estado de 1973 la información se extravi , podemos indagar sobre quiénes eran los comunistas en esta época a través de otros medios. A partir de 1965, el PC instauró la condecoración “Luis Emilio Recabarren” a sus militantes más destacados. La información sobre los galardonados entrega una buena señal de quiénes eran los comunistas. Por otro lado, una radiografía más amplia se encuentra en las biografías de todos los candidatos a regidores del PC, publicadas por El Siglo durante 1971. Los candidatos comunistas eran definidos como “gentes que no est n en la política para arreglarse los bigotes” (sic), sino como los que estaban “al frente de las huelgas, a la cabeza de las tomas de terrenos, de la solidaridad internacional, de la movilización del pueblo contra los peligros de golpe de Estado”, etc.³¹ Es decir, debían ser los mejores representantes del PC ante las masas, reconocidos como luchadores en favor de sus demandas más sentidas. Esto explica por qué las biografías publicadas a

comienzos de 1971 por el periódico comunista constituyen un buen resumen de la militancia comunista en el período.

La entrega de la medalla “Luis Emilio Recabarren” fue una resolución del XIII Congreso del PC, realizado en 1965. La idea original era entregarla cada año a los 10 militantes más destacados del partido. Sin embargo, esto varió con el tiempo, obteniéndola un número mucho mayor de personas. Como parte del rescate de la figura de Recabarren, los comunistas justificaban la instauración de esta “tradición”, porque se consideraba que el fundador del PC era un “maestro de verdad, muy auténtico y profundo... su figura política y doctrinaria tiene plena vigencia en nuestros días. Hombre cabal y puro, varón esclarecido y heroico; padre del despertar de nuestro pueblo, de la rotunda actitud proletaria de nuestros hombres, de las mejores inspiraciones revolucionarias”.³² Como dijera Pablo Neruda, orador principal en el acto de entrega de las primeras 60 condecoraciones en 1966, su nombre quedaba ligado “al pecho de algunos fieles continuadores de la obra gigantesca del fundador de nuestro Partido”. El vate, en su poético estilo, resumía en su intervención los requisitos para obtener el más alto estímulo que podía obtener un comunista chileno. Como siempre, esto se reflejaba en la acción: “En todas partes donde estuve, vi a los comunistas trabajar, luchar, triunfar, amar, padecer y cantar. Los vi en los subterráneos de la persecución o en la altura más alta de la gloria terrestre. Los vi en todas partes...”.³³ De esta manera, la condecoración Luis Emilio Recabarren se instituyó como una de las principales herramientas a través de las cuales los comunistas elevaron la mística de su militancia. Los elegidos debían ser lo más graneado de sus integrantes y representantes de la “fidelidad a la causa de la clase obrera” y que hubiesen “demostrado su firmeza de principios revolucionarios”.³⁴ Al respecto, fueron publicadas en la prensa partidaria breves biografías de los condecorados de los años 1969, 1970, 1971 y 1972.

En 1969 fueron condecorados veinticinco militantes; en 1970, treinta y uno; ciento seis en 1971 y veintitrés en 1972, haciendo un total de 185. De ellos, el 67% eran hombres y solo el 33% mujeres. Este primer dato habla de una hegemonía masculina en la composición del PC, lo que demuestra que este no escapaba de un fenómeno de carácter nacional, en donde el rol público de la mujer aun estaba subvalorado. A pesar que desde 1965 una mujer era secretaria

general de las JJCC e integrante de la Comisión Política del PC (Gladys Marín), el peso de lo masculino era evidente. Respecto al origen social, el 64% eran obreros, 20% profesionales, 5% empleados, 5% dueñas de casa, 1% comerciante ambulante y 3,7% no se especificaba su actividad. Es decir, un 80% de los condecorados no eran intelectuales. Esto demuestra que la tradición y raigambre obrera del PC no era solo un mito. En tanto premio a la trayectoria, muchos de los galardonados formaban parte de las primeras generaciones de comunistas. Especial relevancia cobraba si había sido parte de la Federación Obrera de Chile (FOCH), como Fermín Vega Vega, nacido en 1892. Aunque no militaba en ese tiempo, el haber trabajado junto a Luis Emilio Recabarren en el diario El Socialista de Antofagasta constituía un dato crucial en su currículum. Los que habían resistido a la represión también constituían un ejemplo. Era el caso de Ismael Carter, sobreviviente de la matanza de Ranquil, quien “recibió como una condecoración de fuego cinco balazos: uno le destrozó el brazo derecho; otro le atravesó la clavícula y un tercero se le alojó en la pierna derecha”.³⁵ También era muy relevante el haber jugado un rol en los años de la clandestinidad bajo el gobierno de Gabriel González Videla. Por ejemplo, Eugenio Vallejos, designado gobernador de Chanco en 1947, relegado en Pisagua y luego militante en la resistencia clandestina.³⁶ En el caso de los intelectuales, se destacaba su compromiso con la causa del “movimiento popular”. El actor Rubén Sotoconil, aparte de “su gran actuación durante la represión”, resaltaba por ser “pionero del teatro para el pueblo”.³⁷ De Enrique Kirberg, entonces rector de la Universidad Técnica del Estado, se destacaba su labor como dirigente interno del partido y su pasado como “combativo dirigente estudiantil”.³⁸ Finalmente, era destacado el hecho de tener una trayectoria como dirigente de masas: Ernestina Cortés, dirigente poblacional; Domingo Álvarez, dirigente ferroviario; Josefina Escanilla, dirigente de Centro de Madres, entre otros.

En resumen, la imagen que se buscaba realzar a través de estos condecorados era, en primerísimo lugar, el carácter auténticamente popular y obrero del partido. Además, estaban presentes las virtudes de la persistencia, su trabajo conectado a las masas, la lealtad al partido, incluso en épocas de represión, en fin, su entrega por décadas a “la causa del proletariado”. En tanto “partido de clase”, los más destacados militantes del PC en su mayoría no eran brillantes oradores o intelectuales con estudios en el extranjero. La valía estaba dada por el origen obrero o por la opción de entregarse a las “luchas del proletariado”. Un adolescente Víctor Díaz, tercer subsecretario general en la historia del PC, era

rechazado como trabajador en la mina “La Despreciada”. “Tenís apenas 15 años, no puedes trabajar aquí. Espera tres años”, le dijeron, pero “mordiéndolo su rabia y con la miseria de su hogar presente en su mente, no se dio por vencido... cuando cumplió la edad requerida, comenzó con las duras faenas mineras”. Antes de eso, había lustrado zapatos y vendido diarios en las calles de Tocopilla.³⁹ Pascual Barraza, entonces Ministro de Obras Públicas y Transporte del gobierno de la Unidad Popular, declaraba con “orgullo proletario” que “no soy técnico, soy obrero y conozco el fondo de cada problema comunal”.⁴⁰ También era fundamental la “experiencia obrera”, el haber conocido en carne propia los padecimientos del proletariado. Se unía esa miseria material con el sufrimiento y persecuciones vividas al haber optado por ser comunista. Como si en la microfísica de una vida cotidiana siempre adversa, plagada de tristezas, de dificultades, de carencias, de injusticias inimaginables, se engendrara una figura que era capaz de sobreponerse a todo ello: el Hombre Nuevo. Éste, el más puro de los comunistas, el más consecuente “luchador del proletariado” –se estimaba– nacía con el barro en los pies descalzos, del más duro de los trabajos manuales, del hambre, de los apaleos, de la cárcel, de la tortura, del desempleo, de las carencias de sus hijos y de la soledad obligada de la mujer del clandestino. De manera similar a los primeros mártires del cristianismo, mientras más miseria material y física se hubiese padecido, mayor era la autoridad moral y política de un o una comunista, quedando en segundo plano si su manejo político era precario o insuficiente.

Existía la noción de ser parte de la clase redentora, un nuevo mesías, ahora colectivo, que “salvaría” (emanciparía en la jerga partidaria) al resto de los sectores populares. Por eso una de las características más destacadas del militante del PC era el “bajo perfil”. Bajo la excusa de la preeminencia del “trabajo colectivo”, los dirigentes intermedios o de base destacaban por asimilarse a la idea oficial y colectiva, sin dar discusiones de fondo. Por años podía ser dirigente y estar en el centro del quehacer político partidario, en la medida en que no significara fuente de conflictos o discrepancias al interior del partido.

Por su parte, la importancia del bajo perfil y de la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual se encuentra en la propaganda electoral del PC. Con ocasión

de las parlamentarias de 1965, se editó un folleto que daba a conocer la labor de los parlamentarios comunistas. Luego de una detallada cuenta, se destacaba el hecho de “que no aparece en él nombre alguno de parlamentarios del PC, porque consideramos que, si notable ha sido la actuación personal de no pocos de ellos, mucho más importante es el trabajo colectivo, de equipo... Diputados y senadores del PC no alardean de su acción personal. Ella es parte de un todo, de una acción coordinada, de una tarea general, del trabajo parlamentario, en fin, del Partido Comunista”.⁴¹ Volodia Teitelboim afirmaba que no recordaba bien cómo y cuándo había conocido al dirigente Óscar Astudillo, por la costumbre de éste de nunca hacerse notar: “Su modestia, en todo el sentido de la palabra, era pues una sus principales virtudes... su carácter siempre afable y cordial, lleno de simpatía y humanidad”.⁴² De esta manera, las opiniones discrepantes eran prácticamente anuladas, porque se consideraba que eran provocadas por un afán de protagonismo de los individuos o, en última instancia, por ser prácticas u opiniones “anti-partido”. Así, el bajo perfil, tradicional “modestia comunista”, funcionaba como un dispositivo de control interno de las opiniones y las prácticas de la militancia.

Por otra parte, es llamativo que no tuvieran presencia las labores “internacionalistas”, de trabajo político fuera de Chile. Como veremos posteriormente, el PC siempre articuló en su discurso un patriotismo y nacionalismo de izquierda, por lo que no debe extrañar que la Dirección del PC, que entregaba esta condecoración, buscara simbolizar en los designados el arraigo popular y nacional del PC.

Una muestra más amplia de quienes eran los militantes comunistas la ofrece el listado biográfico publicado por El Siglo antes de las elecciones municipales de abril de 1971.⁴³ Primero es necesario aclarar que no se publicaron los datos de todos los candidatos, sino que solo un porcentaje. Seguramente, el criterio fue destacar a los más fuertes y posicionar a las comunas en donde el PC creía posible pelear nuevos cupos tanto de regidores como de alcaldes. De todas maneras constituyen una muestra representativa sobre quiénes eran los comunistas en este periodo. De un total de 237 candidatos reseñados, el 81% eran hombres y solo el 19% restante eran mujeres. Esto ratifica lo que ocurría, desde la perspectiva de género, con los condecorados con la medalla “Luis

Emilio Recabarren”, donde el predominio masculino era absoluto. La masculinidad de los militantes comunistas es un factor importante a tener en cuenta al analizar la identidad comunista. En efecto, muchas de las nociones éticas y morales del PC estaban empapadas de la lógica machista que predominaba en la sociedad chilena de la época. En este sentido, al contrario de lo que tradicionalmente se ha señalado respecto al “ser comunista”, los militantes chilenos no eran una secta ajena a lo que ocurría a su alrededor, sino que su identidad estaba influida por el “exterior” a su mundo.⁴⁴

Respecto a su extracción social, se ratifica la hipótesis de que hacia principios de los años 70 los comunistas abrieron su abanico de militantes, incorporando nuevos sectores sociales. El listado biográfico de los candidatos en las elecciones municipales de 1971 demuestra que si bien los candidatos de extracción obrera eran mayoría, con el 44%, los profesionales eran casi un cuarto del total de candidatos, con el 23%. Cabe consignar que la mayoría de los profesionales eran profesores, sector en donde el PC había tenido una importante penetración. El 10,4% eran empleados; el 9,5% eran campesinos, ratificando una presencia notablemente menor del PC en el mundo agrícola; 5% eran dueñas de casa; 3,6% eran pequeños y medianos comerciantes y también 3,6% eran estudiantes universitarios. Al comparar estas cifras con las entregadas por Luis Corvalán en 1969, en las que la clase obrera representaba 2 tercios de la militancia, las cifras de los candidatos a regidores y alcaldes de 1971 hablan de una disminución de la presencia obrera, en desmedro especialmente de los profesionales. Los empleados también suben, probablemente porque las responsabilidades en el gobierno representaron para muchos un cambio de oficio.

Desde el punto de vista etéreo, el 19,8% estaba en el rango de los 21 a 30 años; el 30%, entre los 31 y 39 años; el 45,9%, entre los 40 y los 59, y solo el 3,6%, sobre los 60 años. Estas cifras muestran un partido joven, en donde casi la mitad de sus mejores cuadros políticos tenían menos de 40 años. En una época de gran protagonismo juvenil, la militancia comunista era una demostración de que dicho sector etéreo era uno de los actores sociales más importantes del periodo. Además, estas cifras coinciden con lo señalado respecto al crecimiento explosivo que las Juventudes Comunistas habrían tenido a partir especialmente de 1969.⁴⁵

El crecimiento del PC en aquellos años se refleja en la cantidad de años militando de los candidatos. Aunque se supone que un aspirante a representar a su comuna debía ser un militante fogueado y probado, la nada despreciable cifra de 16,8% tenía menos de 6 años en el partido o en la juventud comunista. Es más, tomando como perspectiva el año 1960 (máximo 10 años militando), la cifra subía a un 41% de los aspirantes. Casi un 20% había ingresado al PC o Jota entre los años 1955 y 1959. Como es explicable, esta cifra se reduce en los años más duros de la clandestinidad (1950-1954), con solo el 6,7%. Por el contrario, los años 1945 y 1949, que marcan el otro periodo de crecimiento del PC, cortado por la ilegalidad decretada en 1948, tiene un significativo 13,5%. La experiencia de los cuadros obreros más antiguos, ingresados al partido entre 1935 y 1939, estaba presente con el 11,7%.⁴⁶

En resumen, en su época de apogeo, el PC era un partido joven, con un importante porcentaje de militantes con menos de 10 años al interior del partido. La hegemonía obrera era indiscutible, pero había una fuerte tendencia al crecimiento de los sectores profesionales y empleados. Además, era un partido eminentemente masculino desde el punto de vista de género. Estos aspectos son muy importantes al momento de analizar la identidad comunista, porque la insistencia en el ejemplo de un pasado épico (“los tiempos de Recabarren”), en un discurso e identidad obrerista y el realce de personalidades femeninas al interior de los organismos dirigentes del PC, tenían como objetivo consolidar una identidad histórica (“el partido de la clase obrera”) y subsanar la evidente ausencia y probable discriminación de la mujer en la estructura partidaria, herencia cultural del Chile de aquel tiempo.

Luego de caracterizar a los militantes comunista chilenos en el periodo, corresponde detenerse en cómo “debían ser” estos individuos. Como es sabido, la militancia comunista estaba fuertemente marcada por una ética, que determinaba ciertas pautas de comportamiento y valores, que también definían el “modelo de hombre” al que debía aspirar un comunista.⁴⁷

Uno de los intelectuales orgánicos más destacados de la historia del PC, resumía cómo debían ser los comunistas chilenos: “...es un trabajador y una parte esencial del pueblo hecho conciencia. Es un hombre sencillo, una mujer como todos, sencillo, humano, decente, que ha decidido, más allá de sus intereses personales, dedicar lo mejor de su vida a la liberación de su patria”. Por esta tarea histórica, que los convertía en unos sujetos políticos activos, “la historia de Chile no puede concebirse en el siglo XX sin los comunistas. Ellos forman parte indivisible del pueblo desde que el comunista Recabarren fundara ese partido...”.⁴⁸ Profundizando en las motivaciones de vida de los comunistas, en la forma de ver el mundo que un buen comunista debía observar, el mismo intelectual señalaba:

Cuando alguien ingresa al Partido Comunista sabe perfectamente que entra en una escuela de desinterés, que no se hará rico; está consciente de que, al revés de lo que sucede en tiendas políticas burguesas, no se transforma en un multimillonario, no ignora que su lucha será dura. Se trata de la actitud de un revolucionario, que renuncia inclusive, a sabiendas, al goce de los bienes de este mundo, para que el pueblo gane una vida mejor.⁴⁹

Esta entrega, la humildad, las convicciones a toda prueba, en fin, la “voluntad de poder”, en el sentido de querer operar sobre el mundo para transformarlo, inclusive pagando los más altos costos personales y familiares, era el núcleo de la “fe marxista”. Para ello, como decíamos, era fundamental fundirse “en el colectivo”, hacer honor al “bajo perfil” y no cuestionar la unidad del partido, es decir ser un disciplinado “soldado de la revolución”. Como se ha dicho, esta mentalidad destacaba “el papel que desempeña la voluntad en la política: que los hombres pueden desprenderse de su pasado para inventar y construir una sociedad nueva”.⁵⁰

En el fondo, la “esencia” de ser comunista implicaba un nuevo tipo humano, ferviente creyente de la justeza de su causa y de la inevitabilidad del triunfo del comunismo sobre el planeta. A pesar de las dudas generadas por los horrores del estalinismo, de la invasión de Checoslovaquia en 1968, de la falta de democracia

en los “socialismos reales”, de los éxitos tecnológicos del capitalismo, el comunista creía posible otro mundo, en donde la solidaridad, el respeto, la hermandad, la fraternidad, la modestia, propia del proletariado, se impondría como modelo humano.⁵¹

El fuerte sentido de pertenencia que el mesiánico discurso identitario comunista generaba, hacía que la renuncia a la militancia fuera un hecho absolutamente traumático. Significaba cuestionar no solo una actividad más o terminar con un “hobby”, sino que acabar con una concepción de la vida, cambiar el sentido y proyección de la existencia. Como toda relación intensa y apasionada, que exige entrega total e incondicional, al momento de producirse el quiebre, el odio y malquerencia era directamente proporcional a la otrora “Gran Familia”. El relato de un ex militante comunista sobre el momento de ser notificado de la expulsión del partido, ejemplifica el paradójico significado del quiebre de la relación militante-partido. Luego que el dirigente de las Juventudes Comunistas José Weibel le informara oficialmente su salida de la organización, para el marginado resultaba “difícil comprender por qué no podía tener el derecho a discrepar al interior de la organización a la que había dedicado una parte importante de mi energía y trabajo... esa reunión con Weibel fue lo más cercano a un juicio estalinista... esa noche, caminando desde el local de la calle Marcoleta hacia la Plaza Italia me había dado cuenta que una etapa fundamental de mi vida había llegado a su fin... Mi militancia en el Partido, así con mayúscula, había sido también algo muy grande, algo trascendente. Desde ese punto de vista era triste salir de él, es cierto. De algún modo significaba desprenderme de una parte importante de mis vivencias juveniles, como decir adiós al primer amor”.⁵² La intensidad del quiebre remarca el hecho de que la lealtad y confianza hacia el partido fue uno de los pilares en torno a los que se forjó la identidad comunista.

Hacia fines de los sesenta, los dirigentes comunistas insistían en la necesidad de difundir la idea de un partido de “nuevo cuño”. A diferencia del resto de los partidos (excluyendo por cierto a sus aliados), el pueblo debía reconocer en los comunistas “por su desinterés, por su espíritu de sacrificio, por la búsqueda de la unidad popular... (el PC es) el que los orienta y conduce al combate, el que se guía ante todo por los intereses del proletariado, partido inspirado en el profundo y efectivo patriotismo”.⁵³ Teniendo en cuenta esta disposición a la entrega, es

que el comunista no debía dejarse llevar por consideraciones mezquinas o de conveniencias propias: "...jamás procederemos por cálculo, pensando: 'bueno, si adoptamos esta actitud, podría significar la posibilidad de futuras persecuciones, de leyes discriminatorias en contra de nuestro partido, y por lo tanto, seamos cautos, no lo digamos'. Nosotros decimos siempre todo lo que tenemos que decir, con voz entera, sin rodeo".⁵⁴ Asimismo, los comunistas debían demostrar en su vida cotidiana el compromiso con el proletariado. Se debía ser "ajeno al arribismo y la pecha (sic) del oportunismo burgués y pequeñoburgués". Aparte de la modestia y sencillez en la vida privada, ya mencionados como valores claves de la identidad comunista, un militante revelaba su identidad "actuando frente o junto a las masas, por su tacto y honradez". En este sentido, y en el contexto del debate con los sectores ubicados a la izquierda del PC en los tiempos de la Unidad Popular, la moral comunista se había caracterizado porque "nunca perdieron la confianza en las masas, una fe ilimitada en la inagotable fuerza creadora del pueblo...".⁵⁵ En este sentido, como se ha señalado, el militante comunista debía ser un sol: "ilumina, calienta y lleva tras de sí en su recorrido a toda una corona de satélites: sus vecinos, sus compañeros de juego o trabajo, y en general sus compañeros de miseria y de esperanza".⁵⁶ De ahí la centralidad que tenía para "ser comunista" demostrar en la vida cotidiana la nueva moral que ellos pretendían representar.

El triunfo de la Unidad Popular reforzó la "moral comunista". Era conocido que los senadores y diputados comunistas entregaban su dieta parlamentaria al partido, y que este les entregaba un estipendio equivalente al de "un obrero calificado". Pero para los funcionarios del "Gobierno Popular", se propusieron las siguientes medidas "éticas": "...los militantes que ocupan cargos en el Gobierno y que tienen jubilación u otras rentas, que renuncien, a beneficio fiscal o de la CUT, de alguno de sus ingresos o de una parte de los mismos; que aquellos que vayan a percibir remuneraciones relativamente altas se sometan al mismo sistema que rige para los parlamentarios del partido".⁵⁷ Por ello, mensualmente, los funcionarios de gobierno del PC entregaban entre 240 a 270 millones de escudos a la Junta Nacional de Jardines Infantiles.⁵⁸

Por su parte, la moral comunista también se expresaba en el trabajo. En el marco de la llamada "batalla de la producción", gatillada por la necesidad de aumentar

la producción para evitar espirales inflacionarios, el militante comunista debía demostrar su disciplina: “El comunista, tanto en las labores internas de su partido como en la fábrica, en la mina, en la administración pública y en cada uno de los lugares donde trabaja, no debe tener horarios de entrada ni salida. El horario comunista es de 24 horas. Para el comunista el tiempo es oro y no lo puede desperdiciar”.⁵⁹ Al igual que los viejos comunistas seguidores de Recabarren, el éxito de los comunistas en los '60 no solo consistió en imponer unas tesis políticas sobre sus aliados en la izquierda, sino en masificar una concepción más global sobre el sentido de la vida del ser humano. Es decir, hacer la revolución no solo era un problema estructural o nacional, sino que también estaba alojado en los propios sujetos. La socialización de esta transformación moral interna, hacerla de masas, estuvo asociada a una forma de entender la política vinculada a un proyecto histórico colectivo, en donde el cambio interno individual se unía al de millones. Como ha sido dicho, el comunismo compartió con el liberalismo la importancia de la autonomía del individuo, lo que permitió “al militante comunista situar su acción en la sucesión de la historia y considerarse a sí mismo como heredero y continuador del progreso”.⁶⁰ Esta es una dimensión subjetiva de la política que jugó favorablemente para el proyecto político de la izquierda chilena.

La moral comunista intentaba elevarse como ejemplo de cómo debían ser los verdaderos revolucionarios. Para los comunistas era vital dar “un ejemplo de consecuencia entre lo que dicen y lo que hacen”.⁶¹ Por esta razón, el PC, apenas iniciado el gobierno de Salvador Allende, insistió en la constitución de una nueva “moral administrativa”, basada en el espíritu del “Nuevo Tipo Humano” propugnado por la ética comunista. El “gobierno del pueblo” debía demostrar que lo era. En el caso de la Presidencia, esto se manifestó en “el tipo de dietas en la cocina de palacio, no aceptar regalos, preocupándose personalmente de las condiciones en que labora la guardia de Carabineros...” Aunque se reconocía que “el hombre nuevo no se hace de la noche a la mañana”, un imperativo del nuevo gobierno era jugarse por el fin de la corrupción administrativa, lo que se consideraba cambios “tanto o más importantes que las medidas de que todos hablan”.⁶² Años más tarde, cuando la cruda realidad demostraba la dificultad de llevar a cabo esta transformación interna, se reconocían casos de corrupción y negligencia administrativa: “Nuestro partido ha tomado la iniciativa para remover algunos funcionarios por ineficiencia en los puestos para los cuales fueron designados. Hace pocos días expulsamos a uno de SOCOAGRO, [por]

irregularidades comprobadas”. Tal fue la preocupación de la Dirección del PC frente a la aparición de señales de corrupción, que no solo se revisaría la actuación de los comunistas en cargos de Gobierno, sino que “mientras dure la revisión, por un periodo de dos meses hemos acordado suspender la incorporación al Partido de gente que trabaje en la Administración Pública o en los servicios descentralizados”.⁶³

Producto de la preponderancia de la juventud como actor social en este periodo y del ya mencionado crecimiento de las Juventudes Comunistas, el tema ético-moral también era constantemente abordado por sus dirigentes nacionales como preocupación política central. Su máxima dirigente, la profesora normalista Gladys Marín, enfatizaba cuáles eran las opciones de vida que un comunista debía seguir. Interrogada acerca de por qué había optado por la política y no la docencia, la dirigente establecía su escala de valores: “Porque mis ideales políticos son los más grandes. Aunque me gusta mucho la docencia, pienso como Ricardo Fonseca, quien ha dicho: ‘Uno puede ser profesor y el alumno más grande es el pueblo’. A veces hay que renunciar a todo para dedicarse a la revolución...”.⁶⁴ Esta consecuencia a toda prueba debía convertir a las JJ.CC. en “una escuela de los valores del Chile Nuevo, formadora de revolucionarios, verdadera vanguardia de las masas juveniles en las tareas más heroicas que demande la Patria”. Los valores directrices de esta “escuela de comunismo” debían ser la ya consabida “fraternidad, sencillez y el espíritu colectivo de nuestros militantes; combatiendo el acomodo, el individualismo y toda forma de corrupción burguesa”.⁶⁵ Por esta razón, no es extraño que durante el gobierno de la Unidad Popular, uno de los esfuerzos principales de las JJ.CC. fueran los Trabajos Voluntarios. Esta definición política estaba estrechamente ligada a las concepciones éticas del PC, porque se consideraba que a través de ellos “se aprendió a convivir, a compartir el pan, a luchar contra las malas formaciones, contra la choreza mal entendida. Pero muchos de esos jóvenes, rajas p’al garabato algunos, flojones otros, son los héroes que se van forjando en la nueva sociedad... Así se forma el hombre nuevo, solidario, dispuesto al sacrificio”. Conscientes del aumento de jóvenes profesionales en las filas de las JJCC, sus dirigentes resaltaban el rol de éstos en la tarea principal que significaban los Trabajos Voluntarios: “(estos) nos permiten formar un profesional de nuevo tipo con sensibilidad social, un profesional que sienta los problemas del pueblo, el médico que está dispuesto a irse a los rincones más apartados y no hacer de su profesión una mercancía, el ingeniero que baje a la mina, a la faena y no sea

atrapado por el papeleo de la oficina”.⁶⁶

Estas exigentes transformaciones internas se enfrentaban con modas juveniles que los comunistas apreciaban muy negativamente, como el consumo de marihuana. Esta era considerada como “una hiedra maligna, que aprisiona a no pocos muchachos”. Para las JJCC, “las drogas son parte de los vicios de una sociedad decadente”. Frente a la evasión y las dudas juveniles sobre el futuro, no vacilaban en señalar vibrantemente que “¡nosotros tenemos la respuesta a vuestras dudas, a vuestras inquietudes! ¡Viva la vida! ¡Viva la lucha!”.⁶⁷ Comentando el festival de “Piedra Roja”, considerado el “Woodstock chileno”, las opiniones eran categóricas: “No fue una manifestación de vitalidad juvenil, sino de coloniaje mental... (los participantes) poseen muy vagas ideas en una cabecita llena de ‘yerba’... Estamos convencidos que los fumadores de Piedra Roja son jóvenes que estudian mal y que casi no trabajan”.⁶⁸ Los prejuicios comunistas frente al fenómeno “hippie” y la aparición masiva de consumo de marihuana los hizo unirse al discurso del establishment dominante, que hacía coro para condenar a estos jóvenes. Cuestiones como éstas generaron una identidad comunista apreciada como conservadora por los no-comunistas. Al igual que en otros tópicos valóricos, como la familia y la mujer, los comunistas, a su pesar, eran tributarios de la herencia cultural dominante en Chile. Ésta por tanto, también jugaba un papel decisivo en la formación de la identidad comunista.

Las prácticas espartanas, puristas, moralistas, dibujaron una imagen del comunista como un ser parco, mecanizado, carente de emociones. Luis Corvalán, por ejemplo, relata en sus memorias el caso de un individuo que llega a un local partidario con el objetivo de solicitar su ingreso al partido. Más allá de las cuestiones políticas, el dirigente que lo recibe se explayó en las implicancias que esta decisión tenía, recalcándole que “el Partido se caracteriza por su disciplina, que es imperativo ser puntual, asistir con regularidad a las reuniones, y constituirse en el mejor ejemplo en todo para su familia, vecinos y compañeros de trabajo. Él advierte que los comunistas no son abstemios, pero que los borrachos no se toleran...”. Respecto a la vida familiar, le plantea que “el comunista no puede llevar una doble vida familiar. Ni siquiera debe andar coqueteando con otras mujeres”. Para rematar, le recuerda los riesgos que

significaba ser comunista: "...perder el empleo, ser detenidos, sufrir persecuciones, etc., para terminar haciéndole la pregunta más peliaguda, la de si está dispuesto a morir por el Partido". Aunque el aspirante aceptó todos estos desafíos, agregó "¡Chis!... ¡para la perra vida que voy a llevar...!".⁶⁹

El ascetismo que refleja esta anécdota era complementado con dosis de conservadurismo, que hablan del nivel de injerencia que podía llegar a tener el aparato partidario sobre la vida privada de sus militantes. Consultado Luis Corvalán por un periodista si le parecía que "los comunistas son o aparecen un poco pacatos", no tenía problemas en reconocer que, "sin caer en puritanismos, el Partido se esmera por evitar, hasta donde es posible, la ruptura de los matrimonios... trata de ayudar a sus militantes a encontrar las soluciones más convenientes a sus problemas familiares, teniendo en primer lugar presente el porvenir de los hijos. Tal vez por esto aparezcamos para algunos un tanto pacatos".⁷⁰

Como ocurre en toda organización humana, el PC no escapaba de la tónica de no cumplir exactamente lo que se predicaba en la teoría. A pesar de la rígida normativa ético-moral, se les "perdonaba" a algunos militantes posibles deslices. En el caso de la fidelidad y la preservación del matrimonio, el PC toleró en silencio que uno de sus máximos íconos, el poeta Pablo Neruda, diera rienda suelta a su enamoradiza personalidad.

La pacatería comunista era confirmada a través de opiniones sobre algunas materias propias de la realidad juvenil de la época. Si bien no estaba prohibido para los jóvenes comunistas escuchar y bailar música norteamericana, Luis Corvalán se alegraba que las JJ.CC. fomentaran "los bailes y la música nacionales y las canciones de protesta". Sobre las relaciones prematrimoniales, eran aceptadas solo "en el entendido de que se trata de relaciones practicadas en los marcos de una sana moral, basadas en el amor y con las precauciones del caso para evitarse complicaciones".⁷¹ Por otra parte, existía discriminación a los homosexuales, tal como lo reconoce Corvalán. Desde una óptica autocrítica, y en el estilo campechano que siempre lo caracterizó, Corvalán reconoce "el haberme

opuesto, en cierta ocasión, al ingreso al Partido de un valioso artista por el solo hecho de que era mariquita (sic)".⁷²

Respecto a la familia, formalmente los comunistas aparecían en posturas progresistas. Por ejemplo, abogaban por el derecho a que la mujer trabajara, por lo que demandaban la necesidad de crear salas-cunas y jardines infantiles. Respondiendo a las acusaciones de la derecha, los comunistas planteaban que esto "no significará destruir la familia, sino por el contrario, un acercamiento de la pareja, a través de otros rubros más humanos, más espirituales, pues no solo lavando ollas, mamaderas y grandes atados de ropas y pañales se logra juntar la pareja humana".⁷³ Sin embargo, era evidente que la teoría no siempre calzaba con la práctica. En la citada entrevista a Luis Corvalán, interrogado sobre "quién mandaba en la casa", éste escabullía el bulto, diciendo "depende en qué. Hay cosas en que manda hasta 'el conchito' de la familia" (María Victoria, entonces de 7 años de edad). Pero el periodista, en tono de chanza, no dejaba de hacer notar que "esta pregunta produjo la indignación de Lili Castillo, esposa de Corvalán, quien advirtió que al periodista "le constaba que, a pesar de ser 'chico', en la casa siempre había mandado Lucho".⁷⁴ Así, muy de acuerdo a la idiosincrasia del chileno, entre bromas y bromas, destilaba el ingente machismo –no distinto a la de cualquier familia chilena media– del jefe del comunismo criollo.

Dentro de la concepción de familia, la crianza y educación de los hijos de los comunistas ocupaba un lugar destacado. Al igual que en otros partidos, era común que surgieran verdaderas dinastías de comunistas. Algunos apellidos tenían una fuerte tradición histórica y varias generaciones de militantes a su haber. Esto no era casualidad, porque para un buen comunista, parte de su responsabilidad era educar a sus hijos bajo la óptica de "la causa del proletariado". Al respecto, se llamaba la atención que era un error dejar totalmente libre la educación de los hijos, porque "en cada palmo de terreno, incluso se entrometen en nuestra propia casa, la propaganda, la fuerza de la costumbre, la incultura y otras formas ideológicas de la reacción". En el mismo sentido, se consideraba óptimo llevar a los hijos a los actos partidarios y de masas, porque eran "muy buena escuela del sentimiento colectivo".⁷⁵

En el caso de los dirigentes, no era del todo bien visto que ninguno de sus hijos fuera militante comunista. Esto se reflejaba en que en las biografías, al mencionar a sus hijos, siempre se indicaba si eran militantes o no. Cuando esto no ocurría, surgían algunas explicaciones. Para Luis Corvalán, esto se producía “porque algunos compañeros, sobre todo en el periodo de la ilegalidad, tuvieron que vivir fuera de su hogar y no pudieron contribuir a la educación de su hijos. Se da también el caso de compañeros que ingresaron al Partido cuando sus hijos ya estaban formados”.⁷⁶ Este aspecto al parecer solo anecdótico, es fundamental analizarlo para entender la fortaleza de la identidad comunista. El comunista estaba seguro de que la “ciencia marxista” era exacta, por lo cual era indecoroso que los hijos de los representantes de esta certeza no siguieran el ejemplo del padre. Por eso Corvalán, orgulloso, señalaba que no concebía que sus hijos no fueran comunistas, “porque todo en mi hogar, mi mujer, mi suegro, toda mi vida, no da margen para tal cosa”.⁷⁷ De esta manera, las dinastías familiares de comunistas se consolidaban, convirtiendo a la familia en la primera escuela de formación comunista.

Finalmente, un aspecto importante de la identidad comunista era la vocación de sus militantes por el estudio y la autoformación. Los dirigentes obreros del PC eran, al igual que Recabarren, autodidactas por definición, lo que no les impedía participar en las discusiones y responsabilidades del más alto nivel político. Este era un elemento de demostración práctico muy importante para la identidad comunista, porque se relacionaba con el orgullo de ser obrero y comunista, con la reivindicación de que era posible que la “clase trabajadora”, representada en su vanguardia “más esclarecida”, asumiera la conducción política del proceso de cambios revolucionarios al cual los comunistas creían estaba predestinada. En la época de la colaboración comunista con el gobierno de Gabriel González Videla, Juan Chacón Corona fue designado vicepresidente del Instituto de Economía Agrícola. A quienes trabajaron con él en ese tiempo les sorprendieron “sus profundos conocimientos técnicos del problema agrario de nuestro país... manejaba datos sobre tierras, siembras, producción, exportación e importación...”.⁷⁸ José González, aunque solo cursó los primeros años de la enseñanza primaria, “a punta de empeño, cabeceándose hasta tarde en las noches, penetró en las páginas inmortales de los clásicos del marxismo, dominó lo fundamental de nuestra doctrina, descubrió la luz de la teoría para hacer más

fecunda la práctica”.⁷⁹

En resumen, la extracción de clase; una experiencia de vida signada por la dureza, tanto por una infancia económicamente precaria y el precoz trabajo obrero, como una juventud y madurez plagada de persecuciones, cárceles, clandestinidad y desarraigo familiar; una forma de ser sencilla y humilde, que no olvidaba su origen social, permitiendo a los comunistas compenetrarse de la realidad del pueblo y la formación autodidacta, que los convertía en “intelectuales obreros”, eran aspectos centrales para ser considerado un comunista ejemplar. En el imaginario comunista, estas características los enlazaban con las más “arraigadas tradiciones” de la historia de lucha del movimiento obrero, fundiendo en un solo tronco su causa con la trayectoria política del Partido Comunista. Para éste, “pueblo” e izquierda eran sinónimos, lo que se confirmaba a través de la vida de sus más connotados dirigentes. Por esta razón, el rescate de la tradición histórica del movimiento obrero fue una de las obsesiones de los intelectuales orgánicos del PC. La identidad comunista no solo era un decálogo de normas que había que seguir puntillosamente, sino que también implicaba un origen, una historia, una teoría. El “recabarrenismo”, el “marxismo-leninismo” y el nacionalismo de izquierda constituyeron las “fuentes” que dieron consistencia ideológica a la identidad comunista. Éstas, al conectarse y empaparse de la actividad política cotidiana de los comunistas, dieron forma a la cultura política del PC.

Históricamente los comunistas crearon sus tradiciones en torno a la “vida y obra” de Luis Emilio Recabarren. Su trayectoria política era tomada como un resumen de las mejores virtudes del movimiento popular, de las que el Partido Comunista era el mejor de sus herederos. Como decíamos al comienzo del capítulo, el historiador Gabriel Salazar ha refutado esta versión, señalando que los comunistas redujeron el legado recabarrenista solo al acto fundador del movimiento, olvidando sus enseñanzas políticas. Salazar vincula la crisis en la dirección del PC surgida en septiembre de 1924, cuando los llamados “jóvenes revolucionarios” encabezados por Ernesto González, Castor Vilarín y otros, ganaron la dirección del partido, con el abandono definitivo de las tesis políticas de Recabarren. Para Salazar, los comunistas no reivindicaron el proyecto de Recabarren, centrado en la construcción política fuera del aparato estatal. Por el

contrario, el PC se volvió estatalista, dándoles la espalda a las concepciones de su fundador.⁸⁰

Desde nuestra óptica, la revisión de la prensa comunista entre los años 1965 y 1973 ofrece una mirada más compleja respecto a la herencia de Recabarren en el PC. Si bien es indudable que hay una óptica que enfatiza el carácter de “precursor” y “fundador” del legado recabarrenista, para los militantes obreros y los propios intelectuales orgánicos del PC la herencia de Recabarren contenía otras dimensiones. Mientras que los militantes que lo conocieron y que se formaron bajo su alero, aun con vida en la década de los '60, remarcaban su labor como educador y “maestro” de los nuevos militantes comunistas, los intelectuales orgánicos lo reivindicaban como un teórico político, cuyas tesis servían para fundamentar la “correcta” línea política del PC en aquella época. Esto último cobró especial relevancia luego del triunfo de Salvador Allende, cuando las tareas de “construcción” de la nueva sociedad requerían apelar a la creatividad del pueblo y a las tradiciones supuestamente provenientes de las primeras décadas del siglo XX.

Ambas líneas de reivindicación del legado recabarrenista, unido a la condición de “precursor” asignado al líder obrero, fueron la base alrededor de la cual el PC construyó “su” pasado histórico, fundamentando su arraigo en la clase obrera, sus formas de hacer política y la justeza de su línea política. De esta manera, la figura de Recabarren fue convertida en un pilar fundamental de la identidad comunista. En él, fue unido el pensamiento y la acción; la claridad teórica acerca de los objetivos que la clase obrera debía seguir, con las formas de ganar conciencia, con la consecuencia en la vida pública y privada, en fin, con una vida destinada a “la causa popular”. En este sentido, los comunistas se sentían los legítimos herederos de Recabarren, los verdaderos “recabarrenistas”.

Para los comunistas, Recabarren era el padre del movimiento obrero. En este sentido, Recabarren era considerado el punto de inicio de su evolución política. Con el triunfo de la Unidad Popular en 1970, el ciclo de la lucha por el socialismo iniciado a principios de siglo por Recabarren, había llegado a puerto:

“...el camino hacia el triunfo de 1970 fue abierto desde comienzos de siglo por Recabarren, Lafferte y otros luchadores del proletariado chileno, derrochando abnegación, sacrificios de toda índole, perseverancia, fidelidad a los principios del socialismo y fe inquebrantable en las masas populares”.⁸¹

Por otra parte, considerar a Recabarren como “el precursor” de las luchas políticas del PC a lo largo de su historia tenía una función legitimante. En efecto, este calificativo implicaba fundir el origen del comunismo criollo en el seno mismo del mundo popular. Este aspecto, conectado con el discurso nacionalista del PC que analizaremos más adelante, significaba rechazar la ya mencionada caracterización de “agentes soviéticos”, “quintacolumna del comunismo internacional” o “vendepatrias” que les colgaban sus adversarios políticos. El hecho de que Recabarren, un auténtico obrero autodidacta, fuera el precursor de la lucha por el socialismo y del “partido de la clase obrera”, era la demostración de la raíz auténticamente popular del PC: “Este hombre se formó en respuesta a una necesidad viva de la clase obrera y del pueblo chileno, que creó y desarrolló en sus entrañas la personalidad que requería para cumplir su misión histórica. Este titán... fue un obrero tipógrafo... se llamó Luis Emilio Recabarren”.⁸² Los comunistas, al autoperibirse como sus verdaderos y legítimos continuadores, ratificaban que en el presente eran ellos los reales representantes de los sectores populares. Más allá de la justeza o no de este planteamiento, nos interesa remarcar la función política que cumplía la figura de Recabarren en la constitución de la identidad comunista. Éste la dotaba de un “verdadero” arraigo de masas, que lo legitimaba como un actor político leal a la “causa del proletariado”. De esta manera, en palabras del dirigente comunista Orlando Millas, el PC heredó de su precursor un estilo político específico, que lo distinguía del resto de los partidos burgueses. Era

“...el método recabarrenista de vinculación entrañable con las masas... (realizando) un amplísimo debate en cada mina, oficina salitrera, puerto y fábrica...”.⁸³ Así, el recorrido que unía a los precursores con el presente estaba hecho. A la certeza de la corrección de la línea política de los comunistas se le unía, además, la certidumbre de que la forma de hacer política que desarrollaba el PC era la que por historia, la que por tradición, correspondía al movimiento popular chileno. Este punto servía de argumento al PC para rechazar las acusaciones de reformismo que provenían desde la izquierda, la que a su vez era catalogada como ultraizquierdista y de pequeña burguesía aventurerista, ajena a

la tradición de masas del proletariado.⁸⁴

La propia prensa comunista se autoconsideraba heredera del legado recabarrenista de fundar diarios. Sobre el nacimiento de El Siglo, Orlando Millas, quien fuera su director durante algunos años, relataba que “quisimos seguir la tradición de Recabarren, que en su tiempo se preocupaba, como obrero gráfico, de la muy buena presentación gráfica...Recabarren tenía gran orgullo por la presentación de los diarios obreros. Esta tradición fue continuada con mucho brillo por Fonseca en la primera época de El Siglo”.⁸⁵

Otras de las tradiciones que los comunistas anclaron en el pasado remoto de los llamados “tiempos de Recabarren”, fue su labor educativa. Como es sabido, el líder obrero desarrolló una vasta red de actividades que buscaban la autoformación de los trabajadores. El mismo autodidacta fomentó la creación de bibliotecas populares, filarmónicas, teatro y las “Escuelas Obreras”, entre otras. A través del rescate de la historia popular, los comunistas se asían de ese pasado para multiplicar las pruebas de la unión entre ese pasado heroico y de neta raíz obrera con la historia del PC. La presencia de militantes comunistas que habían sido parte de ese pasado era uno de los recursos característicos para unir las dos historias. Juan de la Cruz Leyton, por ejemplo, escribía un detallado relato sobre el origen y desarrollo de las sociedades filarmónicas, destacando el rol que le cabía a Recabarren en dicho proceso. Este, al conocer su existencia en algunas oficinas, fomentó su creación con el objetivo de que se convirtieran en una instancia en torno a la que se “reunirían los obreros para hacerlos conversar sobre sus problemas, sus necesidades y sufrimientos; para hablarles sobre la importancia de la unión y organización de los trabajadores, para que unidos pudieran luchar inteligentemente contra el abuso patronal”.⁸⁶ De acuerdo al mismo Juan de la Cruz Leyton, luego de terminadas las representaciones teatrales promovidas por las organizaciones obreras, Recabarren aprovechaba su mensaje para difundir sus planteamientos: “Así se fue forjando la conciencia de los pampinos. Así se fue superando el... analfabetismo, vicios, egoísmos y luchas internas de la clase obrera”.⁸⁷ El rescate y apropiación de “los tiempos de Recabarren” como parte integrante, fundadora y originaria de la trayectoria del partido, permitía a los comunistas, a la hora de realizar un balance de su aporte a la cultura chilena, incorporar en su listado la labor educativa de Recabarren.

Fuera del teatro, la creación de “coros, grupos literarios y artísticos”, unida a las ya mencionadas obras escritas por él, reflejaban la importancia que el PC había hecho a la cultura nacional desde su nacimiento.⁸⁸ Su labor educativa no se remitía solo a su pensamiento. En una faceta que como veíamos era clave para la identidad comunista, la vida privada y su forma de relacionarse con sus camaradas y con el pueblo eran consideradas un modelo. Sus contemporáneos recalcan su preocupación por su esposa e hijo, su trato cordial, su calidez humana y su sencillez.⁸⁹

Desde otro punto de vista, la identidad comunista se aferraba a su lealtad a toda prueba al campo socialista en general y a la Unión Soviética en particular, ya que los supuestos éxitos del campo socialista constituían la prueba irrefutable de que la construcción del socialismo en Chile no solo era necesaria para mejorar las condiciones de vida de la clase obrera y los trabajadores, sino inevitable. Sin embargo, en una dialéctica que se repite constantemente en el proceso constitutivo de la identidad comunista, el PC se preocupó de darle a la valoración de la Unión Soviética un origen autóctono, nacional, entremezclado y fundido con las “tradiciones” del movimiento obrero chileno. Algunos autores han destacado que los “instructivos bolcheviques”, terminaron por configurar “una generación socialista (o comunista) nueva, de recambio, que progresivamente aisló a Recabarren”. Otros han destacado que el abandono y derrota de la herencia teórica de Recabarren dentro del PC significó perder la posibilidad de hacer una lectura nacional del marxismo, remitiéndose a una lectura mecanicista y esclerótica de “los clásicos”, dogmatismo que habría caracterizado la teoría política del PC a lo largo de la historia.⁹⁰ Por otra parte, en el periodo en que hemos centrado esta investigación, tampoco eran ajenas las versiones que hablaban de las desavenencias entre el Partido y su fundador. La supuesta decepción de Recabarren tras su visita a la Rusia Soviética, coronada por su suicidio a fines de 1924, eran tomadas como “signo de un derrumbe moral, del hundimiento irremediable de los sueños y esperanzas que la sostuvieron y alentaron durante una larga y accidentada vida”.⁹¹

Sin embargo, en sentido contrario a estas interpretaciones, los comunistas se esforzaron por demostrar que en la opinión política de su “precursor” y “educador”, se encontraba también la explicación de su acendrado

internacionalismo proletario, el cual no era contradictorio con la raigambre nacional de los comunistas chilenos. La fórmula para demostrarlo era exaltar las palabras de elogio de Recabarren al proceso dirigido por los bolcheviques durante y después de su viaje a Rusia. En el contexto de un homenaje a la “Revolución de Octubre”, se citaba extensamente una carta de Recabarren sobre sus motivaciones para visitar Rusia y visualizar en terreno las verdades o mentiras tejidas respecto a su situación en manos de los bolcheviques. Una vez llegado a Moscú, el líder sindical chileno afirmaba que “pude ver con alegría que los trabajadores de Rusia tenían efectivamente en sus manos toda la fuerza del poder político y económico, y que parece imposible que haya en el mundo una fuerza capaz de despojar al proletariado de Rusia de aquel poder ya conquistado”. La dirigente comunista Julieta Campusano remataba esta frase indicando que “Recabarren no se equivocó”, pues el internacionalismo proletario dependía “de la actitud que se observe respecto a la Unión Soviética... cualquier debilidad en este aspecto es una concesión al enemigo”.⁹² Mercedes Recabarren, hermana del líder obrero, ratificaba esta versión. Según ella, era mentira “que se haya vuelto desilusionado de la URSS. Sus enemigos han llegado a afirmar que habló bien de su visita al país socialista solo para no desilusionar a la clase obrera. A mí siempre me contó lo que ocultaba a otras personas. Era su mejor amiga y me hacía toda clase de confidencias. Puedo decir que nunca se manifestó descontento de su visita a la URSS. Por el contrario, decía que se había sentido pequeño ante lo mucho que habían hecho los obreros de ese país...”.⁹³

El último aspecto rescatado de Recabarren por los comunistas para su acervo histórico se relacionaba con visualizarlo como un maestro cuyas lecciones (“precursor”, “educador” e “internacionalista”) eran una herencia para ser aplicada en los desafíos del presente. Muchas veces de manera forzada, los comunistas interpretaron el legado recabarrenista de acuerdo con las necesidades políticas que la realidad nacional les iba planteando. Este énfasis cobró especial vigencia luego del triunfo de la Unidad Popular, momento que los comunistas consideraban un instante cúlmine del largo camino iniciado a principios de siglo por “el maestro”. Así, la línea de continuidad entre el pasado y el presente estaba determinada porque “los comunistas chilenos, desde sus primeros pasos, otorgaron importancia primordial al papel revolucionario de la vanguardia... en el combate antiimperialista, antioligárquico y en la lucha por los cambios sustanciales que requiere la sociedad chilena para salir de la crisis y avanzar

hacia el futuro socialista”. Meses después del triunfo del 4 de septiembre de 1970, los comunistas, abocados a la tarea de construir su proyecto histórico, apelaban a la historia como “maestra de la vida”. Según un joven comunista, las palabras del “precursor” cobraban “plena validez porque la juventud chilena está dispuesta a que la revolución avance hasta erradicar de Chile todos los males que aquejan a nuestro pueblo y a su principal causante: el imperialismo norteamericano”. Más tarde, al fragor del enorme desafío que representaba la batalla de la producción, los trabajadores comunistas de las fábricas traspasadas al “área de propiedad social” no vacilaban en afirmar que en el “padre del movimiento” encontraban la matriz jovial y vigente para llevar a cabo sus “tareas revolucionarias”. “Recabarren, en los albores del siglo había dicho: “Nosotros luchamos contra la explotación del hombre por el hombre. En Textil Progreso, el pensamiento de Recabarren se plasma día a día...”.⁹⁴

De esta forma, omitiendo ciertos problemas históricos alrededor de su figura, como la condena que hizo la Komintern a principios de la década de los '30, el PC realizaba una lectura de su fundador que le permitía dotar de significado a su identidad política. Es desde esta perspectiva que nos parece correcto afirmar que el PC fue un partido “recabarrenista” no en el sentido literal del término, sino en la perspectiva de que los comunistas se apropiaron de la figura de Recabarren con grados variables de fidelidad a sus posturas y planteamientos, a veces ocultando situaciones conflictivas con la coyuntura presente que vivía el partido. Gracias a esta apropiación, los comunistas sentaron una de las bases fundamentales de su identidad, que los unía a un pasado de gloria y sacrificios y que les ayudaba a actuar en el presente. Para el militante comunista, la legitimidad de su lucha provenía de sentirse el continuador de la obra de un ser legendario, como era la imagen que dibujó el PC de su fundador. Esto era una herramienta clave para el llamado a la acción, era uno de los abrelatas ideológicos de la que se dotó la identidad comunista para “combatir” por la sustitución del capitalismo y la implantación del socialismo en Chile.

Tal vez una de las facetas más características del PC chileno fue su histórico dogmatismo teórico. Fieles a toda prueba al “marxismo-leninismo”, es decir, al “marxismo soviético”, como lo llamó Herbert Marcuse, esta definición fue clave para la constitución de la identidad política de los militantes del PC. Más allá del

mecanicismo teórico que implicó abrazar el “marxismo soviético” y las consecuencias negativas para la producción política y teórica del PC,⁹⁵ el marxismo-leninismo fue una fuente de sentido fundamental para los comunistas, quienes encontraron en él un sostén teórico “científico” para su accionar político. Así, la teoría marxista-leninista les permitió a los comunistas definirse como revolucionarios, internacionalistas y los constituyentes de un nuevo tipo humano, el hombre nuevo, portador de una moral superior, distinta a la mezquina lógica capitalista.

En este punto es importante señalar que no pretendemos hacer una discusión acerca de cuáles eran las tesis marxistas que el PC sostenía en este periodo,⁹⁶ pues la importancia del marxismo en la izquierda chilena, recalcada por Tomás Moulian, fue la influencia cultural que tuvo éste dentro de la sociedad chilena, basado en la capacidad de su teoría política de crear identidad. Ayudó, en base a su simbología más que a su teoría, a forjar una tradición revolucionaria reacia al reformismo dentro de un amplio espectro de los sectores populares.⁹⁷ Si bien esto implicó una visión estrecha del mundo popular, porque éste solo podía estar compuesto por los sectores “conscientes” que asumían las certidumbres de la teoría marxista-leninista, le permitió a la izquierda hegemonizar los sectores populares radicalizados. Así cobraban sentido las luchas populares y el rol del partido en ellas, en tanto conductores en la ruta hacia su “inevitable” triunfo sobre la explotación capitalista. De esta manera, la identidad política de los comunistas se sostuvo en base a una teoría política que, pese a su dogmatismo, al darle sentido a la acción reivindicativa cotidiana de los sectores populares pudo sobreponerse al estalinismo y a las dictaduras burocráticas del “socialismo real”. Es decir, el marxismo-leninismo fue una herramienta más que aportó al desarrollo de una identidad política que fue un llamado a la acción concreta. El “recabarrenismo” del PC tuvo en el marxismo-leninismo un instrumento fundamental para movilizar conciencias, animar luchas sociales, construir organizaciones populares y soñar despiertos con la nueva sociedad socialista, más justa, libertaria y democrática que la capitalista.

Partiendo de esta premisa, estimamos que el marxismo-leninismo estableció tres ejes constituyentes de la identidad de los comunistas, a saber: sentirse poseedores de una teoría política científica, es decir infalible, creadora de una

nueva moral, fundamental para hacer realidad la nueva sociedad por venir; ser sujetos históricos revolucionarios, tarea que el “análisis científico” marxista les asignaba; ser internacionalistas, es decir, fieles a la Unión Soviética y a los “socialismos reales”, naciones consideradas prueba irrefutable del triunfo inevitable del comunismo sobre el capitalismo.

La adhesión del PC a las tesis marxistas de acuerdo con la mirada soviética, era una de las características más populares de los comunistas criollos. Es más, era uno de los argumentos favoritos de sus adversarios para acusarlos de ser la quinta columna del imperialismo soviético. Como lo hemos señalado, el PC tuvo que hacer grandes esfuerzos ante la opinión pública para demostrar la falacia de esta argumentación. Sin embargo, efectivamente el PC asumió un marxismo en sus vertientes más ortodoxas. De acuerdo con su programa político, “el marxismo-leninismo es la gran doctrina revolucionaria que guía a la clase obrera y a los trabajadores del mundo en todas las etapas de su batalla por conquistar la paz, la libertad y una vida mejor, por construir una sociedad más justa, el comunismo”. Según el PC, no existía “fuerza en el mundo más influyente que las ideas del comunismo”.⁹⁸ Esta doctrina le aportaba la principal certeza que movía su accionar político: la necesidad histórica de su existencia. Para ellos, la aparición y existencia de su partido no era obra de caudillos políticos sedientos de poder o de un grupo de políticos oportunistas, sino que estaba determinado “por la imposibilidad de solucionar los problemas del pueblo y de la nación dentro del actual sistema”. Por esta razón, surgía “la idea de esta necesidad histórica”, que establecía la inevitabilidad del triunfo del socialismo en Chile y el mundo entero.⁹⁹

El origen de esta mirada teleológica de la historia provenía de la consideración científica que se le asignaba al marxismo. Tal como lo hacían otras fuerzas políticas de la época, se consideraba que el gran aporte de Marx había sido convertir al socialismo “de utopía en ciencia... Fue Marx el primero que vio en la clase obrera la fuerza llamada a derribar a la burguesía y construir la sociedad comunista”.¹⁰⁰ Hasta aquí, no existía una gran diferencia entre el marxismo y las otras fuerzas de izquierda, las que aparecían cuando los comunistas incorporaban la experiencia de la Revolución Rusa y la historia de la Unión Soviética como el desarrollo natural del marxismo en el siglo XX. Es decir, la fidelidad a la Rusia

de los soviets diferenciaba al PC tanto de sus aliados socialistas como de otras fuerzas, como el MIR, críticas de la URSS.

Para el PC, la URSS era el socialismo y, desde el punto de vista teórico y práctico, la principal demostración de la justeza de su causa. Para los comunistas, “la Humanidad le debe a la Unión Soviética los más grandes servicios. Desde sus comienzos el Estado Soviético se convirtió en baluarte de la paz, de la independencia y la liberación de los pueblos...¹⁰¹ Esta incondicionalidad a la URSS fue lo que les valió a los comunistas su imagen de dogmatismo teórico, su incapacidad de deslizar ni una sola crítica a la “Patria de los soviets”. Ello fue utilizado por sus enemigos políticos para acusar el carácter antinacional y extranjero del PC. Las críticas contra su pro-sovietismo, recurrente también entre otras fuerzas de izquierda, provocó que la defensa de la Unión Soviética se constituyera en uno de los pilares de la identidad comunista.

Esta opción provocó que muchas veces los comunistas no trepidaran en hacer afirmaciones históricas erróneas para legitimar sus planteamientos. En referencia a la infalibilidad de su teoría política, un destacado dirigente del PC señalaba que “guiadas por la teoría científica del marxismo-leninismo, han triunfado las revoluciones socialistas en diversos países de Europa, de Asia y en América Latina, en Cuba”.¹⁰² Desconociendo que en casos como el cubano o chino la teoría fue bañada de fuertes componentes nacionales, lo importante para los comunistas era dejar establecida la científicidad del marxismo. Esto era clave para fundamentar el optimismo histórico que los caracterizó, no importando los padecimientos del presente, teniendo en cuenta que el futuro de sus hijos y de su pueblo estaba asegurado. Para Juan Chacón Corona, no cabían dudas de que “en esta guerra final por el socialismo, la victoria será nuestra”.¹⁰³

En el caso de la teoría política del PC, afirmar que su marxismo era pro-soviético ayuda a comprender la valoración que se hacía de la figura de Lenin, el líder de los bolcheviques rusos y fundador de la Rusia Soviética. En la prensa partidaria, la presencia de Lenin supera ampliamente la de Marx, escasamente nombrado en aquellos años. Es decir, el PC era un partido que se

autoconsideraba “verdaderamente” leninista. Lo más importante del rescate que hizo el PC de Lenin, fue fundamentar la justeza de su línea política en Chile en base a sus “enseñanzas”. En este sentido, es paradigmática la obra de Carlos Cerda El leninismo y la victoria popular, editado por Quimantú en 1972, en que se divulgaba la tesis comunista que planteaba que el triunfo de la Unidad Popular en 1970 se basaba en la aplicación “creadora” de las tesis de Lenin.¹⁰⁴ En todo caso, la labor de exégesis de los textos de Lenin como fórmula para validar las decisiones políticas del PC tenían antigua data.

En el contexto de creciente popularización nacional y continental de la lucha armada, por ejemplo, se citaba a Lenin para combatir su aplicación en Chile: “... los terroristas todo lo confían a la espontaneidad de la indignación más ardiente de los intelectuales que no saben o no tienen la posibilidad de vincular el trabajo revolucionario con el movimiento obrero... A quien haya perdido por completo la fe en esa posibilidad o nunca la haya tenido... les es realmente difícil encontrar para sus sentimientos de indignación y para su energía revolucionaria otra salida que el terror”.¹⁰⁵ Las indirectas hacia el MIR eran evidentes.

Pero el leninismo no se quedaba solo en lo político, sino también en parte del “deber ser”. Convertido en figura mítica, sin errores ni equivocaciones en su trayectoria política y personal, Lenin era un modelo de moral revolucionaria digno y necesario de imitar. Se destacaba su trato humano, fraterno, consecuente y preocupado por los demás.¹⁰⁶ El leninismo del PC chileno no era, por lo tanto, solo un rescate de las tesis políticas y filosóficas del revolucionario ruso, sino que de los factores subjetivos que emanaban de su personalidad, cuyas virtudes eran el complemento indispensable para ser un buen comunista: un hombre de acción, un teórico, pero también, al mismo nivel de importancia, una buena persona.

Este culto a Lenin se traducía en una solidaridad a toda prueba hacia la Unión Soviética. Como lo señalaba Luis Corvalán, los comunistas chilenos eran “sovietinchas”. Esto implicaba considerar a la URSS como el símbolo de la nueva era por venir, marcada por el fin del capitalismo y el advenimiento del

socialismo. Entre otras creencias, se afirmaba que la Rusia Soviética era un modelo de democracia: "...hay una combinación de la jerarquía con la participación de los trabajadores, con la participación democrática del pueblo en la construcción del socialismo... (existe) una vida democrática muy rica y una acción popular muy amplia".¹⁰⁷ Desde el punto de vista del enfoque de nuestro trabajo, la idealización del mundo soviético proveyó una importante fuente identitaria. Más allá de Lenin, a través de novelas históricas, los militantes comunistas chilenos alimentaron una identidad heroica y consecuente. Tanto la Revolución Rusa como la "Gran Guerra Patria" contra los nazis constituyeron experiencias en que la resistencia y la entrega de la vida por la causa cobraron especial relevancia. Esa "disposición combativa" se convirtió en un ejemplo para los comunistas del mundo entero. En el caso de Chile, la admiración a la Unión Soviética se basaba en buena parte en las demostraciones de consecuencia política y moral en momentos históricos límites que atravesó esta nación. Dos novelas soviéticas eran muy populares entre la militancia comunista chilena. La primera era Así se templó el acero de Nicolai Ostrovski, reeditada por la editorial Quimantú en 1972. Esta novela autobiográfica relataba la experiencia de jóvenes militantes comunistas durante los primeros años de la Revolución Rusa. Su entrega hasta la muerte en la lucha contra el zarismo primero, las fuerzas invasoras extranjeras después y finalmente contra la "nefasta" influencia trotskista, dejaban como enseñanza que el triunfo del comunismo sería producto del sacrificio presente, de la inmolación de los proyectos personales en función del proyecto colectivo.

El triunfo soviético sobre las fuerzas hitlerianas dio gran prestigio a la Unión Soviética. Una generación de militantes, jóvenes en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, se hicieron comunistas por la admiración provocada por la gesta conocida en la historia oficial soviética como la "Gran Guerra Patria". Una novela que exaltó la dimensión heroica del pueblo soviético y de los militantes comunistas durante la guerra fue la obra de Alexandr Fadéiev La Joven Guardia. Basado en hechos reales, se relataba cómo la organización comunista clandestina ucraniana llamada "la joven guardia", desarrolló la resistencia contra la ocupación nazi. Nuevamente la entrega, la consecuencia a toda prueba, la fe en el triunfo a pesar de las condiciones más adversas, eran los valores que se remarcaban.

Ambos textos apuntaban a crear un ideal heroico, a la cristalización de nuevos valores, nuevas motivaciones; en el fondo, a darle nuevos sentidos a la vida. Era lo que los clásicos marxistas denominaban como el “hombre nuevo”. La nueva racionalidad socialista, opuesta al egoísmo individualista del capitalismo, estaba en los primeros jóvenes que ofrendaron su vida durante los primeros años de la Revolución Rusa y en los años de la guerra antifascista. Los comunistas chilenos leyeron estas obras convencidos de que la Unión Soviética y sus habitantes transitaban ya en los caminos de la nueva era histórica. Es desde este punto de vista que el ser “sovietinchas” no solo era importante desde el punto de vista político, sino que ocupaba un lugar fundamental en la identidad comunista. Aspirantes a crear una nueva sociedad y transformarse en un nuevo tipo humano, el ejemplo “real” y “concreto” soviético era fuente de certidumbre para el comunismo criollo.

Un segundo elemento identitario proveniente de la tradición marxista-leninista del PC era su carácter de sujetos históricos revolucionarios. Para la identidad comunista, la condición de revolucionario era un elemento decisivo, era el leit motiv de su existencia. La concepción de revolucionario se relacionaba con su definición de la revolución chilena como “antiimperialista, antimonopolista y agraria y con vistas al socialismo”. Era concebida como “el movimiento de la clase obrera y del pueblo organizado que, mediante la lucha de masas, desplaza del poder a las actuales clases gobernantes, elimina el viejo aparato de Estado, las relaciones de producción que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas e introduce transformaciones de fondo en la estructura económica, social y política del país, abriendo camino al socialismo”. Solo esta revolución resolvería los acuciantes problemas del proletariado chileno. La razón de ser del PC era “abrir paso a la revolución chilena”.¹⁰⁸ Luego del triunfo de la Unidad Popular, los comunistas declararon iniciada esta revolución. El cumplimiento de las tareas antiimperialistas, antifeudales y antioligárquicas así lo demostraban. El carácter revolucionario del proceso estaba definido por el protagonismo popular: “La participación de los trabajadores, de las masas populares, es el requisito primordial del cambio de estructuras, de la transformación social en todas las esferas. He aquí la línea divisoria que separa una política reformista de una política revolucionaria”.¹⁰⁹

De acuerdo con esta definición, para el PC lo revolucionario no estaba determinado por las armas, fetiche de moda en América Latina durante aquella época. Más importante que ellas era la presencia y el respaldo mayoritario del pueblo hacia los sectores revolucionarios. En teoría, el PC estaba abierto a la posibilidad de la vía armada: “Lo electoral no es la llave inevitable del poder y por eso el Partido ha llamado a dominar todas las formas de lucha”.¹¹⁰ Sin embargo, la opción por la que finalmente el PC optó fue la “no armada”: “El Partido Comunista rechaza toda tendencia y acto dirigidos a un enfrentamiento armado para resolver por esta vía el conflicto de clase. El enfrentamiento armado a escala nacional no es inevitable y mucho menos deseable”.¹¹¹ Para justificar sus posiciones, el PC hacía una lectura acorde al proceso chileno de las enseñanzas de Lenin, quien aparecía justificando las opciones de los comunistas chilenos. Primero, que no era inevitable la violencia para tomarse el poder, y segundo, que era preciso tener mayorías populares para desencadenar el proceso revolucionario: “esta es la idea leninista de la conquista del poder por la clase obrera, por un camino que excluye la violencia armada, la guerra civil y la insurrección, MIENTRAS, EN TANTO, las clases dominantes acudan a la violencia, no hagan uso de ella”.¹¹²

Evidentemente esta era la raíz del debate con el MIR. En todo caso, estas definiciones en ocasiones contradictorias sobre el tema de la lucha armada, son reflejo de que efectivamente el PC desarrolló un aparato militar en los años 60. Los comités de vigilancia y los llamados “grupos chicos” fueron su expresión. Además, a partir de una fecha indeterminada de los años 60, militantes comunistas recibieron instrucción militar en la Unión Soviética, como parte de su formación como cuadros políticos. Pero como lo hemos dicho en otra parte, la perspectiva de estos aparatos eran enteramente distintos a los de los grupos armados como el MIR.¹¹³ Es decir, el hecho de que estructuras políticas del PC tuvieran armas, barretines para guardarlas o cuadros con formación militar, no significaba que los comunistas se hubiesen aproximado a la idea de una guerrilla urbana. La identidad comunista, si bien admiradora de las experiencias armadas de otros países (básicamente de la Revolución Rusa y Cubana), no incorporaba en su imaginario la posibilidad de desarrollar una guerra de guerrillas en Chile. Con todo, ante los ataques que desde la izquierda señalaban las carencias del PC respecto al tema militar, los comunistas se autoconvencían no solo de la justeza de su línea política, sino también de que las acusaciones eran erróneas, ya que ellos sí se preocupaban de esa temática. De esta manera se explica que ante las

acusaciones de reformismo de los comunistas chilenos, el PC declaraba estar “en paz con su conciencia revolucionaria. Y por cierto no autoriza a nadie para poner en duda su condición de partido auténticamente revolucionario...”.¹¹⁴

El principal argumento del PC para descalificar a la “ultraizquierda” era que su supuesto discurso revolucionario terminaba por favorecer a los adversarios de la izquierda. Para el PC, lo central era una alianza amplia del proletariado con otras fuerzas, tarea que la “ultraizquierda” dificultaba. Durante los años de la Unidad Popular, cuando la influencia de masas del MIR aumentó, el PC insistía en este punto. Con ocasión de las elecciones de rector de la Universidad de Chile, el MIR era acusado de pretender “escamotear la victoria de la izquierda erigiéndose como Catapilco a favor de la Derecha”.¹¹⁵ Por este motivo, el PC planteaba que el MIR era funcional a la derecha. En el fondo, para el PC el carácter revolucionario de una política “no se juzga por su forma violenta, armada o legal, se juzga por su capacidad de adaptar los medios a los fines, que resulta de analizar los cambios en la realidad social y la correlación de fuerzas en combate”.¹¹⁶ Para los comunistas, lo armado no cabía aplicarlo a la realidad chilena e insistir en ese camino solo debilitaba el camino revolucionario de masas que el proceso chileno había abierto a partir de la elección presidencial de 1970.

Para los comunistas, el MIR caía en un dogmatismo armado, al considerar que la única posibilidad de derrotar a la “violencia reaccionaria” era a través de la lucha armada. Esto, según el PC, conducía a abandonar la lucha de masas, “para pasar a primer punto o único plano el trabajo conspirativo”. Este camino conduciría, se señalaba, a la derrota de la revolución.¹¹⁷

Finalmente, agotadas las razones políticas y teóricas, los comunistas daban rienda suelta a las descalificaciones, insultos y calumnias en contra de un grupo que con su crítica afectaba el corazón de la identidad comunista. Puesta en juego el “alma” del “ser comunista” (su carácter revolucionario), no debe extrañar que la ira dominara las respuestas a los incesantes ataques provenientes desde el MIR. Por ejemplo, no se dudaba de tildar a la revista Punto Final (considerada

vocera oficiosa de la “ultraizquierda”) de estar alineada con la derecha (revista PEC y El Mercurio) y la DC por criticar a la Unión Soviética, o de favorecer el golpe de Estado, haciéndose funcional a la estrategia de la CIA, el Pentágono y la derecha reaccionaria chilena. En los años del gobierno de la Unidad Popular, el PC denunciaba públicamente, como la única explicación posible para comprender el accionar del MIR, “que en algún punto secreto se produce algún contacto, seguramente ignorado por la militancia y la mayoría de sus jefes, que determina un engarce de actitudes entre la ultraizquierda y la ultraderecha”.¹¹⁸

El tercer componente identitario proveniente de la tradición marxista-leninista del PC fue su definición como partido internacionalista. En el imaginario comunista, su tarea histórica de llevar a cabo la revolución chilena formaba parte de una oleada mayor, que comprendía al conjunto de la humanidad. El autonconvencimiento de los éxitos de la Unión Soviética sobre sus rivales norteamericanos era la prueba que demostraba la justeza de su línea política a nivel nacional. La creencia en la superioridad del campo socialista sobre el capitalista era uno de los dogmas más importantes de la identidad comunista, porque era aval de que el camino que se seguía en Chile triunfaba en el resto del planeta. Sin embargo, a diferencia de otros países, este arcaísmo teórico no implicó aislamiento político o perder vinculación de masas. Esto ha sido explicado de diversas maneras. Para algunos, su lejanía de los grandes centros políticos mundiales, explicarían la libertad que tuvo el PC chileno para desarrollar una línea política cuya praxis se alejaba del dogmatismo soviético. A nivel internacional, se ha afirmado que los PC más pro-soviéticos, como el chileno, tenían mayor libertad para desarrollar políticas nacionales autónomas. Otra tesis ha planteado que el dogmatismo teórico del PC tuvo su correlato en una práctica política heterodoxa.¹¹⁹

Desde nuestra perspectiva, la primera explicación peca de simplismo, porque no permite dar cuenta de por qué otros PC del continente, tan alejados de los centros políticos como el chileno, sí fueron a la vez dogmáticos y sectarios.¹²⁰ Es decir, esta explicación no profundiza en las particularidades del caso chileno respecto a sus pares del continente. En el caso de la segunda tesis, si bien correcta en lo general, tampoco nos permite adentrarnos en las particularidades del caso chileno. Finalmente, estimamos que la tesis del “pragmatismo

iluminado” de la izquierda histórica chilena es una importante fuente para explicar la historia del PC en este periodo. Sin contradecirla en el fondo, estimamos que en el caso de posiciones teóricas tan impopulares como algunas que sostuvo el PC en el plano internacional, sus posibles explicaciones no deben reducirse solo a la tozudez ideológica de su dirigencia, como insinúa Sabrovsky. De acuerdo con las hipótesis que hemos desarrollado en este trabajo, la posición internacionalista, indisolublemente vinculada a sus relaciones con la Unión Soviética, formaban parte de una identidad política que estaba convencida de la inevitabilidad histórica del socialismo. Errores, situaciones equívocas, en particular las inconsecuencias de la Unión Soviética y las polémicas con Fidel Castro, quedaban subordinadas a la “defensa del socialismo”. Para el PC, reconocer estas situaciones solo debilitaba su causa a nivel internacional y nacional, razón por la cual solo cabía ser leales a ellos. La necesidad política de defender el socialismo real era tan importante, como para justificar todas y cada una de las acciones de la Unión Soviética. En el caso cubano, que representaba una vía al socialismo opuesta a la representada por el PC chileno, también se privilegió su defensa para evitar el desprestigio del “sueño socialista” en Chile. De esta manera, el “pragmatismo iluminado” también se manifestaba a nivel teórico, ya que el dogmatismo ideológico comunista también fue puesto al servicio de las necesidades políticas nacionales del partido. En función de la preservación de la identidad política comunista, el PC no estuvo dispuesto a conceder ningún espacio de crítica a sus adversarios políticos, tanto dentro como fuera de la izquierda.

Casos ejemplares de este argumento lo constituyen la crisis checoslovaca en 1968 y las –en ocasiones– tormentosas relaciones con la Revolución Cubana, defendida a pesar de las polémicas públicas sostenidas con ella. En el primer caso, la característica de la conducta oficial del PC fue respaldar el proceso encabezado por el secretario general del PC checoslovaco Alexander Dubcek, siempre y cuando contara con la aprobación de la Unión Soviética. Estallada la crisis y conocida la noticia de la entrada de las fuerzas armadas rusas a Checoslovaquia para deponer el movimiento reformista de Dubcek, la reacción de la dirección comunista no tuvo vacilaciones: ante la avalancha de críticas a la Unión Soviética provenientes de todo el espectro político, el PC se cerró como una coraza en defensa de la “patria del socialismo”. A pesar de reconocer “errores” en la conducción del PC checo, para los comunistas chilenos estaba por sobre todas las razones posibles, “la defensa del socialismo”: “No puede por

los crímenes y defectos cometidos por un grupo de hombres pagar un pueblo entero. Y esto significaría la caída del socialismo en Checoslovaquia. Por ello, todo revolucionario debe estar por la defensa del socialismo en Checoslovaquia para avanzar en la corrección de los viejos métodos en el marco de este sistema”.¹²¹ Las opiniones divergentes dentro del PC fueron disciplinadamente acalladas, bajo la lógica de asumir los efectos políticos adversos que la invasión traería en la política interna al PC. La defensa de algunos de los motores básicos de su identidad política (inevitabilidad del triunfo del socialismo, su superioridad sobre el capitalismo, el carácter universal de la lucha por el socialismo), así lo hacían necesario.¹²² Las críticas internas a la invasión rusa a Checoslovaquia demuestran que no solo hubo tozudez y ceguera por parte de la dirigencia comunista chilena, probablemente, influyó en sus posiciones el cálculo sobre el demoledor impacto que podría tener, en el conjunto de su militancia, el derrumbe de unos de sus mitos fundadores más básicos: la lealtad a toda prueba del internacionalismo proletario. Por este mismo motivo soportó la avalancha de críticas de la derecha, que se articuló en torno a la tesis de que el respaldo del PC a la URSS demostraba su carácter antidemocrático.

En el caso de la Revolución Cubana, el PC dio numerosas muestras de que, más allá de las fuertes discrepancias que llegó a tener con su dirigencia, nunca estuvo en duda su defensa y exaltación como el símbolo del triunfo socialista que vendría en América Latina. En este caso, nuevamente, el dogmatismo teórico del PC dio muestras de un pragmatismo no muy considerado por los investigadores de la trayectoria del PC. Con ocasión de celebrarse la primera reunión de la Conferencia Tricontinental en La Habana, el PC demostraba su solidaridad con Cuba, principal promotora de esta instancia. En ella se reunieron más de 500 representantes de movimientos izquierdistas de África, Asia y América Latina, en la perspectiva de coordinar la solidaridad entre las luchas revolucionarias y de liberación nacional en dichos continentes. La prensa nacional se apresuró en señalarla como una instancia de coordinación de grupos subversivos, en el contexto de una América Latina plagada de movimientos guerrilleros de inspiración guevarista. El PC, acérrimo opositor de la lucha armada para el caso chileno, no tuvo problemas en participar y apoyar su realización, enviando una delegación de alto nivel, compuesta por los integrantes de su Comisión Política Jorge Montes y Volodia Teitelboim. Tratando de esquivar de la manera más hábil posible las críticas desde la izquierda y la derecha, planteaba que la Conferencia Tricontinental efectivamente era un paso “en la subversión contra la explotación

económica, contra la subyugación política, contra la violencia del imperialismo, contra el hambre, el analfabetismo, al alta mortalidad infantil y adulta... Es una subversión en favor de la vida y en contra de la muerte”.¹²³ Así, el PC ratificaba su condición de partido revolucionario, pero esquivando la vinculación con la lucha armada. El resultado de esta conferencia fue la constitución de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, más conocida por su sigla OLAS. Señalada por la derecha como el símbolo de la lucha armada en el continente, el PC se defendía diciendo que los participantes (por supuesto que en primer lugar el Estado cubano) habían creado una organización unitaria, que no obligaba a declararse por la vía armada, sino que abogaba por la solidaridad entre las luchas antiimperialistas.¹²⁴ De esta manera, el PC justificaba que cada país luchaba en contra de sus enemigos de acuerdo con las formas de lucha que su realidad le indicara como la más adecuada. Independiente de ellas, todos eran igualmente revolucionarios, y el internacionalismo proletario del PC chileno los obligaba a solidarizar con ellas, aunque fueran formas de lucha distintas a las suyas. Este fue el criterio básico que le permitió al PC desarrollar el “internacionalismo proletario” hacia la Revolución Cubana. Los comunistas chilenos, independiente de las críticas públicas hechas por Fidel Castro al PC, no podían permitir enajenarse el enorme valor simbólico que el proceso cubano tenía. Como decíamos, el PC se dejó seducir por ella, elevándola a la categoría del principal hecho histórico de América Latina en el siglo XX.¹²⁵

En resumen, la identidad internacionalista del PC era un principio celosamente guardado, porque formaba parte del conjunto de creencias que conducían a su militancia a la lucha cotidiana en pos del triunfo de “la revolución chilena”.

Por su parte, la presencia de componentes nacionalistas en el discurso del PC tiene una larga data. Desde sus primeros años, en el marco de las asonadas de las “Ligas Patrióticas” en Iquique, primero el POS y más tarde el PC, debió enfrentar acusaciones de vendepatrias, agentes peruanos y/o soviéticos. Como les gustaba remarcar a los comunistas, ya Recabarren, respondiendo a estos ataques, señalaba el profundo sentido nacional que tenía el Partido Comunista chileno, y que sus luchas sociales y políticas estaban orientadas a obtener beneficios para los trabajadores, auténticos representantes del país.¹²⁶

A pesar del paso de las décadas, este tipo de acusaciones en contra del PC no cesaron. Por el contrario, los comunistas debieron esforzarse sistemáticamente por responder a los intentos de declararlos ajenos a la chilenidad, producto de lo cual el PC terminó articulando una visión específica sobre lo que entendían por nacional, concepto que se convirtió en uno de los tópicos constituyentes de la identidad comunista. Así, ser comunista significaba ser un amante de la patria y su pasado. Es más, los comunistas eran los “verdaderos” defensores del país, ante el “entreguismo” y la “traición” de las clases dominantes.

El discurso nacionalista cumplió múltiples funciones. La primera, identificar al comunista con Chile, cuestión indispensable para obtener arraigo de masas. La derecha chilena, y también en ocasiones los partidos de centro, planteaban que el Partido Comunista de Chile era un fuerza extranjera, cuyos objetivos políticos se relacionaban más con los intereses de la Unión Soviética que con los del pueblo chileno.¹²⁷ Esta tesis, repetida insistentemente por décadas, representó un duro escollo ideológico para el PC, el que se vio en la necesidad de responder articuladamente. La forma de hacerlo era conectar la trayectoria política de la izquierda chilena con el pasado heroico de Chile. Las referencias a la “gesta de la Independencia” y en particular al “Padre de la Patria”, Bernardo O’Higgins, eran recordadas como ejemplo de que los chilenos, desde sus génesis como país independiente, habían buscado los ideales de la libertad y la igualdad. Tal como O’Higgins había tenido que luchar contra “los Larraín, los Ruiz Tagle y otros”, “el movimiento popular chileno, heredero legítimo de los ideales de libertad e independencia que dieron origen a nuestra nacionalidad... tiene plena autoridad para darse la forma de gobierno que convenga a sus intereses”. De acuerdo con la óptica de los comunistas, “lo esencial del combate ideológico de O’Higgins mantiene plena validez y es el pueblo de Chile el que levanta ahora sus banderas en una lucha que, nacida en los albores de nuestra nacionalidad, se proyecta llena de vitalidad y patriotismo”.¹²⁸

Los comunistas eran conscientes de que la doctrina marxista-leninista, que planteaba el internacionalismo y la muerte de las fronteras nacionales como ideal utópico, aparecía en fuerte contradicción con el “espíritu nacional” de los

comunistas chilenos. Si bien esta contradicción nunca fue resuelta desde el punto de vista teórico, se balbucearon algunas soluciones. De acuerdo con los dirigentes comunistas, “el patriotismo y el internacionalismo son elementos que se complementan entre sí, son consubstanciales, no pueden divorciarse... ni plantearse en términos de contradicción”. Intentando una singular fórmula teórica, se afirmaba que “la lucha de la clase obrera es nacional por forma e internacionalista por su contenido”. De acuerdo a esta tesis, como la primera tarea del movimiento popular era derrotar a las burguesías locales, el carácter de esa lucha era nacional. Pero como ello solo era posible si ocurría simultáneamente en el resto de los países, el factor internacional cobraba relevancia estratégica.¹²⁹ Sin embargo, el planteamiento de Corvalán frisaba con contradecir la línea política del partido, porque ésta no planteaba la destrucción de la burguesía, sino por el contrario, buscaba aliarse con su sector “nacional” y “progresista” para realizar las tareas de la revolución democrático-burguesa, indispensables para una construcción posterior del socialismo. Con todo, los comunistas no se hicieron problemas con convivir con estas contradicciones, haciendo gala de su mencionado pragmatismo teórico.

Si el pueblo chileno era el patriota (y por ende los comunistas, en tanto autoconsiderarse parte integrante de él), los que se autoproclamaban de tales, la oligarquía terrateniente y financiera, eran en realidad los traidores al país. Frecuentemente los comunistas acusaban de antipatriotas a la derecha, como forma de poner sus posiciones políticas como representantes de “intereses nacionales”, no solo de clase. Con ocasión del naciente debate sobre la ley de reforma agraria y la negociaciones para “chilenizar” el cobre, el PC denunciaba “la posición antipatriótica de la Derecha”, por “sus tesis abismantemente antichilenas y que repugna a todos los que tengan algún sentimiento nacional”.¹³⁰ En oposición al antipatriotismo de la derecha, el PC se autoconsideraba que poseía “profundas raíces en nuestra nacionalidad, en la evolución de nuestra sociedad. Tal vez sea el más nacional de los partidos, el que mejor ha sintetizado las particularidades de los trabajadores revolucionarios, de la conciencia de una clase profundamente patriótica y progresista en el pasado y en el presente”.¹³¹

Esta consideración, estrechamente ligada a su tradición “recabarrenista”, instalaba a los comunistas chilenos como un actor político fiable no solo para los

trabajadores, sino que para el conjunto del país. Así, el PC intentaba zafarse de la campaña del terror que los tildaba de antipatriotas. El patriotismo comunista, junto a su “verdadero” origen proletario, se constituyó como un factor fundamental sobre el que se construyó la identidad comunista: Ellos, verdaderos “hijos de este suelo”, compuestos por y representantes de la mayoría de los chilenos, eran la vanguardia predestinada a construir un nuevo Chile, más justo, más igualitario y libertario.

Desde otro punto de vista, el discurso nacionalista de los comunistas no se remitió a jugar un rol defensivo, sino también fue una estrategia para fundamentar la justeza de sus definiciones políticas. Nuevamente demostrando que a nivel discursivo el PC podía ser tan pragmático como en lo era en su accionar, puntos fundamentales de su proyecto político no eran presentados como reivindicaciones de clase, sino que desde una óptica nacional.

En este periodo, los “enemigos principales” contra los que luchaba el PC eran “el imperialismo” y la “oligarquía terrateniente”. De acuerdo al modelo de socialismo que se tenía como ejemplo, la modalidad para combatir al primero consistía en estatizar la propiedad de la Gran Minería del Cobre (en manos de capitales norteamericanos), en tanto sector estratégico de la economía del país. Los comunistas, evitando hacer alusiones de clase, que podían estrechar la recepción ante la opinión pública de su tesis de la “nacionalización” del cobre, ubicaba esta discusión a nivel de un problema “de Chile”, porque la propiedad de las riquezas naturales eran “de Chile”, no de una clase social determinada. Con este planteamiento, los comunistas daban a entender que los beneficios económicos generados por estas riquezas debían quedarse en el país y ser invertidos en función de privilegiar la solución de las problemáticas sociales que aquejaban a “los chilenos”. Por ello, su concepción sobre esta materia era un nacionalismo económico ligado a la noción de antiimperialismo, tal como ocurría en los movimientos de liberación nacional en el tercer mundo.

En resumen, la identidad comunista se nutría de la herencia “recabarrenista”, que los ligaba a las entrañas del pueblo y a sus luchas históricas; del marxismo-

leninismo, que los identificaba como la fuerza motriz de la revolución chilena y aseguraba la certeza y justeza de la “causa del proletariado”, junto al nacionalismo, que los vinculaba con las “tradiciones” progresistas de la nación e intentaba contrarrestar las campañas del terror de sus rivales políticos. Con esto, la identidad comunista se convirtió en una poderosa arma de acción al articularse como una cultura política con gran poder de movilización de masas. La “lucha de masas”, o el “estilo recabarrenista” de trabajo de los comunistas, que era lo mismo, fue la exitosa estrategia de acción del PC en su edad de oro, terminada abruptamente en septiembre de 1973.

[1 Como es sabido, esta tesis ha sido promovida por Gonzalo Vial en múltiples escritos. Ver por ejemplo su capítulo en la obra de Álvaro Góngora et al., Chile \(1541-2000\). Una interpretación de su historia política \(Santillana, 2000\).](#)

[2 Alfredo Jocelyn-Holt, El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar \(Editorial Sudamericana, 1998\).](#)

[3 Gabriel Salazar y Julio Pinto, Historia contemporánea de Chile. Tomo I \(Lom ediciones, 1999\).](#)

[4 Juan Carlos Gómez, La frontera de la democracia \(Lom Ediciones, 2004\).](#)

[5 Nos hemos basado en José Joaquín Brunner, “Cultura y crisis hegemónica” en Documento de Trabajo FLACSO, 1984; Tomás Moulian, “Tensiones y crisis política: Análisis de la década del sesenta” en Moulian, La forja de ilusiones. El concepto de “revolución ética”, en María Angélica Illanes, La batalla por la memoria \(Planeta, 2002\).](#)

[6 Bruno Groppo et Bernard Pudal, “Introduction: Une réalité multiple et controversée”, en Dreyfus et al. op. cit., p. 23.](#)

[7 Hobsbawm, La era del Imperio, 1875-1914 \(Editorial Crítica, 1997\), p. 19.](#)

[8 Furet, op. cit., p. 15 y ss.](#)

[9 Al respecto Julio Pinto, Trabajos y rebeldías en la pampa \(Universidad de Santiago de Chile, 1998\) y Desgarros y utopías....op. cit., y Devés, op. cit. Sobre la génesis nacional del comunismo chileno y la nula incidencia extranjera en su](#)

nacimiento, Ulianova, “Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile... op. cit.

10 Respecto al papel jugado por las izquierdas y en particular por el comunismo durante el proceso político previo al golpe de estado de 1973, Tomás Moulian, Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973) (Lom Ediciones, 2006).

11 Dreyfus, et al. op. cit.

12 Álvarez, “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile...” op. cit.

13 Moulian, La forja de ilusiones... op. cit., p. 243.

14 Moulian, “Evolución histórica de la izquierda”, en Democracia y socialismo... op. cit., p. 95 y ss.

15 Gabriel Salazar ha planteado que el PC más bien representa el abandono de la herencia de Recabarren, porque éste habría privilegiado la lucha social fuera de los márgenes del aparato estatal, justamente lo contrario de lo que hicieron los comunistas tras la muerte de su “Maestro”. Salazar, “Luis Emilio Recabarren. Pensador... op. cit.

16 Es lo que Eric Hobsbawm llama la “invención de la tradición”, en referencia a un conjunto de prácticas que buscan inculcar ciertos valores y pautas de comportamiento a grupos sociales. Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), La invención de la tradición (Editorial Crítica, 2002), p. 8.

17 Rolando Álvarez, “Viva la revolución y la patria”. Partido Comunista de Chile y nacionalismo (1921-1926)”. Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII, vol. 2, 2003.

18 Hechos como el auge de las luchas sociales en los sesenta, el triunfo de la Unidad Popular en 1970, el golpe de estado tres años después, la vida en el exilio, el reproche internacional por la derrota de la UP, incidieron en la reconfiguración de la identidad y la cultura política de la militancia. El desarrollo de la línea política del PC, fijada por el aparato partidario, no dejó de verse influida por cada uno de estos eventos.

19 Sobre la concepción de partido en Lenin ver su obra ¿Qué hacer? (varias ediciones). Sobre la eliminación de las tendencias al interior del partido bolchevique y las purgas estalinistas en la década de los 20, Isaac Deutscher, Trotsky. El profeta desarmado (1921-1929) (Editorial Era, 1968). Sobre la “bolchevización”, Milos Hajek, Historia de la Tercera Internacional. La política del Frente Único (1921-1935) (Editorial Crítica, 1984).

20 Kriegel, op. cit., p. 188.

21 Furci, op. cit., p. 109.

22 Kriegel, op. cit., p. 222.

23 Volodia Teitelboim explica en sus memorias el shock que implicó explicar a la militancia el pacto de no agresión “Molotov-Von Ribbentrop”, que significaba un acuerdo de paz con el fascismo alemán: “No olvido discusiones a gritos hasta entrada la noche buscando una justificación coherente. Para los comunistas fue un desastre moral. Tengo en la memoria las amanecidas tratando de explicar lo sucedido a amigos no comunistas, estupefactos e indignados...”. Un hombre de edad media, p. 73 y ss.

24 En este párrafo nos hemos basado en Fernando Contreras, “Grado de universalidad de la crisis en el socialismo”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989 y Jaime Massardo, “Aspectos metodológicos de la recepción del pensamiento de Karl Marx en América Latina”, en Revista de Estudios Latinoamericanos n° 1, 2007, Universidad de Valparaíso.

25 La excepción la constituyó Carlos Contreras Labarca, destituido en 1945 por su proximidad al llamado “browderismo”, tendencia promovida por Earl Browder, secretario general del PC de los Estados Unidos, que planteaba la colaboración entre su país y la Unión Soviética después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Al respecto ver Furci, op. cit., p. 108.

26 Eduardo Labarca, Corvalán 27 horas (Editorial Quimantú, 1972).

27 Rodrigo Rojas, “La unidad de los comunistas”. Principios n° 106, 1965, pp. 48 y 56.

28 José Stalin, Obras. Tomo 6. 1924 (Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú

[1953\), p. 267.](#)

[29 Sabrovsky, op. cit.](#)

[30 “El Poder Popular, única alternativa patriótica y revolucionaria. Informe político del Comité Central del Partido Comunista de Chile al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista”. El Siglo, 24 de noviembre de 1969.](#)

[31 El Siglo, 24 de noviembre de 1969.](#)

[32 “La condecoración Luis. E. Recabarren”. El Siglo, 5 de febrero de 1966.](#)

[33 El Siglo, 15 de marzo de 1966.](#)

[34 El Siglo, 24 de diciembre de 1972.](#)

[35 El Siglo, 24 de diciembre de 1972.](#)

[36 El Siglo, 16 de noviembre de 1969.](#)

[37 El Siglo, 13 de diciembre de 1970. Cuando se hablaba de “la represión”, se hacía referencia al periodo de González Videla.](#)

[38 El Siglo, 16 de noviembre de 1969.](#)

[39 “Víctor Díaz: Imagen del auténtico proletario”. El Siglo, 24/08/1971.](#)

[40 Carlos Cádiz, “Pascual Barraza: No soy técnico, soy obrero”. El Siglo, 21/02/1971.](#)

[41 “Así trabajan los parlamentarios comunistas” \(Impresora Horizonte, 1965\), p. 56.](#)

[42 En Luis Corvalán, “Dedicó toda su vida de luchador a la causa de los trabajadores chilenos”. El Siglo, 16/08/1971.](#)

[43 La publicación empezó el 14 de febrero y se prolongó discontinuadamente hasta el 28 de marzo de 1971.](#)

[44 Al respecto, Eric Hobsbawm, de larga militancia en el PC británico, señala en sus memorias que la sicología de los revolucionarios era “una moral de una](#)

secta, y precisamente es esto lo que les da esa fuerza como motores de cambio político”. Hobsbawm, Años interesantes... op. cit., capítulo 9 “Ser comunista”.

45 Estas eran las cifras oficiales: diciembre de 1969, 21.308 militantes; diciembre de 1970, 34.138 militantes; junio de 1971, 39.417 militantes; diciembre de 1971, 57.500 militantes. Cifras en “Organización, educación y crecimiento orgánico y numérico. Con Juan Carlos Arriagada y Alexis Rivera”. El Siglo, 27/02/1972. Juan Carlos Arriagada, encargado de organización de las JJCC entre 1970 y 1973, ha señalado que la curva de crecimiento llegó hasta unos 80 mil militantes de las Juventudes Comunistas en los meses previos al golpe de estado de 1973. Alvarez, Desde las sombras... op. cit., p. 223.

46 Estos porcentajes están extraídos del listado biográfico de los candidatos en las elecciones municipales de 1971.

47 Se decía “modelo de hombre” queriendo incluir a la mujer, la que era subsumida bajo el género masculino.

48 Volodia Teitelboim, “¿Qué son los comunistas? ¿Quiénes son los anticomunistas?”. El Siglo, 21/03/1971.

49 Volodia Teitelboim, “Alessandri: una autoconfesión de impotencia del capitalismo”. El Siglo, 25/01/1970.

50 Furet, op. cit., p. 43.

51 Nos hemos basado libremente en Nolte, op. cit.

52 Sergio Martínez, Entre Lenin y Lennon. La militancia juvenil de los años 60 (Mosquito editores, 1996), pp. 10 y 11.

53 Jorge Insunza, “La tarea más revolucionaria de hoy”. El Siglo, 30/11/1969.

54 Volodia Teitelboim, “Alessandri: una autoconfesión de impotencia del capitalismo”. El Siglo, 25/01/1970.

55 Julieta Campusano, “Proyectar moral proletaria a las masas trabajadoras”. El Siglo, 27/06/1971.

56 Kriegel, op. cit., p. 104.

[57 Luis Corvalán, “Principal deber del Partido Comunista es trabajar junto a sus aliados y al Presidente Allende por la realización de los cambios revolucionarios”. El Siglo, 27/11/1970.](#)

[58 Algunos ejemplos son los siguientes:](#)

Sueldo total Aporte J.N. Jardines

Américo Zorrilla (Ministro de Hacienda): 14.142,52 5.142,52

Pascual Barraza (Ministro del Trabajo) 14.152,53 5.130,53

Hernán Soto (Subsecretario) 14.910,38 4.910,38

Hugo Fazio (Banco Central) 22.535,70 12.380,63

En El Siglo , 22/03/1972. En la nota, la Dirección del PC expresaba “ su satisfacción ” porque el Partido Socialista había adoptado una postura similar.

[59 “A trabajar sin descanso por la producción”. El Siglo, 27/09/1971.](#)

[60 La tesis sobre Recabarren en Pinto y Valdivia, op. cit., La cita de Furet, op. cit., p. 37.](#)

[61 “La moral comunista” \(editorial\). El Siglo, 29/11/1970.](#)

[62 Carlos Maldonado, “El Gobierno Popular y la nueva moral administrativa”. El Siglo, 07/12/1970.](#)

[63 Luis Corvalán, “¡A continuar la lucha contra los que trafican con el hambre del pueblo!”. El Siglo, 26/01/1971.](#)

[64 “A veces hay que renunciar a todo por la revolución” \(Entrevista a Gladys Marín\). El Siglo, 20/02/1973.](#)

[65 Sergio Muñoz, “Nuestra organización debe ser escuela de comunismo levantando los principios de la moral proletaria”. El Siglo, 15/09/1972.](#)

[66 Gladys Marín, “Gobierno Popular: Fruto de grandes luchas e iniciador de la Revolución Chilena”. El Siglo, 06/09/1972.](#)

67 Ibid.

68 Simón Blanco, “Piedra Roja”. El Siglo, 13/10/1970.

69 El exceso de seriedad era motivo de explicación ante los no comunistas. Una periodista comunista así lo manifestaba: “En mi cotidiano contacto con la gente me ha sorprendido siempre el que las personas que no conocen a los comunistas tienen de ellos una extraña imagen... algunos suelen creerlos al margen de las emociones que estremecen el corazón”. Virginia Vidal, “Cuando lloran los comunistas”. El Siglo, 10/01/1972. La cita es de Corvalán en De lo vivido y lo peleado... op. cit., p. 103.

70 “Corvalán habla de lo humano y lo divino”. El Siglo, 08/06/1969.

71 Ibid.

72 Corvalán, De lo vivido y lo peleado... op. cit., p. 104.

73 Juan Chacón Corona, “Los comunistas y la familia”. El Siglo, 28/02/1965.

74 “Corvalán habla de lo humano y lo divino”. El Siglo, 08/06/1969.

75 Juan Chacón Corona, “Los comunistas y la familia”. El Siglo, 28/02/1965.

76 “Corvalán habla de lo humano y lo divino”. El Siglo, 08/06/1969.

77 Ibid.

78 Lucía Chacón, “Recordando a Chacón”. El Siglo, 13/02/1966.

79 Luis Corvalán, “El Partido honra nuestros compañeros”. El Siglo, 17/12/1966.

80 Salazar, “Luis Emilio Recabarren. Pensador, político... op. cit. Hemos abordado la crisis del PC en 1924 en “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista...” op. cit.

81 Arnulfo Rubilar, “Luis Emilio Recabarren y Elías Lafferte”. El Siglo, 15/12/1970.

82 Volodia Teitelboim, “Un árbol que en medio siglo ha echado raíces en el

suelo patrio”. El Siglo, 03/01/1972.

83 En “La fundación del Partido Obrero Socialista” (editorial). El Siglo, 04/06/1971.

84 Más adelante volveremos sobre la polémica con otros sectores de izquierda, particularmente con el MIR.

85 “Seguimos la tradición de Recabarren”. El Siglo, 27/08/1972.

86 Juan de la Cruz Leyton, “Recabarren y las sociedades filarmónicas”. El Siglo, 02/01/1972.

87 En Mario Céspedes, “Hacer del amor la vida. Evocación de Recabarren”. El Siglo, 02/01/1972.

88 Carlos Maldonado, “El PC y su aporte a la cultura nacional”. El Siglo, 02/01/1972.

89 “Vi su ternura con los niños, su respeto hacia la mujer” (Entrevista a Ida Osorio, que trabajó con Recabarren en El Despertar de los Trabajadores). El Siglo, 03/07/1966; Salvador Ocampo, “Calor humano en Recabarren”. El Siglo, 19/12/1965 y Mario Céspedes, “Hacer del amor la vida. Evocación de Recabarren”. El Siglo, 02/01/1972.

90 La primera cita corresponde a Salazar, “Luis Emilio Recabarren. Pensador, político... op. cit., p. 225. La segunda tesis la planteó Augusto Varas en su artículo “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Komintern” en Augusto Varas, El Partido Comunista en Chile... op. cit.

91 “La figura de Recabarren (a noventa años del nacimiento de un líder)”. El Mercurio, 06//07/1966.

92 Julieta Campusano, “UP sigue más unida que ayer para transformar Chile”. El Siglo, 09/11/1970.

93 “Recuerdos de la intimidad de Recabarren” (entrevista). El Siglo, 18/12/1966.

94 Mario Zamorano, “El mandato de los forjadores”. El Siglo, 02/01/1972; David McConell, “Actualidad de Recabarren”. El Siglo, 14/12/1970 y Francisco

Cataldo, “El pensamiento de Recabarren se plasma en Textil Progreso”. El Siglo, 02/01/1972.

95 Distintos autores, desde diversas ópticas, han señalado este punto. Destacan Sabrovsky, op. cit., y Samaniego, “Origen de una larga política... op. cit. Desde distintas entradas, ambos señalan que el dogmatismo teórico del PC le impidió desarrollar una perspectiva que amalgamara a nivel de la teoría el socialismo con la democracia, problema considerado el talón de aquiles del proyecto político de la izquierda histórica chilena.

96 Este trabajo lo hizo Jorge Vergara, op. cit.

97 Moulian, “Evolución histórica del marxismo”, en Democracia y socialismo... op. cit., p. 97.

98 “Proyecto de nueva redacción del Programa del Partido Comunista de Chile”, El Siglo, 24/08/1969.

99 Ibid.

100 Jorge Muñoz, “Marxismo: Doctrina que ha guiado todas las revoluciones socialistas”. El Siglo, 08/05/1972.

101 “La gran Revolución Socialista de Octubre” (editorial). El Siglo, 07/11/1971.

102 Jorge Muñoz, “Marxismo: Doctrina que ha guiado todas las revoluciones socialistas”. El Siglo, 08/05/1972.

103 José Miguel Varas, Chacón... op. cit., pp. 154-155.

104 Como solía hacerlo, el PC divulgó esta tesis en múltiples artículos de prensa, más breves y comprensibles para el conjunto de su militancia. Algunos ejemplos son “Presencia de Lenin”. El Siglo, 22/04/1970 (antes del triunfo de septiembre de ese año); Eugenio Vallejos, “Tres aspectos de la Revolución Socialista de Octubre”. El Siglo, 13/11/1970 y Rodrigo Rojas, “El leninismo: arma invencible de la victoria de los pueblos”. El Siglo, 22/04/1972.

105 Citado por Volodia Teitelboim, “Lenin sigue proyectando luz para los pueblos del mundo”. El Siglo, 09/11/1969.

106 Mario Céspedes, “Lenin: Guía indiscutible de todo un proceso revolucionario”. El Siglo, 24/04/1971.

107 Labarca, Corvalán. 27 horas... op. cit., pp. 148 y 149.

108 Ambas citas en el “Proyecto de nueva redacción del Programa del Partido Comunista de Chile”. El Siglo, 24/08/1969.

109 Volodia Teitelboim, “El divisionismo es contrarrevolucionario”. ES, 06/08/1972.

110 “Intervención de Volodia Teitelboim en el transcurso del XIII Congreso del PC”. ES, 15/10/1965.

111 “El enfrentamiento armado no es inevitable, dice el PC”. ES, 19/05/1972.

112 Mario Zamorano, Jorge Texier, Juan Ponce, Carlos Cerda y Carlos Berger, Lenin y nuestras tareas de hoy (Editorial Austral, 1973), pp. 88 y 89. Mayúsculas en el original.

113 Álvarez, Desde las sombras.

114 “La inalterable posición revolucionaria del Partido Comunista” (editorial). El Siglo, 13/08/1972.

115 “El MIR sirve a los enemigos de Chile” (editorial). El Siglo, 12/04/1972.

116 Jorge Insunza, “El trabajo más noble es el hecho por la revolución”. El Siglo, 21/06/1969.

117 Jorge Insunza, “La lucha por el poder sigue pendiente en nuestro país”. El Siglo, 08/03/1971 y Roberto Pinto, “Los ataques del MIR al Partido Comunista”. El Siglo, 18/07/1971

118 La primera acusación en Luis Guastavino, “Punto Final y el anticomunismo de izquierda”. El Siglo, 29/01/1967, la segunda en Orlando Millas, “Punto Final, revista golpista”. El Siglo, 22/05/1968 y la tercera referencia en Volodia Teitelboim, “El divisionismo es contrarrevolucionario”. El Siglo, 06/08/1972.

119 Leopoldo Benavides, “Comentarios en torno a un período de la historia del

Partido Comunista Chileno (1950-1970)”, en Varas, El Partido Comunista en Chile... op. cit.; Fernando Claudín, Eurocomunismo y socialismo (Siglo XXI Editores, 1978) y Sabrovsky, op. cit., respectivamente.

120 Ver estadísticas del número de militantes de los PC en América Latina entre los años 1959-1973 en Furci, op. cit., p. 2.

121 “En defensa del socialismo”. El Siglo, 23/08/1968.

122 Al respecto, Luis Vallejos Guzmán, a la sazón militante de las JJ.CC y estudiante de ingeniería en Checoslovaquia, nos ha contado que los comunistas chilenos en dicho país rechazaron la invasión soviética, incluidos dos miembros del Comité Central del PC. En sus amargas memorias, Orlando Millas ratifica esta versión, señalando los nombres de Waldo Atías y Luis Padilla como los integrantes del CC opuestos al abrupto fin de la “Primavera de Praga”. Millas, Memorias. Volumen IV. op. cit., p. 175.

123 “La Conferencia Tricontinental”. El Siglo, 06/01/1966.

124 Waldo Atías, “La Conferencia Tricontinental: balance positivo”. El Siglo, 23/01/1966.

125 Volodia Teitelboim, “Revolución Cubana: Acontecimiento máximo de la historia americana del siglo XX”. ES, 03/01/1973.

126 Al respecto, ver Álvarez, “¡Viva la Revolución y la patria”... op. cit., p. 37.

127 Al respecto, ver por ejemplo “Carta del Presidente del Partido Nacional, don Sergio O. Jarpa al senador don Raúl Ampuero” El Mercurio, 07/04/1969.

128 “La herencia viva de O’Higgins” (editorial). El Siglo, 20/08/1966. El rescate de la figura de Bernardo O’Higgins como un personaje “progresista”, lo que permitía unirlo a la tradición política de la izquierda chilena, era una preocupación constante del PC. Por ejemplo Hernán Ramírez Necochea, “O’Higgins, el libertador”. El Siglo, 22/08/1965 y Martín Ruiz, “La batalla de Chacabuco. Preludio del nacimiento de un país libre”. El Siglo, 12/02/1967.

129 Luis Corvalán, “Unidad contra el imperialismo es un imperativo de esta hora”. El Siglo, 11/06/1969.

130 “Los comunistas le decimos al gobierno que tiene el deber de no mirar hacia la Derecha, sino al pueblo”. El Siglo, 31/07/1965.

131 Luis Alberto Mansilla, “La Historia heroica y ascendente del Partido Comunista de Chile”. El Siglo, 02/01/1972.

Capítulo 2.

Recabarrenismo y lucha de masas.

El Partido Comunista de Chile y los movimientos populares (1965-1973)¹

Los análisis sobre la línea política del PC en los años previos al golpe de Estado de 1973, por lo general, remarcan dos aspectos: su larga continuidad histórica, sobreviviente a reveses políticos y electorales; y en segundo lugar, su carácter pacífico, en oposición a las experiencias revolucionarias de otras latitudes, en donde el factor de lucha armada había sido decisivo. El defecto que surge de estos enfoques se relaciona con asumir una visión equívoca de la experiencia histórica del PC, como un partido “parlamentarista” (en el sentido peyorativo del término), partidario de componendas de pasillos y con rasgos burocratizantes.² Sin embargo otros autores han examinado la evolución de la línea política del PC con mayor detenimiento. Esto les ha permitido reparar que a mediados de los '60 apareció una nueva conceptualización en el discurso del PC, ya que se abandonó el concepto de “vía pacífica” por el de “vía no armada”, que toleraba expresiones más radicales de movilización social. Según algunos análisis, esto habría llevado al PC a radicalizarse, perdiendo su perfil de partido integrado al sistema político y respetuoso de su institucionalidad.³

De esta forma, es posible apreciar que al PC de los años '60 y principios de los '70 se le ha descrito por algunos como un partido moderado y reformista, y por otros, como un partido imbuido también en la lógica radicalizadora de la época. Desde nuestra óptica, estos enfoques dan cuenta solo parcialmente de la línea política del PC en ese periodo. Escasamente tomado en cuenta por los analistas, el factor articulador de la tesis política del PC era la “lucha de masas”. Esta implicaba que cada actividad política desarrollada por la militancia comunista debía estar acorde con el “estado de ánimo” de la gente, con su predisposición, con sus necesidades. Toda actividad de masas, por menor que pudiera aparecer,

solo por esa condición, debía contar con la presencia y el respaldo de los comunistas. De este modo, cuando en los años sesenta surgieron movimientos “de masas” cuyas manifestaciones públicas eran más radicales –especialmente entre los campesinos y los pobladores–, el PC se sumó a ellos, muchas veces alentándolos y otras tantas encabezándolos. Pero esto no implicaba renegar o avergonzarse de la “política de salón”, de la labor parlamentaria o edilicia. Estas, símbolos del llamado “reformismo comunista”, también eran visualizadas bajo la óptica de la “lucha de masas”, ya que se estimaba que constituían una actividad complementaria a ella. Sin el respaldo de masas, el parlamentario, alcalde o regidor comunista nada podía hacer. Con ella, su labor agitativa y realizadora podía traducirse en importantes beneficios para la gente.

Desde nuestro enfoque, el estilo político comunista, basado en la “lucha de masas”, explica esta aparente contradicción o paradoja sobre la línea política del PC en el periodo que estamos analizando. Estimamos que no se termina de comprender la política de los comunistas centrándose solo en una de sus dimensiones (“reformista” o “revolucionaria”). Es necesario hacer una mirada de conjunto sobre sus actividades para entender la lógica del actuar del PC en aquellos años. Portadores de una identidad que los convocaba a la acción, su cultura política –“el recabarrenismo” comunista– se basaba en la acción agitadora y realizadora cotidiana. Dependiendo de las especificaciones de cada “frente de masas”, era el carácter que la lucha de masas adquiría, más o menos radicalizada.

En este segundo capítulo describiremos la línea política del PC centrándonos en la importancia que tenía en ella el concepto de “lucha de masas”. A continuación examinaremos cómo ésta se expresó en la praxis política comunista. Cada una de estas actividades demostrará que la identidad comunista, definida como “sujetos revolucionarios constructores de la Patria Nueva”, tenía su correlato en la praxis concreta de su trabajo político. El estilo recabarrenista fue, en conclusión, la síntesis de una abigarrada y multifacética forma de hacer política, que no escatimaba el uso de todos los espacios legales para desarrollarse, así como tampoco despreciaba métodos “ilegales” cuando era necesario. Lo importante, lo definitorio, lo que determinaba la dinámica del desarrollo político era la “lucha de masas”.

La lucha de masas

Como es sabido, la línea política del PC durante los años sesenta tenía su origen en las experiencias políticas de décadas pasadas, especialmente la vinculada a lo que fueron los gobiernos del Frente Popular. A principios de los años '50, luego de un examen crítico de los resultados de su política frentepopulista, el PC enunció su nueva línea política, llamada “Frente de Liberación Nacional”. Esta definía como enemigo principal al imperialismo y a sus aliados nacionales, la burguesía monopólica y la oligarquía terrateniente. En el contexto de la misma concepción etapista de construcción del socialismo que provenía de la década de los '30, el PC planteaba que la revolución democrático-burguesa aún era una tarea pendiente en Chile. Su realización debía hacerse bajo la conducción de la clase obrera, pero en alianza con sectores burgueses no monopólicos. Por lo tanto, una de las tareas principales de la política del PC, era la búsqueda de la unidad con sectores de centro. En lo sustancial, esta línea fue la que terminó dando origen en 1969 a la coalición conocida como “Unidad Popular”, en donde confluyeron las fuerzas de la izquierda histórica (PC y PS), más sectores de la “nueva izquierda” (MAPU) y otros venidos del centro político (radicales y socialdemócratas). Como se ha dicho, el triunfo en la elección presidencial de 1970 marcó la coronación de una estrategia política de larga data.⁴

Con todo, en la década de los '60 el PC no dejó de verse influido por el clima radicalizado de esta década. En los primeros años de ésta, enfrentó, a propósito del conflicto sino-soviético, un debate público con el Partido Socialista, sus aliados en el Frente de Acción Popular (FRAP), sobre las vías a través de las que se podía y debía construir el socialismo: ¿vía pacífica o vía armada? En ese mismo periodo, el PC sufrió un desgajamiento interno producto de la aparición de una pequeña fracción pro-china en su interior.⁵ Lo que nos interesa destacar es que la línea política del PC no resultó del todo indemne de estos debates, el que ocurrió en un contexto en que la sociedad chilena entraba en una espiral de radicalización social y política. Dos aspectos demuestran que el PC vivió, a su manera, la radicalización de su línea política. El análisis de los conceptos de “lucha de masas” y “vía no armada” lo demuestran.

Para los comunistas, hablar de “lucha de masas” era retrotraerse a una de las categorías históricamente utilizadas para referirse a la línea del partido. En efecto, producto de la autocrítica realizada en 1945 en el marco del XIII Congreso del PC, en el sentido de la extrema moderación de la posición del partido, se definió darle un nuevo impulso a ésta, de corte más radical, bajo el nombre de “lucha de masas”. Esta consistía en organizar y agitar al movimiento popular más allá del mundo sindical, históricamente privilegiado por el PC. Así, los comunistas comenzaron a insertarse en el mundo poblacional: ligas de arrendatarios, centros vecinales, comités de adelanto, centros juveniles, etc.⁶ Esta definición estratégica tuvo como resultado la conocida inserción social del PC, cuya presencia no se limitó solo al mundo sindical.

De este modo, luego de la dolorosa derrota en las elecciones presidenciales de 1964, la dirección del partido evaluó sus causas. Desde una óptica autocrítica, el PC no la limitó solo a las consecuencias de la campaña del terror desplegada por sus rivales, sino a insuficiencias políticas propias, al ser incapaz de ganar adhesión popular.⁷ Éste era el típico análisis comunista que más que cuestionar la validez de su línea política, que no quedaba invalidada por el fracaso electoral de 1964, centraba su autocrítica en no haber aplicado correctamente las definiciones políticas del partido, lo que se había expresado en la insuficiente “transformación de conciencias” en las elecciones. Lo más sintomático respecto a la no modificación de la línea del PC fue que efectivamente se produjo un desplazamiento hacia la izquierda, resumido en la tesis de la vía no armada que examinaremos a continuación. Sin embargo, esto no quedó planteado en las resoluciones del XIII Congreso, sino más bien enunciado por Luis Corvalán en entrevistas con los medios de prensa. Es decir, la línea del PC se movió a la izquierda en la práctica, reconocido por sus dirigentes que se cuidaron que esto no apareciera como un cambio de la política del PC.

Por ello no debe extrañar que el llamado realizado por el Secretario General del PC en el marco del XIII Congreso del PC, ratificó la continuidad de la línea del Frente de Liberación Nacional, pero llamó a la militancia a dos tareas políticas estratégicas: “Una, multiplicar, extender, acentuar sus vínculos con las masas y,

dos, asegurar que todos sus militantes tengan una participación viva y permanente en el cumplimiento de sus tareas”. Es decir, el PC concluía que para poder lograr el triunfo electoral en las próximas elecciones, era necesario “enclavar más al Partido en las industrias, poblaciones y haciendas y extender su organización en el campo femenino, juvenil y estudiantil, entre los intelectuales y profesionales, así como entre los artesanos, comerciantes y pequeños industriales”.⁸ Desde nuestra perspectiva, el crecimiento numérico, electoral y la ampliación de su composición social, al ganar presencia en sectores no solo obreros, registrado en el periodo 1965-1973, hablan de que el PC tuvo éxito en esta tarea asignada como central en el XIII Congreso. Es decir, los avances comunistas deben explicarse porque en una fase en donde la espiral democratizadora alcanzó las cotas más altas de la historia de Chile, el PC pudo avanzar en la inserción de sus militantes en los organismos de masas. De esta manera, no es casual que el discurso comunista durante el gobierno de Frei Montalva haya insistido casi majaderamente en la necesidad de acentuar la “lucha de masas”. Ya en el marco del XIII Congreso, cuando aún no cumplía un año de la administración Demócrata Cristiana, el PC visualizaba que el camino de la “lucha de masas” se abría camino. Para los comunistas, la derrota de 1964 no había bajado la guardia del movimiento popular, sino por el contrario, había significado “una nueva correlación de fuerzas, más favorable a la clase obrera, con la particularidad de que la idea de la necesidad de cambios ha arraigado en la mayoría de la población. Esto se traduce en luchas de masas ascendentes, expresadas en grandes huelgas, en la imposición por sus luchas de una reforma agraria democrática de los campesinos de Choapa por ejemplo...”.⁹

Esta tesis es clave para comprender el trasfondo de la concepción “recabarrenista” del PC. Para los comunistas, la inserción de base era clave para fomentar las luchas reivindicativas sectoriales. Por esta razón, la lucha de masas era por esencia multifacética: desde la exigencia de alumbrado público, alza de salarios, mejoramiento de las condiciones de trabajo, el fuero maternal, en fin, hasta la toma de terrenos o fundos si es que así se consideraba necesario. ¿Cuál podía ser la importancia de luchas “gremiales”, aparentemente carentes de un contenido revolucionario? Para el PC, no había contradicción en esta praxis “reformista” con el objetivo revolucionario, porque la “microfísica” del poder, las “micro-batallas” locales, conducirían al triunfo de la izquierda unida: “La conquista del Gobierno popular es la culminación de un proceso de lucha por alcanzar una influencia cada vez más grande del pueblo en las decisiones de

Gobierno”. De esta manera, la amplia gama de conflictos sociales que podía abarcar la lucha de masas no era contradictoria con el objetivo de la “toma del poder”: “Por eso, lejos de haber una oposición entre la lucha por la conquista de un Gobierno popular, existe entre estos objetivos plena identificación”. De ahí que se entienda la importancia fundamental que tenía doblar esfuerzos para desarrollar la lucha de masas y así ganar nuevos adherentes.¹⁰

Lo anterior explica por qué, para la militancia comunista de esa época, su participación en cualquier tipo de organización social, incluso las aparentemente menos politizadas como las deportivas, tenía un carácter revolucionario. La esencia del recabarrenismo era estar siempre inserto en las masas, y desde dentro de ellas, intentar asumir su conducción por el “camino correcto” que “el proletariado” (o sea el partido) había definido. Por este motivo, la inserción en la base social era vital para el éxito de la línea política comunista: “La unidad de acción en torno a los problemas reivindicativos de los trabajadores y de cada sector de nuestro pueblo debe llevarse en la base y forjarse en la movilización, en la lucha”. Conociendo los problemas locales, se podría llegar a cuestionar los grandes temas nacionales.¹¹

Esta es la raíz que explica el “cosismo” comunista. En efecto, para lograr influencia de masas no solo había que denunciar y fomentar la agitación política alrededor de las problemáticas del pueblo, sino que era necesario lograr éxitos parciales, obtener soluciones concretas a dichas problemáticas. En este esquema, la labor de los diputados y senadores, a través de la aprobación de leyes que dieran respuesta a sus demandas, así como también la de los regidores y alcaldes, vinculados por excelencia a los problemas locales, cobraba una importancia decisiva. En todo caso, estos cargos no eran importantes en sí mismos, sino solo porque se podían constituir en herramientas estratégicas para fomentar la lucha de masas.

Cuatro años más tarde, los comunistas evaluaban los resultados de su esfuerzo. En un tono optimista, típicamente comunista, se afirmaba que “el éxito de nuestro partido se debe a su línea de unidad popular y a sus vínculos de masas”.

En este sentido, en donde los “vínculos son sólidos y se traducen en luchas de masas encabezadas por los comunistas, es precisamente donde nuestros avances electorales son mejores”.¹² El correlato entre inserción de base, lucha de masas, éxitos electorales y avances de la perspectiva revolucionaria, era la fórmula de los avances y éxitos del PC.

La novedad que trajo la lucha de masas en el periodo 1965-1973 se relacionó con la otra definición efectuada en los tiempos en que se efectuó el XIII Congreso del PC, referida a la “vía no armada”. Si bien no quedó plasmada en el cuerpo de resoluciones de dicho evento, algunas declaraciones hechas por los dirigentes del PC en la misma época del Congreso demuestran que su elaboración data de 1965. Esto es importante señalarlo, ya que la “radicalización” de la línea del PC habría sido anterior al periodo más evidente de polarización política en Chile, registrado a fines de la década de los '60. Interrogado Luis Corvalán sobre si el PC asumía una política electoralista, éste lo negaba, pero ratificaba que, en opinión de los comunistas, para llegar al poder “no es absolutamente indispensable en todos los países y en todas las circunstancias recurrir a las armas. Nosotros creemos que en determinadas circunstancias se puede llegar al poder por otros caminos, a través de la vía no armada, de una vía pacífica como se le ha llamado, mejor dicho tal vez sea a través de una vía no armada”.¹³

¿Qué significaba ésta aparente diferencia solo semántica? Años más tarde, el propio Corvalán lo aclaraba. Según él, no debía hablarse de vía pacífica o violenta en referencia a cómo se iba a alcanzar el poder, sino más bien de armada o no armada:

La violencia está presente, existe en mayor o menor grado, cuando el Gobierno la emplea, en las frecuentes movilizaciones policiales, el uso de la fuerza pública contra obreros, campesinos y estudiantes y la aplicación contra el pueblo de las leyes coercitivas del Estado... las huelgas, los paros, las luchas callejeras, son formas de presión, formas de violencia, que son armas legítimas de los trabajadores en su lucha por el poder.¹⁴

Este desplazamiento de la línea política del PC hacia la izquierda, explica el carácter que adoptó la lucha de masas a partir de 1965. Formas “violentas” (tomas, huelgas ilegales, lucha callejera), se validaron, desde el punto de vista político, como parte integrante y fundamental del estilo recabarrenista de los comunistas. Es más, como vimos en la tercera parte, los comunistas se encargaron de legitimarla, al incorporarla a las tradiciones históricas del movimiento popular chileno.

Esta fusión entre “lucha de masas” (estilo histórico de trabajo de los comunistas) y la tesis de la “vía no armada”, constituyó el corazón del recabarrenismo comunista del segundo lustro de la década de los '60. Explica la integración de praxis “reformistas” (elecciones, parlamentarismo y gestión municipal) con otras “revolucionarias” (tomas de terrenos y campesinas, huelgas ilegales). Comprendiendo el trabajo de masas del PC desde esta óptica, se entiende que el estilo recabarrenista de los comunistas abarcaba un amplio abanico de formas de lucha, de la cual solo estaba excluido el enfrentamiento militar directo, el que se consideraba extemporáneo a la realidad chilena. Sin embargo, de manera reservada, existió una preparación comunista en el área militar, aunque, por cierto, sin relación alguna con las tesis de los movimientos guerrilleros de esa época o la de sus adversarios miristas.

El trabajo militar del PC se expresaba en la creación de los comités de vigilancia, cuyo objetivo era la autodefensa de los locales partidarios y la seguridad de los actos de masas y de los dirigentes públicos, junto a los “grupos chicos”, con mayor preparación que los anteriores, pero sin actividad concreta.¹⁵ En todo caso, el PC sostenía una ambigua posición pública, ocultando esta actividad. Pero la vía “no armada” del PC no implicaba la creación de una fuerza militar propia o brazo armado que buscara enfrentarse a las fuerzas armadas en caso de golpe de Estado. La concepción de lo militar era un factor complementario a la lucha de masas, considerado el factor decisivo para el triunfo de la revolución chilena.

En resumen, armados de una sólida identidad política, que los impelía a la acción política (la “lucha de masas”), los comunistas lograron, a partir de 1965, su máximo apogeo histórico. Convencidos de sus certezas y de sus tradiciones, los éxitos electorales y sociales del PC durante este periodo hicieron que la creencia en el triunfo de la “revolución chilena” cobrara más actualidad que en cualquier otra época histórica del partido.

A continuación, examinaremos algunas de las expresiones más importantes del estilo recabarrenista de trabajo de los comunistas. Teniendo todas como común denominador la lucha de masas, la praxis política comunista era básicamente diversa. Solo como manera de presentar la exposición, las dividiremos entre prácticas “reformistas” y “revolucionarias”. Aclaramos esto porque es necesario comprender que estas prácticas políticas eran transversales entre los militantes, no existiendo especialistas en una u otra área. Si bien es sabido que en distintos periodos al interior de la dirección del PC existieron matices sobre la aplicación de la línea política, nuestra impresión es que para el periodo 1965-1973 existía un alto grado de consenso en los órganos dirigentes del PC. Por lo tanto, nos parece que no corresponde especular con alas más izquierdistas que otras al interior de la Dirección del PC, porque no existe ningún antecedente al respecto.

En las praxis reformistas, analizaremos cómo la perspectiva “recabarrenista” del PC visualizaba las campañas electorales, la labor de sus parlamentarios y de sus alcaldes y regidores. Por otro lado, en las praxis “revolucionarias”, examinaremos el rol de los comunistas en la movilización campesina, en los movimientos huelguísticos urbanos (legales e ilegales) y en las tomas de terrenos realizadas por el movimiento poblacional. No es el objetivo de este trabajo profundizar en dichos movimientos sociales, sino recoger la participación comunista en ellos, lo que servirá para ejemplificar cómo cristalizaba en la praxis el estilo político de los comunistas.

Las praxis “reformistas”

El PC asignaba una importancia estratégica a los eventos electorales. No se trataba solo de una forma de “tomarse el poder”, sino que en la concepción recabarrenista de trabajo de los comunistas todas las elecciones, incluidas las municipales y las parlamentarias, eran un momento que ofrecía condiciones para el crecimiento y consolidación de las “fuerzas revolucionarias”. La visión de los comunistas sobre las elecciones implicaba que éstas debían ser un aliciente más de la lucha de masas. Es más, el ideal era que éstas se realizaran “al fragor de la lucha del pueblo”. Por otro lado, las elecciones eran una instancia que le permitía a la militancia ganar terreno en su inserción a nivel del poder local y, además, interiorizarse de las problemáticas del pueblo. En definitiva, las elecciones eran claves para cristalizar en la práctica la tesis de que las luchas reivindicativas locales representaban los pequeños pasos que conducían hacia la revolución chilena. Asimismo, las elecciones implicaban desarrollar propuestas de solución a las problemáticas denunciadas a través de la campaña. Esta práctica era uno de los motivos de que el PC fuera acusado de “populista” por sectores de izquierda, que veían a los comunistas más preocupados de “pequeños” más que de los “grandes problemas” de la revolución.

Los comunistas fundamentaban la importancia de las elecciones por razones del desarrollo histórico de Chile. Incluso en un contexto de máxima radicalización política, luego del paro patronal de octubre de 1972, en vistas a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, el PC explicaba por qué eran tan fundamentales los eventos electorales: “Por las características de nuestro país, por la incidencia que las elecciones generales ha tenido repetidamente en su desarrollo político, la batalla de marzo se transforma objetivamente en un capítulo esencial del enfrentamiento por el poder que tiene lugar en nuestro país”.¹⁶

A partir de la importancia estratégica que tenía en la política de los comunistas el contacto con las masas, las elecciones eran un espacio particularmente propicio para desarrollar la relación entre la militancia comunista y los sectores populares. Desde la perspectiva comunista, las campañas electorales eran una tarea revolucionaria de primer orden, porque ofrecían la posibilidad para avanzar en “el esclarecimiento político de las masas, representan una evidente oportunidad de diálogo y lucha ideológica”. Los componentes propios de las

campañas, como los “casa a casa” y los actos masivos, permitían a los comunistas “tomar contacto con numerosos conglomerados del pueblo [y] propagar los puntos de vista del partido”.¹⁷

Ante las acusaciones de electoralismo, y como forma de demostrar que los fundamentos para participar en las elecciones no eran las mismas que las de la clase política burguesa, los comunistas establecían sus motivaciones para presentarse ante el escrutinio popular: “No participamos en esta elección en busca de nada que sea mezquino: Nuestros candidatos no aspiran a una diputación o a una senaturía para arreglarse personalmente los bigotes, para embolsicarse (sic) la dieta parlamentaria... ¡No van al Congreso Nacional a servirse del pueblo, sino a servirlo!”. Por esta razón, “no es cierto aquello que todos los partidos y políticos son iguales. Nosotros, comunistas, somos diferentes”.¹⁸

Lo que diferenciaba, según el PC, a sus candidatos con el resto, era que éstos se incorporaban a lo electoral como una faceta más de la lucha de masas. Desde este punto de vista, las campañas electorales representaban la oportunidad de desarrollar los tres aspectos claves de la lucha de masas: conocer los problemas del pueblo; ofrecer soluciones “de fondo” (revolucionarias) pero también concretos a estos problemas y, por sobre todo, agitar y promover la movilización popular, en la perspectiva de que el propio pueblo obtuviera la resolución de sus demandas. Para los comunistas, estas tres posibilidades de desarrollo de trabajo político demostraban el carácter revolucionario que tenía la tarea electoral.

Para los comunistas, la conversación con la gente era el mejor mecanismo para conocer sus problemáticas. En la práctica, esto se traducía de la siguiente manera. Por ejemplo, en una visita a terreno, los candidatos Gladys Marín y Volodia Teitelboim se enteraban de los problemas de los vecinos de Quinta Normal: “se impusieron de la inminente cesantía que gravita sobre más de cien obreros” de la empresa Industria Cristal Yungay. Al recorrer diversas poblaciones, “los candidatos se refirieron a los problemas del alcantarillado y falta de pavimento de las calles, viendo con sus propios ojos el peligro que

representaba el llamado Canal de la Muerte”. Más tarde, en una reunión con habitantes de la población Lo Franco, Marín y Teitelboim “se informaron del hecho que han recibido cuentas impagas por dos años, antes que le fueran entregadas las casas”.¹⁹ Frente a la infinidad de problemas que los comunistas conocían durante las campañas, se hacía imprescindible proponer soluciones concretas. Rubén Zapata, candidato comunista electo por Osorno en la parlamentaria de marzo de 1973, proponía que para fomentar “el desarrollo económico de la provincia, debemos explotar como se debe el turismo, una de nuestras mayores entradas. Necesitamos unas fábricas de cidra (sic)”.²⁰

La variedad de propuestas de los candidatos comunistas eran muy amplia, y producto de la dificultad de llevar a la realidad muchas de ellas, la acusación de populismo surgió desde sectores a la izquierda del PC. Estos señalaban que esta faceta de la política de los comunistas frenaba los influjos revolucionarios de las masas y convertía a la izquierda histórica en un referente reformista, que en función de la “solución de los problemas del pueblo” había abandonado la perspectiva revolucionaria.²¹ Con todo, era cierto que muchas de las propuestas comunistas eran simplemente irrealizables, ya sea por problemas presupuestarios o por no contar con los votos necesarios en el Parlamento. Pero por otra parte, como veremos más adelante, varias de las promesas electorales comunistas eran cumplidas. De acuerdo con nuestra hipótesis, este hecho constituyó una pieza clave para entender el éxito del estilo recabarrenista del PC en este periodo, porque el PC logró respaldo popular gracias a este tipo de medidas. La posibilidad de materializar en hechos concretos el discurso de mejoramiento de las condiciones de vida de la población fue una de las características a su favor con que contó el PC en estos años. De esta manera, respaldar a los comunistas “era útil” electoralmente, tanto porque sus candidatos resultaban generalmente electos como porque a posteriori se cumplían algunas de las promesas prometidas en la campaña.

Otra faceta que contenían las campañas electorales del PC era que se intentaban vincular a la lucha de masas. El ideal de un candidato PC era hacer campaña en terreno, solidarizando con una huelga o toma de terrenos, ayudando a facilitar la movilización popular en pos de lograr reivindicaciones sectoriales o territoriales. Intentando demostrar que las críticas que sectores de izquierda le hacían eran

injustas, el PC se esforzaba por demostrar que la actividad electoral era una cara más de la lucha de masas. En el caso de la campaña presidencial de 1970, el acuerdo entre las distintas fuerzas de izquierda que formaban la Unidad Popular fue que “el estilo de la campaña popular” opondría “la lucha de masas a las máquinas publicitarias de la derecha”. Esto significaba que la campaña se daría “en el terreno de la lucha social y de los problemas concretos” del pueblo.²² Esta definición de unir lo electoral a las luchas locales, era un estilo que los comunistas propugnaban de larga data, y como veíamos, era una de las definiciones estratégicas que en 1965 el XIII Congreso comunista había establecido. Por ejemplo, en la población “lo Saldes” en Santiago, las mujeres, “en plena lucha por conseguir un pedazo de sitio donde vivir, decidieron formar un Comité Femenino por la candidatura” de Orlando Millas. Según ellas, “para luchar por la mujer, por el niño, por la felicidad del hogar trabajador”, la elección de candidatos comunistas era imprescindible: “Votar por los comunistas es reafirmar el descontento y la protesta, la decisión de lucha de nuestro pueblo”.²³

Basados en esta autopercepción, en la pulsión revolucionaria, avalada por una larga trayectoria histórica del “verdadero” partido de la clase obrera, el candidato comunista era aval de ser sujeto constructor del cambio social en Chile. La convicción de portar estos valores hacía que las críticas de “reformismo” venidos desde la izquierda fueran simplemente incomprensibles para los comunistas. La voluntad de poder que implicaba una acerada identidad política, unida a los progresivos éxitos electorales y sociales, más la fe dogmática de que los errores y falencias no detendrían el triunfo de la “revolución chilena”, permitían confiar al PC en lo acertado de colocar a las elecciones como momentos fundamentales de la lucha de masas.

Una vez electos, la labor que cumplían los parlamentarios comunistas era considerada fundamental para promover la “Revolución Chilena”. Sin contar los fructíferos resultados que tenían las campañas electorales en la lucha de masas, los parlamentarios comunistas debían cumplir una doble tarea: primero, demostrarle al pueblo que los comunistas sí cumplían un activo rol social en beneficio de los sectores populares. Por este motivo, el PC se preocupó especialmente de difundir las labores legislativas de sus parlamentarios. La

segunda tarea se relacionaba con la denuncia de las malas condiciones de vida del pueblo, promoviendo las organizaciones populares y su movilización. Una vez más, la centralidad de la lucha de masas, obligaba al parlamentario comunista a ser un hombre y una mujer de acción.

Cumpliendo esta doble tarea, los parlamentarios pasaban a ocupar un lugar vital en la estrategia política del PC. En efecto, la síntesis de su importancia se vinculaba con la tesis comunista de que la lucha por las más pequeñas reivindicaciones sociales, terminaba por conectar a los sectores populares con las grandes batallas nacionales. Así, la microfísica de la pugna por el poder tenía en la labor parlamentaria su mejor ejemplo. Desde nuestra óptica, este enfoque microscópico fue clave para que el proyecto de la izquierda histórica cristalizara en la madrugada del 4 de septiembre de 1970, porque las soluciones concretas obtenidas por los parlamentarios de la izquierda le granjearon a esta el respaldo de una importante base social.

La acción parlamentaria comunista tenía una clara definición que buscaba, sobre todo, diferenciarse con las conductas de los políticos burgueses. Esta última definición era muy importante para el PC, el que consideraba que esta perspectiva era la que los alejaba del electoralismo. El PC resumía el perfil de sus parlamentarios como aquellos que iban “más allá de los discursos, las arengas tribunicias o el tono académico que... caracteriza al Parlamento chileno”. Los comunistas entendían que la labor de sus militantes en el Congreso no se remitía solo a las actividades en la sala, sino que “y de un modo muy principal e importante, fuera, en la calle, allí donde su presencia es requerida por las necesidades de un grupo humano”.²⁴

Dentro de los parlamentarios comunistas, había una figura que destacaba con luces propias: Orlando Millas, quien puede ser considerado el arquetipo de lo que debía ser un legislador comunista. No solo era quien presentaba el mayor número de proyectos de leyes y que había logrado hacerlos aprobar en gran cantidad, sino que era un hombre en terreno, que acompañaba a las masas en sus luchas. Por esta razón, la praxis política de Millas es posible considerarla como

un símbolo del estilo político del PC en este periodo. Por un lado, defendía hasta las últimas consecuencias la validez de la participación del PC en las elecciones, lo que lo convirtió en uno de los más importantes polemistas contra lo que los comunistas llamaban “ultraizquierda”. Para Millas, incluso en las situaciones más adversas, el accionar parlamentario era útil y necesario para los sectores populares. Con convicción, afirmaba que a pesar de la mayoría burguesa, “con trabajo y la lucha se van obteniendo reivindicaciones para la clase trabajadora que se retrata también en organización y mayor lucha”.²⁵ En este ámbito, su labor fue simplemente vasta. Entre las batallas parlamentarias en donde se empleó más fondo, estuvo el tema de la vivienda popular. Gracias a una indicación suya, se aprobaba en la cámara el fin de los dividendos reajustables y se establecía que las viviendas “eran inembargables”. Además, logró la aprobación de “numerosas leyes que han condonado deudas de dividendos de los asignatarios del CORVI y de las Cajas de Previsión”.²⁶

Por otro lado, este enconado rival de las tesis “ultraizquierdistas”, también actuaba en la calle agitando la lucha de masas. Entre sus actuaciones más destacadas, se cuenta su participación “en la histórica toma de terrenos de la Chacra Santa Adriana realizada por 3.200 familias allegadas a las poblaciones Campamento La Victoria, Las Lilas; Nueva La Legua y muchas otras de la comuna”. Además, “participó día a día en el movimiento de rebeldía de los obreros de la fábrica Yarur, destinada a recobrar su sindicato y a mantenerlo independiente de los manejos patronales”.²⁷ En los años en que la izquierda enfrentaba la penetración de la Democracia Cristiana en el mundo poblacional, Millas, consciente de que la nueva ley de juntas de vecinos y centros de madres podía favorecer al partido gobernante, apelaba a la “tradición histórica” del movimiento popular. En este sentido, independiente de las leyes aprobadas, según Millas, el problema poblacional no podía centrarse en un análisis “leguleyo”, “sino en función de la lucha de masas. Hay en Chile una tradición combativa de movilización de los pobladores por sus reivindicaciones. Son sus peleas memorables las que abrieron camino a la convicción de que las organizaciones populares deben contar con reconocimiento y atribuciones”.²⁸ Según él, los espacios de mayor libertad y justicia popular, eran producto de la lucha de masas, que habían obligado a las clases dominantes chilenas a conceder derechos al pueblo.

En pocas palabras, la labor parlamentaria era esencial para demostrar la consecuencia entre el discurso y la praxis comunista. En una instancia que se ganaba prometiendo soluciones y haciendo propuestas, era elemental poder cumplirlas aunque fuera solo en parte. Esto explica el esfuerzo de los parlamentarios del PC, quienes debían demostrarles a sus electores la utilidad concreta que tenía votar por los comunistas. Así, obteniendo resultados pequeños, ligados a problemas locales, el PC lograba penetrar en la base social y legitimar sus discursos más políticos, relacionados con las transformaciones revolucionarias de la sociedad chilena.

La última de las prácticas “reformistas” del PC era su participación en los órganos de gobierno local, constituidos en Chile por las municipalidades. La modalidad de acceso al control de estos organismos era a través de campañas electorales, al igual que en el caso de la lucha por llegar al Parlamento. En ellas, como ya hemos visto, los comunistas se esforzaban por ser los mejores conocedores de las problemáticas de la comunidad, junto con diseñar propuestas concretas para solucionarlas, facetas por las que el PC era acusado de “reformismo”. Sin embargo, para ellos esto no era así, porque la lucha por el gobierno comunal engarzaba a la perfección con la concepción comunista de que a través de la lucha reivindicativa local, se avanzaba a generar conciencia y mayor respaldo para las “batallas nacionales”. Es decir, la gestión municipal era un importante factor de acumulación de fuerzas de la lucha de masas comunista. Si bien el alcalde PC no iba a encabezar una toma de terrenos o una acción ilegal, a través de su labor en el gobierno local demostraba que la izquierda histórica tenía capacidad de gestión, que podía desarrollar una eficiente administración de gobierno. Especialmente en el periodo 1965-1970, la prensa partidaria se encargó de difundir las “realizaciones” de los gobiernos comunales dirigidos por los comunistas. Así, se daba una batalla más por la lucha de masas. Si bien el ámbito municipal era el espacio en donde menos se expresaban formas más radicales de lucha, para el PC tenía un papel fundamental, porque era la oportunidad de contar con recursos materiales y económicos para desarrollar una gestión a favor del pueblo. La oportunidad de gobernar una comuna representaba un momento más de demostrar la “consecuencia” comunista; que el PC significaba un cambio revolucionario en la forma de hacer política (estilo recabarrenista) junto y para las masas.

La primera consideración que hacían los comunistas sobre la importancia de los municipios, se relacionaba con la posibilidad que estos ofrecían de vincular el trabajo de masas del partido con la población. Bajo esta óptica, entendiendo el rol estratégico que ocupaban los municipios, el PC apostaba a “un municipio de nuevo tipo”, basado no solo en recoger las demandas de los habitantes de la comuna, sino que “busquen el despliegue de una constante crítica de masas, el esclarecimiento ante el vecindario de los problemas, la consulta a las Juntas de Vecinos y Centros de Madres, el trabajo conjunto con ellos”.²⁹

En el contexto de los inicios de la aplicación del programa de Promoción Popular del régimen de Eduardo Frei, el PC se vio en la obligación de afinar su propuesta municipal. En el Congreso de Municipalidades celebrado a fines de 1965, el PC presentaba su visión sobre como debían ser las municipalidades, definidas como gobiernos autónomos cercanos a los vecinos. Este planteamiento intentaba neutralizar la probable instrumentalización de parte del gobierno de los presupuestos municipales. El PC veía con temor que este manejo perjudicara las comunas en donde controlaba las alcaldías, por lo cual insistía en otorgar mayor autonomía a las municipalidades. Se proponía, por ejemplo, que la administración de los servicios y su contabilidad fueran manejadas independientemente y no en las instituciones bancarias determinadas por la Confederación Nacional de Municipalidades, con mayoría DC, como también que los municipios tuvieran mayor injerencia en el área de la vivienda, para que entregara soluciones habitacionales a los sectores más necesitados.³⁰ Para hacer viable esta propuesta de mayor autonomía, era un factor clave solicitar la entrega de más recursos a los municipios. Por esto se proponía entregar a las municipalidades los ingresos por pago de “patentes de vehículos motorizados” y aumentar el porcentaje de “las contribuciones de bienes raíces”. De acuerdo con la concepción que tenía el PC de cómo debía funcionar un municipio, estos nuevos recursos eran fundamentales para “solucionar problemas premiosos de la población”.³¹

Junto a estas propuestas en orden a fortalecer el poder local representado por las municipalidades, el PC incitaba a la participación de las “fuerzas vivas” de las comunas, es decir, no solo el poder comunal “desde arriba”, sino las organizaciones “de abajo”. Una experiencia piloto levantada por el PC como

modelo a seguir, era la que realizaba la Municipalidad de La Granja, encabezada por Pascual Barraza. Ella organizó un Cabildo Comunal que tenía atribuciones propositivas ante el municipio, y en el que podían participar todas las organizaciones comunales.³² Este tipo de medidas locales escapaban de las atribuciones de la municipalidad, pero ayudaban al desarrollo de la concepción de la lucha de masas del PC. En este caso, esta reivindicación comunal, al no poder ser resuelta a nivel local, conducía a movilizar a las organizaciones sociales contra quien impedía su realización, a saber, el poder estatal representado por el gobierno central. El paso de lo local a lo nacional era casi automático en este tipo de situaciones y era ahí donde el PC visualizaba ganar conciencias y respaldo a favor de la “revolución chilena”.

Esta percepción acerca del papel de las municipalidades en la lucha de masas no sufrió modificaciones de fondo tras el triunfo de la Unidad Popular. Los regidores y alcaldes comunistas debían convertir a los municipios en instituciones de poder local, para respaldar el proceso de la Unidad Popular. Bajo la responsabilidad de ser gobierno, los municipios debían asegurar el respaldo a la Unidad Popular, para lo que era indispensable no abandonar la perspectiva relativa a la importancia que tenía resolver los problemas cotidianos de la población. Respecto a la labor de los regidores, Lucía Chacón destacaba su importancia para alentar la lucha de masas, ya que “la práctica del trabajo diario nos indica que existe una estrecha vinculación entre el regidor y el poblador”. Por ello debía realizar cabildos abiertos en donde participaran “autoridades, dirigentes sindicales, estudiantes y profesores”.³³

De acuerdo con la lógica comunista, la tarea de divulgar la labor de sus alcaldes y regidores era esencial para demostrar que la identidad comunista, que privilegiaba la praxis como forma de hacer y vivir la política, no era solo un discurso. En el caso del tema municipal, esto cobraba especial relevancia porque las municipalidades eran la posibilidad concreta que tenían los comunistas para demostrar el accionar de los hombres y mujeres “de nuevo tipo” que pretendían representar. A través de la prensa partidaria, es posible apreciar que la difusión de las realizaciones de los alcaldes y regidores del PC tenían dos dimensiones. Por un lado, se exaltaban las obras materiales propiamente tales, es decir, los hechos concretos para mejorar las condiciones de vida del pueblo. Por otro lado,

se difundían los aportes efectuados a la lucha de masas, no a través de acciones propiamente tales, pero sí colaborando con la organización de los pobladores. De acuerdo con la estrategia comunista, estas organizaciones encabezarían la lucha de masas a nivel local y nacional para obtener la solución de sus reivindicaciones.

Pascual Barraza, al relatar la experiencia de gobierno comunal en La Granja iniciada en 1960, señalaba que las carencias materiales de la comuna eran inmensas:

La mayor parte de las poblaciones carecían de alumbrado público y domiciliario; no existía alcantarillado; en muchas poblaciones solo había unos pocos pilones para el suministro de agua potable; la Avenida Santa Rosa, única calle pavimentada, era una estrecha vía con dos pistas de circulación; el matadero municipal había sido declarado insalubre por la Dirección de Sanidad; y el Servicio de Aseo de la Comuna solo podía hacerse con un tractor y dos carretones.³⁴

Según Barraza, el triunfo del PC en La Granja, en donde no solo contaba con el alcalde, sino que con la mayoría entre los regidores, se debía a que el programa presentado a la comuna “contempló todos los problemas que se habían mantenido insolubles por muchos años... producto de discusiones y estudios con todas las Juntas de Vecinos, ya sea en Cabildos Abiertos como en asambleas públicas o en sesiones municipales”. Ante ese estado de cosas, Barraza exponía con orgullo las “realizaciones” de su administración: construcción de una piscina municipal, reacondicionamiento del matadero, reemplazo de los carretones de aseo por camiones, fomento para construir escuelas e industrias, subvención a policlínicas, extensión de la red de alcantarillado y alumbrado público en numerosas poblaciones, pavimentación de calzadas, etc.³⁵

En La Granja, como era corriente en esa época, existía una gran carencia de viviendas. Ante la angustia de los “sin casa”, el alcalde Barraza tomaba medidas

provisorias, permitiendo “que esas familias se instalen, temporalmente, en terrenos proyectados para áreas verdes”. Ante la desesperada situación de estas personas, la municipalidad presionaba al gobierno para que expropiara terrenos para construir viviendas populares. Pero, siguiendo la óptica de la lucha de masas, el alcalde Barraza no se quedaba en las gestiones “por arriba”. Por este motivo, “para impulsar la lucha”, la Municipalidad constituyó un “Comando Comunal de las familias sin casa de La Granja”. Esta organización agrupaba unas 1230 familias y encabezaba la lucha de las “sin casa” de la comuna.³⁶

En resumen, la gestión municipal, al igual que la labor parlamentaria, se encontraba entre las demostraciones concretas de que “era útil” apoyar a los comunistas. Respaldarlos podía significar para la población el inicio de la solución de algunos de sus más apremiantes problemas. Por su parte, el PC se esforzaba por hacer realidad estas expectativas, generadas al calor de campañas electorales generosas en denuncias y propuestas. En función de esto, los comunistas no vacilaron en utilizar mecanismos “reformistas” y/o “populistas” de hacer política. Para ellos, todo se justificaba para materializar el objetivo de vincular cada vez más estrechamente a las masas con el partido, que para el PC era la verdadera “vía chilena al socialismo”. Para los comunistas, incluso la más pequeña de las “buenas obras” de su gestión municipal, era un nuevo paso en dirección a la “revolución chilena”.

Las praxis “revolucionarias”

Existe consenso entre los historiadores de que las huelgas ilegales registraron un significativo aumento durante la década de los sesenta. Más de un millón de personas participaron en ellas.³⁷ La consigna de “Revolución en Libertad”, enarbolada por la Democracia Cristiana, significó una dura prueba para las fuerzas de izquierda. La aparición de un centro con una política que se autodenominaba portadora de una revolución, implicaba entrar en una batalla ideológica y política por demostrar quiénes eran realmente los revolucionarios: la DC o la izquierda agrupada en el FRAP. Desde este ángulo, se entiende su obsesión por demostrar la falacia que significaba considerar como una

“Revolución” la administración de Eduardo Frei Montalva, quien le disputaba palmo a palmo el respaldo de los sectores populares.³⁸

Bajo esta óptica, y en su afán de diferenciarse tanto de la derecha como de la Democracia Cristiana, el PC desde el primer momento promovió huelgas tanto contra del gobierno como en contra de empresarios nacionales y extranjeros. Las huelgas, expresión movilizadora de la estratégica lucha de masas planteada por la política del PC, no se limitaron a respetar la legalidad para ser llevadas a cabo. De acuerdo con la tesis de la “vía no armada”, la movilización por reivindicaciones populares no debía escatimar ninguna forma, a excepción el “aventurerismo ultraizquierdista”, es decir, violencia irracional o derechamente el enfrentamiento armado.

Ante la arremetida popular del gobierno DC, los dirigentes sindicales hicieron nuevos esfuerzos orgánicos, especialmente contra las prácticas de “paralelismo sindical” promovidas por la Democracia Cristiana. El Ministro del Trabajo William Thayer presentó una propuesta al Código de Trabajo con el fin de terminar con la unidad sindical y la afiliación obligatoria, el que finalmente no tuvo éxito. En 1965 el Movimiento Unitario de Trabajadores (MUTCH), cercano a las centrales sindicales norteamericanas, organizó para el 1º de mayo un acto paralelo al de la CUT. Por último, en 1968 el último intento fallido de crear una nueva central sindical fue la Unión de Trabajadores de Chile (UTRACH), que tuvo escasa acogida. Haciendo un balance de cómo los comunistas en la CUT habían enfrentado estos desafíos, el dirigente sindical Víctor Díaz López recalca el fracaso de estas intentonas por dividir al movimiento sindical.³⁹

Por eso, años antes, se afirmaba que para hacer frente a la ofensiva demócrata cristiana era necesario desterrar prácticas burocráticas y volcarse al contacto directo con los trabajadores. Así, cuando recién la administración Frei se iniciaba, el PC llamaba a luchar contra el paralelismo sindical a través de la movilización social y convocado alrededor de la defensa de sus reivindicaciones gremiales.⁴⁰ En este esquema, la huelga, tradicional forma de lucha promovida por el PC desde sus orígenes, ocupaba un lugar destacado. En el caso de la lucha

de masas contra la administración Frei, fue defendida enfáticamente. Por ejemplo, la defensa del derecho a huelga: en 1967 la CUT organizó un exitoso paro nacional contra el llamado proyecto de los “chiribonos”, que establecía la suspensión del derecho a huelga, para evitar que las demandas salariales de los trabajadores se excedieran del reajuste que establecía la ley.⁴¹ Un año antes, con ocasión de la huelga en el mineral de El Salvador, el PC reproducía las críticas hechas por la revista de la Iglesia Católica Mensaje, que acusaba al departamento sindical del PDC de estar abandonado al movimiento obrero. Agregaba la revista católica que no era suficiente “hacer una revolución ‘para el pueblo’, sino que es necesario que la revolución sea hecha ‘por’ el pueblo”.⁴²

En este marco de aumento de las disputas gremiales, el PC se abocó a la promoción de todo tipo de huelgas, legales e ilegales. En 1965, frente a las alzas de precios de algunos servicios básicos y un reajuste que no cubría el 100% del IPC del año anterior, se extendió una oleada de huelgas y manifestaciones ilegales contra el gobierno. Como la describía la jerga comunista de la época, esta “lucha de masas” fue “multifacética”: marchas de los mineros de La Disputada de Las Condes; paro nacional de los trabajadores de la salud; lucha callejera contra Carabineros desplegada por los trabajadores ferroviarios en San Bernardo y numerosas huelgas ilegales, entre las que destacaba la de obreros y empleados de ENAP en Santiago, Valparaíso y Magallanes. Como lo señalara un dirigente, estas movilizaciones se esforzaban por luchar no solo por demandas justas, sino que “comprensibles y oportunas para la masa”.⁴³

Otra huelga destacada fue la de los trabajadores de Cemento El Melón, iniciada a fines de 1965, ante la cual el gobierno terminó cediendo a las demandas de reajustes salariales de los trabajadores. El PC denunciaba el sometimiento de la supuesta “Revolución en Libertad”, a los dictados del Fondo Monetario Internacional, responsable último de los males que aquejaban a los trabajadores de El Melón. Otra movilización destacada fue la de los trabajadores de la salud durante el mes de diciembre de 1966, organizada por la Federación Nacional de Trabajadores de la Salud (FENATS), encabezada por el militante comunista Mario Merino.⁴⁴

En resumen, las huelgas no autorizadas fueron parte integrante de la lucha de masas cotidianamente alentada por los comunistas. Para ellos, la ilegalidad de los movimientos huelguísticos no significó ningún problema político o ideológico. Para el PC, a contrapelo de lo que habitualmente se ha señalado sobre su supuesto carácter “legalista”, la lucha política en espacios al margen de la ley era un aspecto relevante de su estrategia. A través de la huelga ilegal, la militancia comunista sublimaba la imagen de “consecuencia” y sacrificio que su identidad política promovía. Participar en ellas era algo “natural”, ya que la huelga ocupaba un lugar fundamental en su identificación con las tradiciones de lucha del pueblo chileno. Es más, la condición de “ilegales”, servía para demostrar y demostrarse que los comunistas eran auténticamente revolucionarios, auténticamente representantes del “proletariado”. En todo caso, tal como lo demostró posteriormente la experiencia de la Unidad Popular, la disciplina y el pragmatismo comunista no tuvo problemas para cambiar el sentido de la lucha sindical en un nuevo contexto político. Así, lo legal y lo ilegal no eran vías absolutas, sino que formaban parte de los pasos tácticos que la lucha al interior del sistema político chileno exigía a sus actores. En el caso del PC, el carácter de masas siempre era decisivo para determinar la oportunidad de estas opciones.

Una situación similar se observa en la participación del PC en el movimiento de pobladores, en donde destacó el entrecruzamiento de las praxis “reformistas” y “revolucionarias” del PC. En efecto, la participación de diputados y senadores comunistas en las tomas de terrenos no se limitaba solo a solidarizar con ellas, sino que muchas veces implicó participar en la preparación previa de las mismas. Más tarde, una vez efectuada la toma, los parlamentarios del PC se convirtieron en uno de sus más connotados defensores públicos. Los pobladores, a diferencia del movimiento sindical, no contaban ni con un movimiento con tradición de lucha ni con dirigentes con experiencia. Por ello, los parlamentarios de izquierda tenían que cooperar con estos movimientos, especialmente para difundir y defender su causa. De esta manera, una forma de lucha ilegal, como las tomas de terrenos, no solo fue defendida por el PC, sino que este partido se convirtió en uno de sus principales impulsores. Además, sus militantes de base se convirtieron en algunos de los principales dirigentes poblacionales, gracias a lo que el PC ganó mucho prestigio, convirtiéndose en un importante nicho de apoyo popular.

Después del triunfo en la presidencial de 1970, el PC restó importancia a las tomas de terrenos como forma de lucha del movimiento poblacional. Como se sabe, el PC privilegió la moderación política para darle gobernabilidad al gobierno de la Unidad Popular. En todo caso, esto no significó que abandonara el ámbito territorial, donde contaban con gran popularidad producto de su papel en las tomas de terrenos ocurridas en los años '60. Cuando comenzó el desabastecimiento, el PC concibió a los pobladores como uno de los ejes en torno a los que se construiría el poder popular, por lo que las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP) fueron vistas como embriones de poder popular bajo la óptica de respaldo al gobierno. Las JAP reflejaron con claridad la flexibilidad táctica del PC, ya que junto a la lucha ilegal, esos mismos militantes se la jugaron por la lucha legal en torno a las JAP y el apoyo al gobierno. En el estilo recabarrenista del PC, estos cambios de praxis formaban parte de las necesarias adecuaciones que el quehacer político exigía cuando sus condiciones sufrían modificaciones.

La relación entre los comunistas y el movimiento poblacional es bastante anterior a la década de los sesenta. Desde que a mediados de los '40 “la lucha de masas” fue enarbolada como su estrategia política, el PC penetró con cierta rapidez en el mundo territorial. Así, militantes comunistas fueron partícipes, promotores o defensores de las primeras tomas de terrenos, como las de “La Victoria” o “La Legua”, hacia mediados de siglo. Esto era exaltado por la propia propaganda comunista, que no dudaba en destacar que fueron ellos los primeros en promoverlas.⁴⁵

Durante el gobierno de Jorge Alessandri, el PC encabezó lo que ha sido considerado la expresión práctica de la “crítica política” en contra del programa habitacional del gobernante derechista: la toma de la Población Santa Adriana. En ella, el parlamentario Millas fue una figura relevante. De acuerdo con su relato, “habíamos estado previamente en una escuela del poniente de San Miguel, con grupos de familias, aprovechando los pizarrones para discutir planos y alternativas de la toma... (después) querían culparme de lo ocurrido, pero, cuando los policías les preguntaban a los niños si yo había estado en la

operación, estos, bien aleccionados, aseguraban no conocerme, aunque sonriendo maliciosamente”.⁴⁶ Es decir, el acompañamiento no era pasivo, sino que implicaba una dimensión mayor, a nivel de la preparación y organización de las tomas.

Aunque estos hechos ocurrieron antes de la fase más radicalizada de la década, nos parece que constituyen un ejemplo de la modalidad y conducta que asumió el PC hacia las tomas de terrenos hasta el triunfo de Salvador Allende en 1970. Es decir, avalar este tipo de acciones. Entre 1965 y 1970, entre las múltiples tomas de terrenos que se produjeron, destacaron, por su efecto mediático, las que dieron origen a las poblaciones “Herminda de La Victoria” y “Violeta Parra”. En ambas tuvieron una destacada actuación tanto pobladores como dirigentes nacionales pertenecientes al PC.⁴⁷ Sobre la primera, se ha afirmado que su alto nivel organizativo y el discurso de los pobladores que cuestionaba la política habitacional y social de la DC, unido a la notable presencia comunista en la toma, simbolizan el fin de la hegemonía DC sobre el movimiento de pobladores y el inicio del auge de la izquierda.⁴⁸ Como lo decía un dirigente de las JJ.CC., el secreto del éxito de los comunistas al interior del movimiento de pobladores se basaba “en participar unidos a los otros jóvenes en sus organizaciones de masas; impulsando e interpretando con nuestra acción y empuje, con nuestra palabra, los anhelos de los jóvenes... (así) aportamos al éxito de sus combates, ganamos influencia y muchos jóvenes para nuestras filas”.⁴⁹

En tiempos de la Unidad Popular, por medio de las JAP, que se formaban barrio por barrio en torno a las Juntas de Vecinos, la lucha de masas ahora se enfocaba en defender al gobierno y no en hacerle frente. Su desarrollo se constituyó en una pieza clave en la lucha política de la época, porque se estimaba que a través del “control del abastecimiento desde abajo se puede poner en movimiento a todo el pueblo, a las masas trabajadoras, sean de la UP o no”. De acuerdo a las propias conclusiones del PC, las JAP cumplían una triple función en el desarrollo de la política del partido: debate en la base que explicaba el “verdadero” origen del desabastecimiento (v.g. la acción de la oposición); ayudar al gobierno en la detección de fallas en el funcionamiento de los organismos dedicados al abastecimiento y distribución; denunciar el mercado negro, haciendo respetar a nivel local los precios oficiales.⁵⁰

En síntesis, el accionar del PC al interior de las tomas de terrenos y del movimiento de pobladores en general fue un factor de autoafirmación de su identidad política. A fines de 1969, cuando arreciaba la polémica pública con otros sectores de izquierda que cuestionaban el estilo recabarrenista del PC, una dirigente del comité central del PC desafiaba a sus adversarios de izquierda: “A los que nos dicen reformistas y cobardes, que le pregunten a los pobladores golpeados y masacrados, quiénes iban al frente, quiénes cayeron, qué parlamentarios han prestado ayuda en todo momento. Y si esta no es lucha revolucionaria, no sabemos de cuál hablan”.⁵¹ Así, el PC ratificaba en la praxis su vocación revolucionaria, tan cuestionada incluso por algunos de sus aliados. La “vía no armada” del PC alcanzó sus máximas cotas de expresión en las ilegales y violentas tomas de terrenos del movimiento de pobladores. A partir del triunfo de Salvador Allende, comprendiendo la importancia de respetar los marcos legales que implicaba la “Vía chilena al socialismo”, las JAP intentaron ser la expresión legal de una lucha de masas que defendía al gobierno de los afanes desestabilizadores de la oposición.

Por último, el tema agrario copó la agenda de todos los partidos políticos durante el periodo 1965-1973; a favor o en contra, ningún sector quedó indiferente frente a él. Como se sabe, la reforma agraria fue uno de los pilares de las “reformas estructurales” promovidas por la “Revolución en Libertad” encabezada por Eduardo Frei. La aprobación en 1967 de la ley que la autorizó, junto a la de sindicalización campesina, constituye uno de los hitos de su administración. El PC no quedó al margen del debate agrario. Como lo decíamos al describir su línea política para el periodo, los terratenientes, junto a la burguesía monopólica y el imperialismo, eran uno de sus enemigos principales. Por lo tanto no debe sorprender que los comunistas hayan desplegado grandes esfuerzos por agitar a las masas campesinas y realizar ingentes esfuerzos por penetrar un sector social que por décadas estuvo al margen de las luchas populares.⁵²

Antes incluso al triunfo de Frei en 1964, el PC hacía gala de su estrategia de “vía no armada”, intentando desde 1961 legalizar la sindicalización campesina y participando en las primeras movilizaciones en el agro al comienzo de la

convulsionada década de los sesenta.⁵³ Siguiendo un esquema similar al utilizado en las huelgas urbanas y al interior del movimiento de pobladores, el PC repitió en el campo su característico estilo “recabarrenista” de “lucha de masas”. Por un lado, se planteó como un esfuerzo principal aumentar su influencia política en las organizaciones campesinas; por otro, luchó en el frente legal e ilegal en función de cumplir las demandas reivindicativas de los campesinos. Finalmente, no tuvo problemas en fomentar conflictos solamente reivindicativos, con escasa o nula vocación de cuestionar el sistema de dominación. Como lo hemos visto en otros frentes de masas, lo que para otros sectores de izquierda era el reflejo de las insuficiencias “reformistas” de la izquierda histórica (en particular del PC), para los comunistas constituían microbatallas que a la larga serían claves para “crear conciencia”, y terminar por sumar al movimiento campesino en la lucha por la construcción de un “Chile Nuevo”.

En 1965 el XIII Congreso del PC había definido como una de las tareas decisivas de los comunistas aumentar y solidificar su presencia en los frentes de masas. A cuatro años de esa definición, el PC sacaba cuentas alegres, constatando el aumento de su influencia entre las organizaciones campesinas, reflejado en las tomas de predios y conformación de sindicatos. De acuerdo a la apreciación de los dirigentes del PC, esto se reflejaba en que “donde no hace mucho nuestra influencia era escasa, la organización del campesinado se ha desplegado con ímpetu; en muchas partes los campesinos se toman la tierra, imponen su derecho a sindicarse, quebrando el dominio hasta ayer contrarrestable (sic) de los terratenientes”.⁵⁴

La aparición de la organización campesina “Ranquil”, creada por el PC y sus aliados socialistas, unidas a numerosas huelgas y tomas de terrenos durante el gobierno de Frei, eran la manifestación del evidente crecimiento de la izquierda en el agro. Hacia 1969, de acuerdo a informes oficiales del PC, “Ranquil” tenía 32 mil campesinos afiliados en 135 sindicatos comunales y 20 federaciones provinciales.⁵⁵

El sentido estratégico de las luchas campesinas para el PC tenía relación con la

necesidad política de derrotar y aislar a los terratenientes, siguiendo el modelo europeo de Revolución Democrático-Burguesa, como condición de posibilidad para avanzar en las batallas contra el capitalismo en Chile. Siguiendo la lógica de la lucha de masas, el PC no dudó en respaldar la ley de reforma agraria del gobierno de Eduardo Frei, porque el PC ubicaba la lucha campesina en el centro de la cuestión del poder. Esto significaba, en lenguaje “no partidario”, que para derrotar a uno de sus “enemigos principales” (los latifundistas), había que buscar alianzas con sectores provenientes del centro político y formar una coalición más amplia que el FRAP, que solo reunía a los partidos de la izquierda histórica.⁵⁶

Esta línea política significó que el PC respaldara y fomentara las luchas reivindicativas, sin importarle sus contenidos fundamentalmente gremiales. Este aspecto, negativo para un sector de la izquierda, no era problema para los comunistas, quienes, como ya hemos visto, consideraban que este tipo de luchas, motivadas por aspectos solo gremiales y específicos, era el comienzo de la toma de conciencia. Las diferencias de valoración entre la izquierda “histórica” (o “reformista” o “gradualista”) y la “nueva izquierda” (o “revolucionaria” o “ultraizquierda”) sobre este tipo de luchas populares, estaban en la raíz de sus discrepancias políticas. Para unos, eran el inicio de la toma de conciencia, que vendría si se continuaba desarrollando la “lucha de masas” y fortaleciendo la inserción partidaria en la base; para los otros, era el “reformismo obrero”, que nunca conduciría a la verdadera revolución.⁵⁷

El campo ofrece un buen ejemplo de la mezcla, muchas veces incomprendida desde “fuera” del Partido, entre la lucha legal e ilegal del PC. Los estudios demuestran el aumento de las huelgas campesinas ilegales y de las tomas de terrenos.⁵⁸ Detrás de muchas de ellas, sin dudas, estuvo la izquierda, primero a través de la Federación Nacional Campesina e Indígena, dirigida por el comunista José Campusano y posteriormente por la Confederación Ranquil. Sin embargo, esta forma de lucha ilegal y violenta (aunque no armada) era considerada una manera de lucha democrática ante la acción “sediciosa” de la derecha. En el fundo “La Primera” de Longaví, los dueños de tierras hirieron a ocho campesinos (uno a bala), como forma de rechazar la aplicación de la reforma agraria en el lugar. Para el PC, siempre preocupado de ligar los problemas locales con los nacionales, establecía que la acción de los hacendados

se enmarcaba en un contexto de lucha contra “los planes sediciosos de los latifundistas”. La derrota de éstos “debilitará inmediatamente el conjunto de las maniobras antidemocráticas en que se encuentran embarcados elementos golpistas y reforzará la lucha general de las fuerzas mayoritarias que en el país están por los cambios”.⁵⁹ En este caso, podemos visualizar tres movimientos clásicos del estilo político comunista. Primero, avalar (y seguramente fomentar) las medidas “de fuerza” (o sea ilegales) de los campesinos contra los latifundistas que los agredieron. La actitud de los campesinos era considerada una legítima manera de defenderse. Segundo, un problema local, en un fundo particular, era extrapolado a la coyuntura política nacional. Es probable, como dice José Bengoa, que el conflicto de Longaví no tuviera contenido político y que los campesinos no estuvieran luchando por una transformación social de fondo en el país. Sin embargo, de igual manera, este caso era realzado a nivel nacional como “lucha contra la sedición” en el medio de un contexto político marcado por rumores de golpe de Estado. Tercero, a pesar de la violencia armada de los patrones, el PC nunca se planteó siquiera (al menos públicamente) la posibilidad de enfrentar en ese plano a los terratenientes. Este es un tema complejo, porque en la cultura política comunista no resultaba extraño que militantes anduvieran armados y que, incluso, se hiciera uso de armas de fuego en distintas situaciones, especialmente contra adversarios políticos. Pero esta situación no estaba normada por una orientación política específica, sino que era parte del ambiente de la época. No solo los comunistas las portaban, sino que todos los sectores, en determinados momentos, fueron vistos o utilizaron armas.⁶⁰ Para el PC, siempre lo que finalmente inclinaba la balanza en las luchas sociales no era quien tuviese mejor armamento, sino quien era capaz de sumar a la mayoría tras su postura, quien era capaz de movilizar a la mayoría del pueblo por sus derechos. La violencia era considerada una “externalidad” o el costo que generaba la lucha social ante la resistencia de los privilegiados que se negaban a perder sus granjerías.

En resumen, las luchas campesinas vinieron a formar parte de un estilo político flexible, que era el modo que los comunistas operacionalizaban su identidad política. El recabarrenismo, con su obsesión por la inserción de masas, por la movilización social, por las campañas electorales, por dar respuestas concretas a las necesidades del pueblo, por solucionar estas mismas necesidades, en fin, por las marchas y los debates parlamentarios a la vez, fue la característica del comunismo chileno en los años de su apogeo. A través de la lucha legal, pero

también de la ilegal, junto con los amplios recursos materiales, que le permitían poseer medios de comunicación de masas a nivel nacional, el Partido Comunista de Chile se convirtió en un factor político y cultural imprescindible de la historia de Chile en el siglo XX.

Con la llegada de la dictadura militar, el escenario político sufrió dramáticas modificaciones. ¿Sería capaz el estilo político del PC de adaptarse a las nuevas condiciones?

[1 Una primera versión a este tema en nuestro artículo “¿Reforma o revolución?: lucha de masas y la vía no armada al socialismo. El Partido Comunista chileno 1965-1973” contenida en la obra coordinada por Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, op. cit.](#)

[2 Es la imagen que algunos sectores de izquierda tenían del PC, al que denominaban despectivamente como “el reformismo”. Ver Gabriel Smirnow, La revolución desarmada \(Editorial ERA, 1976\) y especialmente de Ruy Mauro Marini, El reformismo y la contrarrevolución \(Editorial ERA, 1974\).](#)

[3 Faúndez, op. cit., p. 181. Este cambio también ha sido destacado por Tomás Moulán e Isabel Torres, “¿Continuidad o cambio en la línea política... op. cit.; Venegas, “El Partido Comunista de Chile... op. cit., p. 69. Similar argumento plantean Sofía Correa et al., Historia del siglo XX chileno.](#)

[4 Esta parte está basada en los textos mencionados en la cita 6.](#)

[5 Para conocer la posición comunista en el debate con el PS, Corvalán, Camino de victoria. Sobre la expulsión de la fracción pro-china del PC, Halperin, op. cit.](#)

[6 Al respecto, Gómez, “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile”; Furci, op. cit. Una descripción de la vida partidaria en aquellos años en Millas, Los tiempos del Frente Popular... op. cit.](#)

[7 Luis Corvalán, Todo lo deciden las masas. Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, abril de 1965 \(Empresa Horizonte, 1965\), p. 41.](#)

8 Corvalán, Todo lo deciden las masas... op. cit., p. 42.

9 Jorge Insunza, “Unidad socialista-comunista, eje de las luchas del pueblo”. El Siglo, 20/10/1965.

10 Todas las citas en Jorge Insunza, “A través de la lucha reivindicativa hacia la conquista de un gobierno popular en que la clase obrera tenga las principales responsabilidades”. El Siglo, 10/10/1966.

11 Ambas citas en Manuel Cantero, “Un gran movimiento popular en torno a la clase obrera”. El Siglo, 19/10/1965.

12 Luis Corvalán, “No es fatal retorno de la derecha al poder”. El Siglo, 14/04/1969

13 “Texto íntegro de Conferencia de Prensa de dirigentes del PC. Es su propia política la que está conduciendo al gobierno a su fracaso”. El Siglo, 02/05/1965.

14 Luis Corvalán, “Solo el poder del pueblo hará cambios profundos”. El Siglo, 10/08/1968.

15 La existencia de este trabajo militar fue reconocido después del golpe militar de 1973, en el pleno realizado en Moscú en 1977. Al respecto, ver Luis Corvalán Lépiz, “Informe al Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile, rendido por su Secretario General Luis Corvalán”. Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior, noviembre-diciembre de 1977.

16 Jorge Insunza, “Comunistas iniciamos aquí la lucha por cambiar composición del Congreso”. El Siglo, 26/11/1972.

17 Todas las citas en “Las adhesiones y los cambios revolucionarios”. El Siglo, 27/01/1967.

18 Luis Corvalán, “¿Elegir entre masacradores de El Salvador o la Caro?”. El Siglo, 13/02/1969.

19 “Graves problemas de Quinta Normal constaron Gladys Marín y Teitelboim”. El Siglo, 13/01/1965

20 “Nunca en la historia de Osorno se había elegido diputado PC”. El Siglo,

10/03/1973.

21 Para las críticas del MIR al PC nos hemos basado en Miguel Enríquez, Con vista a la esperanza (Escaparate Editores, 1988).

22 “Izquierda opondrá lucha de masas a las máquinas publicitarias de la derecha”. El Siglo, 28/12/1969.

23 “Luchando por sitio propio proclaman a candidatos PC”. El Siglo, 19/01/1969. Otros ejemplos en “Hay que continuar pelea por un mejor reajuste”. El Siglo, 18/01/1968 y “Reciben solidaridad los sin casa de Barrancas”. El Siglo, 09/02/1967.

24 “Así trabajan los parlamentarios comunistas”, p. 5.

25 Orlando Millas, “Pese a mayoría burguesa es posible legislar para el pueblo”. El Siglo, 17/01/1969.

26 “Liquidan dividendos reajustables; vivienda será inembargable”. El Siglo, 13/01/1965. También se debían a la iniciativa de Millas las siguientes leyes relacionadas con el tema de la vivienda: “la disposición legal que da un año plazo para entregar escrituras con título de dominio a asignatario de vivienda de la CORVI o de Caja de Previsión”; la ley que facilita “la entrega de sus títulos de dominio” a los que “no cumplieron a tiempo todos los requisitos”; “la disposición legal en vigencia que fija un tope del 20% de la renta a los dividendos de CORVI y de las Cajas de Previsión”, entre otras decenas de leyes”. En “La lucha de masas, factor fundamental”. El Siglo, 19/09/1966.

27 “Acción diaria, tesonera, por cambios de verdad”. El Siglo, 31/01/1965.

28 Orlando Millas, “Que las masas hagan realidad la ley de Juntas de Vecinos”. El Siglo, 21/07/1968.

29 Orlando Millas, “Personalidad jurídica y atribuciones para las Juntas de Vecinos”. El Siglo, 15/05/1966.

30 “Proyecto del PC ‘sacó roncha’ en Congreso de Municipalidades”. El Siglo, 12/12/1965.

31 Las citas del párrafo en Orlando Millas, “El pueblo organizado”. El Siglo,

19/06/1966. La misma idea de mayor autonomía y recursos para los municipios en “Municipalidades y Juntas de Vecinos deben ser organismos modernos y dinámicos”. El Siglo, 21/06/1966.

32 “Creación de zona industrial acordó Cabildo de La Granja”. El Siglo, 13/04/1966. Más referencias a la labor del Cabildo de La Granja en “Doscientos mil habitantes de La Granja se unen en aras del progreso”. El Siglo, 27/03/1966.

33 Lucía Chacón, “Las municipalidades deben ser efectivamente órganos de poder comunal”. El Siglo, 06/06/1971 y Lucía Chacón, “La lucha por la vivienda: experiencia revolucionaria” en Partido Comunista de Chile. XIV. Intervenciones y resoluciones del XIV Congreso, p. 47.

34 “Un quinquenio que significa progreso”. El Siglo, 07/02/1965.

35 La cita anterior y el listado de las obras de la gestión comunista en La Granja en “La administración comunista de La Granja” El Siglo, 07/02/1965.

36 “3000 familias sin casa hay en Comuna La Granja”. El Siglo, 06/06/1965.

37 Crisóstomo Pizarro, La huelga obrera en Chile (Ediciones Sur, 1986), p. 158.

38 José González, “Estructuremos el movimiento de masas de mayor magnitud que haya conocido Chile”. El Siglo, 16/04/1966.

39 Jorge Rojas Flores, “Los trabajadores y la nueva legalidad, 1924-1973”, en Sociedad, trabajo y neoliberalismo. Apuntes de las Escuelas de Formación Sindical (RLS-ICAL, 2004), pp. 155 y 156 y Víctor Díaz López, “Gobierno DC fracasó en crear paralelismo sindical”, en Partido Comunista de Chile. XIV. Intervenciones y resoluciones del XIV Congreso, 39.

40 Carlos Jorquera. “Métodos ajenos al pueblo”. El Siglo, 24/04/1965 y Oscar Astudillo, “Reforzar el movimiento obrero y su organización sindical” en Partido Comunista de Chile. Pleno de abril de 1965. Intervenciones especiales (Sociedad impresora Horizonte, 1965), pp. 23 y 24.

41 Rojas Flores, op. cit., p. 161.

42 “Calificar las huelgas de guerrillas, es antojadizo y alarmista”. El Siglo, 29/03/1966. El conflicto en El Salvador terminó con la muerte de seis obreros.

43 El listado íntegro de huelgas vigentes en ese momento, incluido la cantidad de días desde que se habían decretado, El Siglo, 23/04/1965. Oscar Astudillo, “Reforzar el movimiento obrero y su organización sindical” en Partido Comunista de Chile. Pleno de abril de 1965, p. 30.

44 El Siglo, 05/01/1966. La denuncia que vinculaba al gobierno con el FMI en El Siglo, 22/01/1966. La huelga de Cemento El Melón fue ampliamente cubierta por la prensa comunista durante el mes de diciembre de 1965. El conflicto de la FENATS, en El Siglo, diciembre de 1966.

45 “Así trabajan los parlamentarios comunistas”, p. 24.

46 Millas, Memorias, una digresión, op. cit., p. 23. Sobre el papel del PC en esta toma, Garcés, op. cit., p. 196.

47 Sin duda que existieron muchas otras experiencias. Por ejemplo, también se ha mencionado el papel del PC en lo organización de “los sin casa” y en tomas de terrenos en la actual comuna de Huechuraba, tanto a nivel de dirigentes vecinales como nacionales. Mario Garcés, Historia de la comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana (ECO, 1998). También participaron los comunistas en la “6 de mayo” y “22 de julio” de La Granja, “Pablo Neruda” en Conchalí, “1° de Mayo” en Renca, “Nueva Puerto Montt” en La Reina. También las ciudades de Antofagasta, Arica, Puerto Montt, Concepción, Rancagua y Chillán. En Lucía Chacón, “La lucha por la vivienda: experiencia revolucionaria” en Partido Comunista de Chile. XIV. Intervenciones y resoluciones del XIV Congreso, p. 44.

48 Vicente Espinoza, Para una historia de los pobres de la ciudad (Ediciones Sur, 1988). Esta toma ha sido bastante estudiada. Aparte del trabajo de Espinoza, ver Garcés, op. cit. 349 y ss.

49 Pedro Henríquez, “Las poblaciones y el V Congreso de las JJ.CC.”. El Siglo, 14/01/1966.

50 La cita es de Jacinto Nazal, “Las JAP: respuesta del pueblo a la especulación”, 120. Nos hemos basado en diversas notas publicadas en El Siglo. Por ejemplo “Las JAP: arma mortífera contra el desabastecimiento y especulación. Experiencias de un poblador” 21/03/1972; “El milagro de la JAP de Santa Carolina” 26/05/1972; “Con las JAP vamos a terminar con especuladores” 17/03/1972; “El tiro les salió por la culata a los momios: ¡Las

JAP crecieron!” 01/12/1972.

51 Lucía Chacón, “La lucha revolucionaria de los pobladores”. El Siglo, 02/12/1969.

52 Como lo señala Olga Ulianova, el PC arraigó su vinculación con las luchas campesinas en el legendario “Levantamiento de Ránquil”, considerado por esta autora “mito fundador” del comunismo chileno en relación con las reivindicaciones campesinas e indígenas. Ver Olga Ulianova, “Levantamiento campesino de Lonquimay... op. cit. Sobre este episodio, ver también Leiva, op. cit.

53 Ver en “Así trabajan los parlamentarios comunistas”, pp. 47 y 48, los episodios en los que el PC participó en movilizaciones campesinas.

54 Bernardo Araya, “La alianza obrero-campesina ha comenzado a concretarse por primera vez en la historia”. El Siglo, 30/11/1969 y Américo Zorrilla, “Un Partido más fuerte y de más influencia en las masas” en Partido Comunista de Chile. XIV. Intervenciones y resoluciones del XIV Congreso, p. 72.

55 Al respecto, ver Pizarro, La huelga obrera en Chile, 166. Bernardo Araya, “Exigir una reforma agraria drástica y profunda” en Partido Comunista de Chile. XIV. Intervenciones y resoluciones del XIV Congreso, 35.

56 “Aislar a los terratenientes” (editorial). El Siglo, 05/02/1969.

57 Sobre el carácter de las huelgas campesinas, José Bengoa, “Movilización campesina; análisis y perspectivas”. Sociedad y Desarrollo n°3, 1972, p. 65. Un ejemplo del tipo de lucha auspiciado por los comunistas fue la huelga de Colchagua en octubre de 1966. Bajo el alero de la comunista “Federación Campesina”, terminó con la obtención de las demandas de los campesinos. Para el PC era un ejemplo de la eficacia de la lucha de masas. Ver El Siglo de fines de octubre de 1966.

58 María Antonieta Huerta, Otro agro para Chile. La historia de la Reforma Agraria en el proceso social y político (CISEC-CESOC, 1989), p. 264.

59 “Longaví: nueva acción sediciosa” (editorial). El Siglo, 20/05/1968.

60 Para el caso de la JJ.CC., en 1970 los integrantes de las Brigadas Ramona

Parra solían andar armados para defenderse de los balazos efectuados por los comandos electorales de Radomiro Tomic y Jorge Alessandri. Al respecto Luis Alberto Corvalán Castillo, Escribo sobre el dolor y la esperanza de mis hermanos (edición clandestina, 1978). El PS defendió con armas la huelga del fundo “San Miguel” en el valle del Aconcagua. Ya mencionábamos la muerte en Concepción de un militante del MIR a manos de un militante de las JJ.CC. Sin embargo, esto no implicaba que el PC o que el conjunto del PS estuvieran por la lucha armada, como equivocadamente ha sido interpretado. Asimismo, la derecha ocupó corrientemente armas para “defender” los fundos que serían expropiados legalmente. Conocido es el caso de la muerte en 1970 de Hernán Mery, funcionario de la Corporación de Reforma Agraria (CORA). En tiempos de la Unidad Popular, el llamado “Comando Rolando Matus” resistía con las armas las tomas ilegales.

Capítulo 3.

En los tiempos del Frente Antifascista. Hacer política en clandestinidad (1973-1980)

El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 es una fecha bisagra en la historia del siglo XX chileno. Mientras una mitad del país celebraba, la otra se escondía y comenzaba a padecer las consecuencias de la persecución política. En este segundo caso, la represión se concentró especialmente sobre los militantes y simpatizantes de la Unidad Popular, coalición izquierdista que gobernaba Chile desde fines de 1970. A partir del golpe, los partidos de izquierda comenzaron a vivir la política desde una doble nueva realidad: por una parte, el exilio se convirtió en una experiencia indispensable para la sobrevivencia de miles de chilenos; en el caso de los dirigentes izquierdistas, este se vivió en los países pertenecientes al “socialismo real”, y el resto de los simpatizantes de la Unidad Popular se repartieron por distintas partes del mundo. Por otra parte, la gran mayoría de los integrantes de las fuerzas de izquierda se quedaron en Chile. Un porcentaje, difícil de cuantificar por las propias características del periodo, optó por seguir ligado al trabajo militante, ahora en condiciones de clandestinidad. La cárcel y el miedo a la muerte se convirtieron en compañeros de viaje de la naciente generación de clandestinos. Su experiencia de vivir el quehacer político se modificó radicalmente. Exiliados como clandestinos, caído el gobierno de Allende, iniciaron un profundo proceso de reflexión sobre las certezas políticas e ideológicas existentes hasta 1973.

En el caso del Partido Comunista de Chile, el efecto combinado que provocó el impacto del exilio y de la clandestinidad trajo consigo modificaciones en las bases de su identidad política y en las características de su cultura política. Al igual que para el resto de los chilenos y chilenas, los comunistas nunca más volvieron a ser los mismos después del “11”. La organización, más allá de los mitos sobre su disciplina a toda prueba, se vio golpeada por la humillación del exilio, por el dolor de la derrota, por el miedo a la represión, por la inseguridad en lo que se creía, por la incesante doble búsqueda: las causas de la derrota y la

elección de la mejor política para poner pronto término al régimen militar. El momento germinal de este proceso se inició a las pocas semanas de ocurrido el golpe de Estado y cristalizó públicamente en septiembre de 1980, cuando Luis Corvalán diera a conocer la nueva visión comunista, que incluía la necesidad de utilizar “todas las formas de lucha” contra la dictadura, desde la tradicional “lucha de masas” hasta la “violencia aguda”.

Crear un “Frente Antifascista” contra la dictadura fue el llamado que durante casi siete años hizo el PC al resto de los partidos opositores al régimen militar. Desde el “Manifiesto de Octubre”, hecho público un mes después del golpe, hasta el pleno del Comité Central de 1979, los comunistas insistieron en la necesidad de conformar una alianza amplia para enfrentar unidos al enemigo común. Este Frente significaba intentar lograr lo que nunca se pudo hacer durante la Unidad Popular: un acuerdo con la Democracia Cristiana.

En este capítulo examinaremos el desarrollo de la línea del “Frente Anti-Fascista”, nombre que adoptó el nombre de la política del PC luego del golpe. Esta ha sido considerada una rémora de su pasado frentepopulista, originado por la existencia de debilidades teóricas sobre el concepto de “fascismo”, la incapacidad de entender a la dictadura como una nueva fase del desarrollo capitalista en Chile y por su aparente obcecación por conformar una alianza con la Democracia Cristiana. Asimismo, esta línea ha sido interpretada como una fase preparatoria para el período siguiente, donde el PC sí habría desplegado una real resistencia contra la dictadura.¹ Además, la tónica para analizar este período ha sido reducir la actividad de los partidos políticos a la mera sobrevivencia o vinculado solo al mundo de las capillas y las peñas.²

Desde nuestro punto de vista, partiendo de nuestra hipótesis que visualiza como un proceso de continuidad y cambio la reconfiguración de la cultura política comunista durante este periodo, estimamos que la línea del Frente Antifascista también formó parte de ese proceso, matizando las visiones que la visualizan solo como rémora del pasado, mera continuidad de la etapa anterior o como un fracaso total. Conocer el camino recorrido por la política del Frente Antifascista,

especialmente su capacidad de desarrollar contactos y acuerdos políticos en clandestinidad, permite evaluar de manera distinta la historia del PC durante la dictadura. Los éxitos parciales de esta línea, particularmente en la lucha de masas y en establecer un diálogo permanente con la DC, reafirmaron la tradición aliancista del PC. Además, demuestran que incluso en los peores años de la represión, la izquierda chilena hizo y desarrolló su política, desmintiendo que los partidos de oposición no funcionaron durante estos primeros años de dictadura. En el caso del PC, a largo plazo, el fracaso del Frente Antifascista generó entre sus militantes la convicción respecto a la necesidad de buscar “nuevas formas de lucha”. Es decir, en la dialéctica de la cultura política comunista, el Frente Antifascista ratificó lo correcto de la política aliancista, pero a la vez también sus límites.

Desde nuestro punto de vista, estimamos que la historia del PC durante la década de los setenta debe ser dividida considerando el eje “represión” como un factor importante pero no el único. La primera fase abarca desde el momento del golpe hasta la caída en mayo de 1976 de la Dirección de Víctor Díaz. Durante sus casi 30 meses de actividad, predominó un partido duramente reprimido, pero que recién en 1976 –el peor del PC en toda su extensa historia– recibió los más mortíferos golpes represivos. La segunda fase comprende el momento en que dos equipos clandestinos –en momentos sucesivos– se hicieron cargo de la dirección del PC, ocurrido entre enero de 1977 hasta mediados de 1978. Época de recomposición, es el período que con mayor propiedad se puede denominar de “sobrevivencia” política. Sin embargo, de todas maneras despuntaron las relaciones políticas y el trabajo de masas. La tercera y última fase marca el fortalecimiento orgánico –representado por el exitoso proceso de asentamiento de Gladys Marín y quienes la siguieron– y el imperativo de enfrentar el alargamiento y consolidación del proyecto dictatorial.

Los primeros tiempos en dictadura: entre el optimismo histórico, la búsqueda de la unidad y la autocrítica. 1973-1976

El nacimiento de la línea del “Frente Antifascista” se produjo en el contexto de

la sorpresa ante la inesperada magnitud represiva del golpe, que implicó que la reorganización clandestina del PC las semanas posteriores a este hecho, fuera en buena medida improvisada. Américo Zorrilla, Mario Zamorano y Sergio Ovalle quedaron –de manera más bien imprevista– a cargo del funcionamiento de distintas áreas de la estructura partidaria. Durante los primeros meses Víctor Díaz López, subsecretario general del Partido, se reunía con muy pocas personas, preocupado de no correr la misma suerte de Luis Corvalán, detenido a fines de septiembre de 1973. Zorrilla recordaba años más tarde que “en esos días no se hicieron reuniones de dirección, pero se resolvían muchas cosas en conjunto, a base de consultas”. Una de las principales resoluciones fue decidir cuál sería la situación del segundo hombre del PC: “Se estudió de manera especial su caso. Había opiniones de que el subsecretario del Partido debía asilarse. Prevalció el criterio de que continuara cumpliendo sus responsabilidades en el interior del país”. La primera reunión de la Dirección del PC ocurrió en abril de 1974. Allí se abordaron dos puntos fundamentales, “el estado del Partido y la situación política actual y los pasos a seguir”. Se señalaba que la Comisión Política operaba desde el 11 de marzo y que el resto de los equipos de dirección estaba en funcionamiento. Se consideraba que el partido gozaba de “buena salud”, oscureciendo la magnitud del impacto de la represión en los primeros meses después del golpe de Estado. Con todo, se reconocía que solo el 12% de los integrantes de la Juventudes Comunistas continuaban militando en el país.³

Los integrantes de la Dirección en la clandestinidad fueron Víctor Díaz López, máximo dirigente comunista luego de la detención de Luis Corvalán a fines de septiembre de 1973; Mario Zamorano; Jorge Muñoz, Uldarico Donaire (más conocido como Rafael Cortés), Inés Cornejo y Américo Zorrilla. Los otros integrantes de la Comisión Política y del Comité Central residentes en Chile, colaboraban en diversas tareas auxiliares, como los casos de Jorge Montes, Jorge Insunza, Sergio Ovalle, entre otros.

Pocos meses después, en julio de 1974, el PC sufrió una caída muy importante. El ex senador Jorge Montes fue detenido por el Comando Conjunto. En el momento de su detención, portaba una libreta con información de todos los regionales del país, lo que implicó la caída en cadena de centenares de militantes

en todo el país. De esta manera, el Comando Conjunto, mayoritariamente integrado por hombres de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), se volvió especialista en la represión al PC. En sus filas se integrarían ex militantes comunistas, que se volvieron agentes de este organismo represivo, como fue el caso de Carol Flores, Miguel Estay y René Basoa. Gracias a su accionar, en los años siguientes el PC sufrió el secuestro y asesinato de un alto número de sus dirigentes clandestinos. Sus métodos de infiltración, trabajo de inteligencia, tortura y asesinatos fueron letales para el PC. En el bajo mundo de los organismos de seguridad del régimen, el Comando Conjunto fue un enconado adversario de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), encabezada por el coronel Manuel Contreras, y que también aniquiló a los organismos de dirección del PC, especialmente en 1976.⁴

La Dirección del PC optó por bajarle el perfil a la detención de Jorge Montes, producida en julio de 1974, a pesar de traer consigo la detención de numerosos militantes. Aunque se reconocían las implicancias de esta situación, a renglón seguido se afirmaba que “han sido golpes duros, pero Emilio resiste bien. No se ha paralizado la actividad para el mes, aún cuando ha habido que actuar con más cuidado”.⁵ Aparentemente, predomina una visión optimista sobre el estado y posibilidades de desarrollo del accionar del PC, sin alcanzar a dimensionar la magnitud del aparato represivo que los acechaba.

El profesor de castellano Guillermo Teillier, a la sazón secretario político del Comité Regional de Valdivia, fue uno de los detenidos como efecto de la caída de Jorge Montes. En los interrogatorios a que fue sometido pudo apreciar que “los tipos tenían fotos con los nombres de los compañeros. Presumiblemente podría alguien del partido estar entregando, pero después uno se da cuenta de que ellos tenían seguimiento, un cerco muy grande sobre los compañeros, sus familiares, los lugares a los que concurrían. Era una búsqueda tremenda y ellos tenían plazos para detener a la Dirección máxima del Partido. El ‘Cabezas’ me dijo ‘ya estamos terminando con el MIR y ahora vienen ustedes’”. Teillier quedó asombrado por el nivel de conocimiento que tenían los organismos de seguridad del andamiaje clandestino del PC, pues conocían con detalles los nombres y la modalidad del funcionamiento clandestino del partido.⁶ Al ir cerrándose el cerco represivo, la Dirección clandestina optó por la salida al exterior de dos de los

más conocidos dirigentes comunistas que se encontraban dentro de Chile, Américo Zorrilla, ex ministro de Hacienda del Presidente Allende, y Jorge Insunza, ex diputado y director del periódico El Siglo.

Mientras tanto, en el exilio se conformó un aparato de dirección denominado “Coordinador del Exterior”, compuesto por los integrantes de la Comisión Política instalados fuera de Chile. Al frente de este organismo quedó Volodia Teitelboim, afincado en Moscú; y fue integrado además por Orlando Millas, ubicado en Berlín y más tarde en Moscú; Rodrigo Rojas, en La Habana y luego Berlín; Manuel Cantero, en Moscú y luego Berlín; Gladys Marín, en el trabajo de solidaridad internacional, ubicada en Moscú, y Julieta Campusano, trabajando en la Federación Internacional de Mujeres, FEDIM.⁷ Durante los primeros años del golpe, la tarea de este equipo fue activar el trabajo de solidaridad internacional con los perseguidos por el régimen. Las denuncias por violación de los derechos humanos ante instancias como el “Tribunal Russell”, que condenó en 1974 a la Junta Militar chilena, o Naciones Unidas, era de máxima prioridad. Asimismo, se tejió una vasta red con los “partidos hermanos” en los países del “socialismo real”, especialmente la RDA, Unión Soviética y Cuba. En todo caso, formalmente quedaba sometido a las orientaciones el equipo de dirección clandestino encabezado por Víctor Díaz López.

En abril de 1975, el informe entregado por un integrante de la Dirección interior consignaba lo que se consideraba un buen funcionamiento del partido, con reuniones periódicas entre los dirigentes nacionales. Existían 24 Comités Regionales y numerosas Comisiones Nacionales se encontraban en funcionamiento, entre ellas Organización, Control y Cuadros, Propaganda, Sindical, Solidaridad, Finanzas, Profesionales, Educación y Actividades especiales. Inclusive por medio del trabajo de los abogados defensores de los comunistas presos, encabezados por el Fernando Ostornol, y de los mensajes traídos por los familiares, se mantenía contacto con Luis Corvalán, permitiéndole participar en la redacción de algunos documentos.⁸

A fines de 1975, son detenidos René Basoa y Miguel Estay Reyno, quienes no

soportaron las torturas y decidieron convertirse en colaboradores de los servicios de seguridad de la dictadura. Ambos estaban ligados al trabajo de inteligencia del PC y la Juventud Comunista, razón por la cual eran conocedores de su entramado interno y de las lógicas de funcionamiento de la clandestinidad. De acuerdo a las hipótesis recogidas por las investigaciones judiciales, su papel habría sido muy importante para lograr la desarticulación, por medio del secuestro y asesinato, de las Direcciones del PC encabezadas por Víctor Díaz López y Fernando Ortiz Letelier.

Estos se produjeron entre mayo y diciembre de 1976. En la primera comunicación hacia el interior luego de las caídas de mayo de 1976, se señalaba con desconcierto y gran pesadumbre que eran horas terribles para el PC y que se tomarían medidas para la rápida rearticulación de la Dirección, enviando al país a algunos dirigentes en el exilio. Evidentemente estas declaraciones no pasaban de ser solo eso, porque la situación en Chile hacía inviable la entrada de ningún dirigente desde el exterior, ya que ni siquiera quienes se encontraban en el interior estaban seguros.⁹

A mediados de 1976 los sobrevivientes del primer equipo de dirección, Víctor Canteros, Inés Cornejo y Pedro Henríquez, acordaron designar a Fernando Ortiz como nueva cabeza del PC en el interior y el asilo de varios dirigentes.¹⁰ En esta fase, ocupó un papel importante Eliana Ahumada, integrante del CC desde antes del golpe de 1973, quien señalaba las precarias condiciones en las que se desarrolló el trabajo de Fernando Ortiz durante el segundo semestre de 1976. Las caídas de dirigentes clandestinos se volvieron periódicas y cada una de ellas, los acercaba más al nuevo aparato de dirección del PC. En agosto eran secuestrados Gabriel Castillo y Marta Ugarte, del equipo del aparato de organización del PC, con lo cual el partido sufrió una fuerte desarticulación, pues perdió su contacto con el exterior y numerosos contactos en el interior. Logró continuar operando el coordinador de regionales de Santiago, no afectado por las numerosas caídas anteriores gracias a la compartimentación del trabajo clandestino.

A fines de agosto de 1976 se reorganizó nuevamente la cúpula del PC, quedando

constituida por Fernando Ortiz, Waldo Pizarro, Fernando Navarro y Eliana Ahumada. Además, se resolvió crear la comisión de asilos, encargada de la evacuación de los dirigentes que se había resuelto enviar al exterior, la que quedó a cargo de Reinalda Pereira.¹¹ El incipiente trabajo de este equipo siempre estuvo marcado por la inminencia de nuevas caídas. Jorge Texier, encargado de propaganda en clandestinidad durante ese periodo, se reunió durante 1976 en numerosas ocasiones con Ortiz: “Había tal escasez de casas para reunirse, que en varias oportunidades tuvimos que intercambiar informaciones caminando por la calle, generalmente entre Irarrázaval y Providencia. En una ocasión que me citó a un departamento cerca de calle Suecia, me expresó que había sabido por su hija, Estela, que a él lo buscaba la DINA por considerar que, como ex secretario general de las JJ.CC. debía de estar a cargo del Partido después de la detención de Víctor Díaz y demás compañeros”. Texier agrega que el segundo semestre de 1976 se caracterizó por un clima del todo adverso para el desarrollo del trabajo clandestino, ya que al correr las noticias sobre las continuas detenciones, “numerosos militantes se negaban a facilitar sus casas, muchas veces presionados por la situación de amedrentamiento que sufrían sus propios familiares. Otros se disculpaban para no aceptar tareas”.¹²

Las versiones de los supervivientes de la ofensiva represiva de 1976, Eliana Ahumada y Pedro Henríquez, coinciden que poco antes de la caída del equipo de Ortiz, se estaba pensando en sus reemplazantes como forma de burlar a los organismos de seguridad. Henríquez, que se encontraba periódicamente con Ortiz, recuerda que “él me decía que se sentía agotado, lo que a mí me consta, pues trabajaba desde las siete de la mañana a las ocho de la noche. Me contó que existía la idea de relevarlo en marzo (de 1977), pero que él quería dejar primero funcionando bien al Partido”.¹³ Por su parte, Ahumada ratifica que la idea era que el equipo compuesto por Ortiz, Navarro, Pizarro y ella debía llegar hasta febrero de 1977. Pero antes de esa fecha, en diciembre de 1976, se produjo la detención del equipo de Dirección (salvo Ahumada), la comisión nacional sindical (Lincoyán Berríos, entre otros), el secretariado nacional (Véliz) y la encargada del equipo de asilo (Reinalda Pereira, embarazada al momento de su secuestro). Todos ellos, en total 13, pasaron a engrosar el listado de los detenidos-desaparecidos. Sin embargo, la compartimentación de los equipos impidió que el golpe de diciembre de 1976 fuera mortal. Los dirigentes intermedios, ubicados en comisiones auxiliares de la Dirección, junto con los encargados de los Comités Regionales, tuvieron que ascender rápidamente a la

cúpula partidaria y ponerse al frente del Partido. Así, el 20 de diciembre de 1976, a solo días de las detenciones de sus compañeros de la Dirección, Eliana Ahumada reunió al nuevo secretariado, “no con el equipo de repuesto visto con el secretariado anterior, sino con compañeros que estaban en equipos nacionales”.¹⁴

Paralelamente a la persecución contra la Dirección del PC, luego de la caída del “aparato interno” del PC, las Juventudes Comunistas fueron protagonistas de las primeras delaciones. En efecto, integrantes de la Dirección de la Jota, una vez detenidos, colaboraron con el “Comando Conjunto” a cambio de salvar sus vidas. Solo la acción, a fines de 1976, de Carlos Contreras Maluje, quien se arrojó bajo las ruedas de un vehículo de locomoción colectiva para denunciar su detención, detuvo el hasta ese momento mortífero accionar del organismo represivo ligado a la Fuerza Aérea.¹⁵ 1977 se iniciaba en un clima muy adverso para el PC, prácticamente desarticulado y mermado en su influencia política. Con todo, la recuperación fue rápida y nuevos vientos soplarían entrando a 1978. Pasados los tiempos de la sobrevivencia, los comunistas se sentirán ansiosos de pasar a la ofensiva.

Una vez conocida la tempestuosa ruta seguida por el PC desde el golpe de 1973 hasta fines de 1976, resulta evidente que la situación política era del todo adversa para las fuerzas que habían apoyado al gobierno del Presidente Allende. Sin embargo, la tónica del análisis político comunista del período fue el optimismo histórico, basado en la creencia de que la “Junta Militar Fascista” caería prontamente. Una posible explicación de esta situación se relaciona con el hecho de que los dirigentes del PC estaban en el exilio y que la mirada desde fuera del país les impedía dar cuenta de la realidad a ciencia cierta. El problema, no obstante, es más complejo, pues como hemos visto más arriba, la Dirección del PC estuvo asentada en el interior hasta fines de 1976 y los principales documentos públicos fueron elaborados dentro de Chile. Esto significa, tal como lo revelan los documentos internos del PC durante el periodo, que el exitismo y el optimismo provenían de Chile, donde se vivía y hacía política bajo el fantasma de la tortura, la represión y el crimen político. Esta contradicción se relacionaba con uno de los fundamentos de la identidad comunista: pasión revolucionaria sustentada en la convicción de la sustitución inevitable del

capitalismo por el socialismo. Tal convicción incidía en que la izquierda histórica, ortodoxa desde el punto teórico (“pro-soviética”), viviera el presente como una constante realidad incompleta en camino a su transformación. Era una metafísica de izquierdas, que visualizaba el fin de la historia como un momento en el que se “superarían todas las divisiones y las desigualdades”... por lo que “la propia realidad no es más que realidad a medias, y es preciso completarla”.¹⁶

Teniendo en cuenta esta ontología del ser comunista en el siglo XX, situaciones adversas como las generadas luego de la derrota de la Unidad Popular, no podían entenderse sino como paréntesis históricos hacia el “camino de victoria”. Esta creencia instalada en el segmento más “duro” de la militancia comunista, explica su confianza y su responsabilidad en la tarea histórica de liberar al pueblo. De esta manera, cualquier manifestación de disconformidad o crítica social, por mínima que fuera, era interpretada como señal de alza del movimiento social y político. Asimismo, cualquier crisis parcial al interior de la dictadura era entendida como de carácter terminal. Esto iba unido al tradicional papel que juegan los documentos emanados por los partidos políticos, cuyo objetivo es orientar y levantar el estado de ánimo de sus militantes. Todo esto ayuda a comprender lo que podríamos llamar la psicología del accionar político, fundamentales para la subsistencia de una organización especialmente bajo condiciones políticas adversas.

Por otra parte, sin embargo, sus lecturas también estaban impregnadas de sus dogmatismos teóricos a la hora de diagnosticar el momento político. En efecto, el optimismo histórico y los cálculos acerca del pronto fin del régimen se sostenían en la creencia de que la crisis económica que tuvo que enfrentar la dictadura en sus primeros años le granjearía el repudio de la inmensa mayoría de la población. Por ejemplo, un informe proveniente desde el interior de Chile señalaba que “se calcula en 300 mil los cesantes solo en Santiago, así que la situación es bastante explosiva y ha tenido varios brotes. Han aparecido rayados contra la Junta, uno de los cuales apareció en los mismos muros de La Moneda y que decía ‘Allende no ha muerto. Vive en el corazón del pueblo’ y así en muchos muros, en los micros, en los restaurantes y cines, etc.”.¹⁷ Sin dudas no se tuvieron en cuentas otros factores, como el impacto de la represión y el que un importante sector de la población chilena respaldó en sus inicios a la dictadura.

Al aferrarse a la concepción de “fascismo”, el PC insistió en una estrategia frentepopulista que antaño le había dado buenos resultados. Sin embargo, esto le impidió visualizar que la “Junta Militar Fascista” no era solo un gobierno de restauración conservadora, sino que al poco andar, se convirtió en una estrategia de reconversión del patrón de acumulación capitalista.

Desde el más temprano de los documentos internos del PC es posible apreciar la tendencia a minusvalorar el poder del nuevo régimen y magnificar cualquier expresión de resistencia. El periodista Marcel Garcés enviaba desde el interior de Chile informaciones para que fueran utilizadas por Radio Moscú, la que a solo días del golpe militar comenzó a transmitir su señal. En carta dirigida a Volodia Teitelboim, fechada los primeros días de octubre de 1973, señalaba que “en el seno de los golpistas, de la Junta, se han evidenciado algunas grietas o diferencias de matices. Particularmente ‘duros’ están la Armada y la FACH, a pesar de que han tenido que arrestar a grandes cantidades de su personal... Han surgido problemas con sectores de soldados, del contingente de conscriptos, muchos de los cuales se han negado a fusilar o en los allanamientos actúan ‘flojamente’...”.¹⁸

El contenido de esta carta debe su origen seguramente a un hecho real, ya que son conocidas las detenciones al interior de la Fuerza Aérea, incluida la del general Alberto Bachelet, al capitán Raúl Vergara y algunos suboficiales. Sin embargo, esta información se entregaba sin el contexto real, de retroceso de masas, de temor generalizado. Es decir, un hecho real era interpretado equivocadamente producto de la necesidad de mantener en alto la “lucha contra el fascismo”.

Esto queda mejor graficado aún en otra carta de Garcés, en la que informaba sobre el accionar del general Sergio Arellano Stark encabezando la llamada “Caravana de la Muerte”.¹⁹ De acuerdo a la información que manejaba el periodista comunista, “el terrorismo y los fusilamientos sumarios también les están provocando graves problemas internos (a la dictadura). En el caso – referido en una crónica– de la gira del general Arellano Stark al norte, hubo

algunos problemas con jefes de guarniciones. Por lo menos el de La Serena se manifestó contra los fusilamientos”. Este hecho, “unido al aislamiento internacional y a la lucha de poderes interna en la Junta, nos hacen pensar de que a pesar del terror impuesto, los usurpadores no podrán mantenerse mucho tiempo en el poder. Creo que en febrero y marzo se verán luchas masivas de trabajadores y estudiantes, lo que podría ser el principio del fin para los fascistas”.²⁰

Lo certero de la información sobre lo ocurrido con la “Caravana de la Muerte” se distorsionaba al momento de hacer las proyecciones políticas del hecho. En el fondo, las afirmaciones de un régimen tambaleante y la existencia de una pronta respuesta de masas contra este era más bien un deseo que una realidad. Así, hasta fines de los setenta, el PC insistió en que la dictadura tenía los días contados, a pesar de que los propios informes del PC hablaban de la existencia del asesinato de 15 a 20 mil personas y de unos 30 mil detenidos.²¹ Si estas cifras eran asumidas como un dato real, evidentemente la posibilidad de un resurgimiento del movimiento popular eran mínimas. Así, los primeros informes del PC iban desde los datos reales a la propaganda, cruzados por análisis que no se condecían ni con los primeros ni con los segundos.

El prurito de las “grietas” y las “divisiones internas” no eran solo privativos de las cartas de Garcés. Una información entregada por los dirigentes nacionales de las Juventudes Comunistas José Weibel y Máximo Guerrero a un representante del Federación Juvenil Comunista Argentina, recalca que “en la Junta existen contradicciones visibles. Arellano Stark – De la Torre aparecen ligados a Leigh. Pinochet se presenta como el portavoz de la Junta, pero sin peso propio. Bonilla, amigo de Frei, es el más demagogo de todos. Existe la idea de retirar a Pinochet como un O’Higgins y reemplazarlo por Bonilla para poner a De la Torre como Ministro del Interior”. Todo esto permitía concluir a los dirigentes de la Jota que “hay síntomas de crisis en la Junta, por el aislamiento interno y externo”.²² Como hoy se sabe, efectivamente el general De la Cruz tenía aspiraciones personales de poder y los generales Bonilla y Arellano estaban ligados al mundo demócratacristiano. Las pugnas entre el cuerpo de generales del ejército y Pinochet eran soterradas, pero finalmente se impuso la línea de mando militar, y en poco tiempo los hombres que hacían sombra a Pinochet fueron alejados del

poder y del servicio activo.²³

En todo caso, estos análisis, que vistos con ojos del presente aparecen errados, deben contextualizarse en su época. Nadie adivinaba siquiera la concentración de poder en Pinochet, que su dictadura adquiriría una dimensión refundacional y menos que se extendería por largos 16 años y medio. Por el contrario, las divergencias internas en el régimen, los liderazgos alternativos a Pinochet, la crisis económica, la ausencia en la primera época de un proyecto claro y definido del régimen, hacía que cualquier analista estimara impensable la prolongación del mandato de la Junta Militar.

A lo largo de 1974 continuó este tipo de informaciones. Según Marcel Garcés, la inflación, las pugnas entre los generales y el descontento de la tropa con sus mandos permitían afirmar que “la cosa arde” y que “la protesta se expresa ya de manera incontenible. Por el momento no damos nombres de huelgas ni de empresas donde existen o se desarrollan conflictos, pero los hay bastantes. Se puede decir que en todas las industrias se lucha contra las alzas de precios en los artículos de primera necesidad y por reajustes mayores que los establecidos por la Dictadura”.²⁴ Es interesante cotejar estas afirmaciones con otras fuentes. De acuerdo a un estudio basado en cifras de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), efectivamente en esta etapa se registraron huelgas, como por ejemplo en “El Teniente”, en los yacimientos de hierro de “El Algarrobo” (perteneciente a la CAP), ferrocarriles, trabajadores que laboraban en la construcción del ferrocarril metropolitano, panificadores, mineros del carbón, entre otros. Con todo, esta misma investigación concluye que la tendencia del movimiento sindical en el período era el repliegue, y que las huelgas y otras protestas sindicales eran propias de una estrategia defensiva.²⁵ Producto de la situación política que el país vivía, el registro de las huelgas –legales e ilegales– es incompleto, pero, más allá de las cifras, evidentemente que ningún movimiento de protesta popular puso en jaque al régimen. Como fue la tónica en los años siguientes, situaciones coyunturales y particulares eran tomadas como tendencias positivas para la oposición a los militares, desconociendo que las tendencias, en realidad, iban en dirección contraria. Es decir, el PC tomaba como posible regla aquellas situaciones que en realidad eran excepciones.

Pero como en 1974 el PC se encontraba con un funcionamiento clandestino relativamente bueno, numerosas actividades a nivel de base efectivamente se desarrollaban. Por ejemplo “el 1º de mayo se celebró en todas las iglesias con sermones que pusieron el acento en los derechos humanos. Hubo rayados en las calles, se lanzaron volantes, se entregaron panfletos mano a mano en el centro de Santiago. Hubo iniciativas de la gente como la de las mujeres de la población José María Caro que cubrieron de pétalos el lugar donde se encontró los cadáveres de Litré Quiroga y V. Jara”.²⁶

A fines de 1974, repuestos de los efectos de la caída de Jorge Montes, se señalaba que el PC tenía trabajo de masas en el campo sindical, mujeres, juventud y cesantes, entre otros.²⁷ Un informe unos meses antes también enunciaba los lugares en donde el PC tenía presencia de base, donde tradicionalmente los comunistas eran fuertes: “Para nosotros lo vital es el trabajo de masas. La dictadura irá siendo derrotada en la medida de este trabajo. De allí que se revisa la actividad sindical; también hacia el campo, en las Juntas de Vecinos... Igual cosa en los Centros de Madres, en la actividad estudiantil, en los Clubes Deportivos... En los centros artísticos y culturales”.²⁸

De esta manera, la combinatoria entre la percepción de un régimen plagado de contradicciones y “grietas”, y un partido y un movimiento de masas que se visualizaba en franca recuperación, fundamentaban la frase comunista respecto a que “el Frente Antifascista hace su camino”. Como veremos más adelante, las numerosas conversaciones y acciones conjuntas con la Democracia Cristiana terminaban de cristalizar un marco estimado favorable para poner pronto término a la dictadura.

En la reunión del secretariado en abril de 1975, la Dirección del PC seguía planteando que “la conciencia política del pueblo chileno permanece inalterable”, pero reconocía sin embargo que “tenemos que avanzar mucho más en los aspectos subjetivos de la lucha contra la Junta Militar. Estamos optimistas. Pero eso no significa que nos hagamos ilusiones”. Por primera vez un

documento de la CP (aunque no de carácter público) señalaba que “la Junta Militar no caerá por sí sola, hay que botarla”. Es interesante anotar que en el documento que comentamos, se presenta una dualidad entre el optimismo y las primeras dosis de realismo acerca de la real solidez de la dictadura. Seguramente el “mundo” en torno al cual se movía la dirigencia comunista les transmitía la percepción de la pasividad de la resistencia, pero la realidad también indicaba la prolongación del régimen. De todas maneras, el PC insistía en la debilidad y en las grietas al interior del régimen.²⁹ Sin embargo, la gran mayoría de la izquierda chilena no comprendía que aquello considerado como efectos visibles de la crisis estructural de la economía, no era sino las medidas fundacionales de las políticas de “shock”, partera del neoliberalismo chileno. Al contrario de lo que el PC y otras fuerzas de izquierda evaluaban como el fracaso del modelo, en 1975 empezaba a rodar lentamente la reestructuración capitalista.

Probablemente uno de los sustentos concretos acerca de las posibilidades de avanzar hacia el rápido fin de la dictadura, era que la política del Frente Antifascista se abría camino en el mundo sindical. “Existen allí relaciones que cuentan con el visto bueno de la directiva del PDC [Partido Demócrata Cristiano]. Hay acuerdos para impulsar trabajo en algunas Federaciones y Sindicatos, para presentar ternas para dirigentes en conjunto (Federación del Cobre, Construcción, etc.)”. Además, se habían alcanzado acuerdos con el PDC sobre un pliego reivindicativo básico y reuniones en numerosas federaciones y confederaciones sindicales.³⁰

Lo que apareció como novedad en el interior durante 1975 fueron los primeros atisbos de examen crítico acerca de las razones que explicaban el fin de la Unidad Popular. A nivel público, la llamada “ultraizquierda” había sido sindicada como “el caballo de Troya del imperialismo”, en alusión a su papel durante el gobierno de Salvador Allende. Su labor de zapa, junto a la de la derecha y el Imperialismo, había provocado el aislamiento de la clase obrera, impidiendo ensanchar sus alianzas, factor considerado determinante para la continuidad de la “experiencia chilena”. Es decir, la derrota de la UP había sido sobre todo política, lo que permitió el éxito del golpe militar.³¹

En el exilio la presión para explicar la caída de Allende apremiaba al PC. Las críticas del movimiento comunista internacional hacia las “desviaciones de derecha” cometidas por el PC chileno durante la UP, eran apenas disimuladas. Como veremos, las públicas críticas realizadas en la Unión Soviética contra la izquierda chilena, en alusión a que ésta no habría sabido “defender” la revolución, era un llamado de atención por no haber preparado una defensa armada contra las fuerzas golpistas. Esto provocó que lo militar se convirtiera en uno de los principales tópicos de discusión al interior del equipo del “Coordinador del Exterior” y el resto del Partido. En 1974 se había constituido el “Equipo de Leipzig”, que se preocupó de investigar la cuestión militar y se habían recibido ofrecimientos desde la RDA y Cuba para formar cuadros militares comunistas. A principios de 1975 Volodia Teitelboim y Rodrigo Rojas –a nombre del PC– aceptaron el ofrecimiento del Alto Mando cubano, realizado por el propio Fidel Castro, de integrar en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de ese país a militantes comunistas chilenos con el fin de formarse como oficiales de ejército. A partir de abril de 1975, casi una cincuentena de jóvenes comunistas se iniciaban profesionalmente en el camino de las armas.³²

En términos públicos, en un acto oficial Volodia Teitelboim, cabeza del “Coordinador del Exterior”, abrió las puertas al examen crítico de la trayectoria histórica del PC:

Por cierto, el Partido Comunista de Chile cometió errores en el período recién pasado como los cometió antes. Somos los más interesados en aclararlos porque la primera premisa para liberarse de ellos es justamente tener conciencia exacta sobre su naturaleza equivocada. Creemos que el falso orgullo o la pretensión de infalibilidad es ajena a una rigurosa conducta comunista. Por ende, nos ayudan todas las opiniones fraternales, positivas, que entreguen los partidos hermanos.

Esta era la forma pública que adquiría la resolución de “asimilar a fondo lo expresado por el compañero Ponomariov”, quien en 1974 había criticado a la Unidad Popular por no tener en cuenta que “toda revolución debe saber defenderse”. Pero el líder del PC en el exterior no se quedaba solo en reconocer

la existencia de errores, sino que avanzaba en examinar algunos de ellos. En este sentido, Teitelboim reconocía que durante el periodo previo a 1973 “florecieron como plantas venenosas diversas concepciones reformistas. Una sobrestimación de particularidades nacionales, cierta confianza supersticiosa en la vigencia inquebrantable de instituciones políticas heredadas. Se dio demasiado crédito al carácter predominantemente profesional y constitucionalista de las fuerzas armadas”. Ante esto, Teitelboim reconocía la necesidad de repensar el tema de la violencia en el caso chileno.³³ En las palabras de Teitelboim, en su calidad del máximo líder del PC en el exilio, podemos encontrar la explicación de por qué en la fase posterior al golpe de 1973 se inició un importante debate al interior del PC, en tanto planteaba la posibilidad de que la línea del partido tal vez hubiese estado equivocada.³⁴

En este contexto se entiende que la Dirección del PC, aún instalada dentro de Chile en 1975, también discutiera el tema militar. La principal conclusión de una reunión de Dirección especialmente dedicada al debate sobre las fuerzas armadas, enfatizaba que era “necesario superar un atraso de muchos años en este negocio y afirmó la necesidad de precisar y corregir planteamientos insuficientes o erróneos del pasado reciente”. Ahondando en la materia, la autocrítica de la Dirección comunista sobre las circunstancias que facilitaron el golpismo dentro de los institutos castrenses –en un sentido similar al planteado por Teitelboim en Praga– acusaba a “nuestro insuficiente trabajo, que comenzó con gran retraso (histórico), fue lento y limitado y basado en concepciones incorrectas, insuficientes desde el punto de vista de clase”.³⁵

Esta cruda autocrítica implicaba algo que tal vez los propios dirigentes del PC en ese minuto no calculaban, en relación a plantear que un factor constituyente de la línea del partido estaba errada. Así se estimulaba –probablemente sin quererlo– la polémica interna, la discusión a fondo y el sacudirse –aunque fuera en parte– del formalismo que caracterizaba muchas veces los debates dentro del PC.

En este ambiente de reconocer errores “pasados” sin calcular las implicancias teóricas y políticas que ellas tenían, la decisión de formar militares profesionales

en Cuba fue plenamente respaldado por la Dirección del PC, ya que la experiencia demostraba –según lo señalaba un documento interno de ésta– que era necesario “contar con la fuerza militar como factor imprescindible en la lucha contra el enemigo de clases”. Por ello, “era fundamental... dedicar los máximos esfuerzos en la creación del contingente militar en todas las especialidades y técnicas, que actúe en todo momento de la lucha”. Por ello, la Dirección comunicaba que “observaba con mucho interés...las amplias posibilidades que nos han abierto para que camaradas de nuestro partido puedan desarrollar en sus diferentes instalaciones militares actividades formativas en todo tipo de especialidades”. Esto, seguía afirmando la comunicación de la Dirección, permitiría al PC abrir “el camino para superar el histórico atraso que sufrimos en este terreno y que se manifiesta como una debilidad nuestra”.³⁶

Reflejando el momento “abierto” que estaba viviendo el PC durante 1975, a fines de ese año Víctor Díaz López le planteó a Jorge Texier, entonces a cargo de la prensa clandestina del PC, la necesidad de dar a conocer los puntos de vista de la Dirección del partido sobre la situación política del país por medio de una entrevista. Texier la redactó y publicó en Chile y luego fue ampliamente reproducida en el extranjero.³⁷ El título que la encabezaba –“Comenzó el ocaso de la dictadura”– reflejaba la continuidad del optimismo histórico acerca de la breve duración que tendría la dictadura, sostenido básicamente en los efectos nocivos sobre la mayoría de la población que estaba teniendo la crisis económica y en la sobrevaloración de la “lucha de masas”.

Así, en el momento en que la Dirección del PC fue secuestrada en 1976 por los organismos represivos, vivía una situación nueva que no estaba dada solo por el hecho concreto de funcionar en clandestinidad. El aceptar oficialmente “errores cometidos”, respaldar el inicio de la formación de militantes en las ciencias militares, las críticas recibidas en la Unión Soviética y otros países socialistas, unido a los pronósticos sobre los plazos que duraría la intervención castrense, convirtió al PC en una caja de pandora. ¿Qué saldría de ella si es que no se cumplían las predicciones del supuesto ocaso de la dictadura? Si ya se reconocían públicamente “errores”, ¿no era acaso el Frente Antifascista otro “error” del Partido? Y si esto fuera así, ¿cuál era la raíz última de estos equívocos? Desde fines de 1974 se habían creado condiciones de posibilidad

para repensar el conjunto y la esencia del ser comunista en Chile.

Uno de los aspectos más desconocidos de la historia política chilena reciente es lo ocurrido con el sistema partidario durante los primeros años de la dictadura militar. El acceso a la documentación interna del PC demuestra que dicho sistema, formalmente inexistente, siguió operando en clandestinidad durante la década del setenta. Desde esta óptica, su supuestamente “sorpresiva” reaparición pública a partir de las “Protestas Nacionales” iniciadas en 1983, no lo es tanto, ya que los partidos siguieron existiendo concretamente en clandestinidad.

En el caso del PC, aparte de cultivar sus tradicionales vínculos con los partidos de izquierda y así asegurar la continuidad de la Unidad Popular, se esmeró especialmente en ganarse a la Democracia Cristiana, lo que constituía la piedra angular de su política del “Frente Antifascista”. Las señales ambiguas enviadas por ese partido al PC, junto con el trabajo unido en la base, que daba visos de realidad a la posibilidad de concretar el ansiado “Frente”, ayudan a explicar que solo tras casi siete años de insistencia, los comunistas hayan decidido modificarla como línea política. En todo caso, su cambio no significó abandono de sus premisas, a saber, la imperiosa necesidad de frentes opositores amplios y nunca desdeñar el trabajo unitario en la base. Con todo, la posibilidad de alianza con la DC parece haber sido más viable en los setenta y no en la década siguiente, cuando el PC promovió formas armadas de lucha, algo inaceptable para el partido de la Falange.

El eje de las relaciones políticas del PC en la etapa posterior al golpe tuvo dos niveles, que de manera conjunta debían cristalizar en el “Frente Antifascista”. El primero era la Unidad Popular, la que subsistió orgánicamente hasta inicios de los años 80. El material existente en los archivos del PC, en general demuestran que el optimismo comunista fue compartido por los otros partidos de izquierda en los primeros años de la dictadura y que se realizó un trabajo unido en la base y en niveles superiores durante toda la década de los setenta.

El segundo era la búsqueda de acuerdos con la Democracia Cristiana, esfuerzo principal del período del Frente Antifascista. Fracasado a largo plazo, la unidad en frentes específicos, junto a las constantes conversaciones sostenidas con los dirigentes de dicho partido, hizo que las ilusiones de lograr el acuerdo con la DC no fuera del todo irreal. En este segundo nivel concentraremos nuestro interés, por lo sustancial que era para el logro del FA, ya que la unidad de la izquierda recién se vio afectada con el quiebre de 1979 en el Partido Socialista. También el PC se esforzó por desarrollar vinculaciones con la Iglesia Católica, actor protagónico del período producto de su destacado papel en defensa de los perseguidos por la dictadura. Asimismo, las relaciones fueron especialmente complejas con el MIR, feroces adversarios desde fines de los sesenta y durante toda la Unidad Popular, ya que solo hacia fines de los setenta acercaron posiciones y comenzaron a estrechar lazos.

En el caso del partido de la Falange, es sabido que la mayoría de su dirigencia respaldó el golpe militar. A la cabeza de esta posición estuvo el propio ex Presidente Eduardo Frei Montalva, que no dudó en señalar a la prensa internacional que “los militares han salvado a Chile” y que “el país no tiene más salida salvadora que la gobernación de la Junta”.³⁸ Un sector minoritario, encabezado por Radomiro Tomic, lo condenó inmediatamente. Con todo, durante el período 1973-1977, predominó al interior de la DC una estrategia que apostaba a la neutralidad de las fuerzas armadas como actor político, lo que permitiría una rápida restauración democrática, que favorecería sus intenciones de volver al poder. Por este motivo, era vital para la mayoría de la DC que la intervención castrense fuese breve, para evitar verse asociada a la represión y a la exclusión política. Al prolongarse el régimen, a la DC no le quedó otro camino que pasarse a la oposición.³⁹

Es importante comprender la táctica de la DC hasta 1977, pues explica hasta esa fecha su tenaz rechazo a las propuestas del PC de conformar el FA. Partido de liderazgos y fraccionalismos, existieron desde los primeros tiempos, sin embargo, sectores propensos a entenderse con la izquierda y en particular con el PC. El mundo de la defensa de los Derechos Humanos y el movimiento sindical fueron las áreas en donde el FA hizo su camino, despertando la ilusión comunista de obtener en algún momento un acuerdo nacional.

Las primeras señales de conversaciones entre el PC y la DC datan de una fecha muy temprana. En diciembre de 1973, Marcel Garcés informaba al Coordinador del Exterior del PC que se habían “abierto conversaciones con el PDC, con su directiva, en la cual se amplía un sector de dirigentes favorables a una lucha conjunta, unitaria con el P[artido], y la UP, a fin de poner término a la dictadura”. Por ello, según el periodista la declaración pública del PC llamando a la unidad de todos los opositores “corresponde no solo a una cuestión teórica deseable, sino a una realidad objetiva”.⁴⁰ Sin embargo, como lo señalábamos más arriba, en ese momento la Directiva DC estaba muy lejos de querer arribar a algún acuerdo con el PC. Aunque lo negaran explícitamente, la unidad no dejaba de ser en ese momento un deseo más que realidad. Probablemente lo que existía eran contactos con el sector minoritario de la DC, opositor de primera hora de la dictadura, igual como ocurría con la magnificación de la “lucha de masas”.

Por las conversaciones en la defensa de los detenidos, donde se encontraban abogados comunistas y demócratacristianos, estaban aún más expuestos a la represión que sus pares de dichos organismos vinculados a la Iglesia Católica.⁴¹ Así, el trabajo de solidaridad y de defensa de los detenidos devino en trabajo de relaciones políticas. Como lo recuerda Sergio Ovalle, integrante del Comité Central del partido y encargado de entregar la orientación política a los abogados comunistas, “ese equipo no era exactamente de relaciones políticas. Nadie le dio nunca ese carácter, esa tarea. Si algunas cosas surgieron fue naturalmente. Primero, porque los dirigentes de los otros partidos eran casi todos abogados y los que se conservaban en calle eran aquellos que eran abogados.”⁴²

Especialmente destacada fue la labor de Fernando Ostornol, quien además de abogado, era un exitoso empresario, propietario de la Compañía Nacional de Tubos de Acero (CINTAC), principal productora del país. Como señala Ramón Vargas, Ostornol poseía muy buenos contactos: “El sabía relacionarse, era muy expedito en eso. Lo invitaban por ejemplo a la Embajada de Italia cuando ésta hacía una recepción. Esto le daba una cierta cobertura a él, porque no era tan fácil detener a una persona a la que todos los diplomáticos conocían, que lo invitaban a las fiestas o recepciones”. A Ostornol “no se le hacía problema ir a

hablar con un embajador, los demás íbamos todos asustados a hablar con uno”.⁴³ Hasta su detención en 1975, Ostornol llevó las relaciones políticas del PC. En su calidad de abogado de Luis Corvalán, podía verlo, llevándole o transmitiéndole informaciones y/u opiniones de la Dirección y a su vez Corvalán mandaba las suyas.⁴⁴ Por su parte, recibía las opiniones del PC a través de Sergio Ovalle, que a su vez formaba parte de uno de los equipos ampliados de la Dirección, integrado además por Gaspar Díaz y relacionados más o menos directamente con Virginia González y Marta Ugarte. En este sentido, los aparatos coligados a la Dirección del PC que cumplían distintas funciones eran numerosos y su funcionamiento estrictamente compartimentado. Esto explica en parte por qué, a pesar de las caídas de sus máximos dirigentes, el PC pudo seguir funcionando en clandestinidad.

En un documento de inicios de 1974, el PC describía de la siguiente manera a sus interlocutores del centro político: “Hay tres grupos: el grupo de Fuentealba, Andrés Aylwin, Leighton, Donoso, Ruiz Esquide, Tomic y otros; el segundo grupo es el de Patricio Aylwin y Olguín, es decir la Mesa Directiva del PDC, y el tercero es de Frei y sus secuaces”. De acuerdo a la información que manejaba la Dirección del PC, “el primer grupo funciona como fracción organizada, con ellos hay vínculos oficiales y permanentes”. Luego de comentar elogiosamente una carta de Tomic al general Leigh donde le planteaba la necesidad de recuperar la democracia (el PC lo calificó como “un buen documento”, por lo que “lo ha difundido”), se recalca que Renán Fuentealba estaba “100% (sic) a favor del amplio frente político, incluso ha tenido contactos con el MIR”. Sobre la situación de Eduardo Frei Montalva, se estimaba que el general Bonilla todavía creía en él, “pero no es lo que prima en la Junta”, acotaban. Sobre los DC pro-juntistas, se señalaba que eran “sobre todo profesionales y tecnócratas que reciben gran sueldo”.⁴⁵

En cuanto al trabajo conjunto, se destacaba el papel jugado por Jaime Castillo Velasco en la defensa de los oficiales de la FACH procesados; los vínculos a nivel juvenil en organizaciones como Centros de Alumnos, de los que solo en Santiago se habían reorganizado 40, de los cuales 6 ó 7 dirigía la Jota, “pero en general se ha tratado que el Presidente sea un joven demócrata cristiano”. En el ámbito sindical, como decíamos, era donde existían los mayores avances, ya que

había acuerdos y documentos donde se concordaban líneas de acción conjuntas.⁴⁶

Durante 1974 predominaron dos tipos de informaciones sobre la DC: una representada por los informes de Marcel Garcés, que interpretaban los constantes roces entre este partido y la Junta, y que terminarían instalando al PDC en la oposición, generando buenas posibilidades para la línea del FA. La otra, más realista, provenientes de la propia Dirección del PC, quien informaba al Coordinador del Exterior que “respecto a conversaciones entre la DC y nosotros, o entre la DC y la UP, hasta ahora no resultan por ningún lado. Solo hemos logrado conocer algunos documentos internos de la DC, y lo que más nos llamó la atención fue uno del sector de izquierda del PDC, por así decirlo, de la gente de Fuentealba, en el que se pone el acento en posiciones anticomunistas, lo cual cerraría por ahora el camino para eventuales posibilidades de conversar sobre el Frente Antifascista”. Con todo, el mismo informe daba cuenta de la polémica pública entre el general Bonilla y Patricio Aylwin, producto de la censura que sufriera la Radio Balmaceda, controlada por la DC, lo que ayudaba al “aislamiento de la Junta”.⁴⁷

Sin embargo, algunos encuentros en el extranjero devolvían las esperanzas a los comunistas. En una reunión con Volodia Teitelboim, Bernardo Leighton afirmaba que el PDC en Chile estaba dividido, pues “Frei aún no abandona una última esperanza que se dé un cierto barniz civil y una constitución al estilo brasileño con algún P. de oposición moderada. Frei cree que debe autorizarse al PN, PDC, PR, IC”. El ex ministro del Interior del ex presidente falangista acotaba que esta fórmula había sido presentada a la Junta y rechazada, “a lo que Frei amenazó con asilarse en una embajada”. Ante este cuadro, Leighton consideraba equivocado intentar dividir a la Democracia Cristiana, porque la mayoría de sus militantes eran opositores a la Junta Militar.⁴⁸

Este tipo de informaciones, que constataban la existencia de profundos debates al interior de la Democracia Cristiana, unido a una comunicación abierta con el ala “progresista” de este partido, junto al trabajo conjunto PC-DC en materia de defensa de los presos políticos y el frente sindical, hacían pensar la posibilidad

de que un FA no se viera del todo inviable.

Durante 1975, la represión militar sobre la DC aumentó, lo que acentuó su perfil opositor. La clausura parcial de Radio Balmaceda, la requisición de un libro de Claudio Orrego Vicuña, las detenciones y posterior expulsión del país de Claudio Huepe y Renán Fuentealba, la prohibición a Bernardo Leighton de reingresar al país y el posterior atentado contra él y su esposa en Roma, conducían a la DC inevitablemente a la oposición total a la dictadura.⁴⁹ De acuerdo a la información que manejaba el PC, en una consulta realizada entre enero y febrero de 1975, el 98% de la militancia del PDC se había pronunciado por una “oposición crítica, independiente y activa a la Junta Militar”. El sector de izquierda falangista estimaba que era el primer paso hacia “el entendimiento político en un Frente”.⁵⁰

En este esquema, la postura del PC era clara: a diferencia del MIR –que hablaba de unidad con la base y/o sectores del PDC– planteaba que para tener una correlación de fuerzas favorable en la lucha contra la dictadura, era necesario un acuerdo “con el PDC como tal y no con una fracción de él, por lúcida y avanzada que sea”.⁵¹ El aprendizaje durante la UP, con el surgimiento de la Izquierda Cristiana, mostraba que las fracciones salidas desde el PDC no habían logrado convertirse en corrientes significativas o hegemónicas al interior de ese partido, lo que hacía mejor opción esperar que decantara el proceso interno falangista y acordar con todo el partido el Frente Antifascista.

Al igual que el año anterior, los comunistas veían que la unidad avanzaba en el mundo social, ya que los contactos sindicales con la DC seguían siendo permanentes. Existía trabajo conjunto en el Transporte (FF.CC., movilización, taxistas, etc.), en la Administración Pública, Campesinos, Textiles, Construcción, etc. Además se informaba que se preparaba conjuntamente la celebración del 1º de mayo. En otro documento se detallaban las muy buenas relaciones con el aparato sindical del PDC, los acuerdos logrados, los planes de acción conjunto, todo ello realizado “con pleno conocimiento y autorización de la dirección nacional de su Partido”.⁵² Asimismo se mencionaba la lista unitaria encabezada

por Jaime Castillo Velasco y Fernando Ostornol para “recuperar” el Colegio de Abogados.

A principios de 1976, el Coordinador del Exterior recibió la comunicación de conversaciones con dirigentes de la Democracia Cristiana. Por estar en códigos, no es posible saber de quiénes se trata, pero sus palabras son importantes porque dejaban claramente establecidas las razones de los límites que la Falange tenía para no concretar el FA. El primero es un dirigente de la Juventud Demócrata Cristiana, probablemente Ricardo Hormazábal. Según él, “se requiere presión social, pero sobre todo acuerdo con las propias masas [FF.AA], con aquellos militares distintos a thiú [Pinochet]...Vemos esto como un proceso gradual. Hablamos de diez años para que se pueda producir un retorno a la democracia constitucional... el modelo (podría) ser el modelo argentino de Onganía a Lanusse y de Lanusse a un gobierno civil resguardado por los militares. Eso es lo probable. Pero para ello, debemos trabajar sin aliados que dificulten esta perspectiva”. El dirigente de la JDC, para ser más claro aún con su interlocutor comunista, remachaba diciendo que su partido “no está interesado en una alianza con emilio [PC en el interior], porque no sirve a su mfg [política]”. En efecto, la cruda realidad para los comunistas chilenos era que de los tres niveles de alianza que el dirigente de la JDC vislumbraba, ninguno estaba a la orden del día: “En lo ideológico no hay posibilidad de alianza alguna. En lo pragmático en algún momento pudiera haber alianza, pero hoy la vemos lejana y contradictoria con nuestra mfg [política]. En lo coyuntural es más posible, pero definitivamente tampoco para hoy”. En resumen, para el dirigente juvenil, el PDC necesitaba “estar absolutamente independientes de los marxistas para que nuestra mfg [política] tenga éxito... No se excluye en algún momento un acuerdo con emilio [PC], pero se le ve difícil”.⁵³

Esta extensa cita se justifica porque estimamos que, en lo fundamental, explica las razones políticas (aparte del ideológico, también presente) de por qué el PDC no arribó nunca a un acuerdo unitario con el PC para luchar por el término de la dictadura: para los democristianos, los comunistas aparecían como un obstáculo para lograr acuerdos con sectores moderados de la derecha y las propias fuerzas armadas. Las sinceras palabras del joven dirigente falangista no fueron lo suficientemente aquilatadas por la Dirección comunista, la que

seguramente apostó a que ésta era la opinión de una de las corrientes dentro del PDC. Su apuesta era ayudar a que otras corrientes más proclives a acuerdos unitarios triunfaran en la interna demócratacristiana.

En ese sentido, meses más tarde Claudio Huepe comunicaba al PC en el exterior “que el PDC está por acuerdos sectoriales de acción conjunta y por un acuerdo confidencial sobre tareas políticas a cumplir paralela y concertadamente”,⁵⁴ lo que justificaba ante los ojos de la Dirección del PC pensar en un posible acuerdo con la Falange. En el fondo, la apuesta comunista era difícil, pero al considerarla la “única” manera de terminar con la dictadura, se siguió insistiendo en su formulación.

Hacia el fin de esta primera fase, las palabras de un abogado defensor de presos políticos perteneciente al PDC –probablemente Jaime Castillo Velasco– carentes de ideologismo, resaltan por su carga de sensatez política, en momentos en que la avalancha represiva que se llevaría consigo a gran parte de la dirigencia comunista empezaba a crecer:

El proceso de retorno a la democracia en japon (Chile) será lento y largo. Es difícil predecir, pero parece que se necesita primero desarrollar una conciencia de lo que realmente pasa. La gente está muy desinformada de las realidades más particulares y no sabe todo lo que pasa. Hay quienes no creen las atrocidades. Otros creen que son casos aislados. La tranquilidad mfg (política) aparece como una conquista beneficiosa para la gente.⁵⁵

Tal como lo intuía este dirigente DC, la lucha por el retorno de la democracia a Chile sería mucho más extenso de lo que todos los partidos, incluido el suyo, habían estimado en un primer momento. El Partido Comunista tendría que hacer su propia y sangrienta travesía por el desierto para terminar en reconocerlo. Con todo, el año 1976 terminó demostrando que la dictadura militar chilena era lo suficientemente fuerte no solo para exterminar a la izquierda, sino para proscribir al centro.

Años de transición: entre la sobrevivencia y la lucha de masas (1977-1978)

A pesar de lo fulminante del golpe represivo de diciembre de 1976, lo que explica la continuidad de las direcciones comunistas posteriores a esa fecha, fue, por una parte, que no detuvieron a todos los máximos dirigentes, y el funcionamiento compartimentado de la estructura partidaria, por lo cual amplias áreas de trabajo se mantuvieron indemnes a pesar de las celadas represivas. En este marco, cobró mucha relevancia el papel de Eliana Ahumada (“Susana” en aquel tiempo), quien formaba parte del equipo de Ortiz, pero que pudo sortear la muerte. Un factor importante para restringir los efectos de las detenciones fueron las actitudes de los secuestrados. La propia Eliana Ahumada anotaba que “ninguno de los compañeros, Waldo (Pizarro), (Fernando) Ortiz, Horacio (Cepeda), han hablado, las casas que con ellos ocupábamos no fueron allanadas ni tampoco se observó vigilancia”. Esta situación, en medio de una situación de seguridad crítica, permitió que a la semana siguiente se constituyera el nuevo equipo dirigente.⁵⁶

A fines de diciembre Rodolfo Vivanco, que trabajaba en la Coordinadora de Regionales de Santiago, se reunió con Ramón Vargas y “le ofreció integrarse a un equipo de dirección interior, ante la oleada de sucesivas detenciones, a lo que el abogado aceptó”.⁵⁷ Por su parte, en una reunión Eliana Ahumada, luego de comunicarles las noticias sobre Ortiz y el resto del equipo, planteó a los presentes que debían hacerse cargo de la Dirección del PC hasta que se resolviera la situación. Jorge Texier, Rodolfo Vivanco, Ramón Vargas y Enrique Cisterna, encabezados por el primero, pasaban a ser la nueva dirección interior del PC. Este último quedaba como reserva, sin integrarse al resto del equipo, en caso de que éste fuera detenido.⁵⁸

Ahumada les dijo que su trabajo era solo por unos meses y que deberían entregar

la dirección a otro equipo a mediados de 1977. Además, le señaló a Texier que debería salir de Chile. Éste, estimando las precarias medidas de seguridad en que se desenvolvían, decidió no hacerlo, lo cual explica por qué ningún integrante de la dirección interior participó del primer pleno del CC después del golpe de Estado, realizado en agosto de 1977 en Moscú.

Ramón Vargas y Jorge Texier coinciden hoy en que su labor se concentró en torno a dos objetivos fundamentales: en primerísimo lugar, no caer detenidos, algo que venía ocurriendo desde abril de 1976, con la detención de José Weibel. En segundo lugar, debían iniciar las vinculaciones con los integrantes de las diferentes estructuras partidarias que funcionaban acéfalas (sindical, juventud, relaciones internacionales, femenino, etc.). Con los contactos entregados por Eliana Ahumada antes de salir de Chile, a esta tarea se abocaron Vargas, Texier y Vivanco. En precarias condiciones económicas, poco a poco fueron vinculando distintas estructuras partidarias.⁵⁹

En un informe de fines de marzo de 1977, el equipo de Texier daba cuenta de la realidad de la vida interna del PC. En primer lugar, la misión de reconstituir las comisiones nacionales estaba terminada, encontrándose todas en funcionamiento, “excepto la comisión sindical que en el mes de diciembre había sufrido el golpe más duro”. Por el lado de propaganda, “el diario ‘Unidad Antifascista’ se publica de nuevo y periódicamente. Al mismo tiempo las memorias del comp. Corvalán fueron editados (sic)”. Tal como lo recuerda hoy Texier, en este informe se ratificaba que el problema principal era el financiamiento de las actividades. Fuera de ello, a casi cuatro meses del duro golpe de diciembre de 1976, se habían logrado contactar “30 comités regionales, desde Llanquihue hasta Antofagasta” y por ello el equipo concluía que a pesar de las dificultades, “la labor ‘interna’ está avanzando pero sin haber alcanzado ya el nivel anterior”.⁶⁰ En la mirada retrospectiva, el propio Texier evalúa que la normalización de los trabajos de los regionales fue uno de los principales logros de su equipo, sumado a “mantener el contacto y orientar el trabajo vinculado a los derechos humanos... y a rehacer la vinculación con la Dirección exterior”.⁶¹

Aunque sobrevivieron, la caída en Buenos Aires de Ricardo Ramírez y su equipo –cuya tarea era preparar la “Operación Retorno” de los integrantes de la CP a Chile– significó que la represión estuviera muy cerca de Texier, Vivanco y Vargas. Antes de salir de Chile, Eliana Ahumada viajó con los datos y referencias de Enrique Correa Arce y Hernán Soto, encargados en Chile de mantener contacto con el exterior. Al ser detenido Ramírez, “a él le encontraron los vínculos y contraseñas enviadas por nosotros con Susana. Pronto supimos que debido a esa detención habían detenido y asesinado al compañero Correa, haciéndolo aparecer atropellado por un vehículo. También asesinaron al compañero Soto, cuya compañera no quiso denunciar el caso como fruto de la acción represiva de la DINA”.⁶² Desde el exterior, se comunicaba cablegráficamente a los encargados del interior: “Fueron detenidos en Buenos Aires camaradas que dirigían, conocían y participaron directamente en contactos con el interior entregados por ustedes a través de los tres viajeros”. Luego de comunicar esta noticia, la instrucción era perentoria: “Es necesario cortar todo contacto con Argentina hasta esclarecer situación producida” y además “hay que prevenir a los compañeros de las direcciones de Ramón el Contador y el Kiosko”.⁶³ En otra comunicación se puntualizaba que también había sido detenido en Argentina un militante con media tarjeta, quien esperaba el contacto con la persona que desde Chile viajara con la otra mitad de la tarjeta, con el objetivo de entregar una remesa de dinero. Con esto, se agudizaron los problemas económicos dentro de Chile.⁶⁴ El impacto sobre el estado de ánimo de los dirigentes fue devastador, acentuando “la sensación de aislamiento, de incertidumbres acerca de nuestra seguridad como equipo relacionador del trabajo en el país y de impotencia”. En el caso de Texier, él mismo declara haber caído en un estado depresivo, “del que no era consciente en esos momentos, pero que se reveló más tarde” y que le provocó la idea “de que no éramos los más indicados para dirigir el trabajo partidario”.⁶⁵

Cumplido el plazo que Eliana Ahumada les había establecido en el momento de entregarles su misión, en agosto de 1977 el equipo de Texier hizo “la transmisión de mando” a la nueva dirección. El criterio de selección se basó –como señala la cabeza del primer equipo provisorio– “en la convicción de que eran los compañeros que atendíamos... quienes llevaban sobre sus espaldas realmente las mayores responsabilidades. Ellos mantenían la vinculación directa con los equipos que trabajaban en los regionales y con los que realizaban las tareas concretas de cada frente”.⁶⁶ Vivanco y Vargas compartieron el criterio de Texier,

acordando en designar a Nicasio Farías, Guillermo Teillier, Crifé Cid y Juvenal Valdés. Este último, al igual que Cisterna en el equipo anterior, quedaba como suplente en caso de que fuera detenido el nuevo núcleo dirigente del PC en el interior.

Teillier, detenido en 1974 en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea y liberado en 1976, había sido re-contactado por Rodolfo Vivanco mientras trabajaba en la construcción y haciendo artesanías para subsistir. En su calidad de profesor de castellano, comenzó ayudando a redactar y corregir documentos que le traía Vivanco. Luego pasó a trabajar en el equipo de propaganda y en la publicación de la prensa clandestina. En el momento de proponerle que se integrara al nuevo equipo de dirección, Vivanco le fundamentó la propuesta basado en que su criterio de selección era que fueran militantes desconocidos, “que no estuvieran en la mira y en ese caso habían pensado en mí, porque como yo recién había salido, era muy difícil que imaginaran que alguien que venía saliendo se hiciera cargo del equipo de dirección. Yo acepté y me puse a trabajar”.⁶⁷ Por su parte, Nicasio Farías quedó al frente del equipo y Crifé Cid se hizo cargo del frente de organización. Como lo recalca Teillier, el trabajo del nuevo equipo fue reconstituir la estructura partidaria, hacer análisis político, entregar conducción al conjunto de la militancia clandestina, “seguir articulando, contactando gente, creando un aparato de infraestructura, recibiendo casas”. Como lo demostró en 1978 el exitoso arribo desde el exterior de los primeros integrantes de la CP, los hechos avalan su percepción sobre que “al final logramos en gran parte el objetivo de rearticular el partido”.⁶⁸

En el informe de noviembre de 1977, se resumía cómo había evolucionado la situación orgánica del PC hacia esa fecha: “En este instante se tienen vínculos y se atienden... todos los CCRR (comités regionales) del país. O sea, la estructura vuelve a ser la misma de antes... Se contabilizan 2.800 organismos celulares, que agrupan 17500 militantes... Acusan buen repunte Valparaíso, Viña, Concepción, Talcahuano, Bío-Bío”. Por su parte, la situación más angustiante seguía siendo la financiera. Lo que llegaba provenía de Mendoza y de la ayuda de los alemanes del este residentes en Chile. Funcionaban varias comisiones nacionales auxiliares, lo que ponía de manifiesto que el trabajo de masas del PC continuó independientemente de los golpes a los equipos dirigentes: “Existen las

siguientes comisiones; organización, sindical, finanzas, solidaridad, femenina, agraria, propaganda, pobladores, internacional, UP-aliados”.⁶⁹

Ratificando los problemas de comunicación entre el interior y el exterior, a fines de 1977 todavía no era conocido en Chile el contenido del informe al pleno del Comité Central de agosto de 1977. El equipo de Farías manifestaba su “intranquilidad” por esta situación, trasuntando su molestia, producto que “más aún cuando es sabido que ya están en Argentina (los informes al pleno)”. Para el equipo del interior había sido “imposible... aprovechar el contenido del documento, así como tampoco responder a las consultas que sobre él nos han hecho otros grupos y organizaciones”.⁷⁰

Como es sabido, el informe al pleno de 1977 significó hacer públicas las primeras consideraciones comunistas respecto a la problemática militar, dando a conocer las reflexiones que desde 1974 se venían produciendo en distintas estructuras del PC.⁷¹ Más allá del debate teórico político, desde el interior fermentaba con rapidez otro tipo de malestar, tal vez más problemático que el anterior: el reproche a la CP y al CC por no estar “en el frente de batalla”, por no estar en Chile. Así lo refleja una comunicación proveniente del exterior, que partía constatando que la propia realidad había impuesto la necesidad de trasladar a la Dirección oficial del PC fuera de Chile. Según se reconocía, esto había provocado que surgieran “apreciaciones contradictorias sobre el papel y la actividad que realiza la Dirección Exterior. Tenemos la impresión –se continuaba señalando desde el exterior– que la información insuficiente sobre algunos de nuestros documentos induce a una visión en estos casos, errónea, del enfoque y alcance de determinados planteamientos políticos o de cual o tal orientación del trabajo de Dirección”.⁷² A continuación se respondían a algunas críticas planteadas por el equipo de Nicasio Farías, cuya dureza era evidente: “la Dirección Exterior se ha distanciado de la base y no toma en cuenta tareas que dan en la situación concreta del interior... (se ha) subestimado el trabajo en el Interior”, eran el tenor de algunas de las apreciaciones provenientes del equipo en Chile, generadas básicamente por no haber recibido el informe al Pleno del 77 y que ningún dirigente del interior haya sido invitado a participar en dicho evento.

Más allá de las explicaciones probablemente razonables entregadas desde el exterior, hay que destacar dos hechos de esta inédita polémica, a saber, la “rebelión de los funcionarios” –o mandos medios del PC– ante la dirigencia histórica y la interpelación a la acción y la conexión con la realidad hecha desde Chile. La subjetividad militante, presionada por una oleada de muertes y persecuciones, en el marco general de la derrota de la UP y la caída de dos equipos de Dirección, provocó el inédito reclamo público y formal desde las bases. Algo estaba cambiando en la “hechura partidaria”; el cuestionamiento “al Partido”, el reclamo a voz en cuello contra la Dirección, acusándola de no estar conectada a la realidad, no era solo una polémica política, sino que era expresión de una militancia golpeada en lo más hondo de su alma partidaria. En un partido con las características del PC, esta situación era reflejo de una profunda mutación histórica: la constatación de que el comunista era un partido falible, derrotable, cuyos dirigentes se equivocaban y a quienes no solo era posible, sino necesario cuestionar. Estar en el país se tornaba una urgencia imperiosa para los integrantes del CC y la CP, cuestionados en el fondo de su ser comunistas: estar conectados a la realidad del pueblo chileno.⁷³ Por estos motivos, el proceso de renovación comunista más que entenderlo como un momento intelectual, propio de las aulas de las academias universitarias o de las escuelas de cuadros del partido, hay que visualizarlo sobre las ruedas del movimiento real del proceso político chileno, del cual la militancia comunista formaba parte. Por ello, más que un cuestionamiento político-teórico contra las formulaciones de la Dirección en el Exterior, la renovación comunista, expresada en estos primeros rezongos formalmente manifestados a través las comunicaciones clandestinas, era un reclamo emocional, ético, surgido desde el sentimiento partidario, manifestación de la desesperación por terminar con la dictadura y todo lo que ella implicaba (exilio, quiebres familiares, traumas por la tortura, muertes, ruptura de proyectos personales, etc.).

En 1978, con el reingreso de algunos integrantes de la CP a Chile, se inició el camino para restañar estas heridas y aclarar las dudas. Una de las primeras tareas del nuevo equipo dirigido por Gladys Marín fue, justamente, recuperar el prestigio de la dirección histórica. La necesidad de reanimar a la militancia, de reavivar su mística y subjetividad revolucionaria, a su vez, sería otra de sus tareas principales. Parte de ese proceso fue una comprensión distinta de la

política, de cómo vivirla y cómo enfrentar la dictadura. La reconfiguración de la identidad del ser comunista estaba en marcha.

En continuidad con la fase anterior, los equipos de Texier y Farías no modificaron el tipo de análisis triunfalista que el PC había inaugurado desde la primera época después del golpe de septiembre de 1973. Las críticas provenientes del interior no implicaron un cuestionamiento a la siempre sagrada línea política. Los documentos de la época demuestran esta sintonía. A principios de 1977, el Coordinador del Exterior definía lo que se estimaba como “nueva condición política”, que permitía visualizar más vigente que nunca la posibilidad de concretar el Frente Antifascista “por arriba” (“por abajo”, como ya vimos en la fase anterior, tenía varias manifestaciones).⁷⁴

La coincidencia con el interior era notable. Inclusive es posible que parte de los informes del interior inconscientemente se copiaran, ya que el lenguaje es el mismo: “Pinochet se ve aislado de los demás miembros de la junta, mientras que la junta se encuentra aislada de las masas populares más amplias”.⁷⁵ En el citado informe entregado en Moscú a fines de 1977 por un militante proveniente del interior, se ratificaba la mirada catastrofista sobre la situación económica de la dictadura. Luego de reseñar la implementación de políticas de mercado en distintas esferas de la vida cotidiana de los chilenos, se concluía que en el país campeaba “el empobrecimiento brutal, como nunca, de la población, la ruina generalizada”, lo que traía consigo –se afirmaba– otras secuelas, como “desnutrición, mendicidad, deserción, delincuencia, prostitución, proliferación de niños y jóvenes como ‘vendedores ambulantes’ de candys, calugas, confites, gran cantidad de ‘cuidadores de auto’, mucha gente escarbando en las basuras de las casas y en los basurales, colas de cuadras y cuadras desde que se levanta el toque frente a las ‘tías ricas’... En las grandes ciudades y en los caminos agrícolas todo esto es más patético...”.⁷⁶

Como es sabido, estos años corresponden a los primeros resultados de las reformas estructurales realizada por los Chicago boys, que manejaban la política económica del régimen desde 1975. Como lo señalaba un estudio, hacia 1976-

1977, el “shock” económico basado en la liberalización de precios y controles estatales, unido a la exaltación de iniciativa privada como eje del crecimiento económico, “ha tenido algún éxito, considerando la situación y los niveles desde que partió”. En efecto, aunque la inflación había sido reducida a la mitad en 1977, “no se puede tampoco ocultar que el costo de la estrategia ha sido elevadísimo y que se ha distribuido en forma muy desigual entre los distintos grupos sociales”.⁷⁷ Sin embargo, a la visión catastrofista que provenía desde la izquierda –basada en hechos reales, derivados del “costo social” de las políticas monetaristas del equipo económico de la dictadura– se contraponía la propaganda contraria desde el propio régimen. Ya se comenzaba a hablar del boom y del “milagro económico chileno”, sostenido en base a la masiva llegada de productos importados y al “crédito fácil”. “El elemento visual, por el cual la avalancha de productos importados que llenan las vitrinas y la calles, así como el boom de construcción de espectaculares centros comerciales y departamentos de lujo... proporcionarían la evidencia empírica para el elemento propagandístico”.⁷⁸ Además, el especulativo crédito fácil permitió el conocido eslogan de “lleve hoy y pague mañana”, generando a fines de los setenta una sensación de mejoramiento en las condiciones de vida de un sector de la población.

Estas consecuencias de la política económica no eran consideradas por los análisis del PC, los que urgidos por demostrar lo perjudicial que resultaba la dictadura para la mayoría del país, no se detuvieron a considerar los efectos que la naciente sociedad de consumo tenía durante esos años sobre la sociedad chilena, especialmente en la clase media. De ahí que a los ojos de hoy, la visión de la izquierda sobre el país aparezca errónea, con una acentuada óptica estructural en detrimento de otras variables. Con todo, es necesario complejizar las miradas sobre los análisis que realizaba la izquierda chilena en aquel período, pues efectivamente la pobreza aumentó durante estos años. Los efectos de la recesión económica hicieron disminuir los salarios, unido a las reformas regresivas de las políticas sociales, y hacían posible pensar que esta situación pudiera desencadenar en descontento popular.⁷⁹

Al igual que en los años anteriores, durante 1977 los informes internos remarcaban la existencia de acciones de protestas, pero sin ponerlas en el

contexto defensivo en que se encontraban los movimientos sociales. Seguramente por las necesidades de la política, no se quería ver la despolitización de la sociedad chilena y se prefería asignar a cada acción de protesta un carácter “heroico” (que lo tenía en el sentido de los peligros que ellas implicaban en tiempos que aún existía la DINA). La lucha por los derechos humanos comenzaba a cobrar relevancia en ese período. En marzo se informaba que “el Partido ha previsto la posibilidad de que las mujeres de los desaparecidos hagan una huelga de hambre de unos dos o tres días para presionar a la junta”, movimiento que se concretó efectivamente unos meses más tarde, cuando 26 familiares iniciaron en el sede de la CEPAL, entre los días 14 y 23 de junio de 1977, una histórica primera huelga de hambre denunciando la situación de sus padres, esposos e hijos.⁸⁰

En un recuento sobre la situación de los frentes de masas del PC a fines de 1977, quedaba en evidencia que la actividad político-social aún era muy restringida y limitada en sus alcances. Destacaba la actividad sindical, que desembocaría a mediados de 1978 en la creación, junto al PDC, de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), heredera de la antigua CUT; el trabajo cultural de los estudiantes universitarios; las primeras manifestaciones públicas de la Agrupación de Detenidos-Desaparecidos y las organizaciones territoriales de pobladores aglutinados en torno al problema de la cesantía, comedores populares y acceso a los servicios públicos.⁸¹ De todas ellas, la sindical fue la que tuvo mayor impacto público, pero como lo ha señalado una de las investigaciones más acabadas sobre el movimiento sindical en ese período, disminuyó la afiliación sindical, tanto por efecto de la reformas neoliberales como por la represión. Sin embargo, en opinión de esta misma investigación, la acción del sindicalismo ligado a la DC y a la izquierda, si bien no logró modificar la aplicación de las reformas neoliberales, “creó un clima internacional y nacional que presionaba para que el gobierno se viera en la necesidad de acelerar una propuesta normalizadora de la situación de ‘emergencia’ que se mantenía desde 1973”.⁸² Es decir, lo más que pudo lograr el movimiento sindical de la época fue acelerar un poco las medidas neoliberales que a la larga igualmente se iban a tomar. En 1979 se dictó el Plan Laboral, que debilitó aún más al movimiento sindical chileno.

Durante estos años avanzaron en el PC los exámenes críticos respecto a las “causas de la derrota” de la Unidad Popular. Es un hecho que lo militar en la política era un tópico ampliamente debatido en el PC. Como veremos en el siguiente capítulo de este trabajo, desde fines de 1973 surgieron las primeras iniciativas para indagar sobre las fuerzas armadas. Esto explica que la famosa tesis del “vacío histórico”, hecha pública en el pleno de Moscú en 1977, no haya significado una sorpresa en los núcleos dirigentes del PC. Era vox populi la formación de oficiales en Cuba y, como hemos visto, los primeros debates en torno al problema militar coincidían en las insuficiencias teóricas que se estimaba que el PC había incurrido especialmente en relación a la supuesta “neutralidad”, “constitucionalismo” o “profesionalismo” de los institutos castrenses chilenos. Este clima de consenso a nivel de dirección legitimaba el revisionismo de la “línea”, más aún cuando la dictadura daba muestras, a ojos objetivos y no ideologizados, de consolidación y proyección en el tiempo.

En el clima de cuestionamientos y reconocer “errores”, contribuyeron algunos artículos de miembros del Coordinador del Exterior publicados en medios oficiales del PC. Antes del pleno de 1977, Volodia Teitelboim señalaba, por ejemplo, la necesidad de contemplar la violencia como alternativa en caso de que la vía pacífica fuera inviable, de acuerdo a las condiciones políticas del proceso político. Si bien estas palabras parecían asumir mecánicamente las críticas soviéticas a la Unidad Popular, Teitelboim agregaba una conclusión teórica fundamental para las perspectivas de la lucha por el socialismo del mañana: “Es condición sine qua non de la viabilidad de la vía pacífica que la idea de la revolución gane la conciencia de la mayoría del pueblo y la impulse a la acción”. De manera involuntaria seguramente, las palabras del ex senador estaban en consonancia con el “Eurocomunismo”, que criticaba la falta de democracia en los socialismos reales y la necesidad de combinar socialismo y democracia: “Siempre hay que preocuparse de que el frente del cambio sea más fuerte que el de sus adversarios... Que lo derrote en la suma y en la organización de fuerzas tanto en el campo político, ideológico, cultural, propagandístico, en todas las esferas de la vida”.⁸³ La hegemonía, para concretarse, no debía ser solo cuestión de armas más o armas menos, sino del respaldo de la mayoría de la población.

Esta tesis podía implicar una interpretación crítica respecto a la caída de la Unidad Popular, porque se podía concluir que ésta no fue capaz de ganar las mayorías, razón última de su derrota, más allá de la existencia o no de resistencia armada por parte de los partidos y organizaciones de izquierda. La continuidad de la tradicional tesis comunista de las “alianzas amplias” se seguía validando, pero reconociendo las insuficiencias teóricas respecto al problema del poder. Por ello, Teitelboim concluía que “sin una política militar no hay posibilidad revolucionaria por ninguna vía. Para ello se convierte en deber esencial luchar por el cambio en el ejército, por hacer prevalecer en sus filas una mentalidad nacional y popular verdaderamente patriótica”.⁸⁴ En general, estas fueron las tesis expuestas en el pleno del Comité Central en 1977 y concordaban con un ambiente revisionista y autocrítico muy severo sobre la trayectoria política del Partido al interior del PC chileno.

Desde 1978 en adelante, ante la evidencia de que la dictadura no tenía “el ala rota”, como decían los comunistas, se abrieron camino las tesis más críticas dentro del PC, que señalaban errores teóricos de fondo en el análisis político de la Dirección. La posibilidad de “pensar de otra forma”, de liberarse de la supuesta infalibilidad de los dirigentes, la nueva vocación de no callar las dudas y opiniones, generaron las condiciones internas en el PC para modificaciones sustanciales de su línea política.

En el plano del desarrollo de la política del Frente Antifascista, el PC seguía optimista. En efecto, se visualizaba como avance un documento de la DC que convocaba a la unidad de la oposición, lo que se estimaba un punto de apoyo para el trabajo conjunto con los demócratacristianos. Sin embargo, las relaciones políticas con la directiva del PDC seguían desarrollándose a través de los abogados (Hugo Pavez por el PC, luego de la detención de Fernando Ostornol en 1975), y los propios comunistas reconocían que eran relaciones de carácter personales o con partes del partido, ya que “no hay autorización para estos contactos por parte de la dirección del PDC”.⁸⁵

Sin embargo, en la misma medida que los falangistas endurecían sus posiciones

ante la dictadura, mejoraban las comunicaciones con el PC. A fines de noviembre de 1977 la dirección interior recibió una “oferta oficial DC para coordinar el trabajo común contra la Junta. Actividad especial de Tomás Reyes, Máximo Pacheco, Narciso Irureta y Andrés Zaldívar”. Los interlocutores por parte del PC fueron la viuda de Pablo Neruda, Matilde Urrutia y el escritor Francisco Coloane. A fines de diciembre de 1977 eran reemplazados por la actriz María Maluenda, señalada por los informes internos del PC como integrante del Comité Central comunista en ese momento.⁸⁶

Por el lado del PC, estas primeras conversaciones oficiales con la Directiva del PDC, entregan dos dimensiones de análisis muy importantes para la historia del partido. Por una parte, provocaron divergencias entre la Dirección Interior y el Exterior. Como lo señalaban desde el Interior, Andrés Zaldívar le manifestó a los representantes comunistas que no estaba de acuerdo con los planteamientos que el Pleno de agosto de 1977 había hecho sobre la Democracia Cristiana.⁸⁷ La novedad radicó en la insubordinación desde el interior, que catalogó de desafortunadas las expresiones contenidas en el Pleno, dándole en parte la razón al dirigente DC: “Lo que se reclama –señalaba el equipo del interior– es que en los mismos momentos que el fascismo le pega a la DC, aparezcamos nosotros y nuestros aliados pegándole también; aunque sea correcto en el fondo, no lo consideramos así en la forma. En la base se desarrolla una fuerte política unitaria, y muchas veces podría ser ésta mayor, si no fuera por nuestras actitudes sectarias que vienen de cuestiones del pasado, que aunque no es bueno olvidar, no es bueno tampoco sacarlas a cada instante”. Reconociendo que sus opiniones eran “de fuerte crítica”, las consideraban “producto de la lucha ideológica que se desarrolla en el interior de nuestro Partido”.⁸⁸

Al mirar la historia del PC previo al golpe militar de 1973, cuando resultaba casi imposible descubrir diferencias políticas entre los integrantes de la Dirección del PC, los disensos de los “funcionarios” en aspectos de “la línea” constituían toda una novedad. De esta manera, a partir del cuestionamiento ético de no estar en la primera línea de batalla y de no tomar en cuenta a quienes sí lo estaban (que para los del interior se graficaban en la supuesta no invitación al pleno de 1977), ahora se sumaba una polémica sobre contenidos de la línea política. De esta manera, se conectaban dos hechos: desconocimiento de la realidad por parte de

la Dirección Exterior, lo que visto desde el Interior se reflejaba en el equivocado momento político para criticar a la Democracia Cristiana. Esta situación, unida a los murmullos que llegaban al exilio comunista chileno, referidos a “comodidad” de dirigir el partido desde el exterior, volvían inquietante la situación interna del PC.⁸⁹ De esta manera, la nueva actitud de la militancia comunista, que cuestionaba, criticaba y no acallaba críticas a la antiguamente sacrosanta dirección del PC, daba cuenta de un proceso de cambio y reconfiguración de las formas de vivir la militancia. Seguramente esta situación generada a fines de 1977, aceleró los planes de la CP en Moscú para reingresar a algunos de sus integrantes al país.

La segunda dimensión que dejaban de manifiesto las conversaciones con el PDC, era la reiterada negativa de este partido a concretar una alianza formal con los comunistas. Una explicación simplista podría remitirse al genético anticomunismo de la Falange, asociado al “purismo” alternativista que los caracterizó en la década de los sesenta. Pero incluso esa supuesta rigidez ha sido puesta en cuestión, demostrando que el PDC fue más pragmático de lo que tradicionalmente se ha sostenido.⁹⁰ En esta línea, se ha planteado que este rechazo estaría asociado a una problemática interna del PDC. Como suele ocurrir en los partidos políticos, la Directiva DC, convencida de pasarse a la oposición, debía evitar aparecer “izquierdizante” para evitar perder su base social de apoyo. En efecto, para los años 1977-1978, aún la base social demócratacristiana sería partidaria de la dictadura y si el partido se asociaba a la izquierda marxista histórica, le regalaría ese nicho al régimen militar. De esta forma, la Democracia Cristiana hubiese pasado a ser una fuerza secundaria en la alianza, hegemonizada mayoritariamente por los simpatizantes de izquierda.⁹¹

Si esta explicación es correcta, el problema político del PC arrancaba de no considerar el apoyo popular de la dictadura, proveniente de su mirada mecanicista sobre la economía (crisis económica = pérdida de apoyo popular). Es decir, en el caso de los comunistas, al considerar a la dictadura como un mero golpe reaccionario, le impidió dimensionar las reales posibilidades que tenía el “Frente Antifascista”. Acuerdos parciales en el frente sindical (el más afectado por las medidas económicas de la dictadura, al perder beneficios sociales ganados en el periodo anterior) eran posibles e incluso naturales que se dieran,

pero al parecer el Frente Antifascista “por arriba” era políticamente inviable.

Así, al momento que integrantes de la CP del PC recuperaron la Dirección del Interior, se enfrentaron a la realidad de una línea política que daba claros síntomas de estancamiento. Las reiteradas conversaciones con la DC llegaban siempre a punto muerto. Pero el optimismo comunista prefería mirar positivamente los acuerdos en la base social y en el mundo sindical, y entenderlos como la tendencia que primaría en la DC. Esa era la única alternativa que le quedaba para seguir sosteniendo la vigencia de su línea política.

La “ardiente impaciencia”: consolidación dictatorial y radicalización comunista (1978-1980)

Como ya lo hemos dicho, en medio de un contexto de suma urgencia, debido a la ausencia física de los integrantes de la CP, lo que comenzaba a generar roces y diferencias políticas entre el interior y el exterior, Gladys Marín y Manuel Cantero arribaron a Chile entre fines de febrero y principios de marzo de 1978. Desde el año anterior, pero sin contacto con los equipos de dirección interior hasta febrero de 1978, se hallaba en Chile Oscar Riquelme (“viejo Pablo”), miembro del CC y encargado militar del PC desde antes del golpe de estado de 1973. El exitoso proceso de la “Operación Retorno” significó la consolidación de la cúpula dirigente comunista en Chile. Así se constituyó el llamado Equipo de Dirección Interior (EDI), encabezado por Gladys Marín.

La primera comunicación de los recién ingresados Marín y Cantero data de junio de 1978, es decir tres meses después de su ilegal reingreso al país, señal de las extremas medidas de seguridad que se tomaron para evitar los errores de la primera fase de clandestinidad y, además, de las precarias condiciones que ambos debieron enfrentar durante esos meses: “La infraestructura que

encontramos para nuestra actividad es débil, poco segura y no reúnen (sic) todas las condiciones indispensables para ello”. Por ello, “la primera tarea ha sido la de crear una infraestructura adecuada apoyándonos en un equipo reducido que encabezará “Roberto” (Nicasio Farías), que llegó enfermo y tendrá que someterse a una operación a la vesícula”.⁹²

En efecto, al momento de la llegada de los integrantes de la CP, Nicasio Farías (“Héctor”) había viajado a Moscú, razón por la que el equipo interior estaba encabezado por Oscar Riquelme, Crifé Cid (“Mariana”) y Guillermo Teillier (“José”, “Roberto”, “Sebastián”). A ellos se sumaron Marín (“Alberto”, “Isabel”) y Cantero (“Segundo”, “Gastón”); luego estuvieron Héctor Acela (“Arturo”, “Alonso”), Oscar Azócar (“Ignacio”), Víctor Canteros, Hugo Fazio, Mario Navarro, Manuel Cancino, Moisés Labraña, Sergio Oyarzo (“Ítalo Rojas”), Osvaldo Huerta (“Adrián”), entre otros. Para levantar el trabajo de la Juventud Comunista, a mediados de 1978 reingresó la ex diputada Eliana Aranibar (“Ximena”) y al año siguiente fue reemplazada por Lautaro Carmona (“Camilo Contreras”), quien condujo la Jota hasta 1989. Estos nombres fueron el núcleo central que dirigió al PC en Chile hasta casi finalizar la dictadura.⁹³

Cuando a fines de 1978 el trabajo del PC recuperaba terreno, el principal problema de funcionamiento que detectaba el EDI estaba radicado en las débiles comunicaciones con el segmento exterior: “Nuestra única vía de contacto es Baires, con quien nos comunicamos con alguna deficiencia y contacto”. Con todo, se sacaban cuentas alegres acerca de la situación interna del PC, reflejado en el hecho de que “el equipo de dirección se hace pequeño para atender políticamente todo el trabajo”.⁹⁴

El principal objetivo de la Operación se cumplió, es decir se logró asentar de manera segura un grupo de dirección interior encabezado por integrantes de la CP, restituyendo las confianzas que habían mostrado señales de descomposición a fines de 1977. Se derrotaba a la Central Nacional de Informaciones (CNI), que había reemplazado a la DINA luego del homicidio en Washington de Orlando Letelier. Sin embargo, esto no significó la ausencia de problemas en la cúpula

del PC. Los años de represión, los golpes recibidos, el remezón teórico y emocional que sacudió al PC durante los setenta, había provocado situaciones nuevas. A poco andar en Chile, el EDI se sintió cuestionado por el llamado “Segmento Exterior” de la Dirección. El llamado que recibió “Segundo” a salir de Chile para que participara en el segundo pleno del CC realizado en 1979, fue tomado como una señal de desconfianza política. A pesar de los reclamos de Marín y del propio Cantero, éste último inició a mediados de 1979 la odisea de salir clandestino del país.⁹⁵ Poco tiempo después, el mismo camino debió iniciar Gladys Marín, lo que precipitó la indignada reacción de la ex secretaria general de la Jota. Desde el exterior se insistía que su viaje no respondía a desconfianzas políticas, sino por la necesidad de contar con información de primera mano sobre la realidad chilena, que se le viera públicamente en actividades en el exterior, para no despertar sospechas de que se encontraba radicada en el país y que participara en el Pleno del Comité Central de la Juventud Comunista, que en ese momento vivía fuertes pugnas de liderazgo.⁹⁶

Pero es necesario examinar con mayor profundidad esta disputa. La propia Gladys Marín señaló que la decisión de su reingreso a Chile implicó un fuerte debate en la CP. Tanto –en señal de que los tiempos del monolitismo comunista se acababa– que no se llegó a acuerdo y se tuvo que votar: “Aunque te parezca extraño, en la Comisión Política casi no se votaba. Las cosas eran por unanimidad”. Así, este nuevo debate, en apariencias formal, implicaba aspectos de fondo. Marín no compartía la decisión de mantener a la dirección del PC fuera de Chile: “Tú no puedes hacer política, no puede haber desarrollo del marxismo, actuando desde el exterior del movimiento concreto. A esa concepción le di una gran batalla en la Comisión Política del Partido”. Instalada en Chile, la fallecida líder comunista explica que al llegar empezaron “a hacer política todos los días acá, elaborar nuestros documentos, (lo que) crea la necesidad de confrontar la línea política con la realidad”. Para Gladys Marín, “ahí se muestra la insuficiencia de la línea que teníamos, de la línea de resistencia”. Todo esto en el contexto de que a quienes dirigían al PC dentro de Chile “no se nos reconocía como dirección, éramos solo el ‘equipo interior’”.⁹⁷

De esta manera, a los pocos meses de instalado en Chile el nuevo equipo de dirección interior, las diferencias sobre el retorno o no a Chile de integrantes de

la CP, siguieron profundizándose. ¿Cuál era la política que el PC necesitaba para terminar con la dictadura? El fracaso en conformar un Frente Antifascista hacía bullir la polémica dentro del PC. Una subjetividad preñada de impaciencia radicalizó las posiciones dentro de Chile.

A este cambio de subjetividad debe agregarse otro importante proceso que maduraría entre 1978 y 1980: el paulatino reconocimiento de la estabilización del régimen y la paradójica suerte corrida por las conversaciones con el PDC. Aunque en el terreno de la lucha de masas la subjetividad comunista creyó que su recomposición orgánica y la nueva voluntad de resistir de sus militantes abrirían camino a un rápido crecimiento del rechazo popular contra la dictadura, el PC reconocería su prolongación. En relación a la Democracia Cristiana, si bien las conversaciones se regularizaron, el PC se convenció del agotamiento de la línea del Frente Antifascista, viviendo sus estertores durante estos años.

Durante 1978 se repitió el discurso que combinaba las apreciaciones sobre una supuesta alza de la lucha de masas junto a la fragilidad de la dictadura, especialmente producto de la expulsión del Comandante en Jefe de la FACH Gustavo Leigh de la Junta Militar. Por cierto que la denuncia por la situación de los detenidos-desaparecidos y la creación de la Coordinadora Nacional Sindical marcaron un claro resurgir de la actividad política del PC.⁹⁸ Sin embargo, estas actividades aun estaban dentro de una dimensión de “resistencia”, en el sentido defensivo de la palabra. Sin duda valiosa por el eco que tuvo dentro y fuera de Chile, la tercera huelga de hambre de los familiares de los desaparecidos no despertó la movilización de miles en las calles. Este hecho hablaba tanto de la pasividad y apatía de la población, como de la vigencia del terror paralizante provocado sobre ella por la dictadura. En un informe interno, el PC reconocía que durante la huelga de hambre de los familiares de los detenidos desaparecidos, éstos se habían llevado todo el peso de la movilización, cuestión que no debía volver a ocurrir. En la próxima oportunidad, debía realizarse en medio de un movimiento de protesta más amplio y masivo.⁹⁹

Las otras actividades de protesta pública contra el régimen provenían desde los

sindicatos. En los yacimientos cupríferos de Chuquicamata y El Salvador se desencadenaron acciones reivindicativas, donde según el PC destacó que “comunistas y demócrata cristianos trabajaron juntos en la batalla que libraron y libran aun los mineros en defensa de sus conquistas”.¹⁰⁰ Esta tendencia se mantuvo durante 1979, cuando la aprobación del Plan Laboral, el cual debilitó al movimiento sindical y cercenó conquistas sociales de los trabajadores, fortaleció tanto tendencias unitarias en el movimiento sindical como su reactivación pública: “Se realizan gran cantidad de asambleas sindicales, se comienza la presentación de pliegos de peticiones, se logran acuerdos de paros y la realización de viandazos. Lo importante es que se logran victorias aunque sean pequeñas y temporales, como el caso de LAN. Ahí durante cinco días los trabajadores no entraron a los comedores, en señal de protesta por amenazas de despidos... Esa protesta requirió de una gran preparación...”. Asimismo, se destacaba el acuerdo unitario entre la Coordinadora Nacional Sindical (PC más sector PDC), la FUT (sector PDC), la CEPCH y la UNTRACH (“este acuerdo es lo más importante que ha ocurrido en este último tiempo”).¹⁰¹ Sin embargo en 1980 la celebración de un nuevo 1º de mayo marcó un estancamiento de la actividad sindical, reflejado en la no realización de un solo acto unitario.

Las apreciaciones del PC sobre el movimiento sindical deben ser explicadas desde una mirada de más largo plazo. Lo que en la coyuntura 1978-1980 los comunistas visualizaban como la recomposición del movimiento sindical, no eran sino expresiones de su tendencia a debilitarse. Las cifras de afiliación sindical, la pérdida de personalidad jurídica de varias federaciones sindicales en 1979, los cambios de la legislación laboral, unida a los cambios en el aparato productivo, determinaban la progresiva pérdida de influencia de los trabajadores organizados.¹⁰² Las propias acciones que los informes del PC destacaban como señal de recomposición, constituían más bien expresiones de la primaria y defensiva resistencia de los trabajadores organizados ante la ofensiva antisindical de la dictadura. De esta manera es posible concluir que el PC no lograba percibir la lógica del cambio impuesto, sobrevalorando la actividad de uno de los pocos sectores capaces de presentar oposición abierta a la dictadura. La consolidación de ésta –constatada con la realización del Plebiscito de 1980– demostraba que las manifestaciones sindicales de esta época, sin dudas valientes y osadas en el marco de la represiva respuesta gubernamental, estuvieron lejos de generar ingobernabilidad y la desestabilización del régimen.

Las manifestaciones de protesta callejera convocadas por el PC tampoco alcanzaban dimensiones de masas. El 4 de septiembre de 1979 el PC llamó a recordar el triunfo de Allende en 1970, actividad que terminó con 110 detenidos.¹⁰³ Así, luego de realizado el Plebiscito de 1980, el PC tenía que reconocer que los tiempos políticos no estaban para optimismo. A regañadientes, se reconocía el desaliento entre la militancia: un dirigente del MAPU OC anota expresiones de militantes DC en este sentido: “Lanzamos a Frei a la pelea y la gente no respondió...”, una militante PC nos dice: “Por lo que yo vi en Santiago, antes del 11, pensaba que la cosa iba a ser 50 y 50...” o ejemplos entregados por Pedro Felipe Ramírez en el sentido de que hay cansancio frente al atornillamiento de los militares... sugerente es la afirmación que se hace en el interior, que “las luchas no alcanzaron el nivel que nos proponíamos... sobre todo de la clase obrera”.¹⁰⁴ Era evidente el fracaso del llamado público que había hecho el PC previo al evento electoral del 11 de septiembre de 1980, en el sentido de que ante el Plebiscito de 1980 era necesaria “una amplia lucha de masas que convierta el repudio al fraude pinochetista, (en una)...batalla importante para avanzar hacia la derrota definitiva del fascismo en Chile”. Sin embargo, mientras en sus análisis internos se sopesaba de manera más realista el desaliento ante la fortaleza de la dictadura, en público se exaltaba una resistencia que en realidad era de menor escala de lo que indicaba el discurso comunista. Por ejemplo, en la víspera del Plebiscito de 1980, un dirigente comunista afirmaba que “el pueblo está dando una batalla política, se está expresando en mil formas, con manifestaciones callejeras, asambleas sindicales, pronunciamientos públicos, con grandes actos como el del ‘Caupolicán’”.¹⁰⁵

En realidad, la monserga acerca de la debilidad de la dictadura y del avance de la lucha de masas había comenzado a ser relativizado por el PC desde 1979, aunque con constantes tensiones discursivas. Desde el interior, todavía en 1979 se afirmaba que “la dictadura no se consolida ni se consolidará”, mientras esta se ufanaba del “milagro económico” chileno. Desde el exterior, en cambio, se creía que “...Pinochet no caerá solo si no se le echa abajo. Incluso, podría durar mucho tiempo. Su agonía es dable que se prolongue, que sea más de la cuenta. Es posible que se mantenga por ley de inercia...”.¹⁰⁶ En este marco de impaciencia y desaliento de la militancia producto de la proyección del régimen militar, el ocaso de la línea del Frente Antifascista se hacía evidente ante los ojos

de la militancia comunista.

La prolongación de la línea del Frente Antifascista, tal como lo hemos demostrado a lo largo de este capítulo, no fue producto de una simple terquedad política por parte de los comunistas ni una ceguera política de proporciones. Los avances en el movimiento sindical, el trabajo unitario surgido en torno a la defensa de los perseguidos políticos entre abogados del PC y el PDC, en un marco en que se definía un claro perfil opositor de los falangistas, eran elementos que hacían evaluar a los comunistas que su política tenía posibilidades de concretarse.

Con la aprobación de EDI, el integrante del CC del PC Luis Barría sostuvo a fines de 1978 una importante reunión con Andrés Zaldívar, entonces presidente de la Democracia Cristiana, en donde éste le comunicó al PC que su partido estaba elaborando una nueva estrategia opositora a la dictadura, denominada “consenso mínimo hacia la democracia”, basada en la experiencia antifranquista en España. Más tarde, en otro encuentro PC-PDC, Tomás Reyes, dirigente de este último partido, “volvió a tocar el tema del consenso y habló sobre un futuro gobierno de transición, manifestando que este tenía que ser breve y no podía, por lo tanto, pronunciarse sobre cosas trascendentes”.¹⁰⁷ En el análisis interno comunista, el EDI consideraba los planteamientos de Zaldívar como “altamente positivos”, ya que se trascendía –según ellos– la mera unidad de acción que hasta ese minuto primaba en la relación entre el PC y el PDC.

Intentando concretar la tesis comunista de transformar los acuerdos con la DC en “acciones”, dejando de lado aspectos teórico-programáticos, a fines de 1978 en una “carta no pública”, el PC le propuso a la Falange iniciar 1979 con un manifiesto unitario firmado por personalidades de todos los sectores instando al pronto retorno a la democracia. El presidente del PDC, Andrés Zaldívar rechazó la invitación, bajo el supuesto de que cualquier acuerdo político de los partidos opositores fortalecería al interior de las fuerzas armadas la posición de Pinochet. Otra razón entregada por Zaldívar fue que ambos partidos tenían profundas diferencias de orden filosófico, “al margen que Uds. no nos consideren tan opio

del pueblo y nosotros no los consideremos tan intrínsecamente perversos”, según habría afirmado el dirigente DC.¹⁰⁸ Sin embargo, el propio Zaldívar, en una reunión realizada el 18 de diciembre de 1978 y acompañado por Luis Pareto y Raúl Troncoso, propuso a cambio que el PC les entregara un documento con sus criterios sobre cómo enfrentar el plebiscito, que se podría convertir “en el acuerdo no suscrito referente a las cuestiones señaladas en él. Cada partido, agrupación o personalidad se adheriría a él individualmente. Se formaría un comando de convergencia con representantes de cada partido a fin de coordinar acciones...”.¹⁰⁹

A principios de 1979, sin embargo, las diferencias todavía eran importantes y se relacionaban con la imposibilidad de llegar a un acuerdo de gobierno post dictadura; cuestionaban la vigencia de la Unidad Popular, el pro soviétismo del PC chileno, la tesis de combinar formas de lucha (rechazo a la violencia) y enjuiciar con tribunales especiales a los militares violadores de los derechos humanos. Se exigía, además, que tras la caída de Pinochet, el PC no debería participar en el gobierno de transición, el que debería ser breve (de 4 a 6 meses) y llamar rápidamente a elecciones. En concreto, la directiva del PDC les había propuesto a los comunistas que durante el proceso de término de la dictadura, “nosotros deberíamos asegurar que no se produjeran un descontrol de las masas, en término de reivindicaciones, desórdenes, etc... (que) prestáramos apoyo a una salida democrática que contemplaría lo esencial de nuestros planteamientos, pero sin participación de gobierno”.¹¹⁰

En este contexto se explica la preparación de nuevas concesiones comunistas a dicho Partido, que el PC denominó “paso táctico”, el cual consistía en aceptar que la “unidad antifascista” que permitiera el fin de la dictadura no significaría un gobierno de transición que incluyera a los comunistas. Esta concesión parecía derribar los obstáculos políticos que habían impedido la unidad, por lo que la posibilidad de acuerdo con la DC parecía inminente.¹¹¹ La propuesta de aceptar esta demanda de la DC provino de la Dirección Interior. En un arranque de crudo realismo político, el EDI estimaba que el escenario político más probable para suceder a Pinochet sería “un gobierno de personalidades que incluya a militares en retiro y que se plantee la vuelta a la democracia restringida. Eso sería un paso adelante, porque incluso ese gobierno tendría que partir recogiendo algunas

aspiraciones que son comunes hoy a la mayoría”. Otra posibilidad era un gobierno “de algunos partidos políticos donde esté representada la derecha, la DC y algunos grupos socialdemócratas”, pues para una salida con la inclusión del PC “las uvas no están maduras”, según las propias palabras del EDI. Ellos planteaban que un análisis descarnado de la situación política, “nos lleva a mirar las cosas con realismo... (ya que era necesario) no confundir nuestros deseos, nuestra elaboración teórica, nuestra concepción de un auténtico gobierno antifascista, con lo que somos capaces de lograr en esta etapa”.¹¹² Desde esta perspectiva, el “paso táctico”, más que miopía política (en el sentido de no comprender la imposibilidad de un acuerdo con el PDC) o simplemente una derechización a secas de los comunistas, puede ser interpretado como un momento de realismo político que reconocía implícitamente la debilidad de la izquierda y la fortaleza de la dictadura. Esta constatación, sin dudas, estuvo en la base de la evolución hacia la izquierda de la línea política del PC, ya que justamente producto de su fortaleza, se comenzaba a asumir la necesidad de oponerse a Pinochet con mayor dureza y con nuevas formas de lucha. Así, el fantasma del Plebiscito del 80 y la institucionalización-prolongación del régimen militar, se relacionó, evidentemente con el proceso de radicalización de la línea política del PC.

Como es sabido, la apuesta política del PC fracasó. Influyó en esto que los comunistas no terminaban de asumir que el conjunto de “diferencias” planteadas por la PDC no eran solo de carácter táctico, sino estratégicos. La política de alianzas del PC partía del supuesto de mantener la Unidad Popular; tampoco se estaba dispuesto a ceder en el respaldo a la Unión Soviética ni a sus definiciones teóricas tradicionales (“marxismo-leninismo”). Aunque habían ratificado ser partidarios de una sociedad pluralista y con un sistema político multipartidista, la DC nunca dejó de cuestionar el compromiso democrático del PC. Así, el giro hacia la izquierda que vivían los comunistas hacia fines de los setenta –basado en el reconocimiento de la legitimidad del uso de la violencia política contra la dictadura– hacía simplemente inviable el acuerdo con el PDC. Como decíamos más arriba, los falangistas nunca estarían dispuestos a izquierdizarse teniendo en cuenta que parte de sus partidarios eran convencidamente anticomunistas. Por ello, a los demócratacristianos no les bastó la renuncia comunista a participar en el nuevo gobierno ni hacer acuerdos sin concretar un “frente” opositor. En definitiva, el PDC solo llegaría a acuerdos con una izquierda que renunciara a sus características y definiciones históricas tradicionales. Eso fue, justamente, el

proceso que se abrió camino durante la década de los ochenta, excluyendo sistemáticamente al Partido Comunista.

Mientras, la convicción interna y externa acerca de la necesidad de dar un salto en la lucha contra la dictadura se abría paso en la discusión al interior del PC. La evaluación de la “lucha de masas” durante 1979 era muy positiva, destacando que producto de su magnitud “han logrado resonancia internacional conquistando espacios en la prensa y en la TV de una serie de países”. Entre las principales expresiones de rechazo y descontento contra el régimen, se encontraban las romerías a los hornos de Lonquén, donde habían sido descubiertos restos de ejecutados políticos, la celebración del día de la Mujer el 8 de marzo, la salida callejera el 1º de mayo, las huelgas como las de Fensa-Madema y Good Year, las protestas de los familiares de los detenidos-desaparecidos, entre otras, las que demostrarían, según el PC, “un alza en el combate de la masas”. Por ello, las expectativas para 1980 eran altas, y en realidad impracticables, pues se proponía la meta de movilizar “a millones” (sic) para derribar al régimen.¹¹³

Durante 1980 dos aspectos pusieron de manifiesto las insuficiencias de la política comunista. En primer lugar, la falta de un método que permitiera ponerle fin a la dictadura. ¿Qué provocaría la renuncia de Pinochet?; ¿las huelgas y las manifestaciones callejeras? En algunos documentos de la dirección del PC conducida por Víctor Díaz López, se había mencionado como modelo la caída de Carlos Ibáñez en 1931, provocada por las protestas populares que vinieron junto a la crisis económica de aquella época. El Chile de 1980 vivía el espejismo del “boom económico” y estaba gobernado por unas fuerzas armadas ideológicamente muy distintas a las de los tiempos del primer gobierno de Ibáñez, por lo que el ejemplo parecía del todo inconveniente. Entonces, ¿cómo caería Pinochet? El centro de las conversaciones entre comunistas y demócrata cristianos era cómo dirigir el gobierno de transición post dictadura, incluido el debate de aspectos programáticos. Pero sobre la manera de llegar a ese escenario solo se aludían generalidades referidas a la acción casi mesiánica de las masas. Esta falta de método comenzó a ser rellenado durante 1980 con frases referidas a la necesidad de “aumentar” el grado de las acciones de masas, que desembocarían en el conocido discurso de Corvalán sobre la legitimidad de la

“violencia aguda” en septiembre de 1980. Pero antes de ello, más de algún analista cuidadoso avizoró el giro comunista, ya que varios meses antes del discurso de Corvalán, en otra declaración pública el PC llamaba a “dejar de lado las vacilaciones... Será la lucha de masas la que abrirá el camino a la nueva democracia. En esa lucha caben diversos métodos, a condición de que ellos ayuden a la movilización de nuevas fuerzas, traigan agua al molino del pueblo y no la acarreen al de la tiranía”.¹¹⁴

El segundo aspecto en donde la política del PC no dio cuenta de lo que realmente había pasado en el país, se centró en sus expectativas de alza de la lucha de masas. Por el contrario, en 1980 el estado de ánimo de los opositores al régimen era de desaliento producto del rechazo sistemático de la DC a la unidad y el estupor de no poder detener la proyección del régimen. Reflejando esta situación, los comunistas intentaban revertir esta situación, llamando a no desmayar y a evitar el fatalismo. El estado de ánimo del llamado “movimiento de masas” claramente había decaído respecto al año 1979, ya que el movimiento sindical, uno de los principales barómetros de su activación, tuvo un lamentable 1º de mayo: sin unidad y en medio de mutuas recriminaciones públicas entre sus distintas corrientes.¹¹⁵ Si la unidad se extraviaba en el frente donde se habían registrado históricamente las mejores condiciones para desarrollar la “unidad antifascista” y, por lo demás, donde la unidad PC-DC era realidad tanto al interior de la CNS como entre ésta y las otras organizaciones de trabajadores (FUT, CEPCH, UNTRACH, etc.), para los otros frentes de masas las perspectivas eran aún más oscuras.

Los primeros días de septiembre de 1980, Luis Corvalán proclamaba que el Partido Comunista se declaraba partidario de utilizar todas las formas de lucha para poner término al régimen militar, incluida la “violencia aguda”. Sin señalarlo explícitamente, los comunistas dejaban atrás la idea del “Frente Antifascista”, concepto que no volvería a ser utilizado, aunque se siguió insistiendo en la unidad de todos los opositores al régimen. Sin embargo, el rechazo demócratacristiano se acentuó luego de este llamado, junto con el resquebrajamiento de la unidad con los socialistas. Los esfuerzos unitarios del PC terminaban en 1980 con un saldo negativo.

En la génesis de la cuestión militar en el PC estuvo presente el sentimiento de recuperar la dignidad, de no dejar caer los brazos, de profunda preocupación ante el desánimo generalizado entre la militancia y en los frentes de masas. ¿Hasta cuándo se esperaría al PDC?; ¿cuánto influyó el rechazo Demócrata Cristiano de concretar una alianza con el PC en la génesis de la Política de Rebelión Popular? Imposible saberlo, pues el elemento que por sobre todo explica su hegemonía al interior del PC se relacionó con la prolongación de la dictadura. La desesperación y la impaciencia por no avizorar su finalización precipitó la decisión política comunista de golpear el cuadro político para reimpulsar la lucha contra el gobierno militar. En este marco, la responsabilidad DC se remite a no haber generado condiciones de unidad con los comunistas durante los setenta. Aparte de lo altamente inviable que dicho acuerdo tenía durante los setenta, la derrota de la Unidad Popular y del movimiento popular fue de tal magnitud en 1973, que probablemente, incluso lograda la ansiada unidad, la dictadura igual hubiera seguido camino hacia su institucionalización.

Mientras tanto, un par de meses después del discurso del secretario general el 3 de septiembre en Moscú, la dirección en el exterior puntualizaba al interior cuál debía ser la interpretación correcta de la nueva orientación. Primero, evitar una “visión izquierdizante de nuestra política... Esta visión equivocada podría expresar en menosprecio de lo que ha conquistado la lucha política de masas y el valor siempre determinante que ella tiene en el enfrentamiento a la dictadura...”.¹¹⁶ Este aspecto era algo incuestionable para todos, lo que habla de un fracaso relativo de la política del “Frente Antifascista”, pues se consideraba que esta había permitido el desarrollo de la influencia del PC y de la protesta contra el régimen, aunque se hacía insuficiente ante la nueva realidad determinada por el reconocimiento de la consolidación de la dictadura. La línea del Frente Antifascista hizo su camino en la vida partidaria, ratificando su tradicional apego a la “lucha de masas”, ya fuera gremial o política, pero que históricamente –inclusive en los momentos más difíciles de la represión dictatorial– permitió al PC su inserción en la base social. En este sentido, la cultura política comunista –“recabarrenismo” como lo hemos llamado en este libro– era un valor agregado del acervo histórico comunista, que le permitió sobrevivir en tiempos de represión y comenzar a desarrollar “nuevas formas de lucha” contra la dictadura. El “recabarrenismo” fue el pilar en torno al que

surgió la nueva política, la que no significó una tábula rasa de esta tradición histórica comunista. La combinación de las antiguas tradiciones partidarias con la nueva mística de la “rebelión popular”, hizo resurgir la pasión revolucionaria, reforzando la subjetividad política para hacer frente a una dictadura más fuerte que lo presupuestado durante los primeros años posteriores al golpe militar de 1973.

Las indicaciones de la dirección en el exterior eran precisas respecto a los alcances del discurso de Corvalán. Era equivocado interpretarlo como “un cambio de nuestra línea y transformarla en un elemento mágico para terminar con Pinochet. Puede surgir en algunos la creencia de que el Partido está llamando a la insurrección armada para momentos próximos”. Según la dirección exterior, estos análisis “carecen de realismo”, pues lo que estaba planteando era “un proceso de preparación que debe pasar por distintas etapas, cuyos plazos no pueden prefijarse”. Por ello, debía evitarse “todo brote de sectarismo y cualquiera prepotencia respecto de nuestros aliados y de subestimación del rol que la Democracia Cristiana y los católicos pueden jugar en el enfrentamiento a Pinochet”. Por esta razón se enfatizaba que la tesis de la unidad para terminar con el régimen estaba absolutamente vigente: “La unidad es indispensable, es una idea y una práctica central de nuestra política. No debemos olvidar nunca la necesidad de la acumulación de fuerzas, en función de objetivos antifascistas y democráticos amplios”.¹¹⁷

De esta manera, 1980 terminaba para los comunistas con lo que la dirección exterior consideraba un “complemento” a la línea del Frente Antifascista. Para el Interior, derechamente era un cambio de línea.¹¹⁸ La diferencia hundía sus raíces en una valoración diferente de la trayectoria del “Frente Antifascista”. Ambas visiones reconocían su importancia en la lucha contra la dictadura, especialmente en el ámbito social, en donde sus progresos habían permitido la reactivación del movimiento sindical. Sin embargo, ante una dictadura que se consolidaba, el matiz político surgía respecto a la profundidad de la “insuficiencia” de esta línea. Para el exterior, era necesario “reanimar” la lucha de masas a través de “acciones audaces”, prosiguiendo los intentos unitarios con la Democracia Cristiana. Para el Interior, la insuficiencia era de tal magnitud, que el llamado a la “rebelión” implicaba una nueva línea política, en donde toda

la lucha de masas debía ser una gran “acción audaz”, independiente de su carácter (legal o ilegal, pacífico o violento). Así, más allá de la unidad “por arriba”, la unidad “por abajo” abriría camino a una perspectiva insurreccional de masas combinando todas las formas de lucha. Además, la posibilidad de pensar un cambio de línea había implicado también una modificación de la forma de ser comunista. Compartiendo el fundamento básico (la creencia en la sustitución del capitalismo por el socialismo), la mentalidad crítica y el cuestionamiento de un conjunto de creencias que complementaban la identidad política del PC, convirtieron a la nueva política de la “rebelión popular” en la “Renovación Comunista”. Para este proceso, es necesario indagar el proceso intelectual de este cambio, ligado al exilio comunista en los países del campo socialista.

[1 Moulian, Chile, anatomía de un mito, op. cit.; Samaniego, “Lo militar... op. cit.; Bascuñán, op. cit. Desde otra óptica, también se invisibiliza su desarrollo en Álvarez, Desde las sombras... op. cit.](#)

[2 Manuel Antonio Garretón, “La oposición política y el sistema partidario en el Régimen Militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición”, en Paul Drake e Iván Jaksic \(Editores\), El difícil camino a la democracia en Chile, 1982-1990 \(FLACSO, 1993\), 397 y Gabriel Salazar y Julio Pinto, Historia contemporánea de Chile, volumen V Niñez y Juventud \(Construcción cultural de actores emergentes\) \(LOM ediciones, 2003\), p. 236.](#)

[3 La cita de Zorrilla en Don Américo. Un chileno comunista. Homenaje póstumo. s/r, 1992, p. 52. Los datos siguientes en “Información de la Dirección del Partido Comunista de Chile para el equipo Coordinador Central del Trabajo Exterior del Partido. Abril de 1974”. Archivo interno del Partido Comunista, en adelante AIPC.](#)

[4 Hemos detallado la represión contra el PC durante estos años en Álvarez, Desde las sombras... op. cit.](#)

[5 Carta de Dirección al Coordinador del Exterior, 29 de julio de 1974. “Emilio” era el nombre del PC en el interior de Chile. AIPC.](#)

[6 Entrevista con Guillermo Teillier 24/06/2005. “Cabezas” es el oficial de la Fuerza Aérea Edgar Ceballos Jones.](#)

7 “Cuenta Antonio viaje Argentina, 16 de junio 74” (manuscrito, 7 páginas). AIPC.

8 “Reunión del Secretariado iniciada el 26 de abril del 75”. AIPC. Entrevistas con Ramón Vargas (04/10/2006) y con Sergio Ovalle (02/07/2006).

9 En ellas fueron detenidos los integrantes de la Comisión Política Jorge Muñoz, Uldarico Donaire, Víctor Díaz, Mario Zamorano; los del Comité Central Jaime Donato y Lenín Díaz y las “enlaces” de la Dirección del PC Elisa Escobar y Eliana Espinoza. “A la Dirección del Partido Comunista de Chile del Coordinador del Exterior, 25 julio de 1976”. Manuscrito. AIPC. En marzo había sido secuestrado José Weibel, recientemente promovido a la Dirección y subsecretario general de las JJ.CC. antes del golpe de Estado.

10 “Conversación con Ernesto, 26 de enero de 1980”, p. 2. AIPC.

11 Carta de Eliana Ahumada, sin título y fecha. Probablemente de principios de 1977, cuando ya se hallaba en el exilio.

12 Jorge Texier, “Biografía, apuntes personales”. 2006. Inédito. Agradezco al autor haberme facilitado este texto.

13 “Conversación con Ernesto, 26 de enero de 1980”, p. 4. AIPC.

14 “Carta de Eliana Ahumada”, p. 4. AIPC.

15 Al respecto, ver Mónica González y Héctor Contreras, Los secretos del Comando Conjunto (Ediciones del Ornitorrinco, 1991).

16 Thomas Molnar, La izquierda vista de frente (Unión Editorial, 1973), p. 42.

17 Carta de “Ricardo” (Marcel Garcés) a Volodia Teitelboim, Santiago, 26 de noviembre de 1973. AIPC.

18 Carta de “Ricardo” (Marcel Garcés) a Volodia Teitelboim, Santiago 8 de octubre de 1973. AIPC.

19 Caso de violación a los derechos humanos ocurrido en octubre de 1973 y considerado uno de los más emblemáticos de toda la dictadura. Más de setenta personas fueron ejecutadas sumariamente en diversas ciudades de Chile por una

comitiva militar encabezada por el general Sergio Arellano Stark. Ver de Patricia Verdugo, Los zarpazos del Puma (CESOC Ediciones, 1989).

20 Carta de “Ricardo” (Marcel Garcés) a Volodia Teitelboim, Santiago, 10 de noviembre de 1973. AIPC.

21 “JJ.CC. Información recibida el 21 de diciembre de 1973” (manuscrito, 9 páginas). AIPC.

22 “JJ.CC. Información recibida el 21 de diciembre de 1973”. AIPC.

23 Al respecto, ver Verónica Valdivia, El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980 (Lom ediciones, 2003).

24 Carta de “Ricardo” (Marcel Garcés) a José Miguel Varas, Santiago, 8 de marzo de 1974. AIPC.

25 Guillermo Campero y José A. Valenzuela, El movimiento sindical en el Régimen Militar chileno, 1973-1981 (ILET, 1984), p. 189.

26 Carta de “Andrés” (Comunicación del Interior al exterior). Fecha estimativa, junio-julio 1974. AIPC.

27 Carta del interior al exterior, dirigida a “Sergio”, 28 noviembre de 1974. AIPC.

28 Carta de “Osorio” a “Sergio” (Comunicación Interior al exterior), 21 de agosto de 1974. AIPC.

29 “Reunión del Secretariado iniciada el 26 de abril del 75”. AIPC. Sobre la debilidad de la dictadura, por ejemplo en el “Informe Central a la Reunión del Coordinador, 30 mayo-1º junio 1975”, (AIPC) de las JJ.CC. se consideraba que la dictadura había “fracasado”, producto de los pésimos indicadores económicos (“inflación, caída de los ingresos y del consumo, cuasi ausencia de inversión, la disminución del gasto público”). Como es sabido, en abril de 1975 Jorge Cauas había iniciado la aplicación de las primeras medidas monetaristas, precursoras del neoliberalismo en Chile.

30 “Reunión del Secretariado iniciada el 26 de abril del 75”. 7 y 16. AIPC. En el informe se mencionaban a las siguientes Federaciones en funcionamiento:

minera, cobre, metalúrgica, textil, construcción, plástico, cuero y calzado, semifiscales, bancarios, ferroviarios, salud, municipales, pensionados, panificadores, dulces, empleados de comercio, CEPCH, entre otras.

31 Nos referimos al polémico documento público “El ultraizquierdismo, caballo de troya del Imperialismo”, contenido en Los comunistas hablan desde Chile. Este párrafo puede considerarse una síntesis de las visión que públicamente había hecho el PC sobre las “causas de la derrota” de la UP.

32 Estas materias las trataremos en profundidad en el capítulo siguiente. Sobre los chilenos en Cuba, Viviana Bravo y Rolando Álvarez, “La memoria de las armas. Una historia de los combatientes en Nicaragua”, Lucha Armada en la Argentina n° 5, 2006.

33 “Intervención de V. Teitelboim, en representación del PC de Chile, en la reunión del XV Aniversario de la “Revista Internacional” en Praga. 2. AIPC. Las cursivas son nuestras. La cita sobre Ponomariov “Pleno acuerdo con la línea política” (comunicación del exterior al interior), fecha estimativa, mediados de 1975. AIPC. En el capítulo siguiente nos extenderemos sobre las críticas de Ponomariov.

34 Por oposición, Orlando Millas, otro histórico de la CP del PC, describe irónicamente a Teitelboim como “teórico y autor de una nueva orientación política”. Además, relata su tajante rechazo a las críticas del PCUS al PC, representadas por las ya mencionadas palabras de Boris Ponomariov. Millas, Una digresión, 188 y ss. Millas puede ser considerado como el máximo defensor de la cultura política comunista pre 1973 y por lo tanto, tenaz opositor a su reconfiguración. Eso explica su rechazo a la Política de Rebelión Popular de Masas durante la década de los '80. En la segunda parte de esta tesis ahondaremos en este punto.

35 Comunicación Dirección del PC al Coordinador del Exterior, fecha de recepción 31 de enero de 1975. AIPC.

36 Comunicación Dirección del PC al Coordinador del Exterior, junio 1975, recibido el 7 de julio de 1975. AIPC.

37 Es posible encontrarla en Boletín del Exterior del Partido Comunista de Chile n° 16, marzo-abril de 1976, p. 9 y ss.

38 Citas extraídas de Moulian y Guerra, Eduardo Frei M (1911-1982). Biografía de un estadista utópico, p. 275.

39 Nos hemos basado en Yocelovsky, op. cit., p. 174 y ss.

40 Carta de “Ricardo” (Marcel Garcés) a Volodia Teitelboim, Santiago, 20 de diciembre de 1973. AIPC.

41 Los abogados comunistas en ese período estaban encabezados por Fernando Ostornol. Entre otros, participaban en aquel período Graciela Alvarez, Ramón Vargas, Carlos Monreal, Orlando Velásquez, Juan Pavín, Hugo Pavez, Jaime Labarca y Héctor Basualto. Por la DC destacó el papel de Jaime Castillo Velasco. Información proporcionada por Ramón Vargas 04/10/2006.

42 Entrevista con Sergio Ovalle 02/07/2006.

43 Entrevista con Ramón Vargas 04/10/2006.

44 En esto coinciden los testimonios de Sergio Ovalle y Ramón Vargas.

45 “Información de la Dirección del Partido Comunista de Chile para el equipo Coordinador Central del Trabajo Exterior del Partido. Abril de 1974”, pp. 3 y 4. AIPC.

46 “Información de la Dirección del Partido Comunista de Chile para el equipo Coordinador Central del Trabajo Exterior del Partido. Abril de 1974”, p. 4. AIPC.

47 Comunicación del Interior al Exterior, fecha estimativa septiembre-octubre de 1974. AIPC.

48 “Reunión con Kursov. 14/09/1974” (manuscrito). AIPC. PN, Partido Nacional; PDC, Partido Demócrata Cristiano; PR, Partido Radical; IC, Izquierda Cristiana.

49 Yocelovsky, op. cit., p. 182.

50 “Reunión del Secretariado iniciada el 26 de abril del 75”, p. 6. AIPC.

51 “Informe Central a la reunión del Coordinador. 30 de mayo-1º junio 1975”, p.

12. AIPC.

52 “Informe Interior al Exterior. Fecha estimativa, marzo-abril 1975” (manuscrito) e “Informe Interior al Exterior. Recibido el 25.03.1975”. Ambos en AIPC. En este último documento se señalaba que los puntos con mayor probabilidad de acuerdo eran “la plataforma mínima suscrita por las principales federaciones de ellos y nosotros, un salario mínimo, desde luego no el actual; impedir la cesantía; impedir los despidos y las censuras de los dirigentes sindicales...la petición de prórroga para la discusión del famoso Estatuto Social de la Empresa”, entre los puntos más importantes. Se abría la discusión además para crear un organismo que superara a la CUT, lo que puede considerarse las primeras discusiones que dieron origen a la Coordinadora Nacional Sindical en 1978.

53 “De Coordinador del Exterior a Dirección del PC, enviada el 5 de enero de 1976”. AIPC. El documento está cifrado. Entre corchetes, el significado de palabras en clave.

54 “A la Dirección del Partido Comunista de Chile del Coordinador para el Exterior PC de Chile. 25 de julio de 1976”. AIPC.

55 “De Coordinador del Exterior a Dirección del PC, enviada el 5 de enero de 1976”. AIPC.

56 Cita de carta de Eliana Ahumada, p. 10. AIPC.

57 Entrevista con Ramón Vargas 04/10/2006.

58 Ibid.

59 Texier, “Biografía, apuntes personales” y entrevista con Ramón Vargas 04/10/2006.

60 “Evaluación de la situación actual en Chile y la organización de la lucha de resistencia antifascista en el país. 29 de marzo de 1977”. AIPC.

61 Texier, “Biografía, escritos personales”.

62 Ibid. Este Hernán Soto no corresponde a quien fuera subsecretario de Minería de Salvador Allende.

63 “De la Dirección exterior a la Dirección interior, 22/05/77”. AIPC. Correa Arce era dueño de un quiosco en el centro de la ciudad de Santiago. Es necesario apuntar que en el marco de la coordinación de los organismos de seguridad de las dictaduras de la época, la “eficiencia” de éstos fue notable, ya que pasaron solo tres días entre la caída del grupo en Buenos Aires y el secuestro de Enrique Correa Arce. Sobre este caso, ver detalles en Alvarez, Desde las sombras.

64 “De la Dirección Exterior a la Dirección interior, 08/06/77”. AIPC.

65 Texier, “Biografía, escritos personales”.

66 Ibid.

67 Entrevista con Guillermo Teillier 25/06/2005.

68 Ibid.

69 “Informe del Interior entregado directamente por el CAM. Juan José Correa”. AIPC. Unos meses antes otro informe del interior señalaba que el PC contaba con 14 mil militantes distribuidos en 1200 células. “De Dirección Interior a Dirección Exterior, 21 de junio de 1977”. AIPC.

70 “De la Dirección interior a la Dirección exterior, 10/11/77”. AIPC.

71 Los contenidos de este pleno los analizamos en profundidad en nuestro citado trabajo Desde las sombras.

72 “A la Dirección interior, noviembre de 1977”, p. 2. AIPC.

73 Estando en Moscú en marzo de 1978, Nicasio Farías manifestó estas críticas a la plana mayor del PC, cuyos contenidos apuntaban a la “inacción” del PC y a la necesidad de “dar la pelea” con nuevas formas de lucha. Ver Álvarez, Desde las sombras. Capítulo X.

74 “El 55 aniversario del Partido y las tareas del momento”. Boletín del Exterior. Partido Comunista de Chile, nº 21, enero-febrero 1977, p. 5.

75 “Evaluación de la situación actual en Chile y la organización de la lucha de resistencia antifascista en el país. 29 de marzo de 1977”, p. 1. AIPC.

76 “Informe del Interior entregado directamente por el CAM. Juan José Correa”, p. 2. AIPC.

77 Las citas en Roberto Zahler, “La inflación chilena”, en Roberto Zahler et al., Chile 1940-1975. Treinta y cinco años de discontinuidad económica (Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, s/f), p. 57.

78 Patricio Meller, Un siglo de economía política chilena (1890-1990) (Editorial Andrés Bello, 1996), p. 197.

79 Pilar Vergara, Políticas hacia la extrema pobreza en Chile. 1973/1988 (FLACSO, 1990).

80 “La Dirección del Interior comunica lo siguiente. Cable recibido 15/03/77”. AIPC. Sobre la historia de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, ver 20 años de historia de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Chile. Un camino de imágenes...que revelan y se rebelan contra una historia no contada (Corporación AFDD, 1997).

81 Los contenidos y las citas de este párrafo provienen de “Informe del Interior entregado directamente por el CAM. Juan José Correa”. AIPC; “De Dirección interior a Dirección Exterior, 21 de junio de 1977”. AIPC y “De la Interior a la Dirección Exterior, 8 de diciembre de 1977”. AIPC.

82 Campero y Valenzuela, El movimiento sindical... op. cit., pp. 163 y 267.

83 Volodia Teitelboim, “Más sobre el caso chileno”, en Boletín del Exterior. Partido Comunista de Chile, nº 21, enero-febrero 1977, pp. 20 y 24.

84 Ibid. 37.

85 “Evaluación de la situación actual en Chile y la organización de la lucha de resistencia antifascista en el país”, p. 5. AIPC.

86 “De Dirección Interior a Dirección Exterior, cable recibido 23/11/77”. AIPC.

87 “De Dirección Interior a Dirección Interior, 8 de diciembre de 1977”, p. 2. AIPC.

88 “De la Dirección Interior. Respuesta al cable enviado por el compañero Luis

Corvalán a la Dirección Interior el mes de noviembre de 1977". AIPC.

89 Sobre estos murmullos, ver Corvalán, De lo vivido y lo peleado... op. cit.

90 Moulian, Fracturas... op. cit.

91 Yocelevezky, op. cit., pp. 189-190.

92 Comunicación del Interior al Exterior 22/06/78 (fdo) Segundo (seudónimo de Manuel Cantero). AIPC.

93 Es necesario aclarar que Fazio estuvo en Chile entre 1981 y 1982, reemplazando a Gladys Marín, quien había sido llamada a discutir la línea del PC en Moscú. Luego, el economista volvió al exilio. Por su parte, Navarro también tuvo una presencia pasajera en Chile a mediados de la década, volviendo al extranjero en donde tuvo bajo su responsabilidad el frente sindical. Víctor Canteros salió del país a principios de los ochenta. Al respecto, ver Corvalán, De lo vivido y lo peleado... op. cit., y Gladys Marín, Regreso a la esperanza, op. cit.

94 Comunicación del Interior al Exterior 02/10/78. AIPC.

95 Comunicación del Exterior al Interior 15/01/79. AIPC.

96 Comunicación del Exterior al Interior 10/08/79. AIPC.

97 Gladys Marín. Entrevista... op. cit., pp. 42 y 46.

98 La actuación política del PC durante 1978 la abordamos extensamente en Desde las sombras, capítulo X.

99 Citas en Comunicación del Interior al Exterior 22/06/78 (fdo) Segundo (seudónimo de Manuel Cantero). AIPC.

100 Comunicación del Interior al Exterior 21/10/1978. AIPC.

101 Comunicación del Interior al Exterior 30/03/1979. AIPC.

102 Al respecto, ver el completo análisis de Campero y Valenzuela, op. cit.

103 Comunicación del Interior al Exterior 06/09/1979. AIPC.

104 “Resumen de la discusión” (Informe del Exterior al Interior, fecha probable octubre 1980). AIPC.

105 Ambas citas en “Entrevista a Raimundo Aliaga, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile” en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior nº 44, noviembre-diciembre 1980, 11 y 12. Se refiere al único acto público autorizado por la dictadura para los partidarios del “No” en el plebiscito. El único orador fue el ex Presidente Eduardo Frei Montalva.

106 Primera cita en Comunicación del Interior al Exterior 20/02/1979. AIPC; sobre el “milagro económico”, Pilar Vergara, Auge y caída del neoliberalismo en Chile (FLACSO, 1985), p. 184 y ss; Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, 1979, p. 55.

107 “Comunicación del Interior al Exterior 02/10/1978”. AIPC.

108 “Comunicación del Interior al Exterior, febrero de 1979”. AIPC.

109 “Conversaciones con la DC, febrero de 1979”. AIPC.

110 Ibid.

111 “Reunión de dirección interior, primeros días de enero 1979”, p. 1. AIPC.

112 “Comunicación del Interior al Exterior, 30 de marzo de 1979”. AIPC.

113 “Balance de la lucha de masas 1979-1980”, pp. 1, 8 y 9 AIPC.

114 “Declaración del Partido Comunista de Chile, Santiago junio de 1980” en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior nº 42, julio-agosto 1980, 13. El subrayado es nuestro.

115 Ibid., p. 10; Álvarez, Desde las sombras, capítulo XII.

116 “Comunicación del Exterior al Interior” (fecha probable noviembre de 1980), p. 6.

117 Ibid., p. 6.

118 Ver la entrevista a Gladys Marín realizada por Claudia Korol, op. cit.

Capítulo 4.

La renovación comunista y los orígenes de la Política de Rebelión Popular de Masas¹

El contexto político y social en el cual surgieron las primeras visiones que posteriormente dieron paso a la PRPM, estuvo marcado básicamente por el exilio chileno en distintos países socialistas. En la Unión Soviética, altos dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética plantearon que su par chileno no había sabido “defender” la revolución; los cubanos, por su parte, tomaron la iniciativa de ofrecer formación militar a los jóvenes comunistas residentes en la isla; finalmente, la República Democrática Alemana también prestó apoyo logístico y teórico sobre estas materias, convirtiéndose en el epicentro de la teoría y de la política del PC en la década de los setenta, dejando atrás en el proceso de debate de los nuevos diseños de la política partidaria a la Vieja Guardia comunista, concentrada en Moscú.

En torno al exilio chileno en la RDA, se han tejido una serie de leyendas negras, alimentadas tanto por medios de prensa chilenos como por ex militantes que han lucrado “denunciando” su experiencia en la RDA. Es el caso del ex comunista Roberto Ampuero, quien a través de una novela autobiográfica describió su experiencia en ese país europeo y en Cuba. Ampuero enfatiza tres lugares comunes que normalmente se destacan de los países socialistas: la falta de democracia, la excesiva presencia de la seguridad política (la Stasi) y las condiciones de vida en Berlín oriental, definitivamente inferiores a las de sus vecinos del Occidente capitalista. Además, señala un hecho que fue propio de la experiencia de los chilenos en la RDA, la llamada “proletarización” de la militancia comunista chilena, que consistió en el envío de profesionales a trabajar como obreros en fábricas de la RDA. Sobre esta base, se ha insistido en la injerencia externa en el origen de los grupos armados del PC, especialmente proveniente de la RDA y Cuba.²

El régimen comunista en la RDA fue impuesto por las fuerzas de ocupación del Ejército Rojo perteneciente a la Unión Soviética, constituyéndose en la capital de la “Guerra Fría”, donde se miraban cotidianamente las dos fuerzas armadas enemigas, la capitalista y la comunista. Como lo señala Hobsbawm, la RDA era uno de los países de la “línea más dura” dentro del campo socialista, en alusión a su resistencia a realizar reformas democráticas.³ Sin desconocer la faceta opresiva del régimen encabezado por Eric Hönecker, lo que se pretende desconocer fue la solidaridad económica y física que este país prestó a hombres, mujeres y niños perseguidos en Chile. La ayuda fue vasta y es posible desagregarla en dos aspectos medulares: ayuda institucional a los partidos (por cierto que no solo al Comunista) y ayuda a los exiliados y sus familias.

En el caso de los partidos de izquierda, es conocido el caso del entonces secretario general del Partido Socialista, el senador Carlos Altamirano Orrego, rescatado de la represión en las primeras semanas de dictadura gracias a la labor operativa de la Stasi. En el caso del PC, funcionarios de la embajada de la RDA en Chile siguieron trabajando ocultos en la de Austria. A través de ella, prestaron dos ayudas fundamentales al PC clandestino: recursos económicos y fluida comunicación con el exterior. En la RDA, el estado alemán puso a disposición del PC una serie de instancias para ayudarlo a recomponerse y reorganizarlo, tal como lo hizo con los otros partidos pertenecientes a la Unidad Popular.⁴ Las iniciativas de parte de los alemanes fueron numerosas y algunas de ellas muy influyentes en el curso que seguiría la historia del PC en dicho país. Por ejemplo, las escuelas de cuadros “Wilhelm Pieck”, a las que acudían militantes de todos los partidos de izquierda chilenos. En el caso particular del PC, fue gracias a la iniciativa alemana que se constituyó el “Seminario Latinoamericano” en la Universidad Karl Marx de Leipzig (“Grupo de Leipzig”) y también los alemanes colaboraron en la creación del Aparato de Inteligencia de los comunistas chilenos.

Para entender qué significó el exilio para la militancia comunista es fundamental comprender el contexto de derrota con que terminó la Unidad Popular. El sueño largamente esperado, el orgullo de la construcción política de varias generaciones de militantes de izquierda, derrumbado en un solo día, sin reacción alguna, por el golpe de estado de 1973. En el caso del PC, se iniciaba su tercera

y más larga etapa de clandestinidad, la que a diferencia de las dos anteriores (1927-1932 y 1948-1958), fue mucho más dura, producto de la represión masiva y más tarde “científica” de la dictadura, obligando a la cruda realidad del exilio. Leonardo Fonseca, hijo del ex secretario general del PC Ricardo Fonseca, recuerda que el PC “nunca había tenido exiliados. Para el Partido era una vergüenza... ni en las peores condiciones de la dictadura de González Videla, ni antes. A veces los viejos, los perseguidos, salían a Argentina y después volvían...”. Esta situación es muy importante para entender la política del PC desde el punto de vista de las subjetividades, pues el origen de la “proletarización” y las preguntas sobre qué había pasado con la UP, estaban teñidas de esta “vergüenza partidaria”. Al respecto señala Fonseca que en este contexto de derrota, se estimaba que la gente en el exilio debía “dedicar su vida a la lucha contra la dictadura... no pasarla mal... (pero) no pasarla bien. Era mal visto...”.⁵ Este fue el origen de la “proletarización” de la militancia comunista.

Ampuero la describe así: “Médicos limpiando pisos, ingenieros de porteros, académicos como bodegueros; en fin, numerosos profesionales distinguidos soportaron por años aquel castigo en silencio, expiando sus culpas pequeñoburguesas, sin atreverse a reclamarle al partido o al gobierno alemán...”.⁶ Asimismo, ni los dirigentes del Partido en la RDA ni los integrantes del Grupo de Leipzig tuvieron que vivir esta realidad, generando evidentes privilegios. Sin duda que la situación descrita, unida a la falta de democracia interna en el partido, generó un profundo malestar en no pocos exiliados. Fonseca aclara ambos puntos. Por un lado, no vacila en considerar “una estupidez de marca mayor” el proceso de proletarización y, por otro lado, explica que se había determinado que la democracia interna “no debía existir... debíamos actuar de manera vertical”. Esto dio origen a arbitrariedades tales como retrasar los permisos para salir de la RDA a quienes no les gustara la realidad que vivían. El caso del historiador Luis Moulian, que registró una crisis psicótica en Berlín, para muchos se gatilló por la prolongada tramitación de su petición de salida de la RDA. Orlando Millas insinúa que el suicidio del médico comunista Edmundo Salinas también se habría relacionado con este hecho.⁷

Con todo, es necesario precisar los hechos. En primer lugar, el sensacionalismo con que se trata este tema es engañoso, ya que la “proletarización” fue padecida

solo por la primera hornada de exiliados y hacia 1976-1977, había sido abandonada. Por lo tanto, estuvo lejos de ser la tónica del exilio en la RDA.⁸ En segundo lugar, el fracaso de la Unidad Popular, el desarraigo de su país, la prisión propia o de familiares o cercanos, la muerte de compañeros y compañeras, la no adaptación idiomática al país, en fin, la obsesión por el Chile lejano, ciertamente fueron caldo de cultivo para cuadros depresivos y melancolías. Estas se encuentran descritas en una conocida novela de Carlos Cerda, miembro del Comité Central del PC a su llegada a Berlín y el militante de más alto rango del Grupo de Leipzig. A través de su relato, que a diferencia de Ampuero, señala su disidencia respecto a la RDA contextualizando la realidad del exilio de manera más global que éste, da cuenta del doble drama de muchos chilenos en la RDA (por cierto que no todos): la desolación por no poder volver a la Patria y el inhumano castigo del exilio, como el derrumbe de la utopía que hasta ese momento representaba el “socialismo real”. Hechos tales como la “proletarización” y los abusos de poder de algunos dirigentes del Partido en la primera época del exilio, provocaron que muchos se sintieran atrapados entre dos autoritarismos. De ahí que “morir en Berlín” sea la metáfora de terminar los días lejos de la patria, pero también la de la muerte de las utopías.⁹ La mirada de Carlos Cerda resulta clarificadora acerca de cómo tocó la subjetividad de algunos militantes la vida en los “socialismos reales”.

Con todo, el caso de la “proletarización” debe unirse a la crítica del Movimiento Comunista Internacional contra la izquierda chilena por “no haber sabido defender la revolución chilena”. Inauguró esta crítica el miembro suplente del Politburó del PCUS Boris Ponomarev, quien en un comentado artículo afirmaba la necesidad de que todo proceso revolucionario debía estar presto “a cambiar rápidamente de formas de lucha, pacífica y no pacífica... responder con la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria de la burguesía”.¹⁰ Estas críticas también fueron planteadas por el PSUA en la RDA, lo que unido al sentimiento de culpa de haber abandonado la patria, vino a terminar de armar un cuadro de vergüenza por no haber “hecho nada” para defender a la Unidad Popular. La preocupación y el carácter oficial que estas críticas tenían se reflejaban en el hecho de que, como le dijera el hoy “desaparecido” dirigente Horacio Cepeda a Orlando Millas, “surgía en altas esferas de los países socialistas y encontraba eco en algunos dirigentes del exilio... según ellos, habríamos caído en ciertas ingenuidades...”.¹¹ Fueron estas críticas en las que se afirma la versión que dice que la RDA instigó la lucha armada en Chile. ¿En qué

sentido es posible estar de acuerdo con esta afirmación? Solo conectándola con el estado de ánimo de la militancia comunista en el exilio. La “ingenuidad” de la que hablaba Cepeda con Millas se convirtió en un sentimiento de culpa que para muchos, fueran dirigentes o militantes de base, era necesario paliar. De ninguna manera consideramos que la dirigencia del PSUA se haya apoderado de la dirección del PC, manipulándola de tal manera que dio paso a la PRPM. Esta tesis queda desmontada al demostrarse, como quedará de manifiesto en las páginas siguientes, que no fue la Dirección del PC la que la originó la nueva línea y que la influencia teórica y política que esta tuvo fue justamente opuesta al modelo de los “socialismos reales”. En suma, la PRPM apareció en el marco de la crítica a dicho modelo de sociedad, por lo tanto mal puede atribuírsele una influencia de carácter teórico o político.

Para terminar de hacerse un cuadro completo de lo que fue la experiencia de los chilenos en la RDA, es necesario describir la ayuda que dicho país prestó a las personas que allí llegaron refugiadas. Millas calcula en unos 2000 los chilenos que pasaron por la RDA, incluyendo a los menores de edad. La mayoría de ellos fueron socialistas, “una cifra casi equivalente de comunistas y diferentes contingentes del MAPU Obrero-Campesino, el Partido Radical, el MAPU, el MIR, la Izquierda Cristiana, no faltando algunos demócratacristianos”.¹² El PC dispuso de una amplia sede ubicada en la calle Elli Voigt, con resguardo policial permanente, alertados por el largo brazo de la represión del régimen militar. Asimismo, existía una especie de comité político de la Unidad Popular, llamado Comité de Chile Antifascista, cuyo primer presidente fue el ex secretario general del PC, ex senador y ex embajador de Chile en la RDA, Carlos Contreras Labarca. El periodista Luis Alberto Mansilla y los abogados Sergio Insunza y Daniel Vergara –ambos ex ministros de Allende– fueron algunos de sus sucesores.

La solidaridad alemana era de lo más variada. Por ejemplo, Juan Carlos Arriagada, muy golpeado por la experiencia represiva en Chile, que casi le costó engrosar el listado de los “detenidos-desaparecidos” del PC, pidió poder desarrollar una vida “normal” luego de cuatro años de vida clandestina. Así, fue trasladado a la ciudad de Jena, en donde entró a trabajar como “junior” en una fábrica de productos farmacéuticos, trabajo que facilitó su adaptación a la RDA.

De ella lo enviaron a estudiar ingeniería a la Universidad de Jena. Así, Arriagada destaca que “yo, delegado por la fábrica, estudio a cuenta de la RDA, pagado por la RDA, con salario y todo”. Por eso, él tiene una mirada positiva de su paso por este país. “El chileno exiliado normal tuvo oportunidades de trabajo, de estudio para él, para sus hijos, de todo, de todo... una vida normal después de la persecución...”.¹³ En el caso de los hijos de los refugiados, contaron con ayuda material y física para desarrollar sus vidas escolares en el país. Orlando Millas relata que los profesores primarios chilenos estuvieron encargados de realizar cursos especiales de español, de literatura latinoamericana y de historia y geografía chilena, “las que fueron incorporadas como asignaturas oficiales”.¹⁴

Los chilenos en la RDA formaron una comunidad inclusive más allá de la militancia. Como señala Leonardo Fonseca, hasta el día de hoy se juntan para recordar su vida en el extinto país. Evidentemente, no fueron solo miserias las vividas allí, como insinúa Roberto Ampuero. La principal obsesión de los chilenos era Chile y su situación política. “Vivíamos en función de Chile... era algo que salía de nosotros. De repente nos hubiera gustado ir de vacaciones al Báltico o Italia, pero lo fundamental de nuestra lucha, y eso era real de todos los militantes, era Chile, cómo ayudar a Chile”.¹⁵ Es decir, lo fundamental era trabajar para difundir la problemática chilena y la solidaridad con los que luchaban en el país. Pero las actividades no eran solo políticas. El deporte y la cultura ocupaban un importante papel. Por su parte, las peñas y los recitales no se animaban solo con la llegada de los grupos folclóricos chilenos provenientes de otras latitudes de Europa, sino que en la propia RDA se formaron conjuntos, como el caso del grupo “Alerce”.¹⁶

En resumen, la importancia del exilio en la RDA se relacionó con algunos elementos que se amalgamaron en dicho país, generando una subjetividad, un estado de ánimo y unas circunstancias, que crearon condiciones apropiadas para el desarrollo del pensamiento crítico de la militancia comunista. Tales fueron la vergüenza por el primer exilio del PC chileno, especialmente clara entre los dirigentes, ante el emplazamiento público y privado proveniente del propio campo socialista por no haber defendido el gobierno de la Unidad Popular; el desencantamiento de muchos por la realidad ofrecida por el “socialismo real”, acentuado por torpezas como la “proletarización” y otras; la enorme disposición

y ayuda prestada por el Estado alemán, que colaboró a crear estructuras partidarias que no existieron en otros países, como fueron el Grupo de Leipzig y el Aparato de Inteligencia; en fin, el espacio apropiado para muchos, que les permitió recuperarse de las heridas sufridas y ratificar el compromiso con el socialismo y la resistencia en Chile. Así, el melancólico exilio chileno, sobrellevado por muchos en la RDA por la enorme solidaridad que experimentaron los chilenos que se avecindaron allá, significó para algunos la oportunidad para recomenzar la vida. Para otros, la desilusión ante la realidad del “socialismo real”. Finalmente, otros lo vieron como el espacio ideal para la batalla política al interior del Partido. Las condiciones de posibilidad objetivas y subjetivas se cruzaron en la RDA en el segundo lustro de la década de los 70 para generar la nueva línea política del PC.

El Grupo de Leipzig: el desconocido espacio oficial de elaboración teórica

El Grupo de Leipzig se ha convertido en objeto de variadas versiones sobre su carácter y papel en el origen de la política de Rebelión Popular de Masas. Este grupo no jugó un papel como “grupo” en el origen de la PRPM, sino que dos de sus integrantes, de manera paralela a su labor “institucional” en dicho equipo, sí contribuyeron de manera importante en algunas de las tesis fundamentales de la nueva política, especialmente las relacionadas con la temática de las FF.AA. Asimismo, fue el centro teórico “oficial” del PC, por lo que su capacidad de influir directamente sobre sus “jefes” (o sea, la Dirección exterior del PC ubicada en Moscú) era casi nula, por no estar autorizados a contradecirlos. Así, solo al empalmarse con la actividad política de discusión partidaria interna, promovida por los integrantes del Aparato de Inteligencia ubicado en Berlín, la elaboración de dos de sus integrantes llegó a expresarse más tarde en la PRPM. Este hecho prueba que gran parte del armazón teórico de la PRPM no nació de “centros ideológicos” alejados de la política, sino por el contrario, solo pudo surgir en el fragor de un intenso cuestionamiento de la política del PC y en el encarnizado debate para ganar el debate y apoyos al interior de la Comisión Política del Partido.

El nombre original de lo que hoy conocemos como el Grupo de Leipzig fue Latinoamerikanseminar de la Sektion Geschite, o Seminario Latinoamericano, dependiente de la Karl Marx Universität (KMU) de Leipzig. Fue creado a fines de 1973 gracias al ofrecimiento del Partido Socialista Unificado Alemán con el objetivo de investigar académicamente las causas de la derrota de la Unidad Popular y a partir de sus resultados, extraer conclusiones para el futuro. Por el lado de los alemanes, su responsable fue el destacado historiador Manfred Kossok, secundado por el cientista político Eberhard Hackethal. Sus primeros integrantes fueron Leonardo Fonseca, Carlos Maldonado, Carlos Cerda y José Rodríguez Elizondo. Más tarde se integró Patricio Palma (1974), Marta Alvarado (1974) y Carlos Zúñiga (1975). Pasaron también por este Seminario, en distintas fechas, Claudio Iturra, Vladimir Eichin, Sergio Amigo y José Cademártori, ya a fines de los setenta y principios de los ochenta.¹⁷

En sus inicios, Leonardo Fonseca fue el primer encargado político y de investigación del Seminario. Más tarde fue reemplazado por Patricio Palma y Carlos Zúñiga. Por su parte, Marta Alvarado fue la secretaria técnica. Psicóloga y ex funcionaria de la CORFO en tiempos de la Unidad Popular, su trabajo incluía aspectos propios de la labor del grupo, como la revisión de la prensa chilena y la elaboración de materiales para el trabajo diario del Latinoamerikanseminar. El acuerdo, según relata Orlando Millas, era que su actividad académica estaría bajo la tutoría del Coordinador Exterior del PC en Moscú. El ex diputado y ex ministro de Allende sería el responsable de la coordinación y plantear los temas que a la Dirección del PC le interesarían indagar.

El funcionamiento del Seminario era similar al de cualquier centro de investigación: “Los profesores nos daban lecturas, muchas lecturas. Teníamos coloquios y reuniones de trabajo”.¹⁸ En todo caso, el tutelaje del PC era patente, explicando su carácter “oficial”, desde el punto de vista del funcionamiento del Partido. Esto desmiente versiones sobre la despreocupación de la Dirección del PC sobre lo que hacía o no este centro de investigación. Por otro lado, se repartían proyectos de investigación que cada uno de los integrantes debía

asumir de manera individual, con tópicos de investigación variados, incluyendo análisis de coyuntura política chilena. Pero indudablemente que el tema que dio mayor notoriedad al Seminario fue la investigación sobre la variable militar en el proceso político de la Unidad Popular. En un documento de la Dirección del PC, se señala el origen de dicha iniciativa: “Consideramos que al momento de iniciar esta investigación (encargada por la Dirección de nuestro Partido) el grupo de estudio se encuentra en condiciones de pasar a un nivel cualitativo en su actividad”. La Dirección del PC estableció un plazo de trabajo entre el 1º de noviembre de 1975 y el 31 de noviembre del año siguiente. Las tareas asignadas fueron las siguientes: “1- El marxismo-leninismo y la cuestión militar. El proceso de discusión internacional y el militarismo. Co. (Carlos) Zúñiga. 2- El imperialismo norteamericano y su política hacia las FF.AA. en América Latina. Desarrollo del concepto de Seguridad Nacional. Algunas experiencias actuales. Los casos de Perú, Portugal, Panamá, Argentina y Brasil. Co. (José) Rodríguez (Elizondo). 3- Desarrollo histórico de las FF.AA. chilenas. Aspectos sociológicos de tal desarrollo. El sexenio freísta. Co. (Carlos) Maldonado.

4- Desarrollo de la línea política del PC de Chile y la cuestión militar. Los otros partidos de la UP y su política militar. El programa de la UP y su política militar. Co. (Leonardo) Fonseca. 5- La experiencia del Gobierno Popular y el desarrollo del problema militar. Co. (Patricio) Palma”.¹⁹

El despliegue de esta tarea le dio al llamado Grupo de Leipzig la connotación misteriosa que por años lo rodeó. En este sentido, la Dirección del PC enfatizaba a los investigadores la necesidad de mantener “estricta observancia de las normas fijadas por el Partido para la actividad del grupo... especialmente al estudiar este tema que toca aspectos secretos de la vida partidaria. Puede ocurrir, por ejemplo, que durante el estudio surjan opiniones, personales o de grupo, que digan relación con la estrategia o táctica del Partido respecto al problema militar, opiniones que en manos de nuestros enemigos o de nuestros aliados, o de propios compañeros comunistas, que no deben conocer dichos alcances, pueden significar un daño muy serio”.²⁰

Si bien es necesario contextualizar estas “previsiones” en el marco de la oleada represiva de la dictadura en Chile y las naturales medidas de resguardo que se

debían tomar, este párrafo aclara cuál fue desde el origen la concepción de “lo militar” al interior de la Dirección de PC. En primer lugar, un aspecto secreto, que no debía ser discutido por el conjunto de la militancia del Partido. Derivado de lo anterior, una tarea de especialistas, en este caso, intelectuales. Más tarde, en los ochentas, serían “técnicos militares”. En definitiva, lo militar como un problema más técnico que político, ya que el enfoque de la investigación estaba ubicado fuera de la discusión interna del PC. En efecto, mientras se hablaba del “Frente Antifascista”, ¿qué rol jugaba esta investigación? Básicamente, entregar “datos” para que la dirección del PC pudiera “mejor resolver” aspectos de la política. La orden de no socializar el tema al resto de la militancia, demuestra los límites que tenían las opiniones de los investigadores, acotadas al selecto grupo que integraba el Seminario. Esta situación da pie para considerar razonables opiniones que plantean que este tipo de iniciativas eran para “limpiar la conciencia partidaria”, que se sentía culpable ante los reproches del Movimiento Comunista Internacional, expresados en Leipzig por las tesis de Kossok, por no haber defendido al “Gobierno Popular”.

Carlos Cerda era el único integrante del Comité Central del Partido que participó desde sus inicios en el Seminario. Al momento del golpe de Estado, además era regidor por Santiago, electo en las municipales de 1971 con una de las más altas votaciones nacionales. Egresado de Filosofía de la Universidad de Chile, ex dirigente estudiantil, cobró notoriedad como teórico del PC gracias a un libro que relacionaba el triunfo de la Unidad Popular en 1970, con la “correcta” aplicación de las tesis de Lenin por parte del PC.²¹ Como lo relató en su citada novela, se decepcionó rápidamente de la vida en los socialismos reales. En 1975 se retiró del Seminario y poco después del PC. Quien sí tenía fama de teórico desde sus tiempos de estudiante universitario, era el politólogo José Rodríguez Elizondo. Escribió numerosos artículos en *El Siglo* y en *Principios*, la revista teórica de los comunistas, destacando sus batallas contra el “ultraizquierdismo”. Sin embargo en la RDA se convirtió en un disidente. Es importante aclarar la posición política de Cerda y Rodríguez, porque demuestran que no existió un plan preconcebido por parte de la Dirección del PC de asignar al Grupo de Leipzig la tarea de crear una línea “militarista” (ninguno de los dos era afín a esa postura) y que no existió una visión homogénea al interior del Grupo, por lo que también es errado asignarle un sentido de unidad teórica que en realidad nunca tuvo.

El psiquiatra Carlos Zúñiga y el ingeniero Patricio Palma fueron quienes desarrollaron una actividad teórica que los vinculó a los orígenes de la política de Rebelión Popular. La llegada de ambos a estas posiciones se conecta, además de su formación propiamente intelectual, por sus biografías. Carlos Zúñiga Soto ingresó a las Juventudes Comunistas en la Universidad de Concepción –en la época previa al nacimiento del MIR– mientras cursaba los primeros años de la carrera de medicina.²² Al trasladarse a Santiago, continuó sus estudios en la Universidad de Chile, en donde se convirtió en dirigente de su carrera y vocal de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH). Más tarde, una vez titulado, se convirtió en un hombre de confianza de la Dirección del PC, pues sus integrantes le solicitaron que se hiciera cargo de la salud física y mental de los integrantes del Comité Central. Paralelamente, Zúñiga se vinculó al trabajo de inteligencia del Partido antes del golpe de Estado. Frente a la guerra psicológica desatada por la oposición a la Unidad Popular, Zúñiga, junto a otros psiquiatras, diseñaron una estrategia para enfrentarla. Según señala, esta se basó en el uso de “mecanismos psicológicos básicos”. Una vez en el exilio, fue el responsable político del Latinoamerikanseminar en dos períodos, mediado por un viaje frustrado a Chile. Retornó en 1976 al Seminario Latinoamericano de la Universidad de Leipzig con una experiencia que había enriquecido su visión de la política partidaria, y la necesidad de repensarla se le hizo cada vez más evidente.

Patricio Palma Cousiño ingresó a las Juventudes Comunistas a fines de los años cincuenta.²³ Casi al terminar la Universidad y hasta 1970, Palma se retiró de la “Jota” y se incorporó al grupo “Ranquil”, encabezado por Daniel Palma Robledo. Este había sido secretario general de las Juventudes Comunistas durante diez años y expulsado del PC en 1950, por apoyar dentro del PC la “acción directa” (armada) como forma de lucha contra González Videla. Daniel Palma Robledo organizó grupos cuya política estaban a la izquierda de la línea del PC, valorizando el problema de la violencia en la transición al socialismo. Así, Patricio Palma afirma que las razones de su ingreso a “Ranquil” se relacionaron con “que este grupo era más radical, se preocupaba por lo menos verbalmente de algunos problemas que en ese momento nos parecían que eran muy importantes tratar: El tema de la violencia, de una respuesta a la violencia”. Es decir, desde muy tempranamente Palma tenía una inquietud por la

problemática militar, lo que en las décadas de los setenta y ochenta desplegaría intensamente.

En 1970, luego del triunfo de Salvador Allende, un sector del grupo “Ranquil” decidió ingresar al PC, entre los cuales se contaba Patricio Palma. A pesar de su juventud, Palma fue designado director de DIRINCO, labor que cobró inusitada importancia producto del Paro de Octubre de 1972 y el posterior desabastecimiento durante 1973.²⁴ Con el golpe de Estado, Palma se asiló primero en Panamá y más tarde directamente en Leipzig, donde lo esperaba su familia. Antes de llegar al Latinoamerikanseminar, en el país del Canal Palma alternó con el general Torrijos, jefe de estado panameño y algunos de sus colaboradores. La experiencia lo marcó notablemente, porque pudo conocer en terreno a un militar formado por los Estados Unidos, pero que “había hecho suyos una serie de conceptos que eran ampliamente compartidos por nosotros... tenía una concepción claramente antiimperialista... y de organización popular y democracia desde la base muy interesante...”.²⁵ Cargado de esta experiencia llegó a la RDA en agosto de 1974 el que sería el más influyente de los intelectuales del Grupo de Leipzig y por quien cobró fama equivocadamente como un “centro de elaboración de la nueva línea militar del PC”.

Producto de su estadía en Leipzig, Patricio Palma fue el único integrante del grupo inicial del Seminario que se graduó en la KMU, obteniendo el grado de Doctor en Historia con una tesis llamada “El papel de las fuerzas armadas de América Latina en la segunda mitad del siglo XX”. Es interesante contrastar su planteamiento con los propuestos inicialmente por su director de tesis, el alemán Manfred Kossok. Al hacerlo, se aprecia cómo la “influencia extranjera” no consistió necesariamente en el traslado mecánico de ciertas ideas a la realidad del país, sino que fue recepcionada por los chilenos y leída de acuerdo a la propia experiencia política del PC.²⁶

En unos apuntes escritos por Kossok, en donde comentaba un trabajo introductorio realizado por los integrantes del Seminario sobre la temática de las fuerzas armadas chilenas, exponía su tesis sobre las causas de la derrota de la

Unidad Popular. Según él, lo fundamental de la investigación debía ser terminar con la creencia en la supuesta “neutralidad” de las fuerzas armadas chilenas, aclarando que todo proceso que pretenda una transformación profunda de la sociedad, debería indefectiblemente tener en cuenta que el ejército intervendrá en oposición a él. Aplicando este planteamiento al caso del proceso político de la Unidad Popular, Kossok partía del supuesto que toda situación revolucionaria tiene como una de sus premisas una crisis al interior del ejército. Es decir, un sector de éste se diferencia de las clases dominantes (por ejemplo lo ocurrido en Rusia en 1917). Así, en la coyuntura de 1970-1973, nunca hubo una situación revolucionaria, porque para que ella exista, debía producirse “...la desintegración más o menos grande del aparato represivo. Pero en el caso de Chile (el Gobierno de Allende)...estaba obligado de trabajar con el aparato represivo más o menos intacto....Entonces nunca ha sido posible actuar sobre la base de la diferenciación, desintegración objetiva, aprovechando una situación preexistente”. De esta manera, la conclusión del historiador alemán era evidente: “Para acabar con un ejército intacto, homogéneo, es necesario por lo menos tener una dictadura del proletariado, con la posibilidad de crear un aparato de represión militar”. En el caso de la Unidad Popular, la no diferenciación del ejército dejó en un callejón sin salida a la experiencia encabezada por Salvador Allende, porque “la falta de una situación revolucionaria significaba que el poder estatal estaba intacto”. En conclusión, la experiencia era inviable desde el origen.²⁷

La tesis de Palma contradecía a Kossok. En efecto, su planteamiento partía de la tesis de la “diferenciación” propuesta por Karl Marx en El 18 Brumario de Luis Bonaparte, donde se plantea el doble carácter que puede asumir la intervención militar en el estado burgués en momentos de crisis sociales y agudización de la lucha de clases: “En algunos casos puede ser portador de iniciativa revolucionaria y en otros casos ser guardia pretoriana”.²⁸ Aplicado al caso de América Latina, Palma demuestra que no siempre la intervención castrense es sinónimo de “contrarrevolución” anti-popular. Así, investigando los casos de Omar Torrijos en Panamá, Francisco Caamaño en República Dominicana y Velasco Alvarado en Perú, intentaba dar sustento a su planteamiento. De esta manera, llega al caso chileno durante el gobierno de Salvador Allende. Contra el fatalismo determinista de Kossok (ciertamente emparentado con las tesis de Ponomarev y Brezhnev sobre que el gran error de la Unidad Popular habría sido no defender la revolución), Palma sostenía que el problema radicó en otro punto:

“No haber sido capaces de utilizar a favor de la Revolución el proceso de ‘diferenciación’ que se dio” en Chile durante esos años. Esta propuesta apuntaba a dos momentos históricos, uno pasado y otro futuro. El primero, referido a la Unidad Popular, “no tener una postura fatalista” sobre su desarrollo, ya que según él se pudo haber aprovechado la “diferenciación” a favor del gobierno de Allende. Y el segundo, en el sentido de que, agudizada la lucha de clases al fragor del combate contra la dictadura, el proceso de “diferenciación”, tal como en otros casos en América Latina, volvería a surgir en Chile, haciendo viable el derrocamiento del régimen.

En el caso de la Unidad Popular, matizando la tesis del “vacío histórico” levantada por el PC en el pleno del Comité Central de 1977 en Moscú, ésta sí habría desarrollado una política militar. Esta consistía, al contrario de otros procesos revolucionarios, no en “desarrollar la descomposición de las FF.AA. hasta lograr una fractura que permitiera triunfar en un enfrentamiento armado generalizado, sino que buscó crear las condiciones que posibilitaran una transformación del carácter de las instituciones militares sin quiebre ni enfrentamiento”. Es decir, reconociendo la tesis de Kossok respecto a que si la revolución avanza, “cualquiera sea el camino que transite, acumula en su contra la fuerza creciente de la contrarrevolución”, Palma no compartía con su “maestro” la conclusión respecto a la inevitabilidad del conflicto armado: “...el problema militar de la revolución... es incapacitar a la fuerza militar o destruirla militarmente, si es necesario. De este modo, la solución del problema militar consiste precisamente en impedir el desarrollo exitoso de la contrarrevolución armada”. Así, desde una postura que ve unido lo militar con lo político (no es que la política haya sido “correcta” y lo militar lo “equivocado”), Palma concluía que la Unidad Popular tuvo “momentos militares” favorables (fin del paro de octubre de 1972, “tancazo” el 29 de junio de 1973). Es decir, mientras la correlación de fuerzas político-militares fue favorable, el proceso era viable. La gran originalidad de la Unidad Popular fue, según Palma, desarrollar un proceso “de acumulación de la superioridad militar... esencialmente a través de medios y métodos políticos (en el sentido de no-armadas) de lucha...”. Desde su perspectiva, el fracaso de esta experiencia no negaba la posibilidad de su éxito, y dependió de la capacidad de movilización de las masas y la ocupación efectiva del aparato estatal burgués.²⁹

En el caso de lucha contra la dictadura, Palma proponía proyectar la experiencia de la Unidad Popular. En efecto, en tanto se evaluaba la imposibilidad de derrotar militarmente a la dictadura, se apostaba al desarrollo de un proceso de diferenciación facilitado por la movilización popular. El derrocamiento del régimen militar sería posible por el aislamiento del sector más recalcitrante de las fuerzas armadas. En estas condiciones, el factor militar del pueblo, expresado en la actividad de la fuerza propia y de los destacamentos populares armados, era enteramente funcional a la creación del clima de sublevación que abriría paso a la “diferenciación” y se traduciría en una correlación de fuerzas capaz de desplazar a la dictadura. Así, la combinación de formas de lucha se hacía evidente: la creación de un aparato militar, “con destacamentos populares que podían utilizar métodos o medios militares... (y)... la inhibición o la participación de ciertos sectores del ejército regular. Esto último nunca lo descartamos... En algunos casos puede ser tan importante contar con un soporte militar activo contra el ejército burgués, como inhibirlo y colocarlo en una posición que no obstaculice el proceso popular”.³⁰ Esta tesis fue el origen de una de las partes integrantes de la política militar del Partido Comunista en la década de los ochenta: el trabajo de acercamiento hacia las FFAA. Si se le quiere imputar alguna vinculación al “Grupo de Leipzig” como tal con los orígenes de la política de Rebelión Popular, debe ser en este punto en específico.

Sin embargo, el modo que éste y otros planteamientos fueron asumidos oficialmente por la Dirección del PC, no fue un proceso fácil. Debates y conflictos fueron el caldo de cultivo que permitieron su aparición como discurso público. El Grupo de Leipzig, en tanto concebido como “centro teórico” aparte de la estructura partidaria, obligado a no difundir sus posturas, sometido a censores estalinistas, tuvo el grave defecto de que se encontraba imposibilitado de influir en la política real, ya que estaba concebido fuera del debate y al movimiento real de los acontecimientos políticos en Chile. Así, los partidarios de las posturas más radicales, es decir Carlos Zúñiga y Patricio Palma, solo optando a formas “heterodoxas” de hacer política dentro del PC, y ya no como “Grupo de Leipzig”, pudieron influir decisivamente en la elaboración de la nueva línea política de su partido.

Los aparatos de inteligencia y la génesis

de la “Perspectiva Insurreccional”

El desarrollo de sus “equipos internos” del Partido Comunista, específicamente su aparato de “Informaciones”, conformado en Alemania Democrática, jugó un importante papel en la génesis de la nueva política partidaria. La tarea que cumplía el llamado Equipo de Berlín, le permitió evolucionar, en la práctica, de ser un aparato “técnico” a uno político. Y a diferencia de sus compañeros de Leipzig, por el propio carácter de su actividad, conectada estrechamente con la realidad partidaria, propuso una forma de recoger, interpretar y canalizar esta actividad dentro de la institucionalidad del Partido. Estimamos que el éxito de los planteamientos de los integrantes de este equipo –unidos a los de Palma y Zúñiga– se relacionó con haber sido capaces de captar la subjetividad partidaria, de haber entendido la necesidad de recuperar la mística militante, humillada por el golpe de 1973, el exilio y las críticas de algunos dirigentes de los países socialistas.

En el marco de “la crisis de la concepción teórica y política” que implicó para el PC el golpe de Estado de 1973,³¹ los integrantes de este equipo secreto del PC supieron aprovechar la brecha que esta crisis abrió al interior del debate partidario, lo que les permitió –no sin vencer importantes obstáculos– imponer buena parte de sus tesis políticas, adoptadas con distintos grados de entusiasmo por la mayoría de la CP. En este apartado intentaremos bosquejar una historia de los aparatos de inteligencia del PC, los que se encuentran íntimamente ligados a las trayectorias de militantes comunistas muy específicos.

De acuerdo a los antecedentes que pudimos recopilar, desde 1969 el PC inició un trabajo de inteligencia de manera sistemática y “profesionalizada”. Este primer equipo de inteligencia surgió por el “Tacnazo”, movimiento castrense encabezado por el general Roberto Viaux Marambio contra el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva. En todo caso, la existencia de equipos “internos” (o “secretos”) tenía una larga data, desde antes de la clandestinidad bajo Gabriel González Videla. Sin embargo, la necesidad de conocer las redes golpistas en el ejército y la derecha, unida a la irrupción del

MIR, aceleraron la decisión del PC de constituir lo que se llamó el “Aparato de Informaciones”. Antes de ese hecho, aparentemente existía un trabajo de recolección de información, la que probablemente se centralizaba en la Comisión de Control y Cuadros y el Aparato Militar, que carecían de estructuras especializadas para esta labor. Como nos señaló uno de los fundadores del Aparato de Informaciones, en 1969, “el avance que seguramente representábamos nosotros, estaba en haber dedicado esfuerzos materiales y humanos en específico y profesionalizados a esto...(con) la sistematización y recopilación, establecimiento de redes y otras linduras técnicas, comenzó una etapa profesional el ‘69 con la instalación de un Centro...”.³² Sus primeros integrantes provenían del Aparato Militar del PC, creado en 1968, y que en esa fecha estaba constituido por dos personas. Uno de ellos era el joven militante comunista “Roberto”, a la sazón de 20 años, cuya labor a partir de 1969 se relacionó con el “Aparato de Informaciones”. Sus jefes fueron el integrante del Comité Central Óscar Riquelme y Ricardo Ramírez (o “Santiago”).³³

Para integrar el Aparato de Informaciones, Roberto debió retirarse de la Jota, a la cual pertenecía desde 1959. La orden que recibió fue “no tener una militancia abierta en el Partido, por lo tanto nosotros aparecíamos como abandonando las filas de las Juventudes Comunistas”. Su dependencia orgánica dejó de ser la Dirección de la Jota, sino su “Jefe”. Años más tarde se produjeron algunas incorporaciones al equipo, completando cinco integrantes, dedicados a la recolección de información en Santiago y el resto del país. En su apogeo, el Aparato de Informaciones llegó a una veintena de miembros en su estructura central, teniendo muchos más colaboradores fuera de ella. En sus inicios, se volcó a indagar al MIR, el rival que había surgido a la “izquierda” del Partido. En 1970, en medio de múltiples conspiraciones de la ultraderecha y militares “viauxistas”, los integrantes del Aparato volcaron su actividad hacia los grupos de ultraderecha que conspiraban contra el gobierno de Salvador Allende.³⁴

Además se creó un Archivo Militar, en base a información abierta, sobre la composición de las fuerzas armadas y sus actividades. Asimismo, por medio de la revisión de toda la prensa de Santiago, más algunos de los principales periódicos de provincia, se creó un archivo temático con informaciones de todo tipo (política, social, salud, económico, etc.). Poco tiempo antes del

derrocamiento de Salvador Allende, el Aparato entregó a la Dirección del PC una fecha estimativa de cuándo se produciría la insurrección castrense y los nombres de los posibles participantes: “Se lo pasamos a la mesa del Pleno (del Comité Central, máxima instancia de decisión partidaria)... y eso no fue ni siquiera tomado en cuenta... Era un papel en que se daba la información y ni siquiera se leyó para ser entregado en el Comité Central... se consideró que era una información alarmista, sin comprobar...”.³⁵

La aparición de opiniones críticas al accionar político del PC se hizo obvio para Roberto, pues veían venir el golpe y estimaban que el Partido no se preparaba militarmente para hacerle frente. A los pocos días del golpe, en la primera reunión con su “Jefe”, Roberto le planteó que “el Che (Guevara) tenía razón. Los comunistas serán buenos para resistir una cárcel, pero no son buenos para asaltar el país... los comunistas hemos estado tres veces en el gobierno de este país y las tres veces nos han ‘volado la raja’. Y hay que preguntarse por qué”.³⁶ Pocas semanas después del golpe, el Aparato se disgregó, desapareciendo como tal.

Pero paralelo al Aparato de Informaciones, hubo otro equipo vinculado a las tareas de inteligencia, pero a nivel de la Unidad Popular, en donde dos militantes del PC tuvieron una participación destacada. Se trataba de lo que Salvador Allende llamó “mi GAP intelectual”, el Centro de Estudios de la Opinión Pública (CENOP). Conformado fundamentalmente por militantes socialistas, hubo un militante comunista en dicho organismo, el entonces joven sociólogo Manuel Fernando Contreras, ex dirigente estudiantil y ex integrante del Comité Central de las Juventudes Comunistas. Ideado por el sociólogo Claudio Jimeno, el CENOP pretendía entregar al Presidente Allende “una asesoría especial que investigara las inclinaciones de la opinión pública trabajando con métodos modernos de la inteligencia sociológica”.³⁷ Contreras fue invitado a participar por Jimeno, a quien había conocido como profesor en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Para la biografía política de Contreras, ligarse a esta actividad implicó dos hechos que influirían en su trayectoria posterior: vincularse al trabajo de inteligencia política, lo que sería una constante hasta fines de los años ochenta, y conocer a Rodrigo Rojas, director del periódico comunista *El Siglo* e integrante de la Comisión Política del partido. Rojas era asesor comunicacional de la Presidencia y en la estructura partidaria, estaba

estrechamente ligado a sus “equipos internos”.

En el CENOP, Contreras desarrolló actividades tales como sondeos de opinión y especialmente informes de prensa y análisis de tendencias. En este sentido, Contreras afirma el especial interés que demandaba la página editorial de El Mercurio, principal medio de prensa opositor a Allende. “Desde allí –dice Contreras– se señalaban los grandes rumbos de la política de la derecha”. También seguían las declaraciones de Sergio Onofre Jarpa, presidente del derechista Partido Nacional, y las de Pablo Rodríguez, líder del ultraderechista Movimiento Patria y Libertad. Junto a Arturo Fontaine, redactor de la mayoría de los editoriales de El Mercurio, “formaban la trilogía de los grandes estrategas de la derecha”. De esta manera, el CENOP hizo inteligencia política para la Presidencia, convirtiendo a Contreras en un experto en el desarrollo de un trabajo de “información para tomar decisiones políticas sustentadas en un conocimiento real de los sentimientos, valores, comportamientos y potencialidades de la gente”. Este sería el sustento del trabajo que posteriormente el propio Contreras desarrollaría con éxito al interior del aparato de inteligencia del PC. En tanto aparato que manejaba información y estados de ánimos, Félix Huerta, fundador del CENOP, señala que ellos “veían cómo todo se derrumbaba y no se lo ocultábamos a Allende...había plena conciencia de que se estaba desplomando el cielo a pedazos”.³⁸

Estas dos experiencias de equipos y militantes comunistas relacionados con el trabajo de inteligencia, resultan reveladoras de una característica de estos aparatos: la tendencia casi natural a producir opiniones políticas. Es decir, evolucionaron desde el manejo de importante información, a generar proyecciones y visiones de los procesos políticos que investigaban. La propia labor “técnica” de recopilar y de analizar información vía la preparación de informes escritos, derivó en que los aparatos de inteligencia se convirtieran en grupos de elaboración política. En el caso del Aparato de Informaciones del PC, la opinión del equipo era crítica respecto a la actitud impotente que ellos veían de parte de la Dirección ante la inminencia del golpe. En el CENOP, la claridad respecto a que el proceso caminaba al fracaso era la visión dominante.

Como viéramos en el capítulo anterior, el período de la “primera clandestinidad” bajo la dictadura militar en Chile, marcada por la acción de la DINA y el “Comando Conjunto”, fue el más difícil para los partidos de izquierda, ya que la represión actuó de manera selectiva para exterminar físicamente a los órganos de dirección de estas agrupaciones. Los secuestros, las cárceles clandestinas, la tortura, la delación y la muerte y desaparición de muchos de los detenidos fue la tónica de estos años. Por este motivo, el trabajo de inteligencia del PC se detuvo, dedicándose los llamados “equipos internos” –compuestos por antiguos integrantes de este y otros aparatos “internos”– a tareas de colaboración con la Dirección del Partido, básicamente la salida y entrada de militantes desde Chile. Sin embargo, los golpes represivos de la dictadura lograron tal grado de penetración en la estructura partidaria clandestina, que lograron llegar hasta los ultraclandestinos “equipos internos” del PC y la Jota. Más aún, algunos de los integrantes de esos equipos se convirtieron en agentes de los organismos de seguridad de la dictadura. Desestructurados en 1976 los equipos históricos de Dirección en Chile, la necesidad de volver a desarrollar un trabajo de inteligencia y de contrainteligencia se hizo evidente.³⁹

Entre 1973 y 1976 al parecer hubo a lo menos dos niveles en el “trabajo interno” del PC. Por un lado, la labor desarrollada por el Partido a cargo de Miguel Canales (“Konstantín”). Alvaro Palacios colaboró con el trabajo de este, a través del cual entró en contacto con René Basoa, quien hasta el día del golpe de Estado era el representante de la Jota en el Aparato de Inteligencia del PC, participando regularmente en su estructura, a cargo de centralizar la información que generaba la Jota y que le era traspasada a Roberto para el archivo central.⁴⁰ El equipo de “Konstantín” tenía a su cargo la compleja tarea de sacar a algunos militantes de Chile, en medio de la oleada represiva de la dictadura. El rol de Roberto, quien luego del golpe se dedicó a trabajar en fotografía de manera profesional, era proporcionar los medios para la salida, es decir, cédula de identidad falsa, pasaporte, etc. Con los mismos recursos que utilizaba en su casa para trabajar la fotografía, generaba la indispensable documentación falsa. Asimismo, por su conocimiento de las normas y reglas de la clandestinidad, en un par de ocasiones entregó formación para el trabajo ilegal (chequeo, contrachequeo), desarrollando incluso ejercicios en el centro de Santiago. Según cuenta Roberto, de los tiempos previos al golpe, producto de la relación con la policía de Investigaciones, una importante cantidad de documentación “virgen” quedó en manos del “equipo interno” del PC, la que era rellena con fotos

falsas. Además, los “contactos” con la Casa de la Moneda, permitieron terminar de autenticar los documentos.

Pero para cerrar el trabajo de este equipo, paralelamente Palacios asumió responsabilidades en un área sensible del Partido que fue fundamental para la salida de militantes al exterior. En efecto, José Weibel, quien fuera el subsecretario general de la Jota (n° 2 de la estructura), le pidió a Palacios hacerse cargo de los militantes comunistas que habían ingresado principalmente a la policía de Investigaciones y unos pocos a la Escuela Militar. En tiempos de la Unidad Popular, el PC había tenido a dos de sus militantes como subdirectores de dicho servicio, a saber, Carlos Toro y Samuel Riquelme, ambos pertenecientes a los “equipos internos” del PC. Entonces, no era extraño que jóvenes comunistas se hicieran policías. Con el apoyo de ellos, se pudo contar con apoyo y conocimiento acabado de los pasos internacionales, lo que permitió asegurar la salida ilegal de los militantes más buscados. Palacios, trabajando con los dos equipos por separado (el de “Konstantín” y el vinculado a los policías comunistas), se convirtió en el articulador del sistema de salidas de Chile y también del asilo en las embajadas. Entre los éxitos más sonados estuvieron los casos de los integrantes de la Comisión Política Américo Zorrilla, José Weibel y Jorge Insunza.⁴¹

De acuerdo a los antecedentes que hemos recopilado a lo largo de esta investigación, fue la penetración de estos equipos lo que estuvo en el origen de las sucesivas caídas de los organismos de dirección del PC y de la Jota. En el segundo semestre de 1975 (septiembre-octubre) cayó detenido un militante que antes de 1973 había salido de Chile a realizar cursos militares y técnicos vinculados al trabajo de los “equipos internos”. Al ser interrogado, entregó la dirección de la casa en donde se reunían y los nombres de los integrantes del grupo que lo acompañaron en su salida al exterior. De acuerdo a lo que supo Roberto, si bien este individuo pertenecía a los aparatos militares del PC y no al de inteligencia, su detención vinculó a quienes habían trabajado en dicho equipo. Producto de esta caída “llegaron a Basoa, al ‘Fanta’ y al lote ese. Ellos caen el 17 de diciembre de 1975”.⁴² Esta situación determinó el fin de la primera etapa de los “equipos internos” del PC bajo la dictadura. Luego de casi ser alcanzados por el accionar de los organismos represivos, Álvaro Palacios salió de Chile a

principios de 1976 y Roberto haría lo propio casi un año después, encontrándose en Berlín en los primeros meses de 1977.

Las peripecias de Roberto y Palacios marcaron para siempre la trayectoria personal y partidaria de ambos. Los errores sufridos, las falencias de los dirigentes, la incapacidad para responder ante la represión, el terror vivido, generó en ellos una subjetividad militante distinta. Dejaron de lado el respeto religioso a los dirigentes y sus aparatos, pasando a tener una visión más laica del accionar político. Por cierto que esto era parte de un clima partidario, expresado incluso en el emblemático Pleno de 1977 en Moscú, en donde a pesar de los esfuerzos por “demostrar públicamente un PC de cuerpo cerrado en una sola línea, con la que todos los militantes, y más aún, los miembros de la dirección comulgaban... encontramos en los años que siguen al golpe militar un terreno fértil para poner ese supuesto en cuestión”.⁴³

En este clima interno, en donde por primera vez todo se podía poner en cuestión y donde las críticas a la Dirección no eran algo impensable como hasta antes del golpe de Estado, surgió el “Equipo de Berlín”. Este es uno de los típicos aspectos de la historia de los partidos comunistas que son rodeados de un carácter “secreto”, lo que explica las confusiones y equívocas caracterizaciones alrededor que se han hecho de él.⁴⁴ Ante este cuadro de confusión, es necesario partir aclarando aspectos generales del “Equipo de Berlín”. En primer lugar, decir que este equipo fue el Aparato de Inteligencia del PC. Su encargado por la Comisión Política fue Rodrigo Rojas y estaba compuesto por Álvaro Palacios, Manuel Fernando Contreras y Roberto. Su objetivo era reproducir en parte las experiencias de cada uno de sus integrantes, es decir, lo que había sido el CENOP en tiempos de Allende y el trabajo de inteligencia efectuado por el PC antes y después del golpe. Además, como Rodrigo Rojas fue el primer responsable del ingreso de los jóvenes militantes comunistas chilenos a las escuelas militares cubanas, también el equipo tuvo cierta relación con la selección de los militantes que se incorporarían a la llamada “Tarea Militar”.

En su constitución, influyó la opinión de los alemanes, que trataban de apoyar a

los comunistas chilenos, “diciéndoles que debían haber equipos de infiltración, equipos de inteligencia, grupos conspirativos, comunicaciones, para ver cómo llevar las platas, la salida de gente”.⁴⁵ Pero era evidente que el PC ya contaba con experiencia en la materia y los golpes represivos recibidos y la propia clandestinidad en Chile, hacían casi obvia la necesidad de contar con un Aparato de Inteligencia. Así, se delimitaron las tareas cotidianas del “Equipo de Rodrigo”: “Trabajo conspirativo para el interior del país, preocupado de la comunicación interna-externa... (relación) con la llegada de compañeros del exterior... en un momento determinado, la tarea de reclutar gente para la carrera militar”. Además, hacer análisis de la realidad a partir de la exhaustiva revisión de la prensa nacional de la época (El Mercurio, Ercilla, Qué Pasa, La Tercera).⁴⁶

Su existencia era absolutamente secreta, producto del tipo de labor que tenían que realizar. Contaba con una gran infraestructura, con un local ubicado en calle Platannen Strasse, en el barrio de Pankow, que incluía un llamativo dispositivo de seguridad. Además, los integrantes del equipo poseían “pasaporte alemán, lo que nos permitía entrar y salir libremente por cualquier parte de Alemania”. En el fondo, los chilenos del “Equipo de Rodrigo” tenían la misma condición o status que los integrantes del servicio secreto alemán.⁴⁷

La selección de los integrantes del “Equipo de Berlín” se dio por las experiencias de cada uno de ellos. En el caso de Álvaro Palacios, al llegar a la RDA le tocó junto a Carlos Toro realizar el trabajo de contrainteligencia para examinar las dimensiones de la traición y delación en las Juventudes Comunistas. En esta labor, interrogó a sobrevivientes que habían delatado, como Luciano Mallea, Roberto Carmona y Roberto Hormazábal. En definitiva, junto a Toro, les tocó “hacerle el tiquet de salubridad a todos los que llegaban, lo que me valió odiosidades importantísimas... Si yo era acusado poco menos que ser el policía del Partido... y lo fui no más, de alguna manera, me tocó serlo”.⁴⁸

En el caso de Contreras, luego que en Chile Fernando Ortiz le ordenara salir del país, pasó sus primeros años de exilio en La Habana, en donde se vinculó al ingreso de los jóvenes comunistas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Además, su pareja era la encargada de la Juventud Comunista en la isla, por lo que sus vínculos con el tema eran variados. En 1975, cuando planeaba ingresar a alguna de las escuelas militares cubanas “para conocer por dentro el tema”, Volodia Teitelboim le señaló una nueva tarea: “Se me informa que se había resuelto mi ingreso al interior de Chile, pedido nada menos que por don Víctor Díaz. La idea era que yo viniera a formar una estructura de inteligencia a lo CENOP. No con espías, ni nada por el estilo, sino como analista de prensa, elaborador de encuestas de opinión, analista de contenidos y además de proveer de información de diversas fuentes... una suerte de analista de inteligencia. Era replicar la experiencia del CENOP”.⁴⁹

Junto a Carlos Zúñiga y tras meses viviendo en lo que llamaron “la casa de las cucarachas” en La Habana, donde recibieron preparación para el trabajo clandestino, la misión abortó por la caída en mayo de 1976 de la dirección de Víctor Díaz. Mientras Zúñiga viajó a Leipzig a integrarse al Latinoamerikanseminar, Contreras se encontró con Rodrigo Rojas, que recién dejaba La Habana para radicarse en Berlín, quien le señala que el aparato de inteligencia se constituyera en la legendaria capital germana. En el fondo, para Contreras significó darle continuidad al trabajo que incipientemente habían empezado en Cuba con los “oficiales” chilenos, basado en la idea de “generar una base de datos de inteligencia sobre la base de la prensa abierta, para conocer quiénes eran los principales dirigentes políticos, gremiales, militares, eclesiásticos. Esto se asentaba en un principio mil veces repetido en todas las academias conspirativas de los países no solo del socialismo, sino del capitalismo: todos los datos de inteligencia en la Segunda Guerra Mundial se armaron con la prensa. Es la principal fuente”.⁵⁰

Por eso, la tarea cotidiana del Equipo era hacer análisis político a partir de la prensa chilena. Unida a esta labor, el objetivo del Equipo era crear una red de informaciones en los países en donde se localizaran exiliados chilenos, por lo que se multiplicaron las giras por Europa creando estructuras de información. Como dice Contreras, su objetivo era recopilar “información que la gente contaba, por la vía de sus cartas, de sus amigos, de la gente que llegaba de Chile y contaba cosas. Recoger información”. Como señala Palacios, esto les permitió manejar “un nivel de información fina sobre Chile, sobre lo que la gente

pensaba, sentía, opinaba. Percibíamos que el nivel de desarme por los golpes que nos habían pegado era enorme, un golpe psicológico a la matriz que sostenía al Partido”.⁵¹

Este aspecto es importante para entender el origen de la política de Rebelión Popular. El hecho de que ésta haya surgido fuera de la dirección partidaria, entre un grupo de militantes intelectuales, todos con formación universitaria (alejados del tradicional “obrerismo” del PC chileno), que además trabajaban en equipos secretos o semi-secretos del Partido, no debe conducir a pensar que la nueva política fue una “brillante idea” de unos pocos iluminados. Por el contrario, nos parece que la aparición de la Rebelión Popular se relacionó estrechamente con el movimiento real de lo que estaba ocurriendo por un lado en Chile y por otro en el extranjero. De acuerdo a lo que planteamos en un trabajo anterior, la subjetividad de la militancia comunista que se quedó en Chile, se radicalizó en función de los fulminantes golpes represivos efectuados por la dictadura. Sin embargo, la voluntad de resistir, las condiciones de vida clandestina, la capacidad de continuar el trabajo partidario y de iniciar un incipiente movimiento de protesta contra el régimen a fines de los setenta, generó un “sentido común” acerca de la necesidad de radicalizar la lucha contra la dictadura militar.⁵²

Esta subjetividad, también vivida en carne propia por algunos de los propios integrantes del Equipo de Berlín, fue determinante para originar un “estado de ánimo” en la militancia en Chile, que a la vez influyó en el origen de la nueva política. Paralelamente, su labor de analistas de prensa hizo que los integrantes del Equipo de Berlín derivaran hacia la discusión política y teórica. Así, un equipo surgido por necesidades y bajo un concepto eminentemente técnico, derivó de facto en uno de carácter político. Mientras en Chile a los llamados “funcionarios” o cuadros intermedios del PC les tocaba hacerse cargo de la Dirección del Partido ante la aniquilación de los cuadros dirigentes y ya presentían la necesidad de “otras formas de lucha”. En el exterior, otros “funcionarios”, ninguno integrante del Comité Central del PC, tomaban la iniciativa de polemizar y proponer nuevas sendas para la política partidaria, a sabiendas del proceso que vivía la militancia en Chile. La “rebelión de los funcionarios” fue un hecho que se registró tanto en el interior como en el

exterior de Chile y formó parte de un mismo movimiento que se estaba produciendo dentro del PC, caracterizado por una Dirección derrotada en 1973, diezmada en 1976, criticada por los partidos “hermanos” de los países socialistas, en fin, puesta en cuestión por los “funcionarios” del interior y el exterior. Por este motivo, es posible afirmar que el segundo lustro de los setenta permitió a los comunistas chilenos en el exterior, influidos decisivamente por su radical crítica al “socialismo real”, vivir uno de los momentos de mayor debate interno de la historia del PC y que ese espacio fue determinante para la irrupción triunfante de la tesis de “todas las formas de lucha” contra la dictadura. Los movimientos, insurrecciones y revoluciones que agitaban esa época también influyeron en este proceso.

En el caso del Equipo de Berlín, destacó la elaboración del sociólogo Manuel Fernando Contreras, prolífico en la producción de textos en donde se desparramaron algunos de los planteamientos que fueron los ejes de la nueva línea del PC. Como él mismo lo señala, su experiencia partidaria en Cuba ejerció una influencia político-ideológica decisiva. A comienzos de 1977, Contreras escribió un texto llamado “Las desviaciones de derecha en el movimiento obrero”, en donde avanzó en sus críticas a los planteamientos oficiales del PC y además a la línea política de éste durante la Unidad Popular. Tres eran sus planteamientos fundamentales. Primero, que el golpe militar se había facilitado por el reformismo del Partido Comunista, que careció de una concepción “completa” de lo que implicaba un proceso revolucionario, relacionado con el problema del poder. En cambio, privilegió una mirada economicista (“la batalla de la producción”), dejando de lado la radicalización de las masas, para alentarlas a que obligaran a la Democracia Cristiana y a sectores de las FF.AA. a una “alianza estratégica de carácter revolucionario”. En el fondo, Contreras ponía en el centro del análisis la excesiva confianza en la democracia burguesa, lo que se había traducido en no haber asumido cómo culminar con éxito la revolución. Por el contrario, la derecha, decía Contreras, no había tenido problemas en abandonar los métodos de “la política clásica y de la institucionalidad demoburguesa”, a la que “mataron para salvar al capitalismo”.

En otro plano, descartaba que el golpe de Estado hubiese sido un simple cuartelazo, sino por el contrario, habría sido expresión de un “giro masivo y

brusco” de sectores de la pequeña burguesía y sectores medios contra el gobierno, por culpa de errores “de izquierda” y “derechas” del movimiento popular. Por ello, señalaba Contreras, “no se puede postular que el problema esencial residió... en la debilidad para defender unas líneas políticas básicamente correctas”, ya que la experiencia hacía necesaria una revisión completa de las tesis partidarias, había que “rescatar lo plenamente vigente y desechar lo caduco”.⁵³

Lo llamativo de estos planteamientos se relacionaba con el hecho de ser textos escritos por encargo de integrantes de la Dirección del Partido, lo que ratifica lo que decíamos respecto al espacio abierto a la discusión producto de la crisis política y teórica del PC luego del golpe de Estado de 1973. Además, que estas tesis –sino lo misma, una muy parecida– posteriormente serían recogidas en la política del Rebelión Popular, especialmente la que señalaba la importancia de tener una visión “global” de la lucha por el poder. Finalmente, como el propio Contreras lo señala hoy día, eran ideas que estaban circulando al interior del Partido: “...si el propio ‘don Lucho’ (Luis Corvalán) lo dijo: ‘Con la UP llegamos al gobierno pero no llegamos al poder...’”.⁵⁴

Como decíamos, mientras vivió en La Habana, Contreras participó en los inicios del ingreso de los militantes comunistas a las FAR cubanas. A mediados de 1974, Fidel Castro en persona le señalaba a Manuel Cantero, representante de la Comisión Política del PC chileno, que le parecía pertinente aprovechar la coyuntura para preparar militarmente a algunos militantes. De acuerdo a un informe interno, Castro habría señalado que “incluso hay que preparar algunos oficiales, hay que pensar en el futuro, ¿por qué solo los militares fascistas van a tener gente preparada?, ¿o es que se va a continuar con el mismo ejército?”. Cantero acordó con Castro que se designaría a un militante para finiquitar este acuerdo, quien además se preocuparía de la selección de los futuros militares chilenos. Además, se destacaría un miembro de la Dirección del PC chileno para sostener la representación oficial ante su símil cubano.⁵⁵ Aparentemente, los nombres elegidos fueron Orel Viciani y Rodrigo Rojas, respectivamente.

Meses más tarde, los días 10, 12, 15, 25, 28 de febrero y el 1º de marzo, se reunieron en La Habana Rodrigo Rojas y Volodia Teitelboim y por el gobierno cubano Fidel Castro, Raúl Castro, Manuel Piñeiro y Carlos Rafael Rodríguez. En el contexto de estas extensas reuniones, donde los cubanos evaluaron las causas de la caída de Allende, criticaron el papel jugado por el MIR y opinaron sobre la necesidad de una alianza con Frei para derrotar a la “Junta Fascista”; entre otros muchos temas, es que Fidel Castro reiteró el tema de la formación militar para los comunistas chilenos. Puntualmente, el día 15 de febrero, el líder cubano planteó “¿por qué han perdido tanto tiempo?, ¿por qué no han formado cuadros militares? No solo para combatir ahora, sino cuando ustedes puedan, en 12, 15 o 20 años más, pueden tener preparados 200, 300 o 400 oficiales. Tenemos posibilidades de formarles una masa de oficiales... Incluso si se diera una solución política, los van a necesitar...(serán) la espina dorsal del nuevo Ejército. No estoy hablando de preparación guerrillera; en Chile, como esencia, hay que preparar una insurrección armada”. Según Castro, “les podemos formar hasta generales”. Pocos días más tarde, el encargado en Cuba entregaba el primer listado de 49 militantes de las Juventudes Comunistas que se incorporarían a “La Tarea Militar”. En abril de 1975 comenzaría la formación como “militares profesionales” del primer contingente de jóvenes comunistas.⁵⁶

Así se inició la formación de futuros oficiales, sin una elaboración o una perspectiva global acerca de lo que significaba este paso. En ningún momento se le vinculó a una necesidad política del momento, sino más bien como una cuestión “técnica”. Sin embargo, la preocupación de quienes supieron del inicio de “La Tarea Militar”, implicó tratar de responder a la pregunta: ¿para qué queremos militares profesionales comunistas?

Según la mirada retrospectiva de Contreras, la formación de “oficiales” chilenos “ponía los gérmenes de una concepción nueva de concebir el partido y hacer política... es el caso típico en que la realidad, los hechos muchas veces impensados, están preñados de consecuencias ideológicas y teóricas, a pesar de sus propios impulsores”.⁵⁷ Al conocer esta nueva “tarea”, surgió entre algunos chilenos en Cuba la pregunta ¿qué va a ser de estos compañeros?, ¿para qué los formamos?. Así, con el beneplácito del propio Estado cubano, avalados por el acuerdo entre el PC chileno y el cubano para iniciar la formación de oficiales,

surgió el embrión de la crítica a la línea comunista hasta 1973. El escenario era un proceso revolucionario heterodoxo, “inspirados no en Marx ni Lenin, sino que en José Martí, y toda una historia patria en que la guerra contra los españoles se enlazaba con la lucha revolucionaria”, como dice Contreras, que además en ese instante estaba marcado por la guerra, ya que sus habitantes seguían día a día, a través de la prensa, la suerte de las tropas cubanas en Angola y Etiopía. Reflexionar en ese momento sobre “el Partido” y el rol del factor militar en sus planteamientos se tornaba una necesidad generada por la vida diaria.

Con estos planteamientos, Contreras llegó a Berlín, en donde conoció a Palacios y más tarde a Roberto. En medio de las actividades propias del Aparato que integraban, surgió la discusión política entre ellos:

Con Manuel (Fernando Contreras) nos agarramos horas. Era estudio, era discusión, conversaciones, análisis... llegamos a la conclusión de que efectivamente había un tema de conducción política, de estructura partidaria, de mentalidad partidaria, de psicología de los miembros del Partido... y así, en algún momento dijimos ‘hay que replantearse un paradigma distinto, un diseño’... A través de nuevas prácticas, es posible que vayamos generando transformaciones conceptuales, emocionales, psíquicas en la cultura partidaria.⁵⁸

¿Cuáles fueron las fuentes internacionales que ayudaron a modelar el “nuevo paradigma” del que hablaba Palacios? Aquí daremos cuenta de algunas de ellas. Antes es necesario explicar que el período 1974-1979 fue una época en donde una sucesión de hechos provocó lo que Contreras denomina una “anomia ideológica”, en el marco de un PC cuya política era cuestionada desde dentro y desde fuera de sus filas. Esto explica que su militancia en el exilio estuviese más permeable a influencias de todo tipo.

En 1974 cayó el Imperio Portugués. El triunfo del MPLA en Angola, dirigido por Agostino Neto y la aparición de Samora Machel en Mozambique, que vía lucha armada lideraron procesos exitosos de liberación nacional, se coronó con

la llamada “Revolución de los claveles” en Portugal, iniciada por el “golpe de los capitanes” el 25 de abril de 1974. Ella ratificó la tesis del Partido Comunista de Portugal (PCP), dirigido por Álvaro Cunhal, respecto a que la dictadura caería solo por fuerza de una “insurrección nacional armada”. Además, fue un importante ejemplo de cómo un PC sí había contemplado lo militar en la política, ya que “numerosos oficiales, como el propio Neto, pertenecían al PC o eran muy cercanos a él”.⁵⁹

El proceso que continuó, con unas fuerzas armadas que se movieron hacia la izquierda y lograron acordar pasos con el PC portugués, demostraban que era posible que las fuerzas armadas se “derrumbaran” (como había ocurrido en Rusia en 1917), permitiendo la caída del régimen. El desarrollo ulterior del proceso portugués fue definido por Contreras como una “revolución no resuelta”, ya que las clases dominantes lograron mantenerse en el poder bajo un nuevo régimen político.⁶⁰ Conectado con los análisis que paralelamente desarrollaba Patricio Palma en Leipzig, lo importante del caso portugués era que “las masas populares pueden encontrar en el seno del ejército... verdaderos apoyos e incluso aliados en su lucha contra los regímenes de dictadura”. Además, el modelo portugués demostraba la viabilidad de la insurrección popular”.⁶¹

En 1975 se decretaba la derrota final de Estados Unidos en Vietnam. El triunfo del pueblo vietnamita fue uno de los hitos que marcaron la década. Los chilenos del Equipo de Berlín estudiaron con detención su experiencia. Contreras relata que discutían el concepto que él había tomado del dirigente de la Izquierda Cristiana Bosco Parra, quien había dicho que para derrotar a la dictadura era necesario tener una “perspectiva insurreccional”. A partir de esto, Contreras utilizó dos conceptos provenientes de la experiencia vietnamita. Primero, de las lecturas de Le Duan, sucesor, a la muerte de Ho Chi Minh, en la jefatura del Partido vietnamita, rescató dos tesis fundamentales: “Le Duan decía que ‘muchas revoluciones han fallado no por falta de programa revolucionario, sino por falta de métodos revolucionarios’. Él habla que toda línea política es un objetivo estratégico, pero además es método o curso general para lograr ese objetivo. Además, Le Duan definía a la violencia revolucionaria como aquella ‘cuando un pueblo entero se ubica fuera y en contra, y desde afuera y en contra

da la pelea’. Esta frase yo la repetí mil veces... ‘desde fuera y en contra’... es una frase textual de Le Duan”.⁶²

La segunda tesis extraída del caso vietnamita proviene de los escritos del jefe militar durante la guerra contra Estados Unidos, el general Vo Nguyen Giap. Este planteaba que en Vietnam el conflicto se basaba en la consigna “ejército del pueblo, guerra del pueblo”. Esto significaba que en la guerra de Vietnam, “cada ciudadano, (era) un soldado... la participación de las masas en las insurrecciones y en las guerras nacionales de nuestro país, nuestra tradición de que “todo el país conjuga sus fuerzas, todo el pueblo combate al agresor”, era la característica de la confrontación bélica. A esto se le debía sumar otro elemento expuesto por el líder militar vietnamita, relacionado con el carácter de masas que debía tener la resistencia armada. El general Giap graficaba esta idea recordando una milenaria leyenda de su país, que narra que el vietnamita utilizaba “barrotes de hierro y trozos de bambú para aniquilar al enemigo. Va acompañado de labradores, pescadores, pequeños pastores de búfalos, que combaten al enemigo con sus azadas, sus cañas, sus instrumentos de bambú”.⁶³

Desde nuestra perspectiva, es posible decir que en lo sustancial, estas tesis provenientes de los líderes político-militares vietnamitas estuvieron en la génesis de la política de rebelión popular. Por un lado, alejarse lo más posible de las tesis “foquistas” de acuerdo al modelo descrito por Régis Debray y aprobado por los cubanos en la década de los sesenta, pues en Chile la lucha armada debía ser de masas. Por otro lado, desarrollar una perspectiva insurreccional desde “fuera y en contra de” la institucionalidad de la dictadura, en donde pudiera expresarse de cualquier forma el rechazo a ésta, desde la acción más pequeña hasta las de mayor calibre. Quienes primero idearon estas tesis reivindicaban que, desde esta lógica, nunca se alejaron de la tradición partidaria de poner en primer lugar la lucha de masas.

Esta visión se complementó con las experiencias provenientes de la lucha insurgente en Centroamérica y del movimiento que derrocó en 1979 al Sha en Irán. De la primera, como señala Augusto Samaniego, el ejemplo de la

revolución triunfante en Nicaragua, si bien ejerció una influencia, no significó copiar su método. Quienes afirman esto, como José Rodríguez Elizondo, “caricaturizan la nueva perspectiva estratégica como el necio propósito de derrotar militarmente a las FF.AA. en Chile”.⁶⁴ La apuesta era, como decían Zúñiga y Palma, “neutralizar” o “diferenciar” a una parte de ellas para dar paso al derrumbe del régimen. Más bien, el ejemplo de Nicaragua y del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador, se relacionaba con desmentir la tesis del “partido de vanguardia” marxista-leninista, sin influencia de otras culturas políticas y revolucionarias. El hecho de que en las revoluciones cubana y nicaragüense los PC no jugaran un rol gravitante, ponía en el centro la necesidad de aprehender la “heterodoxia” de los movimientos revolucionarios en América Latina. Había que incorporar el concepto de la vanguardia compartida y el pluralismo político dentro del sujeto revolucionario.⁶⁵ Este planteamiento, que implicaba además reconocer como señero el proceso que el propio PC había liderado para constituir la Unidad Popular, considerada ejemplo de “vanguardia compartida” amplia y pluralista, implicaba que la “perspectiva insurreccional” debía ir no solo de la mano de las masas, sino de los movimientos y partidos “anti-fascistas”. Aquí, nuevamente, se aprecia el entronque con la tradición comunista de frentes amplios, pero modificada, según los ideólogos de la “Rebelión Popular”, por una perspectiva completa de la lucha por el poder.

La insurrección iraní fue el último acontecimiento internacional que terminó por aportar la imagen de cómo se visualizaba la caída del régimen militar. Si aplicando la tesis de Le Duan a Chile, al PC le faltaba un método revolucionario para llevar a cabo una perspectiva insurreccional, que debía ser eminentemente de masas, combinando formas de lucha multifacéticas, bajo la dirección de una vanguardia compartida, este método fue suministrado por la Revolución iraní. Como lo hemos dicho, se consideraba impensable derrotar militarmente al ejército chileno, por lo tanto, ¿cómo lograr su derrumbe? Alejados de las miradas “economicistas” –corrientes en el PC– que estimaban que la propia crisis del modelo económico de la dictadura traería su caída, quienes primero lanzaron las ideas que dieron origen a la Política de Rebelión Popular, asignaban un rol decisivo al factor “subjetivo”, es decir, de acuerdo a la jerga leninista, al Partido. Este debía ser capaz de movilizar a millones, alterando el normal funcionamiento del país, tal como había ocurrido en Irán.

Como en el caso del ejemplo de Centroamérica, lo que llamó la atención de Irán no fue la táctica de lucha armada de los grupos guerrilleros que luchaban contra el Sha. Tanto los fedayínes –marxista-leninistas– como los mojahidines – partidarios de una “Revolución islámica”– reprodujeron en los setenta errores similares a las guerrillas latinoamericanas, subestimando “los requerimientos de la organización política y las formas no violentas de la práctica política... hacían un gran hincapié en la eficiencia de las acciones armadas de pequeños grupos agresivos”.⁶⁶ Solo hacia 1978, cuando la oleada de protestas populares se iniciaba en Teherán y otras ciudades, se planteó que las acciones armadas tuvieran un “objetivo de ejemplaridad y de apoyo a las luchas populares e integrarse en el conjunto de las acciones de la organización” del pueblo.⁶⁷ Por este motivo, lo llamativo de la revolución iraní fue el “método” utilizado para provocar la caída de la dictadura.

En noviembre de 1978, en medio de una crisis política y económica, el Sha designa un gobierno militar. Pero ya desde fines de septiembre una oleada de huelgas comenzaron a afectar áreas económicas estratégicas y otros sectores, que también colapsaban: el transporte, la actividad bancaria y centros administrativos como aduanas e impuestos. También se incluyeron en el movimiento estudiantes; los colegios casi debieron cerrar; la prensa se declaraba en huelga protestando contra la censura impuesta por el régimen. Así, se produjo una “confluencia entre los intelectuales revolucionarios, en particular estudiantes, y los trabajadores de los campos y sobre todo de las fábricas”.⁶⁸ De esta manera, se llegó a las jornadas del 9 al 12 de febrero de 1979, que culminaron con la huida del Sha y el fin de su prolongada dictadura. En esos días, las organizaciones izquierdistas, como el partido Tudeh (comunista), jugaron un papel secundario, porque lo importante fue “el carácter de los cientos de millares de personas que participaron en las manifestaciones de Teherán y otras ciudades... estas personas... no estaban organizadas desde el exterior, no eran marxistas o reaccionarios. Eran gentes que ya no podían tolerar la asfixiante atmósfera política ni las enormes desigualdades de la vida urbana iraní”.⁶⁹ La masividad de las protestas populares impidieron que el ejército, sostén último del Sha, pudiera masacrar a los miles de manifestantes, tal como lo había hecho en septiembre y noviembre de 1978. En definitiva, lo que provocó el “derrumbe” del ejército fue la convicción al interior de éste que “sería muy difícil el aplastamiento de la

oposición por la mera fuerza... La magnitud de la oposición impidió toda acción definitiva, y esta debilidad se reflejó inevitablemente dentro de las fuerzas armadas, crecientemente afectadas por las carnicerías callejeras”.⁷⁰ De esta manera, el “método” iraní logró dividir a las fuerzas armadas en el contexto de una ascendente y prolongada movilización social que incluyó a millones de personas en las calles protestando o haciéndolo a través de la paralización de sus actividades laborales.

El traslado para el caso chileno apareció como evidente para quienes andaban en la búsqueda del “método” revolucionario del que hablaba Le Duan: “Nosotros dijimos, si tenemos una cuestión realmente de masas, dada la tradición progresista de Chile y el contexto internacional... podría darse el caso de una correlación tal que colapsen operativamente las FF.AA. ante el riesgo de que, simplemente, tendrían que matar a 13 millones de personas, que era el modelo iraní. Esa fue nuestra opinión”.⁷¹ Fue así como la “perspectiva insurreccional”, bajo la lógica de no pretender derrotar militarmente a las fuerzas armadas, encontró su fórmula final. Esta se puede resumir como una táctica en donde “las fuerzas políticas desempeñan el papel principal... (y) las fuerzas armadas son puntos de apoyo, combinando la lucha política con la armada para avanzar hacia la insurrección en todo el país”.⁷²

Cada uno de los casos reseñados, como la caída del imperio portugués en África, la “Revolución de los claveles” en Portugal, el triunfo vietnamita y nicaragüense, los avances de la guerrilla en El Salvador y la insurrección popular en Irán, daban cuenta que las formas de lucha violentas o armadas contra las dictaduras, eran una fórmula validada por los acontecimientos reales que en esa época estremecían al planeta. Es decir, apelar a la violencia para la lucha contra la dictadura en Chile, no significaba para los comunistas retrotraer la historia e imitar el modelo guerrillero de los sesenta. Por el contrario, tesis como la perspectiva insurreccional y la lucha “desde fuera y en contra de”, ponían al PC en la órbita, en la dinámica con que parte importante de las izquierdas en el mundo estaba logrando exitosos resultados en sus luchas antidictatoriales. Como lo hemos dicho, fue esta especie de “moda” de la lucha armada la que se sincronizó con la subjetividad de la militancia comunista en Chile, factor que en última instancia explica que la Política de Rebelión Popular se impusiera en el

conjunto del Partido.

Sin embargo, si bien estos eventos ubicados a la “izquierda” de la política del PC chileno fueron muy influyentes, hubo un factor de “derecha” que también jugó un papel preponderante: el Eurocomunismo. El proceso encabezado por Enrico Berlinguer en Italia, George Marchais en Francia y Santiago Carrillo en España golpeó con fuerza a los exiliados chilenos. Especial llegada tuvo en la Dirección de la Juventud Comunista, instalada en Budapest, capital de Hungría. Allí, los dirigentes de la Jota Ernesto Ottone y Alberto Ríos, entre otros, y desde Canadá el ex presidente de la FECH en tiempos de la Unidad Popular Alejandro Rojas, realizaron fuertes críticas al “socialismo real”. Pero como lo señala un integrante de la misma generación en las filas de la Jota, “esas opiniones no se proyectaban (a) un cambio de política comunista para Chile, para re- situarnos en la lucha contra la dictadura...”.⁷³ Hacia 1980, Rojas, Ríos y los integrantes del conjunto musical Quilapayún, abandonaban el PC. Lo mismo haría Ottone poco tiempo después.

Por su parte, quienes integraron el equipo de Berlín, al igual que Zúñiga y Palma y cercanos a ellos, como Augusto Samaniego, estuvieron lejos de idealizar la vida en los socialismos reales. Por ejemplo Samaniego propuso mantener relaciones con la Unión Soviética solo por la necesidad de apoyar la lucha contra la dictadura y rechazó tajantemente la invasión a Afganistán en 1979. En el caso de Roberto, la crisis de Polonia, producto del movimiento encabezado por el líder sindical Lech Walesa, significó la necesidad “de revisarlo todo... Polonia era el primer indicio de que el sistema no estaba dando cuenta de las cosas que había que hacer”. Por eso Roberto, al igual que sus amigos de Berlín y Leipzig, tenía claro “que yo no quería el socialismo que había conocido...para mi país no lo quería”.⁷⁴

Es probable que esta crítica radical al “socialismo real”, explique que la política de Rebelión Popular haya sido por sobre todo un “método” para terminar con la dictadura, pero dijera muy poco sobre la sociedad que venía después. Es más, la premisa fundamental era la recuperación de la democracia, en donde el PC no

exigía ninguna participación en el gobierno. Lo evidente es que en ningún caso la “Rebelión Popular” significaba instaurar un modelo con algún tipo de parecido a los de Europa del Este. Nuevamente, la óptica crítica desde la cual surgió la nueva política partidaria, también significó cuestionar unas de las premisas básicas de la liturgia comunista, basada en la supuesta superioridad del “socialismo real” sobre el capitalismo y que esas sociedades caminaban irreversiblemente hacia el socialismo. No debe extrañar, por lo tanto, que los mismos que aportaron a la generación de la política insurreccional del PC, fueran los más entusiastas seguidores de la “Perestroika” de Gorbachov y promotores de la necesidad de la “renovación” del PC chileno a fines de los ochenta. En este sentido, el rechazo a lo que Contreras llama “el estado policial” existente en los países socialistas, no solo los alejó de ese “modelo”, sino que los hizo críticos de la Dirección histórica del PC. De ahí que Álvaro Palacios dijera que la “Rebelión Popular” significaba una “cirugía mayor” al alma y al “corpus” partidario. El desafío teórico fundamental que implicaba la nueva política era conjugar democracia y socialismo.

De esta manera, Contreras resume hoy que el origen de la PRPM tiene que ver con el problema del “método” revolucionario, “influido por: i) la convicción de que la derrota se debía principalmente a un vacío nuestro, que no era ‘técnico’ sino que ‘teórico político’, ii) de que la experiencia inmediata demostraba la eficacia de los caminos insurreccionales, y iii) la necesidad imperiosa de darle una explicación a nuestros propios destinos personales inmediatos, que nos implicaban tantos desgarros y quiebres, en particular a los que entraban a la carrera militar profesional, dejando, de paso, trucas otras profesiones...”⁷⁵ Todo lo anterior, en el contexto de una disputa por el poder partidario, o sea, un cuestionamiento político y teórico a la Vieja Guardia comunista. Por ello, no es posible sostener la tesis sobre la “ortodoxia teórica” que implicaba la política de rebelión popular. Por el contrario, afirmamos que esta política debe ser considerada la “renovación” comunista, por cierto que de un signo muy distinta a la socialista, que implicaba un corto camino a posturas socialdemócratas. Pero, al igual que su par, la renovación comunista implicaba una transformación estructural de las bases partidarias y de un conjunto de supuestos que la sostenían, aunque no la ruptura con todas las tradiciones del PC, especialmente el énfasis en el carácter de masas del accionar político.

Estos factores internacionales y personales, que influyeron en buena medida en la elaboración teórica de los “pensadores” de la futura “rebelión popular”, fueron catalizados por los hechos que ocurrían en Chile. Como ya dijimos, los integrantes del Equipo de Berlín, por medio de su trabajo con la prensa chilena y del vasto conocimiento que tenían del exilio comunista chileno en Europa, eran quizás los mejor informados de lo que estaba pasando en Chile y cuál era el estado de ánimo de la militancia en el interior. Al compenetrarse en los factores subjetivos de la política, el Equipo de Berlín se abocó a teorizar (en función de los cambios que ellos estimaban necesarios debía sufrir la línea política del PC), sobre “los estados de ánimo” y la “guerra psicológica”.

Un artículo que refleja la preocupación por esta temática fue escrito por Manuel Fernando Contreras pero publicado bajo el nombre de Rodrigo Rojas, su “jefe” en Berlín. En él, Contreras analizaba la “guerra psicológica” utilizada por la oposición a la Unidad Popular para exacerbar la crisis política de la época. Citando un “Manual de Campaña” del Departamento del Ejército de los EE.UU., señalaba que los objetivos de esta “guerra” consistían en “crear desaliento, derrotismo y apatía... estimular a los individuos a poner su interés personal por encima del colectivo... fomentar el escepticismo respecto a los fines políticos y la ideología de la autoridad local o nacional, si esta es hostil a los propósitos de los Estados Unidos... estimular la discordia, disensión y lucha”.⁷⁶

Para Contreras, conocedor de las estrategias de la prensa opositora a Allende gracias a su actividad en el CENOP, era evidente lo exitosa que había sido ésta para corroer el respaldo popular hacia el gobierno, especialmente entre los sectores medios. Por ello, las lecciones eran muy importantes para el futuro de la lucha política contra la dictadura: “No supimos dar la pelea al enemigo en el campo de la psicología social y tampoco la utilizamos para la movilización de nuestras propias fuerzas revolucionarias”. Según la percepción de Contreras, la experiencia bajo la dictadura militar estaba generando en el pueblo chileno “un odio violento contra la bestia fascista, un odio y fervor de un pueblo dispuesto a pagar con su vida el precio de la libertad”. El desafío de los comunistas era convertir ese estado de ánimo –pasivo a fines de los setenta– en manifestación concreta de repudio a la dictadura.⁷⁷

Contreras llegó a Chile en septiembre de 1980 para hacerse de la primera Comisión Militar del PC en Chile, que en sus orígenes nació como un “equipo de acciones audaces”. Desde esa instancia, Contreras (conocido como “Ernesto” en la clandestinidad) continuó profundizando sus análisis sobre la “guerra psicológica” y los “estados de ánimo”. Como lo señala Palacios, uno de los supuestos desde donde se fundamentó la necesidad de cambiar la línea del Partido, fue la urgente necesidad de “revertir el estado de ánimo depresivo que en general había en la población chilena, por la casi omnipresencia de la dictadura”.⁷⁸ El trabajo del Equipo de Inteligencia del PC había dejado de ser “técnico” y bajo la tolerante mirada de la Dirección partidaria, se aceptaba su papel como un lugar de discusión política. La evaluación que hacían los integrantes del Equipo sobre la necesidad de disputar la “psicología de las masas”, fue un factor decisivo para el origen y desarrollo de la “Rebelión Popular”. En efecto, las primeras acciones “militares” del PC fueron concebidas como “acciones audaces” para subir la moral al pueblo. Por eso Contreras estima que “cuando la depresión cundía, esto fue un grito de esperanza... los apagones y todo eso. Pero se impuso casi por un hecho moral”.⁷⁹ Es decir no se discutió en el conjunto del Partido, ya que no se le consideró un “cambio de línea”. Sin embargo, éste probablemente fue uno de los puntos en donde el Equipo de Berlín mejor acertó en su análisis, al captar la subjetividad militante, decaída e impotente ante la represión y una dictadura que hacia 1980 se consolidaba, volviendo urgente reaccionar ante dicha situación.

Las “acciones audaces” fueron la primera respuesta del PC, concebida por gran parte de la Dirección como una “técnica” que ayudaría a mejorar el estado de ánimo de los sectores populares. Para el Equipo de Berlín, las acciones audaces no eran solo un problema “técnico”, sino que eran parte de un cambio de la política del PC. En su origen, la política de Rebelión Popular fue comprendida de maneras distintas. Esta fue la base de sus insuficiencias y limitaciones.

Apenas instalado en Chile, Contreras escribió un artículo conocido como “el libro rojo”. En él enunciaba la “perspectiva insurreccional” como fórmula para terminar con la dictadura, pero además explicaba la importancia de la “guerra

psicológica” en el desarrollo del “combate”. Luego de enumerar distintas formas de desarrollar la guerra psicológica, Contreras enfatizaba los objetivos inmediatos de ésta. En primer lugar, de acuerdo a las tesis que venían desde su época en Berlín, era “generar confianza y credibilidad en la capacidad de lucha y conducción de nuestro Partido y de la clase obrera y elevar la propia moral de combate del Partido”. Además, debía “romper la imagen de invulnerabilidad e infalibilidad del régimen y de Pinochet. Todo esto para contrarrestar simultáneamente las tendencias al abatimiento, la incredulidad y la desconfianza en el Pueblo... y generar sensaciones de preocupación y angustias en las fuerzas de apoyo al fascismo”. En pocas palabras, como el propio Contreras resumía en su planteamiento, había que “destruir la imagen de la unidad del país, representada en la figura de Pinochet”, quien debía ser el “blanco principal del ataque”.⁸⁰ Como lo señala retrospectivamente, “toda nuestra insistencia, más que en la idea limitada de una guerra psicológica, era en la enorme y decisiva influencia de la subjetividad en la política: desde las emociones y sentimientos de los actores sociales, hasta la voluntad política de los que pretendían ser vanguardias. El miedo era la sensación dominante en Chile y había que vencer ese miedo paralogizante...”.⁸¹ Estos fueron los fundamentos políticos para el inicio de las “acciones audaces” del llamado “Frente 17” o “Frente Cero”, los antecesores directos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A través de acciones propagandísticas, se demostraba la vulnerabilidad del régimen y se recuperaba el “orgullo partidario”, mancillado por siete años de impotencia ante una dictadura que aparecía cada vez más fuerte.⁸²

En un artículo redactado nuevamente por Contreras, éste reiteraba el valor, para el desarrollo de la actividad política del PC, de manejar el estado de ánimo de las masas. Entre otros aspectos, el entonces “encargado de las acciones audaces” en Chile recalca la importancia política de la detección de los estados de ánimo. En efecto, Contreras y sus “colegas” de Berlín y Leipzig partieron de la premisa de que esta actividad era parte de un problema político y no meramente un aspecto técnico. En este caso, el argumento de Contreras era que producto del carácter terrorista de la dictadura, “las posibilidades de expresar un estado de ánimo contrario al régimen, a través de una conducta abierta, son muy limitadas por la represión, delación, prisión, temor a perder el empleo, etc.”. Por ende, una “conducta abierta contraria al régimen actual supone, a diferencia de las condiciones de una democracia burguesa, un estado de ánimo mucho más intenso y profundo”.⁸³ Es decir, todas las acciones de protesta contra el régimen,

por mínimas que fueran, debían considerarse como una sola “gran acción audaz”. Por lo tanto, las acciones “paramilitares” de entonces (y las militares posteriores) no debían considerarse como simples “detonadores” o “recalentadores” de la lucha de masas, sino que “como parte componente de una perspectiva nueva del desarrollo de la lucha de clases, dado por los últimos cambios ocurridos en el país”.⁸⁴ Aquí llegamos a la tesis fundamental sostenida por Contreras en su célebre artículo “Lo militar en la política del Partido”, respecto al carácter inseparable de la lucha política y la lucha militar. Esta no debía ser tarea de especialistas, sino que tarea del conjunto del Partido. Lo militar como parte de la política partidaria y no como un “accesorio” técnico. Esta tesis fue el centro de gravedad de la discusión desarrollada al interior de la Dirección del PC durante la década de los 80, porque de ratificarse, significaba reconocer el cambio de la línea del Partido. No hacerlo fue el símbolo del rechazo a la nueva política. En este sentido, no es casual que Orlando Millas en sus memorias apunte sus dardos explícitamente en contra de Contreras, como el autor intelectual del abandono por parte del PC de su tradición “recabarrenista” basada en la lucha de masas.

Lo que queremos destacar en este punto es la manera como el trabajo de inteligencia del PC, cuyo origen más directo se encuentra en el iniciado por Roberto y sus compañeros a partir de 1969, por Manuel Fernando Contreras en el CENOP durante la Unidad Popular y más directamente por el desarrollado por Álvaro Palacios para conocer los daños provocados por las traiciones en la dirección de las Juventudes Comunistas, terminó por ser no el único, pero sí un factor importante para comprender el origen de la Política de Rebelión Popular. La propia labor de estos aparatos, unido a militantes con una mirada crítica a las decisiones de la Dirección y a la política del Partido, dispuestos a discutir y enfrentarse a ella, estuvo en la génesis de la nueva política.

Los primeros pasos de la nueva política o una prehistoria de la “Rebelión Popular”

El camino inicial de las tesis políticas generadas en Europa no tuvieron un fácil recorrido hasta integrarse a la línea oficial del PC. En una organización jerarquizada y con una estructura orgánica funcionando por décadas, no era fácil hacer llegar y más aún influir en la postura política del Partido. Además, hay que tener en cuenta que ninguno de los personajes que protagonizaron este proceso “desde abajo” era miembro del Comité Central, máximo órgano de dirección del PC. Como ocurre en la mayoría de los partidos, la discusión que permitió abrirle espacio a la política de “Rebelión Popular” se dio en el marco de fuertes discusiones, a contrapelo de la tradicional imagen de monolítica del PC.

Alrededor de 1977, después del pleno de agosto en Moscú, se realizó en Alemania una reunión entre los integrantes del Grupo de Leipzig y los representantes de la Dirección del PC Jorge Insunza, Rodrigo Rojas, Manuel Cantero y Orlando Millas. La idea era que los integrantes del Latinoamerikanseminar rindieran cuenta de las investigaciones y principales conclusiones a las que habían arribado hasta ese momento. “Nosotros llevábamos tres documentos: Sobre las fuerzas armadas, otro sobre la situación comparada latinoamericana y un documento sobre la política del Partido”.⁸⁵ Las dos ideas fundamentales que el Grupo de Leipzig presentó aquel día fueron que la dictadura se prolongaba, haciéndose cada vez más fuerte y además que la Democracia Cristiana no aceptaría formar el “frente antifascista”, que el pacto con ese partido era inviable y por lo tanto había que reformular la línea política. Estos planteamientos eran contrarios a la postura oficial del Partido, que apostaba a la “debilidad” de la dictadura y a jugársela por la alianza “antifascista” con la Democracia Cristiana. Como recuerda Zúñiga, “mientras íbamos sosteniendo los puntos, las caras se iban poniendo feas, desagradables. Rodrigo Rojas me llamó. ‘¿Qué está pasando?’ me dijo. ‘Lo peor sería que nosotros mintiéramos’, le dije. En realidad, los cuatro estuvieron en contra de nosotros...”.⁸⁶

Decepcionados por la mala recepción que tuvieron sus planteamientos en esta reunión secreta, fue recibida con entusiasmo la noticia de que Luis Corvalán, secretario general del PC, visitaría Leipzig para conocer los análisis de los intelectuales comunistas que allí trabajaban. En la reunión estuvieron Kossok, Hackethal, todos los integrantes del Latinoamerikanseminar, y Luis Corvalán,

Rodrigo Rojas y Jorge Insunza por la Dirección. Luego de la exposición de los dueños de casa, vino una durísima intervención de Corvalán, que no solo la rechazó, sino que los acusó de haber sobrepasado sus atribuciones como grupo, al poner en tela de juicio la línea del Partido. “Habrá que revisar la situación de ustedes... qué se han imaginado”. Más tarde, concluido el encuentro, las veredas de la Lenin allee eran testigo de la conmoción provocada por la reacción del líder comunista. “Nos fuimos caminando desde el Hotel al departamento... no sabíamos qué hacer, nos sacaban el piso. Fue muy fuerte. Estaban todos los integrantes del Grupo de Leipzig... pero con el “Pato” (Patricio Palma) teníamos confianza...”.⁸⁷

Mientras tanto, en Berlín los integrantes del Aparato de Inteligencia del PC también se inquietaban. Luego de numerosas discusiones entre ellos, habían llegado a ciertas conclusiones muy críticas sobre la línea del Partido en ese momento. Un día “estábamos en nuestra oficina especial repasando no sé qué documento del Partido y los datos que teníamos y dije “ya poh Manolito (M.F. Contreras), ¿qué vamos a hacer? Entonces ahí decidimos armar la fracción”.⁸⁸ El primer objetivo que se fijaron los integrantes del Equipo de Berlín era cómo instalar la discusión de sus planteamientos en el PC. Fue entonces que los lazos de amistad jugaron un rol importante. Por una parte en Leipzig, Zúñiga y Palma se alejaron políticamente del resto de sus compañeros del Seminario, quienes no compartían sus posturas más radicales. Como Zúñiga era amigo de Contreras desde los tiempos de su estadía en La Habana en 1975 y parte de 1976, mantenían permanente contacto. Así, los dos primeros compañeros para iniciar la discusión interna partidaria fueron el médico psiquiatra y Patricio Palma. Como dice el propio Zúñiga, “la elaboración no fue del Grupo de Leipzig. Fue gente de este grupo (él y Palma) y gente del grupo de información: Manuel y dos de su grupo (“Roberto” y Palacios), porque tampoco todo su grupo”. Participaron también en las conversaciones Sergio Ortega y Augusto Samaniego, quienes desde fuera de la RDA también aportaron a la discusión.⁸⁹

La primera salida pública de este grupo fue la Conferencia del PC en la RDA realizada a finales de 1979. Como lo señala Leonardo Fonseca, protagonista de ese evento, en dicho torneo partidario se discutió la necesidad de cambiar la línea del Partido, y como manifestación de la disidencia con la Dirección, no se

eligieron entre los nuevos dirigentes a los propuestos por la Dirección: “Era un símbolo, una protesta... causó un terremoto político”. En pocas palabras, el significado de la Conferencia de la RDA fue que “por primera vez en la historia del Partido se presentó una lista alternativa a la que presentaba la Dirección”, logrando salir electos Carlos Zúñiga, Juan Carlos Arriagada y Leonardo Fonseca, todos partidarios de la necesidad de radicalizar la línea política del PC. A pesar de la recriminación pública que hizo tiempo después Luis Corvalán al visitar la RDA, lo sucedido en la Conferencia consagró una mirada crítica sobre la política del Partido, en donde “por primera vez se cuestionó algo que para nosotros anteriormente era sagrado: la opinión de la Comisión Política... significó que se empezaba a cerrar una página, que era la de la disciplina absoluta, en cierto sentido ciega...”⁹⁰ El primer paso estaba dado. Meses después, vendría un inesperado giro en la Dirección del PC.

A principios de 1980, la Comisión Política citó a una reunión en Moscú a Álvaro Palacios y a Manuel Fernando Contreras. Se reunieron con ellos los principales dirigentes del PC, con el fin de exponer lo que habían elaborado.

Fueron unas tres horas... dijimos que había que cambiar de política... Que estaba agotada la política de los “frentes amplios”; que había un proceso creciente de fragmentación y pérdida de credibilidad hacia las políticas del Partido y de la izquierda; que se requería revertir el estado de ánimo depresivo que en general había en la población chilena, por la casi omnipresencia de la dictadura; que empezaba a sentirse un distanciamiento entre “interior-exterior”... había que buscar la forma en que la gente pueda expresarse, participar, operar, salir a la calle, darles ánimo para protestar... demostrar que Pinochet no es omnímodo... que es posible tocarle el poto a la dictadura... apagarle la luz a este conchesumadre...⁹¹

Cuando les preguntaron sobre la moralidad partidaria, Palacios respondió que “la moralidad de la que están hablando aquí, no es la moralidad que tiene que ver con la vida amorosa ni sexual de nadie. Estamos hablando de la moralidad de los que quieren llegar hasta el final con esto. De los que van a ser consecuentes con

esta cuestión. Estamos, compañeros, hablando de esa moralidad, no de la otra moralidad”. Como lo explica Contreras, esta era una respuesta que todos los asistentes a la reunión entendieron: “Era un contrapunto implícito que todos entendían a la frase que en su época utilizó Corvalán a propósito de los preparativos del golpe militar:

Ni las piedras del camino dejarán de ser armas en manos del pueblo para defender al gobierno popular”. Lo que resultó una frase vacía. A eso aludía la respuesta que damos con Álvaro (Palacios): Que las promesas se cumplieran, que no se dijeran frases pirotécnicas que después no se iban a cumplir y terminaban frustrando a todos (estábamos llenos de frases en ese momento: “el edificio de la dictadura cruje”, “la dictadura tiene el ala quebrada”, etc.). Y que la responsabilidad ético-política de ser consecuente con lo trazado les correspondía a ellos, a la CP. La alusión a los “fierros” era puramente metafórica.

En este contexto, Contreras agregó a lo dicho por Palacios: “Miren, nuestra obligación es pasarle el fusil al Partido, aceitado y cargadito, pero la responsabilidad de jalar el gatillo es de ustedes, no nuestra, porque nosotros somos una estructura subordinada a la Dirección Política...”⁹² El peso moral de no haber sido capaces de defender al gobierno de Allende, era revertido por medio del convincente discurso de los integrantes del Equipo de Berlín. El orgullo partidario empezaría a ser curado y renacería con nuevos bríos la voluntad, más que de resistencia, de rebelión contra la dictadura.

En resumen, como lo señala Palacios, las tesis planteadas implicaban “una triada estructural: a) Cambio de política; b) Alteración vía esa nueva práctica, de la mentalidad y hechura partidaria y c) nuevo socialismo posible”. En este marco general, la idea de la democratización interna del Partido era fundamental para generar y producir las nuevas sendas partidarias: “Según como queríamos verlo entonces, la PRPM contenía un germen democratizador en la cultura comunista, interpelaba a una mayor ‘espontaneidad’ (palabra muy sospechosa entonces), a la necesaria inventiva, creatividad, iniciativa de base, de militantes y grupos que se

constituían en dirigentes de sus medios sociales, apelando a elementos reales pero también míticos y emocionales, que a duros análisis llegados desde ‘arriba’...”.⁹³ Al comprender la evidente dimensión “renovadora” que estos planteamientos implicaban, se entiende que para abrirse paso, la PRPM originó uno de los debates políticos, ideológicos y teóricos más importante de la larga historia del PC chileno. Las resistencias a la “renovación” fueron múltiples y probablemente nunca completamente zanjadas en la década de los ochenta. Pero a fines de los setenta, empezaron a hacer su camino al interior de la Dirección comunista.

Así, la percepción de los integrantes del Equipo de Berlín fue que sus tesis habían sido muy bien acogidas. Era el 26 de febrero de 1980, el día del cumpleaños de Contreras. El día anterior, Corvalán le comunicaba a este una decisión trascendental para la vida del sociólogo y por lo demás, muy esperada por él: debía regresar a Chile a incorporarse a importantes tareas partidarias. En efecto, gracias al artículo que había escrito él, pero que había sido publicado bajo el nombre de Rodrigo Rojas, Contreras había ganado fama como experto en guerra psicológica. En esa calidad, como un “técnico experto en acciones audaces”, fue que Contreras ingresó a Chile en septiembre de 1980. A pesar de esta consideración “técnica” y no política para fundamentar su regreso a Chile, en esa conversación Corvalán le aclaró cuál era la percepción que de él tenía, y a partir de eso, del conjunto del Partido:

Me cuenta que en Moscú hay fracciones. Me dice “está la gente de derecha”, me dijo riéndose, que calzaba de alguna manera con el “eurocomunismo”, con la gente de la Juventud, Alejandro Rojas, entre otros. “Está la gente –me dijo–, yo sé que usted ñor se va a enojar –me lo dijo riéndose, muy simpáticamente– que está en la posición del Partido, que represento yo... y está usted poh, que es como Arismendy, con las posiciones más de izquierda en el Partido... Pero ¿sabe ñor?, está la facción más peligrosa de todas: Los que no son “ni chicha ni limoná” ñor. Y me dio tres nombres que no vale la pena nombrar...⁹⁴

Este diálogo es revelador acerca del clima partidario en el cual surgió la política

de Rebelión Popular, alejado de la unanimidad y del acuerdo al interior de la dirección del PC. Es más, la Rebelión Popular y sus primeros impulsos a fines de 1980 y principios de 1981, fue más bien un dato “técnico” (“acciones audaces”) que debía “ayudar” a la resistencia contra la dictadura. No había una elaboración teórica asumida por la Dirección sobre las implicancias que un paso aparentemente “técnico” tendría sobre la política del Partido. Esta disyuntiva, basada en la supuesta división entre lo político y lo militar, estuvo en el centro de la discusión partidaria durante los años 80. Para unos, como Contreras, éstas eran expresión de la política del Partido, que por lo tanto la modificaba profundamente; para otros, los opositores a la PRPM, lo militar era solo un “aditivo” que se sumaba a la línea histórica del PC.

Las incongruencias y contradicciones al interior de la Dirección del PC quedaban de manifiesto en que mientras se le encomendaba a Contreras encabezar la “comisión de acciones audaces”, Corvalán le aclaraba que “no hay plata para que sea funcionario en el Interior, así que usted entra y vea cómo lo hace. La Dirección del Partido va a tomar contacto con usted, pero no estamos en condiciones que sea funcionario”. Restándole toda importancia a esta situación, Contreras y sus amigos de Berlín y Leipzig celebraron su ingreso a Chile. “Álvaro (Palacios), ‘Roberto’, el Pato (Patricio Palma), el ‘cojo’ (Carlos Zúñiga) me hicieron una despedida, en que estuvimos hasta tarde y brindamos... yo me venía... Le llamamos ‘Operación Oso’, en la idea que algunos íbamos a entrar a conspirar adentro y otros a conspirar desde fuera...”.⁹⁵ Este era el ambiente que se vivía en el PC en ese tiempo. Era una época de grandes discusiones y una Dirección partidaria que toleraba –tal vez por no tener otra opción– las voces críticas provenientes desde distintas partes del mundo, incluido por cierto del propio Chile.

Así, al llegar a Chile, Contreras representaba una marea que en el exterior había crecido. En países como Suecia, México y Cuba las opiniones sobre la necesidad de “dar nuevos pasos” en la lucha contra el régimen arreciaban. Asimismo, la militancia en el interior, especialmente los “funcionarios” que habían, hacia mediados de 1978, entregado –con “buena salud”– el mando del partido al equipo encabezado por Gladys Marín, también se llenaban de preguntas y cuestionamientos. La misma ex secretaria general de la Jota se imbuiría de este

espíritu, lo que con los años la convertiría en el símbolo más visible de la Política de la Rebelión Popular. Pero entre fines de 1980 y 1981, en la “comisión de acciones audaces”, se terminó de fraguar la nueva política del PC. En los inicios, el Equipo de Dirección Interior (EDI), encabezado por Gladys Marín, secundada por Manuel Cantero y Guillermo Teillier, entre otros, aportó decisivamente al diseño de la nueva política al calor de las reuniones con el encargado de acciones audaces:

A mí me tocó hacer por lo menos dos o tres exposiciones al Equipo de Dirección del Partido sobre la política de Rebelión. ¡A la Dirección del Partido! Me tocó exponer qué es lo que era la “perspectiva insurreccional”, cuál era el lugar que ocupaban las acciones audaces, cuál era nuestro concepto de lo militar dentro de la política del Partido, para qué queríamos oficiales, cuáles eran las tareas, cómo veíamos el curso de las cosas.⁹⁶

Así, la historia del PC en los 80 empezaría a cursar nuevas sendas, ligadas al desarrollo de su política militar. Los destinos de quienes iniciaron dentro del PC la discusión de lo que sería la nueva política del Partido corrieron distintos caminos durante esa década. Con todo, lo que está fuera de discusión fue el impacto tonificador que ésta tuvo entre la militancia comunista, la que mayoritariamente, desde distintas instancias y formas, se hizo parte de la idea de que para terminar con la dictadura eran necesarias “todas las formas de lucha”. A comienzos de los ochenta nació una nueva mística comunista, que se la jugó por el derrocamiento de la dictadura. Era la generación de la “Rebelión Popular”, que adoptó como nuevo dogma de fe una línea política que había nacido desde la renovadora discusión interna del partido.

[1 Una primera versión más reducida de este capítulo en Verónica Valdivia, Rolando Álvarez y Julio Pinto, Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet \(1973-1981\) \(Lom, 2006\).](#)

[2 Nuestros años verde olivo \(Planeta, 1999\); Ortega, op. cit.](#)

[3 Hobsbawm, Historia del siglo XX... op. cit., pp. 372 y ss y 459 y ss;](#)

Priestland, op. cit., cap. VII.

4 Testimonios de la solidaridad alemana con los chilenos, en Millas, Memorias... op. cit., pp. 209-210; Jaime Gazmuri; Jesús Manuel Martínez: El sol y la bruma (Ediciones B, 2000) y Andrea Insunza; Javier Ortega: Bachelet. La historia no oficial (Random House Mandadori, 2005).

5 Entrevista con Leonardo Fonseca 26/01/2006.

6 Ampuero, op. cit., p. 47.

7 Entrevista con Leonardo Fonseca 26/01/2006; Orlando Millas expone parte de los abusos de autoridad cometidos en esta primera época: “prohibición de salir de país sin autorización expresa del Coordinador Exterior. Se prohibía adquirir automóvil o vivienda...”. Millas, op. cit., p. 170.

8 Al respecto, Juan Carlos Arriagada, llegado a Berlín en 1977, aclara que a esa fecha ya se había abandonado esta práctica. Entrevista con el autor 21/12/2005.

9 Nos referimos a la novela de Carlos Cerda Morir en Berlín (Alfaguara, 2002).

10 Boris Ponomariov: “Conferencia de la Revista Internacional”. Praga, 1974. La frase sobre que la “revolución ha de saber defenderse”, fue pronunciada por Leonid Brezhnev, líder de la Unión Soviética, en el marco del XXV Congreso del PCUS en 1976, en referencia a los sucesos de Chile. Ver Boletín del Exterior del Partido Comunista n°16, p. 5. Las críticas del MCI al proceso chileno es largamente tratado en Bravo, op. cit., p. 94 y ss.

11 Millas, op. cit., p. 171.

12 Ibid., p. 220.

13 Entrevista con Juan Carlos Arriagada 21/12/2005.

14 Millas, op. cit., p. 220. Sobre la vida de los exiliados, ver Daniel Palma Alvarado, “La vida de los exiliados políticos chilenos. Luces y sombras de un 18 de septiembre”. Contribuciones Científicas y Tecnológicas n° 127, 2001.

15 Entrevista con Leonardo Fonseca 26/01/2006.

16 Testimonio de Verónica Palma en Palma Alvarado, op. cit.

17 Al respecto, ver Millas, op. cit., pp. 201 y 202. Esta información además la hemos completado gracias a los testimonios recogidos de nuestras conversaciones con Leonardo Fonseca, Carlos Zúñiga y Patricio Palma. Muy importante también fue la colaboración de Daniel Palma.

18 Entrevista con Patricio Palma 07/07/2005.

19 “Proceso de investigación sobre el problema militar en el proceso revolucionario chileno. Plan de trabajo e indicaciones”. 6 de noviembre de 1975. No indica lugar, pp. 1 a 3.

20 Ibid., p. 5. Las cursivas son nuestras.

21 Carlos Cerda, El leninismo y la victoria popular (Quimantú, 1971).

22 Los datos biográficos de Carlos Zúñiga, de nuestra entrevista del 29/06/2005.

23 Los datos biográficos de Patricio Palma, de nuestra entrevista del 07/07/2005.

24 Su testimonio al frente de esa responsabilidad es posible conocerla a través de una extensa entrevista contenida en Frank Gaudichaud, Poder popular y Cordones Industriales (Lom, 2004).

25 Entrevista con Patricio Palma 19/10/2005.

26 Carlos Zúñiga escribió un importante trabajo llamado “Lucha por el ejército y Gobierno Popular”, publicado bajo el seudónimo de “Enrique Martínez” en el Boletín del Exterior. Partido Comunista de Chile n° 34, 1979, que apunta en una línea similar a la realizada por Patricio Palma. Un análisis del artículo de Zúñiga, en Bravo, op. cit.

27 Manfred Kossok, “Protocolo de discusión del trabajo sobre FF.AA”. Octubre de 1974, pp. 8 y 9. Subrayado en el original.

28 Entrevista con Patricio Palma 19/10/2005. Su tesis doctoral está disponible, pero en alemán. Por eso recurrimos a la explicación oral de Palma y de algunos de sus escritos en español.

29 Todas las citas en Sergio Rojas, (seudónimo de Patricio Palma), “La relación entre línea política y la política militar del movimiento popular”. Boletín del Exterior. Partido Comunista de Chile n° 44, noviembre-diciembre 1980. pp. 62, 66 y 78. A la misma conclusión llega Verónica Valdivia: “Todos juntos seremos la historia. Fuerzas Armadas y Unidad Popular”, en Pinto, Cuando hicimos historia...op. cit.

30 Patricio Palma 19/10/2005.

31 Bravo, op. cit.

32 Intercambio electrónico con “Roberto”, marzo de 2006. Por razones laborales, este personaje nos pidió mantener su nombre en reserva. Agradecemos habernos relatado su valioso testimonio.

33 Entrevista con “Roberto” 16/02/2006. Como lo hemos señalado en otra parte, el aparato militar del PC previo al golpe de 1973, no contemplaba una hipótesis de enfrentamiento con las fuerzas armadas, es decir su derrota militar a través de una insurrección popular o un movimiento guerrillero. Por el contrario, el PC sostuvo la idea del carácter “constitucionalista” de las fuerzas armadas, base para levantar la política de “vía chilena al socialismo”, basado en la “vía político-institucional” Álvarez, Desde las sombras... op. cit.

34 Testimonio de “Roberto” en Huerta, op. cit., Volumen I entrevistas, p. 1, e intercambio electrónico con “Roberto”, marzo de 2006.

35 Entrevista con “Roberto” 16/02/2006 y testimonio de “Roberto” en Huerta, op. cit., p. 11.

36 Intercambio electrónico con “Roberto”, marzo de 2006. y testimonio de “Roberto” en Huerta, op. cit., p. 20.

37 Mónica González, La conjura. Los mil y un días del golpe (Ediciones B. Chile), p. 151.

38 Palabras de Manuel Fernando Contreras citadas en ibid, pp. 154 y 157.

39 Fue el caso del Comando Conjunto, que reclutó a Miguel Estay Reino y René Basoa, integrantes de estos aparatos en el momento de su detención. Detalles de sus detenciones en Mónica González, y Héctor Contreras, Los secretos del

Comando Conjunto (Ediciones del Ornitorrinco, 1991).

40 Entrevistas con Álvaro Palacios González 24/01/2006 y “Roberto” 16/02/2006.

41 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

42 Entrevista con “Roberto” 16/02/2006. “Fanta” era el popular apodo de Miguel Estay Reyno, integrante de los equipos de autodefensa e internos de la Jota y el partido antes y después del golpe de Estado de 1973.

43 Bravo, op. cit., p. 125. En este trabajo se demuestra, a través del análisis de las intervenciones realizadas en el Pleno del 77, las diferencias políticas entre los participantes y las fuertes críticas a la Dirección del Partido.

44 Hite, op. cit., y Roberts, op. cit.

45 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

46 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 12/01/2006.

47 Ibid.

48 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

49 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 12/01/2006.

50 Ibid.

51 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006 y Manuel Fernando Contreras 12/01/2006.

52 Álvarez, Desde las sombras... op. cit.

53 Todas las citas en Manuel Fernando Contreras, “Las desviaciones de derecha del movimiento obrero chileno”, 10 de enero de 1977, La Habana, Cuba.

54 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 25/10/2005.

55 “Conversación con Fidel Castro en La Habana el 31 de mayo de 1974. Hotel Habana Libre”. AIPC.

56 “Conversaciones entre delegaciones de los Partidos Comunistas de Chile y Cuba, marzo de 1975” y “Plan de preparación militar para militantes de las J.J.CC”. AIPC.

57 Intercambio electrónico con Manuel Fernando Contreras, marzo de 2006.

58 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

59 Eusebio Mujal-León, “El comunismo Portugués y Español en una perspectiva comparada”, Morton Kaplan, (editor): Las diversas facetas del comunismo (N.O.E.M.A Editores, México, 1982), p. 107 y entrevista con Manuel Fernando Contreras 12/01/2006.

60 Ver “Camilo González” (seudónimo de M.F. Contreras), “Lo militar en la política del Partido”, en Principios N° 22, enero-febrero, 1982, pp. 42 y 43.

61 La cita corresponde a Nicos Poulantzas, La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España (Siglo Veintiuno Editores, 1976). p. 125. Palma y Contreras reconocen haber leído con atención los escritos de este influyente cientista social galo.

62 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 12/01/2006.

63 Vo Nguyen Giap, Armar a las masas revolucionarias, construir el Ejército Popular (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975), pp. 49 y 53.

64 Samaniego, op. cit., p. 8.

65 Al respecto, ver Manuel Fernando Contreras, “Opiniones en torno a la renovación del Partido Comunista de Chile”, agosto de 1990. s/e. p. 9.

66 Fred Halliday, Irán: Dictadura y desarrollo (Fondo de Cultura Económica, 1981), p. 325.

67 Behrang, Irán. Un eslabón débil del equilibrio mundial (Siglo Veintiuno editores, 1979), p. 261.

68 Ibid., p. 302.

69 Halliday, op. cit., p. 391.

70 Ibid., p. 412.

71 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 17/08/2005.

72 Vo Nguyen Giap, “Vietnam. Guerra de Liberación”. Citado por “González, Camilo” (seudónimo de M.F. Contreras), op. cit., p. 51.

73 Samaniego, op. cit., p. 7.

74 Testimonio de “Roberto” en Huerta, op. cit., pp. 45 y 46.

75 Intercambio electrónico con Manuel Fernando Contreras, marzo de 2006.

76 “Rodrigo Rojas” (Contreras, M.F.): “La guerra psicológica, arma política del imperialismo”. En Los 1000 días de Revolución. Dirigentes del PC de Chile analizan las enseñanzas de la experiencia chilena (Editorial Paz y Socialismo, Praga, 1978), p. 122.

77 Ibid., pp. 132 y 133.

78 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

79 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 25/10/2005.

80 “Las nuevas condiciones de la lucha política. Cuestiones generales” (s./e., 1981), pp. 11 y 12. Las cursivas son nuestras.

81 Intercambio electrónico con Manuel Fernando Contreras, marzo de 2006.

82 Sobre los protagonistas de las primeras acciones audaces, integrantes del Frente 17 o Frente Cero y el tipo de actividades que desarrollaban, ver Bravo, op. cit., p. 221 y ss.

83 Gabriel Berly, (seudónimo de M.F. Contreras), “Los estados de ánimo de las masas y su significación política”. Principios n° 18, 1981, p. 28.

84 “Las nuevas condiciones de la lucha política... op. cit., p. 4.

85 Entrevista con Carlos Zúñiga 29/06/2006.

86 Ibid.

87 Ibid.

88 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

89 Entrevista con Carlos Zúñiga 29/06/2005 y Patricio Palma 07/07/2005.

90 Entrevista con Leonardo Fonseca 26/01/2006, Carlos Zúñiga 29/06/2005 y Juan Carlos Arriagada 21/12/2005.

91 Entrevista con Álvaro Palacios 24/01/2006.

92 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 12/01/2006 e intercambio electrónico con él, marzo de 2006.

93 Intercambio electrónico con Álvaro Palacios, marzo de 2006.

94 Entrevista con Manuel Fernando Contreras 12/01/2006.

95 Ibid.

96 Ibid.

Capítulo 5.

Debates, rupturas y divisiones en los tiempos de la Rebelión Popular (1980-1988)¹

La historia política de Chile durante el ciclo 1983-1986 está indisolublemente ligada a la aparición de las Protestas Nacionales, aquel multifacético movimiento opositor contra la dictadura en donde destacaron formas armadas de resistencia en su contra. Generalmente considerado como el “antecedente” previo para la posterior salida pactada de la dictadura, se desestima la posibilidad de que a través de esa vía se haya podido terminar con el régimen militar. Es más, se ha considerado al método armado como un factor que ayudaba a la estrategia confrontacional de Pinochet para perpetuar su mandato. En síntesis, la lucha armada contra Pinochet no habría sido más que cosa de minorías, ajenas al resto de la población.

Por ello, es una tarea pendiente hacer una especie de historia social de la resistencia militar de masas contra la dictadura. Para entender la evolución de la línea política del PC y del accionar de su brazo armado, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), es indispensable conocer su inserción en el movimiento real de la lucha social que el país vivió durante el periodo 1983-1986. La lógica interna de sus actuaciones era heredera del fundamento político que habían originado las “acciones audaces” a principios de 1981, a saber, su carácter de masas. De acuerdo a nuestro planteamiento, la cultura política del PC se transformó durante este período producto de la incorporación del factor militar. Sin embargo, existió una línea de continuidad con sus tradiciones políticas (“el recabarrenismo”), expresado en la inserción e influencia de masas que el PC obtuvo en esta época, a pesar de que supuestamente el promover formas violentas de resistencia contra la dictadura lo deberían haber conducido a abandonar o minusvalorar el trabajo de masas. En este sentido, no planteamos un supuesto éxito a priori de la PRPM producto de su acogida entre “las masas”. En cambio, afirmamos que el sentido de la acción política del PC, y más aún, su

práctica, se basaba en el tradicional pragmatismo de los comunistas, en su preocupación por resolver problemas domésticos o prácticos de las personas, en ocupar espacios legales cuando los hubiera, pero, producto de la época, con fuerte énfasis en la lucha ilegal, lo que le permitió tener influencia en las organizaciones sociales.²

Desde nuestra óptica, la PRPM implicó evidentemente una transfiguración de la identidad y la cultura política del PC, pero en ningún caso una tábula rasa de ella. Por el contrario, su arraigo en sectores en donde tradicionalmente había sido fuerte el PC previo a 1973 (trabajadores organizados, pobladores y estudiantes) lo convirtió durante los años '80 en un partido de masas y un actor político –para bien o para mal de muchos– indispensable dentro de la arena política nacional. Sin embargo, la PRPM sí provocó fuertes tensiones dentro del partido, especialmente al interior de la Dirección comunista, larvándose una crisis interna que se desató cuando en 1987 se hizo evidente la imposibilidad de derrocar a Pinochet. De esta manera, la crisis que vivió el PC entre 1987-1990 no fue solo coyuntural (fracaso de una estrategia política) sino que estratégica, en donde estuvo en juego el carácter y el futuro del PC dentro del sistema político chileno, es decir, en el fondo, su viabilidad histórica.

La construcción de un aparato militar:

los orígenes del FPMR (1980-1983)

Los orígenes de la nueva política militar del PC se remontan a la derrota de la Unidad Popular y la necesidad de reflexionar sobre cómo terminar con la dictadura militar. Cuando en la Dirección del PC se impusieron las tesis que darían origen a la PRPM

–fines de 1979, principios de 1980– los comunistas tenían algunos avances en el diseño de la política militar. A partir de esta última fecha, la Comisión Militar del PC, ubicada entonces en Berlín Oriental, se abocó al diseño político y orgánico para implementar en terreno la política militar del PC. Integraron esta

comisión Sergio Ovalle y Carlos Toro, quienes contaron con la colaboración de Carlos Zúñiga y Patricio Palma. Este núcleo redactó los principales documentos de Comisión Militar en la primera época de la nueva línea del PC.

Uno de estos textos partía del supuesto de que había que subir el estado de ánimo de las masas luego del Plebiscito de 1980, generando una “ofensiva popular” que debía “traducirse en cambios en el contenido y formas de la lucha, que expresen la resistencia activa de las masas a la acción de la dictadura”. En este sentido, se resaltaba que había que pasar a la ofensiva “desbordando resueltamente los marcos en que la ‘institucionalidad’ fascista pretende encerrar al movimiento de masas”. Así, la violencia debía funcionar como un factor desencadenante de una nueva dinámica política, en donde el “movimiento popular” tuviera la iniciativa política. Para ello, según este informe de la Comisión Militar, era fundamental entender que una vez generada la “crisis nacional política” de la dictadura, ésta caería solo si las fuerzas opositoras contaban con “la fuerza material capaz de derribarla”.³ Para comprender sin caricaturas este punto, esta tesis se fundamentaba en que todas las fuerzas políticas contaban con un factor militar: la dictadura con las fuerzas armadas; la Democracia Cristiana había propuesto a través de Eduardo Frei un “pacto social”, que insinuaba –según lo querían ver los redactores de este documento– un pacto DC-militares, originando una salida como la de El Salvador, en donde la DC gobernaba con el beneplácito de las fuerzas armadas. En este contexto, ¿cuál era el factor militar del PC? La Comisión Militar proponía una fórmula para construirlo.

Basada en los estudios militares de los setenta, la Comisión Militar proponía que la llamada “fuerza militar revolucionaria” del PC fuera compuesta por tres vertientes fundamentales: una fuerza militar regular propia de los comunistas; sectores ganados (y/o neutralizados) en contra de la dictadura y los “destacamentos de las masas armadas”. Estos tres aspectos fueron la columna vertebral de la Política Militar del PC durante la década de los 80. Para tener éxito, la construcción del factor militar de los comunistas debía ser de masas, y por eso reconocían que un obstáculo muy importante era que “en nuestro país no existen, salvo contadas excepciones, tradiciones populares de resistencia armada. Por lo mismo, es muy limitada la experiencia de las masas en este terreno. Por

ello, no existe la tendencia popular a resolver por medios y formas de violencia armada los conflictos de clase”.⁴ De este modo, el plan de acciones que proponía la Comisión Militar era ascendente, desde lo más elemental en dirección a otras cada vez más complejas. Esto debía ir unido a una estrategia que justificara y popularizara la violencia popular ante –según decía la propia Comisión Militar– las poderosas fuerzas que la rechazaban (Democracia Cristiana, Iglesia Católica), en el marco de un pueblo mayoritariamente cristiano. De ahí que se propusiera la siguiente fórmula –posteriormente ampliamente reproducida por el PC y el FPMR– para justificar la violencia revolucionaria: “La doctrina Social de la Iglesia, ya desde Santo Tomás de Aquino establece que la rebelión es legítima en ciertas condiciones. ¡Una de ellas es que ‘exista un exceso de tiranía!’”.⁵

A continuación, la Comisión Militar planteaba una “hipótesis de guerra”, que partía de la premisa de construir un “ejército revolucionario” (idea que no cursó posteriormente en el PC). Para llevar a cabo esta tarea, se tenían en cuenta una serie de condicionamientos, como el carácter montañoso del país, su perfil urbano, la tradición de lucha de masas de la clase obrera chilena, la influencia de la Iglesia Católica y la impopularidad de la violencia de la lucha popular armada. La hipótesis de guerra intentaba tener en cuenta estos factores para llegar a la siguiente definición:

Acciones de hostigamiento (político, económico y militar), que efectuadas por las masas populares... se desarrollan en distintas etapas... en que se combinará el uso de formas armadas y no armadas de lucha contra el enemigo principal; y que apuntan –cuando el auge de la lucha de masas lo posibilita– hacia la insurrección popular armada en las ciudades de Santiago, Valparaíso y Concepción, con miras a tomar el poder y el control de los centros fundamentales del país... la insurrección armada... será acompañada de enérgicas acciones guerrilleras... a través de todo el país.⁶

Todo esto, en un marco en donde las fuerzas armadas regulares estuviesen viviendo un fuerte grado de “diferenciación”, ganándose para el bando revolucionario o neutralizando a importantes sectores dentro de sus filas.

Para iniciar el trabajo militar, el informe de la Comisión proponía dos etapas. La primera contemplaba acciones de “hostigamiento”, armado o no armado, para ganarse la simpatía popular, subir el estado de ánimo de las masas (“Pinochet no es invulnerable”), incentivándolas a la movilización y haciendo visualizar que las acciones paramilitares podían ser parte importante para lograr sus objetivos políticos. Las acciones de esta primera etapa destinadas a desestabilizar al régimen eran descritas en otro documento: “tacos de tráfico urbano y rural; siembra sistemática de “miguelitos” que afecten a sectores pro-fascistas (en estacionamientos de supermercados, calles del barrio alto, etc.); aviso de explosivos en bancos, cines elegantes, boites, que obliguen a evacuarlas o suspender sus actividades; incendios menores (basureros en el centro de Santiago), bombas pestilentes en lugares de reunión de la alta burguesía (Club de la Unión, Casino de Viña, etc.)”.⁷

Pero junto con ello, se proponía la formación de un “comando centralizado”, que realizara acciones de mayor nivel, como represalias contra símbolos del abuso de poder (empresarios, militares, decanos que pidan expulsiones de alumnos, etc.); acciones de propaganda armada (tomas de radios y televisión por ejemplo) y acciones de sabotaje (corte de oleoductos, plantas telefónicas y cortes de energía eléctrica “reiterados”).

La segunda etapa era poco desarrollada en los documentos de la Comisión Militar, porque ya las acciones propuestas para la primera implicaban un grado de desarrollo que el PC todavía no contaba. Es más, la propia Comisión Militar reconocía que “no estamos en condiciones de realizar acciones de comando centralizado hasta septiembre del próximo año”.⁸ Con todo, se dejaba abierto el desarrollo de esta segunda etapa, dependiendo del estado de ánimo de las masas, pero si la lucha iba en alza, se pensaba en “huelgas políticas de carácter regional, nacional o por ramas de la producción” y la incorporación a la actividad opositora de “nuestra fuerza militar propia”.⁹

Uno de los últimos acápites del informe de la Comisión Militar posteriormente

tuvo vastas consecuencias. Al definir la forma de funcionamiento de los “comandos centralizados”, proponía que “las operaciones abiertas no se realicen en nombre del Partido, para cuidar la actividad de los cuadros legales del interior, que aparezcan ejecutadas por un movimiento único en todo el país, que adopte el nombre de alguna personalidad histórica”. La idea era que este movimiento tuviera una convocatoria más allá de los comunistas, y se convirtiera en un organismo masivo: “La popularidad de las acciones de este movimiento (cuyo nombre hay que determinar) puede hacer que en etapas posteriores, al alcanzarse niveles superiores de lucha, mucha gente –sobre todo jóvenes– se organicen espontáneamente y se sientan integrantes del movimiento, tal como sucedió en Nicaragua con los sandinistas”.¹⁰ Evidentemente, que este fue el origen del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, fundado casi exactamente tres años más tarde. El no reconocimiento de éste como brazo armado del PC tuvo esta doble explicación, es decir, la represión sobre los dirigentes públicos y lograr una convocatoria amplia. Sin embargo, con el tiempo esta medida de negación de la paternidad incubó un malestar entre sus integrantes, desdibujándose en muchos la identidad comunista. Además, la creación de un brazo armado con cierta dosis de autonomía, según señalaban otras experiencias históricas, inevitablemente terminaba en divisiones y quiebres. El PC estaba plagado de polémicas internas, de indecisión en algunos de sus máximos dirigentes, quienes no estaban dispuestos a transformar al Partido en una organización político-militar, como el PC salvadoreño. Es decir, la opción de crear un brazo armado apareció como la única viable dentro de una Dirección política en donde la unanimidad en torno a la importancia y perspectivas del trabajo militar no existía.

De esta manera, a fines de 1980 se comenzaba a hablar en Chile del “Frente 17”, llamado posteriormente “Frente Cero”, encargado de realizar las primeras “acciones audaces” en el país. De acuerdo a la visión política del Equipo de Dirección Interior del PC, encabezado por Gladys Marín, la crisis económica que comenzó a azotar al país desde 1981 generaba condiciones de ascenso de la lucha social, la que debía ser acompañada por las “acciones audaces” con los objetivos ya señalados.

Producto de la aprobación de la nueva legislación laboral y la naciente crisis

económica, el movimiento sindical se mostró activo durante 1981. En abril de ese año, los nueve sindicatos del mineral El Teniente votaron la huelga por estar en desacuerdo con la última oferta de la empresa, conflicto que se extendió por 40 días. Esta huelga fue “extremadamente combativa...”, e incluso se pensó que “podía desencadenar un proceso que fuera más allá de los límites de la negociación colectiva, para transformarse en un desafío político al Plan Laboral”. Finalmente, ante la posibilidad de que se cumplieran los 60 días legales de huelga y CODELCO pudiera contratar nuevos trabajadores, la huelga se bajó. Por ello, según se ha señalado, “la impresión que permaneció posteriormente en la opinión sindical y en los analistas laborales fue que el movimiento había sido derrotado por el gobierno”.¹¹ Es decir, si un sector con una organización sindical fuerte y de la que dependía una actividad económica estratégica no pudo doblarle la mano a la autoridad, difícilmente lo podrían hacer otras organizaciones sindicales de menor influencia económica en el país. De alguna manera, la huelga de El Teniente en 1981 anunciaba que el movimiento sindical no podría ser el protagonista de la “rebelión” contra la dictadura.

Sin embargo, la Dirección interior del PC prefería en ese entonces enfocar su análisis en la disposición de los trabajadores a pelear por sus derechos, que demostraba según ellos “el estado de combatividad de las masas”, y, por ende, la pertinencia de las “acciones audaces”. En el caso de la huelga del carbón, se resaltaba que durante su realización, “solo en San Miguel había más de 15 conflictos sindicales y la Constramet atendía más de 22 conflictos metalúrgicos”. El entusiasmo por la huelga en la gran minería del cobre era evidente: “Hubo un alto grado de combatividad que se expresó en las asambleas, en los mítines, en los desfiles con enfrentamiento con la policía, en las huelgas de hambre, en los cacerolazos y manifestaciones de las mujeres... se produjo la unidad obrero-estudiantil, a través de acuerdos firmados en liceos y facultades universitarias... se dio la más amplia solidaridad, no solo de la clase obrera. Participaron muchos sectores de profesionales, artistas, comerciantes...”. En definitiva, para el EDI del PC, “la huelga de El Teniente demostró que está viva la conciencia de clases y el deseo de luchar contra la dictadura, más aún, en un lugar dirigido hasta ahora por elementos profascistas”.¹² Junto a la evaluación de este conflicto, se enumeraban otros ejemplos de “lucha de masas”, que ratificaban la conclusión sobre la existencia de un ascenso de la lucha de masas.

Sin dudas, especialmente basados en la mirada retrospectiva, es fácil calificar estos análisis como exagerados. La lógica del EDI era que al descontento de la mayoría del país, le faltaba el impulso para manifestarse, el ánimo para atreverse a alzar la voz. Por lo tanto, el papel de la “vanguardia” (o sea el PC), era ayudar a generarlo. No se debía ser pesimista ni alarmista. El gran problema de esta postura era que, con el afán de “elevar el estado de ánimo de las masas”, el análisis de la realidad era incompleto y no se terminaban de evaluar con “cabeza fría” algunos hechos, como el debilitamiento del movimiento sindical, la despoltización de importantes sectores de la sociedad, la lejanía de un acuerdo unitario de los partidos opositores, etc.

Basados en este contexto de supuesto auge de la lucha de masas, el EDI describía el desarrollo de las “acciones audaces” durante 1981. La descripción llamaba la atención sobre su diversidad, en donde la “audacia”, se mezclaba con la guerra psicológica: “No hay día que no se realice un llamado telefónico anunciando la colocación de una bomba... o que (se) propague algún rumor, como fue por ejemplo, el cáncer de la Lucía Pinochet que tuvo que desmentir públicamente por prensa y radio”.¹³ Otras acciones eran rayados callejeros, de propaganda durante los partidos de la selección chilena de fútbol en los partidos eliminatorios al Mundial de España, lanzamiento de volantes en el metro, supermercados y cines, etc. Otra actividad realizada en el invierno de 1981 fue la “planchatón”, basada en la teoría de que si se aumentaba el consumo de energía eléctrica al máximo, se podía generar un corte de luz. Un lugar central ocupó la acción realizada el 18 de febrero de 1981 por el “Comando Manuel Rodríguez”, que anunció bombas, detuvo el tráfico, entrevistas con los artistas, etc. “Efectivamente se creó un ambiente de tensión, desalojaron hoteles, discoteques y la propia Quinta Vergara. Aumentaron considerablemente las medidas de seguridad para artistas y periodistas extranjeros...”.¹⁴

Lo que importaba destacar en este informe, y podríamos decir que era su tesis implícita, era que junto al supuesto ascenso de la protesta social, las acciones audaces generaban simpatía en la población, ayudando a generar un clima para que aumentaran las manifestaciones contra la dictadura. Como terminaba

diciendo el propio informe, “no hay dicotomía entre lucha de masas y lo que se ha llamado acciones audaces. Todo es lucha de masas, la vanguardia muestra el camino, produce la experiencia, pero son las masas las que luchan por diversos medios, por huelgas, manifestaciones, acciones de sabotaje, actos de audacia”.¹⁵

En 1982, un informe de la Comisión Militar del interior daba cuenta de la instalación de numerosas cargas explosivas en torres de alta tensión, pero sistemáticamente cada una de ellas fracasó. Si bien se registraban acciones audaces de un nivel distinto a las de 1981 (quemar con bombas molotov de dos camiones del ejército, cortes de luz con “cadenazos”, etc.), y se registraban avances (creación de estructuras militares en los Comités Regionales), todavía el frente militar del PC no daba su “gran golpe”, lo que al parecer hacía cundir el desánimo en los grupos operativos, nombre que recibieron los “comandos centrales” de los que hablaba el informe de 1980 de la Comisión Militar en Berlín.¹⁶ El debate en ciernes, luego de lo que se consideraba había sido un promisorio año 1981, era el mismo que se daba entre el interior y el exterior: ¿cuál iba a ser la proyección del Frente Cero? ¿Continuar con el tipo de acciones descritas más arriba, entendidas como meras “calentadoras” de la lucha de masas?, ¿o “elevar” cada vez más el nivel de las acciones, en una perspectiva estratégica basada en una salida de corte insurreccional? En el horizonte se comenzaba a plantear cuál iba a ser el papel que iban a jugar los oficiales comunistas formados en Cuba y Bulgaria. La situación de los militares comunistas abrió otro foco de conflicto entre el EDI y el segmento exterior de la Dirección del PC.

En efecto, hacia 1982-83 se configuró un nuevo vértice de conflicto interno dentro del PC, ubicado geográficamente en Cuba, lugar en donde se concentraban los militares comunistas chilenos. Comprender a cabalidad lo ocurrido en La Habana justo antes del nacimiento oficial del FPMR (diciembre de 1983) es fundamental para entender su posterior fractura. La crisis que estalló en el Aparato Militar del PC en Cuba fue un subproducto de la pugna no resuelta entre el EDI y el Segmento Exterior. El origen de la crisis la relata César Quiroz, formado como militar en Bulgaria y testigo de la crisis de 1983. Según él, ella “tenía que ver con el hecho de que el Partido no tenía claro qué hacer con la gran cantidad de cuadros que ya se habían formado”. Junto a otros, Quiroz venía

desde Bulgaria pensando que su destino final era Chile, “pero no estaba en los cálculos del Partido el retorno de los oficiales a Chile. Por lo tanto en Cuba se empieza a dar una gran acumulación de militares chilenos: los que regresaban de Nicaragua, los que iban saliendo de las escuelas, los que veníamos de Bulgaria”. Este numeroso contingente (más de 200 oficiales), creó una fuerte tensión producto de sus deseos de incorporarse a la lucha contra la dictadura.¹⁷ De acuerdo a la interpretación de Quiroz, los bandos en conflicto era la postura “del Partido”, representada por Jacinto Nazal –integrante del CC del PC– y, por otro lado, la defendida por el oficial Galvarino Apablaza (posteriormente conocido como “Comandante Salvador”). Nazal se oponía al envío a Chile de los oficiales y Apablaza era vocero del clamor de sus pares por reingresar lo antes posible al país. Sin embargo, la problemática de fondo era más compleja que la descrita por Quiroz.

En efecto, Nazal estaba en contra del ingreso a Chile de los oficiales, pero por razones muy distintas a las que argumentaba el Segmento Exterior. Si estos se oponían a este hecho, se debía básicamente a que aún no estaban por definir un desarrollo “superior” de la política militar del PC, y probablemente vieran en el ingreso de los jóvenes oficiales comunistas, el peligro de fortalecer las tendencias “militaristas” o “ultraizquierdistas” del EDI. Por su parte, Nazal se negaba al reingreso a Chile porque era un feroz crítico frente a dos situaciones: ante las vacilaciones al interior de la Dirección del PC, reflejado en que carecía de una elaboración estratégica del papel del factor militar en la política del Partido y también crítico de los ritmos de implementación de la política militar dentro de Chile. En resumen, Nazal veía en el regreso a Chile de los oficiales el riesgo de su dispersión orgánica, de un sacrificio inútil en un escenario (guerrilla urbana) para el que no estaban preparados y, en definitiva, la disolución del trabajo militar por parte de la Dirección del PC: “La contradicción es que yo digo y sostengo hasta ahora, que el Partido Comunista no estaba por la vía armada y que a estos ‘cabros’ (los oficiales) los iban a hacer mierda aquí adentro... el PC no tenía resueltas las cosas, históricamente había una confusión en la Dirección...”¹⁸ Por ello, Nazal planteaba que los oficiales se quedaran en Cuba para continuar su carrera militar, en vistas a generar un cuerpo de militares de alto rango que permitieran perspectivar un nuevo ejército en Chile.

Es decir, en la crisis de 1983 Nazal estaba a la “izquierda” de la postura del EDI encabezado por Gladys Marín. El EDI nunca llegó a radicalizar sus diferencias con el segmento exterior, lo que se manifestó en 1981 cuando accedió a renunciar a la “PIM” a cambio de la “PRPM”, nombre de consenso de la nueva política. Más alejado de las esferas del poder dentro del PC, Nazal y el grupo de oficiales afines a su postura, asumieron desde un comienzo una crítica radical a las indefiniciones de la Dirección comunista. Nazal respaldaba al EDI en la necesidad de definir la política militar desde una proyección estratégica, pero en el fondo, no estuvo de acuerdo en enviar a los oficiales a Chile –como sí lo quería el interior– porque no veía voluntad de toda la Dirección para implementar la política militar de manera “seria”. Si bien en 1983 su posición no contaba con el respaldo de la mayoría de los oficiales chilenos en Cuba, que estaban deseosos de volver a Chile, poco tiempo después, especialmente durante 1987, las críticas de Nazal se reprodujeron en las voces de los oficiales que hacían cabeza del FPMR. No por casualidad, Nazal ya en 1983 era criticado por la Dirección del PC por sus tendencias autonomistas. Como expresión de lo que sus críticos consideraban como sus “tendencias personalistas”, se señalaba que la conducción de Nazal del frente militar en Cuba había mostrado una tendencia a desarrollarse al margen de la Dirección.¹⁹ Esta situación se repitió en 1987 y terminó con la división del FPMR.

La discusión entre Nazal y el segmento exterior del PC terminó con la salida de su responsabilidad del primero, pero además con la derrota total de sus posiciones, ya que finalmente el EDI y el segmento exterior acordaron el ingreso de los oficiales para fortalecer la “fuerza militar propia” del Partido. Queda por aclarar ante la historia las razones de esta decisión. Las del EDI eran conocidas, pues estimaba que estaba en alza la lucha de masas; en cambio el segmento exterior no era tan optimista y veía lo militar solo como un agregado de la política del PC. Sin embargo, igualmente dio su parecer para este crucial hecho. Así, a mediados de 1983 se resolvió el ingreso de los “oficiales” a Chile.²⁰

De esta manera, las condiciones materiales y políticas para la creación del brazo armado del PC terminaban de cristalizar. Por un lado, un contexto nacional que el PC entendía abría paso a nuevas condiciones políticas, marcado por las “Protestas Nacionales”; por otro lado, al fragor de estas manifestaciones, el EDI

adquirió cada vez un liderazgo mayor en el país y la nueva realidad política en 1983 parecía darle la razón respecto a que era posible que las condiciones maduraran en una “crisis nacional revolucionaria”. Las posiciones de derecha en la Dirección del PC, mayoritariamente en el exilio, perdieron fuerzas en un cuadro en donde el centro de gravedad de la política ya no estaba ni en Moscú, Berlín o La Habana, sino en Chile.

De forma paralela a este proceso, entre 1981 y 1983 el debate al interior de la dirección del PC adquirió ribetes álgidos. Apenas hecho público el discurso de Luis Corvalán que incluía a la violencia política como un factor más para terminar con la dictadura, destacaron las palabras de los integrantes de la Comisión Política en el exilio Volodia Teitelboim y Américo Zorrilla, que se apresuraron en afirmar que el PC no estaba cambiando su línea política, ni se había “ultraizquierdizado” de la noche a la mañana. La “línea” del Partido solo se había enriquecido al incorporar el tema militar.²¹ Estas y otras intervenciones posteriores del propio Corvalán, apenas disimulaban la fuerte polémica interna existente en la Comisión Política del PC. Por un lado, un sector, mayoritariamente ubicado en el exterior del país, era reacio a ver la nueva orientación como un cambio drástico hacia posturas izquierdistas. En cambio el interior, encabezado por Gladys Marín, se entusiasmaba y veía que la coyuntura política debía avanzar hacia el desarrollo de nuevas y más radicales formas de lucha contra la dictadura.

Los contenidos de la discusión de 1981 son fundamentales para entender los ritmos en los cuales se movió la política del PC durante la década. Producto de las diferencias ente el segmento exterior y el interior de la Dirección del PC, se convocó al tercer pleno del Comité Central desde 1973. Como parte del clima de debate que existía previo al pleno, que se realizó en mayo de 1981, el EDI publicó como documento oficial del Partido un texto redactado por Manuel Fernando Contreras, entonces encargado del Frente 17 (más tarde Frente Cero, nombre que recibía entonces el frente militar), denominado “Las nuevas condiciones de la lucha política. Cuestiones generales”, más conocido como el “libro rojo”, por los colores en que fue editado. Allí, el otrora “encargado de acciones audaces”, planteaba la existencia de un “nuevo estilo de la lucha de masas... que modifica las formas tradicionales de lucha de masas... con acciones

fuertes, destinadas a elevar la disposición combativa y el estado moral del pueblo”. Por ello, las nuevas tareas políticas exigían poner “el centro de gravedad en acciones de masas, y con sentido y significado de masas, en una emergente lucha insurrecta respecto de los actuales espacios legales y de la institucionalidad vigente...”.²²

Entrando derechamente al debate partidario, Contreras rebatía a quienes veían lo militar como un simple “calentador” de la lucha de masas. En el fondo, rechazaba aquella visión que entendía lo militar como un mero aditivo a la línea del partido. En cambio, “las acciones a las que llama nuestro Partido son parte integrante de la lucha de masas, y arrancan de los supuestos esenciales de nuestra línea política. Por ello no son “meros arranques audaces” ni simples detonantes, sino que son parte de una perspectiva nueva del desarrollo de la lucha de clases”. En otras palabras, se estaba planteando que la línea partidaria cambiaba, producto de las nuevas condiciones políticas, determinadas fundamentalmente por la institucionalización de la dictadura. Y la nueva línea ponía en el centro de su objetivo la lucha por la toma del poder. En efecto, las denominadas “acciones fuertes de masas” (militares), deberían ir enfocadas en una perspectiva de desencadenar una “crisis nacional revolucionaria en el país”. Así, la perspectiva estratégica hacia el poder sería la vía insurreccional y la táctica, formas de lucha diversas, de acuerdo a cómo se diera la coyuntura política: “En este sentido, no se puede confundir la perspectiva insurreccional con la lucha armada, pues ésta puede ser tanto la coronación de un estado insurreccional desarrollado del pueblo, como un factor de acumulación de fuerza y desencadenante de la crisis nacional revolucionaria (como Irán en el primer caso, o como Nicaragua en el segundo)”.²³

En otro texto, fechado el 10 de mayo de 1981, es decir presentado en la víspera del pleno de 1981, Contreras profundizaba los cambios que “el nuevo estilo” traía para la línea política de los comunistas. Ratificando que el principal cambio era el de las vías, pues aunque “hay vías desarmadas hacia el poder... la mayoría militar debe estar presente en todas ellas, incluidas ciertamente la vía pacífica”, Contreras era enfático en remarcar que “no se puede confundir lo armado de toda vía con la lucha armada como método principal de las masas para la solución del poder a su favor”. Este argumento iba en contra de quienes dentro

del PC acusaban al EDI de promover la lucha armada como estrategia política del Partido. En perspectiva dialéctica, Contreras argumentaba que las acciones audaces serían de masas “no por el número de sus participantes, sino por su armonía con el estado de ánimo de éstas”, aludiendo a los comunistas que resaltaban que la movilización contra la dictadura era escasa y poco numerosa. Para Contreras, a nombre de la mayoría del EDI, el temor paralogizaba a las masas, razón por la cual era necesario revertir esa situación y permitir la expresión mayoritaria del pueblo contra la dictadura. Pero no bastaba solo eso, ya que para que la lucha de masas apuntara hacia la perspectiva insurreccional, debía basarse en “la capacidad de las masas de centrar su lucha fuera, en contra y a pesar de la institucionalidad fascista...(esto) debe impregnar todas las formas de lucha, incluidas las más audaces y legales”.²⁴

El planteamiento de Contreras implicaba una fórmula nueva respecto a la visualizada en los años de la línea del “Frente Antifascista”, basada en las formas de lucha tradicionales del PC. En efecto, la tesis de la “perspectiva insurreccional” colocaba en el centro no solo el fin de la dictadura, sino resolver la cuestión del poder de manera favorable a los sectores populares. Es decir, desde la crítica a la Unidad Popular (y al PC en ese tiempo), que no habría contemplado en su globalidad el problema del poder, ahora la “perspectiva insurreccional” sí lo hacía, convirtiéndose, se afirmaba, en un componente estratégico del movimiento revolucionario chileno. A través de esta vía, se resolvería en un solo momento histórico tres hitos para el movimiento popular y democrático avanzado: la caída de la dictadura, la recuperación de la democracia y un gobierno de “democracia avanzada”. Para ello, el factor militar era decisivo. De ahí que la tesis fundamental de la nueva línea política del PC –de acuerdo a lo planteado por Contreras en su escrito– era que “lo militar es parte substancial de nuestra línea política, y por ende, debe estar al centro de nuestra discusión, elaboración y práctica insurreccional del Partido”. Nuevamente poniendo el dedo en la llaga en contra de quienes se oponían a la “perspectiva insurreccional”, Contreras remarcaba la importancia de tener clara esta tesis, pues permitía “despejar el error de considerar que lo militar es una cuestión eminentemente ‘técnica’ y no primera y principalmente política”.

Los argumentos de Contreras contenidos en los textos recién comentados, fueron

parte importante de la materia prima de un texto firmado por Gladys Marín, que representó la postura oficial del EDI antes del pleno de mayo de 1981. Conocida como “La Pauta”, planteaba que “la perspectiva insurreccional es una línea conducente al levantamiento de masas para la toma del poder. Levantamiento de masas que irrumpe con violencia y que implica las luchas más diversas por los problemas más sentidos, pero que llevan aparejadas la exigencia del cambio de régimen... (que) adoptan las más diversas formas: salidas callejeras, paros, barricadas, sabotajes, tomas de terrenos, de industrias, enfrentamientos en las calles, huelgas, protestas... y que obligatoriamente van a recurrir a formas de lucha armada...”.²⁵

Además de resaltar la importancia del carácter de masas de las “acciones audaces” y la importancia de la unidad, la “pauta” era singularmente dura en el debate con los detractores de la “perspectiva insurreccional”. En referencia al clima provocado por el discurso de Luis Corvalán referido a la pertinencia de “todas las formas de lucha” contra la dictadura, se señalaba que si bien la mayoría lo había acogido bien, “hay opiniones que muestran que hay gente que se nos queda atrás. Hay compañeros que ponen los peros y que aparentando cuidar la línea, ponen el codo a las acciones y al espíritu audaz que necesitamos, para echar para adelante la lucha de masas el enfrentamiento en toda línea con todas las formas de lucha que seamos capaces”. En este sentido, “La Pauta” alertaba ante lo que llamaba “la interpretación derechizante” del momento político, “que lleva a una actitud resignada, de larga espera y peligro en que con esa visión los acontecimientos nos sobrepasen y otros grupos o partidos se nos adelanten”.²⁶

La crítica a las posiciones “derechizantes” evidentemente se remontaba al debate sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular, en donde el sentimiento de culpa colectivo por no haber “defendido” al gobierno fue un factor importante al interior del debate partidario. En el fondo, al comenzar el debate acerca de cómo se implementaría la nueva orientación política, el sector “renovador” –partidario de la perspectiva insurreccional– exaltaba, parafraseando la conocida frase de Gramsci, el optimismo de la voluntad por sobre el pesimismo de la razón. En efecto, el marxismo mecanicista, que en los setenta creía ver en las crisis económicas el factor de una caída casi espontánea de la dictadura, no calzaba

con unas tesis, como las que a fines de 1980 y principios de 1981 circulaban al interior del PC, que exaltaban los factores subjetivos en el diseño y formulación de la política. Estados de ánimo, acciones audaces, perspectiva insurreccional, guerra psicológica, en fin, todas las formas de lucha eran conceptos pocos asibles, es decir que por definición deberían ir cambiando de acuerdo a la coyuntura política. Para un partido cuya línea no cambiaba nunca y que sus máximos dirigentes morían en el cargo pues la línea nunca estaba errada, esta nueva lógica de pensar y llevar a cabo la política era echar por la borda la “sabiduría histórica del Partido”. Era vista como un “aventurerismo” y una desviación ultraizquierdista. Hacia el pleno de mayo de 1981, la mayoría del Comité Central se opuso a la perspectiva insurreccional, lo que se tradujo en que el desarrollo de “todas las formas de lucha” contra Pinochet fue severamente frenado.

Finalmente, es importante destacar que el texto de Contreras que hemos venido citando, fue publicado en 1982 en Principios, la revista teórica del PC editada en clandestinidad, pero sin referencia alguna a la “perspectiva insurreccional”. Además, en esta publicación se suavizan las críticas al interior del PC, variando especialmente el tono en que se enfatizaba la necesidad de que “todo” el Partido se involucrara en la política militar. En este sentido, queda claro que los textos “oficiales” solían ocultar los debates más álgidos, por lo que siempre es necesario leerlos entre líneas. Pero desde la panorámica más estratégica de la lucha por el poder al interior de la Dirección del PC, el cercenamiento y las ausencias del texto de Contreras simbolizan la alianza entre un sector de la Dirección del PC (fundamentalmente el llamado “EDI”) y algunos de los intelectuales y miembros del aparato partidario ligados a la teorización de la llamada “perspectiva insurreccional”, conocida más tarde como “rebelión popular”. En la vereda de enfrente quedaron los opositores a dicha perspectiva, que se sentían defensores de la “tradición partidaria”, pero que en la práctica se asociaban por lo general a los sectores más ortodoxos y dogmáticos al interior de la Dirección. Así, desde la desaparición de la facción “reinosista” a principios de los cincuenta,²⁷ por primera vez en el PC se articulaban corrientes de opinión, una de “izquierda”, partidaria de la “perspectiva insurreccional de masas” (PIM) y otra de “derecha”, que no compartía que el fin de la dictadura se diera a través de esa vía.

En este clima, en donde los contenidos de “La Pauta” y el “libro rojo” ya habían circulado entre la militancia comunista, en la ciudad de Cottbus (RDA) se produjo en mayo de 1981 el tercer pleno del CC del Partido Comunista de Chile. El Informe a dicho pleno no mencionó nunca las palabras “perspectiva insurreccional”, lo que ratifica lo dicho más arriba respecto a que las formulaciones políticas y teóricas provenientes desde el interior fueron derechamente rechazadas. Si bien se destacaba la realización de “acciones audaces” como factor positivo para el desarrollo de la lucha contra “el fascismo”, y se reconocía por primera vez que militantes comunistas chilenos se encontraban formándose como militares de carrera en países socialistas, y que muchos de ellos habían combatido en la triunfante guerra revolucionaria en Nicaragua, se negaba terminantemente un supuesto cambio de línea: “Alguna que otra confusión surge, también, en nuestras propias filas. Hay compañeros que se preguntan, por ejemplo, si hay cambios en la línea y en qué medidas se contemplan y se dan”. Por esto, el informe era enfático en aclarar que “la verdad estricta es que nuestros objetivos no han variado de ninguna manera... el criterio de afirmarlo todo sobre la base de la lucha de masas, que ha sido siempre una constante en la línea de nuestro Partido, está hoy más vigente que nunca...”. Por ello, el tema militar no implicaba un cambio de línea, “sino enriquecimiento y desarrollo”.²⁸

La magnitud del enfrentamiento en dicho pleno es escasamente conocida. El jefe de la delegación del interior que asistió a dicho pleno, identificado como “Julio”, relata que al llegar a Berlín los integrantes de la Comisión Política en el exterior, Luis Corvalán, Volodia Teitelboim, Américo Zorrilla y Orlando Millas, le plantearon su desacuerdo con “La Pauta”, “porque el lenguaje era muy ultra, incluso se hablaba de insurrección...entiendo que el que puso más mano en ese pauteo fue Ernesto Contreras. Las peleas fueron por lo que él marcó más, y yo mismo me di cuenta que los compañeros del exterior tenían una buena parte de razón. Yo acepté que se cambiara el documento, y bueno, era la Comisión Política”.²⁹ El propio “Julio” reconoce que haber aceptado este cambio le valió posteriormente el reproche del resto del EDI, del cual formaba parte. Por ello, Gladys Marín, cuya comparecencia ante el segmento exterior de la Dirección era considerado perentoria, debió viajar a Europa en contra de su voluntad a intentar llegar a acuerdo sobre el significado de los nuevos elementos de la discusión política en el PC.

En el fondo, lo que había ocurrido, era que el Informe al Pleno de 1981 había sido técnicamente rechazado por el interior por haber borrado de golpe y plumazo todo lo referido a la PIM. La entonces cabeza del EDI recordaba años más tarde que “a nosotros, a los que estábamos en el interior, nos acusaron de querer dividir al Partido... Me obligan a salir dos veces clandestinamente del país para discutir con la dirección del Partido esa Pauta. La dirección que estaba afuera, plantea que nosotros tenemos una desviación militarista, vanguardista. No era eso...”.³⁰ Del fragor de las discusiones entre los representantes del interior y el exterior, surgiría como síntesis del consenso obtenido, la llamada “Política de Rebelión Popular de Masas”, nombre que hasta el pleno de Cottbus en 1981 no era aún implementado. Es decir, es del todo correcto afirmar que la PRPM fue una elaboración colectiva de la Dirección del PC, pues tanto el EDI como el Exterior, cediendo en sus posiciones, llegaron a la hoy conocida fórmula. Por este motivo, es importante conocer cuáles eran los cuestionamientos que el ala “derecha” hacía a la PIM, pues parte de esta argumentación impregnó a la naciente PRPM.

Por las circunstancias de la época y la propia cultura política comunista, las posiciones de los críticos a la PIM no son conocidas en profundidad. Sin embargo, hoy contamos con una extensa carta dirigida por Víctor Canteros a Luis Corvalán a fines de 1981. Probablemente producto de su feroz rechazo a la PIM, el EDI lo marginó de esta estructura, de la cual formaba parte desde 1979. Indignado, escribió una carta oficial fechada el 2 de noviembre de 1981 para exponer sus puntos de vista, que pueden ser considerados representativos de la corriente de “derecha” en el PC.

La argumentación política de Canteros en contra de la posición de mayoría del EDI se podía resumir en su rechazo a la “perspectiva insurreccional” como objetivo final de las acciones audaces, puesto que esta posición no contemplaba las reales condiciones objetivas de lucha contra la dictadura (“voluntarismo”) y además dificultaba la unidad con el resto de la oposición, generando el grave peligro que el PC se “aislara de las masas”. Por ello, en su carta Canteros criticaba explícitamente “el libro rojo” de Contreras y la “Pauta” del EDI,

“documentos distribuidos por la dirección interior”, como remarcaba. Del primero señalaba que la PIM se ubicaba “varios grados más hacia la izquierda respecto de la tesis contenida en los documentos de la Dirección sobre la rebelión de masas”, razón por la cual “entraban a operar distintos criterios respecto del centro principal del trabajo partidario”. Es decir, para Canteros era evidente que el EDI sostenía “posiciones impregnadas de gran voluntarismo”, a la izquierda de la línea oficial de la Dirección del Partido, ubicada entonces en Moscú.

Respecto al fondo de sus diferencias con “el libro rojo”, Canteros decía que en él, “a las formas nuevas se les daba el carácter no solo de formas preparatorias y complementarias de acciones de masas más frontales, sino como las formas concretas del inicio de una etapa insurreccional en desarrollo”. Para hacer más explícito su rechazo a las posiciones de Contreras, lo nombra indirectamente al rechazar la forma de trabajo del Frente Cero, encabezado por el autor del “libro rojo”: “...se estructuraba el Frente Cero, que asumía en este período elevadas responsabilidades en la orientación ideológica y práctica de las actividades generales de toda la organización”.³¹ Es decir, Canteros no compartía que lo militar debía ser parte de la política del Partido, reduciéndolo más bien a un aparato técnico. De ahí las críticas a que el encargado del Frente Cero jugara un rol ideológico y que las acciones audaces fueran parte de un diseño político, y no, como él hubiese preferido, simples “motivadores” de la lucha de masas, sin otra perspectiva de enfrentamiento armado o insurreccional.

Respecto a “La Pauta”, la crítica se centraba en lo que Canteros consideraba su falta de realismo político, al considerar que la lucha de masas avanzaba hacia una crisis revolucionaria. Citando un informe del Comité Regional de Viña del Mar, del que Canteros era su principal dirigente, se decía que “por sobre todo tenemos que ser realistas. Es fatal querer imponer nuestros deseos a la realidad. No se trata de que solo nosotros lleguemos al pleno convencimiento de que tal o cual camino es mejor. Se trata de que la masa llegue a esa conclusión... no basta que nosotros hablemos de insurrección para que de por sí solo, surjan las condiciones que la hagan posible en un plazo breve”. En este sentido, para Canteros la base de las diferencias entre el PC y la ultraizquierda se basaba en la caracterización objetiva de la realidad de la lucha de masas, alejado de cualquier

signo de voluntarismo o subjetivismo. Sin embargo, los documentos hechos circular por el EDI en 1981, relativizaban –según Canteros– estos asertos: “El factor de masas o acción de masas... pasa a tener un factor variable y, por momentos, se diluye en la interpretación elástica del estado de ánimo de las masas, dando paso a posiciones cargadas de subjetivismo”. En base a este elemento, nacían lo que él llamaba “las exageraciones tácticas” del EDI. Para Víctor Canteros, si bien se registraban avances en la lucha de masas contra el régimen, centrar como única salida la “perspectiva insurreccional” alejaría al PC de las masas, ya que cerraba el camino a otras posibilidades. Según su visión, la coyuntura política de 1981 había que vincularla “al desarrollo histórico de nuestra lucha”. Al relacionar este desarrollo a la PIM y al nuevo estilo promovido por las acciones audaces, se produce, “aunque sea sin proponérselo, un tajante corte de mayor base a peligrosos bandazos o disminuye logros importantes obtenidos en esta difícil lucha”.³²

De esta manera, en el fondo de su argumentación, Víctor Canteros estaba señalando que el PC estaba abandonando su tradicional camino de la “lucha de masas”, y que en vez de abrir las posibilidades de accionar político en “diversas formas de lucha”, la PIM las reducía a solo una, la militar. Esto “ultraizquierdizaba” al partido, alejándolo de las masas, situación que amenazaba en convertirlo en un actor marginal de la política.

La carta de respuesta a las serias acusaciones de Canteros contra el EDI estuvo a cargo de “Roberto”, encargado de organización del PC en ese momento. Sus argumentos representan cuál fue el resultado de la síntesis a la que finalmente arribó el EDI con el Exterior. En efecto, ante acusaciones de la magnitud de las realizadas por Canteros, el EDI optó por mostrarse consensual y comprensivo hacia el Segmento Exterior, con lo que logró aislar a Canteros y hacer aparecer sus críticas como destempladas y excesivas. Se desmentían dos afirmaciones fundamentales que éste hacía: uno, que la “perspectiva insurreccional” estuviese a la izquierda de la opinión de la Dirección del Partido y, dos, que al adoptar esta perspectiva, el EDI estuviese rechazando el legado recabarrenista del PC, basado en su inserción en la lucha de masas y enemigo del aventurerismo y el militarismo.

Respecto a la supuesta tendencia “ultra” de la PIM, “Roberto” explicaba la diferencia que surgió entre esta estructura y el segmento exterior como un problema de corte semántico: “En el interior se entró a asimilar rebelión con insurrección y se planteó la insurrección. ¿Por qué?, porque honestamente se pensó que era lo que en el fondo se estaba planteando en los discursos del camarada Corvalán”. De acuerdo a “Roberto”, “rebelión aparece como sinónimo de insurrección en varios textos, incluyendo diccionarios. Se tomó una frase de la carta o declaración pc-ps firmadas por los camaradas Corvalán y Almeyda, que erróneamente se tomó como un planteamiento de perspectiva insurreccional”. Esta explicación era solo formal, pues en el diseño de la nueva política del PC, la tesis de la insurrección popular –al estilo iraní en 1979– era un componente fundamental. Esta superficial explicación no es solo un hecho anecdótico, sino que tuvo profundas repercusiones políticas posteriores. En efecto, el resultado de la discusión post pleno de Cotbuss en mayo de 1981, fue cambiar el concepto de “insurrección” por el de “rebelión”. La síntesis (o acuerdo) entre ambos sectores (exterior/interior) lo daba a conocer “Roberto”: “La ‘diferencia’ estaba en que en el interior se planteó la perspectiva insurreccional como lo más probable y se planteaba trabajar en esa dirección. El derecho a la rebelión plantea que puede haber más salidas, las cuales aún no se pueden determinar, sin dejar de lado la posibilidad de la insurrección”.³³ Es decir, el EDI si bien no pudo imponer de inmediato la PIM, al menos tuvo éxito en dejar planteado que para un futuro próximo, la línea del PC pudiese adoptar la perspectiva insurreccional. Eso fue, justamente, lo que ocurriría unos años más tarde. Es decir, la tesis de la PIM fue frenada en 1981, pero no derrotada, triunfando al interior de la Dirección cuando en 1984 se adoptó la tesis de la “Sublevación Nacional”, nombre con que se conoció la “perspectiva insurreccional”. Más adelante volveremos sobre ella.

Respecto al también supuesto abandono de la tradicional lucha de masas comunista, “Roberto” afirmaba que no se había dejado “en ningún momento la tradición de lucha de nuestro pueblo, más aún, nos hemos afirmado con mucha esperanza sobre ella”. Contrariamente a lo que señalaba la carta de Víctor Canteros, según “Roberto” “esta tradición combativa ha renacido estos últimos años y se expresa en diferentes combates de la clase obrera y otros sectores. Hay un mejor estado de ánimo de las masas y el partido para enfrentar a la tiranía,

producto en gran medida de la política del partido, que entrega una nueva perspectiva a la lucha de masas”.³⁴ Este punto era la clave de la discusión al interior de la Dirección comunista: ¿en qué grado se estaba reactivando la lucha de masas? Es evidente que para el EDI, lo suficiente como para “pensar” en una perspectiva insurreccional; para sus adversarios en la interna partidaria, como Canteros, aún el movimiento era muy incipiente. De ahí las acusaciones que los primeros les hacían, en el sentido de que su “pesimismo” desmotivaba la lucha de masas contra la dictadura.

Tal como lo planteaba la carta de “Roberto”, el EDI había asumido la imperativa orden del Pleno de Cotbuss referente a cuál era la línea del Partido: “Queda claro que lo que corresponde, lo más certero, es hablar del derecho a la rebelión, de la rebelión popular de masas y no de insurrección”.³⁵ El tono de disculpa de esta carta del EDI podría dar la imagen de un triunfo de los sectores de derecha en la Dirección comunista; sin embargo, aún no se daba la discusión de fondo, ganada finalmente por el ala de izquierda. Con todo, el triunfo aparente en el pleno de Cotbuss de los adversarios de la PIM, significó retrasar el conjunto del trabajo militar del Partido y la génesis de futuros problemas orgánicos y políticos en el desarrollo del frente militar.

Desde el punto de vista del debate interno, en 1982 aparentemente amainó la tormenta provocada por las diferencias entre el interior y el exterior. De hecho, la correspondencia entre ambos organismos de dirección política no registra asomos de debate. Por ello, es posible afirmar que 1982 fue el año de la instalación de la nueva política comunista, llamada de “Rebelión Popular de Masas” desde fines de 1981. Este proceso no fue fácil, ya que si internamente provocó debates y discusiones, en el resto de la oposición generó profundas diferencias. Un texto oficial de fines de 1982 ofrecía una de las primeras definiciones de la PRPM. Señalaba que ella se basaba “en unir a todas las fuerzas antifascistas contra Pinochet, tanto los partidos políticos, los grupos y clases sociales, como los sectores democráticos de las FFAA; y desarrollar la lucha de todos estos sectores tanto en lo político como en lo militar mediante tácticas adecuadas a cada momento”. Es decir, la PRPM era “un elemento estratégico, que contiene también elementos tácticos, políticos y político-militares”. Sobre el método, tal como lo había dicho meses atrás Corvalán, aún

no había una determinación. “Los hechos irán diciendo cuál será la salida”, no descartándose ninguna posibilidad.

Ante la nueva identidad política que provenía de la incorporación de lo militar en la vida cotidiana de la militancia comunista, fue necesario para el PC defender públicamente su identidad histórica, aquella que tantos éxitos políticos le había proporcionado hasta 1973. Ante esta cuestión, la Dirección del PC tajantemente afirmaba que “los comunistas nunca hemos dejado de lado la lucha de masas, jamás, y esto hay que entenderlo bien”. Para justificar el uso de la violencia, se apelaba a la historia, es decir, se decía que si en el pasado el PC había luchado de manera pacífica, era porque las condiciones políticas lo permitían: “El grado de la violencia depende del régimen que está enfrentando. Sin duda es diferente desarrollar la lucha de masas bajo un régimen democrático como los existentes antes de 1973, a desarrollar la lucha de masas bajo un régimen fascista”. La vinculación de formas armadas de lucha a las tradiciones populares, posteriormente sería vastamente desarrollada por el aparato armado del PC, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que incluso en su propio nombre expresaba la intención de establecer esta relación. En todo caso, lo concreto es que ante la evidencia del cambio cultural y político que implicaba la PRPM, el PC se esforzó en sostener y reivindicar su patrimonio histórico, aclarando eso sí que “los comunistas y el pueblo de Chile hemos sacado la lección de que no bastan las formas de lucha política de masas, de que no basta asumir un gobierno democrático avanzado, sino que además es necesario saber defenderlo”.³⁶ De la mezcla entre “lo nuevo” y “viejo”, del encuentro entre la tradición y la renovación, surgió una cultura política que hemos llamado “radicalismo de masas”, es decir, una forma de vivir la militancia política que adoptó el tradicional apego a una lucha de masas de manera pragmática, muchas veces escasamente política, con las necesidades de las tareas militares. El integrante del FPMR pudo haber sido antes dirigente sindical o estudiantil y viceversa. En este sentido, estimamos que el PC, en el despliegue del movimiento real, logró ensamblar a buena parte de su militancia en este “radicalismo de masas”, que vivió su apogeo entre 1983 y 1986, durante el periodo de las protestas nacionales, pero que aún se manifestó hasta el plebiscito de 1988.³⁷

El debate al interior de la Dirección del PC se reabrió en 1983. Como es sabido,

aquel año comenzó el ciclo de movilizaciones sociales contra la dictadura como “Protestas Nacionales”. Masivas y cada vez más radicales, incluían importantes dosis de “violencia popular” en sus manifestaciones, especialmente en los sectores más pobres de los grandes centros urbanos. En el caso del PC, la irrupción de las protestas fue interpretada como el cumplimiento de la predicción de principios de 1981, que visualizaba que el descontento popular devendría hacia una “perspectiva insurreccional”. El empate con que había terminado temporalmente el debate de 1981, que mantuvo en la indefinición la línea del PC en 1982, se reavivó en 1983.

En la cultura política del PC, la única instancia formal que puede definir un cambio de la línea política es el Congreso Nacional. El esfuerzo orgánico que éste implica es bastante alto, porque requiere de varios meses de realización, ya que una convocatoria central debe iniciar un prolongado proceso de discusión desde las células hasta el nivel central. El último Congreso Nacional del PC había sido en 1969 y el golpe militar de 1973 lo había pospuesto indefinidamente. De esta manera, ante la magnitud de las diferencias entre el Interior y el Exterior, surgió la idea de realizar un Congreso Nacional en 1983. Gladys Marín, líder del ala izquierda del PC, recordaba posteriormente lo ocurrido con este intento de Congreso. Destacando el rechazo desde el exterior a la implementación más radical de la PRPM, Marín recordaba que las diferencias eran de tal profundidad, “que íbamos a hacer un Congreso del Partido en el año 83 y se suspende por las diferencias con el interior. ¡Mira que absurdo! El Congreso era más necesario todavía para discutir las diferencias. Pero no se hace por ellas”.³⁸

El eje de la discusión nuevamente estuvo centrado en aceptar o no la posibilidad de una insurrección popular en Chile. Una comunicación del interior así lo confirmaba:

Por ahora, visualizamos como el más probable camino para derribar la dictadura, el desarrollo de un movimiento de masas multifacético y multiforme, que desemboque en una rebelión del pueblo, que pase por el Paro Nacional de

actividades de que hemos hablado... combinaríamos las huelgas y otras manifestaciones de masas con otras formas de lucha, de violencia aguda, comprendidos actos de sabotaje que ayuden a paralizar realmente el país...³⁹

Este planteamiento representaba una idea más desarrollada de la PIM de 1981, es decir, era una operacionalización de cómo se estimaba que podía llevarse a cabo la perspectiva insurreccional en Chile. Sin embargo, desde el exterior continuaban las dudas y el rechazo. En primer lugar, el exterior rechazaba la idea de un Congreso argumentando sobre el riesgo de que éste abriera “brechas... confunda... amenace la cohesión del Partido”.⁴⁰ Es decir, la razón del segmento exterior de la Dirección del PC para negarse a realizar el Congreso en 1983 fue el temor a una división del partido, fantasma que rodeaba a los comunistas desde 1981, en los tiempos previos y posteriores al pleno de Cotbuss.

¿Eran correctas las aprensiones del exterior o simplemente era una estrategia dilatoria para evitar la definición de una estrategia insurreccional para determinar la caída de la dictadura? En términos prácticos, era una mezcla de ambos factores. Por un lado, la tesis insurreccional finalmente se impuso y la fractura del Partido también se produjo, aunque con efecto retardado (1990). Efectivamente, a pesar del inicio de las protestas, el exterior seguía pensando que en Chile no había todavía condiciones para pensar en una posible salida insurreccional de la dictadura. Es más, las diferencias teóricas con el EDI aparecían como profundas. El argumento central del exterior era que la línea política del PC, si bien podía adoptar distintos nombres de acuerdo al contexto histórico (“Frente Popular”, “Unidad Popular”, “Frente Antifascista”, “Rebelión Popular”, etc.), en realidad contenía elementos permanentes: “...la línea no se agota en cada una de sus expresiones parciales. Ella tiene continuidad tras el objetivo permanente de aproximar la consecución de los fines de transformación revolucionaria de la sociedad hasta llegar a hacerlos realidad”. Por ello, el exterior se oponía incluso al nombre de la PRPM como línea del Partido: “Denominar a la línea política, lisa y llanamente, línea de rebelión popular de masas, podría interpretarse como que habría habido una modificación de nuestra línea y los cambios en ella hubieran sido tan substanciales que ahora rija, en reemplazo de la línea anterior, esta otra”.⁴¹ Dicho lo anterior, el documento del exterior volvía a repetir los argumentos de 1981, en el sentido de que no había

que absolutizar las vías y que no se debía centrar todo el esfuerzo del Partido en una perspectiva de corte insurreccional.

Detrás de estas diferencias políticas coyunturales, se encontraban dos formas distintas de vivir y entender la política. Por un lado, la visión tradicional, conservadora e integrista de ser comunista en Chile, basada en una concepción metafísica de la política, en donde se debía preservar la “pureza de la línea”, pues ésta se había definido de una vez para siempre. Si no se alcanzaban los objetivos, no eran porque la línea estaba equivocada, sino porque no se habían realizado todos los esfuerzos para hacerla cumplir. Es decir, era un problema de los “aplicadores” de la línea. Por otro lado, los promotores de la PIM primero, y más tarde PRPM, se sacudían de este integrismo político, y trataban de entender que la política era cambiante y que si realmente se decían marxistas, debían observar dialécticamente la realidad nacional. Si esta había cambiado, el partido también debía cambiar. Si se había producido una derrota de la magnitud de la de 1973, había que llegar hasta el fondo para explicársela, incluso criticándola, sin que ello significara renegar de la Unidad Popular o cualquier otro proceso político en que se hubiera participado. Es decir, invertir los papeles de la visión integrista y no entender las derrotas por la no correcta aplicación de la línea, sino porque a lo mejor la línea estaba equivocada, secularizando de esta manera la política.

Al abrir el debate, reconocer las diferencias, enriquecerse en discusiones reales y no solo formales, la PRPM se convirtió en la “renovación” comunista, pues buscó “renovar” el antiguo dogma, intentó cambiar al Partido, pero sin dejar de creer en los supuestos básicos de la utopía comunista. En este sentido, es equivocado asimilar “renovación” con abandono del marxismo, pues ese proceso no es “rejuvenecer” la creencia, sino que simplemente abandonarla. En esta apreciación no involucramos juicios de valor, sino constatamos que la PRPM fue la renovación comunista en tanto trató de adaptar al PC a las nuevas realidades históricas y políticas del país luego de la traumática derrota de la Unidad Popular, pero sin abandonar las creencias básicas del comunismo. Renovación en el sentido literal del término: “dar nueva fuerza, actividad, intensidad, validez”, dice la definición del diccionario sobre esta palabra. Esto fue lo que intentó llevar a cabo el EDI por medio de la PRPM, lo cual despertó el rechazo de los

sectores más conservadores dentro del PC.

Más allá de quién tenía o no la razón en la caracterización del período político que vivía el país, lo concreto es que poco a poco, con el paso de los años, la Vieja Guardia del PC chileno, que conformaba el Segmento Exterior, fue perdiendo ascendiente sobre una militancia que sencillamente no los conocía, que nunca los había visto y solo había escuchado hablar de ellos. Así, la disputa la fue ganando el EDI. En diciembre de 1983 se produjo el primer apagón nacional en Chile. El hijo de la PRPM había nacido. En los años venideros, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, brazo armado del PC, coparía la agenda política con sus espectaculares acciones. La mesa del debate interior/exterior se había inclinado definitivamente a favor del EDI. Los años siguientes serían los de la “perspectiva insurreccional”.

En síntesis, el nacimiento en 1983 del FPMR se produjo en los marcos de un partido tensionado internamente, con a lo menos tres “corrientes de opinión” en su interior. Una de derecha, representada por el segmento del exterior de la dirección del PC, partidaria de la incorporación de la violencia como medio de la política, pero que rechazaba convertirla en el eje de la línea del PC. Asimismo, no compartía que “la salida más probable” de la dictadura fuera a través de una insurrección. Una de centro, representada por el EDI, mayoritaria en el país, que se jugó desde los orígenes de la PRPM por una perspectiva insurreccional y por lo tanto, por la conformación de un aparato militar que tuviera un papel destacado en el término de la dictadura. Enfatizaba el carácter estratégico de lo militar en la política, pero no como algo reducido al problema físico de las armas, sino lo que se entendía debía ser “una visión completa del problema del Poder”. En su relación dialéctica con el Exterior, compartía con éste el énfasis fundamental de la lucha de masas, tratando de evitar “desviaciones militaristas”. Finalmente, existía un ala izquierda, al parecer reducida solo a algunos oficiales en La Habana, que dudaba del compromiso político de la Dirección del PC con el desarrollo de la política militar, y le criticaba lo que veían como sus “vacilaciones” en la implementación de la PRPM. Este sector enfatizaba el papel determinante de la lucha militar. Este esquema pre-configuró la crisis del PC que se inició en 1987 y que culminó en 1990.

Hasta 1983, el descontento social contra la dictadura no había logrado suficiente masividad como para cuestionar la estabilidad del proceso de institucionalización que el régimen estaba desarrollando. Con ocasión del Plebiscito de 1980, a pesar de su evidente carácter fraudulento, la principal actividad en su contra fue en un lugar cerrado –el teatro “Caupolicán”– incapaz de albergar más de cinco mil personas en su máxima capacidad. Así, bajo la combinación entre el miedo inmovilizador generado por la dictadura y el llamado “boom económico”, en referencia al floreciente acceso fácil a dinero gracias a una liberalizada política económica, predominaba el inmovilismo opositor ante el régimen.

Pero en 1981 comenzaron a aparecer los primeros nubarrones de amenaza contra el “milagro chileno”. Desencadenado en 1982, el colapso del modelo económico neoliberal trajo consigo una de las peores crisis económicas de la historia de Chile. Esta actuó como catalizador del hasta ese momento invisible movimiento de resistencia contra la dictadura. Organizaciones sindicales como la Coordinadora Nacional Sindical –nacida en 1978– cientos de organismos de base poblacionales, colegios profesionales, junto a los partidos políticos de izquierda y de centro, que nunca dejaron de existir en clandestinidad, lograron articular el cada vez más evidente descontento contra la dictadura. Altas tasas de cesantía, inflación y el endeudamiento fueron el caldo de cultivo para el origen de las llamadas “Protestas Nacionales” contra el régimen militar.

El inicio de éstas fue un factor decisivo en la radicalización de la línea política del PC. Pasar de las “Marchas del Hambre” realizadas en 1982, movilizaciones de protesta de gran audacia, pero aún no masivas, a los sucesos de 1983, significó un fuerte cambio. Salvo el tradicional optimismo histórico de los comunistas, pocos se esperaban la masividad de las protestas, que como ha sido dicho, al parecer tuvieron un alto grado de espontaneísmo⁴² y por lo tanto de sorpresa para las agrupaciones opositoras. Entre la primera protesta (11 de mayo de 1983) y la undécima (29 y 30 de octubre de 1984), el PC no resolvió definir a la PRPM desde una perspectiva insurreccional. Hasta esa fecha, el PC no proponía una forma específica de cómo se acabaría el régimen, dejando abierta

la posibilidad de que la ingobernabilidad generara la renuncia del dictador. Podríamos resumir la posición del PC en torno a tres elementos centrales: la centralidad de la unidad de la oposición, el papel decisivo otorgado al movimiento sindical como desencadenante del fin de la dictadura y la pertinencia de la violencia como forma de lucha.

El tema de la unidad era una muletilla del PC desde la primera hora de la resistencia al régimen militar, por ello no era novedad como planteamiento. Unos meses antes que se iniciara el ciclo de protestas, el PC insistía en “que no es indispensable que ahora todos pensemos igual respecto al tipo de régimen democrático que deba construirse mañana. Lo importante es hoy concertar las voluntades para derrumbar la dictadura y convenir en la idea general de que al pueblo le corresponde decidir el futuro de la nación”. Tal como lo hiciera en 1979 con el “paso táctico”, los comunistas repetían que en función de la unidad, no exigían ser parte del nuevo gobierno. Pocos meses más tarde, al fragor de las primeras protestas, el PC planteaba una fórmula básica para lograr la unidad de la oposición. Esta se resumía en tres puntos: salida de Pinochet del poder, constitución de un Gobierno Provisional amplio y llamado a una Asamblea Constituyente”.⁴³

Desde antes del inicio de las Protestas, el PC colocaba a la “clase obrera” en el centro de gravedad de la movilización contra Pinochet. Esto se traducía en identificar al movimiento sindical como el destinado a encabezar los movimientos sociales que buscaban recuperar la democracia. En la evaluación de la primera jornada de protesta, en mayo de 1983, el PC la consideró exitosa “porque estuvo precedida de combativas acciones de masas, tales como las ocupaciones de terrenos, huelgas que rompieron la legalidad fascista –entre ellas la de Colbún-Machicura–, manifestaciones estudiantiles, las tres marchas del hambre sucesivas en Santiago y en numerosas ciudades durante el año –el 19 de agosto, el 30 de septiembre y el 15 de diciembre (de 1982), innumerables marchas de hambre en poblaciones y comunas... y sobre todo, como hemos señalado, a la jornada del 24 de marzo”. Esto ratificaba, en la óptica comunista, que “en el centro de la batalla está la clase obrera, que se convierte en la fuerza aglutinante de la oposición...la clase obrera ha demostrado tener una notable capacidad de convocatoria...”.⁴⁴ En 1984 la centralidad dada al movimiento

sindical llegó a su máxima expresión cuando la Conferencia Nacional del PC, efectuada en marzo de ese año, descartó la insurrección como vía para poner fin al régimen, proponiendo a cambio la realización de un Paro Nacional para tumbarlo.⁴⁵

Por si quedaba alguna duda, el PC negaba enfáticamente que “la clase obrera” (es decir, el movimiento sindical), estuviese perdiendo protagonismo ante los jóvenes y los pobladores, que habían ganado presencia en las protestas. Para la Dirección comunista, la ecuación era simple: los obreros eran los mismos que los pobladores, por lo tanto era “incorrecto dissociar” su lucha. Se argumentaba que en las protestas sí habían participado muchos obreros cesantes (“basta revisar la lista de los detenidos, heridos, relegados, torturados o asesinados para ver que la mayoría de ellos son obreros”) y que la Coordinadora Nacional Sindical, el Comando Nacional Trabajadores y la Confederación de Trabajadores del Cobre habían jugado un papel fundamental en la convocatoria a las movilizaciones. Se reconocía que el movimiento sindical había sido afectado por la alta cesantía, pero estas “flaquezas transitorias” se superarían.⁴⁶

En estos planteamientos se aprecian las típicas fortalezas y debilidades teóricas y prácticas del PC chileno. Por un lado, una línea política que se autopercibía y esforzaba en ser unitaria, basada en el estado de ánimo y en la inserción de masas, llena de ripios teóricos, más basada en el pragmatismo iluminado comunista, que en análisis sociales profundos. Específicamente, incluso a mediados de los ochenta, cuando el concepto de “neoliberalismo” ya era utilizado, el PC siguió relativizando la profundidad de los cambios sociales y culturales operados por la dictadura. De ahí la incompreensión de las variadas motivaciones del movimiento poblacional para movilizarse y el que asignara un papel estratégico a un movimiento sindical claramente debilitado. Al respecto, se ha señalado que la cesantía y los efectos del Plan Laboral debilitaron y despolitizaron al movimiento sindical en los 80. De hecho, la estrecha vinculación entre el movimiento sindical y los partidos políticos en esta época no sería solo por la tradicional ligazón entre trabajadores y partidos de izquierda, sino porque esta relación era la única manera de lograr una articulación entre la demanda social y la política, además del apoyo financiero para las organizaciones sindicales. Es decir, la debilidad del sindicalismo fue la

característica de la década.⁴⁷

Luego de una seguidilla de “protestas”, el llamado “Paro Nacional” del 29 y 30 de octubre de 1984 marcó un punto de inflexión para el PC. Evaluado como muy exitoso, estimamos que fue el hecho coyuntural que definió la posición adoptada en diciembre de 1984 a favor de la “Sublevación Nacional” como salida más probable de la dictadura. Luego de casi cuatro años, finalmente se imponía la tesis de la “perspectiva insurreccional” al interior de la Dirección del PC. En todo caso, este paro no fue solo un hito para el PC, pues para la dictadura marcó la reanudación de una etapa de represión dura, expresado en la imposición del Estado de Sitio. Esto provocó un largo período de repliegue del movimiento opositor, que solo se cerró en septiembre de 1985, cuando se convocó a una nueva Protesta.⁴⁸ Asimismo, abrió la ruta que terminó con la salida de Sergio Onofre Jarpa de la cartera del Interior, y la recuperación de la conducción dentro del gobierno de los economistas “neoliberales”. En febrero de 1985 con el cambio de gabinete asumía un desconocido Hernán Büchi en el Ministerio de Hacienda. Con su manejo, basado en lo que se denominó “neoliberalismo pragmático”, para contraponerlo a la versión más dogmática y radical de los tiempos previos a la crisis de 1982, la dictadura inició un ciclo de recuperación económica y por ende, un mejoramiento de sus condiciones en el escenario político nacional.⁴⁹

Por estos motivos, el así llamado “Paro Nacional” de octubre de 1984, puede ser considerado un momento eje de la historia política reciente de Chile. En el caso de las fuerzas de izquierda, en particular el PC, determinó una situación paradójica: el triunfo de la opción de “izquierda” al interior de su debate interno, justo cuando se llegó al cenit de las movilizaciones sociales y de debilidad de la dictadura. Es decir, el PC se planteó como objetivo la salida insurreccional cuando el mejor momento de las movilizaciones había pasado. En otras palabras, en donde el PC creyó ver el inicio de algo, tal como se dieron las situaciones posteriormente, en realidad había finalizado lo que Moulian denominó “el acoso” contra la dictadura. A partir de este momento, el gobierno poco a poco fue recuperando la iniciativa política, consolidando su estrategia de hacer respetar los plazos especificados en la Constitución de 1980. Por su parte, la apuesta comunista fue replicar a una escala mayor lo sucedido el 29 y 30 de

octubre de 1984. ¿Qué fue lo que ocurrió en esos días, que para los comunistas resultó tan decisivo como para por fin decidirse por la perspectiva insurreccional?

Para el PC, el paro del 29 y 30 fue su verdadero modelo de “sublevación nacional”. Tuvo una convocatoria amplia, pues fue llamado por el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) para el día 30, a lo que adhirió el Movimiento Democrático Popular (que reunía a miristas, comunistas y socialistas del sector de Clodomiro Almeyda) y el Bloque Socialista (BS). Por su parte, la Alianza Democrática (PDC más los socialistas de Briones y otras agrupaciones menores) “solidarizó” con el paro. Es decir, casi toda la oposición lo respaldó. Para la víspera, o sea el 29, un Comité Nacional de Protesta (que agrupaba al CNT, MDP y BS) convocaba a una “protesta” contra el régimen. Esta se caracterizó por un alto ausentismo escolar, manifestaciones estudiantiles, mítines en el centro de Santiago y por la lucha poblacional en la noche (marchas, fogatas, barricadas y enfrentamientos con la policía). El día del paro tuvo como principal característica la efectiva paralización, “que alteró de manera importante las actividades y el funcionamiento normal de las ciudades, principalmente en Santiago”.⁵⁰ Esto habría sido posible gracias a que los choferes de locomoción colectiva se sumaron al Paro, motivados no por razones políticas sino para presionar al gobierno para negociar sus abultadas deudas en dólares. “Por esta circunstancia y no por otra, por primera vez un llamamiento de paralización del trabajo tuvo éxito. Lo que efectivamente ocurrió fue que los trabajadores no pudieron llegar a sus lugares de trabajo”.⁵¹ De acuerdo a los porcentajes entregados por el citado trabajo de Garcés y De la Maza, el ausentismo escolar fue cercano al 70% y un 46% el laboral, a lo que se agregaba el cierre parcial del comercio. En todo caso, desde el 30 en la madrugada, barricadas, “miguelitos” y el apedreo de los buses de locomoción colectiva que circulaban, hizo que el 90% de estas máquinas se retirara al mediodía, según cifras de los propios empresarios. En la tarde del 30 el cierre del comercio era total. Durante la noche, en las poblaciones se levantaron barricadas y se registraron numerosos choques con la policía, lo que estuvo acompañado por diversos atentados al tendido eléctrico, provocando cortes de luz. Finalmente, los participantes en las manifestaciones abarcaron un amplio espectro, desde estudiantes, pobladores y profesionales, pasando por empresarios y choferes de locomoción colectiva, comerciantes y trabajadores organizados (textiles, minería, construcción, metalurgia y carbón).⁵²

De acuerdo a análisis cercanos en el tiempo, el paro de octubre de 1984 fue expresión de una coyuntura en donde la iniciativa política estaba en manos de la oposición, generando “una verdadera crisis de ingobernabilidad, sin que exista capacidad de la oposición para revertirla en su favor”. La imposición del Estado de Sitio el 6 de noviembre de 1984, se dice, tuvo éxito en detener las movilizaciones gracias a “la ausencia de acuerdo político en el campo opositor capaz de proyectar políticamente la protesta”.⁵³ Una mirada menos optimista tiene Moulian –por lo demás actor político en aquella época– respecto a las posibilidades y alcances de este paro. Según él, la oposición “sobrevaloró el éxito” de la jornada, “como si el resultado fuese la expresión de la combatividad de las masas”. Según esta interpretación, las protestas nacionales no eran fruto de una combatividad natural proveniente “desde abajo”, sino que era resultado de la labor agitadora de los partidos políticos. Por ello, según Moulian, eran movilizaciones precarias, fácilmente derrotables, o en sus palabras, “su éxito dependía de un hilo, de una pequeña trizadura en la subjetividad, generada –por ejemplo– por un rebrote de la sensación de aplastamiento y de impotencia. Eso lo consiguió el gobierno con la imposición del estado de sitio”.⁵⁴

En resumen, en octubre de 1984 efectivamente se produjo una crisis en el gobierno producto de la movilización social, la cual permitió que los análisis que preveían la posibilidad de la renuncia de Pinochet no fueran tan descabellados. Es decir, este tipo de perspectiva no sería solo “desvaríos ultraizquierdistas”, como lo llaman algunos.⁵⁵ Es decir, nos parece necesario establecer que si el PC en noviembre de 1984, en base a la evaluación de las jornadas de septiembre y octubre de ese año, creyó ver el momento de proponer una vía insurreccional para terminar con la dictadura, no fue por azar o por un acto de locura colectiva. Probablemente, a sabiendas de cómo terminó la historia, algunos afirmarán que esa posibilidad era inviable, pero probablemente no era así de claro a fines de 1984 y principios de 1985.

Es así como en diciembre de 1984 un informe a un pleno del Comité Central del PC contempló finalmente la tesis de que la salida “más probable” de la dictadura sería una “sublevación nacional”. En efecto, el PC enumeraba un conjunto de

factores y hechos políticos que le hacían concluir que “madura rápidamente una situación revolucionaria pues están presentes y se desarrollan los elementos fundamentales que la caracterizan, aunque no se manifiestan todos con la misma evidencia”.⁵⁶ Entre los factores que se estimaba que formaban parte del contexto que permitía hablar de una situación revolucionaria, se encontraban el alto nivel de combatividad de las masas, demostrado en las jornadas de octubre de 1984; los altos niveles de pobreza generada por el modelo neoliberal, la crisis económica, el aislamiento internacional del régimen, la propia crisis interna que éste vivía, el triunfo de la oposición en las elecciones estudiantiles, gremiales y sindicales y la cada vez mayor aceptación que, según los comunistas, tenían entre la población las formas violentas para protestar contra la dictadura.

Basado en cómo se había llevado a cabo el ciclo de once protestas entre mayo de 1983 y octubre de 1984, el PC definió la “Sublevación Nacional” como la manera más probable en que caería Pinochet. Su formulación oficial era la siguiente:

Lo prevemos como un levantamiento o sublevación de masas que involucre a toda la población, a la mayor parte de las fuerzas políticas y sociales, y ojalá también parte de las FF.AA. que estén contra la dictadura. Se trata de llegar a un estado de rebelión generalizada, que logre la paralización real del país: alzamientos populares en los principales centros urbanos, con participación decidida del proletariado industrial, de los estudiantes, de las capas medias y del campesinado. Tales acciones se verían fortalecidas por golpes efectivos en apoyo a la paralización, que ayuden a acelerar el desmoronamiento político-moral de las fuerzas represivas. La culminación de este proceso debiera ser el copamiento por las masas de los principales centros políticos del país.

El objetivo de esta sublevación era, aparte de derrocar a Pinochet, sustituirlo “por un poder democrático avanzado con miras al socialismo”. De no lograrlo, y se instaurara un “régimen burgués”, “la lucha continuará en pos de cambios profundos y el movimiento dirigido por el Partido seguirá, de todas maneras, su curso independiente”.⁵⁷ En esta afirmación se contiene gran parte de una

problemática teórica de larga data en la historia del PC, referido al tipo de sociedad a la que aspiraba. Hemos dicho que en sus orígenes, la futura PRPM contenía una crítica a los socialismos reales y se proponía repensar el modelo de sociedad que se construiría en Chile, basado en la fórmula de conjugar socialismo y democracia. Sin embargo, ese debate fue dejado de lado por sus promotores, ante la urgencia de terminar con la dictadura y probablemente también por razones “tácticas”. Es decir, el PC careció en ese momento histórico de radicalidad en su autocrítica a nivel teórico, pues, como hemos visto, sí lo fue a nivel de su línea política. El proceso de renovación comunista había avanzado en remover ciertos clivajes de la hechura partidaria, dando nuevos aires a su discusión, renovando el orgullo partidario, pero había sido incapaz de profundizar su renovación teórica. El costo de esta carencia, como señala Moulian, fue hacer muy poco viable la unidad con sectores del centro político – hecho ansiado por el PC desde 1973– pues la ortodoxia teórica del PC entregaba argumentos para no concretar alianzas. Es decir, si por un lado se hablaba de Gobierno Provisional y Asamblea Constituyente y por otro de obtener un régimen “en miras al socialismo”, entre medio quedaba una ambigüedad difícil de justificar ante los pretendidos aliados.

La evolución política del PC entre la primera protesta y la décimo primera del 29 y 30 de octubre de 1984, es importante para entender el contexto de lo sucedido desde esta fecha hasta el atentado a Pinochet el 7 de septiembre de 1986 y las características que asumió la lucha de masas del PC. A diferencia de lo ocurrido hasta 1973, la cara ilegal de la lucha era la mayoritaria y, más aún, utilizó formas armadas. Sin embargo, la lucha legal nunca fue dejada de lado. El PC contó con dirigentes públicos en el movimiento sindical y gremial (Héctor Cuevas, Moisés Labraña, Jorge Pavez, Manuel Guerrero, entre otros), estudiantil (Gonzalo Rovira y Juan Alfaro) y poblacional (Eduardo Valencia). La batalla por la democratización de los Centros de Alumnos, de establecer poderes paralelos a las Juntas de Vecinos designadas por el régimen, de participar en las negociaciones colectivas, la olla común, centros culturales, entre muchas otras iniciativas, contó con la participación comunista.⁵⁸ Con esto queremos destacar que la PRPM no significó que la militancia comunista se replegara por completo a la clandestinidad para de esta manera concentrarse en la lucha militar. No estuvo en la lógica de la política militar del PC convertirse en un “Ejército del Pueblo”.

Con todo, evidentemente fue novedosa la radicalidad de la lucha de masas, especialmente en el mundo poblacional, en donde alcanzó niveles superiores al registrado en otros frentes de masas, como el estudiantil o sindical. Esto es importante señalarlo, porque el desplazamiento del protagonismo de las protestas fue pasando de los sindicatos a las poblaciones. Es decir, convocaban las organizaciones sociales “tradicionales” y partidos políticos, pero el fuerte de las acciones contra el régimen y también en donde éstas eran más radicales, ocurría en las poblaciones.⁵⁹ Los análisis del PC captaban superficial y complacientemente un proceso más profundo: “En las últimas protestas, las masas, más allá de las organizaciones sindicales y políticas, prácticamente se autoconvocaron y materializaron de manera notable la aplicación de la línea de rebelión popular”. Sobre quiénes eran los principales protagonistas de las protestas, en un contexto que se hacía notar la debilidad del movimiento sindical, el cual se estimaba debía “superar sus debilidades de orden ideológico y político... superar su crisis de conducción en el seno del pueblo chileno”, se reconocía el papel de los pobladores:

En las poblaciones se han generado organismos permanentes de protesta por sectores. Consideramos que ellos pueden ser gérmenes valiosos para realizar la unidad del pueblo en la base y emprender permanentemente acciones combativas en defensa de sus derechos. Esto debe ser considerado como antecedentes del mayor valor en la organización y desarrollo de las estructuras básicas del PODER POPULAR que debemos construir globalmente en Chile...⁶⁰

De este análisis hay que rescatar dos aspectos. El primero, el carácter espontáneo que adquirió la llamada “revuelta de las poblaciones”. El papel de la convocatoria central, tal como lo ha planteado Gabriel Salazar, era ayudar a desencadenar procesos específicos y particulares del mundo poblacional. Es decir, la lucha de masas poblacional desplegada durante las noches de las protestas nacionales, no significaba que seguían la línea de la rebelión popular, sino más bien respondían a un conjunto de fenómenos más profundos. Sin desmedro de lo anterior, el propio Salazar ha resaltado el papel de la militancia política de base en la lucha poblacional. Sus “acciones directas”, como las llama

Salazar (sembrar “miguelitos”, incendiar buses y sus garitas, ataques armados a comisarías, colocación de explosivos, provocar apagones, acciones de “propaganda armada”, etc.), “fueron, sin duda, más violentas que las realizadas por los actores sociales, pero tendieron –durante las protestas– a ligarse con las movilizaciones sociales, sea facilitando su constitución y desarrollo (paralización del transporte y el comercio), ambientándolas (apagones, ataques a cuarteles) o apoyándolas directamente (barricadas estudiantiles y poblacionales)”.⁶¹ A todas luces, el PC sobrevaloraba su inserción en “la revuelta de las poblaciones”, aunque su participación en ellas era un hecho que provenía de larga data. Al respecto, se ha planteado que las protestas en las poblaciones con tradición comunista previa a 1973 tuvieron mayor continuidad y organización que otras.⁶²

El segundo aspecto de los planteamientos del PC en el que es necesario detenerse se refiere a la pobreza teórica para comprender el fenómeno de las poblaciones. Ya decíamos más arriba, que dicho fenómeno se asimilaba como expresión mecánica del “obrero” –el trabajador sindicalizado– que actuaba en la población.⁶³ Pero en la práctica, por la fuerza de los hechos, la PRPM tuvo un mejor desarrollo y llegada no en el movimiento sindical –endémicamente debilitado por las reformas laborales del régimen– sino en las poblaciones. Es decir, si bien la “Sublevación Nacional” se iniciaría por un “Paro Nacional Prolongado” (o sea, por una versión mejorada de lo ocurrido el 30 de octubre de 1984), la insurrección propiamente tal provendría desde las poblaciones. Entonces, dada la centralidad adquirida por el llamado “sujeto urbano-popular”, nuevamente el PC confió en su pragmatismo iluminado para crecer y ganar influencia dentro del fenómeno poblacional, pero sin poder explicarlo como tal y por lo tanto, tampoco pudiendo proyectar sus verdaderos alcances. En la cita de más arriba se hablaba de un “poder popular” a nivel poblacional, tesis que el PC nunca desarrolló posteriormente de manera sistemática. Esto ejemplifica la improvisación y carencia de rigurosidad teórica en una materia fundamental. Un estudio de la época, explicaba la insuficiencia del planteamiento comunista argumentando que la aspiración comunitaria del poblador no era satisfecha por la demanda netamente reivindicativa del trabajador. Es decir, al poblador lo movía no solo la demanda salarial, como ocurría con el trabajador sindicalizado.⁶⁴

Evidentemente que no es objetivo de este trabajo analizar el fenómeno poblacional durante la dictadura militar. Nuestro interés en él radica en la importancia que tuvo en dos planos distintos para el Partido Comunista. Primero, para el desarrollo de su línea política, y segundo, para captar el acoplamiento entre la antigua y nueva cultura política comunista, que permitió que subsistieran la tradición y la novedad al interior del PC.

Respecto al primer punto, ya decíamos que lo poblacional se convirtió en factor decisivo para la política del PC, mucho más por la fuerza de los hechos que por propias virtudes tácticas. Entonces, es pertinente preguntarse acerca de la real importancia política que tuvo la “revuelta de los pobladores”. Por un lado, un conjunto de analistas tendieron a restársela. Para ellos, ésta fue solo producto de la crisis económica que azotó al país durante aquellos años, lo que produjo un proceso de desintegración social y el consiguiente comportamiento anómico de jóvenes y pobladores. Por ello, estaban lejos de protagonizar un levantamiento popular y solo fueron importantes cuando los verdaderos organizadores de las protestas (sindicatos, gremios de clase media, partidos políticos) lo decidieron. Por ende, estrategias como la de los comunistas, basadas en pobladores supuestamente radicalizados, partían de un supuesto errado, pues en realidad la aspiración de las masas anómicas era la integración social.⁶⁵ En una línea similar a ésta, se señaló que la protesta poblacional no generó un movimiento social, producto de la amplia variedad de demandas que convocaba a quienes protestaban y se organizaban. Es más, se ha destacado el carácter pragmático de sus demandas, las cuales podían inclusive ser satisfechas por la dictadura a través del desarrollo de relaciones clientelísticas.⁶⁶ Es decir, el PC nuevamente habría sobrevalorado su incidencia en las poblaciones, pues sus niveles de politización eran menores a los presupuestados. Así, la perspectiva insurreccional o “sublevación nacional” no tuvo ningún asidero posible.

Desde un ángulo opuesto, a la “revuelta de los pobladores” se le ha asignado un papel decisivo para comprender la manera como se puso fin a la dictadura y se inició la llamada “transición democrática”. En efecto, el movimiento poblacional habría sido el más radical y poderoso enemigo que se levantó contra el modelo neoliberal de la dictadura, que amenazó incluso la hegemonía de los sectores medios. Por ello, liberado de relaciones clientelísticas con la institucionalidad,

“cada sujeto se sentía legítimamente instalado sobre la primera piedra en el proceso de construcción de un nuevo Estado”. Esta amenaza radical y profunda, empujó a la dictadura a entenderse con los sectores mesocráticos. Fueron estos últimos, temerosos del protagonismo popular, quienes los excluyeron y echaron las bases consensuadamente junto a la dictadura para el inicio de la “transición”.⁶⁷ También se ha valorizado la importancia de las protestas poblacionales, pero estimando que las posibilidades de desarrollo de las expresiones más radicales eran escasas, en la medida que la incorporación de la violencia política como factor decisivo restaba a los sectores medios y la unidad de la oposición.⁶⁸ Es decir, en esta perspectiva, la política del PC tuvo llegada en cierto espacio del mundo poblacional, pero acotado por un techo delimitado y que no le permitiría seguir creciendo.

Según nuestros planteamientos, todo lo dicho anteriormente permite comprender por qué el PC cifró esperanzas en el mundo poblacional. Su irrupción política y social fue un hecho que no dejó indiferente a nadie. Sin embargo, el mecanicismo teórico del PC, que le hacía plantear que el poblador era lo mismo que el obrero en su territorio, le hizo asignarle proyecciones equivocadas al movimiento. Así, el PC analizó en conjunto todo el movimiento poblacional, no entrando a diferenciar la gran heterogeneidad de realidades y experiencias que describe por ejemplo el citado estudio de Guillermo Campero, que data del período 1984-1985, misma época en donde el PC veía madurar “rápidamente” una situación revolucionaria. Había sectores poblacionales despolitizados, pragmáticos, en donde sí hubo relaciones clientelísticas y antiguos anticomunistas y en donde la UDI lograba ganar sus primeras cabezas de playa en el mundo popular.⁶⁹ Esta realidad fue ignorada por el PC, minimizando su importancia. En cambio, estimamos que para diseñar su política, los comunistas consideraron los sectores en donde tenían gran presencia, arraigo de masas e influencia en los principales ejes organizacionales de la comunidad, como en la población La Victoria.⁷⁰ Entonces, lugares que eran excepcionalmente “buenos” o particularmente exitosos para el desarrollo de la línea política del PC, eran tomados como la regla, como la tendencia hacia la que progresivamente el resto del movimiento poblacional se encaminaría. Es decir, los comunistas actuaban bajo la imagen de sí mismos como el ejemplo a seguir, en una lógica vanguardista que les impelía avanzar hacia la “dirección correcta”. Las necesidades y motivaciones de los pobladores no militantes comenzaron a quedar en segundo plano. De ahí el aislamiento de su accionar en las últimas

protestas y el agotamiento final de éstas.⁷¹ En este sentido, desde su génesis la PRPM estuvo basada en cierto voluntarismo de querer incidir sobre el estado de ánimo de las masas, primero para atreverse a protestar contra el régimen (algo que el PC estimaba había sido una fórmula exitosa a través de las “acciones audaces”), y, en la siguiente etapa, se creyó que “las masas” estarían disponibles para protagonizar la caída del dictador. En 1985-1986, ese voluntarismo fue coronado con el fracaso del intento de derrocar a la dictadura. En este sentido, estamos con Moulian cuando afirma que nunca se podrá calcular exactamente cuál factor incidió más en el ocaso de la movilización social: el temor de la clase política al desbordamiento, la necesidad de la pacificación para poder negociar con la derecha o la decepción popular ante el alargamiento de la dictadura a pesar de las protestas populares.⁷² Y compartimos también que la descalificación de la importancia del movimiento poblacional, basada en la idea de la “anomia social”, es funcional a la tesis de la salida “pactada” de la dictadura, cerrando de antemano cualquier otra posibilidad de término de la dictadura, la que bajo este razonamiento habría sido imposible de derrocar. En este trabajo, en oposición a miradas deterministas como éstas, estimamos que bajo cierta conjunción de circunstancias y momentos políticos adecuados, la movilización social, incluyendo por supuesto a la revuelta poblacional, pudo provocar la alteración del cronograma institucional establecido en la Constitución de 1980.

En resumen, calcular que el movimiento poblacional podría ser clave en la caída del régimen era una idea de gran circulación entre el campo opositor de la época, por lo cual no debe considerarse la tesis comunista de la “sublevación nacional” como una excentricidad, algo que es más propio de la mirada retrospectiva del presente que la de ese período. Sin embargo, el PC, por falencias teóricas y de cálculo político, no pudo concretar su “perspectiva insurreccional”. La caracterización de los cambios provocados por el neoliberalismo, de los cambios de la estructura de clases, la interpretación de nuevos fenómenos sociales, la apuesta fallida de lograr construir hegemonía en torno a la pertinencia de la violencia y sus dudas y vacilaciones internas, entre otros factores, forman parte de los problemas propios del PC que explican el fracaso de su intención de derrocar a Pinochet. Sin embargo, a nivel del accionar, durante un tiempo por lo menos, su inserción en la base social le permitió participar en numerosas manifestaciones de masas, las mismas que abrían las esperanzas del éxito de la “sublevación nacional”.

Luego del Paro Nacional del 30 de octubre de 1984, hubo dos jornadas de movilizaciones que remecieron el escenario político: la de septiembre de 1985 y el 2 y 3 de julio de 1986. A través del análisis del papel del PC en éstas, conoceremos parte del trabajo de masas que realizaban los comunistas. Asimismo, el papel del FPMR y las otras unidades militares del PC, que acompañaban la lucha de masas a través de un accionar armado independiente.

La actividad inaugural del FPMR fue un apagón nacional realizado el 14 de diciembre de 1983. En 1984 sus acciones fueron muy variadas, incluyendo algunos secuestros.⁷³ El FPMR intentó que sus acciones fueran, al igual que sus antecesoras, realizadas por el Frente Cero, audaces y llamativas. Por ejemplo, al cumplir seis meses de existencia oficial, se coparon las radios Minería y Festival para emitir un comunicado para explicar sus posiciones. Respecto al uso de la violencia y las acusaciones de terroristas que caían sobre ellos, se afirmaba que “no nos gusta la violencia y hubiéramos querido evitarla. Pero no nos falta el valor para combatir, cuando nos han puesto en la disyuntiva de morir de hambre o luchar sin claudicar, hasta la victoria, por nosotros y nuestros hijos”. A esta dimensión épica, una constante en las declaraciones del rodriguismo, se unía la aclaración que los desligaba del PC.⁷⁴

En los primeros manifiestos públicos del Frente, destacaba la ausencia de definiciones ideológicas –no se denominaba marxista-leninista–, siendo reemplazadas esas alusiones por fuentes nacionales, especialmente en torno a la figura de Manuel Rodríguez. Además, junto con justificar el uso de la violencia por la represión imperante en el país, en su discurso el FPMR se salía del tradicional “obrerismo” comunista, intentando hacerse parte de un espectro ciudadano más amplio, incluyendo a pobladores y sectores medios.⁷⁵

En estos planteamientos, se apreciaban las influencias bajo las cuales se formó la política militar del PC, enfatizando un sentido de masas a la lucha armada. Primero, la influencia cubana, proceso revolucionario que unió su historia a la lucha por la Independencia nacional, por lo cual sus grandes inspiradores fueron

José Martí, Máximo Gómez, el mulato Antonio Maceo, por sobre los clásicos del marxismo. En el caso de Chile, Manuel Rodríguez simbolizaba al “pueblo” que se levantaba ante una dictadura y lograba finalmente derrotar a los opresores. No se alude a Marx o Lenin, sino a un héroe nacional. En segundo lugar, el carácter pluriclasista del FPMR lo vinculaba a las guerras de liberación nacional al estilo vietnamita y especialmente nicaragüense. Allí no había sido el “partido de la clase obrera” quien había ganado la guerra, sino frentes amplios capaces de convocar a la mayoría de la población. Sin teorizarlo en profundidad, se intentaba trasladar experiencias extranjeras a Chile.

Normalmente las investigaciones sobre la historia del accionar del FPMR olvidan que éste formaba parte de una estructura político-militar más compleja, compuesta por las unidades militares y paramilitares del PC y las JJ.CC. Esto significa que la mayoría de las acciones militares y paramilitares de resistencia fueron realizadas por las “UC” del Partido y la Juventud. Si bien las unidades del FPMR realizaban operaciones, éstas eran selectivas y dosificadas en el tiempo, bajo la lógica de que los cuadros militares de elevada formación debían ser cuidados, evitando exponerlos excesivamente bajo una lógica “operativista”. Por ejemplo, durante el primer semestre de 1985 se contabilizaban 211 “operaciones especiales”, o sea, realizadas por el FPMR: “Las de mayor envergadura han sido los sabotajes a torres de alta tensión que han dejado sin luz como promedio una hora cada vez toda la zona central del país... En total se han realizado 8 grandes apagones en el periodo derribando cerca de 47 torres de alta tensión en la V, VI, VII, VIII y Región Metropolitana”.⁷⁶

Por otra parte, cada jornada de movilización durante 1985 era “apoyada” por distintas formas de lucha militar. Por ejemplo, el 27 y 29 de marzo se llevaron a cabo protestas, realizándose “12 sabotajes y un sinnúmero de acciones menores, de desestabilización que no se reportan en ningún órgano de información... En apoyo a la Marcha de Hambre del 26 de julio se realizaron 6 acciones en Rancagua, Santiago y Concepción, destacándose acciones de recuperación y sabotajes explosivos contra bancos y compañías norteamericanas... En apoyo a la Jornada Masiva de Protesta bajo la consigna ‘Chile defiende la Vida y exige justicia’ realizada el 9 de agosto, se realizaron 16 acciones, la mayoría de las cuales contra personal de Carabineros, sus instalaciones, medios de transporte y

contra cuarteles del ejército... En apoyo a las manifestaciones de estudiantes y pobladores que comenzaron el día 20 (de agosto) y continuaron en menor grado hasta fin de mes, se realizaron 15 acciones, destacándose acciones contra vías férreas, edificios del régimen en Valparaíso y contra cafeterías y recintos de carabineros en Santiago... Asimismo, siguiendo la tendencia iniciada en meses anteriores, la participación de las Milicias Rodriguistas en el sector estudiantil y poblacional en acciones con armamento casero, construcción de barricadas y en autodefensa en general, fue notorio en las calles céntricas y periféricas de la ciudades principales...”.⁷⁷

En este resumen de acciones, queda representada la estructura del aparato militar del PC, el cual tenía tres niveles de participación para la militancia. En un primer nivel, estaba la llamada “Fuerza Militar Propia” (el FPMR), definida como un cuerpo de élite dirigido por una Dirección Nacional (DN) compuesta por 8 “comandantes”, la mayoría de ellos oficiales formados en Cuba y Bulgaria. Esta DN estaba bajo el mando de la Comisión Militar del PC, cuyo encargado de turno era el responsable de orientar las acciones centrales del Frente. En un segundo nivel, en el llamado “Trabajo militar del Partido”, existían las “Unidades de Combate”, conformadas por militantes con formación militar de “combatientes” (curso de seis meses en Cuba) o sin ninguna preparación en el exterior, que podían realizar acciones menores, pero que con el tiempo fueron haciéndose más complejas. Las UC eran dirigidas por los “Comités Regionales” y “Locales” según correspondiese. Un tercer nivel eran las “Milicias Rodriguistas”, organismos que buscaban masificar y organizar las experiencias de autodefensa de masas, dando la posibilidad de que se integraran individuos más allá de la militancia comunista. Jugaban un papel destacado en las poblaciones y universidades en la resistencia contra carabineros, y difundiendo la creación de los “Comité de Autodefensa de Masas” en universidades, sindicatos y organizaciones territoriales. Es decir, si bien el FPMR fue lejos el aparato militar más llamativo de la época, el conjunto del complejo partidario comunista se vio cruzado por lo militar, partiendo desde la célula, organismo matriz del PC, que debía contar obligadamente con un encargado militar. Es más, fuera de estas estructuras mencionadas (FPMR, UC, Milicias Rodriguistas), las propias células del partido, bajo iniciativas locales, llevaban a cabo sus propias “acciones audaces”.

Por ello, una manera muy gráfica de conocer el “trabajo militar de masas” del PC, es a través de las actividades realizadas en septiembre de 1985 y julio de 1986, las dos últimas grandes movilizaciones contra la dictadura. Como sabemos, la idea del PC era que por medio de un Paro Nacional Prolongado, pudiese desencadenarse la “Sublevación Nacional”, cuya concepción implicaba “un período breve, de enfrentamiento multifacético, de carácter nacional concentrado en zonas estratégicas. En este enfrentamiento las masas logran la paralización del país, mediante paros, huelgas generales, sabotaje industrial y ocupación de centros vitales”.⁷⁸

En este sentido, la jornada de septiembre de 1985 puede considerarse un ensayo general de esta fórmula y la de julio de 1986 como el momento que el PC pensó se podría haber producido el levantamiento popular que tumbara la dictadura. Acciones espectaculares, como el ingreso ilegal de armas o el atentado a Pinochet, apuntaban a llevar a efecto este plan, ya sea armando a las Milicias Rodriguistas y las estructuras paramilitares del partido o dando un “jaque al rey” (terminar con la vida del dictador) para provocar el ansiado levantamiento popular.

La jornada de protesta del 4 y 5 de septiembre de 1985 reanudó el ciclo de protestas nacionales detenido el 30 de octubre del año anterior. Estas se prolongaron en menor nivel desde el día 6 hasta llegar a una nueva protesta el 11 de septiembre. Como decíamos, para el PC constituyó un ensayo general para la “Sublevación Nacional”. Se crearon los “comandos políticos militares”, encabezados por los secretarios de los “Comités Regionales” para coordinar la lucha política con la lucha militar y el conjunto de la militancia se tensionó para reponer a la movilización social como un factor determinante de la agenda política del país. La evaluación posterior de la Comisión Nacional de Organización del PC sobre la jornada de septiembre, si bien en general exitista, arroja importantes conclusiones respecto a las características de la lucha de masas en esa fecha. Primero, que las mayores debilidades se encontraban en el frente sindical:

Debemos poner todo nuestro esfuerzo en mejorar orgánica e ideológicamente al Partido en general, pero preferentemente donde se nota nuestra debilidad, como el Cobre, en el Carbón, en la mediana Minería, sector Marítimo-Portuario, Industrias... también (en) las Empresas de Servicios de Utilidad Pública, como Chilectra y Empresas Eléctricas (sic) Agua Potable, Teléfonos, Taxis, etc.

Esta deficiencia en el frente sindical fue tan evidente, que el informe de la Comisión de Organización reconocía que “la clase obrera... en los grandes centros aparece como participando poco y solo por la fuerza externa que cortó la luz, la locomoción le obstruyó el camino”.⁷⁹ Para un partido como el Comunista, que definía a la clase obrera como “fuerza motriz” del proceso revolucionario, esta debía constituir una preocupación mayor, que ponía en riesgo el conjunto de su estrategia. Sin embargo, no se profundizaba en el análisis y se confiaba que “con mayor trabajo” se resolverían los problemas.

Conectado con el punto anterior, el informe del PC sobre la jornada reconocía el protagonismo de la lucha poblacional: “Hay un ostensible MEJORAMIENTO CUALITATIVO de la lucha. El enfrentamiento con las fuerzas represivas se dio violentamente en la mayoría de los barrios de Santiago, en los cuales hubo encarnizados combates...”.⁸⁰ Aunque esta cita alude a la mayor radicalidad de la lucha de masas, se reconoce que ella se daba en los “barrios” de las ciudades y no en las áreas industriales. Era el sector “territorial” el que acaparaba el protagonismo en la lucha de masas.

Como reflejo del trabajo y experiencia acumulada en el frente militar, este alcanzó niveles superiores a los hasta ese momento conocidos: “El desempeño militar de los diferentes Alerces (comités regionales) y Cedros (comités locales), así como sus U.C. y Milicias Rodriguistas fue el más alto observado hasta ahora”. Tal vez por este mismo hecho, el PC constataba las insuficiencias logísticas de las estructuras militares, razón por la cual la Comisión Nacional de Organización opinaba que era necesario “‘subir la puntería’ en lo que a ‘herramientas’ se refiere, ya que estas fueron muy escasas en esta oportunidad”.⁸¹

La radicalización de la lucha poblacional y la debilidad del frente sindical era la conclusión no explícita que arrojaba la evaluación del PC en septiembre de 1985. A pesar de ello, no se registraron cambios en el discurso político o un rediseño del plan de Sublevación Nacional. Para los comunistas, lo central era constatar la radicalización de la lucha de masas. De acuerdo a su perspectiva, las Protestas, lejos de la “rutinización” de la que habló Eugenio Tironi, demostraban su plena vigencia y 1986 se vislumbraba como “decisivo” para derrocar a Pinochet. Desde nuestro ángulo, esta mutación que ponía como centro de gravedad de la política a lo poblacional por sobre lo sindical, formaba parte de la reconfiguración identitaria que la PRPM estaba generando en la cultura política comunista. Es decir, esta política no solo era expresión de una dinámica de cuestionamientos y polémicas internas desconocidas en las últimas décadas del PC; no solo había implicado el hecho físico de las armas, sino que por sobre todo estaba significando una nueva forma de vivir y hacer política. La radicalización del movimiento poblacional, sector en donde la PRPM alcanzó significativos grados de desarrollo, fue expresión de esta situación. Sin embargo, esta nueva dimensión existencial de la política, no borró la experiencia anterior, sobreponiéndose de esta manera lo viejo y lo nuevo, la antigua tradición política del PC con las nuevas experiencias. Durante la jornada de protesta de septiembre de 1985 encontramos variados ejemplos de esta situación.

La zona sur de Santiago fue un área en donde antes de 1973 el PC tuvo importante influencia de masas y durante la “revuelta de los pobladores” mantuvo un gran protagonismo. El informe del comité regional Sur del PC daba cuenta del trabajo político de los comunistas durante las protestas de septiembre de 1985. Se partía constatando que se había logrado que el día 4 pararan algunas industrias del sector, como por ejemplo Textil Progreso, Textil La Reina, IRT, Schiaffino, Calzados Calvo, Soprole, Viña San Pedro, San Marino, entre otras. En la tarde, después de las 13:00, se habían sumado Licores Mitjans, Arroz, Calzados Osito, Lucchetti, Madeco y Fundición Pacífico. Por su parte, el grueso del personal del Hospital Barros Luco se retiró a sus hogares al terminar la jornada de la mañana. Sin embargo, lo más llamativo ocurría en las poblaciones. Por ejemplo, en La Legua a las 07:00 A.M. del día 4, a la altura del paradero 14 de Santa Rosa y las poblaciones cercanas, “estaban ocupadas por las masas, que se adueñaban de las principales arterias”. En el sector Departamental-Las Industrias ocurría otro tanto. Al interior de la población, desde esa hora se desplegaban incontables barricadas. A las 19:00 horas se inició una marcha

encabezada por la Unidad de Combate (UC) del Comité Regional Sur del PC, con el objetivo de hacer una “propaganda armada”. De acuerdo al relato del informe enviado a la dirección del PC, “la UC local y las Milicias Rodriguistas acompañan la columna que se despliega por toda la población... es recibida con gran entusiasmo por los pobladores que aplauden. En ese momento irrumpen el Jefe de la UC que se dirige a los pobladores, los llama al combate a prepararse en la Autodefensa de masas y a derribar la dictadura. Una descarga de armamento automático y armas cortas terminan la acción. Los pobladores se acercaban a nuestros camaradas, los tocaban, los aplaudían... Al paso decían viva el Frente Patriótico... A las 20 horas eran miles los pobladores que ocupaban las calles de la población. El día 4 de sept. La Legua permaneció a manos de los pobladores, era Territorio Libre”.⁸²

Mientras tanto, La Victoria, otro emblemático sector de la izquierda chilena, no le iba en zaga a La Legua: “El 3 de sept. a las 22 hrs comienzan los pobladores a trabajar haciendo zanjas para impedir el paso de la represión, dirigido por el comando poblacional y la dirección del comité local”. Estas zanjas permitieron que desde tempranas horas del día siguiente, La Victoria quedara fuera del control de la policía: “A partir de las 8 la población era Territorio Libre”. A las 11 de la mañana, una marcha de unas 2000 personas, según el cálculo del PC local, recorre la población. Al mediodía, el llamado “nudo Departamental-La Feria” es copado por cientos de personas. Se producen saqueos de ferreterías, destrucción del alumbrado público, etc. También de acuerdo al PC local, el estado de ánimo era tan alto, que se decidió seguir las protestas el día 5 de septiembre: “unas 15.000 personas (pobladores) ocupaban las calles y pasajes de la población...”.⁸³ El 4 de septiembre, un grupo del FPMR “junto a la UC local” realizó una “instrucción” con un fusil en plena calle. Luego, en Avenida La Feria con Departamental, lugar en donde se realizaba esta actividad, “se le pasó el fusil a un poblador para que lo disparara”, lo que efectivamente ocurrió. En resumen, el regional Sur del PC destacaba el desarrollo del trabajo militar de masas. A la hora de las conclusiones, no eran tomados en cuenta los reclamos del sacerdote de La Victoria, Pierre Dubois, que había increpado a los encapuchados que daban la “instrucción” con el fusil en plena vía pública, ni los retrasos en la unidad con otros sectores, ni cuanta gente se mantuvo pasiva o atemorizada y tampoco las debilidades del trabajo sindical.

Por su parte, la jornada del 2 y 3 de julio de 1986 formó parte de la estrategia del “Año decisivo”, especie de meta autoimpuesta por el PC para terminar con la dictadura. Esta definición de “decisivo”, provenía del análisis exitista de las movilizaciones del segundo semestre de 1985, lo que dentro del PC llevó a estimar que en 1986 las condiciones maduraban para el éxito de la Sublevación Nacional. Definido ya no como protesta, sino como “Paro Nacional”, el 2 y 3 de julio ha sido considerado la última gran movilización contra la dictadura fuera de un contexto electoral. El PC hacía nuevamente una buena evaluación de sus resultados y lo consideraba la antesala de la caída de Pinochet.⁸⁴

Para estas jornadas de Paro, el aparato partidario del PC se tensó al máximo. En las poblaciones la dinámica fue similar a la de septiembre de 1985, caracterizada por lo que el PC llamaba “levantamientos populares”. Las actividades fueron “ollas comunes, marchas masivas, concentraciones, mitines, velatones, caceloreos, votaciones por la democracia, actividades de confraternización con las FF.AA., emisión de comunicados y partes informativos... petitorios a las municipalidades, obras de teatro, actividades recreativas y culturales, accionar dirigido a la paralización de la industria, comercio...”. Junto con ello, el trabajo militar de masas –según la evaluación del PC– seguía creciendo. Por ejemplo, se señalaba que en Pudahuel se había realizado una marcha con trece milicias, compuesta por unos 300 milicianos y que el accionar paramilitar del PC se había visto reflejado en “bombazos por doquier, muchas voladuras de transformadores, apagones y otros”.

Pero de acuerdo a la evaluación interna del PC, el 2 y 3 de julio fue superior a septiembre de 1985 en cuanto a la paralización de las industrias, pues según sus propias estadísticas, este llamado a Paro se logró hacer efectivo en alrededor de un 70 a 80%. “Solo con los datos disponibles en los CR, se llegó a contar 240 industrias paralizadas. 52 de ellas lo hicieron totalmente y por lo menos 50 están en el listado de industrias estratégicas. Involucrando todas ellas alrededor de 50.000 trabajadores industriales de los 280.000 que existen en Santiago”. En esta estadística no se incluían las empresas del Estado, el sector salud, la educación, la locomoción colectiva y los trabajadores del empleo mínimo.

En estos otros sectores, la evaluación del Paro también era positiva. Para definir la suerte de la movilización era estratégica la locomoción colectiva. En esta ocasión, “se dio en este sector un nivel de paralización casi total, destacándose el hecho de que –a diferencia de otras oportunidades– gran cantidad de líneas acordaron el Paro previamente”. Esto último manifestaba los énfasis del trabajo de preparación de la movilización por parte del PC. Más que solo apertrecharse de bombas caseras y piedras para atemorizar a los choferes, el paro de la locomoción colectiva se trató de que fuera exitoso más por convencimiento que por miedo. Por ello, la evaluación positiva del paro radicaba –según el PC– en el trabajo de persuasión llevado a cabo por los comités regionales: “Conversaciones con choferes, delegados de organismos de masa a los terminales, reuniones con los sindicatos de línea, incluso asambleas conjuntas y participación de micreros en actividades poblacionales...”. Por ello, el informe del PC señalaba que “esta vez los ‘mercurios’ fueron adicionales”.

En el sector comercio también se había registrado un alto grado de paralización, la que, según el PC, era producto de la doble estrategia de convencimiento (“lucha de masas”) y presión (guerra psicológica). Entre las primeras, destacaba “el recorrido por las mujeres de todos los establecimientos de Providencia entre Manuel Montt y Tobalaba, las cartas y visitas al comercio de Irrazaval, el recorrido de piquetes de profesionales del comercio céntrico el día 2”. Además, algunas agrupaciones de comerciantes habían acordado adherir al Paro, como por ejemplo las ubicadas en los sectores de Estación Central, Franklin, Irrazaval, San Diego, San Pablo-Matucana e incluso una que se suponía adhería al régimen, como la de Dos Caracoles.⁸⁵ En el sector salud, según los datos del PC, la paralización había sido 100% entre los profesionales y alrededor del 50% entre los auxiliares. Según se decía, esto era expresión del trabajo de masas especialmente orientado a los hospitales públicos, como el San Juan de Dios y el Paula Jaraquemada. En el frente estudiantil, la inmensa mayoría de los establecimientos no funcionaron producto de que la dictadura adelantó las vacaciones de invierno, perdiéndose así un tradicional foco de enfrentamiento callejero con la policía.

En resumen, el PC consideraba que las condiciones para la “sublevación nacional” estaban intactas. Más que entrar en la discusión acerca de la viabilidad

o no de esta línea, nos interesa rescatar el “estado de ánimo” de la militancia. Más allá del error o no de estimar que Chile se acercaba a una crisis revolucionaria en 1986, más allá de la exactitud o no de las cifras que manejaba internamente el PC, más allá de que se puedan relativizar las crónicas contenidas en los informes locales de los dirigentes de base comunista, lo que nos interesa rescatar es la subjetividad política de los comunistas. De acuerdo a lo expuesto más arriba, la disposición era jugarse por un término precipitado de la dictadura y para ello había una convicción muy grande que “desde fuera, en contra y pesar de la institucionalidad”, la voluntad de la “vanguardia del pueblo” ayudaría a empujar a éste a protagonizar la caída del dictador.

Por otra parte, también independientemente de la certeza de la información contenida en los informes sobre la protesta del 4 de septiembre de 1985 y el Paro Nacional del 2 y 3 de julio, queremos destacar el doble énfasis que estos contenían. Por un lado, fortalecían la convicción que las masas se estaban radicalizando y por lo tanto no rechazaban –como lo afirmaba la oposición de centroizquierda– la violencia como un método de lucha contra la dictadura. Por otra parte, destacaban el despliegue de la tradicional “lucha de masas” comunista, el consabido recabarrenismo del PC, basado en ganar influencia entre distintos sectores sociales a través de un fuerte trabajo de base. El sindicato, la junta de vecinos democratizada, el centro de alumnos, las variadas organizaciones poblacionales, los gremios profesionales e incluso las asociaciones de comerciantes, seguían siendo los frentes de masas fundamentales del trabajo político del PC. Es decir, sin entrar a afirmar si era o no una política exitosa, lo que pretendía el quehacer político de la militancia comunista no era echar al olvido sus tradiciones políticas, sino por el contrario, sumarle a ella nuevas formas, mucho más radicales que las de antaño. Como se desprende del relato de las jornadas de protesta y paro nacional en las poblaciones, esta tarea era llevada a cabo por toda la militancia, la que de una u otra manera se rozaba con los “nuevos componentes” de la vida política del PC. Desde guardar algunos “medios”, recibir instrucción paramilitar, o derechamente formar parte de una UC o un GO o entrar al FPMR, estaba en el horizonte de cualquier militante que asumiera responsablemente sus tareas políticas. La PRPM no pretendió sumir al Partido en la clandestinidad y en el aparatismo militarizado, sino que pretendía desarrollar una fórmula novedosa: el radicalismo de masas, expresión de la cultura política comunista reconfigurada luego de la derrota de la Unidad Popular y de vivir sometido a la experiencia represiva de la

dictadura militar.

Luego del Paro Nacional del 2 y 3 de julio de 1986, en agosto fueron descubiertas las armas que el PC había adquirido, con ayuda cubana y otros países socialistas, para asegurar el éxito de la Sublevación Nacional. En el atardecer del domingo 7 de septiembre un comando del FPMR emboscó a Pinochet sin lograr liquidarlo.⁸⁶ La rueda de la historia comenzó a girar en un sentido muy distinto al deseado por los comunistas. La perspectiva insurreccional se alejaba. Como en toda empresa humana, a la hora del fracaso, comenzarían los reproches, las discusiones y las fracturas en el otrora monolítico Partido Comunista chileno. Las diferencias que existían desde principios de la década de los ochenta, se desencadenarían con toda su fuerza a partir de 1987, iniciándose un proceso de fuerzas centrífugas que tuvo su máxima expresión en 1990, cuando explotó la peor crisis interna del PC desde las ocurridas en los años veinte. Lo que estuvo en juego, finalmente, fue la vigencia o no de seguir siendo comunista en Chile tal como hasta esa fecha se entendía debía serlo.

El período comprendido entre el último trimestre de 1986 hasta mediados de 1990 puede ser considerado uno de los más complejos de la historia del comunismo en Chile. Las querellas internas terminaron por ventilarse públicamente, en el contexto de una doble crisis que azotaba al PC. Por una parte, el agotamiento de la PRPM en su versión de la “perspectiva insurreccional” y la posibilidad de derrocar a Pinochet a través de todas las formas de lucha, lo cual era para 1987 una quimera, especialmente porque la propia oposición a Pinochet renunció a dicha posibilidad. Comprender esta realidad fue un proceso doloroso para el PC, cuyo optimismo histórico hizo creer a su militancia que verdaderamente 1986 sería decisivo y terminaría con la caída del dictador. Asimismo, la crisis terminal del socialismo real también golpeó el núcleo de la cosmovisión comunista.

Por este motivo, la crisis que el PC vivió entre 1987 y 1990 no fue de cualquier carácter. Lo que estuvo puesto en discusión fue la posibilidad misma de ser comunista en Chile. La seguidilla de derrotas (Unidad Popular en 1973, caídas

de las direcciones políticas en 1976, fracaso de la perspectiva insurreccional en 1986, la errática política ante la transición pactada en 1987 y 1988, sumado a la crisis del socialismo real en 1989) hizo que las críticas fueran de tal magnitud y profundidad, que podemos afirmar que el PC estalló como una diáspora en múltiples direcciones, algunas de ellas difíciles de pesquisar. Unos siguieron levantando la tesis de la viabilidad de la perspectiva insurreccional, otros clausuraron el marxismo y el comunismo, otros abogaron por un PC dentro de la naciente Concertación de Partidos por la Democracia y otros por una “renovación revolucionaria” que refundara el PC, incluyendo el cambio de nombre del partido. Muchos, agotados de años de clandestinidad y persecuciones, dejaron la política contingente, abrumados por el peso del drama humano que significó para la izquierda chilena la dictadura militar y tratando de empezar una vida normal en la “nueva democracia”. Finalmente, otro grupo seguiría manteniendo “las banderas en alto”, asegurando la continuidad histórica del PC en la nueva década que empezaba.

Para entender lo que significó este período de crisis para el PC, es necesario recordar la cultura política comunista, que se caracterizaba por crear un fuerte sentimiento de comunidad y pertenencia “al partido”. En tiempos de clandestinidad bajo la presidencia de Gabriel González Videla, las comunicaciones escritas entre militantes se remitían bajo la firma de “la Gran Familia”, en alusión “al Partido”. Esa tradición se preservó en tiempos de la dictadura militar. Es decir, la pugna al interior del PC no debe ser entendida como las que ocurren en cualquier partido acostumbrado a entender la política de una manera laica. En el PC se discutía la permanencia y el sentido de una vida o décadas dedicadas a una causa, de ahí lo desgarradora y dolorosa que resultó esta crisis. Ninguno de sus protagonistas ha escrito sobre ella así como tampoco existen trabajos historiográficos de carácter monográfico que la analicen en profundidad.⁸⁷ En esta ocasión la perspectiva para abordar serán los documentos internos y las publicaciones de la época, pero sin duda que queda pendiente enfocar el entendimiento de esta crisis desde el punto de vista del drama humano en el cual se estaba desarrollando.

En esta parte abordaremos la primera etapa de la crisis, que se inició soterradamente luego del fallido atentado contra Pinochet y se desarrolló hasta el

plebiscito del 5 de octubre de 1988, coyuntura en la que el PC todavía apostaba a la viabilidad de la “Sublevación Nacional”. Derrotado electoralmente el dictador, la fuerza de los hechos obligó al PC a clausurar su perspectiva insurreccional. Los años siguientes serían de ajuste de cuentas con el manejo político del PC durante la coyuntura 1987-1988.

Esta crisis es sumamente compleja, porque no fueron solo dos bandos que se enfrentaron, sino que surgieron muchas corrientes de opinión, en tendencia atomizante que de alguna manera se pareció a la que vivió el MIR en la misma época y que terminó con la disolución del tronco histórico de este partido. Por ello que intentaremos describir las principales tendencias, para entender el carácter de la crisis, sus contenidos políticos e ideológicos y la manera como se resolvió.

El panorama de las corrientes de opinión del PC durante los ochenta podríamos ordenarlos a tres bandas: una derecha opuesta a la perspectiva insurreccional, un centro de acuerdo con ella, pero que asumía la crítica de la derecha respecto al carácter de masas que esta salida debía tener, y una izquierda que estimaba que el PC nunca realmente se había tomado en serio lo militar en la política y que en el fondo seguía siendo un partido reformista, en el sentido de carecer de una visión completa de la revolución (inevitabilidad del enfrentamiento armado). Sin embargo, queremos ser muy enfáticos en señalar que esta es una división esquemática y que entre muchos militantes existían cruces de opinión. Es decir, no eran corrientes articuladas, orgánicas, al estilo del Partido Socialista, sino más bien sensibilidades políticas, dentro de las cuales cabían muchos matices.

No es correcto considerar que la crisis al interior del PC estalló producto del hallazgo de los arsenales en el norte de Chile y por el fracasado intento de ajusticiar a Pinochet. Las diferencias venían desde la génesis misma de la PRPM. El capítulo inmediatamente anterior a los sucesos de 1987-1990, se relaciona con el momento en que la mayoría de la Dirección del PC optó por la “Sublevación Nacional” a fines de 1984. El antecedente de este debate lo dio a conocer Luis Corvalán, quien al recordar el debate en torno al Informe al “pleno

de enero de 1985”, que como hemos visto, aseguraba que en Chile se configuraba una crisis nacional y que por lo tanto hacía posible pensar en una perspectiva insurreccional, afirmó lo siguiente: “El contenido del Informe a ese Pleno fue motivo de discrepancia. Algunos compañeros del exterior, especialmente Hugo Fazio, concordaron con la apreciación relativa a considerar entonces que maduraba en el país una situación revolucionaria. El compañero Millas la objetó de plano. Por mi parte, expresé mis dudas al respecto...”⁸⁸

Luego del fracaso del atentado, la instauración nuevamente del estado de sitio, el evidente reflujo de la movilización social y el paulatino plegamiento de la oposición al camino de la salida pactada de la dictadura, el PC quedó en incómoda situación. Criticado por la Alianza Democrática por terrorismo y también por sus propios aliados del MDP por lo “inoportuno” de la acción contra Pinochet, el PC además debió enfrentar el inicio de la rebelión interna. Las críticas venían tanto desde la izquierda como la derecha partidaria.

El PC realizó dos reuniones de la CP luego del atentado, una el 15 de septiembre y otro a mediados de octubre de 1986. La primera, marcada por un aire de dramatismo producto de la oleada represiva de la dictadura luego del fallido atentado a Pinochet, partía reconociendo el aislamiento del MDP y el PC del resto de la oposición. Sin embargo, a pesar del quiebre de las relaciones políticas, el PC insistía en considerar a Pinochet en una situación defensiva: “Siempre debemos tener en cuenta que el fascismo es una dictadura brutal, cruel pero, en definitiva, precaria. El tirano no puede ni podrá cerrar las grietas que el movimiento popular ha provocado en el propio edificio de la dictadura”.⁸⁹ Por ello, ante el peligro del repliegue, el PC sostenía que “lo principal es llevar adelante la movilización social, la lucha de masas, la guerrilla de masas, entendiendo por tal los mítines relámpagos, las volanteadas relámpago, así como las barricadas, detonaciones y otras acciones por el estilo”. En el fondo, se veía como urgente no bajar la guardia en un momento político en que se creía que todavía se tenía la iniciativa política. De acuerdo a la óptica del PC, si en ese instante se estaba registrando un momento difícil, era por la intervención norteamericana y por el temor que se había producido en la oposición más moderada, la que teniendo en cuenta la masividad del paro del 2 y 3 de julio, veía peligrar su hegemonía en el proceso de recuperación de la democracia.

Faltaban muchos meses para que el PC reconociera los profundos cambios que estaba teniendo el campo de la política nacional. De 1987 en adelante, el PC fue perdiendo cada día la influencia que había tenido durante el ciclo de las Protestas.

En la reunión de octubre de 1986 se analizó la situación política y se discutió la compleja situación que vivía el frente militar del partido, responsable de los arsenales y el atentado, los dos sucesos que habían marcado el año político. Esta reunión simbolizó el inicio del conflicto al interior del PC, pues sus conclusiones políticas dejaron muy disconformes tanto al ala derechista como izquierdista del Partido. Sobre las proyecciones políticas, se insistía en el planteamiento de septiembre, en el sentido de alentar todo tipo de demanda reivindicativa, derrotar el inmovilismo, insistiendo en la necesidad de lograr la rápida salida de Pinochet. Asimismo, se sostenía el rechazo ante cualquier diálogo o negociación con el dictador, porque se consideraba que solo lo beneficiaría a él. La inflexibilidad en este punto implicó que el PC quedara fuera del diseño de transición pactada que ya estaba en curso.

En todo caso, la preeminencia de la voluntad como dato fundamental de la PRPM, vuelve a cobrar importancia para intentar comprender algunas afirmaciones incomprensibles miradas con la óptica de hoy: "...sin ignorar los problemas surgidos, debemos apreciarlos como fenómenos temporales, circunstanciales, que es posible remontar si mantenemos firmes el rumbo, sin desviar la dirección del golpe principal y aplicando con firmeza y flexibilidad nuestra política".⁹⁰ En tanto momentáneo, el reflujó de masas debía ser contenido con la fuerza de la voluntad, que mantendría en alto el "estado de ánimo de las masas". Así, se relativizaba el mal momento de la oposición, señalando, a pesar de todo, la vigencia de la "rebelión popular". Este planteamiento fue el que la derecha partidaria no compartió, iniciándose a partir de fines de 1986 y públicamente en 1987, fuertes disensos ante la tesis que sostenía en el tiempo la perspectiva insurreccional, sin reconocer que la situación política era otra que en tiempos de la fase 1983-1986.

Por su parte, en la reunión de octubre de 1986 también se evaluó el trabajo militar del PC. La principal conclusión era que en el aparato militar existían concepciones políticas y estilos de trabajo distintos a los del PC. Por ello, se resolvió la salida de la Comisión Militar de algunos de sus integrantes e incluso sancionar a los responsables de la detección de los arsenales en el norte. En este caso, lo que existía en el frente militar eran “desviaciones militaristas”: “... hemos podido constatar que ha habido, de parte de valiosos cuadros militares, algún grado de suficiencia y hasta la idea de que la Dirección del Partido frena, en cierto modo, su actividad combativa”. Por ello, la principal medida para enmendar este problema sería “reforzar” la formación política e ideológica de los cuadros militares. A continuación se enumeraban veinte puntos para resolver los problemas y errores que el frente militar había registrado durante 1986. Las medidas apuntaban a un crecimiento controlado del FPMR (impedir que ingresara a él cualquier militante o no militante); confirmar la remoción de “Rodrigo” (Raúl Pellegrín) de la Comisión Militar y “conversar a fondo” con “Salvador” (Galvarino Apablaza); subordinar el conjunto de la estructura militar al área política, impidiendo tendencias militaristas; vincular a los militantes que actuaban en el FPMR de la mística comunista y, dicho sin tapujos, que la supuesta independencia del Frente ante el PC, pasara por “asegurar un núcleo político-militar de dirección del FPMR que dé el máximo de confianza a la Dirección”.

En otras palabras, la decisión que tomó la Comisión Política fue intervenir el aparato militar, removiendo a algunos integrantes de la Comisión Militar y al jefe del FPMR, estructura orgánica en donde se concentraba la izquierda partidaria. No es difícil imaginarse la respuesta de ésta. Para ellos, estas medidas no tenían otro objetivo sino detener, desarmar y finalmente acabar con el trabajo militar del partido. El viejo “reformismo” comunista, a ojos de ellos, aparecía en gloria y majestad. El debate que venía sería encarnizado.

Para terminar de armar el cuadro de disidencias internas dentro del PC, al interior de la propia Comisión Política surgieron posiciones críticas a la forma como el EDI estaba conduciendo al partido. Es decir, las críticas de la derecha partidaria no solo estaban representadas por conocidos voceros públicos del PC en Chile, como Patricio Hales y María Maluenda, que no ocupaban cargos de

dirección, sino que en el mismísimo núcleo dirigente del PC. Probablemente concedores de esta situación, el sector de izquierda del PC visualizaba que eran ciertas las advertencias respecto a que el PC no se había tomado en serio la cuestión militar y continuaba siendo un partido reformista. Así, las diferencias se fueron retroalimentando y creciendo como bola de nieve.

En una reunión de los integrantes de la Comisión Política en el exterior realizada a fines de 1986, se sinceraron las posiciones, desplegándose una andanada de críticas contra la dirección interior. Orlando Millas se explayó en sus profundas diferencias de cómo estaba desenvolviéndose la política del PC. Colocó la base de su argumentación en el voluntarismo de la Dirección interior. Para él, lo ocurrido en 1986 tenía su origen en el pleno de diciembre de 1984, cuando se evaluó que en Chile supuestamente se creaba una situación revolucionaria, ante lo cual Millas decía que le había expresado “al compañero Corvalán y repito ahora aquí que no creo que lo aprobado sobre esta materia esté en la razón”. Como reflejo de estos análisis considerados voluntaristas, estimaba que frases planteadas en septiembre de 1986 por el EDI, en torno a que todavía existían condiciones para una “salida avanzada” de la dictadura, constituían un hecho “alarmante y que obligan a re-examinar si estamos aplicando bien nuestra línea”. Evidentemente, para Millas, en el interior se estaba aplicando “otra línea”, militarista, voluntarista o derechamente “aventurerista”, para usar una categoría con que el propio Millas calificaba antiguamente al MIR. Según el ex ministro de Allende, el PC padecía de un gran problema político, resumido, según sus propias palabras, en la existencia de una “dualidad de líneas”, que emanaba “por conductos dependientes de la Comisión Militar, que no se rigen por el centralismo democrático sino que operan horizontalmente”.⁹¹ La dualidad de línea se caracterizaba según Millas, en que algunos documentos del Partido hablaban que el objetivo fundamental del momento era echar a Pinochet y una “segunda línea” (la “militarista”) que planteaba luchar por alcanzar una “democracia avanzada”.

De esta manera, las bases de la disputa interna en el PC quedaban planteadas. El EDI debió enfrentar dos focos de discusión que con el paso del tiempo fueron cristalizando en posiciones políticas irreconciliables. Hoy sabemos que esta discusión terminó en un quiebre profundo. Pero la crisis se prolongó porque se

dio por etapas. La primera ruptura fue por la izquierda, con la crisis en el FPMR.

La fractura del ala izquierda del PC no es posible entenderla solo como producto del cambio de las condiciones políticas después del atentado a Pinochet. Desde nuestra perspectiva existieron una constelación de causas y hechos que englobaremos bajo el rótulo de diferencias políticas. En segundo lugar, la diferenciación entre el PC y su aparato militar respondió también a un fenómeno relacionado con la concepción militar de los comunistas: la creación de un brazo armado públicamente separado del Partido. Este aparato, inclusive antes de crearse formalmente, había adquirido una identidad y una cultura política propia –el llamado “rodriguismo”– que continuó desarrollándose entre 1985 y 1986. Estallada la crisis a fines de ese año, esta identidad y cultura política propia los hizo sentirse más parte de esa experiencia que la propiamente comunista. Por este motivo la división del FPMR debe ser considerada como el primer capítulo de la crisis política y cultural que sufrió el PC entre 1987 y 1990. Las propias tesis que originaron a la PRPM, en el sentido de criticar el “reformismo” del PC hasta 1973, fueron la materia prima de la división “por la izquierda” en el otrora monolítico PC chileno.

Sobre las diferencias políticas, estas deben remontarse a la génesis misma de la llamada “Tarea Militar”. Como ya lo hemos dicho, cuando ésta se inició en 1975, el PC carecía de un diseño político-militar de orden estratégico sobre el sentido de esta “tarea”. Así, al producirse en 1986 las primeras manifestaciones palpables de la crisis final, las diferencias políticas entre la Dirección del PC y su estructura militar llevaban largo trecho recorrido. El autonomismo que había alcanzado el aparato militar del PC respecto a las orientaciones de la Dirección llegó a su máxima expresión con motivo del atentado a Pinochet el 7 de septiembre de 1986. Jorge Insunza, a la sazón integrante de la Comisión Política, hoy aclara que esta acción fue realizada sin contar con la autorización del PC:

En el caso de los compañeros del Frente, la lucha armada era la única vía. Eso es lo que lo lleva a contradecir las indicaciones de la dirección del Partido respecto a acciones, por ejemplo, como el ataque a la comitiva de Pinochet. Ellos lo

hacen en alguna medida imbuidos de una cierta desesperación, creyendo que como la situación que se estaba creando era tal, que una acción de este tipo podía romper, cambiar el cuadro completo.⁹²

El intento de matar a Pinochet, la acción militar de mayor envergadura en la historia de los movimientos armados en Chile y que dio un giro definitivo a la historia reciente de Chile, fue realizada por un aparato militar sin el consentimiento del mando político. Este solo hecho habla de la magnitud de la crisis al interior del frente militar del PC.

Pero antes de conocer los contenidos de la discusión de 1987, es necesario incorporar al análisis las diferencias a nivel de la identidad y la cultura política rodriguista. Tal como lo han señalado algunas investigaciones,⁹³ la militancia en el FPMR creó una forma particular de vivir y entender la participación en política. Si bien compartió motivaciones y emociones con sus entonces compañeros de partido, muchos militantes partícipes de “La Tarea Militar” se terminaron sintiendo más “rodriguistas” que comunistas. En la constitución de esta situación hay circunstancias históricas que ayudan a explicarla. En primer lugar, en la genética de “La Tarea Militar” estaba una derrota histórica no solo del PC, sino del conjunto del movimiento popular chileno. Toda una generación política había crecido con la certeza en el triunfo y en la infalibilidad de “el partido”. En cambio, el ingreso a las FAR era expresión de los errores de ese partido, que la experiencia histórica había demostrado falible y, por ende, cuestionable. Por otra parte, las biografías de los oficiales comunistas chilenos aportan un dato decisivo: su escasa vida partidaria en el PC. En efecto, el primer núcleo fueron militantes de la Jota durante la Unidad Popular, que partieron a Cuba en 1971. Otros, como el propio “Rodrigo” (Raúl Pellegrín) ingresaron casi directamente de la “Jota” a “La Tarea”. El otro referente rodriguista, Galvarino Apablaza, tuvo una militancia de bajo perfil antes del golpe. Solo su desempeño como cadete de las FAR lo hizo despuntar como militante comunista destacado. De esta manera, la socialización política de los oficiales chilenos se dio dentro de los cuarteles cubanos, orientados por Jacinto Nazal, el cual señala enfáticamente no haber traspasado sus diferencias con la Dirección del PC sobre la cuestión militar. Por años Nazal fue cotidianamente la cara visible del Partido, más allá de las visitas ocasionales de otros dirigentes comunistas. Esta vida en

común fue creando lealtades y afinidades que escapaban de la lógica partidaria tradicional. En efecto, la vida militar creó sus propios códigos, lo que se vio acentuado por la experiencia que dejó en los jóvenes chilenos su participación en la guerra revolucionaria nicaragüense.⁹⁴ Los relatos sobre la valentía de tal o cual combatiente, de la actitud y el profesionalismo del personal chileno, los llenó de prestigio. El espíritu de cuerpo, característica propia de las estructuras militares, se acrecentó tras el debut militar de los oficiales chilenos. Pero tan importante como ello, el impacto político en la psicología militante, producto de haber sido partícipe activo de una verdadera revolución armada, solidificó la visión de que el factor militar era no solo importante, sino indispensable para una organización realmente revolucionaria. En este caso, lo militar como un enfrentamiento directo entre un ejército popular y otro “burgués”. Como sabemos, esta concepción nunca estuvo en la visión de la dirección del PC. Más tarde, encontrándose dentro de Chile, algunos testimonios dan cuenta que los oficiales hicieron notar en sus respectivas estructuras la mayor formación y dominio del arte militar, generándose diferencias con los militantes del interior que no poseían ni su preparación militar ni su experiencia combativa.⁹⁵

Todas estas diferencias se vieron reforzadas por lo que aparentemente fue un crecimiento inorgánico del FPMR, en el cual ingresó un número indeterminado de militantes sin el cedazo ni control de las estructuras partidarias superiores del PC. Así, un grupo de oficiales chilenos, que se conocían por años en Cuba y Nicaragua, que no compartían la misma experiencia militante con sus compañeros en el país, pudieron consolidar su propia identidad al ingresar a un “brazo armado”, separado del resto del Partido. Es decir, la propia concepción del PC de tener una estructura militar especializada con un mando propio, fue un factor que permitió el desarrollo de las tendencias autonomistas que ya existían. Al respecto, César Quiroz, oficial formado en Bulgaria, reconoce la importancia de este factor para explicar la división. “De acuerdo a los vietnamitas –dice Quiroz– el partido nunca debió haber creado el FPMR, ni haber tenido una Comisión Militar. Los vietnamitas dicen que lo militar no se delega. Ellos tienen el principio de que lo militar lo dirige el partido directa, total y absolutamente. El partido para la guerra. Todo el partido involucrado a la guerra, sin sucursales, sin subsidiarias. No hay comisión militar, no hay brazo armado, no hay aparato. Es el partido el que se involucra en la guerra. Los dirigentes del partido pasan a ser el mando militar”.⁹⁶ Sin embargo, a diferencia de lo señalado por Hernán Vidal en su citado trabajo sobre el FPMR, el PC jamás se planteó seriamente ni lo

planteado por Quiroz ni la constitución de un “frente de liberación nacional” como el de los vietnamitas contra Estados Unidos o los nicaragüenses contra Somoza. Como lo hemos repetido, la cuestión militar era entendida por la dirección comunista como un complemento de la línea, en ningún caso una transformación radical. Posteriormente, quienes como el EDI así la asumieron desde 1981-1982, tuvieron que consensuar con otros sectores dentro del PC la manera de desarrollar lo militar. Es decir, en el PC chileno no había condiciones internas como para vivenciar otra experiencia de trabajo militar que no fuera el brazo armado, es decir, lo militar como un área más de trabajo partidario. Esto fue lo que los oficiales comunistas nunca compartieron.

Sin embargo, el propio PC colaboró a crear la identidad rodriguista. En un documento anterior al quiebre de 1987, se definía al rodriguismo no como una ideología, sino como la “aplicación creadora del marxismo-leninismo a la realidad chilena” (sic): “Rescata las más puras tradiciones de lucha de nuestro pueblo, desde los tiempos del heroico Arauco, el legendario Manuel Rodríguez, las luchas del movimiento obrero con Recabarren y Lafferte, hasta nuestros más recientes años, con los ejemplos heroicos de Allende, Víctor Jara, Miguel Enríquez...” entre otros.⁹⁷ Es decir, se declaraba heredero de todos los luchadores que defendían –según ellos– la libertad y la dignidad popular. Además, era internacionalista, al declararse admirador de Martí, Sandino, Farabundo Martí y Vietnam, en cuyos países se formaron o combatieron los oficiales rodriguistas. Por otra parte, el FPMR creó su propio emblema, basado en su sigla en donde la “F” se convertía en un fusil. A cargo del cantautor Patricio Manns estuvo su himno, conocido como “La marcha del Frente”. A partir de 1984 tuvo su propia publicación, llamada “El Rodriguista”, la que al momento de la división en 1987 contaba con más de una veintena de ediciones de alta calidad. También el rodriguismo tuvo su propio juramento. Este constaba de cuatro puntos y en una organización militarizada como el Frente, tenía un alto valor simbólico y ético:

PROMETO, ante el pueblo de Chile, el FPMR y el recuerdo de nuestros hermanos caídos, entregarme con todas mis fuerzas en esta lucha a muerte que hemos decidido por recobrar la libertad, no vacilando en dar mi vida, si fuera necesario.

PROMETO, luchar día a día por superarme, para ser digno hijo de esta tierra y de los principios que dieron origen al FPMR, pues veo en el Rodriguismo los más altos valores patrios y humanos, y en nuestra organización, al guía y conductor de la auténtica liberación nacional.

CON AUDACIA, DISCIPLINA Y PARIOTISMO, asumo los deberes correspondientes al grado de MILITANTE RODRIGUISTA y me declaro dispuesto, desde este momento a acatar las órdenes y decisiones que emanen de nuestra DIRECCION NACIONAL.⁹⁸

El mesianismo de la tarea autoasignada por el FPMR era típico de la pasión revolucionaria de los comunistas, pero al reemplazar la alusión de lealtad al partido por la debida al Frente, el peligro era evidente. Se suponía que la línea política de éste y la del PC era la misma. Pero el peligro radicaba si surgían diferencias entre ambos. ¿A quién se le debía mayor lealtad, al FPMR o al PC? Esa disyuntiva la tuvieron muchos militantes que vieron el rodriguismo y su exaltación de lo armado, como lo verdaderamente revolucionario y único camino para derrotar verdaderamente a Pinochet. La creencia revolucionaria, que debía constituir una especie de “santísima trinidad”, sufrió un “cisma”: se salían de la Iglesia que según ellos había traicionado la verdadera creencia, defendida solo por ellos. Por esta razón, la división de 1987 fue entre creyentes, pues nadie planteaba abandonar el proyecto histórico, sino que era una disputa sobre quién verdaderamente lo encarnaba.

En este marco transcurrió la discusión de 1987, cuando las condiciones políticas habían cambiado y cuando la economía chilena daba claros signos de recuperación. Tras años de enfrentamiento y de violencia política a nivel nacional, el debate entre la dirección del PC y el ala izquierda del partido se dio entre quienes se autopercebían como los consecuentes y verdaderamente revolucionarios (la mayoría de la Dirección Nacional del FPMR) y una dirección política golpeada por el fracaso del año decisivo, enfrascada en un fuerte debate interno y cuestionada por el ala derecha. El producto más notable de la

originalmente heterodoxa PRPM, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, derivó en un neofundamentalismo al dogmatizar la nueva línea y no adecuarla a la nueva realidad política que los terminaría por convertir en un factor político obsoleto y alejado del estado de ánimo de las masas.

La división del FPMR tuvo como factor precipitante la crisis instalada en la Comisión Militar del PC luego del fracaso de los arsenales y el atentado a Pinochet. Como ya vimos, uno de los 20 puntos propuestos en octubre de 1986 por la Dirección del PC, era remover a Raúl Pellegrín de la Comisión Militar del Partido, espacio en la que estaba en función de ser el jefe del “fuerza militar propia” del PC, o sea, el FPMR, medida que fue resistida por meses. También en 1986 salió de su cargo el encargado militar del PC, Guillermo Teillier, lo que era una señal inequívoca del deseo de la Dirección de querer hacer cambios importantes en el frente militar. Luego de largas discusiones e intentar llegar a acuerdos, el quiebre se hizo inevitable.

En la que se supone fue su última intervención como integrante de la Comisión Militar del PC y por tanto jefe del FPMR ligado al PC, Pellegrín hacía notar en mayo de 1986 lo que él llamaba “indecisión... cambio inexplicable de opinión... falta de claridad...lo contradictorio de los informes”, lo que se resumía en una “falta de dirección” por parte del PC para implementar la Sublevación Nacional. Consciente de los reparos que un sector de la Comisión Política tenía del frente militar, los acusaba a ellos y a la Comisión Militar, ahora encabezada por “Adrián”, de no querer solucionar las crisis en el FPMR. Por el contrario, afirmaba Pellegrín, “más de alguien estaría feliz de que el Frente se vaya del Partido”. Para el “Comandante José Miguel” la cuestión era clara: el PC estaba abandonando el trabajo militar. El relevo de los oficiales al mando del FPMR, amenazaba Pellegrín, provocaría la insubordinación de la organización: “Opino que si se ponen jefes militares que la base no respeta, los militantes del Frente no se subordinan a ellos”.⁹⁹

De esta manera, la fractura se hizo inevitable. De acuerdo a Guillermo Teillier, ésta fue dolorosa por lado y lado:

Cuando se produjo el rompimiento, me acuerdo que estábamos (Luis) Corvalán, Gladys (Marín) y yo, y por ellos estaba Pellegrín. El leyó un documento en que planteaba que no era enemigo del Partido, que ellos seguían sintiéndose comunistas, pero consideraban que el partido estaba equivocado y habían decidido armar un Frente autónomo. Hubo todavía varias conversaciones, algunas muy dolorosas, y concordamos en que por lo menos no nos haríamos daño mutuamente y que trataríamos de apoyarnos, y así fue como apoyamos la salida del país de muchos de ellos...¹⁰⁰

Así se concretó el quiebre del FPMR, que de acuerdo a la mayoría de las versiones, indican que de los integrantes de su Dirección Nacional, solo dos se quedaron con el Partido. Coincidió que ellos (“Daniel Huerta” el más conocido de ambos) no eran oficiales y solo habían recibido formación paramilitar en estadías relativamente breves en el extranjero. “Huerta” quedó como el jefe militar del “Frente-Partido”. El grupo de los oficiales, encabezados por Raúl Pellegrín y Galvarino Apablaza hicieron cabeza del llamado “Frente Autónomo”.¹⁰¹

El primer documento que se conoce del FPMR-A data de junio de 1987. En él se plantea una evaluación de la línea del PC desde las jornadas del 2 y 3 de julio de 1986. La diferencia fundamental entre los autónomos y sus creadores tenía que ver con las razones que explicaban por qué 1986 no había sido “el año decisivo”. La crítica apuntaba al documento de octubre de 1986, el de las veinte medidas sobre el frente militar. Para los autónomos, el error era no haber planteado que Pinochet no había caído porque “no se alcanzó la Sublevación Nacional por no contar el Partido y el pueblo con la fuerza político-militar para ello”. En otras palabras, para el FPMR-A, el factor decisivo de 1986 no había sido ni el descenso de la participación popular en las movilizaciones, ni el giro del resto de la oposición, ni el rechazo de parte importante de los sectores populares a la violencia, ni la mejoría de la situación económica, sino que “...la incapacidad para alcanzar niveles aún superiores de enfrentamiento”.¹⁰² Es decir, con una lógica analítica similar a la de sectores dogmáticos del PC luego del golpe de 1973, que explicaban la derrota de la Unidad Popular por no haber aplicado

correctamente la línea y no por posibles fallas o errores en ella, los autónomos acusaban a la Dirección del PC por no haberse jugado a fondo por la “Sublevación Nacional”. En el fondo, el planteamiento era el paroxismo de la voluntad, ya que se desprende de este análisis que si los comunistas hubieran “contado con toda la fuerza necesaria para llevar adelante la Sublevación Nacional”, la dictadura militar habría terminado en 1986.

Desde esta visión sobre lo ocurrido, arrancaba la proyección que se vislumbraba del proceso político chileno. Según los autónomos, a mediados de 1987 “la tendencia profunda es que el espíritu de lucha del pueblo es hoy más fuerte que el entreguismo de la centro-derecha. Está independientemente de que no siempre se exprese abiertamente”. Entonces, a pesar que el FPMR-A reconocía la baja de la movilización social en 1987, ésta se relacionaba con un hecho solo coyuntural y la “falta de decisión” del PC.¹⁰³ Es decir, según los rodriguistas desprendidos del PC, existían las condiciones objetivas para la Sublevación Nacional, pero el instrumento político (el Partido), no estaba a la altura. Había sido ganado al reformismo, de lo que se desprendía la razón de ser de la división: evitar la disolución del FPMR, objetivo, según los autónomos, de la Dirección del PC desde fines de 1986. De acuerdo a esta visión, dadas las condiciones de la época, la obligación moral y política de los rodriguistas era mantener con vida la organización. Para ellos, todavía existían condiciones para el derrocamiento de Pinochet basado en un papel protagónico del componente armado.¹⁰⁴

Tal como la matriz de sus creadores, el FPMR-A reproducía los análisis mecanicistas del PC, basados en un reduccionismo económico parecido al de los tiempos del Frente Antifascista, cuando según el PC la dictadura tenía “los días contados” producto de la crisis económica de mediados de los setenta. La concepción laica y crítica que los orígenes de la PRPM contenía, fueron derechamente dejadas de lado por el FPMR-A. Los costos de esta visión significaron la pérdida de numerosas vidas, que se inmolaron en lo que en 1988 llamaron la “Guerra Patriótica Nacional”.¹⁰⁵

Durante el ciclo 1987-1988 el accionar político del PC fue el fiel reflejo de las

tensiones internas que hervían en su interior. Así como desde la izquierda partidaria se desencadenaba la crisis en el frente militar, por la derecha la situación no era tampoco muy auspiciosa, ya que en 1987, en paralelo a la división del FPMR, conocidos dirigentes públicos del PC comenzaron a criticar el comportamiento del partido en la coyuntura. De esta manera, durante los años 1987 y 1988 el PC se caracterizó por su accionar dubitativo y errático, en una etapa política que le cerraba sus puertas a un partido acostumbrado a ser protagonista de la política chilena. En el fondo, el PC pagó los costos en esta etapa de una crisis que durante años se había mantenido latente y sin resolverse. Para un partido que se la había jugado discursivamente y en la praxis por el derrocamiento de la dictadura, el aterrizaje en un escenario dominado por lo electoral no fue bueno. Esta etapa se cerró con la demostración fáctica de que el dictador no sería depuesto por la movilización social, que la dictadura no sería derrotada de plano y que la épica “lucha popular”, supuestamente capaz de derribar a gigantes, terminó respaldando una modestísima “transición pactada” a la democracia. Dos años le costó al PC convencerse de su nueva derrota.

Durante 1987 los comunistas debatieron sobre la inscripción o no en los registros electorales. Como es sabido, a partir de ese año comenzaron a implementarse las llamadas “leyes electorales”, que empezaban a configurar el escenario del plebiscito de 1988. Poco a poco, todos los partidos opositores –salvo el PC– terminaron aceptando que la salida de Pinochet sería producto de la ocupación de los propios espacios cedidos por el dictador. Dentro de este diseño, la piedra angular era inscribir una gran cantidad de personas en los registros electorales, ya que solo quienes realizaran este trámite podrían sufragar en el plebiscito de 1988. Desde el punto de vista de la oposición, asegurando la inscripción de millones de chilenos y chilenas, las posibilidades de fraude se reducían notablemente.¹⁰⁶ Ante este escenario, los comunistas se opusieron terminantemente, planteando la inviabilidad de que el dictador dejara el poder respetando la voluntad soberana del pueblo. A principios de año, el PC hacía su propia propuesta. Además, el PC volvía a plantear su plataforma básica, levantada allá por 1983, cuando se iniciaban las protestas nacionales, a saber, salida inmediata de Pinochet del poder, Gobierno Provisional y Asamblea Constituyente.¹⁰⁷ El punto era que públicamente, la posición del PC era poco clara, ya que si bien hablaba de la unidad de toda la oposición, aún seguía poniendo en el centro el derrocamiento de Pinochet por medio de la movilización, algo que en ese 1987 no aparecía políticamente viable.

Reflejo de la debilitada posición del PC, fue que bastó una entrevista a la tradicional vocera comunista María Maluenda, quien criticó públicamente al FPMR, se mostró partidaria de la campaña por las elecciones libres que iniciaba el resto de la oposición y de la inscripción en los registros electorales, para que el PC saliera públicamente a explicar su posición. Por su parte, en una franca entrevista de Patricia Verdugo, la dirigente pública del PC Fanny Pollarolo defendía a duras penas la posición de su partido. Ante su frase respecto a que “las mayorías que hoy sufren y se rebelan”, la periodista la interrumpe para decirle: “Si se rebelan, es una rebeldía silenciosa. No se le ve ni se le escucha”. Pollarolo contestaba que “eso es verdad hoy, pero no por eso no existe. Se expresa cada vez que puede”.¹⁰⁸

Sin embargo la participación de María Maluenda en el Movimiento por Elecciones Libres y una propuesta movilizadora ignorada por la oposición, fueron las primeras manifestaciones palpables de que el PC perdía la iniciativa política, la que comenzó a pasar por su lado. Ante el revuelo causado por las opiniones de María Maluenda, la dirección del PC pasó de una actitud contemplativa a otra de rechazo tajante. En la primera dirección, en una declaración emitida en mayo de 1987, el PC declaraba que “la inscripción electoral no es lo principal en la lucha entre el pueblo y la tiranía, pero que se respetarían las decisiones individuales que se adopten al respecto”.¹⁰⁹ Esta “libertad de acción” al parecer tornó más confusa la posición del PC en esta coyuntura.

Probablemente ante el creciente aislamiento producto de negarse a incorporarse a la campaña por las “elecciones libres” promoviendo la inscripción en los registros electorales, el PC sacó una nueva declaración pública. En ella explicaba que su posición no era que estuviese en contra de las elecciones libres, sino que no creía que ellas se pudieran producir bajo dictadura y con la legislación electoral emanada por ésta. La consigna comunista era “no generar falsas ilusiones”. Sus declaraciones intentaban pasar a la ofensiva ante las críticas recibidas por restarse a la ya hegemónica táctica política de la oposición: “Consideramos impropio de un comportamiento democrático consecuente

hacernos partícipes de la generación de falsas ilusiones en el pueblo. La inscripción electoral no asegura por sí misma la realización de elecciones libres”. Junto con ello, el PC insistía en no reconocer las leyes electorales de la dictadura, llamando a no inscribirse como partido legal de acuerdo al marco jurídico creado por el régimen.¹¹⁰

La insistencia comunista de no integrarse a la salida pactada de la dictadura puede considerarse el puntapié inicial de una nueva predisposición del PC ante el sistema político, basada en la preeminencia de la consigna testimonial, dejando en parte el pragmatismo iluminado que antaño había rendido tantos frutos. En efecto, si hasta 1973 el PC amalgamó la lucha legal con la ilegal en su estrategia de “vía no armada”, ahora se negaba a reconocer que esta misma estrategia le podía permitir sumar más voluntades. Por el contrario, la obcecación contra lo electoral lo hizo aparecer en una posición ultrista, como (el único) partidario de la violencia y fuera de foco en la escena política de entonces. En la interna, se desprendían del PC las posturas radicalizadas ubicadas en el FPMR, pero se hacía difícil a la Dirección abandonar la PRPM, que había sido defendida con ahínco ante la permanente oposición de la Vieja Guardia en el exterior. Hacerlo de buenas a primeras, significaba darles, finalmente, la razón al exterior en la discusión iniciada en 1981. El antiguo EDI, convertido ahora propiamente en la Dirección del Partido, necesitó ratificar la PRPM para confirmar su control sobre la colectividad. Esta situación, de alguna manera, se repetiría durante 1989 en el marco del XV Congreso del PC.

Cuando la campaña por la inscripción electoral había adquirido fisonomía y lograba unificar a la oposición, el PC, a regañadientes, finalmente se incorporó a ella en octubre de 1987. Con todo, es importante conocer la argumentación en base a la que se tomó la decisión. En primer lugar, se seguía poniendo a la movilización social en el centro de la táctica política del momento y que la “sublevación nacional” o “levantamiento democrático” sería la forma más probable para terminar con la dictadura. La caída del rector delegado de la Universidad de Chile, José Luis Federici, era puesta como ejemplo de cómo la oposición podía movilizarse unida y exitosamente tras objetivos comunes. Luego, el PC daba sus razones para tratar de explicar su cambio de posición ante la inscripción en los registros electorales. El PC argumentó que, para evitar que

este punto fuera un factor de división de la oposición (es decir, para no quedar aislado políticamente), se declararía partidario de la medida.¹¹¹

De todas maneras, la Dirección del PC aclaraba que esta era una medida solo táctica, que en el fondo se tomaba sin asignarle ninguna importancia:

Deseamos puntualizar que la inscripción electoral carece de valor estratégico, o sea, no define por sí misma el pleito tiranía-democracia. Representa un elemento eminentemente táctico, susceptible de insertarse útilmente en el momento oportuno dentro del contexto de un programa de acción más vasto para alcanzar el objetivo estratégico que es, en primer término, el fin del régimen de facto.¹¹²

Esta formulación, dejaba al PC entre dos aguas –lo electoral y la salida “desde fuera”, en contra y a pesar de la institucionalidad– pero sin convicción alguna acerca de la viabilidad de la primera. A diferencia de la época previa a 1973, en donde lo legal constituía una vía considerada viable para acceder al poder, en 1987 el PC rigidizó su posición en un escenario que se revelaba cada día menos favorable para su estrategia movilizadora.

Esta postura generó los primeros retiros públicos del PC de algunos de sus más destacados militantes. Tras meses de conversaciones, la situación de María Maluenda se decantó con su salida del PC. Más que imputarse a un estalinismo antidemocrático, este hecho fue producto de que ella dejó de compartir aspectos de fondo con la línea política del PC, especialmente todo lo relacionado con la violencia política. Tal vez por ello mismo, su retiro de las “filas del Partido” fue relativamente silencioso, sin afán de querer provocar una crisis dentro del PC. Así, a fines de 1987 una declaración pública informaba que “la Comisión Política ha resuelto declararla separada de las filas del Partido”.¹¹³ Ratificando la profundidad de sus diferencias políticas, al año siguiente María Maluenda apareció como una de las fundadoras del Partido por la Democracia (PPD).

Otros dirigentes comunistas, también pertenecientes a la sensibilidad de derecha en el PC, manifestaron sus diferencias con la Dirección pero de manera reservada, sin la exposición pública desplegada por María Maluenda. En el caso de Luis Guastavino, integrante del CC en ese minuto, planteó privadamente a la Comisión Política semanas antes del pleno de octubre de 1987, la urgente necesidad que el Partido llamara a la inscripción en los registros electorales.¹¹⁴

La coyuntura política para el PC durante 1988 tuvo similitudes a la del año anterior. Despejado el tema de la inscripción en los registros electorales, ahora el debate radicó en si se convocaba o no a participar en el plebiscito del 5 de octubre de 1988. El “Comando por el No” se había constituido en enero de 1988, incluido el sector socialista que había conformado junto al MIR y el PC el Movimiento Democrático Popular. En la práctica, los comunistas quedaban en solitario en su oposición al plebiscito, pues hasta el MIR se había fragmentado en diversos grupos, algunos de ellos proclives a participar en él. Los autoproclamados “campeones de la unidad”, los que la habían promovido desde los primeros días después de 11 de septiembre de 1973, quedaban aislados producto de su sectarismo y polémicas internas.

La postura del PC se explicaba en un texto aparecido bajo la firma de Luis Corvalán. La conclusión respecto a las condiciones políticas bajo las cuales se llevaría a cabo el plebiscito era lapidaria: “...hoy no existen condiciones para que se pueda reflejar en las urnas la voluntad popular ni menos para que sea respetada en un hipotético triunfo del NO”. Además, se especulaba sobre la manipulación del voto, pues, según Corvalán, su emisión se hallaría “bajo la directa presión de todo un sistema de coacción montado ex profeso por la dictadura”. Junto con ello, mucha gente no votaría “por no haberse inscrito, principalmente a causa del gasto que impone sacar nuevo carnet”.¹¹⁵ Como lo reconociera el propio Corvalán años más tarde, los comunistas estaban “en un profundo error...(porque) la gente venció las dificultades y se inscribió masivamente. Querían terminar con la dictadura y pensaba que, para ello, el voto era un arma que podía usar con éxito. Nosotros no”.¹¹⁶

Tal como había ocurrido el año anterior con la inscripción en los registros electorales, el PC tuvo una errática conducta ante el plebiscito. Tratando de responder a la figura del “Comando por el NO”, el PC, junto a pequeños grupos socialistas y algunas individualidades, como Tomás Moulian, crearon el “Comando contra el fraude”, de efímera vida. En este estado de cosas, en junio de 1988 al PC no le quedó otra alternativa que sumarse, nuevamente a regañadientes, al llamado a votar por el NO. En este caso, el PC tuvo que reconocer que el plebiscito había adquirido el carácter de una confrontación directa con la dictadura, algo que meses atrás les parecía muy poco probable.¹¹⁷ Con el afán de otorgarle un contenido distinto a “su” NO en el plebiscito, este era definido como “total”, es decir un rechazo completo a toda la posible herencia de la dictadura. Como lo explicaba el vocero del PC Jaime Insunza, el “NO total” implicaba “la decisión de no aceptar la institucionalidad en ningún sentido. Concibe una plataforma mínima que contempla la renuncia de Pinochet, la instauración de un gobierno provisional de amplio arrastre... que convoque a elecciones libres de un poder constituyente... la derogación de la Constitución del 80, la libertad de los presos políticos, el fin del exilio... justicia por los crímenes cometidos en estos años...”.¹¹⁸

Aunque hoy parezca majadero, a pesar del llamado a participar en el plebiscito, el PC aún no descartaba la sublevación nacional como salida más viable de la dictadura. En efecto, partiendo de la tesis de que por ningún motivo Pinochet reconocería el triunfo del NO, es decir, asumiendo la inevitabilidad del fraude electoral el 5 de octubre de 1988, los comunistas visualizaban un “levantamiento democrático” en defensa del triunfo del NO.¹¹⁹ Esta formulación del PC fue afinada semanas más tarde, proponiendo la realización de un Paro Nacional Prolongado a partir del 6 de octubre como manera de defender el triunfo del NO, supuestamente desconocido por el régimen. Este paro, junto con la movilización callejera, debería sostenerse hasta lograr el pliego mínimo que el PC venía proponiendo hacía años, a saber, la renuncia de Pinochet, Gobierno Provisional y Asamblea Constituyente.¹²⁰ La perspectiva que tenía el PC del plebiscito todavía contenía las rémoras de la etapa épica de las protestas nacionales del periodo 1983-1986 y estaban muy lejos de la campaña optimista y desideologizada del “Comando por el NO”, resumida en el conocido eslogan “Chile, la alegría ya viene”. En cambio, los comunistas hablaban de la “defensa del NO en las calles” y del “No hasta vencer”, en tono confrontacional y en un lenguaje que evidentemente traía remembranzas del “venceremos” de la campaña presidencial

de 1970. Para el día del plebiscito, se contemplaban manifestaciones callejeras, “para preparar a las masas, su organización y estado de ánimo, para los próximos días, infundiéndolo ánimo, convocar a la paralización prolongada del país, planteando la necesidad del levantamiento democrático. La autodefensa debe mantenerse y es el momento para integrar masivamente a ella a millones de chilenos”.¹²¹

Con el triunfo del No y la festiva celebración del día 6 de octubre en las calles de todo el país, que incluyó imágenes célebres de manifestantes abrazando a la policía, la misma que tradicionalmente los reprimía, de “champañazos” en plena vía pública, de hombres y mujeres que lloraban de felicidad mientras a su alrededor la gente saltaba y gritaba, la vía insurreccional llegaba definitivamente a su fin. Al contrario del pronóstico del PC, las masas no querían ni levantamientos ni lucha callejera, ni paralizaciones prolongadas, sino el fin de tantos años de dictadura de la manera que fuera. El titular de un diario opositor que señalaba que la dictadura había sido derrotada por un lápiz, sin duda una falacia histórica al desconocer los años de movilización social y de lucha radical contra la dictadura, sí reflejaba el estado de ánimo del pueblo en ese instante. Los comunistas se habían equivocado. Para el PC, los tiempos venideros serían de buscar responsables por lo ocurrido. El epílogo de la dictadura y los primeros meses de la nueva democracia, que debía constituir motivo de jolgorio para la militancia comunista, quienes habían luchado tanto por ese momento, tuvo un sabor amargo. La batalla interna se hizo pública y por primera vez en su larga historia sus propios militantes se preguntaron por la viabilidad histórica de su partido.

[1 Una primera versión de este capítulo en Verónica Valdivia et al... Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II. La pugna marxista-gremialista en los ochenta... op. cit.](#)

[2 Un intento de demostrar este planteamiento, centrándonos en el caso del movimiento estudiantil de la enseñanza media durante los ochenta, lo hicimos en el artículo “Juventudes Comunistas de Chile y el Movimiento Estudiantil Secundario: Un caso de radicalización política de masas \(1983-1989\)”, Movimientos Sociales, nº 1, 2008.](#)

3 “Las acciones de violencia material armada y no armada y el probable curso del proceso político”. Septiembre de 1980, pp. 1 y 3. AIPC.

4 Ibid., p. 10.

5 Ibid., p. 12.

6 Ibid., p. 17.

7 “Cuatro aspectos centrales del desarrollo de la Primera etapa”. Comisión Militar, octubre de 1980,

p. 3. AIPC.

8 Ibid., p. 3.

9 “Las acciones de violencia material armada y no armada...” op. cit., p. 21.

10 Citas en ibid., p. 23.

11 Las citas en Campero y Valenzuela, op. cit., pp. 335 y 336.

12 “Lucha de masas y nuevas forma de combate. Año 1981”, pp. 1 y 2.

13 Ibid., p. 5. Se refiere a Lucía Hiriart, esposa de Pinochet.

14 Ibid., p. 7. Una descripción de las vivencias y acciones de esta primera época de la actividad militar del PC, en Bravo, op. cit., Segunda parte.

15 “Lucha de masas y nuevas formas de combate. Año 1981”, p. 8.

16 “Informe Comisión Militar. 1982”, p. 8.

17 Testimonio de César Quiroz en Herreros, op. cit., p. 513.

18 Entrevista con Jacinto Nazal 18/06/2005.

19 “Informe del Exterior, 31 agosto de 1983”, p. 2.

20 Al respecto, ver detalles en Javier Ortega, “La historia inédita de nuestros años verde olivo”. Capítulo V, p. 7, en La Tercera 20/05/2001.

21 Ver el texto de Luis Corvalán L pez, Tres períodos de nuestra línea revolucionaria (Verlag Zeit In Bild, Berlín, 1982), p. 2.

22 “Las nuevas condiciones de la lucha política. Cuestiones generales”, en Luchando, el pueblo se abre camino a la libertad, s/e, 1981, p. 3.

23 Ibid., pp. 4 y 6. Comillas en el original.

24 Citas en Manuel Fernando Contreras, “Lo militar en la Política del Partido”, mayo 10 de 1981, p. 1 y 2. Esta es una versión distinta a la publicada en Principios en 1982. Agradecemos al profesor Augusto Samaniego Mesías habernos facilitado esta primera versión.

25 “Pauta orientadora de la Rebelión Popular”, en Gladys Marín. Conversaciones con Claudia Korol,

p. 99.

26 Ibid., pp. 107 y 108.

27 Luis Reinoso encabezó en el PC una corriente que planteaba que para enfrentar a González Videla, presidente que había ilegalizado a los comunistas, debían utilizarse formas armadas de lucha. Sobre el “reinosismo”, ver Furci, op. cit. y Loyola, “Los destructores del Partido... op. cit.

28 “Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile-1981”, en Hacia el XV Congreso Nacional. Documentos para el enriquecimiento del debate. s/e, 1989, p. 87. Las cursivas son nuestras.

29 Herreros, op. cit., p. 418. “Ernesto Contreras” era uno de los nombres políticos de Manuel Fernando Contreras, en ese momento encargado militar del PC en el interior.

30 Gladys Marín. Conversaciones con... op. cit., p. 47.

31 “Carta de ‘Bernardo’ a Luis Corvalán, noviembre de 1981”. Presentación.

32 Citas en Ibid. pp. 13 y 5. Subrayado en el original.

33 Citas en “Sobre carta de  lvaro”. Diciembre 1981, pp. 7 y 8.

34 Ibid., p. 10.

35 Comunicación del EDI al Exterior, 26 de agosto de 1981, p. 1.

36 Las citas en “Mesa redonda con la Dirección Clandestina del Partido Comunista” en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 56, noviembre-diciembre de 1982, pp. 38, 39 y 44.

37 El concepto de “radicalismo de masas” lo acuñamos en Álvarez, “Las Juventudes Comunistas de Chile y el Movimiento Estudiantil Secundario... op. cit.

38 Gladys Marín. Conversaciones con... op. cit., p. 47.

39 Carta del EDI al Segmento Exterior, 25 de octubre de 1983, p. 4.

40 Comunicación del Exterior al Interior, 1983, p. 2.

41 Ibid., p. 8.

42 Guillermo Campero, “Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿Se constituyen movimientos sociales en Chile?: Una introducción al debate”, en Varios autores, Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile, p. 9.

43 Ver Luis Corvalán, “No demorar un día más la unidad”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 58, marzo-abril 1983, p. 6 y “Manifiesto al pueblo de Chile. Partido Comunista de Chile, agosto de 1983”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 61, septiembre-octubre 1983, p. 24.

44 “Editorial”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 60, pp. 4 y 5.

45 “¡Democracia ahora! ¡Fuera Pinochet! Informe para la discusión del Partido Comunista en todos sus niveles”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 65, mayo-junio 1984, p. 18 y “A los presidentes o secretarios generales de los partidos de oposición al régimen militar. Septiembre de 1984”, en Camino para la libertad. Documentos del Partido Comunista de Chile. De la Conferencia Nacional a la Propuesta, 1984-1987. s/e, s/f., p. 60.

46 “50 preguntas al Partido”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del

Exterior n° 64, marzo-abril 1984, p. 23.

47 Alan Angell, “Sindicatos y trabajadores en el Chile de los años 1980”, en Drake y Jaksic, op. cit.

48 Moulian, op. cit., p. 330.

49 Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda, La historia oculta del régimen militar (Ediciones La Época, 1988). Capítulo 39 y ss. y Eduardo Silva, “La política económica del Régimen Militar durante la transición: Del neo-liberalismo radical al neo-liberalismo “pragmático”, en Drake y Jaksic, op. cit.

50 La descripción de las jornadas del 29 y 30 de octubre y la cita en Gonzalo de la Maza y Mario Garcés, La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984 (ECO, 1985), p. 70.

51 Moulian, op. cit., p. 298.

52 De la Maza y Garcés, op. cit., pp. 71 y 72.

53 Ibid., p. 70.

54 Moulian, op. cit., pp. 299 y 300.

55 Arriagada, op. cit., p. 181.

56 “Informe al pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, enero de 1985”, en Hacia el XV Congreso Nacional. Documentos para el enriquecimiento del debate. p. 118. Los comunistas hablaban del “pleno de enero de 1985”, pero en realidad se efectuó el mes anterior a esa fecha. Para ser precisos en las fechas, si bien el pleno de diciembre de 1984 estableció la “Sublevación Nacional”, el “Primer Manifiesto Rodriguista al Pueblo de Chile”, fechado en noviembre, ya hablaba que la SN sería la fórmula para terminar con la dictadura.

57 Citas en *ibid.*, pp. 119 y 120.

58 Sobre cómo los sindicatos dirigidos por los comunistas participaban en la negociación colectiva –instancia creada por el Plan Laboral de la dictadura– ver Rolando Álvarez, Claudia Pascual y Benjamín Larenas, La formación sindical en

los tiempos de la Educación Popular en Chile. Entre la autonomía y la dependencia (Ediciones ICAL-FRL, 2005).

59 Al respecto, Gabriel Salazar, *Violencia política popular en las “Grandes Alamedas”*. Santiago de Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular) (Ediciones SUR, 1990), p. 382. Esta obra fue reeditada por Editorial Lom el año 2006.

60 “Análisis orgánico preliminar de las jornadas de Protesta”, en *Principios* n° 28, julio-agosto-septiembre 1983, p. 68. Mayúsculas en el original.

61 Salazar, op. cit., p. 382. Un espléndido relato vivencial de esta “militancia de base” radicalizada en Patricia Politzer, *La ira de Pedro y los otros* (Planeta, 1988).

62 Cathy Schneider, “La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario”, en *Proposiciones* 19, 1990.

63 Un intento de justificación teórica de la centralidad estratégica que estaba teniendo la “clase obrera” en la lucha contra la dictadura, en “La clase obrera, pilar decisivo de la Rebelión Popular”, *Principios* 29, octubre-noviembre-diciembre 1983.

64 Rodrigo Baño, *Lo social y lo político*, (FLACSO, 1985).

65 Esta fue la influyente tesis planteada por ejemplo por Valenzuela, op. cit., y Eugenio Tironi en “Pobladores e integración social”, *Proposiciones* 14, 1987.

66 Vicente Espinoza, “Los pobladores en la política”, en *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile. Sobre las diversas motivaciones que activaban la protesta popular, muy ejemplificador el estudio de Weinstein, op. cit. y Campero, Entre la sobrevivencia... op. cit., p. 193 y ss.*

67 Salazar, op. cit., p. 379.

68 De la Maza y Garcés, op. cit., p. 122.

69 Ver el texto de Verónica Valdivia “Cristianos por el gremialismo. La UDI en el mundo poblacional”, en Valdivia et al... op. cit.

70 Sobre la relación entre el PC y los orígenes de esta población, ver Grupo Identidad de Memoria Popular, Memorias de La Victoria. Relatos de vida en torno a los inicios de la población (Editorial Quimantú, 2007).

71 Es lo que plantea Guillermo Campero en “Organizaciones de pobladores bajo el Régimen Militar”, Propositiones n° 14, 1987, p. 90.

72 Moulian, op. cit., p. 332.

73 De acuerdo a lo que nos han señalado algunos antiguos “rodriguistas”, una buena fuente para conocer las acciones del FPMR, es el libro de Andrés Benavente, El triángulo del terror. El Frente Manuel Rodríguez (Editado por la Oficina del Abogado Procurador General, 1988). Allí se entrega una cronología de acciones desde 1984 a 1987. Para el primer año, se detallan atentados explosivos a torres de alta tensión, secuestro del hijo del empresario Manuel Cruzat, del periodista Sebastiano Bertolone, asaltos, intervenciones a transmisiones radiales, sabotajes explosivos a líneas ferroviarias rurales y urbanas. Caen los primeros rodriguistas, como Julio Oliva y Roberto González, mientras intentaban sustraer armas de una armería en Santiago.

74 “Comunicado de la Dirección Nacional del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, al cumplir 6 meses de vida y combate junto al pueblo de Chile” (Transmitido el 07/06/1984).

75 Citas en “Manifiesto del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, Santiago, diciembre de 1984”, p. 2.

76 “Informe del aparato militar de apoyo sobre el trabajo militar en el periodo marzo-agosto de 1985”, p. 12.

77 Ibid., pp. 10 y 11.

78 “Evaluación 1985 (resumen)”, pp. 4 y 5.

79 “Jornadas de Septiembre. Comisión Nacional de Organización, 21 de septiembre de 1985”, pp. 153 y 154.

80 Ibid., p. 152. Mayúsculas en el original.

81 Ibid., p. 155. En este sentido, hoy se sabe que el primer desembarco de armas

por Carrizal Bajo estaba planificado para el año nuevo de 1986, probablemente bajo la lógica que la “Sublevación Nacional” era inviable con el escaso armamento con que contaban los aparatos militares del PC.

82 “Jornadas de Septiembre. Comisión Nacional de Organización, 21 de septiembre de 1985”, p. 4. Se ha respetado la redacción original.

83 Ibid., p. 6.

84 “Informe. Evaluación Paro 2 y 3 de julio de 1986”, pp. 1 y 2.

85 Todas las citas anteriores en *ibid.*, pp. 6, 7, 11 y 14. “Mercurios” era el nombre de un explosivo casero especialmente usado para incendiar microbuses de la locomoción colectiva.

86 Sobre el caso arsenales, no existe un texto que haya contextualizado bien su trama. Una versión novelada de los hechos la escribió el jefe político de esta operación, el entonces encargado militar del PC Guillermo Teillier, Carrizal o el año decisivo (Editorial Pluma y Pincel, 2005). Otros antecedentes se encuentran en *Herreros, op. cit.*, y *Afani. Sobre el atentado, Peña, op. cit.*

87 Iván Ljubetic hizo una crónica útil para conocer la cronología de los hechos, *De la historia del PC de Chile. La crisis que comenzó en los años ochenta* (Imprenta Latingráfica, 2002).

88 “Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989”, p. 21.

89 “Informe Comisión Política, 15 de septiembre de 1986, p. 3.

90 “Informe Comisión Política, octubre de 1986”, p. 13. Las referencias siguientes sobre esa fecha provienen de este texto.

91 “Intervención de Orlando Millas”, p. 5. AIPC.

92 *Herreros, op. cit.*, p. 545.

93 *Vidal, op. cit.*, y *Flores Idini, op. cit.*

94 Sobre la presencia chilena en Nicaragua, la novela de un ex oficial comunista

nos ha sido señalada como un testimonio realista de lo vivido por los chilenos en el país centroamericano. Ver Galvarino Melo Sepúlveda, Piel de lluvia (Mago Editores, 2005) y Pascale Bonnefoy et al., Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista (Editorial Latinoamericana, 2009).

95 Entrevista con Axel Rivas 10/09/2000, quien conoció de cerca el trabajo militar del PC en este periodo.

96 Herreros, op. cit., p. 540.

97 “FPMR. Antecedentes de nuestra lucha. 1986”, p. 18.

98 “Reglamento interno Frente Patriótico Manuel Rodríguez. 1985”, p. 3. Mayúsculas en el original.

99 Citas en Vidal, op. cit., pp. 202 y 206.

100 Herreros, op. cit., p. 543.

101 Está pendiente una historia del FPMR-A. Hasta ahora, la mejor investigación es la realizada por el periodista Víctor Osorio “FPMR 1987-2002: la historia oculta”, en La Huella n° 7, marzo de 2002.

102 “Informe FPMR-A, segunda quincena de 1987”, p. 4. Agradezco a Álvaro Tapia haberme facilitado este y otros valiosos documentos sobre el Frente Patriótico.

103 Ibid., p. 6.

104 “Informe FPMR-A, agosto de 1987”, pp. 5 y 2.

105 Sobre la concepción de la “Guerra Patriótica Nacional”, entendida como la superación de la PRPM, ver El Rodriguista n° 33, junio 1988.

106 Una crónica detallada del periodo en el trabajo de Eugenio Ortega Historia de una alianza (CED-CESOC, 1992) y Arriagada, op. cit.

107 “Propuestas del Partido Comunista para una salida política”. Análisis n° 163, 24 febrero al 2 de marzo de 1987.

108 La entrevista a María Maluenda en APSI junio de 1987. La de Pollarolo en Análisis n° 176, 25 al 31 de mayo de 1987, p. 32.

109 En “Informe al pleno del CC del Partido Comunista de Chile, octubre de 1987”, p. 17.

110 “Declaración del Partido Comunista de Chile. Julio de 1987”, en Análisis n° 184, 20 al 26 de julio de 1987.

111 “Informe al pleno del CC del Partido Comunista de Chile, octubre de 1987”, p. 21.

112 Ibid., p. 19.

113 “En resguardo del Partido. Resolución de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, agosto de 1987”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 87, noviembre-diciembre de 1987, p. 100.

114 Luis Guastavino, “Carta primera. Realismo político. A la Comisión Política, 14 de septiembre de 1987”, en su libro Caen las catedrales (Hachette, 1990), pp. 29 y 30.

115 Luis Corvalán, “Sobre el plebiscito”, en Análisis n° 222, 11 al 17 de abril de 1988.

116 Corvalán, De lo vivido y lo peleado. Memorias (Lom, 1997).

117 “Llamado a votar “NO”, derrotar a Pinochet y hacer posible el fin de la dictadura. Junio de 1988”, en Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior n° 92, septiembre-octubre de 1988, p. 13.

118 Análisis n° 233, 27 de junio al 3 de julio de 1988, p. 13.

119 “Llamado a votar ‘NO’, derrotar a Pinochet y hacer posible el fin de la dictadura. Junio de 1988”, p. 13.

120 El Siglo, n° 7674, octubre de 1988, p. 3.

121 El Siglo, n° 7674, octubre de 1988, p. 2.

Capítulo 6.

El largo epílogo de la crisis comunista: del XV Congreso al ARCO. Los límites de la renovación comunista (1989-1990)

La crisis que vivió el PC durante 1989 y 1990, producto de la complejidad generada por su propia dinámica histórica, debe ser analizada detenidamente para entender el verdadero rompecabezas que la articuló. En efecto, las posiciones políticas de sus principales actores fueron modificándose a lo largo del período durante el que se desarrolló la crisis. Por este motivo, para entenderla es fundamental la secuencia cronológica de lo dicho por tal o cual dirigente, ya que sus palabras no significaban lo mismo, o no representaban la misma postura, de acuerdo al mes en que fueran dichas. Por ello, proponemos el siguiente cronograma de la crisis. La primera etapa abarcó desde el Plebiscito de 1988 al XV Congreso del PC, realizado en mayo de 1989 en un balneario de la Quinta Región del país. La segunda etapa abarca desde finalizado el Congreso hasta la realización de la Conferencia Nacional del PC en junio de 1990. La tercera y última etapa comprende desde el momento posterior a la Conferencia hasta fines de 1990, cuando la crisis se desató en toda su magnitud.

Aclarada la secuencia de cómo se desarrolló la crisis, es necesario describir las corrientes de opinión que se enfrentaron. Primero, la estructuración de izquierda, centro y derecha que se había configurado en 1981-1983 a propósito del debate de la PIM y la cuestión militar, había sufrido modificaciones hacia 1989. La división del FPMR en 1987 implicó la salida del ala más dura de la izquierda partidaria. En 1989 nadie planteaba dentro del PC que la lucha armada era el camino para enfrentar la nueva democracia que se avecinaba. Por su parte, del antiguo “centro”, o sea el núcleo de dirigentes articulados en torno al EDI, principales promotores de la PRPM en la Dirección comunista durante los ochenta, se desgajó un sector que se jugó por una versión radicalizada de la

renovación comunista. Algunos de los antiguos teóricos residentes en La Habana, Leipzig y Berlín, ideólogos de la “perspectiva insurreccional”, pasaron de ser aliados del EDI en el XV Congreso en 1989, a adversarios en 1990. Ese año este sector desprendido del “centro” terminó aliado circunstancialmente con la derecha partidaria. Esta, fortalecida tras la errática conducción del PC durante 1987 y 1988, fue la que finalmente hegemonizó la conducción de la crisis, lo que explica que, vista superficialmente, haya sido entendida como una disputa entre dos bloques, uno “ortodoxo”, representado por la Dirección del PC y los “renovados”, representada por el conjunto de los disidentes que terminaron retirándose del Partido.

En todo caso, la orgánica de la crisis era mucho más compleja, pues había otro sector del PC involucrado en ella. Nos referimos a la Vieja Guardia del Partido, difícilmente clasificable en algunas de las corrientes descritas más arriba, pues su identidad dentro del Partido por lo general estaba caracterizada por su relación de toda una vida con él y haber participado en sus buenos y malos momentos. Con todo, se les vinculaba a las concepciones más tradicionalistas dentro del PC, por lo general críticos de la versión más radicalizada de la PRPM y varios de ellos formaron parte del Segmento Exterior de la Dirección del Partido. Gran parte de la Vieja Guardia fue alejada de la Dirección de PC en el XV Congreso, sobreviviendo a esta verdadera razzia solo algunos de sus más connotados representantes. Así, en 1990 la alianza entre el antiguo EDI y algunos representantes de la Vieja Guardia comunista, distantes políticamente durante la década pasada, fue la que logró detener la hemorragia de militantes que se llevaba consigo la crisis partidaria. Fue esta alianza la que preservó la sobrevivencia del PC durante toda la década de los noventa, cuando muchos habían declarado su inevitable extinción.

La primera etapa de la crisis se desarrolló en torno a la discusión del XV Congreso del PC. Como sabemos, este evento había sido pospuesto en 1983 por las diferencias entre el EDI y el Segmento Exterior de la Dirección del PC. Esta discusión nunca fue saldada oficialmente ante el resto de la militancia y solo se había desarrollado a través del intercambio epistolar y de las visitas parceladas de los integrantes del EDI al exterior del país. Por ello, el XV Congreso fue el momento en que se afilaron las estacas para desarrollar una discusión largamente

esperada. En esta primera etapa de la crisis, se constituyeron dos bandos fundamentales. Por un lado, estaba el antiguo EDI, devenido Dirección propiamente tal del Partido, junto a la intelectualidad partidaria concentrada en el Centro de Investigaciones Políticas (CISPO) y el Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL). Su postura era una defensa cerrada de la PRPM, que habían ideado e implementado durante gran parte de la década de los 80. Junto con esto, eran los principales promotores de una renovación a fondo de la hechura partidaria (mayor democracia interna, partido secularizado y abierto al debate de las ideas) y de la idea del socialismo posible para Chile. Esto se vio reflejado a través del fuerte rescate de la figura de Gorbachov, quien en la Unión Soviética promovía estos mismos puntos. En el plano local, no había un análisis a fondo de cuál debía ser la postura del PC ante la nueva realidad que se venía a partir del 11 de marzo de 1990.

Por otro lado, se encontraba la Vieja Guardia y la derecha partidaria, particularmente críticos de la conducción del Partido en la fase 1987-1988 (el periodo de los “atrasos”) y del énfasis militarista que según ellos había asumido la Dirección del PC en el último periodo. Sin la potencia teórica de sus adversarios, en general compartían su admiración por la perestroika. En todo caso, dentro de ellos convivían una muy heterogénea gama de visiones: desde los socialdemócratas hasta los más ortodoxos, que añoraban los “buenos tiempos” de la Guerra Fría y del monolitismo del campo socialista.

Los Congresos del PC se caracterizan porque a partir de una convocatoria central, que plantea lineamientos generales para la discusión, se inicia un proceso que dura algunos meses. En él, los órganos de base del PC debaten en base a la convocatoria (congresos de célula), emiten resoluciones y eligen delegados para la instancia siguiente, a saber, congresos locales, regionales, hasta llegar al congreso nacional. En él participan por derecho propio los integrantes del Comité Central y los delegados electos en las distintas instancias del Congreso. La instancia nacional tiene como principal tarea evaluar lo hecho en el periodo desde el anterior congreso, definir la línea del Partido para el futuro y elegir al nuevo Comité Central. En el caso del XV Congreso, su antecesor databa de 1969, la línea política no era discutida de manera abierta desde 1973 y encontraba al PC sumido en evidentes corrientes de opinión, todo lo cual

configuraba un evento conflictivo.

La convocatoria al XV Congreso era relativamente breve y solo enunciaba temas a debatir. En todo caso, sus contenidos anunciaban el predominio del sector de los “renovadores” (antiguo EDI) en desmedro de la Vieja Guardia y la derecha partidaria. Por ejemplo, parte de la autocrítica respecto al período de la Unidad Popular, señalaba que “tuvimos concepciones evolucionistas del acceso a la totalidad del poder, así como una valoración desmedida de la batalla económica descuidando lo político-militar...estuvimos impregnados de legalismo y nos ilusionamos con el curso pacífico de la revolución”. Como se señalara en el capítulo dedicado a los orígenes de la política de rebelión popular en el exilio, esta fue una de las críticas en particular dedicadas a Orlando Millas, quien analizaba las causas del golpe desde la tradicional lógica de que las fallas del PC durante la UP era la de los aplicadores y no propiamente de la línea. Esta crítica también aludía al marxismo economicista del PC y a su equivocado pronóstico sobre cómo sería el comportamiento de las fuerzas armadas durante el proceso político iniciado en 1970. Luego, sobre la línea del PC tras el golpe de Estado, se criticaban nuevamente los planteamientos de mediados de los setenta respecto a la supuesta pronta caída de la “Junta Militar Fascista” y la incompreensión de la profundidad de los cambios estructurales que estaba operando la dictadura en el plano económico: “No percibimos con claridad la profundidad del proyecto contrarrevolucionario y tuvimos una concepción de transitoriedad de la dictadura que limitó nuestra visión estratégica... hablamos, por ejemplo, sin base real, del ocaso de la dictadura o de que tenía los días contados”. Además, entre otros errores, se remarcaba el “retraso en precisar a fondo las causas de la derrota, lo que limitó el desarrollo de nuestra línea política”. En estos puntos, nuevamente se golpeaba con fuerza las posiciones defendidas con ahínco por la entonces Dirección del PC, encabezada por la Vieja Guardia, validándose las bases críticas que dieron origen a la futura PRPM. Un tercer cuerpo de críticas contra la Vieja Guardia se reservó para explicar el fracaso de la perspectiva insurreccional y no haber podido derrocar a Pinochet en la década de los ochenta. El antiguo EDI afirmaba que el “retraso” de la implementación de la política de rebelión popular era responsabilidad del segmento exterior, aludiendo a la Conferencia de Cotbuss en 1981. En este punto la crítica era explícita, al señalar que “hubo retrasos en la asimilación y dominio de nuestra política de Rebelión Popular. Además, limitaron su desarrollo las diferencias que surgieron en la Dirección del Partido, respecto a la apreciación como situación

revolucionaria y a la formulación referente a considerar posible echar abajo a Pinochet en 1986”. Para terminar, el golpe de gracia a la Vieja Guardia, referido a que “el trabajo militar no se concibió, por años, como componente sustancial de la política del partido y se vio restringido más bien a cuestiones técnicas, propias de especialistas”. De esta forma, se desprendía que por falta de decisión, dogmatismos, incomprensiones, retrasos e insuficiencias teóricas anidadas en el exterior, la PRPM no pudo desarrollarse a tiempo, explicando por qué el PC no estuvo preparado para “conducir a las masas” al derrocamiento de Pinochet. La guerra civil estaba declarada. Pero esto no era todo. El XV Congreso estaba decidido a darle con todo a la Vieja Guardia.

En efecto, en la Convocatoria se hablaba de “seguir enriqueciendo” la PRPM para el nuevo periodo democrático que vendría, cuyo principal objetivo sería profundizar la democracia, que se anunciaba sería incompleta (de ahí el título de la convocatoria). Pero para ello, se decía en ella, “necesitamos un Partido capaz de actuar en toda circunstancia” y “superar deformaciones en la vida democrática” de éste. Es decir, se debía seguir considerando la política militar como parte de la línea del PC, incluida “la necesidad de contar con una fuerza material para salirle al paso a cualquier intento reaccionario de revertir los avances democráticos”. Este punto era un golpe contra el ala derecha del Partido, cada vez más crítica con lo que se denominaba como el “militarismo” dentro de la Dirección del PC. Además, ponía en el debate la necesidad de democratizar la estructura interna del PC, pues se consideraba fundamental para tener un “partido de calidad”, “el ejercicio...(de) la más amplia, profunda y democrática discusión de todos los militantes respecto de la política del Partido...”, es decir, “elevar y desarrollar aún más la iniciativa creadora del conjunto de todos y cada uno de los militantes... enriquecer el ejercicio de la democracia interna, inclusive bajo las más difíciles condiciones...”.¹ Las alusiones contra el segmento exterior, que según el EDI había impedido realizar el Congreso en 1983 eran obvias. De esta manera, la nueva generación dirigente, forjada al calor de la PRPM en los ochenta, fijaba los contenidos del debate del congreso.

Uno de los referentes principales de las posiciones opuestas a las representadas en las tesis de la Convocatoria del XV Congreso, fue la de Luis Guastavino, cuyos planteamientos políticos lo entroncaban con el ala derecha de principios

de 1980. Hoy podemos conocer dos cartas privadas enviadas previamente a la realización del Congreso efectuado en mayo de 1989, en donde desarrollaba sus profundas divergencias sobre la manera que estaba siendo manejado el PC y su oposición a la Convocatoria, especialmente en los puntos que reseñamos más arriba. La primera carta está fechada a principios de noviembre de 1988, es decir poco antes que se diera a conocer la Convocatoria al Congreso. En un tono firme, pero no agresivo ni irreverente hacia la Dirección, sus contenidos se pueden resumir en tres puntos centrales. Primero, la acusaba de falta de realismo político, lo que había conducido a los graves errores –en su visión– respecto al atraso a convocar a la inscripción en los registros electorales y a llamar a votar No en el plebiscito de 1988. Derivado de este poco realismo, el segundo punto de crítica de Guastavino se refería a las “desviaciones militaristas” de la Dirección (hegemonizada por el antiguo EDI en ese momento). De aquí derivaba el tercer y último elemento del planteamiento de Guastavino, referido a que era fundamental “revisar” la política militar del PC de cara al advenimiento de la democracia. Según sus palabras, era fundamental aclarar sus contenidos ante la opinión pública y evitar que fuera entendida como “confundida con las tareas propias del ‘Asalto al Palacio de Invierno’”. En términos concretos, lo que Guastavino estaba diciendo era que el PC debía adaptarse a las nuevas condiciones, dejar de lado las tesis vinculadas a la Sublevación Nacional y al accionar militar, reemplazando esos énfasis por la búsqueda amplia de la unidad con toda la oposición: “Creo muy importante buscar la mejor relación posible con la Concertación de los 16 Partidos por la Democracia”.²

En su segunda carta escrita a principios de 1989 para polemizar con los contenidos de la convocatoria al XV Congreso, Guastavino ratificaba todos sus planteamientos anteriores, especialmente aquel referido a las desviaciones militaristas de la PRPM y agregaba dos puntos nuevos: las causas de la derrota de la Unidad Popular y la supuesta insuficiencia de la concepción del Poder que habría tenido el PC hasta 1973. Según él, en la convocatoria se subvaloraba la experiencia de la Unidad Popular y concentraba las causas de la derrota en lo militar, entendido –según él– como ausencia de una fuerza militar propia. En este sentido, Guastavino repetía que el principal error no había sido ese, sino la incapacidad de la izquierda para entenderse con la Democracia Cristiana. El debate y la caricaturización de posturas era señal de la tormenta que se avecinaba en el PC, pues, como se ha expuesto en este libro, la referencia a la insuficiencia militar no se refería a la ausencia de un “poder de fuego” propio,

sino a la correlación militar de fuerzas, es decirse, ganarse el respaldo de las fuerzas armadas.

Respecto al tema del poder, Guastavino ironizaba finamente con la frase de la convocatoria respecto a “la conquista total del poder para el arco de fuerzas democrático-revolucionarias”. Lo calificaba de “una generalidad heredada de los “decenios de estancamiento”, un tributo a lo clásico” si es que se entendía – como él lo interpretaba en el texto de la convocatoria al XV Congreso– como un problema de “poder de fuego” armado. Desde su perspectiva, el problema del poder se resolvía no con las armas, sino con el respaldo de la mayoría de los chilenos, es decir, con una alianza con la Democracia Cristiana. Finalmente, y poniendo el dedo en la llaga, notoriamente en un tono diferente a la carta de noviembre de 1988, cuando todavía no conocía el contenido de la convocatoria al Congreso, lanzaba una fuerte crítica al voluntarismo de la Dirección del PC. Acusaba a ésta de escasa autocrítica ante la magnitud de los errores en el frente militar: “Creo francamente que a la Comisión Política le cuesta mucho la autocrítica. Lo digo respetuosamente, con toda mi fraternidad, pero con sincera preocupación”. Ponía como ejemplo de la desviación militarista y la falta de autocrítica de la CP lo ocurrido con la “Marcha del Hambre” organizada por el PC el 21 de julio de 1988, a escasos dos meses del plebiscito. En ella, afirmaba, se quemaron 11 buses de locomoción colectiva, se rompieron vidrios, se cortó el tránsito en la Alameda, se atemorizó a los comerciantes y a los transeúntes. En esa marcha, según Guastavino, “no había masas ni aliados... ni siquiera todo el Partido... eran grupos de choque”.³

De esta manera, producto de sus posiciones políticas, Luis Guastavino se convirtió en uno de los principales adversarios a derrotar en el Congreso, que como hemos visto, representaban la continuidad de las realizadas por la derecha partidaria desde 1981. Además tuvieron aceptación en la Vieja Guardia y en un sector indeterminado de militantes en todos los niveles. De alguna manera, Guastavino se convirtió en una especie de voz del sentido común partidario, pues para muchos comunistas el discurso cargado de épica heroica de la generación de la rebelión popular alejaba al PC de las masas.

En todo caso, para la época del XV Congreso, la Dirección del PC contaba como aliados a cuadros políticos de alto nivel ideológico, que junto con ella habían actuado en el movimiento real de la política del Partido, en particular en el frente militar, lo que les daba prestigio y autoridad ética y moral entre la militancia. Augusto Samaniego, investigador y a fines de 1989 director del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz (ICAL), entidad dependiente del PC, y Manuel Fernando Contreras, a la sazón director del CISPO, fueron las cabezas visibles de la “renovación” comunista, contando con toda la venia de la Dirección del PC. En el fondo, en este grupo de intelectuales y dirigentes del Partido se encontraba buena parte del grupo que había dado origen a la PRPM. La instancia del XV Congreso significó la oportunidad de lo que podríamos denominar la segunda transformación del Partido. En efecto, ellos se sentían muy partícipes de la polémica que había permitido que la PRPM se abriera camino al interior de la Dirección del PC, especialmente en el desarrollo del frente militar. Pero como lo hemos repetido, la nueva política no se reducía solo a eso, sino implicaba a lo menos dos puntos más: una nueva hechura partidaria (nuevo concepto de partido) y un nuevo socialismo posible para Chile. En tanto se sentían protegidos por los dirigentes que había formado el EDI durante los 80, los “renovadores” pensaron que era el momento de la segunda transformación partidaria, que se había pospuesto por la lucha contra la dictadura: un nuevo Partido Comunista para Chile, secularizado y democrático en sus formas internas y con un proyecto de sociedad igualmente laico y propio, no dependiente de ningún centro ideológico. Para proponer esto, durante el XV Congreso defendieron férreamente la PRPM, a la que estaban ligados genéticamente. Por ello fueron los mejores arietes contra la Vieja Guardia y la derecha partidaria, a la que ayudaron a derrotar en el XV Congreso. Finalizado éste, a fines de 1989, comenzarían las diferencias entre los “renovadores” y la Dirección triunfante en el Congreso. El cuadro de las alianzas internas se modificaría, dando origen a la segunda fase de la crisis.

Existieron dos publicaciones realizadas con el objetivo de alentar el debate del congreso. Estuvieron a cargo del ICAL y el CISPO y ambas se nutrían de las ponencias que participaron en el seminario organizado por el ICAL llamado “Teoría e ideal socialista: crisis de los proyectos históricos”, realizado en Santiago entre el 5 al 7 de mayo de 1989, es decir, de manera paralela a las sesiones del XV Congreso que se estaba realizando en el litoral central del país. Por este motivo, constituyen una fuente de primer orden para conocer las

posiciones de los renovadores durante el Congreso.

Augusto Samaniego, doctorado en historia durante su exilio en Francia, como ya decíamos, fue designado Director del ICAL luego del XV Congreso y además era miembro del CC del PC. Su planteamiento en el seminario se refería a la necesidad de hacer una mirada histórica sobre el desarrollo del marxismo en Chile. De acuerdo a su planteamiento, luego de distintas fases, el PC –y el conjunto de la izquierda– debía superar la etapa estalinista, que en el caso de los comunistas les impedía desarrollar una mirada crítica en profundidad sobre el conjunto de su historia. Según él, el problema radicaba en “la incapacidad de superar dialécticamente la concepción evolutiva del cambio social”.⁴ Samaniego se refería a la antigua tradición kautskyana de la II Internacional, en donde el cambio social había que esperarlo casi por generación espontánea gracias al desarrollo de las fuerzas productivas. La interpelación del historiador comunista se refería a la necesidad del PC de asumir la crisis de la teoría marxista e intervenir creadoramente sobre ella, rescatando la tradición recabarrenista de pensar la realidad chilena desde su propia experiencia, sin importar si es que se rompían los dogmas estalinistas. “El concepto de crisis impele al desarrollo del marxismo y de la teoría revolucionaria. Golpea de lleno los dogmatismos, las mil formas de los reduccionismos economicistas, voluntaristas-ideologistas”. Para Samaniego, “los chilenos sabemos, con los terremotos, lo que enseña la ciencia de la naturaleza y de la sociedad: no hay cambios sin crisis”.⁵ La crítica contra el dogmatismo religioso, contra el marxismo fosilizado que caracterizaba al PC chileno, apuntaba contra uno de los pilares de la identidad comunista.

Por otra parte, el otro planteamiento de fondo propugnado por Samaniego era la necesidad de fundir el proyecto histórico del PC (el socialismo) con la obtención de la democracia. En otras palabras, conjugar en un solo verbo democracia y socialismo, gran deuda teórica, señalaba Samaniego, que tenía el PC. En su óptica, con la perestroika en la Unión Soviética lo que se estaba jugando era la viabilidad misma del proyecto socialista, el que necesariamente debía ser democrático. Esto implicaba pensar una nueva concepción de Partido, ya no el monolítico de matriz estalinista, un “partido con una intensa vida democrática, creadora”.⁶

En este contexto, Samaniego aprovechaba para criticar duramente a la Vieja Guardia comunista, recordando cuando a fines de la década del 1900 Lenin polemizó con los mencheviques si informar o no de la discusión interna del Buró Político del partido. Según el historiador, “el oportunismo menchevique plantea que: ‘no se debe informar a los soldados de la discusión del generalato’. Lenin responde que esa es una concepción reaccionaria. Que hay un punto en el cual la capacidad de análisis del grupo dirigente no logra dar cuenta de la complejidad del fenómeno y se encuentra paralizada por un problema de insuficiencia del conocimiento (porque eso es lo que hay, más que “maldades” de derecha o izquierda). Esta discusión deber ser llevada al conjunto del Partido, que es el único modo de resolver el problema logrando un nuevo nivel de conocimiento...”⁷ La analogía de lo ocurrido en Chile con la disputa entre el EDI y el segmento exterior era evidente, especialmente si se considera que fue el exterior quien rechazó la idea de realizar un Congreso para debatir la política del PC en 1983. Para Samaniego, lo que requería urgentemente el PC era “combatir a esa matriz conservadora, que no corresponde a un Partido que vive contradicciones, que necesariamente debe vivirlas”. Es decir, y aquí Samaniego se ponía en el eje del debate del XV Congreso, se debían recoger “los conflictos que estaban impulsando a la sociedad y que esos conflictos se van a expresar en lucha ideológica y ésta es también lucha por el poder interno. Y eso es lo que la realidad nos muestra pese a toda nuestra bondadosa beatería...”. Como lo dijera en su intervención en el XV Congreso, la propuesta de Samaniego era “revolucionar al Partido”.⁸ Al menos durante los meses alrededor del Congreso, este discurso que apuntaba a una renovación profunda del alma y teoría partidaria, fue bien recibido por la Dirección del PC, pues era funcional en su disputa con la Vieja Guardia y la derecha partidaria.

La ponencia de Manuel Fernando Contreras para el seminario del ICAL que se realizó paralelamente a las sesiones del XV Congreso, apuntaba a la necesidad de la renovación teórica del PC. El eje de su planteamiento era que los comunistas habían por décadas implementado un “marxismo escatológico”, que con el tiempo devino en una doctrina “...en un cuerpo de creencias, una suerte de rosario de verdades reveladas, a la espera que la historia reafirme sus genialidades preestablecidas...”. El planteamiento de Contreras era que el marxismo debía seguir desarrollándose, de acuerdo a su propia raíz dialéctica, en

función y actualizándose de acuerdo a los cambios y transformaciones de las sociedades. Para Contreras, a propósito de una repetida frase surgida con la perestroika respecto a la necesidad de “volver a los clásicos” del marxismo, más que eso, había “que traer a los clásicos a la situación actual”. Las formulaciones de Contreras apuntaban a la necesidad urgente de cambiar la concepción de Partido en torno a dos planteamientos centrales. Primero, erradicar completamente la visión estalinista de Partido, que instauró una brutal dictadura en Rusia, basado en que éste era el “representante exclusivo y excluyente de las masas y de la clase obrera...(como) una suerte de ministro –aparentemente colectivo– del sino socialista del pueblo, poseedor a través de la ‘doctrina marxista-leninista’ de esa suerte de caja negra que contiene todas las respuestas y que domina y determina los procesos históricos”. Esta misma dictadura sobre el país era la que se reproducía dentro del Partido, señalaba Contreras, perdiendo de esta manera su carácter de intelectual colectivo. Evidentemente, el sociólogo comunista estaba planteando la necesidad de democratizar la vida interna, renovando los anquilosados estilos autoritarios y tareístas de los comunistas. El segundo planteamiento de Contreras sobre la concepción de Partido, se refería a la necesidad de terminar con el “obrerismo” comunista. Este iba ligado al papel restringido del intelectual comunista, el que según Contreras, bajo la lógica estalinista, solo debía ser el reproductor y “explicador” de una teoría acabada y que tenía todas las respuestas (el marxismo-leninismo). Así, el “obrerismo” se basaba en que el instinto de clase resolvía los problemas teóricos y políticos. La crítica de Contreras al “obrerismo” iba en contra de una práctica vastamente extendida en el PC, en donde habían cuotas de cargos en la dirección del Partido asegurados para cuadros “de extracción obrera”, como algo que aseguraba el sentido “de clase” de la organización. Buena parte de la Vieja Guardia del comunismo chileno se había desarrollado políticamente bajo esta lógica. Es decir, no ser necesariamente los mejor preparados políticamente, pero con la ventaja de ser “de extracción obrera”. Así, si un intelectual era crítico de la teoría marxista-leninista, era propio de su condición “pequeño-burguesa” o “burguesa”. El “obrerismo” se convertía en la inquisición que aseguraba el establishment partidario. En este sentido, Contreras recordaba que la clase obrera no era revolucionaria por naturaleza, que para que sí lo fuera “requiere fusionarse con la teoría revolucionaria...(que) viene por lo general de la intelectualidad”. Por ello, Contreras llamaba a desmontar lo que denominaba “una cierta religión” que concebía al Partido infalible y a sus dirigentes como invulnerables.⁹

Si estos planteamientos eran radicales en su crítica al corpus partidario, otras ponencias no se quedaron atrás. Por ejemplo Orel Viciani, ligado al origen de “La Tarea Militar” en Cuba en 1975, enfatizaba el carácter universal de la crisis del socialismo, tanto desde el punto de su geografía como de sus contenidos. Es decir, que lo que ocurría en Europa del Este debía necesariamente ser entendido como algo que afectaba a “todo el movimiento revolucionario mundial”. Para Viciani, entonces, el PC chileno no podía sentirse ajeno a lo que ocurría en el mundo socialista, al cual estaba hermanado, por lo que la crisis de este campo era también crisis en el comunismo chileno.¹⁰ Por su parte, el marxismo en su conjunto también se encontraba en una crisis de tal magnitud, que requería “una renovación de todo el marxismo en uso tanto en el plano de la teoría como en el de la política y el de la economía...”. Viciani proponía “retomar el espíritu dialéctico del marxismo original para abrirlo a la interpretación y transformación revolucionaria de la realidad contemporánea. El marxismo debe abrirse plenamente a la universalidad del mundo de hoy, romper definitivamente con las aberraciones que en un pasado todavía fresco determinaron tragedias horribles...”¹¹

En la misma línea de Samaniego, Contreras y Viciani, Álvaro Palacios, participante de las discusiones que dieron origen a la PRPM en el exilio berlinés a fines de los setenta, criticaba con fuerza la concepción estalinista de Partido. De acuerdo a su planteamiento, ésta decretaba que la política contingente y la conducta del Partido dentro de ella, “deja de ser el objeto de la discusión permanente y de la crítica que confronta opiniones respecto de la práctica”. Es decir, estos tópicos se convierten en materia de especialistas, alojados en la Dirección del Partido. Surge así, según Palacios, “un modo de ver al partido y al marxismo. Un modo religioso, alienado de comprender nuestra práctica y la lucha teórica. Nacerá la creencia ingenua de que la dirección política sabe todo aquello que es necesario saber. Nacerán los militantes que solo plantearán ‘inquietudes y dudas’, nunca opiniones y que se habituarán a delegar la responsabilidad de pensar críticamente”. Así se configuraba, de acuerdo a Palacios, una mentalidad militante escasamente cuestionadora, que no debatía y solo acataba, marchitándose la polémica y la discusión interna. Surgía lo que Palacios llamaba un “marxismo metafísico”, basado en esta concepción religiosa y antidialéctica de la realidad social, que constituía a un partido y a una teoría fuera de la historia y que nunca entraba en crisis ni sufría conflictos.¹² Esta punzante crítica de Palacios iba dirigida a la cultura política del PC, en donde el activismo político

constante –tareísmo– reemplazaba el ejercicio crítico a fondo. No es que no existiera crítica dentro del PC, pues el resultado o no de una actividad, el logro o no de alguna meta, entre muchas otras cosas, se criticaba sin problemas. A lo que se refería Palacios, era a la imposibilidad de criticar las bases constituyentes de una ideología que estaba fosilizada y que volvía al comunismo en una especie de superstición y no una colectividad política.

De alguna manera, los planteamientos de Álvaro Palacios resumían los de una generación de comunistas que valoraban el origen de la PRPM como un momento para repensar la idea comunista. De acuerdo a Palacios, esta había tenido “el mérito fundamental... de poner en cuestión al Partido ante sí mismo y consigo mismo, con un sistema de creencias, con sus ideas de la política, de las líneas políticas, con el marxismo del cual era depositario”. Ahora, en la coyuntura del XV Congreso, ponía en el centro de la discusión la democratización interna del PC. Según Palacios, esto era reflejo de la reivindicación de la militancia por “un partido revolucionario de nuevo tipo, de un Partido marxista realmente, de un partido renovado... pero, sobre la base de la consecuencia de su compromiso histórico: la revolución, el socialismo”.¹³ Probablemente sin tener plena conciencia de que fuera así, Palacios establecía justamente el límite de la renovación dentro del PC y explicaba en parte también por qué los “renovadores” eran los representantes de “los teóricos del Partido” en ese momento: a pesar de la radicalidad de su crítica, aún permanecían dentro del credo partidario.

El conjunto de estos planteamientos, realizados en una actividad oficial del PC, de manera paralela al XV Congreso, hablan de la validación que tenían de parte de la Dirección del PC. En este sentido, asumir entusiastamente la perestroika soviética, uno de cuyos ejes principales era más democracia en el país y en el Partido, legitimaban la labor de los investigadores del ICAL y del CISPO. El informe del Comité Central del PC al XV Congreso, redactada en base a la discusión de meses en las bases militantes del PC, estaba impregnado de este perfil muy crítico y cuestionador propio de las ponencias del seminario del ICAL. De su lectura se desprende la imposición del antiguo EDI sobre la Vieja Guardia, que recibía los embates políticos y teóricos de los “renovadores”. Además, la derecha partidaria también fue derrotada, al ratificarse la línea de la

rebelión popular, que ellos proponían adaptar a los nuevos tiempos políticos. Los aires de perestroika contagiaban el Informe al XV Congreso, cuando se señalaba que éste había “puesto en evidencia errores, insuficiencias y deformaciones en cuanto a métodos, estilos y formas de funcionamiento que son rechazados por el Partido”. Entrando derechamente en la polémica con la Vieja Guardia, el informe afirmaba la urgencia de superar estos errores, en base al “análisis crítico y autocrítico del desempeño de la dirección central del Partido en estos veinte años”. ¿Cómo debía entenderse este proceso de crítica?, como un espionaje en contra del desaparecido “segmento exterior” de la dirección del PC. En esa perspectiva, se llamaba “a desechar procedimientos y conductas que se arrastran desde antes del golpe y que en nada han ayudado a enfrentar los años de dictadura. Por el contrario, se han constituido en un freno para el pleno desarrollo y aplicación de nuestra política”. La alusión obviamente remitía a la posición del exterior frenando primero la PIM y el desarrollo de la política militar, más tarde oponiéndose al “año decisivo” y a la supuesta crisis revolucionaria en Chile. En referencia a ese debate, el informe abiertamente – algo propio de los tiempos de “glasnost” que vivía el PC chileno– criticaba con mucha dureza a la dirección exterior: “Había un método de discusión que no permitía arribar a conclusiones producto de un análisis real. Así, en el Pleno de 1981 al cual asistió una delegación de miembros del Interior, se les manifestó por algunos compañeros de la Dirección que no debían hablar de determinados temas. El clima creado por estas diferencias cobró ribetes antidemocráticos y prejuiciosos”.

Las críticas contra la dirección exterior no eran solo por sus métodos antidemocráticos, sino también por sus afanes de ejercer un “control ideológico sobre la dirección interior”. Se aludía a “compañeros, afectados por conceptos anticuados o por lejanía, que miraban con recelo el desarrollo de una combatividad, que no formaba, a su juicio, parte de los métodos tradicionales del Partido”. La alusión a Orlando Millas era más que evidente. Sin embargo, la conclusión del Informe sobre la conflictiva relación exterior/interior era radical: “Nunca debió funcionar fuera de Chile la Dirección del Partido, entre otras razones porque dirigirlo por control remoto es políticamente imposible”. Es decir, la propia concepción de una “dirección exterior” no debió existir, lo que el informe relacionaba con conservadurismos necesarios de extirpar.

En este sentido, el no haber socializado la discusión interior/exterior era otra expresión de los métodos ahora considerados anquilosados. Como diría Palacios, el temor al debate y a pensar distinto inhibía el desarrollo político del PC. Coincidiendo con los planteamientos del seminario del ICAL, el Informe al Congreso concluía que “por estas y otras razones es que hablamos con tanta fuerza de la necesidad de la renovación en los métodos y estilos, de democratizar la vida del Partido...”. Para rematar, el Informe adelantaba el criterio que justificó la verdadera degollina que significó para la Vieja Guardia la elección del nuevo Comité Central: “Tendencias negativas pueden darse también por una falta de renovación periódica de los cuadros más responsables de la dirección”.

En el extenso Informe al XV Congreso, aparte de los capítulos dedicados a la lucha interna por el poder del partido, se extendía largamente sobre la situación internacional, especialmente la perestroika, altamente valorada como ya hemos dicho, sobre la situación política chilena, el estado de las organizaciones populares y el futuro del proceso político chileno. Destacaba, sin embargo, que en sus resoluciones se ratificaba la PRPM, la que había sido “valorada como un importante impulso a nuestra verdadera renovación, y al fortalecimiento político, ideológico y orgánico del Partido”: Por ello, “el XV Congreso del Partido ha ratificado la vigencia de nuestra Política de Rebelión Popular de Masas, ampliando sus contenidos”. En términos concretos, esto significaba que el XV Congreso había sido ganado por el antiguo EDI, que lograba que el PC no renegara de la política implementada en los 80, impulsada especialmente por la entonces dirección interior. La derecha partidaria era derrotada de plano y la Vieja Guardia desacreditada por la necesidad de “renovar al Partido”. Esto explica la casi ausente autocritica por las gravísimas fallas en el frente militar, incluida la división del FPMR. El énfasis en la disputa interna y en definir una discusión tantos años aplazada, explica además por qué no generó tanto debate la posición del PC ante el futuro gobierno democrático. En mayo de 1989, cuando se realizó el congreso, era bastante claro que el próximo presidente de Chile pertenecería al bando opositor a Pinochet, sin embargo el planteamiento del Congreso era que la PRPM se ratificaba. Este punto fue uno de los desencadenantes de las fases siguientes de la crisis del PC. Finalmente, el XV Congreso resolvía la elaboración de un nuevo Programa del Partido.¹⁴ En los meses siguientes, cuando la crisis interna del PC se hiciera pública, la discusión en torno al nuevo programa fue uno de los ejes en torno al que se articuló la polémica.

Pero para conocer el clima en el que se desarrolló el XV Congreso, se cuenta con la publicación de algunas intervenciones en la plenaria. Publicar los debates partidarios a través de la prensa y de folletines era una costumbre habitual en el PC hasta 1973. El problema radicaba en que producto de la hechura partidaria, no eran particularmente polémicos. La singularidad de la publicación de las intervenciones del XV Congreso son a lo menos dos, que develan el carácter que tuvo este evento. Por un lado, la dureza de los conceptos emitidos, varios de ellos rayanos en la descalificación. Este solo hecho demuestra que en 1989 estábamos ante un partido con una cultura política distinta a la existente hasta 1973. Las intervenciones publicadas del XV Congreso, dan cuenta de un debate no formal, sino muy a fondo sobre aspectos centrales de la razón de ser de los comunistas en Chile. Por otro lado, la selección de las intervenciones ratifica a cabalidad la derrota de la Vieja Guardia y de la derecha partidaria, pues no se incluyeron sus palabras. Como señala Iván Ljubetic, asistente al congreso, faltaron intervenciones “importantes”, como las de Hugo Fazio y Américo Zorrilla, representantes del vilipendiado “segmento exterior” de la dirección del PC.¹⁵

La intervención de Gladys Marín, cabeza del ex EDI, abre el folleto que contiene las intervenciones en el XV Congreso. Retomando lo señalado en el Informe al Congreso, partía destacando que parte de los problemas para el desarrollo de la política del PC, eran sus estructuras autoritarias: “...señalamos la falta de una mayor democracia en el Partido, de un ejercicio activo del centralismo democrático, el cual obliga a una amplia discusión y obliga, como resultado de ésta, a asumir con honradez sus decisiones”. Marín llamaba a los militantes a levantar la voz, a expresar sus opiniones, para no hacerse cómplice de las malas prácticas: “Si callamos es porque estamos de acuerdo con el método y con lo que está pasando”. Por ello señalaba que el PC “será siempre de los que se atreven, de los que desafían, de los que desordenan” y entrando al fondo del debate, explicaba que si el Congreso de 1983 no se había realizado, era culpa “de un método, un sistema al interior nuestro, de discusión formal, de temores, de administrar la vida partidaria, de resolver unos pocos”. Más adelante, en contra de las críticas de la derecha partidaria, como las de Luis Guastavino y de la propia dirección exterior en su momento, la dirigente comunista expresaba con dureza que quienes habían expuesto “un pensamiento avanzado y distinto han

sido calificados de voluntaristas, izquierdistas, subjetivistas, y que ponían en peligro la unidad del Partido. La unidad del Partido: ¿De qué unidad hablamos? ¿De la unidad producto de una discusión franca, abierta, valiente, de la unidad que surge de la confrontación, del choque de ideas? Sí, ¡esa es la unidad! Y ella exige un pensamiento y un accionar activos. La unidad no es el acatamiento formal, que comprime el pensamiento, que ahoga, que aprisiona”.

Pero si estas alusiones generales a la Vieja Guardia no bastaron para terminar de sincerar la posición de quien lideró al PC en el interior desde principios de 1978, aludiendo al párrafo que citamos más arriba, en donde se alude sin mencionar a Orlando Millas, Gladys Marín ponía el dedo en la llaga, al acusar que “determinados compañeros gustaron ponerse el título de ideólogos, pretendían pensar por los otros, y se permitían calificar, poner notas a los demás. ¡Que suficiencia! Han sido los creadores del temor, los que escriben sobre todos los temas, apoderándose en muchos caso de ideas ajenas”. La otrora “fraternidad comunista” era dejada de lado por su líder en el país. Finalmente, Marín, al ratificar la PRPM como la línea del PC, lo hacía con la salvedad de no volver a repetir los dogmas del pasado planteando “...que esta política es perfecta y volvamos a los endiosamientos. Como toda línea, ha estado y está en permanente cambio, ajuste, enriquecimiento...”. Para la ex diputada, al Partido “no cabe idealizarlo ni divinizarlo. No está por sobre el bien y el mal”, por lo tanto era necesario criticar y cuestionar cada vez que fuera necesario.¹⁶ De esta manera, Gladys Marín se ponía a la cabeza de los renovadores dentro del PC, en plena sintonía con la intelectualidad crítica del CISPO y el ICAL. Sin embargo, en las ausencias de la intervención de “Isabel”, como era llamada en clandestinidad Marín, estaba el germen de la futura crisis: ni una palabra sobre los errores del frente militar, ni por los “atrasos” de 1987 y 1988 (registros electorales y llamado a votar NO) y ni una palabra sobre la política del PC en democracia. Por esto, el XV Congreso fue sobre todo un ajuste de cuentas internas de los comunistas, más que un evento programático de cara al futuro.

La intervención que cierra el folleto es la de “Ernesto”, seudónimo con el que era conocido dentro del PC Manuel Fernando Contreras. Sus palabras son las más duras y polémicas de todas las intervenciones publicadas. Sobre el debate exterior/interior, resaltaba que “la falta de democracia interna atasca las ideas”,

responsabilizando al exterior no haber respaldado la PRPM y tampoco permitido el desarrollo del frente militar en el momento de mayor auge de las protestas: “Muchos compañeros han señalado que llegamos atrasados en cosas tan concretas como por ejemplo Carrizal...(este atraso) dice relación con un tiempo político extremadamente demoroso que tuvieron que recorrer ciertas ideas para que se transformaran en política de partido”. Contreras entregaba un ejemplo personal de cómo el dogmatismo y la falta de democracia retrasaron la nueva política del PC: los comentarios que recibió de Orlando Millas por el texto que escribió en 1975 en La Habana sobre las desviaciones de derecha en el movimiento popular chileno. En ese documento, recordaba Contreras ante el XV Congreso, él había afirmado cosas tales como “...‘se puso en segundo orden el problema del poder y en primer lugar se puso la batalla de la producción’, cosa que todo el mundo sabe que aparece en la Convocatoria; o que había un curso evolutivo en el modo en mirábamos la política en ese tiempo... Estas afirmaciones nos fueron devueltas, puestas con signos de exclamación al lado, como ‘calumniadores’, ‘sociólogos burgueses’, ‘niegan la verdad del marxismo’, ‘quieren el derrocamiento del gobierno popular’”.¹⁷

Contreras, en su intervención, interpretaba la pugna interior/exterior como expresión de una crisis dentro del PC, que con ocasión del Congreso, se traspasaba a todo el Partido: “Esto (la pugna) que había discurrido como una tensión a nivel de la Dirección del Partido, hoy día se transforma en crisis al interior de la Dirección del Partido, porque es crisis respecto a los métodos, es crisis de lo que se ha entendido o malamente se ha entendido por dirección colectiva, esto diría que se transforma en una crisis de todo el Partido...(este) deja de ser un Partido obsecuente, seguidista de buenas a primeras, con esta idea de que la Dirección lo sabe todo”. Revelando de manera radical lo que verdaderamente se estaba jugando en el Congreso, Contreras señalaba que era normal que la línea política del PC se abriera paso “a través de una profunda lucha ideológica” dentro de él. Y más aún, la lucha por el control del PC se instalaba a la orden del día: “Creo que a nadie aquí le es indiferente quién es el Comité Central, el Secretario ni la Comisión Política, y no por un problema de simpatía, sino por un problema político”. Por ello, el debate del congreso obligaba a los delegados, seguía Contreras, “a tomar partido dentro del Partido, a ser vanguardia dentro de la vanguardia, a defender, a jugarlos por las posiciones, a arriesgar los puestos, a arriesgar las responsabilidades...”. En las palabras de Contreras, la “revolución dentro del Partido” de la que hablaba Augusto

Samaniego en su citada intervención en el Congreso, se hacía realidad. El vehemente discurso de Contreras constituía un estilo político agresivo por lo claro para decir las cosas, a la que la militancia no estaba acostumbrada entre dirigentes nacionales del PC, lo que lo convertía en la expresión más radical de la “renovación comunista”.

Pero Contreras seguía derribando antiguas costumbres dentro del estilo de discusión de los comunistas. En el contexto de criticar los vicios del dogmatismo político y teórico comunista, el sociólogo daba nombres de integrantes de la Comisión Política del PC a quienes atribuyó dichas deformaciones: “...tenemos que evitar el transformar lo nuevo en un nuevo dogma, con mitos de Lenin en la tierra, con gente que anda con la plantilla en la mano, probando quiénes se equivocan y quienes no se equivocan. Ese sacerdotismo de las ‘correctas posiciones’ del Partido que tanto daño ha hecho a nuestro Partido... nombres se pueden dar muchos... El compañero de Francia, por ejemplo, nos dio un nombre, Mario Navarro, compañero actual miembro de la Comisión Política... A “Sebastián” [Guillermo Teillier] le pedían un nombre; creo que él se refería a Jorge Montes. Sobre el artículo al que yo me refería, la respuesta es del compañero Orlando Millas”. Más adelante señalaba que “yo discrepo en parte importante... con cosas que planteaba Víctor Canteros”.

Otras intervenciones insistían en criticar al segmento exterior, como la de “María Inés”, que relataba que había participado del Pleno de Cotbuss en 1981, como parte de la delegación del EDI, y que solo “con muchos forcejeos se nos permitió hablar, pero no hablar mucho de insurrección”. Otras insistían en la necesidad de terminar con el dogmatismo teórico y político, como “Octavio”, quien remarcaba que “siempre tenemos que estar cuestionando nuestra verdad, porque nuestra verdad será siempre insuficiente, será siempre un camino, nunca llegaremos a la tierra prometida; no hay tierra prometida, la tierra prometida es hoy, es nuestra propia percepción, nuestra visión de cómo seguir construyendo y avanzando en la historia...”. Finalmente, solo Luis Corvalán ensayó una defensa de la golpeada Vieja Guardia, de la que él mismo formaba parte aunque no compartió con ella los juicios más críticos al EDI. Américo Zorrilla, Orlando Millas y Volodia Teitelboim eran destacados por el saliente secretario general del PC como responsables de “un gran trabajo” para el Partido. Con todo, Corvalán

no desentonaba con la onda “renovadora” del XV Congreso, reconociendo lo impresentable que resultaba que hubiese estado 30 años como máximo dirigente del PC, calificándolo como “una muestra de conservadurismo imperdonable”. Por su parte, Corvalán se hacía eco de la necesidad de mayor democracia interna, criticando el excesivo poder de la Comisión Política, la que tenía “un poder político tan grande que niega en la práctica el papel de máxima autoridad que tiene el Comité Central entre uno y otro Congreso”. Asimismo, ratificaba que la concepción de Partido debía sufrir modificaciones, calificando como “obsoletas” cosas antaño comunes, como “la exaltación de la pureza de la línea, en custodia de la cual más de un algún compañero ha creído, buenamente, tener una misión predestinada”.¹⁸

Si bien la Dirección del PC agrupada en torno al antiguo EDI logró imponer sus términos tanto en la convocatoria y las resoluciones del XV Congreso, en el bando contrario hubo acusaciones de manejos poco claros, para impedir la participación de algunos militantes que se sabía no compartían sus posiciones. El caso más connotado fue el de Orlando Millas, quien relató en sus memorias que no se le dejó participar en el Congreso por razones de salud, aunque insinúa que en realidad, fue para asegurar ciertas resoluciones. Otros integrantes de la Comisión Política como Mario Navarro, señalan que tampoco se les permitió asistir a los debates aduciendo razones de seguridad. “Mi indignación –dice hoy Navarro– vino posteriormente, cuando me enteré... que Volodia, bastante más conocido que yo... y con mayor seguimiento que cualquier otro miembro de la Dirección, había salido del Congreso para hablar en un acto de ‘diversión’ realizado en el Teatro California, y vuelto entrar en el Congreso, mientras a mí me lo habían impedido”. A Sola Sierra, destacada dirigente de las agrupaciones de defensa de los derechos humanos, según le consta a Iván Ljubetic, ni siquiera le avisaron de la realización del Congreso. A Jorge Montes lo incluyeron junto a un grupo de dirigentes públicos del PC que no podrían participar en las sesiones del Congreso, nuevamente arguyendo razones de seguridad.¹⁹ De acuerdo a la visión de Iván Ljubetic, todas estas situaciones no fueron casuales. Para él, en el XV Congreso hubo una suerte de complot contra un grupo de dirigentes del PC contra otros. Aunque no es desestimable este planteamiento, la presencia de unos pocos dirigentes no hubiese cambiado el carácter del XV Congreso, que fue “ganado” por el antiguo EDI en la base militante, haciéndose eco de la demanda de mayor democracia interna, comunicar las discusiones y reivindicar la PRPM. De ser cierta la teoría del complot de Ljubetic, este habría sido innecesario,

porque la maquinaria del Partido estaba firmemente bajo la conducción de Gladys Marín, responsable de la Dirección del PC en Chile por casi 12 años.

Con todo, a la hora de la elección de los nuevos integrantes del Comité Central, los “renovadores” pasaron la aplanadora. Si bien cedieron la secretaría general a Volodia Teitelboim, especie de “hombre bueno” que generaba consenso en las distintas sensibilidades que existían dentro del PC, para elegir a los nuevos integrantes del CC no hubo compasión. Perdieron su condición de dirigentes nacionales del PC Orlando Millas, Mario Navarro, Jorge Montes, Rodrigo Rojas y Américo Zorrilla (todos integrantes del segmento exterior de la Dirección), Inés Cornejo, Víctor Canteros, ambos muy críticos del EDI. Todos estos ex dirigentes ni siquiera fueron propuestos para ser elegidos al Comité Central. Mientras tanto Luis Guastavino y Hugo Fazio sí fueron propuestos, pero no resultaron electos, lo que daba cuenta de que la mayoría de los delegados al Congreso Nacional, instancia en donde se elegían los nuevos integrantes del CC, eran partidarios de las posiciones representadas por Gladys Marín. De esta manera, tanto la Vieja Guardia como la derecha partidaria quedaron al margen de la Dirección del PC.

La segunda fase de la crisis del PC comprende desde el fin del XV Congreso en mayo de 1989 hasta el fin de la Conferencia Nacional de junio de 1990. Durante este periodo, la crisis tomó un carisma diferente al que vivía hasta el XV Congreso. Si hasta esa fecha los problemas radicaban en diferencias de apreciación política, derrotados inapelablemente las posiciones de derecha dentro del PC, sus defensores iniciaron el ciclo siguiente de la crisis: sacarlas del debate interno y hacerlas públicas. En la lógica de la cultura política comunista, el viejo adagio “la ropa sucia se lava en casa” era un axioma. El que Guastavino, Hales y otros dirigentes hayan abierto el debate era expresión ya no solo de las profundas diferencias que tenían con la Dirección del PC, sino con estimar cerrados los canales democráticos de expresión. Siguiendo la lógica de su argumentación, conectada sin duda a las críticas iniciales a la PIM allá por 1981 y que fueron sostenidas sistemáticamente por diferentes dirigentes y militantes durante toda la década de los 80, la salida del PC de este sector de derecha no constituyó una sorpresa. Por el contrario, mucho más sorprendente internamente fue el quiebre entre los renovadores y la Dirección del PC. Los primeros habían

sido el gran baluarte ideológico para derrotar las tendencias de derecha, la Vieja Guardia y a los pesimistas en general dentro del PC, dándole al XV Congreso el carácter del evento en donde la “renovación partidaria” se había convertido en política oficial del PC. Sin embargo, a fines de la segunda etapa de la crisis, en tiempos de la Conferencia de junio de 1990, los antiguos adversarios –la derecha partidaria y los “renovadores”– estaban unidos en un debate terminal con la Dirección del PC. ¿Cómo llegó a ocurrir esto?

Desde nuestra perspectiva, la explicación arranca comprendiendo la radicalidad de los planteamientos que se hicieron en el XV Congreso del PC. Como lo hemos demostrado a través del examen del contenido y del clima del debate en dicho torneo, allí se legitimaron planteamientos que criticaban formas y estilos de larguísima data dentro del PC. En este sentido, puede ser entendido como lo dijera en ese momento Augusto Samaniego, una “revolución dentro del partido”. Como en toda revolución, rodaron las primeras cabezas, las de la Vieja Guardia y la derecha partidaria. Los “renovadores” parecían seguir adelante en su lógica de “revolución permanente”. Pero carecieron de una mirada de conjunto sobre el fenómeno que ellos mismos estaban protagonizando. En efecto, las dos grandes revoluciones de la historia moderna la francesa de 1789 y la rusa de 1917, tuvieron un momento de máxima radicalización para luego dar paso a una etapa “termidoriana”, en alusión a la caída de Maximiliem Robespierre a la cabeza de la Convención Nacional y el inicio de la estabilización y moderación post-revolucionaria. En el caso ruso, de acuerdo al conocido planteamiento de Trotsky, ese proceso lo habría encabezado la dictadura de Stalin. En este escenario, el papel de los “renovadores” puede tener un símil con el de Danton en la Revolución Francesa. Primero toleró, sino promovió, miles de ejecuciones en París. Un biógrafo del líder revolucionario francés se preguntaba ¿fue Danton responsable de esas masacres?, a lo que respondía: “Después de examinar el expediente, creo poder afirmar que, sin haberlas querido expresamente y, sobre todo, sin haberlas ordenado, tuvo el poder de detenerlas pero no lo hizo...”²⁰

En este sentido, la situación de los “renovadores” era evidente, porque a lo menos toleraron y validaron en silencio tanto la salida en masa de la Vieja Guardia como el silenciamiento de la derecha partidaria. Actuaron bajo la lógica revolucionaria de tierra arrasada. Más tarde, en un movimiento clásico de las

revoluciones, quisieron seguir profundizando la “revolución dentro del partido”, pero la Dirección del PC funcionó como el instrumento de la “reacción termidoriana”, para evitar lo que ellos visualizaban como abandono de aspectos esenciales del ser comunista en Chile. Así, la fase termidoriana de la “crisis revolucionaria” en el PC puso los límites de la renovación comunista. Aislados del aparato partidario, los “renovadores” terminaron camino al cadalso junto a sus antiguos adversarios. De alguna manera, los mismos a quienes habían contribuido a marginar –por convicción o por pragmatismo– fueron sus aliados en los días finales de su militancia en la “Gran Familia”. Como en las historias de las grandes revoluciones, esta se terminó devorando a sus creadores.

En términos públicos, terminado el XV Congreso el PC se abocó a la tarea de respaldar al candidato presidencial de la Concertación. Jorge Insunza, integrante de la Comisión Política, había adelantado con meses de antelación, seguramente movido por el afán de evitar el síndrome de los “atrasos” de 1987 y 1988, que los comunistas apoyarían a cualquier candidato único de la oposición.²¹ Además, participó en la creación del “Partido Amplio de Izquierda Socialista” –o PAIS– junto a sus antiguos socios del MDP y del efímero referente que le sucedió, la “Izquierda Unida”. El objetivo del partido PAIS era poder participar en las elecciones parlamentarias que simultáneamente se realizarían con las presidenciales. Ya que el PC estaba vetado por la Democracia Cristiana para ser incluido en cualquier tipo de alianza, los comunistas no tuvieron más que crear su propia lista parlamentaria para poder tener candidatos propios. Con todo, los candidatos del PAIS se presentaron en solo algunos distritos, dejando el resto del voto comunista en la lista de la Concertación.

Así, entre mayo y noviembre de 1989, la crisis del PC pareció vivir “el reposo del guerrero”, pero subterráneamente se creaba el nuevo cuadro de ésta. Por un lado, ninguno de los integrantes de la derecha partidaria manifestó públicamente sus disidencias. Por otro, los “renovadores” y la Dirección del PC se comenzaron a distanciar paulatinamente en los meses posteriores al Congreso. Recordemos que en noviembre de 1989 cayó el muro de Berlín, un hecho que debe ser considerado de la máxima importancia para comprender la crisis dentro del PC, porque desde Chile pocos se imaginaban que la magnitud de la crisis del campo socialista podía significar su desaparición. Asimismo, los magros resultados de

los candidatos comunistas incluidos en la lista parlamentaria del PAIS, demostraba lo menoscabado que se encontraba la influencia del PC en comparación a sus años de apogeo entre 1965 y 1973. Así, las diferencias entre los “renovadores” y la dirección del PC se relacionaron con el carácter global y terminal de la crisis del movimiento comunista tal como se había concebido hasta ese momento; con el reconocimiento y búsqueda de las causas de la pérdida de influencia del PC en Chile y por último, fruto del advenimiento de la democracia, con el debate sobre la continuidad o no de la PRPM. La simultaneidad de las opiniones críticas del ala derecha con el creciente distanciamiento entre “renovadores” y la Dirección, hizo que para muchos la disidencia partidaria en el PC fuera una sola.

Abrió los fuegos de la segunda fase de la crisis del PC una entrevista a Patricio Hales en un periódico de circulación nacional perteneciente a la cadena de El Mercurio, tradicional órgano de la derecha política chilena, lo que hacía aún más molestas sus declaraciones. Se declaraba “como un comunista dispuesto a reflexionar siempre sobre mis propias decisiones... estoy en un partido político, no en una iglesia”. Luego, abriendo los flancos de crítica a la Comisión Política, señalaba que “realmente yo he tenido dificultades con la dirección del Partido. Pero soy militante comunista, porque estoy convencido de que el PC es un actor importante en el futuro y en la estabilidad democrática”. Sin embargo, exponía públicamente sus diferencias políticas con la dirección: “Si alguien piensa que hay que armarse para prepararse para defender la democracia es una equivocación. El golpe de Estado no vino cuando los militares de derecha quisieron hacerlo, sino cuando una mayoría del país no estuvo de acuerdo con el gobierno existente”.²² Una semana antes, Hales, junto a otros militantes del PC, disidentes de primera hora de la PRPM, como el ex senador Alejandro Toro, el periodista Luis Alberto Mancilla y el ex dirigente estudiantil durante la UP Alberto Ríos, habían hecho público un manifiesto público en que manifestaban su oposición a la política del PC.

Tras las elecciones presidenciales de diciembre, un pleno del CC evaluó el resultado electoral del PC de manera autocomplaciente. Luego de resaltar la importancia del triunfo de Aylwin, del cual el PC se sentía plenamente partícipe, se analizaba el significado de la votación comunista, que no le había permitido

obtener ningún parlamentario. Si bien el Informe al pleno reconocía que “el sentimiento inicial del Partido fue de insatisfacción” por este último hecho, planteaba que la votación comunista no había sido mala: “Los candidatos comunistas que llevamos en 13 de los 60 distritos y en tres de las 19 circunscripciones obtuvieron el 15,8% de las preferencias ciudadanas como promedio en esos lugares. En algunos de ellos se alcanzó arriba del 20% de los votos. No podemos pensar que esto constituya una derrota”.²³ Este exitismo ante unos resultados que en realidad demostraban la disminución de la influencia política y social del PC en Chile, fue uno de los factores puntuales que desencadenaron la crisis en su fase más radical. El mes de enero de 1990, cuando el resto de los partidos opositores se preparaba para tomar las riendas del nuevo gobierno democrático, el PC daba las primeras señales del inicio de una profunda guerra civil.

Si embargo, antes de entrar a conocer el debate y cómo se sucedió la crisis, es necesario establecer que todavía en enero de 1990, la Dirección del PC promovía la “revolución dentro del Partido” y no iniciaba la fase termidoriana. En este sentido, el discurso de Gladys Marín en la celebración del 68º aniversario de la fundación del partido, realizado en un Estadio Santa Laura repletado por la “Gran Familia”, puede ser considerado el último de carácter radicalmente “renovado” realizado por un miembro de la Comisión Política del PC antes de iniciada la crisis. En efecto, la alocución de Marín se encontraba empapada de los contenidos y del tono que se había conocido en el XV Congreso. Luego de abordar los temas de la contingencia política, repitiendo la tesis del VI pleno del PC, en el sentido de resaltar el triunfo de Aylwin restándole dramatismo a la baja votación obtenida el 14 de diciembre en las parlamentarias, la líder del PC durante la clandestinidad centró su discurso en la renovación comunista: “Somos un Partido que está decididamente por la renovación, renovación no restringida al Partido, sino a la sociedad, a conceptos, a métodos nuevos de hacer política, a establecer relaciones más profundas, más directas con la gente”. Demostrando audacia, ante los miles de presentes –entre 15 a 20 mil personas– la ex diputada bajaba la cortina a viejas “verdades del marxismo-leninismo”. Comentando un texto de Volodia Teitelboim en que cuestionaba la vigencia del concepto de “dictadura del proletariado”, Marín planteaba que “no es... el término adecuado para señalar la fuerza democrática que una revolución debe ejercer, más ahora que, con esta realidad fantástica de la revolución científico-técnica, hay cambios profundos en todas las sociedades, en todas las clases, en las formas de ejercer

los gobiernos”. De esta manera, la propia Dirección del PC entregaba señales de que mitos fundamentales del dogma estaban en cuestión. Además respondía públicamente a Patricio Hales, que había planteado entre sus críticas la necesidad de “revisar” conceptos tales como el de la “dictadura del proletariado”.

A continuación, Marín se refería al debate dentro del PC, recordando –sin mencionarlo por cierto– la discusión del XV Congreso: “La renovación partidaria la iniciamos hace varios años, lo que nos llevó a varias crisis en el Partido, lo que su vez nos enseñó a no tener temor a las crisis. Ellas expresaban la necesaria confrontación de ideas, expresaban el choque con viejas concepciones políticas ideológicas y con estilos de hacer la vida del Partido”. A continuación, la dirigente comunista instaba a profundizar este proceso, señalando que “esta renovación no ha sido suficiente ni todo lo profunda que se necesita. Ella debe abarcar más y más la ideología, la política, las visiones de mundo y del hombre... Llamamos a la más amplia y activa discusión. Que cada organismo partidario ejerza sus derechos y deberes. Una discusión franca, sana, que es necesaria y que se debe realizar dentro del Partido...”. Así, Marín respondía al grupo de Patricio Hales, que acusaban de antidemocrática la vida interna del PC. Citando una frase que Augusto Samaniego repetía incesantemente en ese tiempo, Gladys Marín invitaba a los comunistas a “pensar por nosotros mismos”.²⁴

Por otra parte, el punto más destacado y polémico, por la ambigüedad que generó posteriormente, fueron las referencias a la PRPM. Respecto de ella, que como vimos, había sido “ratificada” en el XV Congreso, ahora se reconocía su anacronismo para el nuevo período democrático que se avecinaba:

La Rebelión hizo su camino, impregnó nuestra línea, nuestro accionar político de elementos permanentes, pero es evidente que nuestra actitud frente al gobierno democrático de Aylwin no puede ser la misma que ante la dictadura de Pinochet. Nuestra línea política es una línea revolucionaria que puede adoptar uno u otro nombre dependiendo el objetivo estratégico de un periodo determinado.

Entramos en un nuevo periodo, hay aspectos que se agotan y otros que nacen...²⁵

¿Cuál era implicancia de esta afirmación?, ¿un nuevo cambio de línea?, ¿un acercamiento al futuro gobierno de Aylwin?, ¿dejar lo militar? La discusión interna, promovida por la propia Comisión Política del PC, recién comenzaba y aparentemente el mismísimo órgano rector del PC no le temía al debate, sino que polemizaba, de cara a la militancia, contra quienes los acusaban de no querer hacerlo, como el grupo de Hales.

En efecto, en el momento que el PC preparaba el inicio de la Conferencia Nacional para discutir el nuevo programa partidario, tal como lo había mandado el XV Congreso, Hales había contrapropuesto realizar un Congreso Extraordinario, en función de la gravedad de los hechos históricos y políticos que estaban ocurriendo en Chile y en el mundo. No está demás recalcar que un nuevo Congreso implicaba volver a elegir a los dirigentes del PC y probablemente Hales tenía esperanzas de revertir los resultados aplastantes del XV Congreso. Rápidamente esto fue rechazado por algunos dirigentes de la Comisión Política, pero en los meses siguientes se convirtió en uno de los centros de la discusión dentro del partido.

Iniciada la crisis pública del PC con las declaraciones de Patricio Hales, en enero de 1990 se hicieron planteamientos y ocurrieron algunos hechos que la precipitarían al conjunto del partido. En primer lugar, del 12 al 25 de ese mes se realizó la Segunda Escuela Internacional de Verano del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, dirigido en ese momento por Augusto Samaniego. En sintonía con el discurso de Gladys Marín en el Estadio Santa Laura, allí se hicieron planteamientos “para la discusión”. Sin embargo, cruzaron el límite de lo tolerable justo en un momento que desde la derecha partidaria venían nuevas críticas en voz ya no de Hales, sino de Luis Guastavino y otros integrantes del nuevo Comité Central elegido en el XV Congreso. Junto con eso, Manuel Fernando Contreras concedió una entrevista que lo distanció públicamente de la “posición” del PC. Finalmente, comenzó a circular un documento para la discusión del programa considerado “inaceptable” por la Dirección.

En la Escuela de Verano del ICAL, Álvaro Palacios radicalizaba sus posiciones teóricas respecto a lo dicho en mayo-junio de 1989. Según él, si bien la PRPM había dado inicio a una renovación teórica y política del PC, este proceso no había sido suficientemente desarrollado. El responsable de esto era “...un cuerpo teórico erróneamente denominado ‘marxismo-leninismo’... que opera como una estrecha camisa de fuerza en el pensamiento teórico del PC y le impide construir una teoría que recoja la enorme diversidad y ‘heterodoxia’ que su práctica política y los propios movimientos sociales crearán como nuevas realidades”. El segundo impedimento del desarrollo de la renovación del PC era –según Palacios– “una concepción de partido antidemocrática y falsamente leninista, de la cual el PC todavía no logra desprenderse”. Esto se expresaba, por ejemplo, en el retraso con que la dirección del PC había arribado a la perspectiva insurreccional, tras casi cinco años de oposición de parte del segmento exterior de la Dirección. Así, para Palacios, se vivía un periodo refundacional:

Aquí hay una mentalidad que perece, hay una modalidad de larga duración, un sistema valórico y de conocimientos para entender la historia y relacionarse, como sujeto revolucionario, con la sociedad, que muere inevitablemente. Hay un conjunto de prácticas históricas, de creencias, de hábitos, de ritos, de valores, de símbolos que están hoy feneciendo.

Para Palacios, metafóricamente hablando, era la hora en que debían reunirse “los hombres que ya no creen en los dogmas, no creen en los principios abstractos, no creen ni siquiera en los hombres o en los prohombres de la historia. No queda nada de la antigua eficacia de la fe y de sus sacerdotes. La verdad es que nunca lo fue, nunca fue real, solo fue un mito, una religión caduca, alimentada también por nosotros”.²⁶ Por ello, en esta tábula rasa teórica y política, el investigador del CISPO planteaba una nueva religión, “una refundación cultural” basada en la democracia interna, en el fin del dogmatismo teórico y en la creación de nuevos conceptos.

Si estos planteamientos podían considerarse una revolución radical al interior del

PC, Álvaro Palacios, ese mismo mes de enero, publicó un documento que fue conocido en la interna comunista como “el programa de Palacios”. En él, su autor proponía un conjunto de aspectos teóricos y políticos, enfocados en su perspectiva de eliminar de raíz las antiguas creencias y crear unas nuevas. En sus propuestas sobre “el tipo de Partido” que él visualizaba, planteaba “1. Un partido marxista, democrático (internamente) y revolucionario. La herencia que rescatamos hoy: Marx, Engels, Lenin, Luis Emilio Recabarren, S. Allende... rescatar nuestra historia y el legado político de Recabarren contra la fase de dogmatización del Partido realizada durante la falsa ‘bolchevización’ del PC... 2. Un Partido de los hombres que están por el socialismo y la democracia. Aspira a representar los intereses de todos los explotados y marginados, a todas las capas nuevas del proletariado moderno y a las capas en transición del mundo popular... 3. El Partido del socialismo nacional y de la democracia real (radical): representativa y directa. El objetivo es la construcción de un nuevo Estado democrático, participativo, plural, expresión de la voluntad de la mayoría. La orientación histórica del Estado es la perspectiva del socialismo...”.

Por otra parte, hacía drásticas propuestas para democratizar la vida interna del PC. Por ejemplo, partía proponiendo que “la soberanía militante radica en su base militante”. Esto, que parecía una perogrullada, Palacios lo destacaba por el peso de la tradición estalinista en la clandestinidad. Defendía la organización “celular” tradicional del PC, donde la minoría se subordinaba a la mayoría, pero garantizando “el derecho de los compañeros que no han logrado convencer al Partido de sus opiniones a mantener y defender sus puntos de vista. El cuerpo del Partido tiene el derecho inalienable de conocer integralmente todas las opiniones y discrepancias que se expresen en sus órganos dirigentes y células”. Además proponía, entre varias medidas, “fin al sistema de proposiciones del organismo superior para generar las direcciones inferiores... todo miembro del partido tiene derecho a exponer su opinión personal públicamente en la prensa del partido y en otros medios de comunicación no partidarios... crear un órgano contralor del estado financiero del partido... los militantes de diferentes organismos de base pueden reunirse para elaborar y presentar proposiciones y programas de trabajo en los marcos de las decisiones políticas acordadas en los torneos... Congreso Nacional cada dos años...” etc.²⁷

Hemos querido enumerar el “programa de Palacios” porque representa la sistematización de las ideas y propuesta de los “renovadores” en el PC, que hacia enero de 1990 proponían desmontar aspectos fundamentales de la identidad comunista. Tal vez en otro contexto hubiese sido tolerados este tipo de planteamientos, pero la coyuntura de ese minuto estaba complicada para el PC. Se publicó una entrevista a Luis Guastavino que, desde un registro teórico distinto al de Palacios, también proponía la refundación del Partido. El ex miembro del CC del PC durante más de 20 años, se preguntaba “¿no será necesaria una revisión de la vieja estructura de partido?, ¿no habrá que cambiar el tipo de discusión interna, organizada en torno a un informe central, cuando hoy día hay menos verdades centrales?”. Además aprovechaba de criticar la ratificación de la PRPM, los días previos al discurso de Gladys Marín en el Estadio Santa Laura: “Algunos virajes tácticos debíamos haberlos dado más oportunamente, según mi opinión personal. Como por ejemplo la decisión de incorporarnos a la inscripción electoral y de participar en el plebiscito...”, para rematar diciendo que le parecía equivocado “la insistencia en repetir expresiones como la “Rebelión Popular de Masas”.²⁸ En ese mismo mes se publicó nada menos que en El Siglo –la prensa del PC– una conversación entre el propio Guastavino y Leonardo Navarro, economista del CISPO, integrante del CC y sintonizado ideológicamente con los “renovadores”. En ella, Navarro, en su calidad de integrante del CC, no rechazaba la propuesta de Patricio Hales de realizar un Congreso extraordinario.²⁹

Para terminar de armar el cuadro interno del PC al comenzar el año 1990, Manuel Fernando Contreras en una entrevista deslizó polémicas declaraciones hablando por primera vez en oposición a la Dirección del PC, sin embargo sus palabras denotaban la convicción de que dentro del partido estaba cursando la versión radicalizada de renovación propugnada por los integrantes del CISPO y del ICAL. Es decir, la entrevista de Contreras, desde un punto de vista, se basaba en la creencia casi ingenua y en el exceso de confianza de que a pesar de las recientes diferencias con la Dirección, estas no impedirían el proceso de renovación partidario y sus críticas serían toleradas dentro del clima “abierto” que ahora tenía el PC. Por ello afirmaba que “el Congreso... reconoció y legitimó la capacidad del partido para enfrentarse a sus propios errores e insuficiencias y, también, hizo un ajuste de cuentas con la concepción stalinista del partido; repuso la democracia interna en toda su dimensión”. Bajo esta premisa, Contreras se sintió con la libertad de ventilar públicamente sus

discrepancias, en su condición de dirigente nacional del PC, con las resoluciones de la Comisión Política. Por ejemplo, no compartía la opinión hecha por la mayoría del CC para explicar los malos resultados electorales. Rechazando las explicaciones oficiales (sectarismo de la DC, la ley electoral y el anticomunismo imperante), Contreras afirmaba que todo eso lo sabían desde antes de las elecciones. Para él, en cambio, los resultados se vinculaban con los errores cometidos durante el periodo de los “atrasos” (1987-1988), es decir, la propia política del PC había dejado “el espacio libre a otras conducciones políticas, y así se explica el fortalecimiento del centro”. A continuación, Contreras criticaba con dureza el periodo de los atrasos, dándole la razón, tal vez sin siquiera proponérselo, a la críticas que la derecha partidaria, como Guastavino a fines de 1988, había hecho a la PRPM. De acuerdo al planteamiento de Contreras, el temor de volver a ser acusado de reformistas, como había ocurrido en 1973, había provocado que la Dirección hiciera una lectura “unilateral” de la PRPM, “signándola excesivamente en el ámbito de las formas de lucha. Prueba de ello fue la reducción de la rebelión popular a la sublevación nacional... (olvidando que esta política) está integrada para construir hegemonías y construir mayorías”. Era lo que Contreras llamaba la “admiración a la cultura de la acción, del radicalismo”.

Finalmente, muy consonante con el “programa de Palacios”, el director del CISPO planteaba que la dimensión de la crisis del socialismo real y del marxismo como teoría era de tal magnitud, que era necesario ponerlo todo en tela de juicio. Al igual que Palacios y Samaniego, los planteamientos de Contreras habían cruzado el límite tolerable de la renovación partidaria, pues, de seguir con la lógica de la “revolución permanente” dentro del PC y de cuestionarlo todo, es posible que el paso final fuera cuestionar, inclusive, el mandato de la Dirección del PC. No estamos diciendo que este fuera el propósito ex profeso de los “renovadores”, sino proyectamos más bien el resultado de su lógica de radical crítica a todo el sistema de creencias del comunismo chileno. Probablemente, la visualización del peligro de anarquía en el Partido que implicaban las declaraciones de Contreras, de similar tono a las del economista Leonardo Navarro, Augusto Samaniego y Álvaro Palacios, echó las bases de la “reacción termidoriana” dentro de la Dirección del PC.

Para terminar de despertar el enojo de la Dirección, Contreras se atrevía a caracterizar lo que él llamó “modelos de pensamiento” dentro del PC. Según él, estaban los conservadores, “que ven la política de la rebelión popular como un momento herético que rompe una tradición y que cuestiona toda una habilidad histórica exhibida por el PC. Mantiene una visión que mezcla estalinismo con el paternalismo en lo que respecta a la concepción de Partido, ya que se trata de precaver a la masa partidaria del disenso de su propia dirección”. Claramente, Contreras hablaba de la Vieja Guardia y la derecha partidaria. “Existe el neoconservadurismo... se trata de esa visión que habiéndose enfrentado a las viejas concepciones... no ha sido capaz de entender que la política de rebelión popular... tiene sus propias etapas de transformación y superación... No ha entendido que la realidad cambia... y que la política de rebelión debía adaptarse rápidamente... esto explica nuestras fallas en estos últimos años”. De nuevo, Contreras describía la posición de la mayoría de la Comisión Política en ese momento, compuesta por el ex EDI. Finalmente, Contreras situaba a la “renovación” –donde se subentendía estaba él– que partía junto con el “neoconservadurismo” proponiendo la PRPM, pero que rompía con ese “modelo de pensamiento” porque había reducido la nueva política a la sublevación nacional, lo que “nos impidió recrearla a las nuevas condiciones generadas a partir del 86”.³⁰ Esta entrevista indignó a la Dirección del PC, provocando que las relaciones entre esta y los “renovadores” nunca más se compusiera.

En todo caso, la disidencia partidaria estaba lejos de conformar un solo bloque. Contreras públicamente criticaba a Patricio Hales, calificándolo de ser parte de “un enfoque muy residual e irrelevante en el Partido Comunista” y de haber “tirado la guagua junto a la bañera”, porque sus críticas habían terminado abandonando el marxismo. Según Contreras, la visión de Hales era “un rezongo metafísico... (que construyó) una visión melancólica más que una alternativa política para intervenir en el debate ideológico”. Augusto Samaniego también criticó públicamente a Hales por considerar que sus críticas se basaban en la tergiversación del pasado y juzgar los errores tácticos “sin vincularlos con el gran camino para defender la democracia y llevarla hacia el socialismo”.³¹ Así, ambos “renovadores” coincidían en criticar a Hales y su grupo, que la jerga comunista llamaba “liquidacionista”, es decir, querer bajarle la cortina al PC.

Luego de las evidentes señales de la crisis dentro del PC que dejaba el primer mes de 1990, se realizó el VII pleno de su Comité Central. En él se adelantaba que los comunistas iniciarían el proceso de recolección de firmas para proceder a su legalización, ante la inminente muerte del efímero partido PAIS. Se comunicaba que la posición del PC ante el futuro gobierno de Patricio Aylwin mantendría una posición de “independencia constructiva”, es decir, sin ser parte de él, “estaremos profundamente interesados en el éxito del gobierno... lo entendemos como un proceso de avance en la democratización real del país...”.³² Ante la oleada de expresiones disidentes, la versión oficial del PC era que su Comité Central había decidido “seguir profundizando su proceso de renovación”, pero que había resuelto rechazar la realización de un Congreso Extraordinario y mantener la Conferencia Nacional como el evento que sancionaría el nuevo Programa. De acuerdo a las declaraciones de Guillermo Scherping, actuando como vocero oficial, en la Conferencia “todos los temas que inquietan al Partido en su conjunto, serán debatidos... Ello no quiere decir que si en el futuro estima necesario realizar un Congreso extraordinario, no se hará...”.³³

En el plano interno, el VII pleno daba cuenta de las expresiones de la disidencia, señalando que la Comisión Política “se ha esforzado por distinguir claramente las inquietudes sanas que se expresan en el Partido y que muestran un Partido vivo, atento...” de los denominados “afanes liquidacionistas que también existen y buscan abrir cauces para introducirse al interior del Partido”. En relación a los primeros, “el criterio de la Dirección es abrir las posibilidades para que se expresen y para que haya una superación positiva a través del debate y de la convicción”. Los “liquidacionistas”, por su parte, no serían tolerados. En la práctica, esto significaba que Patricio Hales tenía los días contados dentro del PC y que su organización, llamada “Instituto para el Diálogo” (INDI), tenía como objetivo ingresar al Partido Socialista y atacar al PC. En un nivel más abajo en cuanto a su gravedad, se ponía la publicación del foro/panel entre Luis Guastavino y Leonardo Navarro en El Siglo. Se consideraba que éste violaba las reglas de funcionamiento de la vida partidaria. En el caso de Navarro, su respaldo a una carta de los militantes comunistas del Instituto “ARCIS”, que reclamaba la realización de un Congreso Extraordinario, lo ponía en los límites de lo tolerable, por su condición de integrante del Comité Central, lo que suponía implicaba mayor responsabilidad en su accionar. Sobre Navarro, el pleno informaba que la Comisión Política había decidido “conversar con él...”

quien manifestó su disposición a un debate, a un intercambio de opiniones y a reconocer el error si los argumentos que le entregaban lo llevaban a esta convicción”.³⁴ A continuación, se criticaba al subsecretario general de las Juventudes Comunistas, Edgar Díaz, y también a Manuel Fernando Contreras, por haber señalado públicamente que los resultados electorales de diciembre habían sido una derrota, contradiciendo las conclusiones de la mayoría del Comité Central del PC, entidad de la que ambos formaban parte. A diferencia de lo que estimaba Contreras en su entrevista en Página Abierta, en el VII pleno la Comisión Política establecía el criterio de “que los miembros del Comité Central tenemos la obligación de exponer las conclusiones que resultan del debate. La opiniones individuales son indispensables previo a la adopción de una decisión. Adoptada la decisión, no se puede actuar comprometiendo la unidad de acción que debe realizarse con el consenso que se ha expresado en el organismo”.³⁵ El límite de la renovación partidaria comenzaba a quedar establecida y la ruptura entre “renovadores” y la Dirección del PC también.

En las semanas siguientes, la dinámica de la crisis adoptó una tendencia no solo de agudización, sino que comenzaron a producirse coincidencias dentro de los distintos grupos disidentes, que al principio de la crisis estaban claramente delimitados. Para acentuar la crisis, en febrero de 1990, un grupo de militantes y ex militantes del PC, críticos de temprana hora de la PRPM, lanzaban en una conferencia de prensa un “nuevo referente político”. A través de un “Manifiesto por la democracia y la renovación socialista”, este pequeño grupo se ponía incluso a la derecha de la tendencia representada por Patricio Hales. A diferencia de este, ellos planteaban que los errores del PC no eran solo de la época de “los atrasos”, sino mucho antes y que sus “esfuerzos orientados a evitar los errores de la política comunista de los últimos 10 años y marchar con los tiempos, fueron de diversas formas obstaculizados”.³⁶ En una postura que compartirían con el resto de la disidencia comunista, se declaraban partidarios del gobierno de Aylwin y de la renovación socialista. Firmaban “El Manifiesto” Hugo Rivas, Antonio Ostornol, Alfredo Riquelme, Luis Alberto Mancilla, Alberto Ríos, Eduardo Sabrovsky, Camilo Zepeda y Francisco Díaz. Fue el primer grupo de “descolgados” de la crisis, aunque la mayoría de ellos habían dejado el PC hace algunos años.³⁷

En marzo, este grupo, en una conferencia de prensa junto al presidente del Partido Socialista Jorge Arrate, manifestaba las posibilidades de ingresar a este partido o de formar un nuevo referente. Las opiniones de este grupo se endurecían. Por ejemplo Eduardo Sabrovsky señalaba que el PC iba “en contra (de) la tendencia histórica de la humanidad, al intentar sostener una identidad basada en el marxismo-leninismo, cuando todo el mundo camina hacia el otro lado”. Hugo Rivas, por su parte, descartaba de plano reintegrarse alguna vez al PC porque “no es posible una reconciliación con un partido cuya renovación es tardía”.³⁸

Tal como se preveía por el tono de sus declaraciones, en abril de 1990 renunciaron al PC Patricio Hales y Alejandro Toro, junto a un número reducido de militantes. La reacción de la Dirección fue restarle importancia a la situación, repitiendo el argumento –real en todo caso– referido a que los renunciados hacía tiempo habían dejado el PC: “Manuel Cantero aseguró que varios de los personeros que anunciaron su alejamiento desde hace mucho tiempo no militaban en el partido por mantener agudas diferencias con su línea oficial, como el ex senador Alejandro Toro”. Respecto a Hales, era descalificado en toda línea, incluso quitándole la connotación de “vocero” del PC que había tenido durante la dictadura. El mismo Manuel Cantero decía al respecto que “nunca tuvo la calidad de vocero oficial del partido, sino que solo opinaba en su condición de encargado de relaciones políticas”. Además, las razones políticas de su alejamiento no eran profundizadas, remitiéndose a señalar que se consideraba natural su salida, ya que estaba “en contra de la política, de los principios y de la Dirección del Partido”.³⁹ En este contexto, las afirmaciones de Manuel Cantero, a nombre de la Comisión Política, negando todas las afirmaciones de Hales, endurecieron la posición de la Dirección contra la disidencia. Ante la opinión pública, más que una diferencia de opinión y una pugna corriente en todos los partidos, la situación se presentaba, al calor del fin del socialismo real en Europa, como una lucha entre los sectores democratizadores de la izquierda versus el estalinismo recalcitrante y antediluviano representado por la Dirección del PC. Ante la masiva presencia de las opiniones críticas en los medios de comunicación de masas, la Dirección comunista se comenzó a cerrar aún más, tornándose cada vez más inevitable el quiebre. Para ellos, el peligro de la anarquía se asomaba en el horizonte. Una entrevista ocurrida en los mismos días de la renuncia de Hales enrareció aún más el ambiente.

En efecto, Augusto Samaniego, todavía integrante del Comité Central y Director del ICAL, concedió una larga entrevista titulada con una frase dicha por él, “la Conferencia es representativa o no es más que un fraude”. En ella desarrolló duros comentarios sobre la situación interna del PC. Primero, reconoció que fue partidario de acoger lo que había planteado a fines de 1989 Patricio Hales, es decir realizar un Congreso Extraordinario, y que su “proposición fue rechazada por la gran mayoría del Comité Central... (que) interpretó nuestra propuesta como un ‘cambio de línea’, como una negación de las resoluciones del Congreso, lo cual es absolutamente erróneo”. Dando a entender públicamente que sus diferencias con “la mayoría del CC” eran profundas, Samaniego no dudaba en afirmar que ellas provenían de “diversas concepciones de partido, formas distintas de comprender la naturaleza de la crisis de nuestro partido. Es la expresión de viejas prácticas que han sido muy criticadas pero que aún no superamos”. En el resto de la entrevista, Samaniego se concentró en criticar implacablemente la “falta de democracia interna” dentro del PC, planteando la urgencia de modificar sustancialmente “la concepción de partido”, en la línea de lo propuesto en el “programa de Palacios” de enero de 1990, enfatizando la necesidad del “máximo de democracia y claros mecanismos para evitar la autorreproducción del poder, que es el meollo del sistema estalinista”.⁴⁰

Augusto Samaniego era consecuente con lo planteado en su intervención en el XV Congreso, en el sentido de la necesidad de “revolucionar el partido”. Lo que casi un año antes había sido considerado “palabra oficial” del PC, en abril de 1990 ubicaba al historiador comunista en la otra vereda en que estaba la Dirección. Así, se cumplía una vez más el destino de las revoluciones, que terminan devorándose a sus promotores. Samaniego y sus compañeros “renovadores”, que ayer no habían realizado ninguna acción concreta para evitar la bancarrota de la Vieja Guardia y que habían sido la punta de lanza contra la derecha partidaria, colaborando a que sus representantes no resultaran elegidos para el Comité Central durante el XV Congreso, ahora eran objeto de la misma guerrilla que terminó con sus entonces adversarios en la marginalidad partidaria.

Pero las declaraciones de Samaniego no fueron las únicas hechas por la

disidencia comunista en abril de 1990. En voz de Luis Guastavino, levantaron sus críticas en tono similar sus antiguos adversarios internos. Una crónica de prensa relataba que en un foro público junto a Patricio Hales –recién renunciado al PC– y dirigentes socialistas, Guastavino había explícitamente respaldado al ahora ex comunista, declarando que el principal problema del PC era “la inexistencia de una cultura de debate interno...producto de la falta de educación y entrenamiento para asumir diferencias de opinión”. Un par de semanas antes, Alejandro Valenzuela, un desconocido dirigente sindical de Valparaíso, integrante del Comité Regional del PC de esa ciudad, se despachaba duras declaraciones en sendas entrevistas.⁴¹ En la misma línea de argumentación amplia y global que permitía la consigna “democracia interna en el PC”, Valenzuela aparecía sintonizado con los planteamientos de Samaniego, Guastavino y en corto camino –al igual que éstos en abril de 1990– a coincidir con los recientemente renunciados militantes y ex militantes firmantes de “El Manifiesto”.

En este ambiente interno convulsionado se realizó a fines de abril de 1990 el IX pleno del Comité Central, que se centró en el análisis de la difícil situación interna del PC. Es posible afirmar que este pleno consagró oficialmente los límites de la renovación comunista, dando inicio a su fase “termidoriana”. Si bien la mayoría del Comité Central reafirmaba la necesidad de la renovación del Partido, rechazaban tajantemente el accionar de los disidentes. Sus reclamos de mayor democracia interna se cruzaban con diferencias políticas fundamentales en la coyuntura política de ese momento. En efecto, poco a poco entre los disidentes, que a esa altura de abril cada vez más aparecían como una unidad, coincidían en calificar de derrota electoral los resultados de las elecciones parlamentarias y apoyar necesaria e incondicionalmente el recién asumido gobierno de Patricio Aylwin, apartándose de la línea de “independencia constructiva” que había proclamado el Comité Central del PC. Es decir, la derrota electoral de diciembre tendió a visualizarse más en clave “liquidacionista” (crisis terminal del comunismo en Chile) que “renovadora” (necesidad de radicalizar el proceso de cambios internos dentro del PC). Es probable que la tendencia “renovadora”, en el desarrollo de la crisis, terminara por deslizar sus planteamientos hacia el “liquidacionismo”, lo que explicaría la imagen de unidad de la disidencia comunista en el momento clímax de la crisis. Por su parte, la antigua derecha partidaria, también aparecía absorbida por el discurso radical del “liquidacionismo” de Hales, Toro y el grupo de “El

Manifiesto”.

Enfatizando los riesgos “liquidacionistas” de la disidencia, el Informe al IX pleno señalaba que “entran el proceso de renovación las posiciones que confunden renovación con refundación. Que confunden la renovación de un partido revolucionario, con la idea de abrirle paso a un partido reformista... el nuestro es y continuará siendo un partido revolucionario para las condiciones de Chile”. Luego de denunciar lo que se llamaba “afanes divisionistas” de Patricio Hales y los otros y exigir a la militancia pronunciarse para rechazar sus actuaciones, el pleno se preguntaba si es que ya en ese momento “estamos en presencia de tendencias estructuradas al interior del partido”. Este punto, que aludía a los “renovadores” y a la derecha partidaria, era el que realmente representaba el peligro de fractura interna en el PC, porque seguramente la mayoría del Comité Central había visto con alegría que el grupo de “El Manifiesto” había decidido rápidamente automarginarse del PC, ahorrándole las impopulares purgas internas que inevitablemente se avecinaban. Sobre las críticas públicas, el IX pleno del CC señalaba que “no estamos en contra que se manifiesten distintas opiniones, que se critique a la dirección... Estamos porque los que difieren con las opiniones de mayoría o con las orientaciones del CC puedan mantener sus opiniones. Lo que nos preocupa es la forma cómo éstas se expresan porque ello tiene un contenido de fondo, dirigido a cambiar la situación, rompiendo el estado de derecho del partido. Opiniones que no se dan en el CC plantean desde fuera del partido aduciendo que esa es la máxima expresión de la democracia”. Dicho esto, el Informe rebatía los contenidos de la entrevista de Samaniego, publicada días antes del pleno, argumentando la existencia de democracia interna del PC. La conclusión del Informe era señal de que se afilaban las hachas: “Pensamos que por la forma como ha actuado el cro. Samaniego, ha trasgredido las normas partidarias”. Luego fue el turno de Guastavino, sobre quien se decía que en conversaciones con integrantes de la Comisión Política “ha planteado su concepción de un Partido de corrientes o tendencias. Puede tener esa opinión, creemos que la mayoría rechazará esta propuesta en la discusión de los Estatutos. Pero el asunto es que reivindica su derecho a realizar actividad práctica con ese criterio particular desde ya...”. Esta situación ponía a Guastavino fuera de la legalidad partidaria. La crisis comenzaba su desborde.

En un aparente intento de salvar la crisis dentro del PC, en el Informe al IX pleno se aclaraba que “en la Comisión Política no hemos arribado a la conclusión que esté conformada una tendencia, tampoco pensamos que sean divisionistas, no hemos entregado ninguna orientación al partido donde se exprese tal cosa...”. Sin embargo, y especificando las advertencias con nombre y apellido, se señalaba a continuación que desde las bases había surgido mucha inquietud –en sentido de rechazo– por “las entrevistas de (Manuel) Fernando (Contreras) y Augusto (Samaniego) en Página Abierta, sobre la plataforma de Palacios, y otras expresiones”. Buscando demostrar que separaba aguas, se decía que la Comisión Política “sí estimó que en el partido había una tendencia liquidacionista y divisionista encabezada por Hales y otros”.⁴²

En este clima de tensión, se llegó a la realización de la Conferencia entre el 29 de mayo y el 2 de junio de 1990. Sus resultados se reflejaron en la frase que sintetizó sus conclusiones: “debemos terminar con la discusión ensimismada”. Es decir, era hora de cerrar el debate, y asumir las resoluciones de la mayoría. Al contrario de lo manifestado por los “renovadores”, la Conferencia no había sido el punto de inicio de un cambio estructural dentro del PC, sino, por el contrario, el punto final del proceso renovador tal como se había planteado en el XV Congreso. “Termidor” versus “revolución permanente”, estabilidad y continuidad de tradiciones teóricas y políticas versus cambios estructurales, cambios de paradigma.

La Conferencia Nacional recriminó con dureza a los “ex militantes del Partido agrupados en torno al Manifiesto y al INDI (Instituto para el Diálogo)”, calificándolos de “oportunistas”, “divisionistas”, y que como sus posturas habían sido derrotadas en el XV Congreso, se dedicaron a hacer un trabajo fraccional con la intención de llevarse más militantes desde el PC.⁴³ Luego de ello, el texto para la Conferencia Nacional atacaba a renovadores y a la derecha partidaria, en torno a dos aspectos: concepción de partido y las actuaciones públicas de los militantes. Respecto al primero, derechamente se planteaba que tras el discurso que demandaba mayor democratización, había “una concepción de Partido distinta... (que) supone también una política distinta y una visión diferente del papel que corresponde al Partido en los destinos de Chile”. En alusión al ala derecha del PC, el informe a la Conferencia decía que había militantes que

desearían “que no nos propongamos la perspectiva de la toma del poder por el pueblo; que en la práctica dejemos de lado una política militar que desarrolle todos sus componentes...”. En cambio, continuaba el informe, la mayoría de los militantes, de acuerdo a como lo habían demostrado las discusiones de base de la Conferencia, era partidaria de “una renovación que refuerce nuestra concepción de Partido revolucionario y una política que colocando la democracia como objetivo estratégico se plantee claramente la construcción del socialismo”.⁴⁴ Desde el presente, que permite hacer un análisis desapasionado de un debate álgido y muy doloroso para quienes alguna vez se habían sentido parte de la “Gran Familia” y de una pasión revolucionaria pletórica de creencias consideradas certezas, esta afirmación resulta estrictamente cierta. Efectivamente lo que había en el fondo de la crisis de 1989-1990, eran concepciones teóricas divergentes, que a su vez sus conclusiones llevaban a posiciones políticas diferentes. Lo que ocurría con la derecha partidaria y los propios renovadores, como ellos mismos lo habían dicho en sus intervenciones durante el XV Congreso, era la encarnizada lucha por “el control de la Dirección del Partido”. El grupo de “El Manifiesto”, con Hales a la cabeza, renunciaron tempranamente a dar esa lucha, tal vez porque ni el nombre de “comunistas” estimaban salvable. En cambio los Guastavino, Samaniego y Contreras, entre otros, con largas trayectorias militantes en el aparato partidario, todavía estimaban plausible transformar al PC desde dentro. Sin embargo, la Conferencia Nacional les demostró la inviabilidad de esta posibilidad, pues la inmensa mayoría del Comité Central no los respaldó. Iván Ljubetic plantea que esta crisis fue originada y conducida solo por la Comisión Política de esa época, con la intención de remarcar el carácter anti-democrático de ésta. Sin embargo, una vez desplegada en toda su extensión la crisis, que solo hayan renunciado a su cargo de titulares al Comité Central solo cuatro militantes (Augusto Samaniego, Manuel Fernando Contreras, Fanny Pollarolo y Leonardo Navarro) y un solo suplente (Manuel Riesco) demuestra que la crisis no fue “por arriba”, sino fundamentalmente “por abajo”.⁴⁵

Con todo, hemos dicho que esta puede ser considerada la peor crisis de la historia del PC, pues estuvo en debate su continuidad o no como corriente política dentro de Chile. Por tanto, es posible afirmar que la crisis tuvo su fortaleza en algunos núcleos de base. Tuvieron mayor protagonismo numerosos profesionales e intelectuales, que finalmente abandonaron el PC, pero sería importante dimensionar cuánta base militante territorial y sindical, cansada de

las luchas intestinas, descorazonada por el fracaso de la PRPM y la caída de las viejas certidumbres (socialismos reales), abandonaron la vida partidaria en 1990. Es probable que este segmento haya sido la mayoría de quienes migraron del PC durante esta crisis, más allá del mayor renombre de las figuras públicas.

La Conferencia Nacional se fue con todo contra los disidentes. Por ejemplo, se decía que era urgente profundizar la investigación y la discusión en los planos de la teoría, economía y política, lo que constituía “materia de todo el Partido”. Sin embargo, seguía el informe a la Conferencia, “nuestros compañeros del ámbito de la investigación, en CISPO e ICAL, no comprenden de este modo su aporte. Han dado origen a conclusiones, incluso sin sólida base científica, y les otorgan carácter de nueva verdad, incuestionable y acabada, que resuelve de una vez y para siempre complejas cuestiones de la teoría marxista-leninista y que en realidad son el germen de nuevos estereotipos”. Había llegado el momento de las descalificaciones y una crisis sin retorno. Respecto a las opiniones que privadamente había entregado Guastavino a la Comisión Política sobre la pertinencia de tolerar las corrientes dentro del PC, el informe a la Conferencia Nacional lo rechazaba tajantemente: “Aceptar la existencia de tendencias y fracciones en el Partido lo mantendría en una disputa permanente por el poder, como lo han insinuado algunos compañeros, favorecería el quiebre de la necesaria unidad de acción, terminaría con el respeto por la voluntad y la decisión democráticamente expresada y reduciría la capacidad del Partido en la vida nacional”.

Respecto al protagonismo público de algunos militantes, se señalaba que no contribuía a profundizar el debate dentro del PC. Las entrevistas dadas por algunos militantes, en particular las de quienes integraban el Comité Central, eran condenadas de la siguiente manera: “Nos referimos a las negativas y dañinas consecuencias derivadas de opiniones públicas aparecidas con ribetes sensacionalistas en la prensa y que no fueron planteadas en los organismos pertinentes; a verdaderas campañas de proselitismo al margen y sobre la estructura regular del Partido; a los antecedentes que se entregan ocultos a los medios de comunicación con visiones unilaterales e inexactas sobre los debates partidarios y del Comité Central...”. De esta manera, los espacios de negociación se terminaban y la crisis iba camino al acto del quiebre final. Sin

embargo, aún no llegaba a su cenit.

Durante la Conferencia Nacional, Fanny Pollarolo leyó una carta enviada por Guastavino, quien no había sido elegido delegado nacional, por lo que no pudo participar en ella. Asimismo, durante este torneo, Augusto Samaniego y Manuel Fernando Contreras renunciaron a su calidad de miembros del Comité Central del PC “producto de diferencias políticas”, según planteaba el informe final. Estas dos situaciones auguraban los nuevos nubarrones que se venían para la existencia del partido. Terminaba así la Conferencia con la finalización por decreto de la crisis. El dique de contención artificial que significó cerrar administrativamente el debate se desbordó con rapidez en las semanas siguientes, originando la tercera y última fase de la crisis.

Esta se inició con la carta-renuncia de Fanny Pollarolo al Comité Central, fechada el 11 de julio de 1990, es decir el día previo al X pleno del principal órgano dirigente de los comunistas. Al momento de presentar su renuncia, la psiquiatra era una de las dirigentes públicas más conocidas del PC, fundamentalmente por su condición de vocera pública durante la dictadura, periodo en donde estuvo en innumerables ocasiones detenidas por su participación en manifestaciones callejeras. Para la base militante, Pollarolo era una figura que reunía el doble valor de “haber luchado en Chile” (lo que no tenía Guastavino por ejemplo, un perfecto desconocido para la militancia comunista de los ochenta producto de su prolongado exilio) y había sido partidaria de la PRPM, por lo que no se le podía reprochar tendencias “socialdemócratas”, como a Patricio Hales. Por todo lo anterior, se convirtió en la representante de un sector de comunistas que vieron en ella al símbolo del sentido común partidario, cansados de las descalificaciones y del cierre por decreto de la discusión establecido en la Conferencia Nacional.

Puntualmente, su osada acción de haber leído una carta de Guastavino durante la Conferencia, gatilló el veloz deterioro de su relación con la Dirección del PC. En su carta-renuncia al Comité Central, señalaba que tenía diferencias “fundamentales” con la Comisión Política y la mayoría del Comité Central.

Agregaba que “el centro de mis diferencias radica en lo que yo considero ausencia de reales condiciones que se requieren para pensar y debatir con libertad en el Partido. No concuerdo con actitudes de la Dirección respecto con quienes manifiestan posiciones discrepantes...”. Pero la psiquiatra no se quedaba en esto, afirmando que estas diferencias –tal como ya lo había dicho Guastavino y los “renovadores”, eran de fondo: “Discrepo acerca de la estructura y funcionamiento del Partido, que junto a tradiciones heredadas, representan obstáculos para el tipo de debate democrático que hoy necesitamos... El verdadero debate y toma de decisiones se establece solo en un reducido grupo de Dirección... se trata... de una concepción de Partido y de democracia interna...”.⁴⁶ Como es posible apreciar, sus palabras no venían a agregar nada nuevo a lo dicho desde fines de 1989 por Hales y Guastavino, discurso tras el cual se habían alineando primero los renovadores y luego parte de lo que hemos llamado “el sentido común partidario”, el protagonista de fondo, pasivo y masivo de la crisis de los comunistas.

El X pleno del Comité Central, efectuado el 12 de julio de 1990, pasó sin pena ni gloria, pues se concentró en la discusión de las “tareas” que derivaban de la legalización del PC, que requería reunir firmas y una campaña con contenidos para incentivar el respaldo a esta iniciativa. En este sentido, el X pleno fue una expresión del fin por decreto del debate interno. Intentó ser la demostración de que en el PC había pasado la discusión “ensimismada” de la que había hablado el Informe de la Conferencia Nacional de junio.

Pero la calma del X pleno solo fue la introducción antes del inicio de la mayor tormenta de la crisis. Un poco más de tres semanas después de este, se reunió el XI pleno del Comité Central, cuyo informe resumía los hechos ocurridos entre ambos eventos. A pocos días de la renuncia de la Pollarolo al Comité Central, se realizó una campaña de recolección de firmas para respaldarla –se reunieron 138–, lo que fue dado a conocer en la prensa. En el pleno del Comité Central de las Juventudes Comunistas, transcurrido los primeros días de agosto, el economista de 32 años Edgardo Díaz (“Leo”), subsecretario general de la organización, renunciaba tanto a su responsabilidad en la Jota como a su militancia comunista. Posteriormente señalaba que lo había hecho por no sentirse representativo “y muchas veces quedaba en posición de minoría”.⁴⁷

Su salida provocó un efecto dominó en el resto del Comité Central de la Jota, renunciando en total 21 de sus integrantes, es decir alrededor del 40% del total de sus integrantes. En declaración pública, 19 de ellos decían que “nuestra renuncia al Comité Central no se debe a la diferencia entre proyectos completamente desarrollados. Sino a una cuestión más elementalmente humana, cual es la necesidad de democracia efectiva para poder debatir, crear y reflexionar en nuestra organización; a la necesidad de aceptar la diversidad de opiniones; a la necesidad de actuar con criterios de heterodoxia frente a la tarea de impulsar los cambios que necesitamos; a la necesidad de impulsar nuevas e inéditas respuestas y de no censurar nuestras propias capacidades... a cada uno (de los firmantes) se le ha descalificado de forma infundada con términos tales como: contrarrevolucionarios, reformistas, hippies, pequeño-burgueses o vanguardistas...”.⁴⁸ Su renuncia, al no aducir razones políticas o ideológicas, sino solo la falta de democracia interna, golpeaba fuertemente la imagen del PC, porque a diferencia de lo que acontecía con Hales, Guastavino o los “renovadores”, no era posible argumentar concepciones distintas de Partido para las renuncias. Este tipo de renuncias al comunismo fueron las más numerosas y difíciles de cuantificar con precisión. En una época que en Chile solo se hablaba del “retorno a la democracia” y un contexto mundial que repudiaba la experiencia de los países socialistas por su carácter antidemocrático, era muy impopular aparecer impidiendo los debates internos. El sentido común, tantas veces favorable a la izquierda cuando denunciaba la miseria y la pobreza como producto de las injusticias sociales, ahora se volcaba en contra de la Dirección del PC, sindicada como la responsable de la crisis.

Por otra parte, según consignaba el Informe al XI pleno del Comité Central, durante una visita al extranjero, Antonio Leal se habría referido en negativos términos a la Dirección ante representantes del PC italiano. Llegado a Chile hizo declaraciones públicas en donde calificó de “militarista y conservador” a la mayoría del Comité Central, defendiendo a Luis Guastavino. En el ICAL, el historiador Luis Corvalán Marquéz habría enfrentado al reemplazante de Samaniego en la Dirección del Instituto –Jaime Insunza–; luego renunció a él, provocando que también lo hicieran numerosos estudiantes de éste. Por su parte, el CISPO se declaraba independiente del PC. En Talca, Raúl Palacios, Eugenio Vallejos, Vicente Acuña y otros integrantes del Comité Regional emitían una

carta apoyando a Guastavino. Alejandro Valenzuela y Sergio Vuskovic creaban un Instituto Cultural en Valparaíso al margen del PC. Como guinda de la torta, el viernes 3 de agosto, día previo al pleno del Comité Central de la Jota en donde renunció el 40% de sus integrantes, se realizó una comida llamada “Pro-Vocación Demo-Crítica”, contratada, según el Informe al XI pleno, por el CISPO.

La descripción de la comida que hacía el informe oficial del PC señalaba que ésta, a pesar de la participación de Patricio Hales, tuvo como protagonista central a Luis Guastavino. A esas alturas, el ex diputado era el principal protagonista de la disidencia comunista. Había sido entrevistado el 7 de junio por Patricia Politzer en Televisión Nacional de Chile para su programa “La entrevista de los lunes”; por Mónica González para La Nación, publicada el 10 de julio (un día antes de la renuncia al Comité Central de Fanny Pollarolo), junto con numerosas pequeñas notas de sus comentarios y apariciones en la prensa diaria. Según señalaba el Informe al XI pleno, en su discurso en la comida organizada por el CISPO, Guastavino “se comprometió a no acatar las normas partidarias y... de hecho reconoció la existencia de la fracción”. El único integrante del Comité Central que asistió fue el economista Leonardo Navarro.

Esta recapitulación de sucesos ocurridos en solo tres semanas, le hacían concluir a la Dirección del PC que era indesmentible la existencia del trabajo fraccional de sus protagonistas, porque era evidente, se decía, que estas acciones estaban concertadas. Por ello, el XI pleno del Comité Central aplicó las siguientes sanciones:

a) Separación de las filas del Partido de Luis Guastavino... b) Que los asistentes a esta comida y que no dejen claramente establecido que fueron engañados a ella, no pueden ser miembros de Comisiones Nacionales, es el caso de Antonio Leal. c) Se propone la inmediata separación de su cargo de miembro del Comité Central de Leonardo Navarro. d) Se propone que el Comité Central se pronuncie sobre las medidas respecto de (Alejandro) Valenzuela por las Conferencias locales y Regional de Valparaíso (separación de las filas).⁴⁹

En este punto es necesario, antes de narrar el éxodo de militantes con que terminó esta tercera etapa de la crisis, analizar dos situaciones, una entre los que se quedaban en el PC y la otra entre quienes partían. En el caso de los primeros, la imagen pública luego de las sanciones contra Guastavino, Navarro, Leal y Valenzuela fue la del peor estalinismo, poco menos que similares a los “Juicios de Moscú” de la década de los años treinta en la Unión Soviética. Los argumentos para fundamentar estas sanciones poco ayudaban para modificar esa imagen. En referencia a la supuesta “fracción organizada”, se decía que “la dirección de esta actividad la lleva el imperialismo y las fuerzas más reaccionarias de nuestros países, pero también confluyen a ella otros sectores internacionales, como la SD, la DCI, y locales como sectores de la propia izquierda, centros de investigación social, etc. De ninguna manera es casual el espacio público que se le otorga en medios de comunicación de masas a gente como Guastavino, Contreras, Samaniego, Leal y otros...”.⁵⁰ En vez de enfocar la discusión en término de diferencias políticas, tal como se había hecho contra el grupo de “El Manifiesto”, el XI pleno, en algo que podríamos apreciar como un retroceso a antiguos dogmatismos, prefirió utilizar la teoría del complot nacional e internacional para justificar medidas disciplinarias. No hay debate teórico, no hay discusión de diferencias políticas, solo la defensa corporativa de “seguir siendo un partido revolucionario, sin tendencias internas”. Tal vez se podía argumentar que la Conferencia Nacional había zanjado estos temas (línea política, concepción de partido, carácter de la crisis del socialismo en Europa), pero utilizar la vía del decreto para marginar a Guastavino y los otros, solo ayudó a hacer más profunda una fractura que a esas alturas era inevitable. Sin embargo, es un error quedarse con la fotografía de las opiniones de la Dirección del PC durante los meses de julio y agosto como las únicas. Es necesario comprender el contexto de guerra civil partidario para calibrarlas bien. Desde nuestra óptica, nos parece que el proceso de renovación partidaria se había tornado irreversible y la propia crisis, aunque generó una pausa en ella, la terminó de cristalizar, porque obligó a corto y mediano plazo a realizar transformaciones políticas y teóricas –gran parte ya dichas por los disidentes de 1990– para evitar desaparecer del escenario político chileno de los noventa. En el fondo, de acuerdo a nuestra interpretación, el debate en 1990 dentro del PC no consistía en si era o no necesario renovarse, sino en la profundidad que ésta debía tener y los ritmos de su implementación.

Entre quienes se marcharon del PC en esta crisis, hemos demostrado en este trabajo que las razones de su disenso tenían raíces muy diferentes. Por esto los planteamientos de fundar un nuevo PC, como lo pretendía el sancionado Alejandro Valenzuela, era del todo inviable ante la inexistencia de una plataforma común de la disidencia. Lo llamativo del desarrollo de la crisis es que en sus albores, los más potentes en materias ideológicas y teóricas eran los renovadores. Por su parte, la derecha partidaria nunca pudo dejar de asemejarse a posturas socialdemócratas, por lo que sus planteamientos en este plano no eran novedosos. Sin embargo, cuando en agosto la crisis alcanzó su esplendor, los planteamientos y figuras de la disidencia pertenecían a la derecha partidaria. Contreras y Samaniego ni siquiera tuvieron “el honor” de ser sancionados por la Dirección del PC en el polémico XI pleno. Planteamientos de Guastavino referidos a que el aporte de la PRPM a la recuperación de la democracia fue escaso, que nunca se debieron emplear ciertos métodos armados de lucha contra la dictadura y su insistencia –tal como en 1981– en que la PRPM en su formulación no implicaba un cambio de la línea política del PC, evidentemente no eran compartidos por los renovadores, quienes habían sido los teóricos de dicha política.⁵¹ Sin embargo, terminaron siendo vagones de cola de la crisis y sus planteamientos no tuvieron incidencia posterior en el futuro de la disidencia partidaria. Paradojalmente, saltando unos años hacia delante, sus posturas fueron asumidas parcialmente por el PC, especialmente lo referido a terminar la ambigüedad en materia de política militar en tiempos de democracia –por muy restringida que ella fuera–, abandono de la formulación del “marxismo-leninismo”, haciendo una definición teórica que incluía otros pensadores y políticos nacionales e internacionales; fin de la caracterización como “Partido Vanguardia de la clase obrera”, en el sentido de la vieja usanza estalinista; continuidad de la política de alianzas amplias, que se intentó desplegar en los noventa en el mundo social y en la primera década del 2000 en el pacto “Juntos Podemos” y que culminó con la elección de 3 diputados comunistas el 2009; mayor democratización interna y mayor tolerancia a las disidencias internas, en fin, importantes dosis de secularización en la cultura política comunista. Por cierto, nunca los planteamientos de los renovadores han sido asumidos tan radicalmente como ellos lo propusieron, porque efectivamente, sus tesis derivaron en otra concepción de Partido, distinto al Comunista. Ese fue el límite de la reconfiguración de la identidad política de los comunistas, es decir, dejar de serlo.

Sobre por qué los renovadores terminaron opacados por la derecha partidaria, sus aliados en la disidencia, estimamos que esto se relaciona con la imposibilidad de constituir un nuevo referente político. Tal vez los renovadores se jugaron sus cartas en la lucha intestina, con vocación de poder dentro del PC, pero sin un plan alternativo. Cuando poco a poco quedó en evidencia su aislamiento dentro del Comité Central, lugar en donde se perdería o ganaría la conducción del Partido, quedaron a la deriva. Como buenos promotores de la “revolución dentro del partido”, esta procedió a devorárselos en su etapa de contracción. Pero hay una característica de las grandes revoluciones mundiales que puede trasladarse al caso que estamos analizando. Si bien siguió existiendo un gran peso de la tradición luego del fin de la Revolución Francesa, las cosas habían cambiado para siempre: “Bajo el Imperio, la historia de Francia no se limitó a restablecer los hilos que habían sido violentamente rotos por la Convención; tejió la urdimbre de una nueva Francia, y utilizó luego, en una nueva trama, los hilos de la tradición... la monarquía borbónica no podría haber producido nunca nada parecido al Código de Napoleón”.⁵² En el caso del PC chileno, pese a la doble derrota de los renovadores, a manos de la Dirección como de la derecha partidaria, el Partido Comunista de Chile y su subsistencia después de 1990 se explica en parte porque, aunque lenta y no tan radicalmente, vivió un proceso de renovación política y teórica que explica su vigencia hoy. En ese proceso, el legado de los renovadores nos parece incuestionable.

Respecto a la acusación de “trabajo fraccional”, algo muy caro en la vida interna del PC, mirado desde fuera es evidente que la disidencia, sintiéndose aplastada por la mayoría del Comité Central, buscó puntos de contacto y terminó realizando acciones de conjunto. Es decir, en 1990 se pasó de las “corrientes de opinión” a un grupo que organizadamente se opuso a las definiciones de la mayoría, algo que todo comunista sabe es un pecado capital. En todo caso, nos parece que la conformación de una “coordinadora de la disidencia” fue algo que ocurrió hacia el final de la segunda fase de la crisis, muy probablemente después de la Conferencia Nacional de junio de 1990, que había decretado administrativamente el fin del debate. Es decir, la “coordinadora” se creó seguramente cuando sus líderes vieron cerradas todas las puertas de la institucionalidad partidaria para tratar de imponer sus planteamientos y muchos ya captaban el carácter inevitable de la fractura. Todo esto se hizo especialmente explícito después de las sanciones contra Guastavino, Leal, Navarro y Valenzuela.

En medio de la batahola pública que generaron estas sanciones, casi medio millar de militantes comunistas exigieron la revocación de las medidas. Leyó la carta Fanny Pollarolo, quien señalaba “la profunda consternación por la crisis que vive nuestro partido” y su rechazo “a la actitud represiva asumida por la comisión política para enfrentarla”. Negando ser una “coordinadora organizada”, decían que actuaban movidos solo por “un profundo sentido moral y ético” para demandar “que se abra el debate en un clima que permita el reencuentro de todos los comunistas”.⁵³ Entre los más destacados firmantes de la carta se encontraban Manuel Riesco, quien en esos días recién había renunciado a su cargo de suplente en el Comité Central; Estela Ortiz, Leopoldo Ortega –todos candidatos a parlamentarios por el PC en 1989–; destacados integrantes del mundo de la cultura, como los integrantes del conjunto musical Inti-Illimani, Miguel Davagnino, René Largo Farías y Mauricio Redolés; dirigentes sociales como Gonzalo Rovira y Fanny Pollarolo; profesionales como Luis Corvalán Marquéz, Carmen Hertz, Alfonso Insunza, Enrique París, Fránex Vera y por cierto “renovadores” como Augusto Samaniego, Manuel Fernando Contreras, Orel Viciani y Lautaro Contreras. La respuesta a esta carta la dio Jorge Insunza a nombre de la Comisión Política, quien no vaciló en afirmar que “las firmas fueron una acción claramente coordinada, incluso algunas se recogieron con engaño; existe un ente que coordina a todos los grupos que hacen el trabajo fraccional”. Para Insunza, la carta era otro factor más que dañaba la unidad del PC.⁵⁴

En una entrevista aparecida en ese mes de agosto, Gladys Marín reconocía la existencia de la crisis del comunismo: “La vida nos ha golpeado, nos ha enseñado. Los partidos comunistas están muy afectados por toda la necesaria renovación que tenemos que hacer”. Sin olvidar los conceptos y argumentos de su pugna con la Vieja Guardia, la líder comunista reconocía que “antes éramos muy dogmáticos”. Sin embargo, dejaba en claro los límites de la renovación, al señalar que la caída del Muro de Berlín significaba “el derrumbe de un modelo”, pero no el fin de la creencia: “la idea del socialismo nosotros la mantenemos”, además de seguir definiéndose como “marxista-leninista”. Con todo, las huellas de la renovación comunista se reflejaban en las palabras de Gladys Marín incluso en el momento más álgido de la disputa interna. Al ser interpelada por el periodista a explicar cuáles eran los “puntos centrales” de la renovación

comunista, la ex cabeza del EDI declaraba que el primero de ellos era “hacer un gran esfuerzo en pensar el socialismo que necesitamos para Chile”, el que debía contemplar, decía Marín, “todo lo que es la tradición del movimiento popular en Chile, y también mucho de lo que son las raíces latinoamericanas”.⁵⁵

La crisis continuó desarrollándose a través de la prensa, con la petición de Antonio Leal de revocar las sanciones y convocar a un Congreso Extraordinario –algo naturalmente rechazado por el Comité Central– y un masivo acto realizado en Valparaíso, que contó con la presencia protagónica de Guastavino, que días antes había emplazado al secretario general del PC, Volodia Teitelboim, a un debate público. Así se llegó a fines de septiembre cuando numerosos intelectuales del PC convocaron al seminario “Crisis del Partido Comunista: aportes para un discusión imprescindible”. Entre los convocantes se encontraba una abigarrada gama de disidentes, desde la derecha partidaria, “renovadores” y militantes desencantados/decepcionados. Las ponencias que conformaron este encuentro ratifican la diversidad política e ideológica de la disidencia comunista. Varios remarcaban su rechazo de plano de la PRPM: “Es imprescindible que los comunistas (oficiales y disidentes) reconozcamos de plano públicamente ante el país que cometimos el error político con constituyó la adopción de la PRP, junto de dar las razones de por qué lo consideramos un error”.⁵⁶ Otros, planteaban la tesis de unir al PC al conglomerado que había llegado al poder con Patricio Aylwin en marzo de 1990:

La propuesta del PC debe basarse en el objetivo de asegurar ahora la transición exitosa a la democracia, consolidarla derrotando políticamente a sus enemigos expresados en la derecha más reaccionaria y avanzar, a través de esos logros, hacia una nueva correlación de fuerzas políticas y sociales, en consecuencia militares, que se vertebran en la alianza programática total de la Concertación para coronar un nuevo gobierno de centro-izquierda para el período 1994-2002.⁵⁷

Varias ponencias se abrían a nuevas concepciones de partido, resaltando la importancia de que se permitiera la existencia de tendencias internas para ampliar la democracia interna.⁵⁸ La idea de refundar el PC y disputar el nombre a

la “dirección estalinista” fue largamente debatido. Al respecto, se planteó que “no es posible enfrentar una orgánica partidaria sino desde otra” y que era necesario superar el miedo a la palabra división, pues “el Partido ya está dividido”, para de esta manera “disputarle a una dirección ilegítima y autonominada, el monopolio del universo simbólico del Partido Comunista en la política nacional”.⁵⁹

En esta torre de Babel de posiciones y planteamientos, a esas alturas, los “renovadores” del PC arribaban a conclusiones tajantes: “Los frenos a una radical refundación teórico-política que opera la Dirección del PC, muestran que la superación de la crisis no puede lograrse por autorreferencia”.⁶⁰ Para Samaniego, la Dirección comunista había dado señales inequívocas de su conservadurismo y dogmatismo, como haber mantenido “aparatos técnico-militares como ‘garantía’ de que el pueblo encontrará referentes-conductores en futuras confrontaciones con el golpismo”. De acuerdo a Samaniego, en función de mantener prestigio ante la militancia y sectores sociales, se sostenía la imagen de contar con un aparato militar, lo que impedía al PC confluir con otros sectores y partidos de izquierda. Al parecer conscientes del carácter irreversible de su situación dentro del Partido, llamaban a superar la experiencia comunista. Para Contreras, era momento de “refundar” el PC, pero en el sentido de “posterior o simultáneamente” crear un nuevo partido de izquierda. Su planteamiento se basaba en que al cambiar el “carácter de la época”, las razones que habían fundamentado la existencia del PC ya no existían y que desde las fracciones no era posible crear un nuevo movimiento. Desde el Partido Obrero Socialista (POS), pasando por el PC, el PS, el MIR y el PPD, “los partidos han surgido obedeciendo a las modalidades conductuales y culturales y a las necesidades políticas reales de carácter histórico del movimiento social, o de partes de él, no satisfechas por las lógicas ni los proyectos de los partidos precedentes”.⁶¹

De esta manera, los primeros días de noviembre de 1990, la tercera y última fase de la crisis del PC se cerraba con la creación de la llamada “Asamblea de Renovación de los Comunistas” (ARCO), de efímera existencia. Conformada por la “disidencia unida”, su declaración de principios dejaba claro que su nacimiento surgía en torno a la visión común de un partido más democrático, mas no por visiones políticas comunes: “Nos pronunciamos contra las formas

antidemocráticas de estructura partidaria, rechazamos el dogmatismo ideológico, la intolerancia cultural y una línea ambigua y poco transparente que aísla política y socialmente a los comunistas y debilita al movimiento popular”. Junto con esto, clausuraba el modo de ser comunista tal como se había dado en Chile hasta esa fecha: “Lo que se ha venido abajo con la caída de los ‘socialismos reales’ no es solo un modelo de la sociedad sino también un modo de pensar el mundo, la sociedad, el ser humano; en suma, el llamado ‘marxismo-leninismo’, acuñación estalinista”. En cuanto a política nacional, sin referirse al gobierno de Aylwin o a la Concertación, ARCO llamaba a crear “espacios de convergencia con los demás componentes de la izquierda y de otros sectores progresistas... (en vistas a)... a constituir una nueva identidad que recoja diversas sensibilidades y sea capaz de dinamizar la política chilena”. Esto explicaba que en su propia acta fundacional, ARCO se definiera como “una denominación superable”.⁶²

Firmaban esta primera declaración pública alrededor de 70 ex dirigentes y ex militantes del PC, entre los que se contaban Luis Guastavino, Alejandro Valenzuela, Fanny Pollarolo, Gonzalo Rovira, Rolando Jiménez, Manuel Fernando Contreras, Augusto Samaniego, Orel Viciani, Emilio Gautier, Lautaro Contreras, Antonio Leal, Cecilia Salinas, Leonardo Navarro, Carmen Hertz, Sergio Vuskovic, Fránex Vera y Mariano Requena. La suerte corrida por la disidencia comunista fue disímil. A poco andar, ARCO fue efectivamente superado, provocando que algunos de sus integrantes pasaran al Partido Socialista. Otros crearon una nueva orgánica, el Partido Democrático de Izquierda (PDI), de corta vida. Otro segmento, ya sea directa o previo paso por el PDI, terminó militando en el PPD. Finalmente un grupo importante se retiró de la actividad política.

De esta manera se cerraba la crisis del PC, con la salida del Partido de todos los disidentes. Buena parte del sentido común partidario quedó muy golpeado y desmoralizado luego de las heridas abiertas que dejó la guerra dentro de la “Gran Familia”. La imagen pública de los comunistas quedó impregnada por los calificativos de su disidencia: conservadores, antidemocráticos, militaristas, ortodoxos fueron solo algunos de los lugares comunes utilizados para referirse a los comunistas durante los noventa. Muchos apostaron a la desaparición del PC a corto andar, más aún cuando se produjeron nuevas salidas en los primeros años

de la “transición”. Sin embargo, poco a poco, la semilla de la renovación comunista, implantada desde fines de los setenta, cuando se originaron las primeras tesis de la futura PRPM, daría sus frutos. En años de acoso, de falta de propuesta viable, de asesinato de imagen, de ridiculización de sus planteamientos, el PC continuó el proceso de reconfiguración de su identidad política. Sin abandonar su carácter original, es decir de considerarse una organización que planteaba una sociedad alternativa al capitalismo, adoptó poco a poco parte del programa de la disidencia de 1990. Los noventa vieron a los comunistas chilenos renunciar a ser “el partido de la clase obrera”, a ser la “vanguardia del proletariado”, a la definición de “marxista-leninistas”; por otro lado, renunciaron a mantener un aparato militar en estado de latencia, terminando con toda ambigüedad en esta materia y, luego de un par de lustros, buscan hoy la convergencia con otros partidos y fuerzas progresistas, incluidas las que están en la Concertación.⁶³ El problema de los comunistas no radicó en una supuesta ortodoxia y dogmatismo inveterado, sino que en los ritmos y carácter de los cambios. En efecto, la caracterización de la renovación comunista gatilló la crisis de 1990, pero lo que no estaba en debate era la necesidad de su implementación. El sector de los “renovadores”, cuyo aporte fue decisivo en la génesis, en los temas, ópticas y enfoques generales de la renovación comunista, terminó enfrentada a la Dirección del PC al estimar que era posible un proceso renovador que terminara con la refundación del Partido. En este sentido, en tanto “renovación”, la Dirección comunista no fue partidaria de modificar los sustentos teóricos, históricos y políticos de la organización, alterando definitivamente su identidad política. A diferencia del caso mexicano, en donde el Partido Comunista se disolvió en otras orgánicas hasta incorporarse al Partido de la Revolución Democrática (PRD),⁶⁴ en Chile los comunistas defendieron lo que en su imaginario eran sus tradiciones y su historia. Por ello que la renovación comunista puede considerarse una amalgama de tradiciones y nuevas visiones teóricas, pero siempre dentro de los límites de mantener las creencias fundamentales del ser comunista en Chile.

De esta manera, la crisis de 1989-1990 debe ser entendida como una disputa por el poder dentro del PC entre distintos sectores. El triunfo de uno u otro bando significaba un Partido Comunista distinto para el futuro, incluso, en sus versiones más radicales, su desaparición en nuevas orgánicas partidarias. ¿Por qué se impuso la alianza entre el antiguo EDI y los sobrevivientes de la Vieja Guardia?, porque ellos se afirmaron a brazo partido en una creencia en común,

nada menos que en el tronco madre, en las raíces de la identidad política del Partido, a saber, la creencia en la utopía del socialismo y el comunismo, cuando para muchos correspondía hablar de “el pasado de una ilusión”. Indudablemente la sangría de militantes fue notable, ya que a la frustración de la salida “pactada” de la dictadura, se sumó la caída de los socialismos reales, lo que agudizó la “crisis de fe” en vastos sectores militantes. Sin embargo, un porcentaje importante de ellos decidió darle continuidad a la orgánica comunista en Chile. ¿Por qué fue posible, independientemente de la voluntad –porfiada para muchos en ese momento– de quienes querían seguir adelante con el PC? Evidentemente, el arraigo histórico del PC en algunas organizaciones sociales fue un factor importante. Sindicatos, centros de alumnos, centros culturales, entre otros, siguieron siendo sostén –reducido en comparación al pasado por cierto– en la base social del país. Pero esto no basta como explicación, porque la influencia de masas no es estática y es factible de perder con facilidad cuando se cometen gruesos errores políticos, como la propia historia reciente del PC lo demostraba.

A modo de conclusión de este trabajo, estimamos que la renovación comunista, cuya genealogía empieza con la derrota de la Unidad Popular, hizo un camino sin retorno dentro del PC, y dejó semillas que crecieron a pesar de todo en la década siguiente. Aunque la magnitud de la crisis en 1990 caricaturizó como “dinosaurios” a la Dirección del PC, lo que había de “ortodoxa” en ella era seguir creyendo en el socialismo, mas no en el conjunto de dogmas que habían caracterizado al PC hasta 1973. Lo que hizo la Dirección del PC en 1990 fue preservar algunas de las bases fundamentales del “ser comunista” en Chile, es decir, preservó tradiciones de la identidad y cultura política comunista, pero de todas maneras estuvo dispuesta a modificar la “hechura partidaria”. Pasada la gran crisis de 1990, el PC adoptó gradual y progresivamente buena parte del programa renovador, cerrándose un largo ciclo de reconfiguración de la identidad política de los comunistas. Por ello afirmamos que la existencia del PC es fruto de la convivencia de tradición y renovación. Ausentes algunos de estos dos aspectos, el Partido Comunista habría dejado de existir tal como se le conoce hoy día. ¿Fue mejor o peor esta fórmula respecto a otras? Por ahora, preferimos dejar esa respuesta a la esfera de la política. Nuevas reconstrucciones historiográficas evaluarán la respuesta a esta lógica pregunta.

1 Todas las citas en “Para conquistar y profundizar la democracia, unidad y lucha del pueblo hasta vencer. Convocatoria al Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile. Diciembre de 1988”. s/e. pp. 6, 12, 13, 21 y 22.

2 Citas en Guastavino, “Carta tercera. Visión realista. A la Comisión Política, 4 de noviembre de 1988”, en Caen las catedrales, pp. 52 y 59.

3 “Cuarta carta. Mis opiniones sobre algunas conclusiones de la Dirección del Partido. 20 de febrero de 1989”, en Guastavino, Caen las catedrales, pp. 68, 80 y 85.

4 Augusto Samaniego, “Hacia una consideración de los problemas históricos-teóricos de la unidad y revitalización de la izquierda chilena”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989, pp. 11 y 12.

5 “Pensando una “Perestroika” para la izquierda chilena. Texto ampliado de la entrevista realizada por J.M. Varas a Augusto Samaniego y Álvaro Palacios, publicada en “Pluma y Pincel”, en Varios Autores, Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile (Ediciones Cispo, junio de 1990), p. 196.

6 Ibid., p. 201.

7 Ibid., pp. 216 y 217.

8 Ibid., p. 217. Su intervención en el XV Congreso, en “Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989”, p. 57.

9 Todas las citas en Manuel Fernando Contreras, “Grado de universalidad de la crisis en el socialismo”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989, pp. 13, 14 y 16.

10 Orel Viciani, “Necesidad de la renovación en el socialismo existente y su grado de universalidad”, en Varios Autores, Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, pp. 11 y ss.

11 Orel Viciani, “Renovación: respuesta a una crisis profunda”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989, p. 21. Esta es una versión resumida del texto anterior.

12 Citas en Álvaro Palacios, “Problemas del marxismo en el Chile de los 80”, en Varios Autores, Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile. p.39.

13 “Pensando una Perestroika para la izquierda chilena. Texto ampliado de la entrevista realizada por J.M. Varas a Augusto Samaniego y Álvaro Palacios, publicada en “Pluma y Pincel”, en Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile, p. 209.

14 Todas las referencias al informe al XV Congreso, en “A la democracia con todo!. Informe del Comité Central al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile. 1989”, s/e, pp. 4, 18, 19, 56, 57, 60.

15 Ljubetic, op. cit., p. 82.

16 Todas las referencias a la intervención de Gladys Marín, en “Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989”, p. 3 y ss.

17 Ibid. 60 y 62. En 1990 Orlando Millas contestó a esta intervención, señalando que no sabía quien era “Ernesto” y negando haber leído el texto sobre las desviaciones de derecha y menos haberlo comentado de esta manera. Millas, Una digresión, p. 567.

18 Todas las citas en “Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989”, pp. 59, 66, 43 y 26.

19 Las referencias en Ljubetic, op. cit., pp. 78 y 79.

20 Louis Madelin, Los hombres de la Revolución Francesa (Javier Vergara Editor, 1989), p. 246.

21 Análisis n° 275, 17 al 23 de abril de 1989, p. 16.

22 La Segunda, 01/12/1989.

23 “Informe al VI pleno del CC, diciembre de 1989”, citado en Ljubetic, p. 92.

24 Todas las citas en “Intervención de Gladys Marín en el acto del 68 aniversario realizado el día 13 de enero de 1990 en el estadio Santa Laura”, en Por las grandes alamedas, viva la gente (Ediciones El Siglo S.A., n° 2, 1990, p. 3 y 33.

El planteamiento de Samaniego en el XV Congreso había sido: “Necesitamos crear nuevos conceptos, y en este sentido, desarrollar nuestra teoría revolucionaria, interrogando al movimiento práctico en la unidad vecinal, en la comuna, en el país real. Nacionalizar en este sentido nuestro conocimiento de lo universal es la clave del desarrollo del marxismo...”, en “Intervenciones de delegados... op. cit., p. 57. Esto lo repetía en “Pensando una perestroika para la izquierda chilena”, contenido en Varios autores, Crítica y socialismo: una reflexión desde Chile y en una entrevista en Fortín Mapocho del 15/01/1990.

25 “Intervención de Gladys Marín en el acto... op. cit., p. 34.

26 Álvaro Palacios, “Sobre la renovación y el marxismo en Chile”, en Varios autores, Crisis y renovación (Ediciones Medusa/ICAL, 1990), pp. 101 y 116.

27 Álvaro Palacios, “Apuntes para la discusión sobre el Programa del Partido Comunista de Chile”, Documento de Trabajo CISPO, enero de 1990, pp. 22, 23, 24 y 25.

28 APSI, n° 336, del 3 al 16 de enero de 1990.

29 “Partido sin programa, nave sin timón”, El Siglo en enero de 1990.

30 Citas de la entrevista de Contreras en Página Abierta n° 6, enero de 1990, pp. 3 y 4.

31 Las declaraciones son de Contreras en ibid., p. 3 y de Samaniego en Fortín Mapocho, 15/11/1990.

32 Declaraciones de Jorge Insunza en Fortín Mapocho, 23/01/1990.

33 La Época, 23/01/1990.

34 Las citas en “Informe al VII pleno del Comité Central del Partido Comunista, enero de 1990”, pp. 17 y 20.

35 Ibid., p. 20.

36 El Mercurio, 20/02/1990.

37 En este punto basó su respuesta la Dirección del PC, en voz de Jaime

Insunza. Evidentemente, si bien esto era cierto, no dejaba de ser expresión de la crisis del PC, pues los 27 firmantes habían dejado de ser militantes por diferencias políticas. La respuesta de Jaime Insunza en Fortín Mapocho, 28/02/1990 y la contra respuesta del grupo de “El Manifiesto” en la edición del 05/03/1990 del mismo periódico.

38 Fortín Mapocho, 30/03/1990.

39 Las declaraciones de Cantero en El Mercurio, 12/04/1990.

40 Citas de la entrevista a Samaniego en Página Abierta nº 11, abril de 1990, pp. 3 y 4.

41 Las declaraciones de Guastavino en La Época, 18/04/1990 y las de Valenzuela en La Época, 27/03/1990 y Fortín Mapocho, 13/04/1990.

42 Las citas del pleno en “Informe al IX pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, 17 de abril de 1990”, pp. 12, 15, 16 y 21.

43 “Conferencia Nacional Partido Comunista de Chile. Junio de 1990”, p. 29.

44 Ibid., p. 31.

45 El planteamiento de Ljubetic, op. cit.

46 Citado en Ljubetic, op. cit., p. 111.

47 La Época, 12/08/1990.

48 “Declaración Pública, editado por la Dirección de las Juventudes Comunistas UTE”. Firmaban esta carta Luis Acuña, Renán Álvarez, Luis Carrasco, Pablo Cottet, Lucio Cuenca, Sergio Echeverría, David Escanilla, Mario Insunza, Eugenio Marcos, Alejandro Millán, Pablo Martínez, Gonzalo López, Marcela Palma, Jaime Salazar, Álvaro Toro, Patricio Varela, Leonel Yáñez, Viviana Zamorano e Isolda Zamorano.

49 “Informe al XI pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile. 8 de agosto de 1990”, p. 4.

50 Ibid., p. 6.

51 Estos planteamientos de Guastavino en su artículo fechado el 19 de octubre de 1990 llamado “Buscando los posibles epicentros de la crisis comunista”, en Guastavino, Caen las catedrales, p. 177 y ss.

52 Isaac Deutscher, Herejes y renegados (Editorial Ariel, 1970), p. 69.

53 La Época, 17/08/1990.

54 La Época, 17/08/1990.

55 La Tercera, 19/08/1990.

56 Juan Ormeño, “Rebelión Popular y crisis del Partido”, en Segunda Reflexión, 1990, pp. 28 y 29.

57 Luis Guastavino, “El PC necesita elaborar una propuesta política”, en ibid., p. 21.

58 Manuel Muñoz Guzmán, “La crisis del PC, y la salida”, en ibid., p. 26.

59 Carlos Pérez Soto, “Un partido nuevo, para un tiempo nuevo”, en ibid., p. 37.

60 Augusto Samaniego, “La izquierda: crisis y construcción de una alternativa”, en ibid., p. 54.

61 Manuel Fernando Contreras, “El renacimiento”, en ibid., p. 12. El autor aborda con mayor profundidad la tesis de la superación del PC en “Opiniones en torno a la renovación del Partido Comunista de Chile”, agosto 1990, s/i.

62 “ARCO. Declaración pública. 10 de noviembre de 1990”.

63 Revelador de estos cambios es la convocatoria al XVI Congreso del PC llamada “A democratizar el país construyendo la alternativa de izquierda para Chile. 1994”.

64 Massimo Modonesi, La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana (Casa Juan Pablos Universidad de la Ciudad de México, 2003).

Conclusiones

La historia de la izquierda chilena, desde mediados de los años sesenta hasta principios de los noventa, abarca una variada gama de contextos políticos y nudos teóricos que marcaron no solo su trayectoria, sino la historia reciente de Chile. Por un lado, se avanzó en la construcción de una alternativa nueva de tránsito a una sociedad alternativa al capitalismo. La llamada “vía chilena al socialismo” no solo constituía una novedad teórica en el debate sobre las “vías” a nivel de la izquierda mundial, sino que un hecho inédito en la historia nacional. Posteriormente, el golpe militar de 1973 planteó la discusión acerca de la viabilidad histórica del proyecto de la Unidad Popular. Asimismo, la caracterización de la dictadura militar y la búsqueda de fórmulas políticas para terminar con ella, también provocaron discusiones y finalmente el quiebre en la izquierda chilena. El cierre de este cuarto de siglo se selló con una transición a la democracia basada en el reconocimiento de la fortaleza de la dictadura y la institucionalidad creada por ella, lo que significó frustrar la salida más radical planteada por la izquierda histórica. La llamada izquierda renovada, constituida por militantes provenientes del tronco socialista y mapucista, hegemonizaron la idea de renovación teórica y política en un doble movimiento. Por un lado, lo asimilaron a la cancelación tanto del marxismo como del proyecto histórico de la izquierda chilena, y otro, a la necesidad de incorporarse a una alianza de centro-izquierda predominada por los sectores más moderados. En esa coyuntura, los comunistas, golpeados por la crisis internacional en el socialismo real y por el fracaso de la salida no pactada de la dictadura, se sumieron en una profunda crisis existencial, en donde estuvo en juego la continuidad de la experiencia comunista en Chile.

En este trabajo hemos intentado hacer un análisis de conjunto de la trayectoria del Partido Comunista de Chile entre 1965 y 1990, que abarca tanto su mejor momento (1970-1973) como su peor crisis histórica (1989-1990). En su trasfondo, este texto ha intentado intervenir desde la historiografía a un tradicional debate que cruzó tanto internamente al PC, como al resto de la izquierda, y con el tiempo, a los investigadores del comunismo chileno. En general, ¿qué consecuencias tuvo para el comunismo chileno la derrota de la

Unidad Popular?, y más en particular, ¿la llamada política de rebelión popular de masas implicó abandonar la tradición moderada del PC? Nuestra opción fue abordar estas preguntas desde el ángulo de la identidad y la cultura política de los comunistas. Por ello, primero la describimos en tiempos del apogeo del comunismo (1965-1973), caracterizándola como una identidad que se basaba en la creencia en una serie de premisas básicas que se resumían en la convicción de que inevitablemente se produciría el triunfo del socialismo sobre el capitalismo en Chile. En este sentido, los comunistas chilenos fueron parte de la pasión revolucionaria del siglo XX, en donde el sujeto histórico se sentía capaz de construir y manejar la historia en base a su voluntad y fortaleza. Paralelamente, la cultura política comunista (el “recabarrenismo”), basada en el privilegio del pragmatismo y activismo cotidiano en desmedro del dogmatismo teórico, permitió al PC insertarse en la base social de los sectores populares. La llamada “lucha de masas” que caracterizaba al recabarrenismo comunista permitió al PC soslayar los aspectos más rígidos de su identidad política (el dogma marxista-leninista) y lograr respaldo tanto en distintos segmentos del mundo popular como medios y profesionales. Sin embargo, la hechura partidaria de la época, profundamente centralizada, impedía siquiera que se pudieran conocer discusiones internas dentro del PC. Esta fue la época en que se hizo famoso el monolitismo comunista, la disciplina de su militancia y la capacidad organizativa del partido de la hoz y el martillo.

Nuestro planteamiento es que estas características sufrieron una mutación luego de 1973. En efecto, partiendo de la premisa del carácter construido de las identidades políticas y por lo tanto afectas a constantes reconfiguraciones, lo que unido a una mirada historicista de la cultura política, en este caso influida por la dinámica creada por la dictadura militar, hemos planteado que durante los años 70 y ochenta asistimos a un proceso complejo. Efectivamente, la identidad comunista y su cultura política sufrieron modificaciones en comparación a la situación previa a 1973. Creencias vitales de la hechura partidaria comunista, como la infalibilidad de la línea política y de sus dirigentes, junto con la centralización antidemocrática, fueron puestos en la agenda de discusión en el PC. Asimismo, el conocimiento in situ de los socialismos reales y sus regímenes dictatoriales crearon conciencia en amplios sectores de la militancia comunista en el exilio sobre la necesidad de repensar el socialismo a partir de la tradición democratizadora de la izquierda chilena. Más tarde, la incorporación de la lucha militar a la vida cotidiana de la militancia, indudablemente modificó la cultura

política comunista. Sin embargo, la tensión entre continuidad y cambio no implicó la imposición absoluta de una sobre otra. Esto explica la continuidad de la creencia que afirmaba el fondo de la identidad política del PC referida al triunfo del socialismo sobre el capitalismo y el pragmatismo en la praxis política, que le permitía actuar tanto en los tradicionales frentes de masas, como en las nuevas estructuras militares. Es decir, la incorporación del factor militar en el PC no implicó abandonar la tradicional lucha de masas.

Esto explica por qué afirmamos que la renovación de la izquierda chilena no fue solo un proceso propio de los sectores socialistas, sino que también se vivió en el comunismo chileno. En su caso y a diferencia de su tradicional aliado, se caracterizó en buscar nuevas formulaciones para la teoría y la praxis de la izquierda conservando la perspectiva de la sustitución del capitalismo. Por ello, nos parece un reduccionismo historiográfico analizar el camino de las izquierdas chilenas durante la dictadura dentro de un binomio renovado/conservador, en el sentido más peyorativo de este último término. Por el contrario, el proceso de la renovación comunista, que al igual que su par socialista tenía su génesis a partir de la derrota de la Unidad Popular, significó una profunda transformación a nivel teórico y de cultura política en el PC. Se basó en una visión polémica, cuestionadora de la “infalibilidad” del Partido; en el fondo, en una mirada “laica” de la política, que estimaba que la elaboración teórica del accionar del PC debía estar conectada con el movimiento real de la lucha de clases y no atado a dogmas esclerosados. Esto se manifestó en la lucha –exitosa– por cambiar la línea del PC, dando paso la Política de Rebelión Popular de Masas. Más allá de la discusión sobre si era correcto o no utilizar la violencia armada para enfrentar a la dictadura militar, la imposición del giro comunista a partir de 1980 representó un cambio de mentalidad y práctica al interior del comunismo chileno. Las polémicas no resueltas durante toda la década de los ochenta demostraron las fuertes resistencias que este proceso generó al interior de los órganos de dirección del PC.

Más tarde, cancelada la perspectiva insurreccional y empapados de la lógica democratizadora de la perestroika soviética, el ala más radical de la renovación comunista reactualizó sus antiguas discrepancias con el “socialismo real”. Esto se manifestó en la demanda –acogida exitosamente en el XV Congreso de 1989–

referida a la necesidad de democratizar la vida interna del PC, terminando con el monolitismo, las discusiones formales y asumir la crisis global de la idea comunista de sociedad. Sin embargo, la renovación comunista tuvo límites. Embalados en la idea de dejar en el camino lo que se consideraba lastres del pasado, el ala más renovadora del PC terminó por llegar al fondo de la creencia comunista, tocando el punto sensible del alma partidaria. El cuestionamiento radical de todo en lo que ayer se había creído, conclusión a la que arribaron los renovadores del PC triunfantes en el XV Congreso, los dejó sin nada que ofrecer a una militancia acostumbrada a creer. Si en 1980 la PRPM había recuperado el orgullo partidario herido por el golpe militar y la humillación del exilio, en 1990 esos mismos renovadores aparecieron ante los ojos de la militancia, ya golpeada en su estado de ánimo por no haber podido derrotar a Pinochet, arriando las banderas. El límite de la renovación comunista estaba dado porque, en definitiva, la comunista es una cultura política que necesita de mitos fundadores que lo anclen a un relato teleológico. La secularización radical de los renovadores le quitaba el piso al ser comunista en Chile.

Sin embargo, los planteamientos de la renovación comunista no se perdieron en el tiempo, ya que fueron incorporados durante la década de los noventa de manera gradual y no de manera radical como se había propuesto en 1990. Por ejemplo, se asumió la necesidad del cambio (nuevamente) de línea del PC, abandonando la PRPM por inviable para el nuevo período; se revisaron los planteamientos teóricos del Partido, terminando con la definición de “marxista-leninista”; se inició la búsqueda de alianzas amplias con los nuevos movimientos sociales y políticos, modificando las ortodoxias “obreristas” del PC; se abrieron mayores espacios para la discusión y el disenso al interior de la estructura partidaria. Algunas de las manifestaciones de estas modificaciones se reflejaron por ejemplo en 1991 al decretar el fin del FPMR, adoptando la denominación de “Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez”; también se cambiaba de política sin decirlo abiertamente hasta 1994, cuando la nueva línea se denominó “Revolución Democrática”; cuando se comenzó un largo camino en búsqueda de la unidad, incluidos varios intentos fallidos hasta llegar al actual “Juntos Podemos Más”; en fin, cuando hoy la tolerancia a las críticas y a las opiniones discrepantes en el seno del PC es mayor que en años pasados, tal como lo demostró el fuerte debate interno que implicó que los comunistas llamaran a votar en la segunda vuelta de la presidencial del 2006 por la abanderada concertacionista Michelle Bachelet.

En resumen, nos parece que el Partido Comunista de Chile es una entidad que si bien se ha resistido a modificaciones radicales en su funcionamiento y vida interna, lo que le ha valido ser considerado dogmática, en la mirada de más larga duración el PC ha mostrado capacidad de adaptación y adecuación a nuevos tiempos políticos, lo que en parte probablemente explica su existencia como un actor político relevante hasta el día de hoy.¹ En todo caso, al parecer estos procesos requieren de periodos de sedimentación más prolongados que en otras colectividades. En este sentido, el caso de los orígenes de la Política de Rebelión Popular debe ser considerado una excepción histórica en la vida del PC. Aceptar la evidente transformación de la actividad política que esta línea implicó en la cultura política del PC puede ser explicada por las condiciones en extremo adversas y especiales que vivió la Dirección comunista luego del golpe de Estado. Víctima de un verdadero estado de shock producto de las críticas por la derrota de la Unidad Popular, no tuvo más posibilidad que oír las voces que “desde abajo” pedían ser escuchadas. Un cierto estado subjetivo de la militancia, su “estado de ánimo” ante la experiencia de la dictadura, fue el factor último para terminar de entender, en definitiva, los orígenes de la “Rebelión Popular”. El mérito de los integrantes del Grupo de Berlín y de Leipzig fue darse cuenta antes de esta situación y buscarle un “método” para resolver la disyuntiva política del PC de fines de los setenta. Pero pasada la crisis, las profecías renovadoras de fines de los ochenta y principios de los noventa no fueron toleradas por el aparato partidario. Los “audaces” de ayer fueron derrotados en 1990, acusados de “reformistas” y “amarillos” por algunos de los mismos que se habían opuesto a la “Rebelión Popular”. Pero su legado quedó en los ajustes teóricos y políticos que el PC hizo en los años siguientes.

En este sentido, nos parece pertinente enfatizar el peligro de los enfoques “culturalistas”, que sobredeterminan a las culturas políticas, sin relacionar su desarrollo con las instituciones. En este sentido, es fundamental comprender que la cultura política comunista, por muy sólidamente que se haya construido por décadas de vida “intra-institucional”, sufrió un verdadero shock cuando fue violentamente expulsado de ésta en septiembre de 1973. Por ello, es importante resaltar que los marcos históricos estructurales son fundamentales para explicar la evolución de los actores, y por tanto resulta evidente partir de la premisa de que el comunismo modificaría parte de su ethos a partir de dicha experiencia.

Finalmente, desde el punto de vista de la teoría revolucionaria, al examinar los orígenes de la “Política de la Rebelión Popular de Masas”, es posible afirmar que ésta fue una formulación original del caso chileno, una elaboración teórica que intentó repensar la lucha armada a nivel latinoamericano y mundial. Es decir, no era ni la reproducción de las guerrillas de los setenta; no era la estrategia de guerra popular prolongada de Nicaragua ni El Salvador; no era el campo rodeando las ciudades, como planteaba el maoísmo; en fin, no era la derrota militar de las fuerzas armadas. La originalidad de la PRPM se basaba justamente en su carácter heterodoxo, mestizo, como un verdadero mosaico teórico-político que trató de adaptarse a la realidad chilena. El éxito inicial de la movilización social a partir de 1983, algo tuvo que ver con el desarrollo de la tesis comunista. Como lo hemos señalado, el carácter de masas, capaz de unir y movilizar contra la dictadura a miles de chilenos, hace que sea indispensable valorar el aporte de la PRPM a las luchas que permitieron la recuperación de la democracia en Chile, a pesar del fracaso de la “perspectiva insurreccional”. En definitiva, si se ha planteado la tesis del “pragmatismo iluminado” en referencia a la capacidad del PC chileno de adaptarse al movimiento real de la sociedad chilena, la PRPM es un exponente destacado de esta tendencia, que rescató la tradición de la lucha de masas comunista y la conectó con las nuevas tendencias políticas locales y mundiales de la época.

Es más, la nueva línea política del PC fue parte de una aventura intelectual que no solo buscaba el término de la dictadura militar, sino surgió de las entrañas mismas de un proceso de “renovación” partidaria, crítico de los anquilosados métodos anti-democráticos que el PC arrastraba desde su génesis en tanto ser un partido de raigambre estalinista. La democracia para Chile y para el PC, a través de una crítica radical a la concepción de Partido, a su modo de hacer política y del tipo de socialismo por el que se debería luchar en Chile, eran componentes indivisibles de lo que debe ser considerado el proceso de renovación teórica y política de los comunistas durante los años de la dictadura militar.

Por último, nos parece que la trayectoria del Partido Comunista de Chile ofrece una oportunidad para reflexionar sobre la experiencia histórica del comunismo

durante el siglo XX. Desde Europa, fuertemente marcado por los horrores del estalinismo y su complicidad con dichos crímenes, el comunismo suele ser visto como una etapa superada por la historia, sino que como una ideología que fue parte de los desastres del siglo XX. Últimamente, intentando superar la mirada que lo reduce a sus crímenes, Priestland ha planteado que el comunismo tenía dos almas, una utópico-revolucionaria-radical y otra modernizadora-burocrática-autoritaria. Así, Mao y Stalin serían los dos reversos de las caras del comunismo del siglo XX, aunque ambas tendrían efectos catastróficos para sus respectivas naciones. Sin embargo, desde América Latina y en particular desde el particular caso chileno, esta dicotomía no encaja, pues en este caso el comunismo fue tanto portador del idealismo utópico propio de la génesis del comunismo, como parte de los factores modernizadores de la sociedad chilena. Componente importante de la vida política, económica, social y cultural del país; partícipe de la construcción democrática, actor moderado de la vida parlamentaria, promotor de la épica de las armas, fuerte inserción en la base social y también partícipe de negociaciones copulares, hacen del PC chileno un caso complejo.

Así, en 2010, luego de 37 años excluidos del Parlamento, espacio que los comunistas habían hecho propio hasta 1973, tres dirigentes del partido han ingresado nuevamente a la Cámara Baja. Este éxito demuestra la capacidad de la agrupación para resistir los peores años de aislamiento y su capacidad de reinventarse políticamente. No es casualidad que uno de los nuevos diputados haya sido el encargado militar durante los años que este aspecto alcanzó su mayor desarrollo, a mediados de la década de los '80. De esta manera, es posible concluir que la vigencia del comunismo en Chile se relacionó con su capacidad relativa para adaptarse a nuevos marcos políticos sin abandonar sus principios fundadores.

[1 Los votos comunistas fueron decisivos en las elecciones como Presidentes de Chile de Ricardo Lagos el 2000 y de Michelle Bachelet el 2006, aunque insuficientes para evitar el triunfo de la derecha el 2010.](#)

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Publicaciones periódicas

Análisis

APSI

El Diario Ilustrado

El Mercurio

El Rodriguista

El Siglo

Fortín Mapocho

La Época

La Huella

La Segunda

Página Abierta

Partido Comunista de Chile. Boletín del Exterior

Principios

Segunda Reflexión

Textos y folletos del Partido Comunista

–Así trabajan los parlamentarios comunistas (Impresora Horizonte, 1965).

–Camino para la libertad. Documentos del Partido Comunista de Chile. De la Conferencia Nacional a la Propuesta, 1984-1987, s/e, s/f.

–*Don Américo. Un chileno comunista. Homenaje póstumo, s/r, 1992.*

–*Gladys Marín. Entrevista realizada por Claudia Korol (Ediciones América Libre, 1999).*

–*Gladys Marín, Regreso a la esperanza. Derrota de la Operación Cóndor. Documentos, testimonios, entrevista (Ediciones ICAL, 1999).*

–*Hacia el XV Congreso Nacional. Documentos para el enriquecimiento del debate, s/e, 1989.*

–*Intervenciones de delegados al XV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile realizado en mayo de 1989 (Ediciones El Siglo S.A., 1990).*

–*Los comunistas hablan desde Chile (Ediciones Colo-Colo, 1976).*

–*Los 1000 días de Revolución. Dirigentes del PC de Chile analizan las enseñanzas de la experiencia chilena (Editorial Paz y Socialismo, Praga, 1978).*

–*Luis Corvalán L pez, Todo lo deciden las masas. Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile, abril de 1965 (Empresa Horizonte, 1965).*

–*Luis Corvalán L pez Tres períodos de nuestra línea revolucionaria (Verlag Zeit In Bild, Berlín, 1982).*

–Para conquistar y profundizar la democracia, unidad y lucha del pueblo hasta vencer. Convocatoria al Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile. Diciembre de 1988.

–Partido Comunista de Chile XIV. Intervenciones y resoluciones del XIV Congreso (celebrado entre el 23 y el 29 de noviembre de 1969). Santiago, 1970 (Impresora Horizonte, 1970).

–Por las grandes alamedas, viva la gente (Ediciones El Siglo S.A., n° 2, 1990).

–Zamorano, Mario et al., Lenin y nuestras tareas de hoy (Editorial Austral, 1973).

Entrevistas

Juan Carlos Arriagada, 21/12/2005.

Manuel Fernando Contreras, 12/01/2006.

Leonardo Fonseca, 26/01/2006.

Jacinto Nazal, 18/06/2005.

Sergio Ovalle, 02/07/2006.

Álvaro Palacios 24/01/2006.

Patricio Palma, 07/07/2005.

Axel Rivas, 10/09/2000.

“Roberto” 16/02/ 2006.

Guillermo Teillier, 24/06/2005.

Ramón Vargas, 04/10/2006.

Carlos Zúñiga, 29/06/2005.

Bibliografía

Tesis y seminarios de título

Campos Borges, Elisa de, “O prometo da via chilena ao socialismo do Partido Comunista Chileno: “Nem revisionismo, nem evolucionismo, nem reformismo, nem copia mecanicas”. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia Social en la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, 2005.

Fernández-Niño, Carolina, “La muchacha se incorpora a la lucha. La militancia femenina comunista. Una aproximación a la cultura política del Partido Comunista de Chile.1965-1973”. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, USACH, 2009.

Huerta, Verónica “Los veteranos de los años 80. Desde fuera, en contra y a pesar de la institucionalidad”. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Sociología, Universidad ARCIS, Chile, 1993.

Idini Flores, Mariano, “Detrás de cada combatiente, un sujeto cotidiano: motivaciones, afectos y emociones en el proyecto rodriguista”. Informe de Seminario de grado para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2005.

Lecourt Kendall, Yazmín, “Relaciones de género y liderazgo de mujeres en el Partido Comunista de Chile”. Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, Universidad de Chile, 2005.

Martínez, Luis, “El Frente Patriótico Manuel Rodríguez, 1980-1987”. Tesis para optar al grado de Licenciado en Educación y título de profesor de Estado en Historia y Geografía, Universidad de Santiago de Chile, 2004.

Mendizábal, María Antonieta, “La política de Rebelión Popular en la década de los 80. Debate interno del Partido Comunista”. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 1999.

Milos, Pedro, “Los movimientos sociales de abril de 1957 en Chile. Un ejercicio de confrontación de fuentes”. Tesis de doctorado en Ciencias Históricas, Universidad Católica de Lovaina, Lovaina La Nueva, 1996.

Olea, Catalina, “La cultura rebelde: soportes, construcción y continuidad de la rebeldía (MIR y FPMR, 1983-1993)”. Informe de Seminario de grado para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2005.

Novelas y obras testimoniales

Ampuero, Roberto. Nuestros años verde olivo. Planeta, 1999.

Araníbar, Eliana. El árbol florido. Edición Independiente, 2009.

Arriagada Jerez, Ferte. Cuando las ideas y el pensamiento vuelan. s/e, 2007.

Canales Morales, Miguel. Junto a mi sombra. Talleres gráficos del Centro Almendral, 2009.

Cerda, Carlos. Morir en Berlín. Alfaguara, 2002.

Contreras Tapia, Víctor. Campesino y proletario. Agencia de Prensa Nòvosti, 1981.

Corvalán Lépez, Luis. De lo vivido y lo peleado. Lom ediciones, 1997.

Corvalán Castillo, Luis Alberto. Escribo sobre el dolor y la esperanza de mis hermanos. Edición clandestina, 1978.

Friedmann, Judith “Tita”. Mi hijo Raúl Pellegrín. Comandante José Miguel. Lom ediciones, 2008.

Gazmuri, Jaime y Jesús Manuel Martínez. El sol y la bruma. Ediciones B, 2000.

Lafferte, Elías. Vida de un comunista. Editorial Austral, 1972.

Marín, Gladys. La vida es hoy. Salesiana, 2002.

Melo Sepúlveda, Galvarino. Piel de lluvia. Mago Editores, 2005.

Millas, Orlando. La alborada democrática en Chile. Memorias. Vol. I En tiempos del Frente Popular. Años 1932-1947. CESOC-Ediciones ChileAmérca, 1993.

. La alborada democrática en Chile. Memorias. Tomo IV. Una digresión 1957-1991. CESOC-Ediciones ChileAmérica, 1996.

Ostrovski, Nicolai. Así se templó el acero. Editorial Quimantú, 1972.

Palma Salamanca, Ricardo. Una larga cola de acero: Historias del FPMR, 1984-1988. Lom, 2001.

Poblete, Patricio. La roja cadena de nuestros sueños. A la memoria de Patricio Poblete, s/e, 2008.

Teillier, Guillermo. Carrizal o el año decisivo. Editorial Pluma y Pincel, 2005.

. De academias y subterráneos. Colección Ni Perdón ni olvido. Izquierda Chilena, 2000.

Toro, Carlos. La guardia muere, pero no se rinde mierda. Memorias de Carlos Toro. Editado por el Partido Comunista de Chile, 2007.

Teitelboim, Volodia. Un hombre de edad media. Sudamericana, 1999.

. Pisagua. La semilla en la arena. Reedición Lom, 2002.

Texier, Jorge. “Biografía, apuntes personales”, 2006. Manuscrito inédito realizado especialmente para este trabajo.

Varas, José Miguel. Chacón. Editorial Austral, 1971.

. La novela de Galvarino y Elena. Lom ediciones, 1995.

Libros y artículos

Adler Lomnitz, Larissa y Ana Melnick. La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica. F.C.E., 1998.

Afani, Paula. Carrizal, veinte años después. Editorial Maye, 2006.

Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Ver 20 años de historia de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Chile. Un camino de imágenes... que revelan y se rebelan contra una historia no contada. Corporación AFDD, 1997.

Álvarez, Rolando. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980). Lom, 2003.

. “La Unidad Popular y las elecciones presidenciales de 1970 en Chile: la batalla electoral como vía revolucionaria”, en Observatorio Social de América Latina nº

28, octubre 2010.

. “Las Juventudes Comunistas de Chile y el Movimiento Estudiantil Secundario: Un caso de radicalización política de masas (1983-1989)”. Movimientos sociales nº 1, 2008.

. “Viva la revolución y la patria”. Partido Comunista de Chile y nacionalismo (1921-1926)”. Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII, vol. 2, 2003.

. “La herencia de Recabarren en el Partido Comunista de Chile. Visiones comparadas de un heredero y un camarada del “Maestro”. Los casos de Orlando Millas y Salvador Barra Woll”, en Álvarez, Rolando; Augusto Samaniego y Hernán Venegas (editores), Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad y rebelión (1912-1994), ICAL, 2008.

. “¿La noche del exilio? Los orígenes de la rebelión popular en el Partido Comunista de Chile”, en Valdivia, Verónica; Rolando Álvarez y Julio Pinto, Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981) . Lom, 2006.

. “¿Reforma o revolución?: lucha de masas y la vía no armada al socialismo. El Partido Comunista chileno 1965-1973”, en Concheiro, Elvira; Massimo Modonesi; Horacio Crespo (coordinadores), El comunismo: otras miradas desde América Latina. UNAM, 2007.

. “Clandestinos. Entre prohibiciones públicas y resistencias privadas. Chile

1973-1990”, en Sagredo, Rafael y Cristian Gazmuri, Historia de la vida privada en Chile. Tomo III. Taurus, 2007.

. “Aun tenemos patria ciudadanos”. El Partido Comunista de Chile y la salida no pactada de la dictadura (1980-1988), en Su revolución contra nuestra revolución. Tomo II: Gremialistas versus marxistas, en Verónica Valdivia et al. Lom ediciones, 2008.

Álvarez, Rolando y Viviana Bravo. “La memoria de las armas. Para una historia de los combatientes chilenos en Nicaragua”, Lucha Armada en la Argentina n° 5, 2006.

Álvarez, Rolando; Claudia Pascual y Benjamín Larenas. La formación sindical en los tiempos de la Educación Popular en Chile. Entre la autonomía y la dependencia. Ediciones ICAL-FRL, 2005.

Ampuero, Roberto. Nuestros años verde olivo. Planeta, 1999.

Angell, Alan. Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. ERA, 1972.

. “Sindicatos y trabajadores en el Chile de los años 1980”, en Drake, Paul e Iván Jaksic, El difícil camino hacia la democracia en Chile. FLACSO, 1993.

Ariès, Phillippe y George Duby. Historia de la vida privada. Tomo 10: El Siglo XX: Diversidades culturales. Taurus, 1991.

Arrate, Jorge. “La historia del Partido Comunista de Chile y los desafíos de las izquierdas en el Chile de hoy”. Alternativa n° 24, 2006.

Arrate, Jorge y Eduardo Rojas. Memoria de la izquierda chilena. 2 volúmenes. Javier Vergara Editor, 2003.

Arriagada, Genaro. Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet. Editorial Sudamericana, 1998.

Artaza Barrios, Pablo. Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912. Escaparate Ediciones, 2006.

Baño, Rodrigo. Lo social y lo político. FLACSO, 1985.

Bascuñán, Carlos. La izquierda sin Allende. Planeta, 1990.

Behrang. Irán. Un eslabón débil del equilibrio mundial. Siglo XXI editores, 1979.

Benavente, Andrés. El triángulo del terror. El Frente Manuel Rodríguez. Editado por la Oficina del Abogado Procurador General, 1988.

Bengoa, José. “Movilización campesina; análisis y perspectivas”. Sociedad y Desarrollo n° 3, 1972.

Bonnefoy, Pascale et al. Internacionalistas. Chilenos en la Revolución Popular Sandinista. Editorial Latinoamericana, 2009.

Bravo Vargas, Viviana. Con la razón y la fuerza, venceremos. La Rebelión Popular y la subjetividad comunista en los '80. Ariadna, 2010.

. “Moscú-La Habana-Berlín: Los caminos de la Rebelión. El caso del Partido Comunista de Chile. 1973-1986”, en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coordinadores), El comunismo: otras miradas desde América Latina . UNAM, 2007.

Brunner, José Joaquín. “Cultura y crisis hegemónica”, en Documento de Trabajo FLACSO, 1984.

Campero, Guillermo. Entre la sobrevivencia y la acción política. Las organizaciones de pobladores en Santiago. ILET, 1987.

. “Luchas y movilizaciones sociales en la crisis: ¿Se constituyen movimientos sociales en Chile?: Una introducción al debate”, en Varios autores, Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile. Seminario CLACSO-UNU, 1985.

. “Organizaciones de pobladores bajo el Régimen Militar”, Propositiones nº 14, 1987.

Campero, Guillermo y José A. Valenzuela. El movimiento sindical en el Régimen Militar chileno, 1973-1981. ILET, 1984.

Cañas Kirby, Enrique. El proceso político en Chile. 1973-1990. Editorial Andrés Bello, 1997.

Casals, Marcelo. El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”. 1956-1970. Lom, 2010.

Castañeda, Jorge. La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina. Ariel, 1993.

Castells, Manuel. La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad. Siglo XXI editores, 1999.

Castoriadis, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. 2 volúmenes. Tusquets Editores, 1983.

Cavallo, Ascanio; Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda. La historia oculta del régimen militar. Ediciones La Época, 1988.

Claudín, Fernando. Eurocomunismo y socialismo. Siglo XXI Editores, 1978.

Contreras, Manuel Fernando. “Grado de universalidad de la crisis en el

socialismo”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989.

Concheiro, Elvira; Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coordinadores). El comunismo: otras miradas desde América Latina. Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

Correa, Sofía et al. Historia del siglo XX chileno. Sudamericana, 2002.

Corvalán Lépez, Luis. Camino de Victoria. Editorial Austral, 1972.

Corvalán Márquez, Luis. Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico. CESOC, 2000.

. Del anticapitalismo al neoliberalismo: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales. 1950-2000. Sudamericana, 2002.

. “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70”, en Loyola, Manuel y Jorge Rojas (Compiladores): Por un rojo amanecer, 2000.

Courtois, Stéphane. El libro negro del comunismo. Espasa Calpe, 1998.

De la Maza, Gonzalo y Mario Garcés. La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984. ECO, 1985.

Del Pozo, José. Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular. Ediciones Documentas, 1992.

Daire, Alonso. “La política del Partido Comunista desde la post guerra a la Unidad Popular”, en Varas, Augusto (compilador): El Partido Comunista en Chile. FLACSO-CESOC, 1988.

Debray, Régis. Las pruebas de fuego. La crítica de las armas 2. Siglo XXI Editores, 1975.

Deutscher, Isaac. Trotsky. El profeta desarmado (1921-1929). Editorial Era, 1968.

. Herejes y renegados. Editorial Ariel, 1970.

Devés, Eduardo. “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico” Mapocho n° 30, 1991.

Drake, Paul. Socialismo y populismo en Chile. 1936-1973. Editorial Universidad Católica de Valparaíso, 1993.

Dreyfus, Michel; Bruno Groppo; Claudio Ingerflom; Roland Lew; Pennetier Pennetier; Bernard Pudal y Serge Wolikow (coords.): Le siècle des communismes. Les Editions de L’Atelier, 2000.

Durán, Luis. “Visión cuantitativa de la trayectoria electoral del Partido Comunista de Chile: 1903-1973”, en Varas, Augusto (coordinador): El Partido Comunista en Chile. FLACSO-CESOC, 1988.

Enríquez, Miguel. Con vista a la esperanza. Escaparate Editores, 1988.

Espinoza, Vicente. Para una historia de los pobres de la ciudad. Ediciones Sur, 1988.

. “Los pobladores en la política”, en Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile. Seminario CLACSO-UNU, 1985.

Erikson, Eric. Identity and life cycle. Norton, 1980.

Faúndez, Julio. Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973. Ediciones Bat, 1992.

Fernández, Marcos. “Nuestra forma de alienación es simultáneamente nuestra única forma de expresión. Debate intelectual, política cultural y compromiso político en la intelectualidad de izquierda en Chile, 1970-1973”, en Rolle, Claudio (editor): 1973. La vida cotidiana de un año crucial. Editorial Planeta, 2003.

Furci, Carmelo. El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo. Ariadna, 2008.

Furet, François. El pasado de una ilusión. Historia de la idea comunista en el siglo XX. Fondo de Cultura Económica, 1997.

Garcés, Mario. Tomando su sitio. El movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970. Lom ediciones, 2002.

. Historia de la comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana. ECO, 1998.

García, Patricio y Hernán Venegas. “Continuidades y rupturas en la estrategia del Partido Comunista de Chile. 1973-1986”, en www.palimpsesto.usach.cl, año 2002.

Garretón, Manuel Antonio. El proceso político chileno. FLACSO, 1983.

. Las ideas de la Renovación Socialista. Síntesis y balance, FLACSO, 1987.

. “La oposición política y el sistema partidario en el Régimen Militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición”, en Drake, Paul e Iván Jaksic (Editores): El difícil camino a la democracia en Chile, 1982-1990. FLACSO, 1993.

Gaudichaud, Frank. Poder Popular y Cordones Industriales. Lom, 2004.

Giap, Vo Nguyen. Armar a las masas revolucionarias, construir el Ejército Popular. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Gómez, Juan Carlos. La frontera de la democracia. Lom ediciones, 2004.

Gómez, María Soledad. “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile” en Varas, Augusto: El Partido Comunista en Chile. FLACSO-CESOC, 1988.

Góngora, Álvaro et al. Chile (1541-2000). Una interpretación de su historia política. Santillana, 2000.

González, Mónica. La conjura. Los mil y un días del golpe. Ediciones B. Chile.

González, Mónica y Héctor Contreras. Los secretos del Comando Conjunto. Ediciones del Ornitorrinco, 1991.

Grupo Identidad de Memoria Popular. Memorias de La Victoria. Relatos de vida en torno a los inicios de la población. Editorial Quimantú, 2007.

Guastavino, Luis. Caen las catedrales. Hachette, 1990.

Hajek, Milos. Historia de la Tercera Internacional. La política del Frente Único (1921-1935). Editorial Crítica, 1984.

Halliday, Fred. Irán: Dictadura y desarrollo. Fondo de Cultura Económica, 1981.

Halperin, Ernst. Nationalism and Communism in Chile. The Massachusetts Institute of Technology Press, 1965.

Heinecke Scott, Luis. Verdad y justicia en caso arsenales y atentado presidencial. Operaciones subversivas político-militares. Chile-1986. Centro de Estudios Nacionales del Cono Sur, s/f.

Herreros, Francisco. Del Gobierno de pueblo a la Rebelión Popular. Historia del Partido Comunista 1970-1990. Santiago: Editorial Siglo XXI, 2003.

Hite, Katherine. When the romance end. Leaders of the chilean left, 1968-1998. Columbia University Press, 2000.

Hobsbawm, Eric J. Historia del siglo XX. Editorial Crítica, 1995.

. La Era del Imperio. 1875-1914. Editorial Crítica, 1997.

. Años interesantes. Una vida en el Siglo XX. Crítica, 2003.

Hobsbawm, Eric J. y Terence Ranger (eds.). La invención de la tradición. Editorial Crítica, 2002.

Huerta, María Antonieta. Otro agro para Chile. La historia de la Reforma Agraria en el proceso social y político. CISEC-CESOC, 1989.

Huneus, Carlos. El régimen de Pinochet. Editorial Sudamericana, 2000.

Illanes, María Angélica. La batalla por la memoria. Planeta, 2002.

Informe de la Comisión Nacional Verdad y Reconciliación. 3 Tomos. Secretaría de Comunicación y Cultura-Ministerio Secretaría General de Gobierno, 1991.

Insunza, Andrea y Javier Ortega. Bachelet. La historia no oficial. Random House Mondadori , 2005.

Jiménez, Gustavo. “El Partido Comunista en Chile en el contexto del sistema de partidos y de la transición política”, en Estudios Sociales n° 52, 1986.

Jocelyn-Holt, Alfredo. El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar. Santiago: Editorial Sudamericana, 1998.

Kaplan, Morton A (editor). Diversas facetas del comunismo. N.O.E.M.A Editores, México, 1982.

Kriegel, Annie. Los comunistas franceses. Editorial Villalar, Colección

Zimmerwald, 1978.

Labarca, Eduardo. Corvalán 27 horas. Editorial Quimantú, 1972.

Larraín, Jorge. Identidad chilena. Lom ediciones, 2001.

Lechner, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política. F.C.E., 1988.

(compilador). Cultura política y democratización. CLACSO, FLACSO, ICI, 1987.

Leiva, Sebastián. “El Partido Comunista de Chile y el levantamiento de Ránquil”. www.cyberhumanitatis.cl n° 28, 2003.

Lenin, Vladimir. ¿Qué hacer? Quimantú, 1972.

Ljubetic, Iván. De la historia del PC de Chile. La crisis que comenzó en los años ochenta. Imprenta Latingráfica, 2002.

Loyola, Manuel. La felicidad y la política en Luis Emilio Recabarren. Ensayo de interpretación de su pensamiento. Ariadna Ediciones, 2007.

. “El mandato sacrificial y la cultura política del comunismo chileno”, en www.izquierdas.cl.

. “Los destructores del Partido”: notas sobre el reinosismo en el Partido Comunista de Chile”, en www.izquierdas.cl.

Loyola, Manuel y Jorge Rojas (compiladores). Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos. Impresora Valus, 2000.

Madelin, Louis. Los hombres de la Revolución Francesa. Javier Vergara Editor, 1989.

Marini, Ruy Mauro. El reformismo y la contrarrevolución. Editorial ERA, 1974.

Martínez, Luis. “Lo militar y el FPMR en la política de Rebelión Popular de Masas: Orígenes y desarrollo”, en *Alternativa* n° 23, 2005.

Martínez, Sergio. Entre Lenin y Lennon. La militancia juvenil de los años 60. Mosquito editores, 1996.

Massardo, Jaime. Los tiempos de Recabarren. Una breve incursión en su vida, su formación cultural y su herencia política. Publicaciones Usach, 2010.

. La formación del imaginario político de Luis Emilio Recabarren. Contribución al estudio crítico de la cultura política de las clases subalternas de la sociedad

chilena. Lom, 2008.

. “Aspectos metodológicos de la recepción del pensamiento de Karl Marx en América Latina”, en Revista de Estudios Latinoamericanos nº 1, 2007, Universidad de Valparaíso.

Meller, Patricio. Un siglo de economía política chilena (1890-1990). Editorial Andrés Bello, 1996.

Modonesi, Massimo. La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana. Casa Juan Pablos-Universidad de la Ciudad de México, 2003.

Molnar, Thomas. La izquierda vista de frente. Unión Editorial, 1973.

Moulian, Tomás. Democracia y socialismo. FLACSO, 1983.

. La forja de ilusiones: El sistema de partidos 1932-1973. ARCIS-FLACSO, 1993.

. Chile actual. Anatomía de un mito. Lom, 1997.

. Fracturas. De Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973). Lom Ediciones, 2006.

. “La vía chilena al socialismo: Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular”, en Pinto Vallejos, Julio (editor): Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular. Lom, 2005.

Moulian, Tomás e Isabel Torres. “Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile”. En Varas, Augusto (compilador): El Partido Comunista en Chile. FLACSO-CESOC, 1988.

Moulian, Luis y Gloria Guerra. Eduardo Frei M. 1911-1982. Biografía de un estadista utópico. Sudamericana, 2000.

Milos, Pedro. Historia y memoria. 2 de abril de 1957. Lom, 2007.

Moyano, Cristina. La seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del Partido-Mito de nuestra transición (1969-1973). Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009.

Nolte, Ernest. La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas. Ediciones Península, 1971.

Ortega, Eugenio. Historia de una alianza. CED-CESOC, 1992.

Ortega, Javier. “La historia inédita de los años verde olivo”, La Tercera, 2001.

Ortiz, Fernando. El movimiento obrero en Chile. 1891-1919. Meridión, 1985.

Palacios, Álvaro. “Problemas del marxismo en el Chile de los 80”, en Varios Autores: Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile.

. “Sobre la renovación y el marxismo en Chile”, en Varios autores: Crisis y renovación. Ediciones Medusa/ICAL, 1990.

. “Apuntes para la discusión sobre el Programa del Partido Comunista de Chile”, Documento de Trabajo CISPO, enero de 1990.

Palma Alvarado, Daniel. “La vida de los exiliados políticos chilenos. Luces y sombras de un 18 de septiembre”. Contribuciones Científicas y Tecnológicas n° 127, 2001.

Peña, Cristóbal. Los fusileros. Crónica secreta de una guerrilla en Chile. Editorial Debate, 2007.

Pérez, Claudio. “Violencia política en las publicaciones clandestinas bajo Pinochet: la palabra armada en el FPMR. Chile, 1983-1987”, en Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año XII, volumen 2, 2008.

Pinto, Julio. Trabajos y rebeldías en la pampa. Universidad de Santiago de Chile, 1999.

. Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923). Lom, 2007.

(coordinador). Cuando hicimos historia. Lom, 2005.

Pinto, Julio y Verónica Valdivia. ¿Revolución proletaria o querida chusma? LOM Editores, 2001.

Pinto, Julio; Verónica Valdivia y Pablo Artaza. “Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890). Historia Vol. 36, 2003.

Pizarro, Crisóstomo. La huelga obrera en Chile. Ediciones Sur, 1986.

Politzer, Patricia. La ira de Pedro y los otros. Planeta, 1988.

Poulantzas, Nicos. La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España. Siglo XXI Editores, 1976.

Priestland, David. Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo. Editorial Crítica, 2010.

Roberts, Kenneths. “Renovation in the revolution? Dictatorship, democracy, and political change in the chilean left”, Working Paper 203, march 1994.

Rodríguez Elizondo, José. Crisis y renovación de las izquierdas. De la Revolución Cubana a Chiapas, pasando por “el caso chileno”. Andrés Bello,

1995.

Rojas Flores, Jorge. “Los trabajadores y la nueva legalidad, 1924-1973”, en Sociedad, trabajo y neoliberalismo. Apuntes de las Escuelas de Formación Sindical. RLS-ICAL, 2004.

Riquelme Segovia, Alfredo. Un rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.

Sabrovsky, Eduardo. Hegemonía y racionalidad política. Contribución a una teoría democrática del cambio. Ornitorrinco, 1988.

Salazar, Gabriel. “Luis Emilio Recabarren. Pensador, político, educador social, tejedor de soberanía popular”, CED, Patriotas y Ciudadanos. Centro de Estudios para el Desarrollo, 2003.

. “Luis Emilio Recabarren y el municipio en Chile (1900-1925), en Revista de Sociología nº 9, 1994.

. Violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. Santiago de Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular). Ediciones SUR, 1990.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto. Historia Contemporánea de Chile. Tomo 1. Santiago: Lom ediciones, 1999.

. Historia contemporánea de Chile, volumen V. Niñez y Juventud (Construcción cultural de actores emergentes). LOM ediciones, 2003.

Samaniego, Augusto. “Hacia una consideración de los problemas histórico-teóricos de la unidad y revitalización de la izquierda chilena”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989.

. “Lo militar en la política: Lecturas sobre el cambio estratégico en el PC. Chile. 1973-1983”, en www.palimpsesto.usach.cl (año 2002).

. “Comunidad agraria y autonomías para el pueblo mapuche. Lipschutz y el hombre progresista: ¿un marxismo liberal o innovador?”, en Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII. Vol. 2, 2003.

. “Origen de una larga política. Informe de Carlos Contreras Labarca al X Congreso del Partido Comunista de Chile, 1938”, en Loyola y Rojas (compiladores): Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos. Impresora Valus, 2000.

Samaniego, Augusto y Carlos Ruiz. Mentalidades y política wingka: pueblo Mapuche entre golpe y golpe (de Ibáñez a Pinochet). Consejo Superior de Investigación Científica, Madrid, España, 2007.

Schneider, Cathy. “La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario”, Propositiones 19, 1990.

Service, Robert. Camaradas. Ediciones B, 2009.

Silva, Eduardo. “La política económica del Régimen Militar durante la transición: Del neo-liberalismo radical al neo-liberalismo “pragmático”, en Drake y Jaksic: El difícil camino hacia la democracia en Chile. 1982-1990, Flacso, 1993.

Smirnow, Gabriel. La revolución desarmada. Editorial ERA, 1976.

Tironi, Eugenio. “Pobladores e integración social”, Propositiones 14, 1987.

Ulianova, Olga. “Develando un mito: emisarios de la Internacional Comunista en Chile”, en Historia n°41, 2008.

. “Algunas reflexiones sobre la Guerra Fría desde el Fin del Mundo”, en Purcell, Fernando y Alfredo Riquelme (editores): Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global. Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile-RIL Editores, 2009.

. “Levantamiento campesino de Lonquimay y la Internacional Comunista”. Estudios Públicos n° 89, 2003.

(editora). Redes políticas y militancias. La historia política está de vuelta. Ariadna-USACH, 2009.

. “Entre el auge revolucionario y los abismos del sectarismo: el PC chileno y el Buró Sudamericano de la Internacional Comunista en 1932-1933”, en Rolando Álvarez et al., Fragmentos de una Historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad, rebelión (1912-1994). ICAL Ediciones, 2008.

Ulianova, Olga y Eugenia Fediakova. “Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría”. Estudios Públicos N° 72, 1998.

Ulianova, Olga y Alfredo Riquelme (editores). Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931. LOM-DIBAM, 2005.

(editores). Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 2: Komintern y Chile 1931-1935. LOM- DIBAM, 2009.

Valenzuela, Eduardo. La rebelión de los jóvenes (un estudio de anomia social). Ediciones SUR, 1984.

Valdivia, Verónica. El golpe después del golpe. Leigh vs. Pinochet. Chile 1960-1980. Lom ediciones, 2003.

. “Nacionalismo e ibañismo”. Serie de Investigación n° 8, 1995.

Valdivia, Verónica; Rolando Álvarez y Julio Pinto. Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981). Lom

ediciones, 2006.

Valdivia, Verónica et al. Su revolución contra nuestra revolución. La pugna gremialista marxista en los ochenta. Vol. II. Lom ediciones, 2008.

Varas, Augusto (coordinador). El Partido Comunista en Chile. FLACSO-CESOC, 1988.

Varios autores. Crisis y renovación. Ediciones Medusa-ICAL, 1990.

. Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile. Ediciones Cispo, junio de 1990.

. Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile. Seminario CLACSO-UNU, 1985.

Venegas, Hernán. “El Partido Comunista de Chile: antecedentes ideológicos de su estrategia hacia la Unidad Popular (1961-1970). Revista de Historia Social y de las Mentalidades. Año VII, volumen 2, 2003.

. “Trayectoria del Partido Comunista de Chile. De la crisis de la Unidad Popular a la política de rebelión popular de masas” en Universum N° 24 Vol. 2, II Semestre 2009.

Verdugo, Patricia. Los zarpazos del Puma. CESOC Ediciones, 1989.

Vergara, Jorge. “El pensamiento de la Izquierda chilena en los sesenta. Notas de investigación”, en Varas, A. (coordinador): El Partido Comunista en Chile. FLACSO-CESOC, 1988.

Vergara, Pilar. Auge y caída del neoliberalismo en Chile. FLACSO, 1985.

. Políticas hacia la extrema pobreza en Chile. 1973/1988. FLACSO,1990.

Vial, Gonzalo. “Allende”. La Segunda, 2003.

Vidal, Hernán. Frente Patriótico Manuel Rodríguez. El tabú del conflicto político en Chile. Mosquito Editores, 1995.

Viciani, Orel. “Renovación: respuesta a una crisis profunda”, en Cuadernos del Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz n° 8, junio de 1989.

. “Necesidad de la renovación en el socialismo existente y su grado de universalidad”, en Varios Autores: Crítica y socialismo. Una reflexión desde Chile.

Weinstein, José. Los jóvenes pobladores en las Protestas Nacionales (1983-1984). Una visión sociopolítica. CIDE, 1989.

Yocelevsky, Ricardo. Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura. 1970-1990. Fondo de Cultura Económica, 2002.

Zahler, Roberto et al. Chile 1940-1975. Treinta y cinco años de discontinuidad económica. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, s/f.